
EMMA LIRA
LA LUNA SOBRE
ROMA
Lectulandia

No pudo evitar preguntarse por qué el asesino de sus padres la quería viva. Y si eso no era una razón suficiente para desear estar muerta.

Cuando la mañana del 10 de agosto del año 30 a. C. la reina egipcia Cleopatra es encontrada muerta por la guarnición romana encargada de custodiarla para llevarla a Roma para el desfile triunfal de Octavio, la cólera de los romanos recae sobre sus dos hijos mellizos, Cleopatra Selene (Luna) y Alejandro Helios (Sol), de apenas diez años. Son acusados de haber ayudado a su madre a darse muerte, escatimando así el golpe de efecto que hubiese tenido la presencia de la orgullosa egipcia encadenada por las calles de Roma.

Los mellizos, juntos con su hermano menor, Ptolomeo Filadelfo, son apresados y llevados a la península itálica. Son los hijos de la reina vencida y del triunviro Marco Antonio, que se ha suicidado también ante la victoria de Octavio. Los niños llegan horrorizados a Roma en compañía de su tutor y son obligados a desfilar encadenados ante el carro de Octavio, el futuro emperador Augusto, pero su corta edad despierta la compasión del pueblo romano. En la creencia de que quizá puedan serle útiles en el futuro, Octavio accede a perdonarles la vida y ponerlos bajo la tutela de Octavia, su hermana y la legítima esposa de Marco Antonio, la mujer a la que abandonó para unirse a Cleopatra.

Comienza así esta ambiciosa novela histórica, en la que el lector asistirá a la manipulación de una niña por parte de Roma, y a su increíble peripecia para sobrevivir en un mundo de intrigas.

Emma Lira

La luna sobre Roma

ePub r1.0
Titivillus 11-07-2024

Título original: *La luna sobre Roma*
Emma Lira, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mis hijas Naira y Duna,
por prestarme los ojos con los que los niños ven el mundo
sin tiempos ni espacios.
Y a mi padre,
que zarpó en su propia nave, en silencio
antes de ver concluida esta batalla.

O puer, qui omnia nomini debes.

(Oh, chico, que le debes todo a un nombre).

FILÍPICAS DE CICERÓN 13.11.

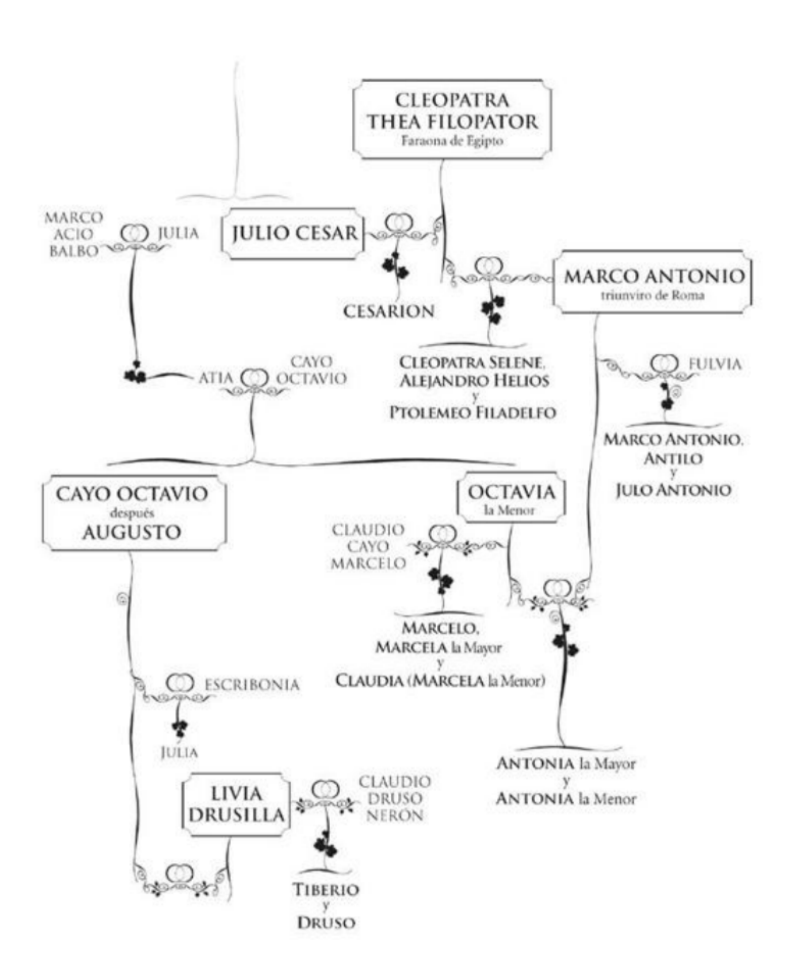
[Comentario despectivo que Marco Antonio le dirige a Octavio Augusto, al que atribuye el único mérito de haber sido adoptado por Julio César].

Los débiles nunca pueden perdonar.
El perdón es un atributo de los fuertes.

MAHATMA GANDHI

El perdón es la fragancia que derrama la violeta
en el talón que la aplastó.

MARK TWAIN



CLEOPATRA
THEA FILOPATOR
Faraona de Egipto
MARCO
ACIO
BALBO
JULIA
JULIO CESAR
CESARION
MARCO ANTONIO
triunviro de Roma
CLEOPATRA SELENE,
ALEJANDRO HELIOS
y
PTOLEMEO FILADELFO
ATIA
CAYO
OCTAVIO
FULVIA
MARCO ANTONIO,
ANTILO
y
JULO ANTONIO
CAYO OCTAVIO
después
AUGUSTO
OCTAVIA
la Menor
CLAUDIO
CAYO
MARCELO
MARCELO,
MARCELA la Mayor
y
CLAUDIA (MARCELA la Menor)
ESCRIBONIA
JULIA
LIVIA
DRUSILLA
CLAUDIO
DRUSO
NERÓN
TIBERIO
y
DRUSO
ANTONIA la Mayor
y
ANTONIA la Menor

Otros personajes

ALEJANDRÍA

ANTONIO MUSA, liberto hebreo de MARCO ANTONIO

CALÍOPE, doncella de CLEOPATRA SELENE

CAYO MECENAS, amigo de OCTAVIO, encargado de las finanzas del estado

EUPHORBO, médico griego

IRIS Y CHARMlÓN, doncellas de la reina CLEOPATRA

GLÍGOR, jefe de la guardia macedonia

MARCO VIPSANIO AGRIPA, general de OCTAVIO

MUNACIO PLANCO, gobernador de Siria

MUTI, sacerdote del culto de Isis

PRÁXEDES, eunuco de la corte de CLEOPATRA

QUINTO DELIO, general de MARCO ANTONIO en Asia

RHEA, nodriza de ALEJANDRO HELIOS y PTOLOMEO FILADELFO

ROMA

ARWEEN, esclava gala

CRINÁGORAS DE MITILENE, poeta griego

HORACIO, poeta romano

JUBA, oficial romano a las órdenes de AG RI PA

JULIA, madre de MARCO ANTONIO, viuda de MARCO ANTONIO CRÉTICO

KALLYAS, liberto de AUGUSTO

NICOLÁS DE DAMASCO, filósofo de la corte de HERODES DE JUDEA

TERENCIA, esposa de CAYO MECENAS
TITO LIVIO, historiador rumano VIPSANIA, hija de AGRIPA,

MAURITANIA

ADERBAL, lugarteniente de BOGUD BOGUD, jefe de la caballería númida FLACO, legado de Roma en Numidia MEZYAN, carcelero en las Islas Purpuraria
PULCRO, tribuno militar de Roma en Numidia TIGGEDIT, hija de ADERBAL


IMPERIO
ROMANO
EN TIEMPOS DE AUGUSTO
(en torno al año 20 a.C.)
OCEANUS
ATLANTICUS
HIBERNIA
BRITANNIA
OCEANUS GERMANICUS
GERMANIA
BÉLGICA
GALIA
AQUITANIA
NARBONENSE
Lugdunum
RETIA
NÓRICO
PANONIA
DACIA
MARE CANTABRICUM
HISPANIA
TARRACONENSE
LUSITANIA
BÉTICA
Gades
Cartago Nova
Tarraco
Caesar Augusta
Bergidum
Lancia
Asturica
Mutina
Perusia
ITALIA
Ostia
Roma
Baiae
Brindisium
CORSICA
SARDINIA
SICILIA
MARE
INTERUM
NOSTRUM
ILIRICUM
DALMACIA
MOESIA
TRACIA
MACEDONIA
EPIRO
Apolonia
Philippos
Pergamum
PONTO EUXINO
BITINIA ET PONTUS
GALACIA
CAPADOCIA
ASIA
LICIA
CILICIA
ARMENIA
MEDIA
IMPERIO PARTO
SIRIA
Antioquía
Palmira
Damasco
ARABIA
JUDEA
Jerusalén
Petra
CYPRUS
CRETA
Alejandría
EGIPTO
Dendera
Tebas
Siena
Philae
REINO KUSH
CIRENAICA
PROCONSULAR
ÁFRICA
Cartago
Hippo Regio
Cirta
Zama
NUMIDIA
Iol Caesarea
MAURITANIA
Tingis
Lixus
Volubilis
CANARIAE
ISLAS PURPURARIAS

Primera parte
Alejandría

I

Mes de sextilis
Año 22 del reinado de Cleopatra Thea Filopátor
Anno 723 ab Urbe condita (Año 30 a. C.)

Abrió los ojos con cautela. El último instante de su corta vida apareció nítido en su memoria y paladeó el gusto amargo del veneno en la lengua.

¿Había resucitado?

Parpadeó para acostumbrar sus ojos a la oscuridad, esperando descubrir, poco a poco, los contornos del mundo de los muertos. Palpó su cuerpo con la torpeza que da la inmovilidad y descubrió que todos sus miembros parecían estar su sitio. Le sorprendió no encontrarse envuelta en los vendajes ceremoniales, pero quizá estos se desprendieran al llegar a la otra vida. ¿Quién podía decirlo?

Sintió un regusto amargo a avellanas tostadas en la lengua, el sabor de una de aquellas sustancias de nombre impronunciable que su madre se había esforzado en estudiar y seleccionar. Notaba la boca seca y, en el estómago, un terror naciente a las criaturas de la oscuridad, pero se esforzó para no expresar miedo. La habían entrenado para no mostrarse nunca vulnerable; para no exponer sus emociones.

Esperó, sin saber cuál sería el siguiente paso, el juicio de los dioses; su veredicto cuando pesaran su alma, como le habían enseñado desde siempre, e intentó convencerse de que no podrían ser muy crueles con ella.

Al fin y al cabo, solo tenía diez años.

Estaba asustada, pero intentó erguir la barbilla en un gesto aprendido de majestad. Su madre estaría viéndola y deseaba mostrarse digna de ella. Ocultó la decepción que le producía no

haberla encontrado reclinada a su lado, al despertar, esperando para recibirla. El dolor retenido le escoció en los ojos. ¡Había anhelado tanto ese momento! Verla de nuevo era una de las razones que le habían impulsado a tomar aquella decisión.

Murmuró una letanía tranquilizadora en un idioma oscuro, mucho más antiguo que su estirpe. A su alrededor, solo había un silencio absoluto y pesado que olía a arena caliente y a eternidad. En la estancia en penumbra, como en una caricia, el sol se filtraba por los cortinajes de lino blanco para reflejar cuadros volátiles de luz que danzaban en las paredes.

Eso fue lo primero que le hizo sospechar.

¿Luz? ¿Había luz, acaso, en el mundo de los muertos?

Intentó incorporarse, pero sentía la cabeza pesada, como si quisiera desprenderse de su cuerpo. Miró a su alrededor y notó los sentidos embotados. Los contornos eran borrosos y los sonidos acolchados, pero todo tenía un aire vagamente familiar. De hecho, el sitio en que yacía era sospechosamente parecido al lugar en el que se había acostado la noche anterior, cuando decidió dormir para siempre.

Su cama.

¿Fue ayer tan solo? No entendía nada. El tiempo y las imágenes bailaban, alocadas, en su mente. Cerró los ojos, tratando de pararlas, y notó, repentinamente, el dolor, un dolor atroz en la cabeza y las entrañas, como si una legión de demonios la arañara desde dentro, pugnando por salir.

Y entonces, todas las emociones dormidas volvieron de repente.

La realidad. Las noticias de la batalla perdida. La espera. El asedio. El rostro grave de sus hermanos mayores, preparándose para combatir. La huida; las muertes, una tras otra. Y el dolor. El dolor punzante de las ausencias. La de su padre, primero. La aún más angustiosa de su madre, después. Y cuando parecía que nada peor podía suceder, la llegada de los soldados, sujetos apenas por las órdenes de su general, sabiéndose dueños de una plaza deseada. Y, por último, la separación. Se vio firmemente aferrada por aquellas manos sucias, codiciosas y extrañas. Creyó oír aún el

desgarrador llanto de su hermano pequeño, llamándola, mientras lo arrastraban por los corredores. Notó el dolor en la mejilla de la bofetada con que acallaban la violenta e inútil resistencia de su hermano mellizo, al defenderla. ¿Qué le habrían hecho? ¿Estaría vivo aún? Tenía que estarlo porque seguía sintiéndole aún a su lado, como a un miembro fantasma.

Comenzó a percibir todas las sensaciones. Sus sentidos parecían haber despertado. Entrevió siluetas borrosas que recorrían, apresuradas, su propia estancia; escuchó voces lejanas que no alcanzaba a interpretar y aspiró un aroma que le llenó los pulmones. Era un olor húmedo entre acre y dulzón; un olor que reconocería en cualquier lado: el olor a limo y fango del río.

El olor de la vida.

Así fue como se dio cuenta de que, pese a sus inútiles esfuerzos, no estaba muerta.

Y lloró. Un llanto mezcla de alivio y de decepción.

—¡Llamad al general! —tronó una voz masculina a su lado—. ¡La princesa ha despertado!

Tardó un poco en darse cuenta de que no podía ser uno de sus eunucos. Ni ellos ni sus maestros utilizarían jamás esa lengua tosca y vulgar. Su propio padre había usado el griego siempre para comunicarse con ellos. Examinó su entorno con una mirada de rencor. El grito había sido prácticamente ladrado en latín por uno de aquellos perros romanos que la vigilaban. En un rincón, Práxedes, su eunuco favorito, lloriqueaba en voz baja.

—Perdón, princesa… —tartamudeó suplicante.

Ella le taladró con la mirada.

—Haces bien… —murmuró la muchacha con ojos hirientes y voz ronca—. Haces bien en rogar mi perdón. Juraste que me matarías cuando te lo pidiera. Y yo juré que, si no lo hacías, te mataría yo.

La niña enjugó a manotazos sus propias lágrimas, tragándose su pretendida majestad; sintiéndose vulnerable y humillada ante la docena de ojos que la observaban.

—Princesa —murmuró el eunuco acercándose al lecho, de

rodillas, arrastrándose, ante ella—, disculpadme. Tuvimos que hacerlo —sollozó—. Pero no fue por salvar nuestra mediocre existencia, sino vuestra vida eterna —explicó—. Nos amenazaron con no permitir los ritos del embalsamamiento. Con profanar vuestro cuerpo cortándolo en pedazos. Con echarlo a las carpas y a los cocodrilos… —Movió la cabeza hacia los lados, con desesperación—. No podía… no podíamos hacerlo. Jamás habríais encontrado el camino al otro mundo.

La niña suspiró, agotada, rodeada de las miradas asustadas de sus siervos y las hostiles de sus guardias. Recordó la historia de Isis, que había sido capaz de recoger los pedazos de su hermano y esposo Osiris para devolverle a la vida. ¿Quién sabía? Quizá ella no mereciera tanto. Práxedes sollozaba, tratando de despertar su conmiseración; esperando que ella le creyera. Y le creía, claro. ¿Cómo no iba a creerle? Desde la última inundación, tres estaciones atrás, cuando la flota romana de Octavio se había alzado con una inexplicable victoria en el cabo de Actium, derrotando a las fuerzas conjuntas de sus padres, ella, mejor que nadie, sabía de lo que aquellos usurpadores fríos y metódicos eran capaces.

Paseó la mirada sobre ellos. Allí estaban, con gesto inmutable, embutidos en corazas, con sus ridículos penachos rojos y sus faldas tableadas, formando en sus habitaciones privadas como en cualquiera de sus sucios campamentos, extendiendo su hedor, desde la blancura de su palacio, por toda Alejandría.

Los odiaba. Los odiaba con todas sus fuerzas. Y le parecían pocas porque quería aún odiarles más.

Un tableteo monocorde de sandalias sobre el suelo de mármol la sacó de sus ensoñaciones, anunciándole la presencia del comandante romano. Agripa, recordó que le llamaban los suyos. Sabía perfectamente quién era. Agripa, le había dicho con desdén su medio hermano Antilo, era el esbirro que ganaba las batallas para que Octavio no tuviese siquiera que bajar de su caballo, que desembarcar de su nave, que moverse de Roma, que mancharse los pies de barro…

¡Antilo! ¡Cómo le echaba de menos! ¿Habría podido huir? Les rogó a Isis, la compasiva, que le protegiera, y a Horus, el implacable, que guiara su mano para poder vengar la muerte de su padre.

—Vaya, princesa —apreció con tono burlón una voz a su lado —, me congratula saber que os han regresado al mundo de los vivos…

Observó con rencor al recién llegado. Era alto, fuerte, de piel curtida, pelo oscuro y rostro impecablemente rasurado. Algo en él exhalaba la seguridad del que espera ser obedecido. No era tan mayor como esperaba, pero tenía los ojos duros de contemplar muertes y los brazos desnudos cosidos a cicatrices. Su sonrisa se le antojó cruel. ¿De verdad se alegraba de que estuviera viva? ¿Precisamente él, el asesino de sus padres?

—Y ahora que estáis de nuevo entre nosotros —alegó, inclinándose sobre el lecho sin el más mínimo conocimiento del protocolo—, ¿os importaría colaborar para…?

—¡*Atrás*!

La orden, tan amenazante como el siseo de una serpiente había salido de los labios de Calíope, su esclava favorita, la que llevaba el nombre de la musa de la poesía heroica y de la elocuencia. El resto de las doncellas se apresuró a cubrir las ropas de dormir de la princesa y a interponerse en el camino del general romano. El hombre pareció entre confuso y genuinamente divertido ante aquel atávico e inútil gesto de protección, pero ni siquiera él osó atravesar el etéreo cerco que componían aquellas mujeres. La niña observó su titubeo con desdén, sabiéndose, de algún modo, aún protegida. Poderosa, quizá. Casi sagrada.

—¡Vaya! —advirtió el romano, sorprendido ante la majestad de su mirada. Alzó las manos—. No voy a haceros nada. No soy yo quien ha atentado contra vuestra vida, sino al revés; el que ha forzado a estos aprendices a arrancaros del Hades. Deberíais dar las gracias… —apuntó. Y ante su silencio escupió resentido—: O contestar, al menos, cuando un adulto os habla…

La princesa lo contempló con calma, juzgándole en silencio

como a lo que era, un idiota, hijo de un pueblo carente de reyes y dioses propios. ¿La trataba de verdad como a una niña? ¿A ella? ¿No sabía, quizá, que, muerta su madre, ella era ahora la única encarnación posible de la diosa? ¿Que, en ausencia de sus hermanos varones, ella era ahora la cabeza visible de un reino, pese a todo, aliado de Roma? ¿Un reino al que sus sicarios trataban con los modales de un comerciante en el mercado?

—La princesa no habla con nadie inferior a ella en rango… —le desafió, con valentía, la joven Calíope.

Agripa le dirigió la misma mirada con la que habría obsequiado a un insecto molesto que revoloteara ante su rostro. La paseó luego, con indiferencia por la estancia.

—Quitadles cualquier tipo de armas, bebedizos e incluso prendedores de pelo o amuletos a esta pandilla de imbéciles supersticiosos —ordenó a sus esbirros y paseó una mirada desdeñosa por la estancia—. ¡Quién sabe lo que serán capaces de intentar! ¡No me fío de ninguno de ellos!

Los soldados procedieron sin torcer el gesto. Abrieron cajones, arrojaron vestiduras al suelo, barrieron de un manotazo los frascos de los tocadores y rompieron vasijas. Las esencias se derramaron, densas y aceitosas, sobre las losas de mármol y la mezcla de olores, penetrante y espesa, se esparció por la estancia. Las sandalias crepitaron sobre los trozos de vidrio. Las esclavas se arracimaron en el lecho, en torno a su dueña. Los eunucos se miraron asustados sin atreverse a intervenir. Los soldados les atrajeron a todos, sin miramientos, al centro de la estancia registrando sus ropas y palpando sus cuerpos a punta de espada. Las mujeres chillaron, sintiéndose humilladas.

—¡Colaborad de grado o a la fuerza! —exigió Agripa—. ¡Yo soy el responsable de que la princesa conserve la vida! César ya ha perdido un trofeo, pero —paseó su índice amenazante por la estancia, ante el tono quejumbroso de la servidumbre— seréis todos vosotros quienes perdáis la cabeza si osáis interferir en sus planes.

—¿César? —El grito despectivo salió desde el lecho, desde el

que, como un rayo, la muchacha se incorporó, a medias—. ¿César? —Oír llamar así a ese engreído de Octavio, al enemigo declarado de su padre, le dolía mucho más de lo que deseaba confesarse. En un gesto completamente impropio de una niña, escupió al suelo, a los pies del general romano—. Solo hay un heredero de César y es mi hermano —silabeó desafiante. Alzó la cabeza—. Yo lo sé. Tú lo sabes. Y Octavio —paladeó con fruición sus propias palabras sin arredrarse— sabe que todos lo sabemos.

Agripa observó a la muchacha con interés renovado. Mantuvo el gesto contenido, los músculos tensos y la mano sobre el pomo de su gladius. La niña irguió la barbilla con firmeza, temblando por dentro. Aquel hombre podía matarla con un solo gesto, pero no le importaba. ¿No lo había perdido todo? ¿No era morir lo que buscaba, acaso? Y sin embargo aquella dureza en sus ojos la amedrantaba. Tenía la sensación de que no se conformaría con su muerte. Buscaba algo más humillante. Algo más duradero.

Y no se atrevía a preguntarse qué otro dolor podría aún sumarse al suyo.

—Vaya —se congratuló el romano, entre burlón y admirado por esa audacia suicida—. Ahora sí hablas. Veo que solo hay que encontrar un tema de conversación que despierte tu interés…

Agripa se acercó a su lecho mucho más de lo que exigía el respeto, pero ella no se movió. El hombre la escrutó, con una chispa de diversión en los ojos.

—¿Tus tutores no te ha enseñado que este no es el comportamiento más adecuado para una niña? —le advirtió, acercando su rostro en un gesto intimidatorio—. No sé si has heredado los modales tabernarios de tu padre o el carácter de la puta de tu madre…

Sin titubear ni un solo instante, y aprovechando la cercanía, la chiquilla abofeteo su mejilla afeitada. El golpe seco resonó, diáfano, en la estancia, por encima de los chillidos asombrados de las doncellas. Salvo por la sorpresa, Agripa no se inmutó. Aquellos brazos infantiles podían poco contra su imponente presencia. La niña trató de disimular el dolor, pero se frotó la palma de la

mano; las puntas de los dedos, que se habían estrellado en la carrillera de su casco, estaban rojas.

La miró con cierta diversión. Algunos de sus hombres se habían frenado en el acto para observarle, expectantes. Otros no habían podido reprimir una risita, anticipando una reacción. Él no se rio, solo se acarició la zona golpeada. Casi con deleite.

—Empiezo a hacerme una idea de lo que vio Marco Antonio en tu madre, pequeña víbora —susurró con acento indescifrable.

La niña sintió el peso de sus ojos febriles y se encogió sobre sí misma, buscando, con los pies descalzos, un tibio consuelo entre la suavidad sus sábanas. Sus manos maniobraron entre su túnica y Agripa supo, instintivamente, que buscaba su cinturón, la hebilla que clavarle en los ojos si daba un paso más hacia ella. Cayó en la cuenta de que era la única a la que no habían registrado y sonrió impresionado, ávido de adrenalina. ¿Se atrevería aquella pequeña bastarda? Se acercó aún más a ella, provocador, inspirando ostentosamente su miedo y su sudor, pero alguien posó una mano en su poderoso brazo y se inclinó ante él, refrenándolo.

—Agripa…

El comandante no se volvió. La niña alzó su rostro para ver quién interfería en aquella escena que no era sino una lucha de poder. Le sorprendieron el acento cálido del soldado que había osado hablarle, la familiaridad que le mostraba y el color de su piel, tan bronceada como las de las gentes de su pueblo. Parecía sorprendentemente joven para permitirse esas libertades con su comandante.

—Agripa —le reconvino con una suavidad que desmentía la tensión de su gesto—. No olvides que es la hija de un triunviro romano.

Agripa pareció salir de su ensoñación. Una inexplicable rabia tiñó su gesto contenido.

—Es la bastarda de un traidor —le corrigió, encendido.

—De un triunviro romano —insistió su subordinado, con el tono monocorde e hipnotizador con el que le hablaría a un caballo rebelde o a un enemigo armado—. De un triunviro romano y de

una reina extranjera.

—Vencida —subrayó él, mascando las palabras.

—Vencida y muerta, pero una reina —continuó el joven, sin arredrarse—. Y Roma respeta el rango de sus enemigos —le repitió con un tono tajante—. Incluso vencidos. Incluso prisioneros —añadió. Un temblor imperceptible le afiló la voz—: Incluso muertos.

Agripa bajó la mirada como si saliera de un influjo. Se repuso, se apartó del lecho de la pequeña princesa egipcia y palmeó, agradecido, la espalda de su compañero, como si este le hubiera salvado de caer a un abismo. La respiración que había contenido regresó de nuevo a su pecho.

—¡Vigiladla! —ordenó a sus hombres—. Responderéis con vuestras vidas si algo le sucede.

Fue a salir de la estancia, con pasos largos y amenazantes, seguido de su compañero, cuando se volvió hacia la muchacha, como si hubiera olvidado algo.

—Y tú da gracias, pequeña sierpe —le advirtió, señalándole con un dedo, como en una maldición—. Da gracias a todos tus dioses con cara de animal porque tus esclavos te hayan traicionado y porque César —pronunció con fruición— te permita salvar la vida. Aún no me explico por qué. Me imagino —señaló con una sonrisa turbia— que tiene planes para ti.

Se dio la vuelta y salió de la estancia. La puerta de madera se cerró con estrépito a su espalda. Tras su marcha, el cuerpo de la niña se dobló sobre sí mismo con desamparo, y lloró. Lloró como hacía días que no lloraba. Lloró deshecha en un llanto inexplicable, pues hubiera jurado que ya no le quedaban más lágrimas.

—Shhh, princesa —susurró a su lado Calíope, acariciando su pelo oscuro y aceitado de esencias—. No os harán nada. No se atreverán.

Las dos sabían que eso no era cierto. Que las tropas romanas patrullaban las calles paseándose por una ciudad que ya era suya. Qué quizá Octavio, aquel que se hacía llamar César, no se

molestara en pedirles cuentas de sus actos. Y su llanto arreció, acuciado por el miedo, la tensión y el vacío. Por la pérdida y por el dolor; por el fin de una estirpe que moriría con ella; por los rostros helados de sus padres muertos, por la incertidumbre del paradero de sus hermanos y por aquel reino milenario que se desmoronaba, convirtiéndose, poco a poco, en barro, como las orillas del Nilo en época de crecidas.

Los eunucos miraron hacia otro lado. Las esclavas siguieron con sus tareas. Los hombres de Agripa se cuadraron, impasibles, ante su puerta. Nadie más se atrevió a consolarla. Los suyos, presintió la niña, temían ya más a la autoridad romana que a la ira de su legítima princesa.

Es así como se reconocen las derrotas.

Con un estremecimiento no pudo evitar preguntarse por qué el asesino de sus padres quería conservarla con vida.

Y si esa no era una razón suficiente para preferir estar muerta.

II

Siete años antes…

Año 15 del reinado de Cleopatra Thea Filopátor
Anno 716 ab Urbe condita (Año 37 a. C.)

La primera vez que Selene vio a su padre tenía apenas tres años de edad. Entonces aún la llamaban Cleopatra y si alguien le había hablado de la existencia de un padre en algún momento, lo había olvidado. Tampoco le hacía falta. Era descendiente de una dinastía de reyes centenaria e hija de una diosa. No le faltaba nada. Y no se puede echar de menos lo que no se conoce.

—¡Vamos, princesa! ¡Vamos! —La joven Calíope irrumpió en la cámara donde ella se mecía con los ojos cerrados para evitar el mareo, y la zarandeó con suavidad—. ¡Ya llegamos! —añadió con nerviosismo.

Rhea, la robusta nodriza de Corcira, alzó la vista sobresaltada desde su banqueta, recostada en la tablazón, y se asomó por una de las aberturas de la nave. Se puso en pie, precipitadamente. El pequeño telar portátil de madera en que tejía su labor cayó al suelo.

—¿Ya hemos llegado a Antioquía?

—¡Sí, corre! ¡Prepara al príncipe! —respondió Calíope—. Estamos entrando en el puerto…

—Pero ¿cómo me avisáis con tan poco tiempo? —se espantó la mujer mientras, a su vez, arrancaba al pequeño Alejandro de su profundo sueño—. ¿Ese charlatán de Práxedes no dijo ayer que los romanos nos dejarían un par de días atracados en la bahía, antes de permitirnos desembarcar…?

—Somos la nave capitana —explicó la doncella con un gesto explícito—. Parece que nos han liberado del protocolo de cuarentena. Solo a la nave de la reina. El resto de los barcos se quedan atracados…

—¿Y la reina consiente entrar a un puerto enemigo sin su flota? —preguntó la nodriza, sorprendida.

—Aliado —rectificó la esclava.
—Es lo mismo —zanjó la nodriza.
—Bueno… —Calíope se encogió de hombros y lanzó a su compañera una mirada significativa—. Me da la impresión de que a «él» le consiente todo.
La nodriza alzó los ojos al cielo.
—¿Él? ¿Está aquí? —preguntó en un susurro asustado.
Calíope asintió, miró a su alrededor y bajó también la voz para dirigirse a Rhea.
—Práxedes me ha contado que ha sido iniciativa suya citar aquí a la reina —advirtió con cierta excitación—. En un punto intermedio entre Alejandría y Roma. Y que en lugar de enviar a sus legados ha venido él personalmente…
—Que la diosa nos asista —rogó la nodriza—. Y que le dé paz de espíritu a la reina para tomar decisiones sabias y no fruto de la calentura.
—Venga, date prisa —la urgió Calíope—. La reina ha pedido que preparemos a los niños.
Rhea miró con una nostalgia prematura al pequeño Alejandro, como consciente, por vez primera, de que la vida podía arrebatárselo.
—No sé a qué viene tanto correr ahora… —protestó la nodriza.
—Quizá el triunviro tenga ganas de… vernos —admitió la esclava con cierta malicia—. Tanto que no le importa lo que quiera que podamos contagiarle…
—Calla esa boca… —le ordenó Rhea, prudente.
Calíope dejó escapar una risa nerviosa. Todo había sido extraño en esa travesía. Desde el hecho de que la reina mandara embarcar a sus hijos pequeños hasta que autorizara la salida de la flota en pleno invierno, con la temporada de navegación ya clausurada. ¿Y qué decir de las riquezas que albergaban la nave capitana y otras dos naves anónimas de la escuadra? En los mercados de Alejandría, antes de partir, se contaba que la reina había requisado toda la moneda en circulación y que había hecho acuñar más a toda prisa. La misma Calíope era consciente de que al inmenso tesoro se habían añadido joyas de la propia dote personal de la reina. Y todo, ¿para qué? Ahora, al saber con quién esperaban encontrarse, empezó a atar cabos. ¿Su señora arriesgaba sus naves, sus riquezas y su sangre

para complacer los repentinos deseos de un romano, de un ser que ni siquiera poseía sangre real, aunque tuviera ínfulas de dios? Desde su modesta experiencia, una visita de ese calibre nunca era sinónimo de buenas noticias.

Hacía más de tres años que las nuevas de Roma discurrían por los cauces formales, sin asomo de la antigua intimidad nacida en Tarso, cuando el triunviro romano a cargo del Oriente había citado a la reina Cleopatra para pedirle cuentas de su papel en la guerra contra los asesinos de César, para caer rendido ante las riquezas de Egipto y la exquisita personalidad de su joven soberana. Para entonces ambos se conocían desde hacía tiempo, desde que más de diez años atrás, Ptolomeo Auletes, entonces aún faraón de Egipto, hubiera puesto a sus hijos bajo la protección de Roma; o más recientemente, desde que una jovencísima Cleopatra se hubiese instalado en la villa del Tíber como invitada y amante de Julio César, unos seis años atrás. Su presencia ostentosa y transgresora, y el hecho de que llevara con ella a su hijo Cesarión, a quien presentaba como el único hijo varón de Julio César, había supuesto para la sociedad romana un auténtico escándalo, con el que a él, como cónsul, le había tocado lidiar. El asesinato del *dictator* había separado sus caminos. En el caos consiguiente, ella, había huido de Roma hacia el cálido refugio alejandrino; y él se había arrogado la tarea de acabar con sus asesinos. Cuando las guerras internas acabaron, se había autoerigido en triunviro, para gobernar Roma junto a otros dos candidatos, el siempre ecuánime Lépido y el jovencísimo y ambicioso Octavio, el único descendiente varón del *dictator* que había sido nombrado, póstumamente, su heredero.

Tarso, cuatro años atrás, había sido la promesa de una nueva alianza entre Egipto y una Roma que parecía haber resuelto sus rencillas internas. Con Octavio en la península itálica y Lépido encargado de África e Hispania, aquel general que gustaba de vestirse al modo griego y de identificarse con el dios Dionisos había puesto rumbo a Oriente para hacerse cargo de la región más distante de Roma. En Alejandría se decía que con la tradicional soberbia romana, había pretendido conquistar Egipto y que Egipto había acabado por conquistarle a él. Durante aquel invierno que el romano había pasado entre ellos, todos, incluida la propia reina, llegaron a pensar que, de alguna manera, la luz del Nilo y la

mismísima encarnación de Isis se habían ganado al triunviro para conseguir el eterno favor de Roma. Pero había sido solo un sueño. Uno de esos espejismos provocados por el ardiente sol del desierto del que hablaban siempre los caravaneros. Con la primavera él había regresado, como las aves del delta, para mediar en la batalla liderada por Fulvia, su esposa, y su hermano, Lucio, contra Octavio, el triunviro a cargo de la península itálica. Una serie de revueltas y desórdenes en defensa de los dueños de las tierras que Octavio pretendía regalar a los veteranos de las legiones a su cargo. Una colosal llamada de atención para que el romano abandonase los cuestionables placeres orientales y volviera a ocuparse de los asuntos de su casa.

Con su marcha, hacía más de tres años, se habían acabado los banquetes espontáneos, las fiestas intempestivas, los danzarines bañados en polvo de oro, los desultores númidas y las acróbatas de ojos rasgados que venían del oriente de Oriente, más allá del país de los partos. Alejandría aprendió a echar de menos a esa alegre encarnación del dios Dionisos y durante un tiempo esperó su vuelta. Quizá como la reina, en vano. Y para todos ellos, los que se habían quedado, la vida había seguido transcurriendo exactamente igual. Bueno, casi.

Calíope acarició el revuelto pelo de la niña, que, incorporada en su lecho, se restregaba los ojos, sorprendida de la repentina actividad tras largos días de lánguida travesía.

—Llegamos a Antioquía, princesa —le susurró en una sonrisa. Posó un beso en su mejilla suave y cálida, como la piel de un melocotón, y comenzó a atusar los pliegues de su túnica.

—Me da calor —protestó la niña cuando le acomodaron el manto.

—Fuera hará más frío —le reseñó la esclava, que tampoco comprendía cómo la reina se había arriesgado a llevar a toda su descendencia consigo en una travesía como esa—. Una humedad horrorosa que se te meterá en los huesos.

Rhea, que había conseguido despertar también al pequeño Alejandro e incluso comenzar a vestirle, pese a sus protestas, lanzó una mirada significativa a los niños.

—¿Crees que él… lo sabe…? —preguntó.

Calíope se encogió de hombros.

—La reina siempre ha sido muy cauta a este respecto… —le aseguró, mientras mojaba en aceite de azahar el cabello de la princesa para intentar domarlo—. Y jamás lo ha comunicado oficialmente.

—Pero todo Egipto celebró la noticia —le recordó Rhea.

—Ya, pero estamos lejos. Roma está pendiente de las muertes entre los Ptolomeos —admitió Calíope—; no estoy tan segura de que lleve la cuenta de sus nacimientos.

Calíope estiró como pudo los vestidos de la pequeña princesa, y trenzó su desordenado cabello, mientras Rhea batallaba con un enfadadísimo Alejandro, que seguía aún medio dormido, entre sus cojines de seda.

—Quiero seguir jugando con mis barcos… —protestó el niño, sin duda perdido aún en una ensoñación.

—¡Esto es mejor! —le advirtió Rhea mientras le restregaba la cara bruscamente con un lienzo de lino. Y le incorporó para que viese la llegada a puerto desde la apertura lateral—. ¡Ahora compórtate y verás barcos de verdad!

Limpiaron sus pies descalzos y les calzaron con sandalias doradas, les recolocaron el pelo ensortijado, les perfumaron con esencia de jazmín y los llevaron en volandas atravesando corredores interiores y cubiertas entoldadas hasta la superficie de la nave donde formaba ya, impecablemente, la guardia macedonia. Tras sus siluetas, mudas y doradas, como estatuas, se extendía el bullicio del puerto de Antioquía, sucio, caótico, vibrante y vivo. El caos de tierra tras el perfecto orden de a bordo. Los niños trataron de desasirse de las esclavas para asomarse por la borda. Las calles que desembocaban en el embarcadero eran un hervidero de curiosos y todo el ambiente olía a salitre, a sudor y a fruta pasada. La princesa suplicó sentarse sobre los hombros de Calíope. Desde allí observó a la multitud cuchicheando y arracimándose en el muelle y se contagió de la excitación general. ¿Qué sucedía? Hasta ella, que no había cumplido aún los cuatro años, notaba el cosquilleo de la expectación.

Buscó a su madre con la mirada. Con su proverbial capacidad para la escenografía, Cleopatra había ordenado levantar un improvisado estrado bajo palio, en cubierta. La guardia macedonia terminaba de formar en una doble y disciplinada hilera mientras

dos esclavos nubios trataban de sincronizar sus movimientos para abanicarla. Se encontraba ya sentada sobre una silla ceremonial de campaña, ataviada con ropajes exquisitos rematados en hilo de oro y portando, enhiesta, sobre su frente la corona de los dos reinos. Había tenido tiempo de subrayar sus ojos con hollín de la llama sagrada de Isis y de pintar sus mejillas con polvo de cinabrio. La niña la miró fascinada, admirada de su porte. A su lado, su hermano Cesarión, que ya contaba con diez años de edad, se sentaba en una silla similar, con el aire grave y solemne de un gobernante consorte bajo la atenta mirada de su tutor, el griego Rhodon. La doble corona, fabricada a escala, parecía pesarle más que a su madre. Cleopatra había hecho fabricar también para él una silla de campaña de apariencia similar a la suya, igualmente tallada en madera noble, labrada y ornamentada, pero con el asiento de cuero situado a una altura menor. De ese modo, en un primer vistazo, el visitante no alcanzaba a percibir que el joven corregente de Egipto no llegaba aún con los pies al suelo.

—¿Y mis hijos? —clamó la reina, pendiente de cada uno de los detalles de su puesta en escena.

—¡Aquí, señora! —le indicó Glígor, el jefe de su guardia.

El personal de palacio se abrió a su voz para dejar paso a Calíope y a Rhea, que portaban a los mellizos Cleopatra y Alejandro en sus brazos, como valiosas ofrendas. Desde la inusual altura, la niña alcanzó a apreciar, admirada, el centenar de rostros sudorosos y sonrientes que bajaban la vista ante ellos, murmurando bendiciones. En tierra, tras la leve franja de mar que se acertaba a ver, frente a un estrado de madera, parcamente ornamentado por una sucia alfombra roja, una guarnición romana formaba, esperando el desembarco de la nave egipcia que avanzaba mecida por el cadencioso ritmo de los remeros, recogidas ya sus velas del color de la púrpura de Tiro.

Más pendiente de lo que sucedía en tierra, desde su improvisado trono, la reina lanzó una mirada aprobadora ante el aspecto de los mellizos.

—¡Perfecto! —asintió distraída—. Acercadlos cuando yo os lo pida. —Y añadió con un tono que pretendía ser despectivo—: Dejemos primero hablar a los romanos…

¿Romanos? El pequeño Alejandro intentó desasirse de los brazos

de Rhea, fascinado por la novedad. ¡Cesarión le había hablado tantas veces de Roma y de su padre! Era el lugar más poderoso del mundo. Aún más que Egipto, se había atrevido a confesarle en voz baja. Rhea no le permitió escapar de su abrazo y le distrajo con la estética del resto de las varias docenas de naves romanas que se erguían con las velas desplegadas en la lejanía, mecidas por el suave bamboleo del mar. Hasta el niño, fascinado por las batallas navales y por las enseñanzas de su hermano Cesarión, intuyó que estaban estratégicamente colocadas entre la nave capitana y el resto de su escuadra.

Su hermana estaba menos interesada en las características técnicas de las naves que en la gente que se prestaba a recibirlos. ¿Quiénes eran aquellos extraños ante los que su madre se atrevía a presentarse sin más guardia que la suya personal? La niña notaba en la piel el ambiente electrizado de a bordo; las miradas cómplices de los guardias, los cuchicheos de las esclavas y aquel brillo inusual en los distantes ojos de su madre.

Entrecerró los suyos ante la luz afilada de aquel mediodía de la estación de la siega y se puso la mano como visera. Olía a sargazos y a pescado pasado. En el puerto tres hombres, en pie, contemplaban con majestad la maniobra de atraque, mientras los operarios del embarcadero y sus propios soldados trajinaban con remos y cabos para anudar la nave a puerto, entre gritos en diversos idiomas.

Intuyó que debían ser hombres importantes. Las personas que venían a ver en aquella travesía desde Alejandría, tediosa pese a los bailes, las tocadoras de cítara y los encantadores de cobras. Sus expresiones, hasta donde ella podía verlas, no parecían hostiles. Uno de ellos, el más alto, llevaba un *paludamentun*, la capa roja que denotaba el rango, y una *lorica musculata* en el torso que le daba el imponente aspecto de una estatua griega bañada en plata. Hasta ella sabía que esas vestimentas que tanto fascinaban a sus hermanos Cesarión y Alejandro eran las reservadas a los rangos superiores del ejército romano. ¿Con quién y para qué iban a encontrarse en persona?

Dos operarios nubios tendieron una rampa de madera para facilitar el acceso de la tripulación a tierra. Dos guardias romanos pusieron apenas un pie en ella, previsiblemente para escoltar a la

reina, pero, a bordo, nadie se movió. Su madre susurró algo al oído de Práxedes, y este, a su vez, se lo hizo saber a uno de los soldados que esperaban en la rampa. Este pareció desconcertado, descendió de nuevo y se acercó a las tres figuras, que esperaban, a comunicar lo que quiera que le hubieran transmitido.

Con una resolución que dejaba atrás cualquier tipo de protocolo, el más alto de los tres, el portador del *paludamentun*, se aproximó a la nave en impacientes zancadas. Con un gesto ordenó a su guardia privada que se quedase en tierra, y ascendió por ella, seguido tan solo de dos de sus hombres. La niña le observó. Era alto, tenía el cabello oscuro y hercúleas hechuras de soldado. Una vez a bordo, se deshizo de la espada corta y del cuchillo que llevaba en la greba entregándoselo, ceremonialmente, al jefe de la guardia macedonia y, acto seguido, saludó con un brazo en alto a la multitud de sirvientes, tripulantes, soldados y esclavos congregada en cubierta. Su gesto, espontáneo, provocó una ovación instantánea. Su actitud alegre y confiada, la seguridad de su sonrisa y el modo en que los integrantes de la corte alejandrina se dirigían a él, como a una deidad esperada, atraparon la mirada de la niña.

—¿Quién es? —preguntó en un susurro al oído de Calíope.

La esclava hizo una pausa apenas perceptible.

—Es Marco Antonio —susurró la mujer, con algo parecido a la reverencia. Intercambió una mirada con Rhea, insegura sobre la información que debía facilitarles a los niños—. Uno de los triunviros de Roma.

—¿Qué es un triunviro? —inquirió Alejandro, a quien fascinaban los cargos militares y la estética de las batallas.

—Uno de los tres hombres más importantes de la República —recalcó la nodriza—. Lépido, Octavio y Marco Antonio —enumeró—. Ellos son los que gobiernan desde la muerte de Julio César.

Julio César. Los niños sabían que Julio César era el padre de su hermano Cesarión. Era, porque lo habían matado años atrás. ¿Eran esos hombres sus asesinos?, pensó la niña, atemorizada. Pero no les recibirían así. Sonaron tambores y vítores en señal de bienvenida. Dos jóvenes esclavas vestidas de blanco a la manera griega, descalzas y con la vista baja, acercaron en bandejas de plata sendas copas de vino y racimos de uvas a los recién llegados.

La niña, subida aún a los hombros de Calíope, vio cómo aquel

romano a quien llamaban Marco Antonio alzaba la copa hacia la multitud como para brindar con ellos y la apuraba, enardecido, de un solo trago para llevarse después un puñado de aquellas uvas de las tierras de Siria, exquisitas y dulcísimas, a los labios, dejando que el jugo descendiese por la oscura barba que gustaba de lucir en Oriente con deleite, como recreándose en la bienvenida. La multitud congregada en el puerto recibió su espontáneo gesto con una alegría desbordada, escandalosa, casi infantil, mientras él se acercaba a cada uno de ellos sin miedo ni escoltas, sin armas desenfundadas ni estandartes, con pasos largos y seguros, presto a estrechar los hombros de los más ancianos que alargaban las manos para rozarle, a inclinar la cabeza ante algunos de los prominentes nobles que les habían acompañado y a besar con picardía las manos y los labios de esclavas y bailarinas que se deshacían en risas, como adolescentes avergonzadas. Pese a que era la primera vez que lo veía, a la niña le pareció reconocer aquel brillo travieso en la mirada y aquella risa despreocupada y franca. Los veía a diario en los ojos su hermano Alejandro.

—¿Le esperábamos? —preguntó, con sencillez, ganada por la alegría de la muchedumbre; seducida, aún sin saberlo, por su gesto de conquistador.

Calíope dudó. Quizá sí. Quizá su señora, Cleopatra, le había esperado en vano durante tres largos años. Quizá incluso el pueblo que un día le había estimado, pensando que su actitud cercana, cálida y orientalizante sonaba a compromiso, llegó a esperarle. ¿Pero ahora? ¿A qué volvía a Asia? Los gobernantes romanos no cruzaban el Mare Nostrum en vano. Cuando lo hacían, como había pasado con Julio César y antes que él, con su rival, Pompeyo, ellos, de un modo u otro, terminaban pagando las consecuencias.

—No lo sé —confesó, observando la seguridad con la que aquel hombre recorría el sendero abierto por la guardia que le conducía directamente al estrado en el que Cleopatra con la barbilla erguida, le esperaba.

—Yo creo que es un dios —apuntó el pequeño Alejandro con admiración—. Camina como si lo fuera.

Calíope no respondió. Se amparó en el fragor de la multitud; no sabía muy bien qué responder ante la curiosidad de los pequeños.

Los coros se fueron apagando en un silencio expectante mientras

el triunviro, sin más guardia ni escolta que los dos hombres que le seguían, caminaba con sonrisa triunfal hacia el estrado de la reina. Se secó el sudor que le corría por el cuello rizándole el pelo en la nuca y se detuvo frente a ella. Por fortuna, recordó a tiempo las formas y se inclinó levemente en su presencia, aunque lo que de verdad el cuerpo le pedía, tras mirarla de nuevo por primera vez en tanto tiempo, era arrancarle aquellos velos dorados y esa sonrisa hierática, deshacer las intrincadas trenzas con sus dedos, estrechar entre sus brazos aquel cuerpo del color de la leche con canela, emborronar con besos húmedos su complicado maquillaje y tomarla sobre aquel suelo que olía a madera y nafta entre sus súbditos y sus sacerdotes, entre sus eunucos y sus esclavas; ante los ojos espantados de su primogénito, hasta que anocheciera y amaneciera de nuevo y volviera a anochecer y todos los dioses —los suyos y los de ella— se levantaran en sus tronos celestes escandalizados.

—Reina Cleopatra —susurró con voz ronca, sintiendo el aguijonazo del éxtasis presentido y perdiéndose en aquellos ojos del color de la miel de palma—. Marco Antonio vuelve de nuevo a Oriente como amigo de Egipto y vuestro. Roma y yo deseamos… reanudar nuestra prospera relación —insinuó, lamiéndose levemente los labios—. Es un auténtico placer —subrayó la palabra — volver a veros de nuevo.

Solo entonces miró a Cesarión, con una leve inclinación de su frente. Casi como si el corregente no existiera. El niño se revolvió incómodo en su silla mientras la reina egipcia devolvía la mirada al triunviro romano con estudiado desdén. Sonrió levemente y tendió con condescendencia su mano, para que él la rozara como un súbdito afortunado. Le escatimó uno de esos besos que él tan generosamente había repartido entre las esclavas. Aun así, desde su posición, tras el estrado de su madre, la pequeña Cleopatra supo reconocer el alivio en el rostro del romano. Y se alegró por él. Sabía que su madre podía ser muy dura cuando se lo proponía y que ese era el gesto que precedía al perdón.

La reina egipcia inspiró el aire pesado y bochornoso, y recordó a tiempo su posición, su alianza con Roma y lo que aquel momento representaba para contenerse. Porque lo que de verdad el corazón le pedía era abofetear a aquel malnacido por haber huido de su lado, por haber vuelto a Roma, por haberle arrebatado el triunfo de su

conquista y por haberla humillado casándose mansamente y engendrando criaturas con la hermana de Octavio, aquel advenedizo que parecía disfrutar desafiándole continuamente.

—Triunviro Marco Antonio. Oriente y la reina de Egipto os reciben tras vuestra prolongada ausencia —recalcó—, henchidos de gozo. Pero no como a un amigo —susurró lentamente, calibrando la reacción muda de Marco Antonio—. Las lealtades, comandante, son tan débiles en estos días… —lamentó—. Para Egipto y su reina vos sois mucho, muchísimo más. Sois un padre. El padre de sus hijos…

Ni siquiera hizo falta el gesto que precediera la escena. Como en una ordenada coreografía, Rhea y Calíope se adelantaron ante el estrado de la reina y se arrodillaron a los pies del triunviro romano, colocando a sus pies, envueltos a la manera helénica en linos blancos y con sendas tiaras de oro sobre su frente, los mejores presentes que la reina podía entregarle.

Sus hijos.

III

—¿Mis hijos?

Solo la espesa alfombra de tierras partas que decoraba el suelo de la estancia amortiguó el sonido de la copa de vino al caer, barrida por la ira de Antonio. Quinto Delio, su gran valedor en Oriente, que le había acompañado en la travesía desde Atenas, cerró los ojos, sorprendido por lo imprevisto del gesto. El hebreo Musa, más habituado a los arranques estentóreos de su amo, permaneció en pie, impasible, con las manos apaciblemente cruzadas en el regazo. Nadie se aprestó a recogerla. Era una conversación privada y no había nadie más en esa sala.

—¿De verdad? ¿Mis hijos? —repitió, incrédulo.

—O eso dice la reina… —trató de contemporizar Delio para calmar el arrebato de Marco Antonio.

—Entonces, ¿miente, Delio? —El triunviro se volvió a él irritado —. ¿Debo entender que mi hombre de confianza en esta esquina del mundo afirma que la reina de Egipto miente?

—No he afirmado eso, señor. Solo digo que un hombre no puede estar nunca seguro… —balbuceó—. Incluso las mujeres pueden equivocar sus cálculos…

Musa miró con conmiseración a Quinto Delio, consciente del resbaladizo terreno por el que el équite estaba transitando. Puede que Marco Antonio se deshiciese en vituperios contra la reina egipcia, tras esa especie de emboscada emocional, pero no consentiría que nadie más lo hiciera. En otro tiempo, casi cuatro años atrás, había sido el propio Quinto Delio quien había convencido a Cleopatra para encontrarse con Antonio en Tarso. Consciente de los beneficios de estrechar relaciones con Egipto, Delio le había hablado sobre la personalidad y la audacia del triunviro de tal modo que a la reina egipcia le asaltó el ansia de reunirse con él, de volver a los tiempos seguros de César, cuando ambos eran más jóvenes y gozaban de un cariño y de una protección que parecían eternos. Delio, que llevaba muy a gala haber sido el instigador de aquel más que previsible romance, había sido testigo, en varias ocasiones, del comportamiento público de

Cleopatra y Antonio, de sus apariciones conjuntas y de los gestos cariñosos que, de manera impúdica, no escatimaban en público. Musa se preguntó cómo se atrevía a hablar de ella así delante de Antonio. Ambos habían observado cómo la simple mención de la egipcia encendía aquel brillo febril en sus ojos, ese que solo ardía ante las batallas perdidas y ante los retos imposibles. Ambos habían observado cómo el triunviro romano escuchaba a la reina egipcia prendido de sus palabras y de su capacidad para contar historias. Los dos sabían perfectamente que, con su legítima esposa en Atenas, si Antonio había decidido instalarse en Antioquía, no era para preparar la guerra contra los partos. O al menos, no para prepararla solo. Había decidido pedir ayuda a Cleopatra en una campaña común. Musa se preguntaba si el hombre más poderoso de Roma en Oriente no necesitaba una excusa para volver a ver a la reina de Egipto, como el hijo de un mercader que acechara a una sierva en el mercado. Y no ante su esposa ni ante sus compañeros de triunvirato; la necesitaba para tratar de justificarse a sí mismo. El hebreo había visto a muchos hombres perder los sentidos por una mujer en su vida. Todos ellos habían sido menos fuertes, menos populares y de menor extracción social que Antonio, pero todos ellos compartían esa misma mirada extraviada.

—¿Estás insinuando algo…?

Un nuevo manotazo barrió un exquisito jarrón de terracota estrellándolo en el suelo. Marco Antonio no necesitaba su opinión, adivinó Delio demasiado tarde. Quizá únicamente deseaba desahogo. Estaban solos, los tres, en la estancia que la guarnición había reservado explícitamente para ellos. Una unidad de campaña buena para soldados y legados romanos, pero pobre e insuficiente para una reina ptolemaica, su corte y su descendencia. Cleopatra se había negado a desembarcar hasta que su propio servicio acondicionase la estancia. Hasta entonces, como en Tarso, el triunviro romano que la había mandado llamar, pese a haber concertado el encuentro, se vería obligado a subir desarmado a su nave, junto a su séquito, si quería hablar con ella.

—¿Se permite despreciarme? —se lamentó, dando una vuelta en derredor con los brazos abiertos—. ¿Ella? ¿No habéis visto cómo me ha recibido su pueblo?

—Quizá —se atrevió a insinuar Musa— esté aún algo molesta

por tu imprevista marcha…

Antonio se mesó los cabellos con ambas manos.

—Hace más de tres años de eso… —increpó—. ¿Es que nadie, en nombre de todos los dioses, ha podido informarme de esto en tres malditos años? ¿Dónde están nuestros hombres en Egipto? —reclamó, encendido.

—Roma tiene una delegación en Egipto, Antonio —reconoció Quinto Delio—. Pero no podemos obrar a nuestro antojo. Se trata de un territorio soberano. Y aliado.

—Muy bien. Puede que no podamos movilizar un ejército —admitió Marco Antonio—, pero esperaba tener ojos y orejas…

—Los tenemos, señor —trató de disculparse el gobernador en Grecia—. Pero están pendientes de levantamientos y desafecciones; de todo lo que pueda involucrar a Roma. De las fronteras del sur, con los kushitas; de los pactos con los partos, al este; de las revueltas contra Herodes en Judea… Mis hombres no están aquí para hacer caso de chismes de alcoba…

—¿Chismes de alcoba? —Antonio acercó el rostro al de Delio hasta que sus labios casi se rozaron—. ¿Osas calificar la relación diplomática que establecí con la reina Cleopatra, claramente beneficiosa para ambos territorios, de chisme de alcoba? Quinto Delio —pronunció su nombre muy lentamente—, hay hombres que han acabado sus días en un islote perdido del Mare Nostrum por mucho menos que eso.

Era cierto. Incluso había hombres que habían acabado sus días, sin más. Delio tragó saliva, forzándose a recordar la época infausta de las proscripciones, cuando Antonio, Lépido y Octavio, en los primeros momentos de su recién inaugurado triunvirato, hicieron una limpia en el Senado —y por extensión en Roma— para cribar inquinas, expropiar fortunas y reafirmar afinidades. Incluso el célebre Cicerón, tan seguro siempre de sí mismo, había perdido, literalmente, la cabeza por haberse despachado a gusto en las *Filípicas* dirigidas a Marco Antonio. El triunviro gustaba de gastar procaces bromas de taberna entre los suyos, pero no siempre le hacía gracia ser el objeto de ellas.

—No, claro que no, señor. Lo vuestro en Tarso fue… un… un acercamiento para conocer la posición de Egipto con respecto a Roma, tras la muerte de Julio César…

—Un gran acercamiento. Y variadas posiciones, me atrevería a decir… —murmuró Musa, amagando una sonrisa.

Marco Antonio cercenó con una mirada su atrevimiento, pero Musa sabía ser irreverente y sátiro en su justa medida. Se movía en el sutil filo de la burla con una pericia que encandilaba a su amo.

—¿Decías…?

—Que fue una confraternización necesaria, señor —le asistió—. En un momento de incertidumbre…

—Y con consecuencias previsibles —atajó Musa—. Dos, para más señas.

—No puede ser. —Marco Antonio se llevó las manos a las sienes.

—Sí puede ser, señor —le cortó Musa—. Corría la estación que los egipcios llaman Akhet cuando la reina Cleopatra acudió a tu llamamiento para esclarecer su apoyo a los asesinos de César.

—Cuida tu lengua. ¡Cleopatra nunca apoyó a Casio y Bruto! —estalló Antonio.

—Por supuesto, señor —admitió Musa con un gesto tan grave que nadie hubiera podido dilucidar su auténtica opinión al respecto—. Y lo dejó tan claro y la encontraste tan limpia de faltas y tan leal a vuestra causa y a vuestra idea de venganza que aceptaste su invitación para visitarla en Alejandría. Y estuviste en total un año allí, señor, hasta que te viste obligado a volver para mediar en el conflicto desatado por tu esposa Fulvia y tu hermano Lucio contra Octavio…

—¿Conflicto? ¡Ese maldito niñato movilizó a sus legiones contra mi esposa y mi hermano, que defendían mis intereses y los del pueblo de Roma! Lo que hubo en Perusia fue una guerra, Musa. Una guerra que él venció por hambre, exiliando a Lucio y a Fulvia…

—La mayor parte de la cual, si me lo permites —continuó Musa—, tú pasaste en Alejandría. En el mismísimo palacio de la reina. Y me atrevería a decir que incluso en su propia…

—¡Cállate! —le gritó el romano, interrumpiéndole—. No te pago para que lleves la cuenta de cuándo y con quién me voy a la cama…

—Técnicamente no me pagas, señor… —admitió Musa con tranquilidad—. Y solo el dios único sabe por qué estoy presente siempre en todos tus envites. Excepto en los legales.

El triunviro se volvió bruscamente y le agarró por la pechera de

la túnica.

—¿Sabes que podría arrancarte la lengua con mis propias manos?

—Es prácticamente todo mi patrimonio —admitió Musa con calma—, pero sí, técnicamente también podrías hacerlo…

Delio palmeó la espalda de Antonio, para pedirle que se relajara, y le ofreció una nueva copa de ese vino dulcísimo con el que les habían obsequiado. El que se cultivaba en esas vides doradas en las costas de la antigua Fenicia. Marco Antonio soltó la túnica de Musa, la sacudió levemente, tomó un sorbo agradecido y pareció sosegarse de nuevo.

—¿De verdad nadie consideró necesario compartir este rumor?

—¿Con Roma? Eran eso —se defendió Delio—, rumores. A las costas griegas llegaron las noticias de dos gemelos de la dinastía de los Ptolomeos llamados a devolver a su estirpe el esplendor de los antiguos tiempos. ¡Ya sabéis lo rimbombantes que pueden ser los helenos para estas cosas! También llegaron las glosas de Virgilio anunciando una nueva edad dorada en Roma, el nacimiento de un niño que inauguraría una época de paz. No sé si hablaba de la descendencia de Octavio o de la tuya.

—Virgilio está a sueldo de Octavio —zanjó Antonio, aburrido—. Si manda glosar mi descendencia con su hermana, es porque también es su descendencia.

—En cualquier caso —atajó Musa con una chispa de diversión en la mirada—, pareces predestinado a alumbrar infantes elegidos…

—También por esas fechas —continuó Quinto Delio mirando con rencor a Musa, como retándole a que le llevara la contraria— había otras criaturas predestinadas a cambiar el destino del mundo. Los propios judíos llevan un tiempo alborotados, alzados contra Roma, convencidos del pronto nacimiento de una criatura; el mesías que les mostrará el camino, según sus profecías.

Delio era un militar romano con los pies en la tierra. Un hombre de Liguria curtido en montes y pantanos. Era diplomático y hábil, rápido y embaucador, pero práctico, al fin y al cabo. La magia oriental no había hecho mella en su piel, ni en su mentalidad perfectamente práctica de hombre del norte. Puso los ojos en blanco para dejar bien claro la credibilidad que le merecían todas esas afirmaciones. Musa asintió seriamente, un gesto grave bajo sus

barbas oscuras.

—Doy fe de ello —admitió—. Los sacerdotes no paran de anunciarlo. Aunque sospecho que lo hacen simplemente para desprestigiar a Herodes…

—El mundo se vuelve loco con anuncios de críos redentores…, ¿es tarea de Roma investigarlos? —continuó exculpándose Delio—. ¿Debería haber hecho especial caso de los anuncios que venían de Egipto? Nacieron meses después de tu partida…

—Evidentemente —advirtió Antonio, encendido—. ¿Y no ataste cabos?

—¿Debo ponerme yo, un oficial romano, a echar cuentas como una matrona? —protestó Quinto Delio—. ¡Qué sé yo con quién se alivia los picores la reina!

—¡Cállate!

Musa intercambió una mirada cómplice con Quinto Delio que el legado romano captó. Tarde. Mal asunto. Hubiera sido más fácil que el triunviro mostrara únicamente su enfado con la reina egipcia. Si también se irritaba cuando se la ofendía en su presencia, ese asunto de los principitos bastardos no tendría una solución fácil.

O al menos, no una solución que satisficiese a Octavio. Y decir Octavio, en ese momento, era decir Roma.

Marco Antonio también lo sabía, porque dio un par de vueltas por la sala como un animal enjaulado.

—¡Musa! Tú tienes formación de físico, ¿no es cierto? Quiero que vayas a buscar al griego Euphorbo a la nave capitana y que entre los dos dirimáis si es posible… —decidió—. Si esos niños tienen la edad que dicen tener; si verdaderamente pueden ser mis hijos…

Musa miró a Antonio con cierta conmiseración.

—Haré lo que ordenes —aceptó—. Yo puedo tratar de establecer la edad biológica de esas criaturas y tú puedes mandar a tus hombres en busca de quien delate a algún amante de la reina, a cambio de dinero o de conservar el pellejo, pero deberías darte cuenta de que eso da igual ya a estas alturas. Has aceptado a esos críos. Los has tomado en brazos. Y eso, según la ley romana, supone una aceptación de su paternidad…

—No caigas en la trampa. Eso no tiene ninguna validez en Roma —le interrumpió Delio—. No si la madre es extranjera.

—Estaban a mis pies, mirándome, admirados —se defendió Antonio—. Eran los hijos de la reina… Estaba gozando de su hospitalidad en su nave, con toda su corte analizando mis movimientos… ¿Qué otra cosa podía hacer…? ¿Ignorarlos? ¿Rechazarlos? ¿Tirarlos por la borda? —espetó—. ¡Habría sido un insulto…! ¡Habría tenido consecuencias diplomáticas…!

Habría consecuencias también ahora. Y los tres lo sabían. Diplomáticas y personales. Cleopatra había guardado con celo la noticia de su paternidad, esperando, sin duda, su reconocimiento oficial, pero ahora, la propia propaganda de la reina se encargaría de que esta saltara al mundo, como ya había hecho cuando engendró al único hijo varón de Julio César. Antonio no quiso ni imaginar la silenciosa humillación que sentiría Octavia, su esposa, que, a esas alturas, seguramente acabaría de parir a su segunda hija en Atenas. Y sintió un sudor frío recorrer su espalda, como el filo de un *gladius*, al pensar en el juicio de su hermano, su compañero de triunvirato y ahora cuñado, Octavio; aquella criatura desalmada y fría que se decía hijo de Julio César y se había autoerigido en guardián de la moral romana. Antonio, acostumbrado a encandilar por igual a hombres y mujeres con su apostura, su fuerza y su carisma, no concebía que aquel pseudointelectual calculador no tuviese pasiones que pulsar. Que no tuviese siquiera, en apariencia, pasiones humanas.

—¿Piensas en el juicio de Octavio? —adivinó Musa, tratando de penetrar en su hosco silencio.

—Pienso en todo, pero especialmente en él, sí —reconoció—. Lleva poniéndome a prueba desde que se autoerigió en vengador de Julio César y se autoidentificó como su hijo, ninguneando todo mi esfuerzo, toda mi experiencia y toda mi influencia. Me ha tocado ser condescendiente con él, una criatura sin experiencia militar ni edad siquiera de ostentar un cargo público para evitar más guerras internas. He permitido que humille a mi hermano y a mi casa porque, aunque Fulvia tuvo la inteligencia de adivinar su ambición sin freno, no supo evaluar sus posibilidades. Y cuando mi pobre Fulvia murió, bastante oportunamente para él, en su exilio de Sición, he aceptado casarme con su jodida hermana y sellar el tratado de Brundisium para renovar el triunvirato, para reforzar una alianza política con un vínculo familiar y para demostrarle a

Roma que estamos unidos y no debe temer más guerras por el poder…

—Esto no va a contribuir a mejorar vuestra relación… —reconoció el hebreo.

Antonio aceptó la copa de vino que le tendía y bebió despacio, dejando que el licor deshiciera el nudo que apretaba sus tripas. Se permitió una sonrisa irónica ante el gesto preocupado de Musa.

—Tampoco es que nada pueda empeorarla más…

No hubiera podido hacer ninguna otra cosa. Él lo sabía. Y sabía que Cleopatra lo había calculado así también. Lo que no estaba dispuesto a confesar ni siquiera ante sus hombres de confianza es que le hubiera sido imposible rechazar a aquellas dos criaturas porque se había visto tan reflejado en ellos, como si se asomara a un espejo. En el silencio que siguió al anuncio de Cleopatra y cuando los dos niños alzaron hacia él sus ojos, se quedó prendado de aquellos rostros gemelos vestidos como diosecillos griegos. Alejandro, el niño, tenía la misma expresión concentrada, el mismo gesto de determinación que su hijo Julo cuando era más pequeño. Cleopatra, la niña, era un remedo de su madre, pero con la carita redondeada y los labios de su hija Antonia, que tenía aproximadamente su edad. ¿Por qué trataba de engañarse a sí mismo? Algo dentro, muy dentro le decía que aquellas criaturas, que ya eran adoradas en Alejandría como deidades, eran, auténticamente, hijos suyos. ¡Los hijos de Venus y Dionisos!, recordó con nostalgia, como solo se recuerda la felicidad. Hacía unos cuatro años de aquella entrevista en Tarso, como le había recordado Musa; hacia casi cuatro años de aquella travesía por el Nilo recorriendo su geografía y su historia; hacía casi cuatro años desde que Antonio se había sentido irremediablemente atraído por Oriente, su magia cotidiana, su aire helenizante, su pasión por el disfrute, su filosofía y su historia, tan grande y tan inabarcable como los desiertos dorados que ocultaban estatuas de reyes milenarios y mausoleos en forma de pirámide. ¿No había sucumbido, antes que él, el propio Julio César a ese influjo? ¿Y antes que ellos, no lo había hecho el mismo Alejandro? ¿Quién era él al lado de dos hombres de esa talla sino un soldado pendenciero y hedonista a quien un golpe de suerte había situado en la cúspide del Gobierno de la República?

Tomó aire tratando de razonar fríamente. De medir unas consecuencias que no había evaluado. Era cierto que en esa travesía la reina egipcia y él habían intimado. ¿Qué importaba? Ambos eran jóvenes y soberanos para tomar sus propias decisiones. Era cierto que —lo que jamás le había pasado con ninguna otra mujer—, una vez obligado a regresar a Atenas, había contado los días que faltaban para encontrar una excusa con la que volver a verla, pero no lo había hecho; se había reintegrado a la vida cotidiana; no había eludido sus obligaciones. Se había casado con Octavia, incluso, para fortalecer su pacto con su hermano. Cierto que le había dispensado de buen grado ciertas atenciones a la reina egipcia, y que no le importaría hacerlo de nuevo, pero ¿no disculpaba Roma ciertos desahogos sexuales a sus gobernantes? ¿No lo había hecho con César?, se preguntó.

No, no lo había hecho, admitió con un leve escalofrío.

De hecho, y él estaba completamente convencido de eso, la aventura de César con Cleopatra había sido uno de los motivos que habían llevado a un puñado de miembros del Senado a orquestar su muerte. El dictador se había alejado de la *virtus* romana, se murmuraba en los corrillos. Se había atrevido a instalar a la reina extranjera en su villa del Tíber junto a su hijo bastardo. Influido por ella, habían asegurado los asesinos, César pretendía encumbrarse a sí mismo, perpetuar sus poderes, convertirse en un rey él también atraído por los oropeles de la monarquía un régimen de infausto recuerdo… Y eso era algo que la República romana no había estado dispuesta a tolerar…

¿De verdad se encontraba él ahora mismo en una situación similar? ¿Le esperarían a su regreso al Senado, para acuchillarle, los mismos que le habían adulado?

Musa tenía razón. Ya no había vuelta atrás. No haría un reconocimiento oficial porque sería insultante para su esposa romana, pero no rechazaría a sus mellizos egipcios. En su corazón los había aceptado como hijos suyos desde el momento en que los había tomado entre sus brazos, alzándolos como a dos pesos minúsculos, ante la expectación de toda la corte alejandrina y ante la genuina sorpresa de toda su guarnición. Alejandro había posado con admiración sus manitas en la *lorica* caliente y la pequeña Cleopatra le había dirigido una sonrisa adornada de hoyuelos y se

había abrazado a su cuello sudoroso. Antonio había aspirado su aroma sin pretenderlo, en un instinto mamífero, casi. El pelo de su hija olía a esas extrañas flores que solo exhalan su aroma de noche y a algo más, a esa arcilla limosa del Nilo que se le había metido ya dentro, envenenándole la sangre y los pensamientos…

—Antonio —carraspeó Quinto Delio, con aire conciliador, para sacarle de su ensimismamiento—, en aras de la concordia del triunvirato y de tu propio… matrimonio, creo que podríamos alegar esto mismo. Esos niños son fruto de una relación anterior a tu compromiso con Octavia. Una pequeña mancha en la intachable hoja de virtudes de un hombre de tu talla política. No has querido provocar un incidente diplomático y has sido amable con ellos por respeto a su rango, como príncipes de un reino aliado, pero, aunque lo sean, no los reconoces como hijos. Lo mejor es abortar la misión; zarpar de nuevo rumbo a Atenas y dejar que algún legado asuma la negociación para emprender la campaña contra Partia. Olvidarla incluso, puesto que a Octavio no le parece una buena idea. Sé que eres tú quien está a cargo de las acciones que se lleven a cabo en el Oriente, pero quizá, dadas las circunstancias, no seas el hombre apropiado para ello. Quizá incluso propondría que intercambiaras con Lépido la gobernanza de Hispania y Libia por la de Egipto; porque Octavio no se avendrá a ceder la península itálica…

Marco Antonio lo pensó unos instantes en silencio, las manos cruzadas a la espalda. Inspiró el aire cálido que subía del río y el de la mirra de la Arabia Pétrea quemándose en los pebeteros. Escuchó la jerigonza de las calles en aquel idioma más antiguo aún que las pirámides, y el reconfortante griego que se oía, como una alegre letanía, en los corredores. Se miró a sí mismo, solo para comprobar que, a diferencia de sus compañeros, que seguían ataviados a la romana, a él, en la intimidad de sus estancias privadas, le había tomado apenas un momento adoptar las vestimentas helénicas; la libertad de movimientos del quitón corto o la delicadeza del *himatión* sobre los hombros, frente a la complejidad de la toga romana. Como en sus años de estudiante en Atenas; como en cada una de sus estancias en Oriente.

Y se sintió, repentinamente, libre.

Se asomó al ventanal. Recordó la isla de Faro, con aquel foco erguido y majestuoso, guiando a los barcos de distintas naciones en

sus travesías; y se vio a sí mismo de nuevo allí, en el origen del mundo, en el lugar que había legitimado al Gran Alejandro, a la puerta de las tierras de los partos y de su imperio infinito. Impaciente por iniciar una guerra de conquista siempre hacia el Oriente. Como la que había obsesionado a Alejandro. Como la que había planeado el propio Julio César.

En el tiempo que había pasado entre ellos, los alejandrinos habían aprendido a conocerle más que sus propios conciudadanos. En los tiempos en que Cleopatra y él habían fundado la Sociedad de los Vividores Inimitables, en las calles de Alejandría que albergaban sus aventuras y pendencias se afirmaba que Antonio se ponía con ellos la máscara de la comedia y guardaba la de la tragedia para Roma. Y era una metáfora tan acertada que a él también le gustaba pensarlo así.

¿Era eso? ¿Un hombre con dos vidas, con dos rostros? ¿Era en verdad uno de ellos alegre y el otro, triste? ¿Cuál era el verdadero?

Se imaginó humillado ante Octavio pidiendo la permuta de Oriente al igual que había pedido años atrás la de la Galia frente al Senado romano, y sintió un dolor agudo y lacerante en el pecho que no se correspondía con ninguna vieja cicatriz.

¿Renunciar a Oriente? ¿A todo el mundo que se extendía incluso más allá? ¿Al sueño eterno de César y de Alejandro? Nunca.

¿Renunciar a la belleza dorada de Egipto, a su vida anudada en torno al Nilo, a aquella perla exquisita que era la ciudad de Alejandría? Jamás.

¿Traicionar la lealtad, la alianza o —quizá, incluso— el amor de la única mujer que podía medirse con él? Ni en broma.

¿Renegar de sus hijos fueran semidioses, elegidos o criaturas normales? ¿Qué hombre que se denominara así lo haría? Tenía pocas ataduras morales; era cierto, pero si tuviera que hacer una lista de ellas, esa sería la primera. Quizá incluso la única.

Hay muy pocas oportunidades en la vida, para que un hombre que ha viajado sin cansarse, que ha bebido sin saciarse, que ha combatido sin miedo, que ha amado sin límites y que ha navegado el mundo sin arredrarse ante tormentas ni distancias, encuentre su lugar exacto en él.

Y si lo encuentra…, ¿no sería ofender a los dioses dejarlo escapar?

Cueste lo que cueste, pensó.

Alejandría era ese sitio. Él lo sabía. Cleopatra lo sabía. Y probablemente Octavio lo supiera también.

Suspiró.

—Agradezco tus sabios consejos —admitió en el tono calmado de quien ha tomado ya una resolución—. Sé que seguramente todo sería mucho más fácil así, pero no voy a volver a Atenas, de momento. Ni, por supuesto, a Roma. Tengo una responsabilidad aquí. A muchos niveles. Y no voy a abandonarla.

Musa y Delio intercambiaron una mirada. Lo imaginaban. Solo Musa, desde la intimidad que le unía a su amo, se atrevió a expresar en voz alta lo que todos pensaban.

—Eso seguramente lo cambiará todo, señor.

Los tres asintieron pesadamente. Estaban de acuerdo.

Y, efectivamente, eso lo cambió todo.

IV

Una leve sucesión de bastonazos en el suelo de tablazón de madera y la ambigua presencia de Práxedes, ese eunuco de gesto escurridizo, anunciaron la llegada de la reina. Cleopatra entró en la cámara exterior de la nave que había mandado acondicionar para la cena con sus invitados romanos, levemente acariciada por las cortinas de lino que se mecían con la brisa, y caminando con altivez, como si flotara por encima de las cosas. Las doncellas que la precedían, con bandejas repletas de pétalos de flores, copas colmadas y exquisitas viandas, se inclinaron a una, como marcando la pauta a los invitados. Musa y Quinto Delio apenas tuvieron tiempo de inclinarse en su presencia. Solo Marco Antonio permaneció en pie, con gesto orgulloso. Cleopatra fingió no notarlo, aunque tuvo que alzar el rostro para dirigirse a él.

—Espero que te encuentres cómodo, triunviro. Haré servir para tus hombres de confianza y mi personal más cercano una cena íntima, que nos permita conversar. —Sonrió con exquisita educación en un latín perfecto—. Para conocer con calma qué te trae a nosotros… de nuevo.

—Agradecemos tu gentileza —acertó a pronunciar Marco Antonio con pose algo rígida. La florida y diplomática prosa de la reina le hacía sentir como un escolar pillado en falta.

—Deberías enviar a alguien para pedir a tu gente que desembarque. Mis socios comerciales en Antioquía estarán encantados de acomodarles en estancias cálidas y secas, de acompañarlos a las termas y de obsequiarles con una rica cena, pero, por supuesto, solo aceptan tus órdenes directas a la hora de dejar desguarnecidas las naves.

Antonio asintió, complacido.

—Son soldados romanos. No desembarcarán. Su orden es estar siempre alerta.

—¿Y qué peligro podrían correr en un puerto amigo —preguntó con ironía la reina— cuando su propio general cena en mi nave?

Marco Antonio asintió con reticencia. No le gustaba ceder parcelas de poder, y menos aún en público, pero lo contrario sería

demostrar a los suyos que no se fiaba de su anfitriona.

—Bastará una nota con mi sello —afirmó.

Garabateó unas líneas en un pedazo de papiro, lo dobló, vertió sobre la doblez un poco de cera de una de las velas que adornaban la mesa central y estampó el sello de su dedo anular sobre ella. Luego hizo una seña a uno de los guardias de la reina para que él mismo llevara la misiva. La reina aceptó levemente ante la pregunta muda del soldado. Antonio tomó aire con determinación. Musa le miró de reojo; era obvio que estaba tratando de recuperar la posición de consorte que había llegado a disfrutar en Alejandría, o al menos la que consideraba su legítima posición frente a la egipcia.

—Para vosotros se han preparado unos baños a bordo con agua caliente y especiada. Mis doncellas —se dirigió expresamente a Antonio— os atenderán en todo lo que deseéis…

Antonio la miró con fijeza buscando la burla en sus ojos.

—¿Y su reina? —preguntó provocativo—. La noto ciertamente esquiva. ¿Me atenderá también en todo lo que desee?

Musa carraspeó con intención y Quinto Delio bajó la mirada al suelo, abochornado. Ninguno de los dos se movió. No podían hacerlo sin una orden expresa de Antonio. Cleopatra miró al triunviro con una pizca de diversión en los ojos, como si estuvieran solos en una estancia privada y no hubiera un séquito de doncellas acicalando una mesa y trayendo platos a su alrededor.

—Depende —resolvió—. ¿Duda siempre el gran Antonio de la paternidad de sus hijos?

—¿Escucha siempre la reina de Egipto detrás de las puertas?

—Sí, por lo menos, detrás de las que me incumben. Pero no me has contestado. ¿Dudas de la paternidad de todos tus hijos o solo de los míos?

—Solo de la de los bastardos.

La reina le sostuvo la mirada mientras acariciaba la copa en su mano. Marco Antonio supo que, de haber estado solos, le habría abofeteado. Pero también supo leer la pasión contenida que había tras ese gesto.

—¿Puedo saber —reclamó él—, aceptando que sean, verdaderamente, mis hijos, a qué esperabas para notificármelo?

—A la vuelta del correo que me notificara a mí tu matrimonio con la noble Octavia —aseguró mordaz, ella.

Dirigió una mirada a sus acompañantes, como insinuando que la conversación estaba tomando un cariz privado, pero Marco Antonio conocía a Cleopatra. No estaba dispuesto a prescindir de testigos ni a quedarse absolutamente a solas con ella, hasta que las bases, entre ellos, no hubieran vuelto a cimentarse. Si lo hacían.

—No hay nada que tenga que ocultar a los míos —aseguró—. No soy hombre de secretos.

—A mí, en cambio, me encantan —reconoció ella, entornando los ojos—. La información, liberada a pequeñas dosis, es sumamente efectiva…

Lo condujo con delicadeza hacia uno de los laterales de la nave y le instó a sentarse junto a ella en un diván recubierto de sedas. Las cortinas de lino se mecían con el viento cálido del atardecer y les hurtaban parcialmente a las miradas. Una doncella colocó inmediatamente unas copas de oro, exquisitamente decoradas y aún vacías, frente a ellos.

—Si pretendías hacer de mí tu semental romano —la desafió él con altivez—, deberías haberme avisado al menos.

—Oh, pobre. ¿Te habrías negado? —ironizó ella, mirándole con intención—. ¿Me consideras tan calculadora?

—Hasta donde yo sé, solo tienes tres hijos. Uno de Julio César. Dos, al parecer, míos. Ninguno es fruto de tus matrimonios oficiales.

—¿Te refieres a esas uniones de Estado con estúpidos niños de diez o doce años que afirmaban ser mis hermanos?

—¿No es oportuno que ninguna fructificara?

La reina hizo un mohín, encogiéndose de hombros.

—Ninguna llegó a consumarse. Eran muy jóvenes. Murieron antes —afirmó simplemente.

—Vaya, como tu pobre hermana Arsínoe. —Antonio endureció el tono de su voz—. La misma a la que yo mandé sacar del templo de Artemisa en Éfeso para hacerla matar porque tú me pediste su cabeza —le recordó, para que no le cupieran dudas de su lealtad—. Es una profesión de riesgo ser candidato al trono de Egipto, al parecer.

—No más que pretender ser dueño de Roma, triunviro. —Cleopatra alzó la cabeza retadora—. Pompeyo, César, Casio, Bruto… ¿Quién te dice que no serás tú el siguiente?

Marco Antonio se inclinó en un gesto pretendidamente

intimidatorio hacia ella. La reina ni siquiera se molestó en fingir que su excesiva cercanía la perturbaba de algún modo. Glígor, el jefe de su guardia, desde su puesto en la puerta, empuñó con firmeza su lanza, pero una simple mirada de la reina le mantuvo en su sitio.

—Tú —escupió el romano con decisión—. Me lo dices tú. Me lo dice el hecho de que hayas decidido tener hijos conmigo. Sin duda, tus apuestas están hechas.

La reina soltó una breve carcajada.

—¿Mis apuestas? ¿Qué hay de las tuyas? —Su tono se volvió más grave, mientras se acercaba aún más a él—. ¿Cuál es tu juego, Antonio? Si no has tenido prisa por verme en estos últimos años, ¿por qué me has mandado llamar?

Marco Antonio tomó aire. Tenía la sensación de que ella era capaz de mirar dentro de él, de que no había nada que pudiera ocultarle.

—Te he echado de menos —suspiró—. Hubiera querido venir antes. Me vi obligado a aceptar el compromiso con Octavia para sellar la paz con su hermano…

—Vamos, Antonio —le interrumpió ella—. Ni tú eres un soldado novato ni yo soy una esclava atolondrada a la que impresionar… ¿Por qué querías verme?

—Los partos —admitió—. El sueño de César. Tus poderosos vecinos también son una amenaza para ti. Podríamos aliarnos. Tengo preparada una gran campaña contra ellos. Pero Octavio, que me prometió efectivos cuando sellamos nuestro último acuerdo en Brundisium, me los niega ahora…

—Tu propio cuñado… —comentó ella con un gesto indolente que hizo tintinear sus brazaletes de oro—. Qué detalle tan feo…

—Sé lo que pasa por su cabeza. —Marco Antonio se inclinó hacia ella como si fuera a hacerle una confesión—. No soporta que sea yo el artífice de esa campaña, el gran objetivo de Julio César. Se cree verdaderamente obligado a seguir sus pasos solo porque en un momento de delirio César decidió adoptarle en su testamento…

—Déjame adivinar… —propuso Cleopatra divertida—. Y tú no estás dispuesto a compartir el liderazgo de la campaña…

—¡Yo planeé esta campaña con César cuando aún no sabíamos si la Galia sería nuestra! —exclamó airado—. ¡Cuándo él aún no había

estrenado la *toga virilis*! ¡Ahora se las ha arreglado para ocupar un puesto al que ni siquiera podría optar por edad, pero soy yo quien está a cargo del Oriente! ¡Esta campaña es mía! ¿Tú le has visto combatiendo? Huye de las primeras posiciones, da las órdenes desde la retaguardia, cae oportunamente enfermo… ¡No lucha ni siquiera cuando gana! En Philippos, cuando nos enfrentamos a Casio y Bruto, llegamos a creer que había muerto porque nadie le vio en días… Salvo quizá Marco Vipsanio Agripa —rectificó—. Es su amigo del alma quien pelea las batallas por él…

—Vaya, cuánto rencor… —La reina se llevó una uva a la boca y la hizo estallar entre sus dientes perfectos, deleitándose con su jugo —… Me atrevería a decir que el matrimonio con su hermana no ha obrado el efecto deseado… En ti, al menos.

Marco Antonio obvió su comentario.

—Roma está harta de guerras civiles… Mario y Sila. César y Pompeyo. Octavio y yo nos enfrentamos en Mutina. Los asesinos de César, a los que matamos en Philippos, también eran romanos —enumeró con cierta tristeza—. Los romanos están hartos de pelear entre sí. Necesitan recuperar su identidad, su grandeza. Necesitan una gran victoria en el extranjero. Necesitan otra Galia…

Cleopatra percibió la tensión de sus músculos que electrizaba el aire, como si estuviera ya combatiendo a lomos de su caballo. Leyó en sus ojos lo que el triunviro no le contaba.

—Entiendo… —admitió con una leve sonrisa—. Y quien les dé una nueva Galia será su nuevo César…

Marco Antonio no respondió de inmediato, pero la reina supo que había acertado en su suposición. De ser vencida, la Partia, que había humillado años atrás a Roma asesinando a Craso y sus legiones y robando sus estandartes en Carrae, pasaría a ser parte de la voraz república. Sus bienes, sus recursos, sus esclavos y sus tierras pertenecerían a Roma en su conjunto. Pero solo un hombre podría apuntarse la victoria.

—Tienes claros tus objetivos —continuó burlona—. El único problema, por lo que veo —añadió—, es que tus ansias son más grandes que tu ejército…

Marco Antonio aferró su muñeca y la sostuvo con fuerza sobre la mesa.

—Te necesito —confesó.

Fue aflojando la presión a medida que la mirada de ella se filtraba, como un líquido espeso y caliente, por entre los resquicios de la suya, inundándola de ese fuego ambarino.

—Necesitas mis barcos, mis soldados y mi oro —precisó ella con frialdad—. ¿Qué ganaré yo a cambio?

—¿Qué quieres? —preguntó él. Y sonaba tan desesperado que Cleopatra supo que podría pedir cualquier cosa que quisiera. Incluso lo que jamás se hubiera atrevido a desear mientras Julio César vivía.

—Quiero el Egipto que fue nuestro. El Egipto de la edad dorada de los Ptolomeos —anunció como si ya lo llevara preparado—. Y la protección de Roma. Para mí y para mis hijos… Tus hijos.

Marco Antonio tragó saliva, sabedor de que estaba asumiendo un compromiso cuyas consecuencias eran imposibles de cifrar. Gran parte de los territorios del antiguo Gran Egipto eran romanos. Ahora, bajo las riendas de su ambiciosa faraona, aquel reino de fantasía que pagaba tributo a Roma y aceptaba su protección soñaba con ser independiente y recuperar su antiguo esplendor.

—Lo tendrás…

Unos pasos menudos se deslizaron sobre la alfombra, como las pisadas clandestinas y silenciosas de un gato. Antonio desvió la mirada hacia el quicio de la puerta de la cámara y vio, atisbando por la celosía, los ojos repetidos de los mellizos. El pequeño Alejandro corrió a esconderse al verse descubierto, pero la niña le sostuvo la mirada, curiosa, retadora, sabia. Tenía los ojos dorados y felinos de su madre. Antonio se preguntó si los chiquillos habían escapado a la vigilancia de sus cuidadoras o si su repentina aparición estaba tan absolutamente calculada como todo lo que hacía Cleopatra. Quizá sí. El eternamente vigilante Glígor había desaparecido de su vista.

—Ven, ven aquí… —le pidió a la pequeña con voz suave.

La reina egipcia volvió la mirada y solo entonces vio —o fingió ver— a su hija, caminando hacia el diván que ambos compartían. Sonrió con condescendencia y le tendió un par de uvas grandes y doradas del frutero que descansaba sobre la mesa. La niña las tomó en la mano en silencio, sin dejar de mirar a aquel formidable guerrero romano que no se parecía a nadie que ella hubiera conocido hasta entonces. La *lorica musculata*, la poblada barba que

contrastaba con el rasurado rostro del resto de los oficiales romanos y de los eunucos de su corte, las anchas espaldas que desentonaban con la espigada constitución de los sacerdotes que componían su séquito. Se miraron ambos, como midiéndose en un silencio solo mecido por el chapaleo de las olas contra la cubierta. Con un escalofrío, Antonio pensó que aquella niña no podía tener solo tres años, porque su mirada atesoraba el saber milenario de los desiertos dorados que un día había recorrido junto a su madre. La reina egipcia hizo un gesto a Charmión, una de sus doncellas de confianza, para que llenara las copas de vino.

Antonio tendió la mano, para que la niña se acercara un poco más a él, y pasó el dorso de la mano por su mejilla dorada. Las trenzas oscuras y apretadas resaltaban su carita seria y redondeada. Pese a su edad, su gesto impasible y su barbilla erguida destilaban el aire altivo y digno de una pequeña matrona romana.

Lo mejor de dos mundos, pensó.

—Pareces una luna llena que reinara en mitad de esta noche —murmuró él, conmovido por la majestad que emanaba su pequeña figura. ¿Sería verdaderamente esa niña, su hija, una diosa, engendrada en el vientre de la nueva Isis? Parpadeó levemente al no recibir respuesta—. ¿Entiendes lo que…?

—Habla griego —le interrumpió Cleopatra—. Y egipcio. Y latín, incluso, porque es la lengua de nuestros aliados. Y la de su padre.

—La de su padre —repitió él, cautivado por la serenidad que irradiaba. Su pequeña Antonia, en Roma, se habría echado a llorar en presencia de desconocidos. Es más, nadie, ni mucho menos su esposa, hubiera permitido que su hija asistiera a una reunión de ese nivel.

En la corte alejandrina era distinto. Todo era distinto. Siempre.

Y además, aquí, él no era un desconocido.

—Soy tu padre, pequeña —admitió, mirándola a los ojos—. Parece que tu hermano es algo más tímido que tú. Hazle venir.

Antonio no notó el alivio posado en los párpados cerrados de Cleopatra porque no tenía ojos más que para la criatura que desapareció entre las sombras para volver con su hermano de la mano. Frente a él, envueltos en sus blancos ropajes, con sus intensos ojos escrutándole y los pies descalzos, parecían verdaderamente la encarnación de dos diosecillos familiares y benefactores. Dos

criaturas divinas que, sin duda, los dioses le enviaban para asegurarle que su alianza con Cleopatra era el camino correcto. Por mucho que enfureciese a Octavio.

Cueste lo que cueste, se repitió.

Tomó la mano de cada uno de ellos y los tres quedaron unidos en un minúsculo y expectante corro. El niño le observaba con una mirada encendida, como si valorara cuál debía ser su reacción. Como si le desafiara.

—La Luna, que emana serenidad y el Sol, que pese a ocultarse, no pierde su fuego —murmuró, sonriente, contemplándolos—. Selene y Helios. Los dos pequeños dioses que gobiernan en mi cielo alejandrino. ¿Podríamos añadir estos apelativos a sus nombres?

Cleopatra asintió, recostada en su diván. Su aspecto era mucho más relajado, y el tono de su voz le sonó deliciosamente equívoco y obsequioso…

—Podríamos hacer lo que desees…

Tomó un sorbo morosamente de su copa, y su gesto incitó a Antonio a hacer lo mismo. Él dudó un instante entre las tres que tenía delante y optó por elegir la de en medio, la más ostentosa y enjoyada, al igual que había hecho antes que él la reina. Ella asintió con una sonrisa.

—¿Crees entonces que son tus hijos? —preguntó, una vez más, en voz muy baja.

—Sé que son mis hijos —admitió él en un suspiro—. Por todos los dioses. No sé cómo lo sé, pero lo sé.

—Mi querido Antonio —susurró ella con deleite—. ¿No te sientes henchido de placer por aportar tu ínfima semilla a mi estirpe? —Se acercó aún más a él—. Yo haré que graben tu nombre en las estelas que hablan de eternidad. Y serás para siempre Dionisos, el dios del vino y los placeres, el que llegó de Occidente para engendrar en la diosa Isis a la Luna y el Sol…

Antonio no pudo evitar una carcajada sincera ante la imagen que le mostraba la reina. Una carcajada alegre y despreocupada. Como las de antes; como las de siempre. Alzó la copa en un brindis.

—Por Isis y Dionisos. Por la bendición de los dioses.

Fue a llevarse la copa a los labios, pero Cleopatra le frenó con la mirada.

—Ese vino no es el mejor que mis bodegas pueden ofrecerte. —

Sonrió con intención, sin despegar los ojos de los suyos—. Está destinado a otros… paladares —explicó escuetamente.

Le arrebató la copa de la mano con delicadeza, tomó otra, bebió de ella primero, sin dejar de mirarlo, y le tendió el borde en el que había puesto sus labios. Un sirviente apareció de entre las sombras para llevarse la copa rechazada. El hombre no trató de disimular sus movimientos, y Marco Antonio pudo ver perfectamente cómo, en lugar de llevárselo de nuevo a las cocinas, para aliñar platos o para repartir entre los siervos, vaciaba su contenido íntegro por la borda.

No. Él no era un soldado novato. Era un militar de élite, el lugarteniente de Julio César, un consumado estratega. Y adivinó que esa copa le estaba destinada en caso de no haber proporcionado la respuesta correcta.

Con un escalofrío de placer supo que estaba en las manos de Cleopatra. Como lo había estado siempre. La miró, pese a todo, desafiante, con los ojos entornados.

—La ley romana permite rechazar al hijo que una mujer te presenta como tuyo —advirtió lentamente—. Decretar su muerte, incluso. ¿Qué habría pasado? —le preguntó con ojos afilados—. ¿Qué habría sucedido si lo hubiera hecho? ¿Si me hubiera inclinado ante tus hijos como príncipes extranjeros, pero no los hubiera reconocido como míos…?

—Ah, eso —exclamó la reina con gesto pretendidamente indiferente—. Si no los hubieras reconocido… —Se encogió de hombros—. Entonces quizá los cocodrilos del Iseum y las carpas del estanque sagrado habrían probado hoy la carne humana.

Tomó un pedazo de su comida sin inmutarse apenas. Sonrió. Antonio la miró masticar en silencio, muy despacio. Y no habría sabido decir si la carne humana a que se refería la reina hubiera sido las de los dos bastardos rechazados o la suya propia.

Como el jugador que era, sintió la excitación de la partida.

Sonrió. Alzó la nueva copa en silencio y apuró, sin titubear, hasta la última gota. Los ojos almendrados de sus hijos le miraban y le colmaban de ese ambicionado regusto a Oriente. A eternidad.

Y prefirió, como había hecho siempre, simplemente jugar con las cartas que el destino le brindaba. Sin hacerse demasiadas preguntas.

V

Cinco años antes…

Año 17 del reinado de Cleopatra Thea Filopátor
Anno 718 ab Urbe condita (Año 35 / 36 a. C.)

—Vamos, muchacho, saluda correctamente a nuestros anfitriones. —Marco Antonio dio una palmada en la espalda al chiquillo que le precedía, de manera que este trastabilló un par de pasos.

¿Quién era ese niño? La pequeña Selene trató de intercambiar una mirada cómplice con su mellizo, pero no lo consiguió. Embutida en sus mejores galas, erguida y situada a la izquierda de su madre, en el gran salón de recepciones de su palacio de Alejandría, la niña entrecerró los ojos para tratar de combatir el sol del mediodía. El lino, rígido y nuevo, le picaba en la piel y un hilillo de sudor corría por su espalda. Se moría de ganas de que acabara el protocolario acto, de poder correr para abrazar a su padre, de descubrir los nuevos regalos que les había traído desde Grecia o Roma y de envolverse en su sencilla túnica de gasa, mucho más fresca que los ropajes elaborados para las recepciones oficiales. Pero la delegación romana acababa de traspasar los muros del patio y la recepción oficial apenas había comenzado. El momento soñado tendría que esperar.

—¿No dices nada? —insistió Marco Antonio al muchacho que le acompañaba—. Que se note que tus padres te han costeado buenos preceptores griegos. Y que te han pegado algo, además de sus modales afeminados…

Selene sintió una punzada de incomodidad en el estómago al darse cuenta de que su padre era el único en reír su propia ocurrencia, tratando en vano de llenar el tenso silencio en el patio de palacio. En esta ocasión nadie le secundó. Ni siquiera su legado Quinto Delio, acostumbrado a amplificar y reír siempre sus gracias. Tanto él como su hombre de confianza, el hebreo Musa, y los legados Planco y Dacio, caminaban tras su general respirando la

hostilidad en aquel ambiente polvoriento de calima. El tiempo en Alejandría no ayudaba. Hacía calor, mucho calor, la reina estaba nerviosa y, por consiguiente, todo el ambiente estaba enrarecido. La campaña parta no marchaba como era de desear. Pese a que Ventidio, uno de los generales de Antonio, había cosechado importantes éxitos contra los partos, y había imbuido al ejército romano de la convicción de que era posible vengar la antigua afrenta de Carrae, el grueso de la campaña llevada a cabo por él mismo había sido un desastre. Y era Egipto quien estaba costeándola con sus soldados, sus armas y su oro.

—Exige resultados —había pedido indignado Muti, el sumo sacerdote de Isis y su leal consejero—. A cualquier otro general se los exigirías…

—¿Te permites decirle a la reina cómo debe conducirse, Muti? —clamó ella con ojos helados.

—Me arriesgo a enfrentar vuestra ira, siempre que sea por el bien del reino —afirmó él con aire de sacrificio—. Egipto se desangra en una guerra que no es nuestra.

—¿Cómo puedes decir eso? La conquista de Oriente fue el sueño de Alejandro.

—Alejandro lleva trescientos años enterrado, mi reina. Es el sueño de César el que estás persiguiendo. Y ahora el de Antonio —le reprochó—. Nuestros hombres mueren por el sueño de Roma…

—También es el mío —se revolvió la reina—. Tenemos una alianza. Roma nos cederá parte de los territorios conquistados y Egipto recuperará su antigua grandeza.

—Los hombres son capaces de prometer cualquier cosa por meter a una tabernera en su cama, majestad —apostillo Muti, tratando de darle un baño de realidad—. ¿Qué no le prometerán a una reina?

Fuera de los gabinetes donde se tomaban las decisiones, en el agradable entorno de las cocinas donde siempre había dulces que probar y rincones oscuros en los que esconderse, los mellizos, conscientes de las conversaciones que poblaban los corredores, se hacían sus propias preguntas.

—¿Si padre no gana a los partos tendrá que volverse para siempre a Roma? —le había preguntado muy seria la curiosa Selene a Calíope.

—No lo sé, princesa —murmuró la esclava, atareada—. ¿Por qué no le preguntas esas cosas a tu madre?

—Porque se enfada. Y no me quiere contestar…

—Quizá —resolvió Calíope— es que ella tampoco lo sabe…

Selene la miró con sorpresa, como si algo así fuese imposible.

—Mi madre es la hija de Isis… —argumentó con una seriedad irrebatible—. Es una diosa…

—Ni siquiera los dioses lo saben siempre todo…

El nacimiento de su último hijo, Ptolomeo Filadelfo, apenas unos meses atrás, había hecho sonreír nuevamente a un Marco Antonio que parecía inmensamente feliz inmerso en su nueva vida egipcia. Consciente de su posición de poder frente a él, la reina había condicionado su apoyo a que Antonio consiguiera en Roma los medios que les faltaban. Helios y Selene habían estado presentes en lo que empezó como una apacible cena familiar y degeneró en violenta discusión, cuando Marco Antonio se puso en pie indignado, cuando gritó que ni siquiera César le había exigido nunca los éxitos que ella le reclamaba y cuando cerró de un portazo las pesadas puertas de la estancia haciendo retumbar las paredes. Luego, sin una sola palabra, reunió a sus hombres y fletó sus barcos, que salieron de noche desde el puerto de Alejandría, clandestinamente, como piratas, sin que Cleopatra moviese un solo dedo por hacerle volver.

Habían puesto rumbo hacia el noroeste, avisaron los vigías del faro. Hacia el sol poniente. Hacia Roma.

Los esclavos en palacio, los comerciantes en el mercado, incluso los barqueros del Nilo que tenían los oídos siempre atentos contaban a media voz que Antonio se había cansado de la reina y había vuelto con aquella esposa romana que sufría su infidelidad en Atenas. Helios y Selene no se atrevieron a preguntar. Con el corazón en un puño, hicieron ofrendas a la diosa en secreto y rezaron con los ojos apretados. Porque su madre entrara en razón. Porque su padre volviera. Porque pudieran ser una familia de nuevo. Porque, desde que Marco Antonio había entrado en sus vidas, todas ellas, incluida la de su madre, parecían envueltas en una aventura continua donde todo estaba permitido, donde cualquier cosa era posible, donde se podía prescindir de los horarios de estudio para salir a navegar o a cabalgar, donde las fiestas podían empezar sin

estar previstas y alargarse durante jornadas… Incluso la reina estaba más alegre y el protocolo era menos rígido cuando él estaba en la corte. Contagiados del constante temor de su madre, los pequeños temían la posibilidad de que aquel padre extranjero y exótico, alegre y despreocupado desapareciese algún día tan repentinamente como había aparecido. ¿Qué niños no hubieran temido perder a un padre así?

Pero Antonio no había desaparecido; solo había ido en busca de lo que le pertenecía. Había exigido a Octavio la flota de ciento veinte barcos que le había prestado dos años atrás, en Tarentum, para combatir al hijo de Pompeyo, sumadas a las dos legiones que este le había prometido. Desafortunadamente, la aventura parta seguía sin ser una prioridad para el nuevo heredero de César, que, sin pestañear, y sin sentirse coaccionado por el vínculo de sangre, le negó los efectivos pedidos. Los informadores de Cleopatra habían sido más rápidos que la delegación romana. Por eso toda Alejandría sabía ya que el intento de hacer valer el famoso acuerdo había sido infructuoso. Antonio no solo no había traído consigo los ejércitos prometidos, sino que Octavio ni siquiera había acudido a la cita y, muy oportunamente, había delegado la negociación en su hermana. Selene sabía de sobra lo que su madre pensaba porque se oía en los pasillos y en las cocinas: ¿hasta qué punto Antonio tenía de verdad poder en Roma si sus reclamaciones para soportar una campaña de conquista se solventaban en conversaciones domésticas con una esposa despechada?

El séquito de Cleopatra se ordenaba en dos filas paralelas a las paredes laterales, aprovechando las afiladas sombras y dejando a la reina el lugar central, bajo el único punto techado; aquel en el que el mediodía incidía sobre su trono dorado, cegando momentáneamente a cuantos tenían la osadía de mirarla. A su corte habitual había sumado la guarda gala con que Antonio la había obsequiado para su defensa personal. Sobre la alfombra roja tendida en el abrasador mármol del patio, el muchacho espoleado por Marco Antonio caminaba ante la delegación romana y hacia la reina egipcia con la vista baja. Tendría apenas once años, pero ¿quién era? ¿Un valioso rehén extranjero? ¿Un esclavo? La dignidad de su porte hacía pensar en lo primero. ¿Quizá un jovencísimo efebo griego como regalo? La reina arqueó levemente una ceja

perfectamente trazada. Le divertía comprobar de qué forma intentaba el triunviro compensar su fracaso diplomático.

La compasiva Selene adivinó la incomodidad del muchacho en la espalda doblada, y en el andar vacilante que casi le hizo caer de bruces ante toda la concurrencia. El chiquillo corrigió el paso. Selene pudo ver la ira en su rostro y supo que solo un orgullo desmedido le mantenía en pie. Sin duda era alguien importante. Con la sensibilidad a flor de piel, al igual que era capaz de sentir la electricidad de las tormentas, o el momento en que se anunciaba la inundación anual por el cambio de la humedad en el aire, la niña percibió la humillación que de forma consciente la fastuosa corte le dispensaba no solo al recién llegado, sino a toda la comitiva. Cualquier mínimo heraldo oriental hubiera sido anunciado con mucha más pompa. El escueto y austero recibimiento mandaba un mensaje a la proverbial prepotencia de Roma. Si no habéis sabido hacer vuestro trabajo, parecía reprochar aquella muda acogida, no esperéis que os recibamos como a héroes.

Marco Antonio masticó con despecho el evidente menosprecio. Se detuvo a la distancia que señalaba el protocolo dejando a su espalda a su joven acompañante. Sus ojos miraban fieramente a la reina, esperando una sonrisa, un gesto, la señal que le invitara a acercarse delante de toda la corte, o ¿por qué no? una carrera desde su estúpido trono para echarse en sus brazos, fingiendo que le había echado de menos… Nada de eso se produjo. Incluso sus hijos parecían estatuas doradas a su lado.

—Majestad —anunció Práxedes ceremoniosamente, adelantándose frente al estrado en que aguardaban Cleopatra, su corregente y sus hijos—. Tengo el honor de anunciaros al triunviro Marco Antonio que regresa…

—¡Aparta!

El brusco empujón de Marco Antonio desplazó al escuálido eunuco hacia un lado, prescindiendo contundentemente del maestro de ceremonias. Él mismo avanzó hasta los pies de la escalerilla sin esperar ninguna autorización.

—No hacen falta tantas florituras. Vuestros espías están en lo cierto —escupió al suelo, sobre la gastada alfombra roja—. Octavio se ha negado a devolverme los barcos que le presté en Tarentum. Más de un centenar. Ni siquiera se ha dignado a recibirme y ha

enviado a su hermana, mi esposa, a encontrarse conmigo. Es ella quien ha entregado una generosa cantidad de dinero para la campaña contra Partia y quien me ha obsequiado con dos mil pretorianos de su guardia personal —mascullo una maldición fuera de tono—. No sé si para asistirme o para vigilarme.

Cleopatra tragó saliva imperceptiblemente y trató de recomponerse, clavándose las uñas en las palmas de las manos. Ni sus propias esclavas, ni sus oficiales, ni mucho menos Antonio debían saber que más allá del desprecio de Octavio, de los barcos negados o los pretorianos regalados, a la reina le perturbaba la imagen del triunviro en los brazos de Octavia.

—Así que te has reencontrado con tu esposa —murmuró con un tono pretendidamente indiferente.

—¿Con Octavia? ¡No! Si Octavio puede saltarse nuestros acuerdos, imagino que yo puedo saltarme los sagrados votos de mi matrimonio romano con su hermana —afirmó, sin inmutarse—. Ella quiso verme, incluso venir a Alejandría para acompañarme en la campaña, pero se lo he prohibido. La he enviado de vuelta a Roma.

La reina egipcia suspiró aliviada. Sus informadores no traían solo noticias sobre guerras, estrategias y batallas. También le daban cuenta de la belleza y la fidelidad de la noble Octavia; de su devoción hacia Antonio; de su fertilidad, que había proporcionado a Antonio dos hijas, pese a la capacidad del triunviro por encontrarse siempre en algún otro lugar. Pero sobre todo a Cleopatra le escocían la insultante juventud de su rival, su aura de dignidad y la admiración que suscitaba en su papel de virtuosa matrona, un rol con el que ella jamás podría competir.

—¿La has repudiado? —se atrevió a preguntar.

—¿Qué? ¡¡Dioses, no!! —exclamó Antonio, sorprendido—. ¿Por qué habría de hacerlo? Octavia aún me es más útil. Me es más útil a mí que a su hermano…

—O eso desean ambos que tú pienses… —determinó la reina sin tratar de mostrarse herida.

—Cuidado, Cleopatra —advirtió Marco Antonio con la mirada entornada en un brillo peligroso—. No finjas creer que soy tan simple, tan… tan manejable. Podrías llevarte una sorpresa.

Selene observó cómo su madre se revolvía, incómoda, en sus ropajes. Y cómo intentaba recuperar su posición de poder para

disimular su vulnerabilidad. Muti respiró la tensión en el aire y se inclinó convenientemente sobre su oído, para que no se perdiera el objeto de aquella hostilidad. Ella asintió.

—¿Y sin los soldados de Roma que avalen tu empresa —exigió—, vienes a pedirnos que sigamos haciéndolo nosotros?

—No, Cleopatra —se creció Marco Antonio—. No lo entiendes. Yo nunca pido nada —subrayó, atreviéndose a mirarla a los ojos—. Yo no exijo ni objetivos y lealtades, como Octavio. Yo ofrezco lo que soy, y quien elige estar a mi lado lo hace voluntariamente.

Cleopatra mantuvo con orgullo su mirada sobre él, quien seguía sin corregir el tono con el que la hablaba frente a su propia corte.

—Puede que no cuente con los veinte mil hombres que me ha hurtado Octavio —continuó Antonio—, pero aún tengo mis propias legiones. Ocho, nada menos. Y cuento también con las gestiones que mis hombres han hecho con regiones limítrofes, como Judea, Armenia o la Arabia nabatea. Partia es una vieja deuda pendiente, es cierto, pero, a decir verdad, está lejos de Roma. Muy lejos. Entre ella y nosotros hay un puñado de sofisticadas y perezosas monarquías orientales instaladas en el placer y la holganza. Ningún jefe parto llegará nunca al corazón de Roma, salvo maniatado en un triunfo o como alimento para las fieras en el Circo Máximo —presumió—, pero vosotros, Egipto, Alejandría, le tenéis ahí, soplando en vuestra oreja, amenazando vuestras fronteras en Siria. —Se volvió hacia la concurrencia. Sus gestos ampulosos, el manejo magistral de la oratoria que había aprendido durante sus estudios en Atenas cautivaron la atención de todo el auditorio—. Egipto tiene dinero, sí, pero un contingente armado poco poderoso y ningún general digno de tal nombre. Yo tengo experiencia, máquinas de asedio y hombres, pero no recursos necesarios para pagarlos. Sé que los primeros movimientos no han dado los resultados esperados, pero una guerra como esta será larga. —Se volvió de nuevo hacia la reina—. Dadme una nueva oportunidad. Unamos nuestras fuerzas, y cuando acabe, yo, Marco Antonio, os garantizo que pondré a esos perros sedientos de botín, a esos hijos del Hades de rodillas a vuestros pies y ante vuestros dioses.

Cleopatra no parpadeó ante la desbordante seguridad que Antonio emanaba. Sabía —como él; mejor que él, incluso— que el tiempo corría en su contra; que el triunviro debía anotarse una gran

batalla contra un rival lejano y mítico para poder mantener una cuota de poder que la lejanía difuminaba cada vez más. Que los romanos, como él le había explicado, estaban hartos de matarse entre ellos y necesitaban enemigos extranjeros. Que para la mentalidad romana un gran líder tenía que forjarse en una gran batalla.

Como César. El de verdad.

—¿Y qué gana Egipto, además de cierta tranquilidad —preguntó ella— en una campaña que Roma no apoya?

—Que Octavio no apoya —la corrigió Marco Antonio con ojos acerados—; Octavio no es Roma.

—Él piensa que lo es.

—También piensa que es el legítimo heredero de César, cuando todo el mundo en Roma sabe que es vuestro hijo Cesarión…

Cleopatra tomó aire, henchida de placer ante el reconocimiento. Muti la reprendió con la misma mirada con la que un padre habría advertido a su hija adolescente antes de salir a lavar al río sola al anochecer. Cuidado, decían sus ojos. Cuidado. Te dice lo que deseas escuchar. Casi podía oír la voz cascada del viejo sacerdote en su oído, pero ¿qué barreras podía poner ante él si ella también le necesitaba? Jamás lo hubiera reconocido, ni siquiera ante sus propios consejeros, pero la orgullosa reina de Egipto era consciente de que sin el respaldo de Roma, su reino milenario se convertiría en un inmenso granero para la República. Sin su apoyo, ella ni siquiera habría podido sentarse en el trono que le pertenecía y que le habían disputado sus propios hermanos. Necesitaba a Antonio para mantenerse en el poder como años antes había necesitado a César para alzarse con él. Conocía aquel juego de egos porque lo había jugado ya una vez. Quería dejar de ser un reino clientelar para brillar con la luz propia que un día había caracterizado a la poderosa dinastía ptolemaica. Quería volver al momento más álgido de su estirpe; Palestina, Siria, Chipre… Recuperar sus antiguos territorios sin desangrarse en guerras fronterizas pasaba por gobernarlos con el beneplácito de Roma. De quien gobernara Roma. La única solución posible era conseguir que Antonio se convirtiera en ese hombre. Y que no se diera cuenta de que ella le necesitaba tanto como él la necesitaba a ella.

—¿Y este muchacho? —se dirigió al niño que se ocultaba tras

Antonio con fingido interés—. ¿Te has traído contigo al hijo de algún aliado para garantizarnos su lealtad?

—Efectivamente —afirmó en una inclinación imperceptible—. Joven Antilo —anunció dirigiéndose al muchacho—, estás ante Cleopatra Thea Filopátor, hija de Ptolomeo Auletes y descendiente de la dinastía que sucedió al Gran Alejandro, la nueva diosa Isis, señora de las Dos Tierras y regente de Egipto. Señora —prosiguió en un gesto rendido hacia ella—, os presento a Marco Antonio Antilo, descendiente de Escipión el Africano, el conquistador de Cartago. Prometido de Julia, hija de Octavio e hijo, a su vez, de la tristemente fallecida Fulvia Flacca Bambalia y el triunviro Marco Antonio. —Hizo una pausa levemente medida y posó una mano sobre la cabeza del muchacho—. Mi primogénito.

El niño se sacudió el gesto. Un murmullo incontrolado se extendió por toda la estancia. Marco Antonio sonrió ante el golpe de efecto. Cleopatra trato de ocultar su sorpresa bajo la máscara hierática de su maquillaje y su gesto regio. Selene, no muy segura de haber entendido, trató de atrapar la mirada oscura del muchacho como el que atrapa una golondrina al vuelo. Se estiró para observarle con curiosidad. Era moreno, con el pelo corto y la toga pretexta de los niños romanos, aunque su porte era ya el de un adolescente. Se parecía tanto a Marco Antonio en su gesto, en la curva de sus labios y en profundidad de su mirada, que supo que le habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Y sintió un breve aleteo de expectación, como le pasaba cuando miraba a su mellizo y era capaz de anticipar sus pensamientos.

—¿Es su hijo? —Helios aprovechó el revuelo para acercarse a ella en un cuchicheo y miró al recién llegado con cierta admiración —. Quizá le prefiera a él, si es hijo de una romana.

—Pues yo creo que nos prefiere a nosotros —le sonrió ella—; que somos los hijos de una reina.

Helios deslizó una mirada de desconfianza sobre el joven Antilo. Sabía que su padre tenía otra esposa, pero nunca se le hubiera ocurrido que tuviera otros hijos. Ahora era dolorosamente consciente de que su padre tenía una vida anterior a ellos. Paralela, incluso. Unos celos espesos y chiquititos le arañaron levemente el corazón. Selene, la niña que se escapaba del cuidado de las nodrizas para liberar algún ratón atrapado en las trampas del granero o

entablillar el ala de un pichón huérfano, pudo leer el dolor en esos ojos de ámbar, gemelos de los suyos, al igual que en ocasiones sentía su desdén, su soledad o su silencio anidar en los rincones de su propia alma.

—Es como tú y como yo, Helios —le expuso suavemente, compasiva—. ¿Qué culpa tiene? Quizá hasta hoy él tampoco sabía nada de nosotros…

Observó de nuevo a Antilo. Le vio alzar la mirada lentamente esperando que la reina leyera en ella su mudo desafío, pero Cleopatra delegó el saludo en su corregente. De pie, en aquel entorno hostil y extraño, el niño romano se encontró con la mirada oscura y afilada de un muchacho de su misma edad, erguido sobre un trono dorado y ataviado como un dios viviente. Selene supuso que incluso en la lejana Roma, aquel niño sabía quién se sentaba al lado de la reina de Egipto.

—Salve, hijo de Antonio —saludó Cesarión—. Esperábamos un ejército —continuó con un tono de desprecio que Selene no le conocía—, pero veo que tendremos que conformarnos contigo…

Selene sintió el miedo y la rabia bullir en aquella sangre compartida. Le dolió como duelen las injusticias. Habría roto todos los protocolos y salido en auxilio del desconocido si su padre no hubiera intervenido con rapidez.

—Eh, eh, tranquilo, muchacho. —Marco Antonio interrumpió el ataque del corregente en un tono que la reina no le hubiera permitido a nadie más—. Cesarión, guarda ese talante para impresionar a tus escurridizos aliados. ¿Con quién te crees que estás hablando? Antilo y tú correteasteis juntos por la villa de César cuando aún había que limpiaros el trasero a los dos —recordó con una ruda risotada consiguiendo que ambos se ruborizasen y que las sonrisas se esbozasen en el rígido séquito real.

—Es cierto. En Roma —recordó Cleopatra. Ella también sonrió por vez primera, y su sonrisa provocó el alivio general de la concurrencia. Se puso en pie y su voz llenó la estancia como las cuerdas graves de un arpa—. Habrá que celebrar este reencuentro.

Caminó un par de pasos, descendió por la escalera hasta ponerse a la altura de los recién llegados y se aferró al brazo de Marco Antonio, mirándole con admiración, como si su empresa no hubiera sido un fracaso; como si el desprecio de Octavio no hubiese existido

o no hubiese podido hacer mella en ellos. El pecho del triunviro se hinchó de orgullo con la vivificante sensación de la conquista. Muti apenas pudo disimular su malestar.

—Queridos conciudadanos —advirtió la reina dirigiéndose a su corte—, Egipto nunca ha sido un pueblo pusilánime ni tibio. Haremos la guerra a los partos. Junto a Roma y, al parecer, contra Octavio. —Sonrió, poniendo en valor la falta de apoyo de su enemigo—. Lo que no deja de ser un doble aliciente para la victoria —comentó mientras sus invitados coreaban con risas la ocurrencia.

Se dirigió morosamente a Antilo y tomó su barbilla delicadamente, con dos dedos. El niño la miró a los ojos con fiereza, casi con insolencia. Ella sonrió, pese a todo. En aquel orgullo desmedido reconocía los modos de Marco Antonio.

—Celebro tenerte en el lado correcto, Antilo. Espero que este sea el primer día de una vida feliz junto a nosotros. —Alzó su copa hacia los presentes—. Por Cesarión y Antilo, los primogénitos de los dos grandes generales romanos César y Marco Antonio. Solo los dioses —añadió con una sonrisa encantada— saben por qué han querido juntarles a ambos en Egipto.

Los asistentes alzaron a su vez sus copas, prorrumpiendo en aplausos y en felicitaciones. Musa intercambió una mirada aprobadora con Marco Antonio, que sonreía aliviado.

—Me complace ver que la reina ha reconocido la magnitud de tu oferta —musitó el hebreo.

—Fue sugerencia tuya —le recordó el triunviro.

—Es una idea tan buena que creí que habría sido tuya —sonrió irónicamente él.

Antonio palmeó alegremente su espalda.

—Una ofrenda a su altura —aprobó—. Y sin tener que sacrificar a nadie…

—Todavía… —advirtió el hebreo—. Los dioses de Oriente se nutren aún de sangre humana. Y ella es una diosa. Nunca lo olvides.

Antonio le dirigió una mirada aprobatoria ante lo que interpretó como un consejo sincero. Estrechó su hombro, con aprecio.

—Recuérdame por qué te tengo a mi lado.

—Porque, en su infinita sabiduría, el señor Antonio decidió comprarme antes de que el tetrarca Herodes acabara con mi vida.

—Los dioses me inspiraron… —afirmó, recordando el momento

en el que había pujado por aquel reo condenado a muerte, cambiando su condena por la esclavitud—. A veces, solo a veces, me alegro de tenerte a mi lado.

—Yo también me alegro a veces, mi señor.

—Algún día me contarás —Antonio bajó la voz— si de verdad tenías el cometido de envenenar a Herodes por orden de su suegra…

Musa no omitió una sonrisa significativa.

—Aunque humilde, en mi vida anterior era físico, señor. Quizá algún día Dios me permita el privilegio de ejercer de nuevo, más allá de recoser a vuestros legionarios, asistiendo al griego Euphorbo. Un físico no debería jamás acabar con la vida de nadie —se permitió un guiño—. Pero siempre puede aconsejar cómo hacerlo…

La hostilidad manifiesta del recibimiento oficial alejandrino había mutado en una alegre e improvisada recepción, y los esclavos nubios se apresuraban a servir bandejas con vino, mientras se daba orden a las cocinas de ir preparando un ágape acorde con la ocasión. La reina, sin ningún protocolo, se acercó al lugar en el que ambos conversaban. La sonrisa radiante en su rostro evidenciaba la asunción de una victoria más emocional que real. No era para menos. En ese intercambio de compromisos, Marco Antonio ponía sobre la mesa a su propio hijo. El futuro yerno del pretendido César, nada menos. Cleopatra no podía evitar pensar con regocijo en el gesto contrariado de la noble Octavia cuando hubiera tenido que dejar marchar al pequeño Antilo, pese a que ni siquiera fuese hijo suyo. Si era la mitad de inteligente que ella misma, sabría lo que eso significaba. Marco Antonio cortaba amarras con Roma.

—¿Puedo preguntar de qué hablabais?

—Creí que la reina lo sabía todo —ironizó Marco Antonio—. De nada importante. Solo de las distintas maneras de acabar con la vida de alguien… Si alguna vez lo necesitas, Musa es un auténtico experto en plantas y remedios…

—¿Es cierto? —preguntó la reina interesada—. Es un tema que me apasiona. Si no soy llamada a ser la víctima, me encantaría poder compartir alguno de tus conocimientos.

Musa se inclinó con reverencia ante ella.

—Me halaga el interés de mi reina…

—Haremos cosas juntos, Musa —sonrió ella complacida.

Hizo un gesto a su jefe de protocolo y, a una señal, se inició un desfile de jovencísimos esclavos que portaban bandejas con quesos, frutos secos y uvas para agasajar a la comitiva, mientras una corte de bellas bailarinas armenias se deslizaba entre los visitantes escanciando sus copas. Con el comienzo del festejo, Antonio dio unilateralmente por terminado el acto oficial y ascendió en tres zancadas los escalones que le separaban del estrado, para abalanzarse sobre sus hijos. Selene se colgó de su cuello, encantada, Helios se abrazó a su cadera y ambos le arrastraron con sus pasos menudos para que tomara en brazos a su nuevo vástago, el pequeño Ptolomeo Filadelfo, que descansaba al cuidado de Rhea. Antonio incluyó a Antilo en sus abrazos, le presentó a pescozones a sus hermanastros y le obligó prácticamente a acunar en brazos al recién nacido.

—Si alguna vez oyes en Roma que tu padre está loco por una egipcia, es esta —afirmó estrechando en sus brazos a Selene—, esta es mi auténtica princesa de Oriente. Mi Luna de Alejandría. Cuídamela, si alguna vez me pasa algo…

Antilo asintió, desbordado de emociones, y Marco Antonio posó un beso en la frente de su hija. Cleopatra le miraba hacer con una serenidad nueva. Con la sensación de que, pese a la incertidumbre, pese a la fama que le precedía, pese al peso de su vínculo en Roma y pese al creciente poder de su compañero de triunvirato, a más de mil millas de la Urbe, la victoria era suya. No tenía una alianza con Roma; ni siquiera una relación sentimental.

Tenía una familia.

—Puede que Octavia sea más joven; más bella, quizá, pero yo soy más inteligente —se sinceró, confiada, con su doncella Charmión—. Y son los que saben ver más allá los que ganan las batallas…

—Siempre que lleguen a ellas, señora… —aceptó Charmión, cauta.

Cuando los invitados pasaron a las estancias interiores, cuando comenzaron los desfiles, la música, los bailes y la exhibición de monos amaestrados y cobras hipnotizadas, cuando las bandejas de alimentos se sucedieron una tras otra, como en un festín propio de los dioses, cuando las lenguas se desataron, cuando se olvidaron las

prevenciones, cuando las parejas buscaron acomodo tras los cortinajes y los comensales apenas pudieron levantarse de sus divanes bajo los devastadores efectos del alcohol; cuando Alejandría hubo mostrado ya toda su opulencia y su riqueza a Roma, y cuando unos y otros se hubieron despojado de disfraces y caretas, solo los niños, liberados de la estrecha vigilancia de sus damas de compañía, que retozaban en brazos de soldados romanos, siguieron siendo exactamente lo mismo: niños.

Cesarión descendió del estrado, cediendo, en un caprichoso simbolismo, su sitio a Marco Antonio. La alegre risa del triunviro abrió la veda para el desahogo y el disfrute de todos ahora que aún era posible, ahora que el presumible enfado de Octavio pillaba lejos y el futuro estaba por escribir. El niño egipcio se acercó con pasos medidos al centro de la estancia, atraído por la novedad del recién llegado. El niño romano miró a su alrededor con prevención. No entendía los pesados idiomas bisbiseados en aquel esplendoroso palacio; como no entendía que la virtuosa legación romana se hubiese entregado sin transición al embrujo del vino y al de las bellas coperas que lo servían, ni que su propio padre mascullase en la lengua de los griegos sentado en el mismísimo trono del regente de Egipto. Y sintió el corazón desbocarse en el pecho ante la mirada retadora de Cesarión, aquel muchacho de tintes casi mitológicos, cuya historia había oído contar en voz baja por las calles de Roma. ¿Era de verdad el hijo del divino Julio César? Nunca había conocido a alguien que hubiese salido de una leyenda.

Se midieron los dos en silencio. Pero antes de que pudieran dirigirse la palabra, Selene se deslizó entre ellos, silenciosa y menuda, haciendo de su flexible cuerpo una coraza para el recién llegado. Quizá solo ella, con su exacerbada percepción de las cosas, era capaz de entender que era mucho más lo que les unía que lo que les separaba.

—Este es mi hermano, Ptolomeo Cesarión —le susurró a Antilo en griego.

—Lo sé —admitió él en el mismo idioma.

—Ahora es también tu hermano —anunció ella, cambiando la mirada del uno al otro—. ¿Verdad, Cesarión?

Cesarión inspiró aire, dudó un breve segundo y luego tendió la mano a Antilo. Selene sonrió mientras se la estrechaban, mirándose

a los ojos, con una seriedad impostada, como los hombres que aún no eran. Y al enfurruñado Helios le valió con la luz en los ojos de su hermana para aprobar al recién llegado.

Antilo sonrió al ver pronunciarse los tiernos hoyuelos que se formaban en las mejillas de la niña y al notar la calidez sincera de sus ojos del color de la arena, como una caricia balsámica que le rozara la piel. Se sintió a la vez desconcertado y bienvenido en aquel nuevo y extravagante escenario. Y por vez primera, creyó entender las acciones de su padre, las disparatadas decisiones que tantas críticas y lágrimas provocaban en la casa de Octavia.

Selene se abrazó a sus hermanos, sintiéndose feliz en aquel mediodía abrasador. Intercambió una mirada sonriente con su padre y pidió a la diosa poder perpetuar aquel instante; permanecer para siempre así. Juntos y alegres. Bajo el radiante sol de Alejandría. Mientras vivieran.

Era solo una niña. Quizá se le olvidara ser algo más precisa.

Mientras vivieran… ¿quiénes?

VI

Año 18 del reinado de Cleopatra Thea Filopátor
Anno 719 ab Urbe condita (Año 34 a. C.)

Las noticias de la siguiente fase de la campaña parta, a lo largo de los últimos meses, fueron confusas y agitadas. Variaban con la llegada de cada mensajero y en lugar de arrojar certezas dejaban tras de ellas, en los pasillos, la polvorienta estela de la incertidumbre.

Selene aún no había cumplido los siete años. Para ella el relato de aquella guerra lejana y dilatada tenía el mismo eco que las antiguas batallas que Cesarión le narraba cuando repasaba las clases de estrategia con su tutor, Rhodon. Le impresionaba oír contar a Antilo que su padre había reunido un total de diecisiete legiones bajo su mando, un número como jamás se había visto en Asia; que los pueblos se vaciaban cuando se escuchaba el retumbar de los pasos de sus caballos. Y le admiraba imaginar a su madre, a la cabeza de los ejércitos romanos en su propia litera, surcando aquella orografía accidentada que les dibujaba Práxedes. La misma que cabalgó el Gran Alejandro.

Pero pese a los tintes míticos que arropaban la empresa, la guarnición gala a cargo de la defensa del palacio, los comerciantes del mercado y los esclavos, en los corredores o las cocinas hablaban en voz baja cuando creían que los niños no los escuchaban. Y entonces, los príncipes recibían otra versión, menos halagüeña, del avance de la guerra. Se hablaba de ingentes pérdidas de vidas, de guías locales que traicionaban a las tropas, de presuntos aliados que se colocaban de perfil en el momento menos oportuno, de cordilleras montañosas de magnitudes inimaginables y de una logística de abastecimiento tan compleja, que, pese al esfuerzo de Egipto, el ejército pasaba hambre.

Y también se decía que pese a ser una campaña emprendida por el triunviro a cargo del Oriente, en su *domus* del Palatino, Octavio

se regocijaba ante la inminente derrota de Marco Antonio.

Cleopatra había vuelto a Alejandría sana, salva y exultante, con un mensaje triunfal que pretendía tranquilizar ánimos y contrarrestar rumores. El pueblo fingió creerla y celebrar su retorno como una antesala de su victoria, pero en su entorno cercano, Cesarión y Antilo, más maduros, y la pequeña Selene, mucho más perceptiva, notaron la esquiva sombra de un presagio en sus ojos cansados.

A Selene le importaba mucho menos la victoria que el regreso de su padre. El relato optimista que se desgranaba en público o las ofrendas de agradecimiento levantadas por Muti, el sumo sacerdote de Isis, valían menos que su propia intuición, en la que Antilo, tan preocupado como ella del regreso de Antonio, había aprendido a confiar ciegamente, quizá porque las cosas que en Roma habría tomado por supercherías le parecían, desde que vivía en Alejandría, posibles.

La niña se escapaba a la azotea en los mediodías más ardientes y observaba el viento agazapado en las palmeras, la marea cambiante que entraba desde la bahía o el vuelo cansado de los pájaros. Un simple signo era capaz de transportarla a otro mundo, un lugar donde nadie la rozaba. Cerraba los ojos, se sumergía en él, y tras un silencio y una inmovilidad en los que solo el movimiento de su pecho revelaba que no estaba muerta, los abría de nuevo para emitir su veredicto con una seguridad irrebatible.

—Lo veo —decía solamente.

—¿Está ganando? —le preguntaba, impaciente, Antilo.

—No lo sé —respondía ella, presa de una extraña calma—, pero está vivo.

—Alabados sean los dioses —respondía, aliviado, su hermano.

Cada mensajero que llegaba a palacio, en una carrera alocada, reventando caballos, confirmaba su predicción. Y entonces Antilo la miraba con cierta reverencia. Sin juzgarla, sin pretender entenderla. Como solo se mira a los dioses.

—¿Sabes? En Roma podrías ser augur.

—¿Podría? —preguntaba ella.

—Podrías. Si fueras mayor y fueras hombre —recordaba Antilo a tiempo.

—Entonces —Selene se encogía de hombros sabiamente—, no

podría.

Ella estaba segura de que su padre volvería. En sus sueños, custodiada por su guardia personal, había visto cabalgar, entre cadenas de plata, a la princesa extranjera que este había prometido traer para su hermano Helios como botín de guerra. Había sido una propuesta extraña porque ni siquiera el propio Helios la había secundado.

—¿Para qué quiero una princesa? —había preguntado el niño sencillamente. Y había mirado con ternura a su hermana—. ¡Ya tengo una!

—Pero esta será para casarte con ella… —argumentaba Antonio.

—Tráela para Antilo —le sugería Cleopatra con un mohín. Y guiñaba un ojo a sus pequeños—. Helios ya está prometido.

Ahí callaban los dos. Antonio evitaba reconocer ante la reina egipcia que conservaba la esperanza de que Octavio, pese a todo, mantuviese el acuerdo de compromiso de Antilo con su hija Julia, que tendría ya unos siete años. Por si las aguas volvían a su cauce, como sucedería, sin duda, si Roma se apuntaba la esperada victoria sobre Partia. Cleopatra, por su parte, obviaba recordarle que Helios se casaría, con toda seguridad, con su hermana Selene, como un trasunto de Isis y Osiris y como llevaba miles de años haciéndose en Egipto. La idea del matrimonio entre hermanos resultaba de todo punto inaceptable para Antonio. Desde su esquema mental, aquella propuesta era una aberración.

—Por encima de mi cadáver —aseguraba él.

—¿Hablas en sentido figurado o literal? —le provocaba ella divertida.

—Selene no puede pensar en sus hermanos de esa forma —se encendía Antonio.

—Selene tiene seis años. No piensa en nada. Es tu cerebro enfermo el que ve algo abominable en cuanto se sale de vuestro discutible sentido de la moral.

—No creo que tengas ninguna queja sobre mí a ese respecto —le rebatía él, con dignidad herida—, pero en Roma, majestad, tenemos ciertos límites.

—En Egipto, en cambio, triunviro —le sonreía ella provocativa, acercándose hasta que sus labios acariciaban su oído—, no tenemos ninguno.

La conversación seguía entonces por otros derroteros. Y el tema se aparcaba hasta que llegase el señalado momento. Si llegaba. Quizá porque en la corte alejandrina nadie hacía planes a tan largo plazo.

El día en que Marco Antonio arribó de nuevo a Alejandría, lo hizo sin protocolos y con mirada de animal herido. Descendió del caballo casi en marcha, empujó con sus propias manos las puertas de palacio y entró al patio de recepciones silenciando a los heraldos que anunciaban su llegada. Los hombres que se habían adelantado junto a él traían aún la sombra del cansancio y el terror en los ojos. La guardia macedonia, que custodiaba el ala donde se encontraba Cleopatra, desconcertada, fue incapaz de impedirle el acceso, al reconocerle. Los soldados contarían más tarde que se abrió paso a empujones entre ellos como ebrio, sin mirar a nadie más, con las ropas manchadas de sangre seca y cicatrices abiertas en las mejillas y los poderosos brazos, y que se abalanzó sobre la reina hasta el punto de arrojarla al suelo, entre almohadones de cuero y seda en un abrazo que parecía un desmayo. Las siervas narrarían escandalizadas que el general rasgó las lujosas ropas de gasa de la reina, como si esta fuera una esclava repartida como botín de guerra, y se aferró a sus senos con una sed insaciable y eterna. La reina, sorprendida por su proceder en presencia de su corte, le abofeteó sin dudarlo, mandó prepararle un baño ardiente con aceites relajantes y después estrechó su cabeza contra su pecho como si fuera un niño. Los eunucos contarían después, casi conmovidos, que el general romano había sollozado en brazos de la reina como una criatura atrapada en una pesadilla, y que, sin emitir palabra alguna, había caído definitivamente dormido. Cleopatra le dejó en su propio lecho, se enfundó en sus mejores ropas, dejó que las *ornatrices* retocaran su pelo, se enjugó unas lágrimas traicioneras y después, con el maquillaje recompuesto, recibió en audiencia, junto a su primer oficial y a Muti, a los mandos de la legación romana.

—¿Qué ha pasado? —exigió saber.

Los hombres se miraron entre ellos, dudando hasta dónde debían contar. O quizá en quién fiaban su lealtad.

—Nuestro general…

—Vuestro general está descansando —cortó ella de raíz—.

Puede contármelo él mismo cuando despierte. O podéis contármelo vosotros, y para entonces quizá hayamos encontrado una solución…

—Esto no tiene solución, señora —se anticipó Musa, tristemente, negando con la cabeza.

—Todo tiene solución, Musa —le indicó ella con suavidad—. Salvo, quizá la muerte.

—La campaña en Media ha sido un suicidio —escupió finalmente Planco, cegado de ira—. Contamos nuestras bajas por decenas de miles. El enemigo nos ha hostigado y se ha reído de nosotros llevándonos por donde quería. Hay compañeros que han muerto de frío o disentería. Un soldado romano no debería morir así. Y el general…

—El general —le interrumpió Musa, corrigiendo su tono— ha compartido la suerte de sus hombres. Ha pasado hambre y privaciones, ha llorado a los muertos y en todo momento se ha esforzado por adaptar su estrategia a la orografía y las situaciones cambiantes. —Movió de nuevo la cabeza, desanimado—. Pero había demasiada incertidumbre. Son regiones no cartografiadas. No contamos con guías locales fiables. Son magnitudes increíbles. Y desierto. Y montañas. Nada que ver con Hispania o la Galia… César no lo habría hecho mejor. Ni siquiera Alejandro terminó nunca de conquistar ese infierno…

—Ha sido un castigo de los dioses… —se atrevió a susurrar Planco.

—¿Un castigo de los dioses? ¿Por qué? —exigió saber la reina con una ceja alzada.

Nadie le contestó. Los hombres bajaron levemente la cabeza, en forzado silencio.

—¿Y nuestros aliados? —inquirió ella de nuevo.

—¿Qué aliados? —preguntó Delio airado—. Nos han vendido. Armenia nos traicionó. De hecho, nuestra última intervención ha sido de castigo, contra ellos. Hemos traído como rehenes a toda la familia real —advirtió—. Excepto al heredero, que ha huido.

—¿El rey Artavasdes está en mi palacio? —se sorprendió Cleopatra—. ¿Por qué nadie me lo ha notificado?

—Creo que aún debe estar por llegar a las puertas, señora —concretó Musa—. Pero no es vuestro invitado. Es un prisionero. Y un traidor.

—¿Un prisionero de quién? En Egipto es Roma la invitada, hebreo —cercenó Cleopatra—. Y los invitados agradecen la hospitalidad que se les brinda, pero no ponen condiciones. Artavasdes es un rey, ¡un rey! ¡Sois un maldito pueblo de agricultores que no sabe de vínculos divinos! Traedles a mis aposentos. Preparadles un baño y ropas limpias. Llevad lo antes posible a sus mujeres a mi presencia y que nadie les ponga una mano encima. Llamad a mis esclavas para que las ayuden a vestirse y a estar bellas. No destilarán grandeza si no la sienten.

—¿Y por qué deberían destilar grandeza? —quiso saber Delio—. ¡Son prisioneros!

—Son lo único que tenemos, Quinto Delio. El rey de Armenia, capturado, ya sea en batalla o mediante alguna de vuestras delirantes estratagemas, es un importante botín que exhibir ante el pueblo. Es el relato que necesitamos: hemos vencido a Armenia en nuestra primera gran victoria en tierras de Oriente. Démosle a mi pueblo lo que quiere y a vuestro general lo que necesita.

Los oficiales romanos se miraron entre ellos, preguntándose hasta qué punto la reina egipcia sería capaz de subvertir la realidad de lo ocurrido.

—¿Y Roma? —se atrevió a preguntar Delio.

—¿A quién le importa Roma ahora? —se encendió la reina.

—Puede que vuestro pueblo se trague vuestros embustes —admitió Delio—, pero Roma sabrá que vuestra victoria es una farsa en cuanto se entere…

—¿Y quién se lo va a contar? —le preguntó la reina clavando en él su mirada—. ¿Vas a ser tú, Delio?

Delio tragó saliva. Llevaba un tiempo cuestionándose su lealtad, preguntándose si no tendría sentido abandonar la nave cuando solo había comenzado a escorarse para adelantarse al naufragio. Antonio no sospechaba de él, pero esa maldita egipcia… Tenía la sensación de que podía leer dentro de su mente. Intercambió una mirada con Planco, que bajó la suya al suelo.

—Alguien lo contará —masculló, sin responder a la pregunta directa de la reina—. Desde Armenia. Desde Judea. Los propios partos se jactarán de haber acabado con cuatro legiones romanas.

—Que lo hagan, Delio —decretó, como si fuera una orden—. Y que Roma decida entonces a quién creer.

Muti se acercó en privado a la reina tras terminar la audiencia. Glígor, que la escoltaba, vaciló al tratarse de un representante de la diosa, pero se puso en guardia ante su cercanía. La reina detuvo su gesto y se paró a escuchar al sacerdote.

—Jamás pensé que diría esto, pero ese esbirro romano tiene razón —advirtió Muti—. ¿Qué ganas con este fingimiento?

—Tiempo —respondió ella con serenidad—. Dar la sensación de que soy yo la que controlo los acontecimientos. Elevar la moral de mi pueblo… Y —titubeó, sin que hiciera falta dar nombres— la suya.

—La suya… —escupió el sacerdote con desprecio—. Le cubres, le lavas, le regañas, le consuelas, le festejas… Es un adulto y tú le tratas como a un niño. Tienes cuatro hijos, mi reina. Cinco con el suyo. No puedes hacerte cargo de uno más…

—Fingiré —entonó Cleopatra con frialdad—, por tu propio bien, que no he escuchado el irrespetuoso modo en que te has dirigido al triunviro Marco Antonio…

—Estás viviendo una farsa y haciendo que él viva en ella. Engañando a tu pueblo. Mintiendo a tus soldados. Ignorando a sus oficiales…

—Tengo cuatro hijos como dices —respondió ella—. Los sacerdotes, en cambio, no tenéis ninguno. Por eso no tienes ni idea de cómo puede llegar a reaccionar una madre cuando ve amenazados a los suyos. Ocúpate de tus dioses, Muti —advirtió la reina, antes de darse la vuelta con dignidad—. Yo me ocuparé de mis hombres…

Solo unos pocos íntimos habían sido testigos de la vergonzosa llegada del triunviro, así que Cleopatra no tuvo reparo alguno en maquillar la versión. La llegada oficial se produjo varios días después. Sin sangre ni comportamientos soeces. Con infinidad de testigos. El ejército de Marco Antonio atravesó triunfante las puertas de palacio tras haber sido convenientemente anunciado y entre los vítores de la población. Los soldados supervivientes se sentían agradecidos por un recibimiento que no esperaban, y Marco Antonio saludaba radiante, vestido a la griega y caracterizado como el dios Dionisos, una estrategia más de la reina para impedir que Egipto identificara aquel triunfo con una victoria de Roma y lo vinculara con el pasado heleno de su monarca.

Entre el general y el grueso de sus soldados marchaba, envuelto en cadenas de plata acordes a su rango, el rey Artavasdes de Armenia, junto a sus mujeres y sus hijos. La comitiva en pleno desfiló hasta el estrado dorado donde los recibió la reina Cleopatra, frente al Serapeum, en donde los sacerdotes realizaban ofrendas al dios Serapis para agradecer su ayuda. Artavasdes se negó reiteradamente a inclinarse ante aquel dios con cara de animal. Dada la afluencia de público y su carácter de monarca extranjero, la reina fingió perdonar la ofensa con una leve sonrisa, solo para mandarle ejecutar poco después.

—¿La reina no afirmaba que había que tratar a los reyes con dignidad, aunque fueran prisioneros? —preguntó un sorprendido Delio a Musa.

—Imagino que ni siquiera a los reyes les está permitido burlarse de los dioses…

El desfile, estructurado por Cleopatra a la manera de un triunfo romano, fue un éxito. Monarcas de regiones vecinas ocuparon un lugar de honor en el mismo, quizá para que no olvidaran fácilmente la grandeza de las acciones emprendidas por Egipto. Otro rey Artavasdes, esta vez el de Media, ocupaba un sitio preferente, feliz de que se hubiera castigado la osadía de su tocayo armenio y de encontrarse, al menos de momento, en la estela de los vencedores. Para generar un vínculo aún más estable entre los dos territorios, su hija menor, una beldad rubia de seis años llamada Iotape, acababa de ser prometida al príncipe Helios. Cleopatra había accedido; al fin y al cabo, eran demasiado pequeños para que aquel matrimonio llegara a realizarse nunca, y, si sucedía, Selene siempre podría desposarse con su hermano Cesarión.

Ese día fue el primero en su vida que la pequeña Selene sintió el mordisco afilado de los celos y lloró lágrimas tibias de desamor cuando el caballeroso Helios rompió el protocolo del desfile para acercarse a caballo a su princesa meda. Solo Antilo pareció percatarse de ello.

—Quizá al final sí tengan que prometerte conmigo —sugirió sonriente.

—Tú eres muy mayor —protestó Selene, ruborizada—. Y no eres egipcio.

—Mi padre también es mayor que tu madre. Y tampoco es

egipcio. Y no parece que a nadie le importe…

Selene bajó la vista y se deslizó tras los cortinajes. Percibía algo. Había desolación en el rostro cansado de Muti. Notaba, pese al ambiente festivo, una inmovilidad pesada y oscura, como esa quietud plomiza que precede a las tormentas de arena. Buscó la mirada de su padre y le sonrió, esperanzada, pero él, sin mudar una sonrisa que parecía impostada, rehuyó sus ojos, quizá porque sabía que podía leer en ellos. Selene le observó, inquieta. Conversaba, sonreía, pero parecía triste, como si las dos máscaras que portaba habitualmente hubieran acabado por juntarse en una sola borrosa y grotesca. La niña buscó la balsámica sabiduría de Musa entre las personas presentes en la corte y, cuando le encontró, se acercó silenciosamente a su lado.

—¿Qué le pasa a mi padre, Musa?

—Le pasa —reflexionó el hebreo— que quizá no se perdone estar vivo…

—Parece él por fuera, pero no actúa como él —reflexionó la niña—. ¿Es un encantamiento?

—Es la guerra, princesa Selene —suspiró Musa—. Cuando un hombre ve ciertas cosas, es difícil que vuelva al abrazo de sus hijos sintiéndose el mismo.

—Pero ha ganado…

—Nadie gana cuando tantos buenos hombres mueren… —admitió, filosófico.

—¿Por qué tú sí pareces el mismo?…

—Porque yo solo obedezco órdenes. Lo difícil es darlas.

Selene observó al hebreo. Tenía la sensación de que el mundo de los adultos, como el de los misterios de Isis, escondía códigos y dobles sentidos que le estaban vedados.

—Lo habrá hecho bien si los dioses han querido que gane… —concedió ella.

—Los dioses no han tenido nada que ver. Esta victoria es un obsequio de tu madre.

Selene buscó el rostro hierático y perfecto de su madre. Asintiendo, sonriendo levemente; siempre atenta a las conversaciones y los gestos; siempre en guardia. Luego contempló a su padre con conmiseración. Se preguntó si en Roma, aquel Octavio que envenenaba los sueños de su madre se atrevería a regañarle por

no haber sabido ganar con menos pérdidas. O si aquella Octavia, tan bella, elegante y digna, de la que Antilo hablaba en contadas ocasiones, le afearía la existencia de sus hijos egipcios. Se llevó las manos a los oídos cuando creyó escuchar en latín las voces de todos esos desconocidos insultándole, llenándole de escarnios y reproches, y entendió la tristeza que, pese a la sonrisa, habitaba en los ojos de su padre.

Envuelto en los laureles del triunfo, ovacionado, vestido como un dios, reflejado en la mirada dorada de Cleopatra y aplaudido por la corte alejandrina, Marco Antonio apretó los ojos como para salir de un sueño. Cuando lo hacía, volvía a ver la agonía de sus soldados muertos y las inmensas planicies partas regadas de los cadáveres que poblaban sus pesadillas. ¿Cómo podía beber y regocijarse cuando había arrastrado a tantos hombres a la muerte? ¿Había sido la consecuencia de un verdadero deseo de engrandecer a Roma o tan solo su ambición personal por eclipsar a Octavio?

¿Y Roma? ¿Sabría ya la magnitud de la derrota? ¿Llorarían ya en algún lugar las madres, las hijas y las esposas a sus muertos? ¿Por qué él estaba vivo, con los suyos? No era más que un farsante, un actor de comedia, alguien que representaba un papel que no le pertenecía. Y allí estaba, pese a todo. Vivo. Sano. Junto a una mujer que aún le miraba con deseo y unos hijos que admiraban su valor. Allí estaba, en el cálido corazón de Alejandría, festejado y tratado como un héroe. Agradeció el aturdimiento del alcohol y la generosidad de la reina egipcia, capaz, pese a sus errores, de perdonar sus actos y de reconfortar su corazón. Apuró la segunda y la tercera copa de vino que le tendieron y decidió que no despertaría de aquel sueño. Y que mientras pudiera posponerlo no volvería a la vida real, a la constancia culpable del adulterio, al rostro de la hija que aún no conocía, a los ojos helados y seguros de Octavio. A la culpa, a la vergüenza; a Roma.

VII

—¿Con qué otro nuevo espectáculo piensa deleitarnos la reina después de la farsa del triunfo sobre Armenia?

Planco escupió al suelo mientras observaba los preparativos que los operarios llevaban a cabo en el gran gimnasio de Alejandría dejando bien clara la opinión que le había merecido la suntuosa recepción celebrada en palacio unos meses atrás. Estaba seguro de que las noticias de la desastrosa campaña ya habrían llegado al Senado. Quizá Octavio hubiera estado demasiado ocupado con sus incursiones contra el hijo de Pompeyo como para molestarse en pedirle explicaciones por las miles de bajas romanas a su colega de triunvirato, pero él, como oficial destacado en la zona, no podía pasarlo por alto.

—No hables así, Planco —le sugirió Delio, mirando con inquietud hacia los lados—. Hay oídos por todas partes. Y tras las deserciones en campaña, Antonio sería capaz de matar con sus manos desnudas a quienes se cuestionen su lealtad…

—¿Y qué me importa ya? —se envalentonó Planco—. ¿De qué van a acusarme? Todos sabéis que he sido el primero en apoyar a Antonio; el primero en reírle las gracias a su ramera… Les he sido leal hasta la obsesión. He firmado como testigo en su testamento y he bailado en cueros en sus banquetes, pero esto no. —Negó con la cabeza—. No podemos obviar la pérdida de tantos compañeros. No podemos hacer como si nunca hubieran existido. No podemos regocijarnos en una fiesta perpetua mientras las madres y esposas de los muertos lloran en Roma…

Nadie le respondió. Tampoco él lo necesitaba. Como él, el resto de los oficiales romanos convocados y formados como guardia de honor observaban con desconfianza los preparativos. El gran gimnasio de Alejandría había amanecido aquella mañana engalanado y radiante, tomado, sin discreción alguna, por la guardia macedonia. El mármol pulido destellaba al reflejo del sol, emulando el brillo del faro. Se había buscado un espacio que pudiese acoger al mayor número posible de gente y los pregoneros recorrían las calles, avisando de la ceremonia que iba a tener lugar

e incitando al pueblo egipcio a participar de un momento histórico. La gente se arracimaba en la puerta y se empujaba para hacerse con los mejores sitios. En el interior, dos filas de pretorianos rodeaban el estrado en el que convergían todas las miradas.

Cuando el bullicio fue apagándose y el sudor comenzó a perlar algunas frentes, los heraldos tocaron los tambores para reclamar un silencio completo. La espera hacía aún más emocionante el espectáculo. Una ovación tibia, como un susurro, se extendió entre la concurrencia cuando esta sintió que comenzaba.

Los niños fueron los primeros en aparecer. De menor a mayor. Ptolomeo Filadelfo, con tan solo dos años de edad y vestido con un minúsculo traje de gala que reproducía el de la guardia macedonia, caminó con andar vacilante y mirando hacia atrás, como si recibiera instrucciones marciales, despertando sonrisas de ternura entre el público. El pequeño parecía genuinamente abrumado al observar aquel gentío que le ovacionaba. El propio Glígor fue el encargado de ayudarle a colocarse en su sitio, a la izquierda de uno de los dos grandes sillones dorados que se alzaban sobre el estrado.

Tras él, apareció el príncipe Alejandro Helios. Con sus rizos oscuros y su sonrisa franca, embutido en el traje real de Media y coronado con una tiara oriental. El niño caminaba feliz, imitando los modos de su padre y saludando al público, que, a su vez, le devolvía el saludo, enardecido. Helios recorrió el escenario sin titubeos ni ayuda hasta colocarse al lado de su hermano menor, a la izquierda del sillón. Se cuadró marcialmente, sonrió al público y le dio un manotazo en el dorso de la mano al pequeño Ptolomeo, que, inconsciente de la grandeza del momento, se hurgaba concienzudamente la nariz.

La siguiente en aparecer fue la princesa Cleopatra Selene. Llevaba las vestimentas doradas que se le atribuían a Isis. El sol sujeto entre los cuernos de Hathor y una exquisita capa que simulaba las alas protectoras de la diosa y que la niña ondeó con elegancia innata. Pese al peso y la ampulosidad de sus ropajes, caminó con dignidad hasta colocarse a la derecha del estrado. Ella no sonreía. Había aprendido de su madre cómo controlar hasta la más mínima de sus emociones. En pie, con la barbilla erguida y los ojos perdidos en la multitud, parecía una pequeña réplica de la propia reina.

—Está claro que vamos a presenciar otro baño de multitudes de la reina —advirtió con desidia Planco—. ¡Por Júpiter, con este sol, me acercaría de buena gana a refrescarme el gaznate con una buena cerveza! Dudo que la reina nos eche de menos con tanto espectáculo.

—Hazlo —le invitó Delio con ironía— y no tendrás que preocuparte por tu pobre gaznate nunca más, porque Antonio se encargará de rebanártelo. Es él, y no la reina, quien nos ha querido aquí.

—¿Específicamente a los mandos de las legiones romanas?

—Específicamente —subrayó su compañero.

—Esto es una humillación pública…

Una nueva y exagerada ovación les obligó a mirar hacia el estrado. Cesarión, portado en litera y llevando los signos de poder en las manos y la corona de las Dos Tierras en la cabeza fue depositado en el sillón derecho del estrado. Cleopatra, luciendo los atributos de la diosa Isis, con la piel salpicada de polvo de oro, fue depositada en el sillón izquierdo. La familia real al completo.

O casi.

Marco Antonio apareció a pie a la derecha de la escena, con el uniforme de gala, deteniéndose en el centro del estrado, entre la reina y su primogénito. Sus hombres se miraron desconcertados. No exactamente porque apareciera junto a la familia real, sino porque en Alejandría Antonio vestía siempre ropajes griegos, y se perfilaba los ojos como los aristócratas egipcios. Nunca se embutía su uniforme romano, salvo para acudir a una batalla o para…

… para emitir anuncios oficiales, en el nombre de Roma.

—Pueblo de Alejandría… —tronó. Y el silencio se hizo de repente tan espeso que, acostumbrado a arengar a sus oficiales, apenas tuvo que alzar la voz para que todo el gimnasio amplificase el eco de sus palabras—. He querido reuniros aquí para que asistáis al nombramiento que haré público, como triunviro de Oriente y por la autoridad que me confieren el Senado y el pueblo romano…

—¿Ha llegado recientemente alguna misiva del Senado? —inquirió Delio a sus acompañantes, con el ceño fruncido.

—No, que yo sepa —advirtió desconcertado Planco—. Al menos, no oficial.

—Yo declaro —resonó la voz de Marco Antonio sin un ápice de

vacilación— que, por sus servicios a Roma, Cleopatra es refrendada como reina y señora de las Dos Tierras, regente de Egipto, Chipre y Siria. Y que su hijo Cesarión compartirá con ella la regencia de dichos territorios, siendo considerado rey de reyes…

—¿Se ha vuelto loco? —decretó Delio—. ¿Qué hace un romano refrendando reyes?

La exultante ovación del pueblo hizo que se perdiera la respuesta a una pregunta retórica. Cesarión asintió majestuosamente con la cabeza.

—Asimismo declaro —prosiguió Marco Antonio— que, como corresponde al lugar que ocupan en la dinastía ptolemaica, los hijos de Cleopatra recibirán sus propios bienes que serán regentados por sus padres hasta su mayoría de edad. El príncipe Ptolomeo Filadelfo recibe en este acto los derechos como rey sobre Fenicia y Cilicia. El príncipe Alejandro Helios es nombrado asimismo rey de Armenia, Media y Partia, lugares en los que gobernará junto a su prometida, la princesa Iotape de Armenia.

Un murmullo incómodo se extendió entre las tropas romanas.

—¿Acaso hemos conquistado Partia? —exclamó Delio, incrédulo —. ¡No han muerto miles de romanos para que Antonio regale una tierra que no le pertenece a un niño!

—A un niño egipcio —subrayó Planco, indignado, dando su voz al pensamiento de muchos—. Al hijo de su ramera.

Los demás corearon sus palabras, ahogadas por el entusiasmo de la multitud, que veía en el reconocimiento del romano la nueva grandeza de Egipto. Alejado de la ordenada fila de oficiales romanos, Musa tomó aire con inquietud. No podía oír sus imprecaciones, pero sí observar sus gestos. Y leer sus labios. Negó con la cabeza de forma imperceptible.

—La princesa —en este punto Antonio sí que tuvo que subir el volumen de su voz para hacerse oír—… la princesa Cleopatra Selene —le dirigió una mirada risueña que a nadie le pasó desapercibida— será desde este día la reina de Cirenaica, Creta y Libia. Todos estos cargos serán oficiales desde el día de hoy y deberán figurar en los documentos oportunos —decretó—, así como… —hizo un gesto ampuloso a la docena de esclavos que se habían situado en el estrado, de cara al público, cargados con pesadas sacas—… como en las monedas acuñadas para conmemorar

este día…

Con un solo movimiento, los esclavos abrieron sus sacas y comenzaron a arrojar monedas de oro y plata entre la exultante multitud. La gente se agachaba, se arremolinaba, las comprobaba con incredulidad. El repentino regalo enardeció aún más a la masa y erizó el vello de los oficiales romanos. Planco se arrodilló para tomar una de las monedas que cayó a sus pies. La efigie de Ptolomeo Cesarión en una cara, la de Cleopatra en la otra. Sus títulos sonaban aún más ostentosos en griego: *basileus, basilisa*.

—Y, por último —indicó Marco Antonio, tan enardecido como la propia multitud que le aplaudía como al mensajero de las buenas nuevas—, yo, Marco Antonio, como triunviro de Roma, declaro que Ptolomeo Cesarión, rey de reyes, es hijo del divino Julio César. —Cesarión se puso en pie para que la multitud lo ovacionara—. Que es, por lo tanto, su único heredero natural a todos los efectos —gritó Antonio—. Y que, en consecuencia, le asisten todos los derechos que la ley romana contempla.

Los oficiales romanos intercambiaron una mirada de incredulidad y casi esperaron a que Antonio se apease del estrado y estallara en risas palmeándoles la espalda y explicándoles que todo era una broma. Una enorme y disparatada broma. No lo hizo. El regente egipcio había sido reconocido como hijo de Julio César por el triunviro en Oriente y eso significaba que compartía filiación con Octavio. Que podía disputarle a este sus riquezas, su herencia y su nombre. Pero sobre todo que Antonio se atrevía a colocar a aquel bastardo extranjero por delante de un miembro romano de la *gens* Julia, una de las familias fundadoras de Roma.

—Está prendiendo las llamas de su propia pira mortuoria… —siseó Delio asqueado.

El gimnasio rompió en un clamor. La guardia macedonia tuvo que emplearse con la fuerza para tratar de impedir que la multitud irrumpiese en el estrado. La guardia romana no actuó; sus miembros estaban demasiado desconcertados como para hacerlo.

Mientras Marco Antonio estrechaba manos y saludaba a los miembros de las familias más importantes que deseaban trasladar a la familia real sus felicitaciones, Delio contempló la moneda que aún estaba en su mano y la arrojó al suelo con violencia. Luego escupió sobre ella, y sin esperar ninguna orden de su

inmediatamente superior, abandonó su posición en la fila a grandes zancadas. Un acto de insubordinación sin duda. Pero no le importaban las consecuencias. No se quedaría allí para verlas.

Envuelta en su vestido de diosa, la pequeña Selene escuchaba las trompas y los fastos y se dejaba deslumbrar por el aplauso del público. Era una niña de siete años jugando a ser la reina de dos territorios que muy poca gente en su corte hubiera sabido situar en un mapa. No vio la marcha del romano porque su atención no estaba puesta en los soldados, pero sí intuyó el desconcierto que el espectáculo había provocado en Antilo. Por eso lo buscó en la recepción posterior.

—Tengo dos reinos —anunció ingenuamente cuando consiguió escabullirse de la vigilancia de Calíope para reunirse con él en un rincón de la sala—. Puedo darte uno si quieres.

—Soy romano —presumió él con orgullo—. En Roma son los hombres libres los que deciden. No tenemos reyes impuestos…

Selene no podía intuir qué había de malo en un cargo así.

—Pero me lo ha regalado nuestro padre… —exclamó en un puchero.

—Nuestro padre no puede andar regalando cosas que no le pertenecen… —advirtió Antilo.

—Eres romano, sí —advirtió Cesarión, acercándose a ellos, arropado por su propia escolta—. Por eso te escuece que se haga justicia. Que se reconozcan los verdaderos límites de Egipto. O aún peor, mis derechos como hijo de César.

—¿Hijo de César? —Antilo soltó una breve carcajada—. Estáis tan cegado por los oropeles, el brillo y las palabras altisonantes que ninguno, ni mi padre siquiera, parece darse cuenta de que lo que para ti es un derecho, a Octavio le suena como un tambor de guerra…

—La propaganda romana es lo que resuena aún en tus oídos, Antilo —le acusó Cesarión—. Dudo mucho que Octavio entre en guerra con un país aliado.

—Y yo dudo mucho que le conozcas —zanjó Antilo.

—No; es cierto, pero ahora él me conocerá a mí. Y sabrá que, incluso en Roma, hay quien defiende mis derechos.

—Exacto. Y, que si quiere conservar los suyos, tendrá que matarte.

—¡Basta! —gritó Selene, nerviosa, llevándose las manos a los oídos, para intentar acallar la discusión—. ¿Por qué tenéis que hablar de muerte hoy?

—Para advertiros —declaró secamente Antilo—. A mí no me han declarado rey de nada. Soy el único aquí que no corre peligro, porque, creedme, conozco a los míos. Si creen que alguien les ha robado algo, irán a buscarlo. Sea quien sea. Sin tardanza —aseguró con un leve escalofrío—. Y sin piedad.

VIII

Año 19 del reinado de Cleopatra Thea Filopátor
Anno 720 ab Urbe condita (Año 33 a. C.)

—¿Y bien? —preguntó Marco Antonio, impaciente, inclinado sobre su escritorio de trabajo—. ¿Me la quieres leer ya? Porque me parece una misiva muy corta para que le des tantas vueltas.

—No se renueva el triunvirato —suspiró Musa, inquieto, tendiéndole la recién llegada carta de Octavio.

—¿Quién lo decide? ¿Él? ¿Unilateralmente?

—Lo disfraza de decisión del Senado. Advierte de que se han cumplido ya los cinco años previstos desde la última renovación. El plazo ha expirado.

—¿Y ahora? —quiso saber Marco Antonio.

—Él es cónsul —admitió Musa lentamente, como si se sorprendiera de la perfección de la jugada—. Junto con Tulo. Ambos te informan de que han sometido ante el Senado lo que han dado en llamar las… las «donaciones» de Alejandría…

—¿Las donaciones? ¡Cuánto eufemismo! —protestó Antonio—. ¿Qué donaciones? Solo le he dado a Egipto lo que le prometí. Quizá a Octavio le sorprenda, claro; no está acostumbrado a cumplir sus promesas…

—El Senado —continuó Musa con gesto grave— te acusa de traición al repartir territorio romano entre una reina extranjera y sus bastardos.

—¿Traición? ¿Bastardos? ¡Por todos los dioses! —Marco Antonio descargó un puñetazo en la mesa—. ¿Cómo se atreve? Debí haberme hecho cargo de ese niñato cuando llegó de Apolonia y era un crío imberbe y asustado ante la magnitud de su tarea. Pude habérmelo quitado de encima como a un moscón, Musa. ¿Qué me hubiera costado? Yo era la mano derecha de César, el favorito de Roma. Yo bebía con los soldados. Yo seducía a las señoras… ¿y él? Nunca fue popular. Un sobrino perdido adoptado póstumamente. Un niñato cobarde, enfermizo, oportunamente alejado siempre de la

línea de frente. Yo le di una misión, Musa. Yo le di una identidad porque le devolví la dignidad a César. Yo templé la situación en los *rostra*. Y pese a mí mismo, yo leí el testamento que le nombró heredero. Fui yo el que emprendió la persecución contra los asesinos de César, a la que él se sumó con sus soldaditos a sueldo como un ejemplar hijo vengativo. Yo puse la cara, los discursos incendiarios, la espada y la sangre donde él se sentía incapaz de hacerlo. No sería nada sin mí —aseguró airado—. ¡Nada!

—Quizá su opinión sea distinta, señor —se atrevió a proponer Musa—. Quizá sea él quien se esté preguntando por qué no se quitó de encima al *magister equitum* de su tío antes de que fuera demasiado tarde…

Marco Antonio pareció no escuchar su sugerencia, embebido en sus propios pensamientos.

—Nunca hubiera tenido cojones para hacerlo cara a cara. ¿Qué hubiera hecho? ¿Enviarme a un sicario a los baños? ¿Utilizar uno de tus venenos, como seguramente hizo con mi pobre Fulvia?

—Que Octavio acabase con tu primera esposa resulta una acusación muy aventurada…

—Fulvia se enfrentó con él. Fue la primera que adivinó el material del que estaba hecho. Y luego, cuando la batalla y ella estaban oportunamente encarriladas, murió prematuramente. Octavio se libraba de una enemiga y ganaba un viudo para casarlo con su hermana Octavia. Yo no he sido el mejor de los maridos, Musa, tú lo sabes bien. Estaba aquí con Cleopatra mientras Fulvia y mi hermano luchaban en Perusia para salvarme el culo. Siempre pensé que ellos se excedían en su celo y ahora me doy cuenta de que soy yo el que siempre subestimé a ese niñato. ¡Qué oportuno! Exigir que me casara con su hermana para sellar nuestra paz y renovar el triunvirato. Y yo lo hice. ¿Buscaba el poder o la tranquilidad, Musa?

—Quizá ambas cosas, aunque son bastante incompatibles entre sí…

—Lo hice. Con Cleopatra aquí y con el cadáver de Fulvia tan caliente que hasta el Senado hubo de darnos un permiso especial para celebrar el matrimonio. Lo hice y no me cuestioné nada, pero ahora sé que todo ha sido un plan desde el principio —anunció abatido—. ¿Cómo he podido estar tan ciego? ¿Y cómo el Senado le

permite que me desprecie así?

Musa se encogió parcamente de hombros, aunque sabía que la pregunta era retórica.

—Alude a la moral y las tradiciones romanas, las que, según él, tú estás pisoteando, embrujado por la…, leo literalmente —avisó—: la puta del Nilo… Al parecer, ha tenido acceso al testamento que depositaste en el templo de las Vestales…

—¡Qué cabrón! ¿Ha sido capaz de profanar el templo? Debía tener claro lo que podía encontrar. Se lo habrá dicho Planco —admitió Marco Antonio—. Fue uno de los testigos. Conocía de sobra su contenido.

—Ha aireado los legados para tus hijos egipcios. Pero lo que más ha indignado al Senado ha sido el hecho de que pidieses ser enterrado en Alejandría…

—¡Bastardo insolente! —cabeceó Antonio, incrédulo—. Nunca debimos llegar a este punto. Llevamos más de diez años tratando de gobernar conjuntamente una nave que solo necesita un capitán. Es más —alzó un dedo, temblando de ira—, que solo reconoce un capitán…

—Es cierto —admitió Musa—, pero el problema es que uno de los capitanes se ha mantenido siempre al frente del barco, con mayor o menor fortuna, y el otro se ha bajado a beber y a fornicar en cada puerto…

El comentario de Musa le arrancó una carcajada estentórea.

—Musa, amigo, siempre consigues hacerme reír por complicada o lamentable que sea la situación. —Palmeó agradecido su pecho—. No me dejes nunca o te perseguiré hasta el infierno y te arrancaré los huevos con mis propias manos para convertirte en uno de esos monigotes de voz aflautada que adulan a la reina.

—Dios me libre, señor.

—Bien. —Marco Antonio inspiró aire—. Ármate de papiro y pluma. Voy a contestar a Octavio. Ya se encargará él de airear la carta en el Senado, como ha hecho con mi testamento.

—¿Vais a contestar en caliente, señor? —se inquietó el esclavo—. ¿No sería mejor reposar vuestra respuesta?

—Yo todo lo hago en caliente, Musa. Beber. Amar. Luchar. Deberías saberlo ya. No merece la pena dejar que nada se enfríe en la vida. Si no, me convertiría en alguien como Octavio. Nunca sabes

si sufre o goza. Ni con las batallas, ni con las mujeres. Ni con los hombres, me atrevería a decir.

—Cuidado, señor —le previno Musa—. Hay oídos por todas partes…

—Que oigan. Que oigan y repitan. Empieza, venga —dictó Marco Antonio—: «Querido Octavio…».

—Quizá debas dirigirte a él como cónsul, señor —le corrigió Musa.

—A la mierda su título oficial. Aún es mi cuñado. Yo ya me jugaba el pellejo en la Galia con el auténtico César cuando él aún llevaba la *bulla* colgada. No me jodas, Musa. Para mí siempre será Octavio. Escribe: «Querido Octavio, ¿qué te pasa? ¿Qué es lo que te sienta mal? ¿Protestas porque me esté follando a Cleopatra?».

Musa levantó la pluma del pergamino, con sorpresa.

—¿No nos estamos apartando del asunto?

—Claro, que no. Me acuesto con Cleopatra. Puede disfrazarlo de lo que crea, pero este siempre ha sido el centro del asunto…

—¿Lo escribo tal cual, señor? —preguntó—. Parece un poco irreverente.

—Sí, quizá tengas razón. Corrige. Pon: «¿Protestas porque me esté follando a la reina Cleopatra?». Así queda más respetuoso, sin duda.

Musa amagó un suspiro y escribió la frase. Alzó de nuevo el rostro, con gesto cansado, esperando la siguiente.

—«Pero es mi esposa. Y ni siquiera es algo nuevo. Nuestra relación empezó hace casi nueve años…».

—No es tu esposa. No estás casado, señor —le interrumpió Musa —, si me lo permites.

—No, no te lo permito, pero es anecdótico. Estaremos casados. De hecho —admitió pensativo—, quizá esté ya casado para cuando le llegue la misiva.

—Pero estás casado con su hermana —le recordó Musa—. La bigamia es ilegal en Roma.

—Hay muchas cosas ilegales en Roma que ese necio se pierde…

—Con todos los respetos, señor —insistió Musa—. Me parece una provocación…

—¿Una provocación? —se indignó Marco Antonio—. Que él me niegue las naves que le cedí sí es una provocación. Que él me apee

de mi cargo de manera unilateral sí es una provocación. ¿Quieres una provocación real? Pues dile que me divorciaré de Octavia. ¿De qué me vale ahora? Sigue escribiendo y deja de enjuiciar mis palabras.

—Te recuerdo que van en caliente…

—Muy caliente… Escribe: «¿Y tú qué?».

—¿Y tú qué?

—Sí. «¿Y tú qué? ¿Eres siempre fiel a Livia Drusila? Te felicito si cuando esta carta te llegue no te has acostado ya con Tertula, o Terentila o Rufila o Salvia Titisenia…».

—¡Antonio! —protestó de nuevo Musa—. No sumes más problemas a los que ya existen. Estás difamando a virtuosas damas romanas.

—¡Vamos, Musa! Los dos sabemos a cuánto está la virtud de las damas que cito. Es una carta privada.

—Que usará en el Senado contra ti.

—Todo lo que hago, e incluso lo que no hago, lo usa contra mí —razonó Marco Antonio—. Permíteme el desahogo al menos.

Musa se inclinó de nuevo sobre el pergamino. Marco Antonio fingió pensar con la mirada perdida tras el ventanal que daba al río.

—Escribe —dictó—: «O todas ellas. O quizá con el noble Mecenas. O con tu guapo general Agripa, que tantas veces te salva las pelotas».

Musa depositó la pluma sobre el pergamino en un gesto tajante.

—Basta, señor. Me parece contraproducente. Mecenas y Agripa son miembros muy poderosos en el entorno de Octavio, señor. Uno controla las finanzas y otro, el ejército. Agripa ha sido promovido a edil por Octavio. Ha construido un acueducto que lleva el nombre de su hija. Si se sienten difamados…

—Los conozco. Perfectamente. Especialmente a Mecenas. Y dudo —sonrió Antonio con malicia— que se sienta difamado por vincularle con Octavio…

—Quiero decir… de esta manera.

—Yo también quiero decir… de esta manera… —rio Antonio—, pero, vale —admitió, ante el gesto categórico de su esclavo—. Eres mi asesor en materia de diplomacia. Te haré caso. Quita esta frase. Vamos a terminar la misiva con algo menos grosero.

—Me parece bien…

Antonio entrecerró los ojos, apoyó la barbilla en sus nudillos y lanzó la pregunta como al aire.

—«¿De verdad importa tanto quién te la ponga dura?».

—¿Quieres saber si…?

—No quiero saber nada. No te estoy pidiendo tu opinión, judío santurrón —rio Marco Antonio divertido—. Te estoy dictando. Se lo pregunto a Octavio: «¿De verdad importa tanto quién te la ponga dura?».

—¿Lo escribo así?

—Tal cual.

Musa suspiró mientras escribía y releía la escueta misiva, antes de rubricarla.

—¿Esperas que responda? —preguntó con incredulidad.

—Lo hará —admitió convencido Antonio—, y mientras lo hace será divertido imaginar su cara cuando reciba esta carta. ¡Quedan tan pocas cosas divertidas ya! Fírmala, lácrala y envíala con un mensajero. Que embarque cuanto antes. A nosotros —sonrió— nos queda mucho por hacer.

Musa le miró intrigado.

—¿Antes de su respuesta?

—Por supuesto. Antes. Tenemos que organizar un divorcio romano, celebrar una boda egipcia y armar toda una escuadra naval —advirtió con el brillo que la confrontación ponía en sus ojos—. Porque de algo estoy seguro, amigo Musa: la respuesta de Octavio no llegará por carta.

IX

Año 20 del reinado de Cleopatra Thea Filopátor
Anno 721 ab Urbe condita (Año 32 a. C.)

—¿Y bien? —preguntó Marco Antonio con cierta arrogancia mientras subía a grandes zancadas la escalinata del Iseum—. ¿Algún vaticinio revelador que deba tener en cuenta para orquestar mi partida?

Selene recordaría siempre ese momento, en el recogimiento del templo de Isis, porque por primera vez notó un tono quebrado en la voz de su padre y una mirada inusualmente turbia que hasta Antilo procuró evitar. Estaba nervioso. Como hombre de acción que era, había empezado ya a mover sus fichas, a cerrar alianzas, a reunir a sus hombres y a trasladar su cuartel general a las costas de Grecia. Contaba con sus naves y con los barcos de transporte de la flota egipcia. Sus tropas eran mucho más numerosas que las legiones que juntaba Octavio. Y sin embargo, a su alrededor todo el mundo notaba que le faltaba algo. Lo que seguramente le sobraba a Octavio. La confianza.

No había sido así desde el principio. En un primer momento, tras la fastuosa boda celebrada según el rito isíaco, Cleopatra y Antonio parecían exultantes, plenos, con un entusiasmo construido a prueba de obstáculos. Planeaban la contienda con la serenidad de un general experimentado y la excitación de un soldado novato. Se burlaban de las oportunas enfermedades que se le solían declarar a Octavio antes de cada enfrentamiento y de la feroz lealtad de Agripa, a quien a menudo denominaban la «concubina» de César. Bromeaban con la posibilidad de dictar sentencia juntos desde el Capitolio, vigilaban las naves que se terminaban de abastecer en el puerto, intercambiaban mensajes con las legiones que apoyarían a la flota en tierra, y mandaban sacas de monedas recién acuñadas, junto a promesas de amistad eterna, a todos cuantos se atrevieran a posicionarse en aquella batalla. Pero el mundo aún recordaba cómo habían caído y surgido reinos durante las luchas fratricidas entre

César y Pompeyo. La mayoría de los dirigentes prefería no precipitarse en la nueva contienda y hacer sus apuestas cuando el juego estuviese ya iniciado. Cuando ya se intuyese al vencedor.

La tibieza de sus presuntos aliados, sin embargo, parecía no perturbarles. Escuchaban las noticias de sus mensajeros, las analizaban en un fugaz instante y luego se miraban cómplices, como si compartieran una información vedada a los demás. Y se reían juntos, sabiendo que juntos serían amos de Roma o no serían nada. La propaganda que Octavio hacía llegar a cada rincón del territorio romano exageraba sus fiestas, sus banquetes, su disfrute helénico, su distanciamiento de la realidad, su vida disipada. «Antonio ha sido seducido por la perversión de Oriente», afirmaban sus poetas a sueldo. Y era cierto. Era cierto que bebían y amaban. Pero también era cierto que frente a la voraz ambición de Octavio no tenían muchas más opciones. Por eso se reían de la muerte en su cara. Por eso retaban a Marte y a Seth a que guiaran su camino. Por eso vivían cada día como si fuera el último…

… porque sabían que podía serlo.

Y entonces, cuando Antonio aún estaba moviendo sus legiones sobre el tablero, calculando estrategias y recibiendo informes, el Senado romano le había declarado enemigo público. Le había retirado lo único que le quedaba, su ciudadanía. Y había declarado una guerra explícita y abierta, pero no contra él, no contra el popular Antonio, no contra el Antonio que respetaba la soldadesca porque había combatido cuerpo a cuerpo junto a ellos; la guerra era contra la ramera que lo mantenía secuestrado. Hechizado. Por eso cuando Octavio lanzó el *pilum* que daba por declarada la contienda, lo hizo, deliberadamente, contra la imagen dorada de la reina que Julio César había mandado construir en su honor, y que aún se exhibía, hermosa y semidesnuda, impúdica y desafiante, en el templo de Venus.

Y entonces, el entusiasmo inicial de Antonio dio paso al estupor. Y este al rencor, a un rencor espeso y denso. Y este a la ira.

Antonio bebió hasta el amanecer cuando recibió la noticia. El Senado le obviaba hasta tal punto que dirigía sus acciones contra Cleopatra. Ya no era triunviro. Ya no era cónsul. Ya no era romano siquiera. Las legiones que le siguieran serían acusadas de rebelión, como años atrás, cuando todos eran más jóvenes y más entusiastas y

habían elegido cruzar el Rubicón junto a César. Ya había cumplido 51 años. ¿Podría con un segundo Rubicón? Sabía manejar el odio de Octavio, pero no la indiferencia de Roma. ¿Qué era él entonces ahora, quién era, qué hacía allí? ¿Había sido un plan cuidadosamente trazado por aquel mequetrefe prepotente o lo había provocado todo él cuando eligió a Cleopatra y a Oriente? ¿De verdad creyó que podía tenerlo todo?, se lamentó en sollozos amargados. Pensó en los hijos que quedaban en Roma como si anticipara que jamás los volvería a ver. Pensó en Julo, el segundo hijo que había tenido con Fulvia. En las dos Antonias, hijas de Octavia. Maldijo a Octavio y se maldijo a sí mismo. Culpó en secreto a Cleopatra y se culpó por culparla a ella. Se negó a recibir a sus oficiales, presumiendo que él solo, con las manos desnudas, podía acabar con Octavio, para luego pedirles disculpas, en público, por su arrogancia.

Estaba acostumbrado a tomar decisiones. Analizadas. Sorpresivas. Rápidas. Muchas, quizá, equivocadas.

Pero era la primera vez que se sentía inseguro.

—Antonio, tus legiones estamos contigo —le aseguró, con el puño en el pecho, Canidio, uno de sus más valiosos generales.

Afirmaba hablar en nombre de todos. Antonio admiró su lealtad, pero no podía engañar a sus hombres.

—Sois libres de elegir vuestro bando antes de que todo empiece —advirtió Antonio pesadamente—; estar conmigo ahora es estar contra Roma.

—Entonces —admitió Canidio, tragando saliva, pero sin pestañear—, estaremos contra Roma…

Cleopatra le observaba a distancia. No podía intervenir. Supo que estaba perdido entre dos mundos y que era él quien tenía que encontrar su camino, al igual que ella tenía que transitar el suyo. Le dejó a solas con sus fantasmas entre Alejandría y Samos y se llevó a Selene al santuario sagrado de Philae para que fuera instruida en los misterios de Isis. Apenas hablaron durante la travesía. Cleopatra permaneció sentada en la borda, bajo el dosel de su litera, con las cortinas de gasa acariciando su piel, mirando como Egipto se deslizaba ante sus ojos, dejándose fluir con el espíritu del Padre Nilo… Fue a bordo de aquel barco cuando Selene supo, con una certeza absoluta, que su madre iba a morir. Iba mirando las cosas

como si se despidiera de ellas.

A la vuelta, Cleopatra propuso presentar una ofrenda familiar en el templo de Isis. Todos juntos. Y escuchar las visiones del sacerdote, porque sabía que necesitaría toda la ayuda a la que pudieran recurrir. Requirió la presencia de Antonio y este se presentó solo, sin sus pretorianos, a pie y armado. Como si fuera un pagano enloquecido que pretendiera profanar el templo.

Irrumpió en la estancia calzado, con el serrín del astillero aún pegado en sus ropas y en su piel, sin proceder al lavado y ritual y hablando en voz tan alta que hasta su hija Selene, la más incondicional de sus incondicionales, sintió desgarrarse aquel silencio místico, como un velo. La niña miró a su madre solo para captar la mirada de reconvención que esta le dirigía. El flameo intermitente de las antorchas disimuló el gesto de fastidio de Cesarión.

—Estoy organizando una guerra. No tengo mucho tiempo que perder. ¿Empezamos? —preguntó Antonio con arrogancia.

Muti suspiró ante aquellos modales broncos, pero lo dejó pasar. Todo el mundo sabía que Marco Antonio respetaba a los dioses como a las autoridades. Solo a algunas y cuando convenía a sus propios intereses. Selene había descubierto ya que, a diferencia de su madre, su padre era un hombre eminentemente terrenal, hecho de la materia de las cosas. Era *dyet* y era *ib*, un cuerpo corruptible y un corazón capaz de expresar y sentir emociones, pero sin una fuerza espiritual capaz de trascenderle. Respetaba sus ritos, al igual que oraba a sus manes y sus lares, como un signo de pertenencia a una comunidad más que por una creencia absoluta en el mundo de los muertos, pero desdeñaba el juicio de una comunidad de dioses que jamás había visto. Quizá porque, en su mente, los equiparaba con una reunión del Senado romano.

—Deberías descalzarte. Y lavarte —le sugirió Cleopatra en voz baja.

Él no se arredró. Se acercó a la pila dispuesta a tal efecto y sumergió su rostro, por entero, como si acabara de terminar un entrenamiento y se acercara a abrevar en la alberca. En un acto de provocación, restregó sus brazos desnudos y se pasó las manos abiertas por los rizos oscuros, dejando que las gotas de agua se deslizaran por su rostro y su torso.

—La diosa sabrá disculparme —se excusó con ojos brillantes y belicosos—, pero voy a apurar los últimos días en que aún pueda ir vestido y calzado con cierta dignidad. Marte sabe que esto no va a ser un paseo triunfal.

Muti le dirigió una mirada larga y acusadora, resignada, como si previera de antemano que la desgracia de Egipto vendría de la mano de aquel romano descreído. Alzó una mano para llamar al orden y comenzar el oficio, y concentró su mirada en la llama sagrada que ardía en el altar.

—Veo una serpiente… —anunció, sin parpadear—. Le he pedido a la diosa una señal de vuestra batalla, y eso es lo que me muestra.

—¿Una serpiente? —Antonio se inclinó, con irreverencia, sobre la llama—. Hubiera sido más útil ver un sol radiante en un mar calmo. O unos vientos favorables.

—También veo suelas resonando sobre la tierra —le interrumpió Muti—. Miles de ellas. Sandalias romanas —añadió despectivo—. Llenas de barro y lodo. Ensuciando los blancos mármoles de Alejandría…

—Ya hay sandalias romanas en Alejandría —se mofó Marco Antonio—. Deberías afinar un poco más, sacerdote.

Cleopatra le mandó callar con la mirada. Muti entrecerró los ojos un instante para volver a fijarlos en la llama, con fijeza.

—La serpiente trata de escapar de las botas —continuó— enterrándose en la arena.

—¿Enterrándose en la arena? —inquirió Cleopatra, inquieta ante el previsible significado de la imagen.

—Sí —admitió Muti, y la miró a los ojos—. Pero una vez oculta, en su guarida de arena caliente, se enrosca sobre sí misma hasta transformarse en un uróboros.

—¿Eso qué es? —interrumpió Antonio, sin el menor protocolo.

—Una serpiente que se muerde la cola —le contestó Cleopatra con reverencia. Sus labios habían palidecido—. Un símbolo antiquísimo que se encuentra en las tumbas de los antiguos faraones —explicó con inquietud—. Se muerde porque trata de devorarse a sí misma.

—¡Vaya! —rio Marco Antonio, nerviosamente—. ¿Esas son las previsiones para mi batalla? ¿Nos devoraremos a nosotros mismos como galos salvajes y hambrientos ante un asedio? Dime algo

tangible, sacerdote. ¿Qué debo pedir? ¿Que embarquen más víveres o que retiren los cuchillos a mis hombres?

Muti le contempló con un gesto recio de dignidad, ante sus burlas. En sus ojos había un poso de desprecio.

—No lo sé, romano —admitió, hurtándole su nombre y su título—. El uróboros también representa un ciclo infinito. Algo sin comienzo ni fin.

—¿Sin comienzo ni fin? —se indignó Antonio ante la vaguedad de sus explicaciones—. Lo único que no tiene ni comienzo ni fin aquí es tu charlatanería.

El sacerdote no se arredró, aunque la cercanía de Antonio a su rostro resultaba intimidante.

—Los dioses solo nos dan señales. Esperan de la sabiduría de los hombres que tengamos la humildad de interpretarlas. Ellos no dan respuestas.

—¿No dan respuestas? —se indignó Marco Antonio.

—No —admitió Muti.

Marco Antonio le miró desafiante. Luego se llevó la mano a la cadera. Selene contuvo el aliento. Temía que sacara un arma. Sería una transgresión enorme. Su padre se limitó a descolgar de su cinturón una bolsa de cuero repleta de pesos fenicios. La sopesó en la mano, la abrió y la vació, morosamente, sobre el suelo del templo. Las monedas de plata tintinearon, alegremente, una tras otra, sobre el mármol, y los iniciados, sacerdotes más jóvenes, tuvieron que reprimir el impulso de saltar sobre ellas.

—Cóbrate tu tiempo, sacerdote —escupió con desprecio—. Si tu diosa no va a darme respuestas, no tiene sentido hacerle preguntas…

Volvió la espalda y se marchó, escalinata abajo, dejando a su familia congelada en un gesto de horror, ante su irreverencia. Sus botas polvorientas resonaron sordas sobre el blanquísimo suelo del templo, dejando la huella de su paso. Igual que en las visiones de Muti.

—Disculpadle. —La reina acarició los rizos de su hijo Ptolomeo, que la miraba impresionado por la ira de su padre y la violencia contenida de la escena—. Está nervioso. Nosotros, al menos, combatimos por nuestro país; él —añadió con tristeza— combate contra el suyo.

En la entrada, incapaz de disimular su enfado, Marco Antonio propinó un fuerte puñetazo las puertas de madera maciza del templo, que chirriaron con el impacto, se movieron sobre sus goznes y terminaron cerrándose tras él, con un golpe seco, poniendo un sombrío punto y final a su imprecación. La pequeña Selene dio un respingo, asustada. Tuvo la sensación de que la propia diosa acababa de cerrarle a su padre las puertas de su casa.

En los siguientes meses, se enviaron mensajeros para advertir a las legiones que operarían desde tierra y la flota romana de Antonio terminó de equiparse en Alejandría, para ir tomando posiciones en el golfo de Ambracia. La plebe se arremolinaba en el puerto para ver zarpar aquel extraordinario contingente compuesto por trescientos barcos y más de 120.000 hombres. En medio de un debate abierto entre los hombres de Antonio sobre la conveniencia de que la reina egipcia se uniera personalmente a la ofensiva, Cleopatra ultimó los preparativos de su propio destacamento. Ningún romano iba a decirle cómo defender su país. Antonio ensalzó su valentía por no rehuir el combate y la validó ante sus consejeros: la reina había empeñado hombres y dinero en la empresa; se jugaba tanto o más que ellos y se uniría a la flota como lo haría cualquier general aliado. Nadie objetó nada más y Antonio se preparó para embarcarse en su nave capitana, cerrando la travesía, rumbo a Grecia. No lo compartió con ninguno de sus oficiales, pero le rondaba un mal presentimiento.

Aquella madrugada, en el puerto, además de estibadores cargando mercancías y remeros ocupando sus puestos; además de los hombres de confianza de Antonio y sus mandos dando las últimas órdenes; aparte del jefe de la guardia gala, al que dejaba la encomienda de proteger el palacio, y de sus legiones, ordenadamente embarcadas, enfundada en un sayón oscuro, como una esclava, de pie, frente a la nave capitana, había una niña de nueve años de edad.

—¿Selene?

—¡Padre!

—¿Has venido sola? —Miró en derredor indignado—. ¡Le cortaré el cuello a quien te haya dejado llegar hasta aquí! Este no es lugar para una niña. Y menos para una princesa.

—Ha venido conmigo —confesó Musa, adelantándose unos

pasos, junto a ella—, a escondidas de su madre. No he tenido el valor de negarme.

Antonio asintió, sin valor, tampoco, para afear la acción a su esclavo. Selene retuvo sus lágrimas para no avergonzar a su padre y fingió que era el relente de la madrugada el que hacía temblar sus labios. Ninguno de los dos encontró las palabras, así que se fundieron en un abrazo apretado y denso. La niña cerró los ojos, y en aquel lenguaje mudo de las pieles, pudo sentir su resolución y su ira. Su desaire y su humillación. Su coraje y su bravura. Como si las emociones de su padre la traspasaran.

Y sintió vértigo. Y un miedo infinito. El de los dos.

Antonio deshizo el abrazo con fiereza. No podía prometer ni victorias ni vueltas que quizá no estuvieran a su alcance. Dio la espalda a su hija y se embarcó en tres zancadas en la nave. Sin mirar atrás. No era hombre de palabras, así que una vez a bordo, desenvainó su *gladius*, alzándolo al cielo, y soltó un alarido de desahogo, de triunfo, de desesperación, al que su tripulación respondió enardecida. En el fervor que le rodeaba, Selene recordó el éxtasis del pueblo alejandrino el día en el que ella le había conocido.

Él gritó hasta quedarse sin respiración, hasta exhalar el miedo y las emociones y hasta tapar el llanto de la niña que quedaba en el puerto, sujeta apenas por los brazos de su preceptor.

—¡Cuídala con tu vida! —gritó al viento.

Su voz ya no llegó al puerto. Antonio se llevó en las retinas la luz pálida de los perfiles de la ciudad de Alejandría; el vuelo de las gaviotas cosiendo el amanecer, las murallas, la torre del faro surgiendo de entre las brumas del delta, como un sueño… Era temprano; tanto que el sol no había salido y solo una luna plena iluminaba la escena con una luz irreal. Hasta el descreído Antonio percibió aquel simbolismo.

Se levaron anclas, se soltaron amarras y, recortada sobre las primeras luces del amanecer, los últimos efectivos de la flota de Marco Antonio se fueron alejando del puerto de Alejandría, haciéndose pequeños, ínfimos, apenas una colección de puntos en la grandeza espejeante del Mare Nostrum.

Selene mantuvo la mirada fija en su nave hasta que ya no pudo distinguirla en el horizonte. Y le dio la impresión de que la

inmensidad del mar se lo tragaba.

Fue la última vez que le vio con vida.

X

Año 21 del reinado de Cleopatra Thea Filopátor
Anno 722 ab Urbe condita (Año 31 a. C.)

Aquel fue el último verano en que Egipto midió el tiempo como lo había hecho siempre. El verano del año 21 desde el ascenso al poder de Cleopatra Thea Filopátor. Para los romanos, a partir de ese momento, sería el de la victoriosa batalla de Actium.

La que derrotó a Egipto.

Hasta el último momento, las noticias de aquel conflicto que se disputaba cerca de Corcira, a muchas millas de Alejandría, llegaban a palacio distantes y atemperadas. A Selene le recordaban al eco lejano de las voces del patio, cuando se sumergía, vestida, en el frescor de la alberca y Charmión, la doncella favorita de su madre, la regañaba desde la superficie. Es cierto que aquel enfrentamiento contra las tropas de Octavio tenía algo de definitivo. De contundente. Se percibía en la tensión que se respiraba en el aire, en el gesto grave y el paso contenido de los adultos y en el aroma a sal y brea caliente que llegaba desde las dársenas del puerto y que ya, para siempre, Selene aprendería a identificar con los malos presagios.

Su madre había partido también hacia el golfo de Ambracia, en busca de las tropas de Octavio que navegaban ya hacia Oriente. El enfrentamiento prometía ser en aguas griegas; tal vez porque ninguna de las dos facciones quería llevarlo hasta las puertas de su propia casa. Selene recordaba perfectamente la historia que les había contado al despedirse de ellos; las palabras que el Gran Alejandro le había dirigido al rey Darío de Persia, trescientos años atrás, cuando este le había propuesto repartirse aquel increíble imperio oriental entre los dos. «En el cielo no pueden brillar dos soles», había contestado Alejandro. Cleopatra era perfectamente consciente de la trascendencia de aquel momento y quería que sus hijos lo entendieran: solo un sol podía brillar en aquella Roma que extendía sus tentáculos por todos los territorios conocidos. Un sol

que caldearía o abrasaría al resto del mundo conocido. Selene esperaba que les caldeara. Y que fuera el que alumbraba a su padre.

En los meses previos a la batalla, las señales no fueron buenas. Pero hacía tanto tiempo que no lo eran ya que tal vez pasaron desapercibidas. Las esclavas aseguraban —y los registros de los sacerdotes avalaban su versión— que el mundo andaba revuelto y turbio desde poco antes del asesinato de Julio César, cuando hasta los augures romanos habían dado noticia de resplandores sorprendentes en un cielo que cada día amanecía extrañamente oscuro. A los niños les gustaba volver a escuchar esa vieja historia en las larguísimas tardes alejandrinas, mientras el sol acariciaba las aguas del Nilo y el palacio se embebía de silencio a la espera de las noticias de la flota.

—Yo no había estado nunca antes en Roma —les narraba Rhea, encantada en su papel de narradora, rodeada por los principitos que la observaban con expectación—. Solo aquella vez, cuando acudí con sus majestades, la reina y su divino hijo para presentarlo a César. El corregente tendría poco más de tres años. Era una criatura y no sé si podrá acordarse, pero yo sí recuerdo perfectamente que cada día era extrañamente frío y oscuro. La gente se quejaba. El sol no salía nunca, hasta el punto de que se perdieron cosechas enteras. Yo estoy segura de que el descontento del pueblo se contagió al Senado. —Cabeceaba con inquietud—. Por eso las cosas acabaron como acabaron…

—¿Pero fue así desde que Julio César murió o eran las señales que avisaban de que iba a pasarle algo horrible? —preguntaba el pequeño Ptolomeo, completamente seducido por la historia.

—¿Y cómo puedo saberlo yo? —se disculpaba Rhea—. Solo los dioses saben de qué querían avisarnos. Pero a partir de ahí, la maldición no se quedó en Roma —murmuró en voz baja—, y fue como si viajara con nosotras, clandestina, a escondidas, hasta Egipto. Ese año, apenas tres meses tras la muerte de César, fue el primero en que el Nilo no creció. ¡El primero del que se tenía noticia! ¡Que la diosa nos ampare! Ese año las aguas no desbordaron la catarata de Syene, como viene ocurriendo cada año en el mes de Pa-en-Enet, y los más ancianos y los sacerdotes supieron en ese mismo momento que ese año no habría inundación…

—¿Y si no hubieran matado a Julio César, la habría habido? —inquiría Ptolomeo.

—Si no hubieran matado a Julio César —advertía Antilo, divertido—, tú no estarías aquí. Quizá tu madre habría seguido con él. Quizá incluso se hubieran casado. Quizá nunca hubiera estado con mi padre…

—O quizá yo sería hijo de César… —rebatía alegremente Ptolomeo.

—Yo esto lo vi con mis propios ojos —reclamaba Rhea, que no estaba dispuesta a perder su cuota de protagonismo—. No creáis que son historias oídas a otras para entreteneros. Esto lo viví yo misma —se jactaba—. E imagino que el regente, el príncipe Cesarión, y el señor Antilo recordarán algo, pues tendrían allá por los tres años y nadie sabía hablar de otra cosa. —Dirigía la mirada al frente y la dejaba vagar por otro tiempo que solo ella veía—. La gente tenía miedo. Una oscuridad opaca, como un castigo, se instaló sobre la tierra confundiéndolo todo. Yo no sé en Roma, pero aquí, los estorninos se escondían a dormir en pleno día con un piar alborotado y el faro permanecía encendido día y noche, alumbrando la bocana del puerto para guiar a los marineros hasta una Alejandría tan gris y polvorienta que parecía hecha de cenizas.

—¿No sería un eclipse? —apuntaba con practicidad Helios.

—Si fue un eclipse —admitía la esclava—, duró mucho tiempo. Mucho. Meses y meses. Los días amanecían sin brillo y el sol salía sin calentar. Tan frío y tan opaco que en el cielo, a veces, se le confundía con la luna.

El sol y la luna. Tan diferentes. Tan iguales. Los mellizos entrecruzaron sus dedos sin disimulo y sonrieron con complicidad.

—El señor Antilo estaba entonces en Roma y quizá recuerde que allí los augures achacaron aquel fenómeno a la muerte de César. En Egipto fuimos más prudentes y decidimos que sería la voluntad de los dioses. —Rhea se encogió de hombros—. Sea como fuere, ese año los nilómetros registraron una ligerísima crecida que no alcanzó siquiera los once codos. La arcilla roja no pobló los campos. El limo no se arrastró hasta las tierras del interior, que siguieron secas y polvorientas. Los cultivos no prosperaron en el delta y ese año no hubo trigo. ¿Y vosotros sabéis qué pasa cuando Egipto no tiene trigo? —inquiría, misteriosa, la esclava.

—¿Qué pasa? —preguntaba Ptolomeo.

—Que Roma pasa hambre… —susurraba la mujer, como si alguien pudiera escucharla. Y se acercaba aún más a ellos—. ¿Y sabéis lo que hacen los animales cuando tienen hambre?

—¿Qué hacen? —inquiría Helios hipnotizado, aunque lo suponía.

Rhea les miraba uno a uno, abría unos ojos desorbitados y acercaba su rostro al de ellos, preparando el momento.

—Se mueven. Atacan. Matan —enumeraba con contundencia—. Para comer, para poder sobrevivir —suavizaba—, pero matan…

—¿Y tú sabías ver esas señales, Rhea? —inquiría Selene con curiosidad.

Necesitaba saberlo. Necesitaba saberlo porque a veces ella notaba sensaciones aleteando en el aire. Hechos que nadie sabía explicar. Un gato que, pese a su agilidad, amanecía ahogado en la fuente del patio; un olor a óxido de hierro arrastrado en el aire; o la más perturbadora, la mañana, hacía una semana ya, en que el puerto había amanecido vacío de gaviotas. Los mercaderes, los estibadores y las esclavas lo habían agradecido. Solo los pescadores que limpiaban las piezas antes de llevarlas a vender las habían echado de menos y habían tenido que ofrecer su parte a los peces. Desde entonces no habían vuelto. Ni un aleteo. Ni un graznido. Ni uno solo de esos ojos amarillos que parecían ver todo. Selene seguía esperándolas porque no podía evitar pensar que si las gaviotas no venían tras los barcos pesqueros…

… era porque estaban ahítas de comida en alguna otra parte.

—¿Que si sabía verlas? —clamaba Rhea orgullosa—. ¡Pues claro que sí! Muy torpe había que ser para no verlas…

—¿Y ahora? —insistía la niña—. ¿Las ves? ¿Qué dicen? ¿Qué dicen las señales?

Rhea se ponía en pie alborotada, tomaba la labor abandonada entre sus ajadas manos y se sacudía a los principitos de encima como si fueran moscones arrimándose a las bandejas en la cocina.

—Ay, quita de ahí —decía sin ningún protocolo—. ¡Con la de cosas que tengo que hacer! Vaya pregunta. ¿Qué sé yo de futuros? A mí preguntadme cosas de ayer, del pasado. Pero ¿el futuro? —repetía con nerviosismo—. El futuro no lo tienen decidido ni los dioses.

Actium estaba lejos de Alejandría. Demasiado. En el fastuoso palacio de los Ptolomeos solo quedaba un puñado de niños, rodeados de sus sirvientes, su guardia y sus tutores. Las noticias tardaban en llegar y eran tan confusas que Selene tenía claro que hasta que las velas púrpura de la nave de su madre no se divisaran desde el faro, no sabrían realmente el resultado de aquella batalla. Mientras tanto, no merecía la pena preocuparse por algo en lo que ninguno de ellos podía influir.

Los días transcurrían iguales. Repasaba sus lecciones, completaba las ofrendas a sus dioses, rezaba con solemnidad por la victoria de sus padres y salía corriendo a jugar, a cantar. O a leer. ¿Qué otra cosa podía hacer? Aquel enfrentamiento naval tenía lugar muy lejos de la soleada escalinata de palacio; muy lejos de los patios de mármol orillados de palmeras, muy lejos del rumor hirviente del Nilo, de las embarcaciones de papiro y de los sosegados cánticos de Muti. Además —y trataba de convencerse de ello—, su padre había librado múltiples batallas antes, y de todas ellas había salido si no victorioso, al menos indemne. Si su madre era una encarnación de la diosa Isis, su padre lo era del dios Dionisos, se recordaba a sí misma. Y tenía que recordar preguntárselo a sus tutores, pero a falta de confirmación, tenía bastante claro que las deidades no pueden morir.

Por eso, en los aciagos días del verano, mientras se refugiaban del calor en el pórtico, esperando a que Musa se dignase a interpretarles el último parte de guerra, pese a que los vaticinios no fueran los mejores, Selene se regocijaba por anticipado con la previsible derrota de la flota de Octavio, aquel hombre sin rostro que se deslizaba escurridizo, como un reptil, por los resquicios de sus pesadillas. Helios y Ptolomeo se dejaban arrastrar por su optimismo, como Antilo. Solo Cesarión, formado ya en historia y en estrategia militar, se atrevía a dudarlo. Por supuesto, él también anhelaba esa victoria, pero sabía que, como estratega, Marco Antonio no era infalible. No era —le gustaba recordarles a sus hermanos— Julio César.

—¡Claro que ha perdido batallas! Tuvo que huir de Mutina cuando cercaba a Bruto… —recordaba—. Quería una gran campaña contra los partos y se tuvo que conformar con una escaramuza en Armenia…

—Pero siempre ha vuelto —le interrumpía Selene con un destello de furia en los ojos—. Es un guerrero. Es hábil y poderoso. Puede que pierda, pero jamás se dejaría atrapar en una batalla.

—Es un soldado nato, cierto —concedió Cesarión, como rebajando su prestigio—. Y un embaucador. Cuando ve que las cosas pueden torcerse, maniobra. Propone treguas. Firma alianzas con los reyes enemigos. Por eso sale con bien de las contiendas. ¡Pregúntale a Helios y a Antilo cuántos compromisos arrastran a la espalda!

Helios resopló a sus espaldas. Practicaba, con exquisito cuidado, con un cálamo sobre un papiro nuevo y crujiente, la caligrafía jeroglífica de los antiguos bajo la atenta mirada de Put, el jefe de escribas de palacio. Pese a que en la corte alejandrina la lengua oficial era el griego, Cleopatra se había empeñado en aprender la lengua que permanecía escrita en tumbas, manuscritos y obeliscos. Fue el primer faraón de la dinastía lágida, advertían con respeto los sacerdotes, que se había dignado a hacerlo y quizá eso le había hecho ganarse la simpatía de un pueblo cansado de reyes volátiles que jugaban a matarse entre sí. Helios y Selene amaban el arte de la escritura egipcia. Era una manera de comunicarse secretamente, intercambiándose mensajes clandestinos emborronados en tablillas de arcilla, en una lengua que ya tan solo podían leer los sacerdotes y los dioses. A sus diez años, el niño continuaba prometido con la princesa Iotape, la hija del rey Artavasdes de Media. A la espera de que llegara la edad de contraer matrimonio, Iotape vivía con ellos, compartía sus estancias y comía en su mesa. Jugaba a ser la damita de Helios. Al niño parecía agradarle su entrega de cachorro abandonado, pero su hermana, habitualmente compasiva, no sabía explicarse por qué la presencia de la princesita armenia le molestaba tanto.

—¿Cuántas novias tenéis ya los hijos de Antonio, Helios? —bromeaba Cesarión—. Si tu padre sigue buscándote una en cada frente que abre, vas a ser incapaz de contentarlas a todas.

Cesarión hacía bromas procaces que a veces a sus hermanos pequeños les costaba entender. Había empezado ya su entrenamiento militar. Pese a que era de rasgos dulces y de natural generoso, desde que alternaba con la milicia, le encantaba teñirse de esos modos violentos de que hacían gala los soldados.

—Por lo menos a nosotros nos promete con mujeres —le recordó Antilo, divertido—. No sabemos qué planes tiene para ti.

Cesarión se envaraba ante la insinuación de Antilo. Sabía perfectamente que era atractivo del modo en que le gustaba a algunos hombres, porque los eunucos griegos que se desvivían por atenderle desde niño glosaban la curva de sus labios y la largura de sus pestañas. Sabía que Marco Antonio y su hijo se burlaban de su aspecto de efebo y no lo soportaba.

—Háblame con un poco de respeto —se enervaba—. Soy el regente de Egipto —afirmaba con dignidad herida—. Tu padre no es nada mío. Absolutamente nada. ¿Me oyes? Un comandante aliado como mucho. Ninguna chusma romana tiene que hacer ningún plan en mi nombre.

—¿Chusma romana? —Antilo enarcaba una ceja fingiendo sorpresa—. ¿Has olvidado quién era tu padre?

—¡No! ¡Y tú tampoco deberías olvidarlo! —advertía Cesarión—. Julio César ha sido el mayor general de todos los tiempos. Como Alejandro. Como Aníbal. No puede decirse lo mismo de vuestro padre, que es incapaz de acabar nada de lo que empieza.

—¡Vaya! ¿Eso piensas? —le rebatía Antilo, mordisqueando una manzana—. Porque no me da la impresión de que tu madre tenga ninguna queja al respecto.

Todos reían, incluidos ellos mismos. Quizá porque estaban acostumbrados a que Antilo y Cesarión hicieran de la confrontación su manera de relacionarse. Ambos se medían constantemente. Se embarcaban en peleas tabernarias, se revolcaban por el suelo, se rasgaban las vestiduras, y cuando los esclavos corrían a separarlos, emergían de la lucha con el pelo lleno de aquella arena leve del desierto que se posaba sin sentir sobre las cosas. Lucían un labio partido o un ojo morado con el orgullo de quien se ha graduado en una lucha. Selene les observaba con admiración secreta y con la pena de no ser un muchacho para batirse con ellos y abrazarles riendo después. ¡Eran tan jóvenes, tan entregados y tan decididos! Los dos la amaban con una adoración ciega que la niña correspondía. Le encantaba verles juntos, peleando, debatiendo, riendo, tan distintos, tan sabios, disfrutando ante una partida de *senet* como en un duelo propio e íntimo. Durante un tiempo le divirtió pensar que las partidas a las que sus hermanos dedicaban

concentración y tiempo eran un simbólico enfrentamiento entre Oriente y Occidente. Tardaría poco en darse cuenta de que en realidad no competían entre ellos; en el *senet*, tan conectado con el Libro de los Muertos, cada uno luchaba por su propia vida.

En la mente de Selene se quedaría para siempre congelada aquella tarde. Antes de que la nave capitana arribase a puerto; antes de que se conociera la derrota de la escuadra egipcia en Actium; antes de que su padre se recluyera en la isla de Faros, triste, frío y desmadejado, como si ya hubiera muerto; antes de que su madre se encerrara viva en su propia tumba; antes de que las sucias sandalias de Octavio hollaran, efectivamente, los mármoles de palacio, como había predicho Muti.

Quizá fuese la última tarde de su infancia.

Entrecerró los ojos para protegerse de la luminosidad del sol y como para grabarse a fuego en la mente los perfiles de sus hermanos. La ternura que le despertaba el pequeño Ptolomeo; la complicidad compartida con su mellizo, Helios; la sabiduría que exhalaba Cesarión; la fuerza y la generosidad de Antilo… Y supo en ese momento, con un convencimiento secreto y absoluto, que habría caminado descalza sobre brasas encendidas por cualquiera de ellos. Como sabía que cualquiera de sus hermanos habría sido capaz de matar por ella.

Si alguien se hubiese molestado en darles esa oportunidad.

XI

Año 22 del reinado de Cleopatra Thea Filopátor
Anno 723 ab Urbe condita (Año 30 a. C.)

—¿Hay que dejarla pasar?

Selene observó con toda la dignidad de que era capaz al trío de oficiales romanos, armados hasta los dientes, que hacían guardia frente a la puerta de la cámara de su madre, cuestionándose si debían o no facilitarle el acceso. Era de noche, y en el palacio tomado, no se oía ni un ruido. Habían tardado un año en personarse en Alejandría, tras su victoria en Actium, pero ahora se movían por la ciudad como si la hubiesen habitado desde siempre. Como si les perteneciera.

Parpadeó para ahuyentar las lágrimas y los recuerdos. Todo un año esperando el momento; rezando por que hubiera otra escapatoria. Valorando o rechazando una negociación. Oficiales y libertos les abandonaban día tras día. El propio Antonio había liberado a sus esclavos con cartas de recomendación para Grecia antes de decidirse a morir. Había sobrevivido a Actium para enfrentarse una vez más al juicio y a la vergüenza. Había abandonado la batalla en pos del barco de Cleopatra cuando esta emprendió la retirada aprovechando una brecha en la formación romana, pero nadie más había podido escapar. Los que no habían caído se habían pasado a Octavio casi en ese mismo momento. Su padre, le había contado Musa, casi se había alegrado. Cada desertor era un fantasma menos que le hostigaría en el inframundo.

Y ahora estaban allí. Los otros romanos. Los de Octavio. Custodiando la cámara de su madre. Clavándole los ojos sobre la camisa como si no llevase ropa.

—Sí, hay que dejarla pasar —respondió uno de ellos mirándola de modo intimidatorio—. Es su hija. Creo que es una de las condiciones de esa ramera, ahora que, por fin, se ha rendido y ha salido de la tumba donde se había encerrado…

Sintió su mirada escrutadora como unas manos sucias que la

examinaran bajo la ropa. Respiraba con agitación. Se acordó de bajar la cabeza, de modo sumiso. Iba vestida de modo sencillo, con una simple túnica de lino, para no hacer ostentación de estatus ni riquezas. El objetivo era que nadie se cuestionase nada. Pero, pese a su pretendida humildad y a su edad, su porte y su majestad no pasaban desapercibidos.

—¿Y Agripa lo permite? ¿A estas horas? —inquirió el primero.

Su compañero se encogió de hombros.

—Mientras entre sola…

Selene miró a de reojo a su espalda y le hizo una leve señal a Calíope. La esclava le cedió la bandeja que portaba, retrocedió unos pasos e inclinó la cabeza en señal de sumisión. La niña alzó de nuevo la barbilla frente a los soldados romanos, como conminándoles a franquearle de una vez el paso.

—¿No sabe hablar? —bromeó uno de ellos.

—No quiere. No, contigo —advirtió su compañero con desprecio —. Los hijos de los reyes no se hablan con sucios soldados como nosotros. Imagínate —sonrió con intención— si tuviéramos que tocarla…

—Bueno, quizá haya que registrarla —propuso el primero con sonrisa lobuna—. No sabemos si lleva algún arma con la que su madre pueda hacerse daño.

Se situó detrás de la princesa con un gesto procaz y colocó sus manos en la cadera de la niña, deslizando la túnica de lino hacia arriba, primero por sus tobillos y luego por sus rodillas, hasta llegar a sus muslos. Selene cerró los ojos, sin soltar la bandeja. Los frasquitos de vidrio tintinearon con el leve temblor de sus manos.

—Una chica obediente —susurró el soldado en su oído, obscenamente pegado a ella—. Sin gritar, ni moverse, ni romper nada…

—Longinos, déjala —protestó uno de sus compañeros—. Agripa nos cortará las pelotas a los tres si le pones las manos encima…

—Y es una cría —advirtió el que le había incitado—. Guárdate algo para cuando nos dejen libre acceso a las esclavas de palacio.

—Quedaos vosotros con las esclavas. A mí me gustan más las princesas… —musitó lascivamente su compañero, mientras se apartaba de ella de mala gana. Ya veis. He nacido en la Subura, pero tengo los gustos de un césar. O de un triunviro…

Los tres rieron de buena gana. El soldado recuperó su lugar ante la puerta no sin antes permitirse darle a la niña una palmada en las nalgas que hizo tambalearse el contenido de la bandeja.

—Somos los nuevos dueños de Alejandría. Tus dueños —le recordó, hiriente, pegando su rostro al de ella—. Trágate tu dignidad porque ahora eres igual que nosotros, princesita… No —se corrigió—. Menos que nosotros…

—¡Déjala, anda! —inquirió el soldado que había mencionado a Agripa. Tenía la piel de un color mate, ligeramente más oscura que sus compañeros. Selene creyó detectar algo familiar en su voz y se preguntó si sería egipcio, si formaría parte de alguna operación para rescatarles, si podría contar con su ayuda… Él señaló repentinamente el objeto que ella llevaba en sus manos—. ¿Qué es lo que llevas ahí?

La atención de los tres se centró por primera vez en la bandeja de plata. La niña tragó saliva y parpadeó para ocultar las lágrimas de asco, de impotencia y de rabia. Tuvo que luchar con el instinto natural de estrellarla sobre los rostros que se inclinaban sobre ella. ¡Lástima! ¡Habría sido tan placentero verlos retorcerse, gritando de dolor, con los vidrios clavados en los ojos! En lugar de ello, señaló con la barbilla, uno a uno, los frascos de colores que se alzaban en la bandeja.

—Esto son kohl y mirra de la Arabia nabatea —enumeró con un tono ronco y sumiso—. Esto —prosiguió— es aceite de rosa de Damasco. Y esto —señaló un tarro de color blanquecino—, los polvos de arroz que llegan a Judea de las tierras al oriente de los partos.

El contenido citado relucía en los diminutos frasquitos coloreados de exquisito vidrio de Tiro. Sus reflejos azul, rojo y ámbar destilaban un brillo hipnótico sobre la bandeja de plata.

—¿Y tu madre necesita estas exquisiteces ahora?

—La reina —recalcó la niña con mirada pretendidamente inocente— desea estar lo más bella posible para entrevistarse con el gran Octavio…

Los tres hombres estallaron en risas divertidas y desordenadas.

—¡Compañeros! ¡Somos partícipes de un momento histórico! —gritó el primero realizando un gesto inequívoco con el puño cerrado frente a la boca—. ¡En nuestro turno Cleopatra se «entrevistará» con

César!

—¡Esa mujer tiene un apetito fuera de lo normal!

—¡Y con el cadáver de Antonio aún caliente! —clamó su compañero.

—¡Y mandando a su hija de *ornatrix*! —rio de buena gana el tercero.

Selene apretó las mandíbulas y se mordió las mejillas para no gritar. Para no sentir. Para no escuchar. Hubiera deseado no saber latín para no entender sus insinuaciones, sus gestos burdos, sus sucias lenguas burlándose del sagrado nombre de sus padres. Hubiera deseado ser sorda para oírlos desde lejos, como se oía fluir la inundación. Hubiera preferido ser ciega para no enfrentar sus miradas lascivas de vencedores sedientos de botín. Agradeció que Musa no le hubiera permitido llevar ni siquiera el pequeño estilete de oro que escondía su cinturón ni su alfiler de pelo. Quizá, si no hubiera sido así, su misión habría acabado en ese mismo pasillo.

—¡Venga, dejad pasar a la criatura! —clamó el que parecía más compasivo.

—Por Venus —advirtió uno de sus compañeros removiendo los frascos de la bandeja—, con todos estos brillos y estos polvos no me extraña que se los lleve puestos, a uno detrás de otro…

—¿Imagináis que Octavio cae también bajo sus hechizos? —aventuró el tercero, tomando en su mano el minúsculo frasco de aceite—. Quizá deberíamos destruir sus maléficas armas, ahora que estamos a tiempo.

—¡Ya nos gustaría a nosotros ver a César perdiendo los papeles! Por alguien o por algo. ¡Quizá así entendiera un poco los apetitos de la tropa!

—En cualquier caso —advirtió el más alto de los tres—, la egipcia debe de estar ya añosa. Dudo que siga teniendo el culo que encandiló a Julio César.

—No parece que Antonio tuviera queja… Si no, no estaríamos aquí —rio el otro.

—Antonio, como el perro que era —advirtió el llamado Longinos—, siempre se conformó con las sobras de la mesa del amo…

Rieron de buena gana. El más transgresor tomó en sus manos el frasquito de aceite de rosa de damasco y lo alzó por encima de uno de sus compañeros.

—Espera, deja que te eche un poquito de este ungüento afrodisíaco… —bromeó, con voz aflautada—. A ver si así me miras…

—¡Déjame en paz! —respondió el aludido, apartándose entre risas.

Hazlo, pensó hierática Selene. Atrévete y hazlo. O, en el nombre de la diosa, espera un poco, monta un poco más de revuelo, espera a que llegue Octavio para llamaros al orden y échaselo a él. Restriégaselo. A ver qué pasa… Sus ojos dorados parecían abstraídos en el regocijo de los soldados, pero su mente estaba mucho más más allá, imaginando todos los movimientos posibles, como en una partida de *senet*. Previendo todos los resultados mientras sus labios los murmuraban en voz baja para conjurarlos en lo que a ojos de cualquier profano hubiera parecido una oración.

—Venga, compañeros. Un poco de urbanidad —indicó el que parecía más amable—. ¿Somos salvajes como los galos o somos el civilizado ejército que da ejemplo al mundo?

—Bah, pues depende del día, tampoco te creas… Yo hoy me siento más galo. Creo que esta ciudad tiene muchos placeres que ofrecer…

—¡Venga! ¡Devolved eso!

El primer soldado arrebató a su compañero el pomo de vidrio y lo dejó de nuevo en la bandeja con tal violencia que estuvo a punto de hacer saltar su contenido enteramente por los aires. Nadie reparó en la expresión de terror que la escena puso en los ojos de Selene. ¿Quién iba a esperar otra cosa que miedo en la mirada de la hija de los perdedores?

—¡Adelante, princesa! —le franqueó el paso, obsequioso—. No queremos interferir en los… planes nocturnos de tu madre…

—Ni en los de César —apoyó el otro.

—Gracias… —musitó ella, sin mirarlos.

Los dejó tras de sí, riéndose entre ellos. Y siguió escuchándolos, dándose codazos y profiriendo bravatas incluso cuando la puerta se hubo cerrado ya. Y los odió. Los odió con un odio sincero, tan denso que no dejaba espacio para ninguna otra emoción, pero se obligó a contenerse, tomó aire y se adentró, valientemente, en la cámara de su madre.

La luz de los velones aportaba un ambiente cálido y el estucado

de las paredes teñía la habitación de un tono anaranjado, como de atardecer. Olía a sándalo, el aroma de los embalsamamientos, recordó con un leve escalofrío. Recostada en su diván favorito, con los ojos cerrados, también su madre estaba sola. O casi. Sin sus escoltas nubios, sin su guardia gala, sin la reflexiva compañía de Muti ni la absoluta fidelidad de Glígor; sin Antonio ni Cesarión parecía más pequeña, más desnuda, más sola que nunca. Solo sus doncellas de confianza, Iras y Charmión, permanecían sentadas a su lado, maquillando sus ojos y trenzando su cabello lentamente, sin prisa, con perlas e hilos de oro, como si la vistieran para acudir a una importante audiencia.

—No han querido dejarme —murmuró Cleopatra con un suspiro y un encogimiento de hombros. La sombra oscura resaltaba el fulgor dorado de sus ojos—. Les he pedido que se pongan a las órdenes del vencedor, pero han querido quedarse conmigo…

—Quizá para ellas seas la vencedora —susurró Selene.

Cleopatra sonrió ante el comentario de su hija.

—¿Pese a todo?

—Pese a todo.

Iras tomó la frágil bandeja de plata de sus manos, la depositó sobre el tocador y dejó que la niña avanzara sin ningún protocolo hasta abrazarse al cuerpo de su madre. Cleopatra acarició su pelo oscuro con cariño y deleite. Selene ocultó el rostro en el aroma a jazmines de su seno y alzó los ojos para contemplarla, para leer el tumultuoso futuro en los suyos. Le sorprendió lo bellísima que estaba aún, el carisma que exhalaba, pese a la derrota, pese al luto, pese al dolor infinito…

—Gracias por… —murmuró su madre en su pelo—… por venir…

La niña asintió brevemente. Las palabras y el llanto se le habían enredado en la garganta y se sentía incapaz de emitir una sola palabra. Las princesas no podían mostrar emociones. Y la debilidad era la peor de ellas.

—Hemos perdido —murmuró finalmente en un sollozo de aceptación.

—No. Han ganado ellos —puntualizó su madre—. Pero no es lo mismo. Nosotros no perderemos mientras no lo sintamos así. Mientras no hayamos desaparecido, uno tras otro. Tú, vosotros, sois

ahora los representantes de una dinastía heroica; los herederos de Alejandro. Solo las dinastías perduran… Las personas pasamos. Incluso los reyes…

—¿Incluso los dioses?

Cleopatra sonrió tristemente.

—Eres muy joven para saberlo, porque es una verdad amarga, pero sí. Incluso los dioses.

—Creí que eran inmortales…

—Y lo son, pero en otra dimensión acorde a su medida…

Selene asintió. Sabía perfectamente qué era la muerte, frontera entre dos mundos. Sabía cuál era el camino que debían transitar las almas. Sabía cómo sería el juicio de Osiris y los actos que pesarían en él. No quería que su madre pensara que no había aprovechado las lecciones recibidas en Philae. Sabía perfectamente cuál era el papel de los que quedaban y cuáles sus responsabilidades.

¡Pero era tan duro…!

—¿Le verás? —preguntó con un matiz de rencor—. ¿A Octavio?

—Me verá —puntualizó ella, retocando sus largas pestañas ante el espejo—. Cuando esté preparada para recibirle. Seré yo quien decida el momento. —Pareció perderse en la nostalgia de sus pensamientos y sonrió levemente—. Soy yo quien les sorprende, por muy poderosos que se crean. Lo he hecho así siempre.

Iras disponía todos los enseres, uno a uno en la mesa, con cuidado exquisito, mientras Charmión alternaba los dijes en cada una de las trenzas del tocado de su señora. De perfil, semirrecostada en su diván, su madre parecía una de las imágenes hieráticas y ambiguas que adornaban las paredes de los templos.

—Oirás cosas, Selene —le advirtió en un suspiro, tomando su cara entre sus manos—. Muchísimas. Sobre mí y sobre tu padre —se estremeció—. Que lo seduje, que lo engañé, que negocié su muerte… Todas serán mentira. Octavio mandará cantarlas para su mayor gloria y la gente las repetirá para perpetuarlas. Pero no contarán la verdad…

—¿Y cómo…? —Selene trató de retener las lágrimas que se le escapaban—… ¿cómo distinguiré la verdad?

—Lo harás. —Acarició su rostro—. Porque eres sabia. Porque la has vivido. Porque nos has amado…

Hubiera querido decirle que le dejara ver a su padre, que le

permitieran entrar en el mausoleo cerrado donde su madre había pasado los últimos días, desde su muerte, hacía ya más de diez jornadas, preparándole para el último viaje. Donde había lavado sus heridas y había desenredado su cabello; donde le había vestido con ropas helenas para su último viaje, donde le había acariciado por última vez y donde había inhalado su último aliento para que viviera en ella hasta el fin de los días.

—Al final —Selene miró a su madre, con una sonrisa triste y póstuma—, se queda con nosotros; en Alejandría.

—Pese al Senado. Pese a Octavia. Pese a la mismísima Roma —admitió Cleopatra con orgullo—. No nos lo van a arrebatar. Se queda aquí. Como Alejandro…

Cerró los ojos con aire cansado y soñador, agotada, pero victoriosa en esa última batalla. A Selene todavía le resultaba sorprendente que el vengativo Octavio hubiera permitido la gracia que Antonio había suplicado en su testamento, el mismo que había usado para atacarle ante el Senado. O que Agripa le hubiera cortado la lengua a uno de los hombres de sus filas que se había atrevido a entonar una explícita broma sobre lo que la reina egipcia estaría haciendo, encerrada día y noche, con el cuerpo del general romano. Hubiera querido verle una última vez, pero no lo pidió. En el fondo, no quería empañar la imagen que tenía de él; valiente, decidido, al frente de sus hombres, rumbo a una última guerra que en el fondo sabía que no podía ganar.

—Cuida de tus hermanos… —le rogó su madre, con la voz quebrada—. Eres la única que puede conservar vuestra unión. Tienes la sensibilidad y la clarividencia que te corresponden como hija de Isis, pero también la fortaleza y la pasión de tu padre. Prométélo.

—No puedo prometerlo —se sinceró ella, sobrepasada por la magnitud de la tarea.

Imaginó que se refería solo a Ptolomeo y a Helios, aunque tenía su misma edad. Sabía que Antilo y Cesarión habían partido junto a sus tutores y a sus guardias de confianza rumbo a diferentes destinos, cuyo secreto se guardaba con celo. Durante los últimos meses, en el asedio en Alejandría que había seguido a la batalla de Actium, mientras todo se desmoronaba, se sucedían las deserciones y sus padres analizaban, cada uno por su lado las distintas opciones

para sobrevivir, ambos jóvenes se habían enrolado en el ejército para defender su ciudad. Antilo, en las legiones que Roma consideraba ya rebeldes; Cesarión, en la guardia macedonia. Selene supo que necesitaban sentir que hacían algo más que languidecer en palacio a la espera de noticias, por lo que nadie había tratado de impedirlo, a pesar de que todos eran conscientes de que aquella era la excusa que Octavio necesitaba para tratarles como soldados enemigos y no como a los hijos de un dirigente vencido. Y para acabar con Antilo. Para acabar con Cesarión hacía mucho tiempo que no necesitaba ninguna.

—Es hora de daros el relevo. —Cleopatra trató de sonreír como si hubiera leído sus pensamientos y quizá quiso despedirse transmitiéndole una chispa de esperanza—. Octavio necesita sentir que él ha ganado, pero Cesarión volverá. Con ayuda. En cuanto el grueso del ejército romano se retire; en cuanto crean que han acabado con nosotros, él vendrá para reclamar su trono.

¿Y quién le verá? Se preguntó Selene. No lo vería ya su padre, que se había enfrentado a Roma por darle el sitio que le pertenecía. Ni su madre que, ella estaba segura, se entregaba a Octavio para desviar su atención. Quizá ni siquiera Antilo, que se había despedido de él, desde su montura, con un abrazo apretado de hermano y lágrimas embalsadas en los ojos oscuros. Los labios le temblaron. El tiempo se acababa para todos. Y ella no podía permitirse llorar porque ya no era una niña; ahora tenía que ser una princesa.

Se despidieron. Compartieron las últimas palabras y Cleopatra le entregó a su hija una carta cerrada y lacrada con su anillo. Era para Octavio. Debía entregarla a los soldados de guardia para que se la hicieran llegar personalmente aprovechando el cambio de guardia, la segunda vigilia.

—Recuérdalo; no, antes.

—¿Por qué no?

—Porque vendrá en cuanto la reciba —sonrió levemente—. Y si llega muy pronto, no estaré… preparada.

Selene no hizo más preguntas. Tampoco quiso saber quién iba a oficiar los ritos fúnebres de su padre; ni preguntó qué pasaría con el tesoro real que Octavio estaba sacando ya en pesadas cajas de madera desde el mausoleo de su madre. Ni qué sucedería con ella ni

con sus hermanos si Cesarión no volvía. No preguntó nada, porque nada le importaba. Había empezado a trazar sus propios planes. Su propia manera de retirarse de la contienda. Como lo había hecho su padre. Como sabía que, antes o después, planeaba hacer su madre.

Antes de salir de sus habitaciones le había pedido a Práxedes que escondiera uno de los diminutos frasquitos que tan cuidadosamente había preparado Musa para su madre.

No había cumplido aún diez años. Era alta, pero muy esbelta. Tan menuda que esperaba que fuera suficiente.

XII

—Celebro que te encuentres recuperada.

La frase podía ser educada, compasiva incluso, pero el acento, el tono helado que la acompañaba ponía en ella algo discordante, como el chirrido de una puerta. Selene no respondió. Mantuvo la mirada fija en los ojos de Octavio. Había algo hipnotizante en aquellos ojos claros, densos y cambiantes, como el Nilo. Si los mirabas mucho, podías ver el barro en su interior.

—No he sido yo el que ha provocado esta situación; ni el que ha traicionado a su patria; ni el que ha abandonado sus responsabilidades y ha provocado una guerra —advirtió en tono justificatorio. Y pese al gesto amable, Selene sintió los reproches, como una melaza pegajosa, extenderse sobre su piel—. Hubiera querido pactar unas condiciones de rendición con la reina, tu madre. O con Antonio, incluso. Son ellos quienes han decidido acabar con sus vidas, princesa Selene, no yo.

Selene entrecerró los ojos. Recordó las palabras de su madre. «Oirás muchas cosas. Todas serán mentira». Ahí estaban. Acababan de empezar. Las mentiras. Claro que había sido él, bajo esa máscara perfecta de compasivo general romano. Sin él, sin su odio afilado y personal, sin su insistencia, sin sus generales, sus naves y sus consignas, sin sus ejércitos entrando en Alejandría tomada, sus padres seguirían vivos. Le miró tratando de trasladarle su rencor y su odio, y él le respondió con una sonrisa tibia que le provocó un escalofrío. Le sorprendió su aspecto. Rondaría los treinta años. Tan joven, tan atractivo, tan educado, tan perfectamente afeitado… Le flanqueaban sus hombres de confianza, entre los que ocupaba un puesto de honor el leal Agripa. Selene los miraba a todos, tratando de comprender. ¿Cómo aquellos hombres, que vestían como los soldados de su padre, eran sus enemigos? El Octavio que poblaba sus pesadillas de niña, el que humillaba a su padre, el que insultaba a su madre, el que amenazaba la vida de su hermano Cesarión era un monstruo oscuro, peludo, enorme, inmisericorde… No era aquel joven delgado y menudo, de cabellos claros, voz modulada y piel levemente bronceada. No. Aquel Octavio no tenía espaldas de

guerrero, ni manos curtidas de empuñar la espada, ni un rostro desfigurado por el odio, ni una sonrisa salvaje.

Solo tenía esos ojos. Unos ojos que parecían poder deslizarse en su interior.

—Supongo que, dada la ausencia de tus padres, debería dirigirme a ti como interlocutora.

—¿Por qué? Mi hermano Cesarión es el rey de Egipto ahora —se atrevió a proclamar con cierta majestad.

—Tu hermano Cesarión no está… disponible —constató con frialdad Octavio.

—Mi hermano Helios tiene mi misma edad.

—Cierto. Pero no fue la última persona a quien la reina quiso ver. ¿No es verdad? —Octavio afiló su mirada y se inclinó hacia ella. Selene no se movió. Era él, el usurpador, quien se sentaba en el trono de su madre, y ella, su legítima heredera, quien permanecía en pie en la escalinata—. Tú fuiste la última persona que Cleopatra vio con vida. Y yo quiero saber por qué.

Selene cerró los ojos. Recordó cómo esa noche, tras volver a su estancia, había decidido quedarse junto a Calíope, sentada en el suelo alfombrado, junto a la puerta. Recordó los pasos de los soldados, tranquilos, relajados, cruzándose en el cambio de guardia. Y luego, un poco más tarde, una carrera agónica por el corredor, seguida del paso rápido, apresurado, de una partida de legionarios. Y después, inmediatamente después, los gritos, las órdenes, los insultos, las amenazas y las maldiciones. Calíope había aferrado su mano y ella había cerrado los ojos. Fue así como supo que su madre había muerto.

Y también cómo sonaba la voz de Octavio.

—La paciencia no es una de mis virtudes, princesa… —insistió Octavio—. Estoy preguntando por qué la reina pidió verte a ti precisamente…

—Porque soy su hija —musitó ella, tragándose el nudo instalado en su garganta.

—¿Cómo lo hizo? —Selene vio como sus puños se crispaban—. Estaba vigilada. Mis hombres tenían órdenes de no dejar pasar nada. ¡Experimentados legionarios romanos y les engatusa una niña con una bandeja de cosméticos! ¿Cómo, en el nombre de los dioses, lo hizo? ¿Qué había en esos frascos? ¿Y quién los preparó?

—Eran suyos —aseguró Selene—. Los preparaba ella siempre. Le gustaba mezclar sustancias. Escribía sobre ello, incluso. Yo solo fui a buscar los ungüentarios que ella me pidió.

Octavio asintió en silencio, sin dejar de mirarla.

—Encontramos una cobra, a su lado, en la cama —reseñó—, pero pese a lo que unos imbéciles supersticiosos piensen, no pudo ser ella. Una maldita cobra no tiene veneno suficiente para matar a tres mujeres adultas. Y su veneno, algunos de mis hombres lo saben, agarrota los miembros y crispa los rostros —pareció ensañarse con la descripción—. La gente muere retorciéndose, tratando de respirar, de resistir los dolores… no apaciblemente dormida, con cada pliegue del vestido en su sitio… Sospecho —escupió— que esa maldita serpiente me estaba destinada a mí…

—La serpiente es el símbolo del Nilo —advirtió Selene fríamente, sin admitir ni negar nada—. Fluye y se desliza, como él. Es el símbolo del poder y la majestad. El símbolo de los faraones. El símbolo de Egipto.

—Me alegro de saberlo —escupió Octavio, con un brillo de victoria en los ojos—, porque yo mismo le corté la maldita cabeza con mi *gladius*. Su sangre salpicó el vestido perfecto de la reina.

Selene tragó saliva. Permaneció en silencio. La imagen era tan vívida que se instaló en su mente y tuvo que parpadear para ahuyentarla. Octavio se puso en pie, pensativo.

—Hubiera querido llevar a tu madre encadenada a Roma, como demostración de mi victoria —masculló él, con saña—. Hacerla desfilar detrás de mi carro, como se hace con los vencidos. Encerrarla en el Tullianum a esperar su muerte, como mi padre, el divino César, hizo con el líder galo Vercingétorix, pero —Octavio exhaló un suspiro y alzó las manos en un gesto de impotencia— ella me ha robado ese último triunfo.

Selene sonrió. Y entendió cómo su madre había podido sonreír a su vez, pese al luto. Y al dolor. Y a la tristeza.

—Hubiera querido llevar a tu padre a Roma —continuó Octavio; y se corrigió ante la mirada incrédula de Agripa—. Eso habría sido algo más arriesgado; lo sé, pero me habría gustado. Pasearle frente al Senado, maniatado y privado de su toga, para que el pueblo le maldijera. Para que mi hermana y sus hijos romanos le escupieran. Y al final de su paseo, conminarle a saltar desde la roca Tarpeya,

como se hace con los traidores…

Selene se mordió la lengua. El dolor físico y el sabor a óxido de la sangre replegaron un poco ese otro dolor, emocional y agudo, que Octavio pretendía infligirle.

—Tampoco podrás hacerlo ya… —se atrevió a manifestar triunfante.

—No —reconoció Octavio—. Por eso —admitió en un suspiro—. Tendré que hacerlo contigo. Arrastrarte por las calles de Roma. Junto a tus hermanos. Con tu querido Helios. Con tu pequeño Ptolomeo. ¿Cuántos años tiene? ¿Cinco? ¿Seis? ¿Crees que aguantará atado y a pie, descalzo, el paso de mi cuadriga?

Selene trató de abalanzarse sobre él. Pese al escaso peligro que representaba, dos de los oficiales de Agripa la detuvieron con firmeza, en el acto.

—¡Eres un miserable! —gritó.

—Me han llamado cosas mucho más desagradables, princesa —advirtió él, eludiendo su insulto con un gesto—. Seguirás confinada en tus habitaciones y tu servicio será sustituido por personal de mi confianza hasta que embarquemos. No quiero más sorpresas.

—Nunca iré contigo a Roma. ¿Me oyes? ¡Nunca!

—No me has entendido —advirtió él—. No es una petición. Es la constatación de un hecho. Si no tengo a los líderes de esta estúpida secesión contra Roma, exhibiré a sus pequeños bastardos.

—No lo conseguirás —clamó Selene airada—. Crees que has ganado, pero es una ilusión. Mi hermano volverá con ayuda. Y acabará contigo.

—¿Tu hermano? —preguntó Octavio, aparentemente interesado.

—¡Mi hermano, sí! —subrayó ella, revolviéndose entre los cerrados puños de los oficiales—. ¡Cesarión, el verdadero hijo de César!

Octavio parpadeó ostentosamente, fingiendo extrañeza ante sus palabras, e intercambió una mirada desolada con Agripa, una pregunta muda. Selene interpretó sus gestos como un pequeño un teatro, pero no alcanzó a comprender.

—Oh, vaya —balbuceo Octavio, visiblemente consternado. Lamento que tu pobre intento de suicidio y tu posterior convalecencia te hayan privado de conocer las últimas noticias…

—¿Qué…? —Selene se estremeció, sujeta aún por los poderosos

brazos de los oficiales romanos—. ¿Qué… qué noticias…?

—Cesarión —respondió Octavio, con aflicción—. Sí, salió rumbo al reino kushita en busca de apoyos para recuperar su trono. Junto a su tutor de confianza, parece ser. ¿Cómo se llamaba? ¿Rhodon? Una catástrofe para la dinastía ptolemaica que incluso las mentes más sabias y preclaras sean capaces de cambiar tan fácilmente la lealtad por el dinero.

Octavio empujó con su pie derecho un cesto de mimbre estratégicamente situado junto al trono, hasta volcarlo. Algo salió de su interior y rodó por la escalinata de la sala de audiencias hasta detenerse a los pies de Selene. Nadie tuvo que moverlo. La niña reconoció las ondas de su pelo, la largura de sus pestañas y la curva de sus labios, aquello que tanto glosaban los eunucos griegos. El rostro amoratado y la sangre coagulada en el lugar por donde Cesarión había sido decapitado ponían un trágico toque de color sobre las losas de mármol blanco.

Selene no pestañeó. Retrocedió apenas un paso. Miró la cabeza de su hermano con ojos desorbitados y se llevó una mano al pecho. No podía gritar. Sus pulmones trataron de inhalar aire, como cuando salía repentinamente a la superficie tras sumergirse en la alberca, o a escondidas, junto a sus hermanos, en las orillas del gran río. Todavía le pareció escuchar sus risas.

—Imagino que era a este hermano a quien te referías, ¿no? —preguntó Octavio, con gesto de franca preocupación—. Porque no creo que te refieras al joven Antilo, el primogénito de Marco Antonio. No creo que te refieras al Antilo educado en casa de mi hermana y a quien yo traté como a un sobrino, ¿no? —Selene clavó en él una mirada de terror, desconcertada y esperanzada a un tiempo—. No creo que hables del hijo de un traidor, de un miserable rebelde a su patria porque apuesto que incluso tú, una princesa egipcia, sabes perfectamente lo que hace Roma con sus traidores…

Octavio empujó ahora su pie izquierdo bajo las vestiduras. Solo entonces se percató Selene de que había otro cesto de mimbre, idéntico, a su lado y lo vio balancearse levemente hasta caer y abrirse; hasta desvelar lo que ocultaba su interior…

Notó su corazón pararse en el pecho y escuchó un alarido sobrenatural antes de darse cuenta de que era ella quien lo emitía.

Si los oficiales romanos no la hubieran tenido perfectamente sujeta, también la princesa Selene habría rodado inerte por la escalinata de mármol de su propio palacio.

XIII

Anno 724 ab Urbe condita (Año 29 a. C.)

—¿De verdad es hoy el mejor de los días para zarpar hacia Roma?

La pregunta de Octavio, entonada sin mayor acritud, mientras escudriñaba aquel cielo plomizo que presagiaba tormenta, se estrelló contra el muro de silencio de sus oficiales. Solo Cayo Greco, el almirante de su nave capitana, dudó unos breves instantes antes de responder.

—Puede pasar en esta época, señor —pareció disculparse—. Pero no hubiera sido buena idea partir antes…

Octavio alzó la mano derecha en un gesto mudo, como para mandarle callar. No se molestó en mirarle. A su gesto se detuvieron incluso el estridente graznido de las gaviotas y el feroz silbido del viento en los tinglados del puerto. Solo un bullicio sordo continuaba de fondo, como el ronronear de un avispero enfurecido. Octavio sabía de sobra de dónde provenía, de la plebe alejandrina, al otro lado del puerto, más allá del inquebrantable parapeto de sus legionarios.

Contempló las naves, preparadas, con los hombres a bordo, cada uno en su puesto, listos para levar las anclas e izar las velas en cuanto los remeros las hubiesen sacado del estrecho canal de acceso al puerto comercial. Entrecerró los ojos y escudriñó el horizonte; más alejada, fondeada, pero lejos de una posible escaramuza en el puerto, estaba el grueso de su flota en estricta formación. Todo estaba dispuesto para la marcha. Las máquinas de asedio ni siquiera habían sido desembarcadas. Los víveres estaban estibados, el agua a buen recaudo y el tesoro de Cleopatra a salvo en las bodegas, sabiamente escondido y repartido entre las naves. Todos los barriles y baúles estaban identificados con tres dígitos, pero los que albergaban las extravagantes riquezas que Octavio había mandado sacar de su tumba estaban reseñados en una lista aparte.

—¿Estás expoliando el ajuar de una reina muerta? —le había preguntado Agripa con un temor supersticioso, cuando el desfile de

objetos había comenzado apenas un par de semanas antes.

—Estoy restituyendo al pueblo de Roma lo que Antonio nos robó para regalárselo a su puta —masculló Octavio brevemente por toda explicación. Mecenas, que consignaba los bienes en un listado de pergamino a su lado, había asentido ante su categórica afirmación. Y si Mecenas accedía, Agripa sabía que a él le tocaba callar.

Para garantizar que el tesoro llegara sin interferencias a sus legítimos dueños, el pueblo y el Senado de Roma, y que Octavio no iba a utilizarlo para su enriquecimiento personal, el ahora cónsul había contado con el beneplácito de sus más leales amigos. Entre los tres, y teniendo como testigos a Cornelio Galo, el nuevo prefecto de Egipto, y a Munacio Planco, oportunamente adherido a la nueva causa vencedora, habían rasgado en tres tiras verticales el pergamino, guardándose cada uno de ellos el trozo correspondiente a una columna numérica. Para identificar los bultos en los que viajaba el tesoro sería necesario que los tres hombres se pusiesen de acuerdo para juntar sus tres piezas del pergamino.

Lo que, sospechaba Cayo Greco, servía para salvar la cara y dar una apariencia de virtud, pero no garantizaba que de un modo u otro aquel tesoro terminase engrosando sus arcas personales.

Lo pensó, pero jamás se hubiera atrevido a decirlo en voz alta. Nadie le había preguntado tampoco.

—En el mar, nubes pesadas como panza de bueyes, y en tierra, un aire ardiente escupido por Plutón —expuso Octavio con una fría calma—. ¿Son estas las condiciones de navegación óptimas o estamos desafiando a los dioses?

Cayo Greco no se atrevió a admitir que desconfiaba en general de la caprichosa voluntad de los dioses, pero que su intuición marinera le indicaba que aquellas nubes espesas en el aire se posarían plomizas y cargadas en tierra y proseguirían su camino hasta topar con algún obstáculo, quizá las mesetas de Akxum, que se alzaban al sur del país de Kush, para dar comienzo a su temporada de lluvias, lo que algunos creían que era el origen del milagro de la inundación anual del Nilo. Y en el mar, en cuanto las sobrepasaran, los ardientes vientos del este, el *ruah qadim*, como le llamaban los pueblos del desierto, les empujaría con eficacia hasta su objetivo. Eso es lo que le indicaba su experiencia. Aunque fiar toda la flota romana en Egipto a la experiencia de un solo hombre

quizá fuese arriesgado.

—Creo que, descartando imprevistos, hace un día impecable para echarse a la mar —apuntó—. Especialmente porque quizá sea más peligroso lo que dejamos en tierra.

Octavio dirigió una mirada distraída a la multitud agolpada más allá del cordón de seguridad y olfateó el aire. Olía a arena seca. Picaba en la garganta.

—Lloverá, sí —admitió Cayo Greco, ante el gesto de su superior —. Y soplarán los vientos hacia el noreste, pero en el mar, eso nos favorecerá. En tierra quizá llueva ese polvo rojo del desierto, ese maldito *desheret*, como ellos le llaman. Y con un poco de suerte, esta panda de supersticiosos sin nadie convincente al mando piensen que el viejo Eolo favorece a nuestras naves. Quizá tengan suficiente con cerrar sus puertas y ventanas para resguardarse en sus agujeros y no crean oportuno perseguirnos.

Octavio sonrió. De todos los argumentos, por precarios que fuesen, ese era el más convincente. Que no los persiguiesen. Poder volver a casa a salvo; salir de esa trampa para la moral que era la perversa Alejandría, por muy descabezada que estuviera. Octavio sintió un escalofrío al recordar cómo se habían dado los acontecimientos; habían ganado una batalla naval contra un enemigo superior y sus rivales se le habían entregado muertos. Alejandría era un regalo de los dioses, pero ¿no sería tentar a la suerte permanecer allí más tiempo del necesario?

Aquella ciudad embotaba los sentidos. Recordó el hipnotizante movimiento de las exóticas bailarinas con que le había obsequiado el intrigante Práxedes, dispuesto a venderse siempre al mejor postor, o el aroma de los pebeteros que poblaban el *Sema* cuando Muti, el gran sacerdote de Isis, le había llevado por galerías bajo tierra para honrar la sepultura del Gran Alejandro. Las especias arrastradas por los nabateos despertaban en él nostalgias desconocidas, los audaces sabores orientales le erizaban la piel y aquella música melosa, sugerente y triste parecía acariciarle el alma. ¿Era eso el Oriente? ¿Esa necesidad de yacer en su lecho, de cerrar los ojos y ceder a su influjo? No lo habría confesado jamás, pero, por vez primera, entendió la desesperada necesidad de Antonio, esa pasión desenfrenada que le había costado la vida. Entendió el año que su tío había empleado en pacificar Alejandría

mientras la recorría a bordo de la nave de Cleopatra. Sonrió para sí mismo ante la metáfora que dibujaba su mente, y tardó apenas un segundo en recordar que ese influjo orientalizante, esa sensación de poder infinito y ese romance ilegítimo y prohibido para la moral romana habían acabado también por precipitar su final. Y por primera vez entendió también la muerte de Alejandro, la cuestionada hipótesis de que sus propios compañeros le habían asesinado porque en su delirio infernal, atrapado como Ulises en el canto de las sirenas, hipnotizado por la magia del este, había forzado esa huida constante hacia un lugar siempre más allá, persiguiendo eternamente el sol naciente y desligándose de los deseos de sus hombres.

De la necesidad de todo ser humano de regresar a casa.

Tomó aire. Él no cometería ese error. Hacía casi un año ya de Actium. El territorio estaba ordenado, controlado y pacificado. El trigo fluía hacia Roma y los antiguos aliados de Cleopatra le habían jurado lealtad. El belicoso Herodes de Judea se había sentado a su mesa; el enigmático Malik, el rey de la Arabia Pétrea, había negociado con sus concesiones de asfalto y Artasvasdes de Media había recuperado a su hija Iotape. Sus propios hombres habían relajado la vigilancia y se dejaban la paga en burdeles de aspecto exótico junto a mujeres de rostro velado o de piel tan negra como una noche sin luna. No, definitivamente, no dejaría que Alejandría les atrapara. Dejó que su mirada vagara alrededor como sumando las imágenes nuevas que captaban sus retinas. Los marineros estaban ya embarcados y los soldados, formados, solo esperaban la orden para hacerlo. Podían irse. Nada parecía ser capaz de enfrentarse al poderío romano. Y sin embargo la amenaza estaba allí, latente. La olía en el aire, como la tormenta.

—¡Muy bien! —decidió; tenía que tomar ya la decisión—. ¡Nos vamos a casa!

Los hombres soltaron risas de aprobación y suspiros de alivio felicitándose mutuamente. La férrea disciplina pareció relajarse antes de que los *optiones* dieran órdenes expresas a sus centurias de cómo y dónde proceder al embarque. Las barcazas, encargadas de llevar a los soldados romanos hasta las naves fondeadas, se aprestaron a maniobrar ante lo que interpretaron como una orden. Octavio interrogó a Cornelio Galo en una mirada muda que este

captó.

—¡Están listos, señor! —confirmó.

—Que procedan con ellos —ordenó, ahora sí, en tono serio. Miró alrededor una vez más como buscando una señal en el aire y se acarició el dorso de los antebrazos al notar la piel erizada—. Antes de que haya aún más gente. No quiero sorpresas de última hora.

Cornelio Galo, el general que quedaba a cargo de aquel inmenso país, ordenó algo a su vez y un mensajero salió raudo a avisar al general Agripa, que aguardaba, junto a varios de sus hombres, en un galpón del puerto comercial. Salieron todos a una, con aire clandestino, el paso sincronizado y los escudos en alto. Su formación cerrada apenas permitía intuir el número de personas que caminaban, hostigados, en el centro del círculo. Desde la explanada donde los soldados contenían a la multitud se alzó algún grito en su dirección. Primero aislado. Luego colectivo. Y, por último, transformado en una protesta a coro. Cornelio Galo dirigió hacia ellos su mirada con cierta preocupación e hizo un gesto al grupo que se aproximaba desde el galpón. Entre los soldados romanos caminaban torpemente, amenazados de cerca por el filo de sus *gladii*, un hombre, dos mujeres y tres criaturas.

—Avanzad más rápido —clamó Galo—. Se supone que deberíais haber zarpado al amanecer, antes de que esta chusma se percate de que nos estamos llevando sus tesoros.

—Avanzamos cuando nos llamáis —le cortó Agripa de raíz.

—Ese almirante debió haber dado la orden antes, pero es César quien está indeciso —se defendió el prefecto—. Es como si tuviera un mal presagio.

—Callad —ordenó Agripa en un siseo—. Con esta electricidad chispeando en el aire y el pueblo bramando que les robamos a sus dioses, mis hombres necesitan poco para perder el valor…

—Ni siquiera ellos mismos han sabido nada hasta esta madrugada. Me pregunto quién habrá dado el chivatazo…

—Imagino que ese malnacido de sacerdote… —apuntó Agripa, mirando en la dirección en que sabía que se encontraba Muti—. Es incorruptible. Y lleva meses azuzando a las masas, con sus arengas y sus visiones divinas, instándoles a rescatar a sus príncipes…

El grupo llegó hasta el pantalán, mientras las tropas romanas

iban subiendo en formación a sus naves. El capitán de una barcaza fenicia con los ojos de Tanit perfilados en la proa alzó los brazos para ayudar a los soldados mientras sus hombres estabilizaban la nave. Era un sirio de ojos claros en un rostro de pergamino, cuarteado por el mar. Tomó de los brazos de una de las mujeres a un niño, para depositarlo a bordo, pero el simple hecho de que le privaran del confortable abrazo provocó que la criatura rompiera a llorar desconsoladamente. El ruido de un llanto infantil cercenó la conversación hasta que en las primeras filas de los reunidos en el puerto alguien alzó los ojos y comenzó a señalar al punto en que se encontraban.

—Están allí —gritó alguien en griego.

—¡Es cierto! ¡Se llevan a los príncipes! —clamó otro en un grito desgarrado.

—¡Los mellizos! —La protesta se volvió un airado clamor—. ¡Los romanos se llevan a los mellizos sagrados!

Octavio ahogó un juramento. Eso le pasaba por ser clemente. Por no haber dejado que los niños aparecieran sacrificados oportunamente junto a sus padres. En su opinión habría tenido cierta grandeza evitarles un sufrimiento mayor y más largo, pero ¿qué sabía Antonio de grandeza? Escuchó el murmullo creciente de protesta. Le hubiera gustado plantarse ante aquella multitud y decirles que era mucho más fácil matarlos que alimentarlos, dejarles atrás que enfrentarse a sus ojos. Quizá era eso lo que debería hacer: apartar la barcaza y dejar que sus malditos mellizos sagrados cayeran al mar, para ver si sus dioses eran capaces de rescatarlos.

Durante todo ese tiempo desde la toma de Alejandría, hacía casi un año, las criaturas habían estado recluidas en su propia ala del palacio, con sus sirvientes, sus preceptores y sus doncellas. O al menos con los que no se habían largado. Octavio se había interesado por ellos brevemente, en las pausas entre sus incursiones fronterizas, sus viajes a Menfis o Philae, sus trabajos para garantizar el buen funcionamiento de los canales de regadíos que la guerra y la falta de manos habían dejado sin mantenimiento, y sus extasiadas visitas a las pirámides o a la tumba del Gran Alejandro. Aquel aire de eternidad que destilaba todo era capaz de hacerle confundir los tiempos. Se alegraba de no haber tenido que tratar estrechamente con ellos. Cuando miraba a la niña le parecía ver el gesto orgulloso

de su madre. Casi era peor con el mayor de los muchachos. En él centelleaban los ojos retadores de Marco Antonio.

El bullicio le sacó de sus pensamientos. Su mirada certera escrudiñó la multitud sin identificar líderes ni armas escondidas. El pueblo, seguramente, solo protestara. Para el alzamiento esperaba a Cesarión. Si el muchacho hubiera podido aparecer allí lívido de furia, a lomos de un caballo y dirigiendo a su propia guardia macedonia, habría supuesto un verdadero problema. Amagó una sonrisa. Era una verdadera fortuna que Cesarión no estuviera… en disposición de socorrer a sus hermanos pequeños. Y que el pueblo no hiciera caso de los insistentes rumores que le daban por muerto…

—Iluso bastardo —masculló sin poder ocultar una sonrisa de satisfacción—. He ganado.

Saboreó el sabor de sus propias palabras y se apresuró a dirigirse al grupo capitaneado por Agripa seguido de su propia guardia. Allí estaban aquellas malditas criaturas. Vestidas con ropajes de esclavos. Mordiendo y hostigando a sus hombres como animales rabiosos.

—Subidlos a bordo, rápido. ¿Se puede saber por qué tardáis tanto? ¿De verdad un grupo de niños egipcios pone en aprieto a mis legionarios romanos?

Agripa se contuvo a tiempo antes de responderle que sus órdenes expresas eran no hacer daño a ninguno de los príncipes mientras que estos, por muy niños que fueran, sin mucho más que perder, y en manos de sus enemigos, peleaban denodadamente por sus vidas. O al menos, por su libertad. La niña había arañado su cuello, negándose a subir a la embarcación, y el muchacho, alzado a la fuerza por dos soldados, forcejeaba para soltarse de ellos. Las dos esclavas, ya a bordo, sollozaban inmóviles, apretadas entre sí. Una de ellas abrazaba contra su cuerpo al también lloroso Ptolomeo.

—Tú, esclavo. —Agripa se dirigió al único hombre del grupo que aún no había subido a bordo—. Da orden de que se dejen conducir a la embarcación por las buenas o te rebano el pescuezo…

Musa alzó su cuello y lo acercó hasta rozar el afilado *gladius* de Agripa.

—Hiere, pues, romano. Yo no soy quién para dar órdenes a mis propios señores…

—Tus señores y tú —masculló el general con cierto hartazgo— vais a acabar de comida para los peces.

Golpeó su sien con el pomo de su espada. Musa se tambaleó en la orilla y dos marinos aprovecharon para derribarle y arrastrarle a bordo, con el rostro y la barba mojados en aquella agua sucia y salobre que apestaba a pez muerto. Los niños intentaron acudir en su ayuda, pero los hombres a cargo de Agripa los sujetaron con fuerza. Agripa, cansado, hizo un gesto expeditivo al capitán de la falúa. Este, en un ágil movimiento a bordo de la embarcación basculante, arrebató al pequeño Ptolomeo del abrazo de Rhea y posó su khopesh, afilado y curvo, sobre el cuello del niño.

—Sube a bordo, niña, o le rebano el pescuezo a tu hermano —advirtió con dureza—. No tenemos todo el día.

Selene tuvo que tragar saliva para recuperar la capacidad de hablar. Se sentía humillada, mancillada y aterrorizada, pero trató de actuar como lo habría hecho su madre.

—¿Niña? —le espetó al marino sirio como si hubiera escuchado un insulto—. Hablas griego. Como yo. ¿Me llamas niña a mí, que, en ausencia de mi hermano Cesarión, soy tu reina? —le espetó más sorprendida que airada—. ¿Me llamas niña a mí, que soy descendiente del Gran Alejandro?

—El Gran Alejandro no tuvo hijos que le sobrevivieran —atajó el marino—. Yo trabajo para el puerto de Alejandría. Y el dueño de este puerto ahora es Roma.

—¿No es sorprendente —musitó en latín la voz de Octavio en su oído— que un pobre palurdo sin cultura tenga bastante más capacidad analítica que tú?

Selene se apartó como si hubiera notado en su rostro el rastro de una babosa. El hombre sostuvo su brazo, pero ella se soltó de su mano con aplomo y alzó hacia él una mirada sorprendentemente dura para una criatura de su edad.

—Soy una princesa. No vuelvas a ponerme tus sucias manos de labrador encima…

—¿Labrador? —se sorprendió Octavio ante el ataque—. ¡Vaya modales! Si tu madre le hubiera hecho tantos remilgos al putero de tu padre, tú hoy no estarías aquí…

—Y si él le hubiera hecho caso la primera vez que le sugirió matarte, quien no estarías serías tú…

Octavio se estremeció ante la profundidad de aquel odio. Era una cría. No podía permitirse que sus palabras le hirieran. ¿De quién había sacado esa condenada criatura su aplomo? La empujó con violencia por la borda hasta que ella perdió el equilibrio y dos marineros de la falúa la sujetaron desde el interior. Pese a todo, una vez incorporada y a bordo le sonrió, como si se alegrara de haber sido capaz de perturbar su ánimo. Él giró la cara.

—¿Y tú? —Octavio, con el perfecto flequillo despeinado por el forcejeo, se enfrentó a la mirada helada de Alejandro Helios, el único de los hijos de la perra egipcia que aún no había subido a bordo—. ¿Vas a subir por tus propios medios…?

—¿O qué? —le desafió Helios—. ¿Vas a amenazarme con matar a mis hermanos? Hazlo. Lo harás de todos modos en cuanto estemos lo suficientemente lejos del puerto como para que nadie pueda verte… ¡Hazlo! Con nosotros tienes los huevos que jamás tuviste luchando con mi padre. Y si no, delega en tu general. Que haga el trabajo sucio por ti, como siempre…

Agripa descargó un bofetón en la cara del niño. Este cayó sobre sus rodillas.

—¡Agripa! —le increpó Octavio.

—¿Agripa qué? —se atrevió a desafiarle su general—. ¡Está provocándote! ¿Vas a permitir que su pueblo le vea como un líder desafiante o como un prisionero humillado y vencido?

Octavio asintió. Tenía razón. Las nubes eran cada vez más espesas, como el ánimo de la multitud. No llevaban meses tratando de dejar todo atado para enfrentarse a una turba en el puerto. Él también quería salir de allí cuanto antes. Alejandría pesaba. El muchacho se puso en pie de nuevo limpiándose el labio partido con el dorso de la mano. No estaba atado. Ninguno de ellos lo estaba. No habían querido hacerlo para que el pueblo egipcio no viera embarcar a sus príncipes como lo que eran, unos malditos prisioneros.

Pero se había terminado la compasión.

—¡Atadle! —ordenó.

—¿Estás seguro? —Munacio Planco, más conocedor de la realidad del país, se atrevió a contradecir a Octavio—. El pueblo se te echará encima.

—¡Pues que lo haga de una vez! —espetó—. No soporto esta

tensión en el aire, como no soporto las miradas de elegidos de estos críos. Quizá aún no se hayan enterado de quién es el que manda ahora aquí. Atadle los pies y las manos entre sí. Las manos al frente —ordenó—. Y sujetadle con la cuerda a la proa. Si no quiere navegar —resolvió—, que nade.

Dos de los hombres de Agripa asintieron levemente y procedieron a inmovilizar al muchacho, atándolo, siguiendo las instrucciones de Octavio. Desde la embarcación, dos marinos se encargaron de hacer pasar la cuerda que le anudaba las manos por el bauprés de proa, para dejarle caer a continuación, con los pies atados, en el agua. El muchacho amagó un grito al sentir el frío del mar empapar sus ropas. Se hallaba solo parcialmente sumergido, pero cuando la embarcación cabeceara en su recorrido, el niño, indudablemente, lo haría con ella.

—¡¡¡Se ahogará!!! —gritó Selene. Y se abalanzó sobre la borda aferrándose a los dedos amoratados de su hermano, tratando en vano de liberarle.

—No lo creo —respondió impasible Octavio—, ¿no sois hijos de dioses?

—¡Es un príncipe egipcio! —clamó su hermana, encendida de ira —. No tu esclavo.

—Puede que sea un príncipe, pero uno rebelde a Roma — resumió Octavio, tajante—. Irá así hasta mi nave. Pero si sigue provocándome, lo llevaré arrastrando hasta las mismas puertas del Senado…

Selene miró a su alrededor, tratando de sumar apoyos. Rhea abrazaba al lloroso Ptolomeo contra su pecho, Calíope sollozaba en silencio y Musa permanecía inconsciente tendido en el fondo de la embarcación. Eso era todo lo que le quedaba. Esa era la minúscula corte con la que les iban a sacar casi clandestinamente de Alejandría.

—Eres un perro —escupió, sollozante—. Morirás como un perro.

—¡Déjale! —gritó Helios, aguantándose sus propias lágrimas—. Es lo que quiere. Es nuestra rabia la que le alimenta. No se la des, Selene.

—Zarpad ya de una vez —ordenó Agripa al capitán sirio, mientras se acomodaba con su reducido grupo en la barcaza. Estaba inquieto. Aunque no estaba seguro de hasta dónde había sido capaz

de ver desde la distancia, la multitud en el puerto parecía crecer por momentos y el fragor de sus ininteligibles gritos colmaba un aire de por sí enrarecido—. ¡Llevadnos a la nave capitana!

Octavio posó la palma de la mano abierta sobre la loriga de Agripa. Su ceño se frunció y pareció detenerse a escuchar. Agripa le imitó sorprendido. Un extrañó ruido metálico, como un sonajero, se escuchaba de fondo, rítmico y fúnebre, cada vez más cercano.

—¿Qué es eso? —preguntó Octavio.

—¡Insensatos!

El grito en latín rasgó el aire y trajo la respuesta. Agripa se volvió. Una figura alta como un huso se acercaba a ellos desde el público con aire amenazante. Llevaba las blancas vestiduras de los consagrados a Isis y el cráneo rapado. El sistro de plata que agitaba, airado, como en un movimiento ritual, era el que producía aquel sonido lastimero y chirriante.

Junto a él marchaba, desconcertado, un joven legionario. Tenía instrucciones de no molestar a los sacerdotes, pues a la nueva estructura le convenía estar a bien con ellos, pero aquel hombre había atravesado el cordón de seguridad con el rostro encendido exigiendo ver a Octavio. Su edad y su dignidad disuadían al soldado, pero sus ojos poseídos eran peligrosos.

—Señor —gritó, poniendo su lanza delante del sacerdote—. Este hombre desea hablaros.

—¡No sabéis lo que estáis haciendo, insensatos! —gritó, presa de ira, el sacerdote.

—Es ese sacerdote de Isis. Muti —apuntó Agripa, mientras se acercaban.

—Ya lo veo —concedió Octavio.

—Nos habéis arrancado a nuestros gobernantes —gritó el hombre mientras caminaba hacia ellos—. Nos habéis robado a la dinastía de los Ptolomeos. Habéis acabado con nuestra faraona, interrumpiendo el curso natural del Nilo, y condenándonos al hambre y a la muerte. Y ahora pretendéis llevaros lo último que nos queda: nuestro futuro. Nuestra última esperanza. Los sucesores de la dinastía. Los hijos de Isis y Dionisos.

El pueblo aclamó, si no su discurso en un latín que quizá no entendiera, sí su ira y sus modos incendiarios. Agripa tomó aire por la nariz y estrujó sus nudillos en un gesto inconsciente, sin quitarle

ojo.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—¿Puedes acabar con él?

—No delante de todo el mundo —ratificó Agripa, incómodo—. Ni siquiera va armado.

—Porque no lo necesita —corroboró Octavio en un murmullo—. Estos son los peores.

Estaba a apenas cinco metros del general cuando los lictores cruzaron sus lanzas ante él. El hombre no trató de forcejear. Se detuvo en aparente calma. Llevaba los ojos subrayados con kohl como las mujerzuelas de los burdeles y los reyes nabateos. Como los llevaba Marco Antonio en su muerte.

—Llevaos el oro de la reina. Despojad a Egipto de sus riquezas. Alimentad con nuestro trigo a vuestros mercenarios —enumeró Muti—, pero dejadnos a los mellizos sagrados, noble Octavio. Son solo unos niños. ¿Para qué los queréis?

En un sorprendente gesto, el sacerdote se arrodilló a los pies de Octavio, que arqueó una ceja, gratamente sorprendido. La multitud a su espalda enmudeció.

—¿Y para que los quieres tú, sacerdote?

—Es su pueblo quien los quiere. El loto no crece fuera del estanque en que ha nacido. Nunca florecerán fuera de aquí. Nunca darán frutos para otros dueños. ¿Qué mal han hecho ellos? ¿No te basta acaso con saberte vencedor?

—Solo seré vencedor cuando mis prefectos no tengan que temer rebeliones internas reclamando tronos perdidos —se dignó a contestarle Octavio—. Sigue con tus rezos, viejo, pero búscate otros dioses más duraderos. Estos se vienen conmigo.

—¡Blasfemo! ¡Impío! —clamó el hombre, incorporándose de nuevo.

El esfuerzo le hizo toser y sus palabras quedaron casi ahogadas. Se dobló, tratando de reponerse ante la inmovilidad de la guardia romana. Nadie osó tocarle. Solo Octavio dio un paso adelante para darle unas palmadas en la espalda y ayudarle a incorporarse.

—César —siseó Agripa—. Embarca ya. Puede ser una trampa.

—¿Qué daño puede hacerme un viejo? —advirtió Octavio con desdén.

Le impactaba la desesperada valentía de ese hombre, como, sin

atreverse a reconocerlo, le había impactado el desmedido orgullo de Cleopatra y la dignidad final de Marco Antonio. Estaba frente a su flota y era el blanco de todas las miradas. No podía retroceder ahora ante un anciano y buscar refugio seguro en la falúa. No después de que el bastardo de Antonio le hubiese llamado cobarde.

—Respeto vuestra religión y vuestra tierra, anciano. Por eso dejo aquí a hombres de mi confianza que protegerán vuestras costumbres y vuestros ritos —clamó, obsequioso Octavio—. Pero os han engañado. ¡Vuestros faraones os han engañado! —repitió—. Estos niños —señaló a la barca a su espalda donde Selene, arrodillada en la borda, le miraba con odio y Helios tiritaba inmóvil, dolorido y empapado— no son dioses ni hijos de tales. Si vuestra Cleopatra hubiera sido la encarnación de Isis, ¿creéis que habría muerto? —preguntó, dirigiéndose a la multitud—. Y estos niños —les señaló explícitamente—, si de verdad tuvieran el poder que les otorgáis, ¿no harían ellos mismos o vuestros dioses algo por detener su marcha?

Muti le miro con ojos centelleantes y labios trémulos, como buscando las palabras. El viento se agitó caliente y alborotado y comenzó a llover. Unas gotas espesas, preñadas de arena del desierto, cayeron cálidas y pesadas dejando un rastro de lágrimas rojizas en la piel y en las ropas.

Alguien en la multitud, tras la guardia macedonia, gritó algo y el ambiente a su alrededor se agitó. La falúa cabeceó en el muelle, Selene se puso en pie sobre ella, con una actitud nueva y el sirio escupió al agua en un reniego.

—¿Qué dicen? —exigió saber Octavio, cuyo griego nunca había sido tan fluido como el de Antonio.

—Que llueve sangre, señor —tradujo este, incómodo—. Que son los dioses quienes lloran…

Los soldados romanos miraron alrededor desconcertados. El miedo se reflejó en más de una mirada. Octavio soltó un exabrupto.

—¡Es arena rojiza! ¡Arena del desierto! —gritó—. ¡Una maldita tormenta de arena nada más, panda de imbéciles supersticiosos!

—Sube a bordo. No tienes que dar más explicaciones —exigió Agripa, inquieto.

El viento había comenzado a inclinar las palmeras y sentía la energía del aire en los brazos desnudos. Agripa sabía mejor que

nadie que la mitad de una victoria era la estrategia y la otra mitad era la intuición.

—¿Por qué no? Basta de engaños. Esta es una nueva era. Egipto necesita respuestas —respondió embebido de grandeza—. Y la responsabilidad de Roma es dárselas.

—¡Que se las dé Galo! —sugirió Agripa—. Para eso se queda al mando en este infierno. ¡Sube a bordo!

—¿Qué clase de general sería si solucionara los conflictos huyendo?

—Uno vivo, señor.

Octavio se desasió de la mano con que Agripa le sujetaba para suplicarle que embarcara junto a él. En lugar de ello, con un solo gesto trazado en el aire, uno de sus hombres le entregó una pesada bolsa de cuero que él abrió con morosidad.

—¿Necesitas dinero para reconstruir algún templo, anciano? —Ante la expectación de la multitud, Octavio alzó sus manos para que todos contaran con él hasta seis áureos—. Roma sabrá ser generosa contigo y con tus dioses.

El brillo de las monedas destelló un instante con la leve claridad del día. Octavio las arrojó a los pies del sacerdote.

—Me insultas. El oro de Roma no lo compra todo —clamó el sacerdote—. Y menos si está manchado de sangre.

Su frase resonó aún más inquietante unida al aspecto de sus ropajes blancos salpicados de aquellas oportunas lágrimas rojas. Agripa notó el aire espeso y polvoriento, como si masticara arena.

—No puedes comprarme, romano —silabeó Muti, con tono monocorde—. ¡No puedes comprar un reino que ya era antiguo cuando nació tu Roma! ¡No puedes comprar la complacencia de Isis! —gritó. Agitó su sistro, como un arma arrojadiza en el aire caliente, blandiéndolo contra Octavio—. ¡Yo te maldigo! —exclamó.

Octavio alzó la mano para defenderse de un posible golpe en un movimiento reflejo. Y entonces sucedió. En el preciso instante en que Octavio iba a sostener el brazo del anciano un relámpago intenso rasgó el cielo e impactó contra el sistro de plata. El trueno consiguiente estalló en los oídos de todos los presentes. La silueta de Muti se iluminó de una forma sobrenatural, como reclamada desde los cielos, mientras la trayectoria del rayo cruzaba desde el sistro que enarbolaba en su mano derecha hasta la sandalia

claveteada que calzaba su pie izquierdo. El anciano pareció tensarse, arquearse un instante en el aire, para luego derrumbarse desmadejado como una torre asediada y vencida. Su cráneo pelado exhaló una débil columna de humo y el olor de la carne quemada inundó las fosas nasales de los allí presentes. A sus pies la arena había ennegrecido, como regada de cenizas.

—¡Muti!

El grito de Selene pareció poner de nuevo en marcha el mecanismo de aquella escena detenida. La multitud agolpada contra la guardia retrocedió como una sola persona, temblorosa y aterrorizada, escudándose en rezos y susurros. Los ojos de Octavio se abrieron desmesurados tratando de entender qué era lo que había sucedido y por qué la única de aquellas ratas alejandrinas que había osado ponerse en su camino yacía físicamente calcinada a sus pies.

—¡Por Júpiter! ¿Qué ha pasado?

—¡Insensato! —clamó Agripa, tomando rudamente del brazo a su general—. Si hubieras sostenido las monedas un segundo más en el aire… Si le hubieras puesto una sola mano encima, ahoya yacerías con él en el Hades…

—Pero ha sido a él a quien le han enviado su mensaje los dioses —celebró tembloroso de sorpresa y de júbilo—. Ha sido él y no yo.

—¡Embarcamos! ¡Levamos anclas! Rumbo norte —clamó Agripa, sin más tiempo para contemplaciones.

—¡Soltad amarras! —apoyó Cayo Greco, caminando ante las naves a grandes zancadas, mientras el aire electrizado se rompía en relámpagos aquí y allá—. ¡Descalzaos a bordo! —advirtió para tratar de eludir el peligro tras la escena que se había desarrollado ante sus ojos—. ¡Apilad las armas y los escudos en un solo punto de la nave y despojaos de las piezas de defensa personal!

Octavio subió a la falúa conducido prácticamente a la fuerza por sus hombres, mientras toda la flota maniobraba para poner rumbo a Tarentum. Selene le miraba con un horror nuevo, pero él no se dio cuenta. No podía dejar de mirar hacia el puerto. Sus pies arrastraban aún el polvo requemado de la arena que había pisado el sacerdote. Era consciente de que, fuese una vulgar tormenta o la ira de los dioses, acababa de desencadenarse sobre ellos.

La pregunta que no se atrevía a entonar en voz alta era si era a él a quien protegían o si, quizá, habían errado en su objetivo.

Segunda parte
Roma

I

Anno 724 ab Urbe condita (Año 29 a. C.)

La travesía hasta la liburna que hacía las veces de nave capitana fue corta, pero el viento rizó el mar en espumas y alzó olas inusuales, lo que dificultó el avance. Cuando Alejandro Helios fue izado a bordo, estaba ya inconsciente. Fue su hermana, ayudada por sus dos esclavas, quien le despojó de sus ropas mojadas y frotó sus miembros lívidos para infundirle calor. Le tumbaron en el lecho de la cámara de Agripa. Su aliento era débil, tan débil que Octavio, quizá para descargar su propia responsabilidad, decidió dejar su vida al albur de los dioses.

—Por favor, manda una embarcación a por el físico Euphorbo —rogó Musa.

El médico griego, amigo personal de Musa, viajaba junto a varios integrantes de la antigua corte alejandrina en otra de las naves de la escuadra romana. Octavio había embarcado en calidad de prisioneros de guerra a todos los personajes destacados de la misma, quizá los que pensaba que podían dar lustre a su casa.

—El mar está agitado —resolvió Octavio—. Sería complicado encontrarla. Esperaremos a llegar a puerto y reorganizar la flota.

—Entonces será tarde. Inténtalo —insistió Musa—. Los dioses y su pueblo os agradecerán eternamente que no le dejéis morir.

—Los pueblos son volubles. Y los dioses ya nos han dado hoy señales de su voluntad —se atrevió a afirmar el general con contundencia.

—No confundas tu propia voluntad con la de los dioses, señor —le desafió Rhea con una mirada como el pedernal—. He visto nacer a este niño y mientras me quede un solo soplo de vida, no le veré morir…

Octavio le dirigió una mirada larga y muda, pero a quien habló fue a Selene:

—Deberías contener la lengua de tu esclava, princesa —arrastró las consonantes con tono de burla—. En Roma nadie osaría dirigirse

así a su señor.

—Aún no estamos en Roma —le espetó la niña tajantemente—. Y tú no eres su señor.

Agripa alzó una mano como pidiendo mesura a su general. Octavio se arrepintió por segunda vez en el mismo día de no haber ordenado a sus guardias que sacrificaran a los cachorros del Nilo la madrugada que su madre amaneció muerta. Lo habría hecho pasar como una decisión de Cleopatra. A nadie le habría extrañado que la reina los hubiera ejecutado con sus propias manos antes de permitirles caer en manos de su enemigo. Lo sorprendente, para todo el mundo, era lo contrario: que con su capacidad para la estrategia y con su incuestionable don para la intriga, la reina egipcia hubiera condenado a sus hijos a convertirse en prisioneros de Roma.

—No se mueve —susurró Calíope angustiada—. No respira.

El pecho de Helios parecía haberse detenido. Octavio dirigió de nuevo su atención hacia el niño y lo observó sin emociones, atrapado en la fascinación de la muerte. Repentinamente adulta, Selene apoyó su mano derecha en el corazón de Helios, como si deseara anudarle a sus propios latidos.

—¡Una capa! —exigió, acostumbrada a mandar—. ¡Dadme una capa!

Nadie se movió. Solo Munacio Planco, tras unos segundos de incertidumbre, le entregó su propia capa, convencido de que la iba a utilizar para cubrir el cadáver de su hermano. Fue incapaz de mantener la mirada de la niña a la que tantas veces había tomado en brazos y la posó en el cuerpo inerte del muchacho. Helios tenía los labios azulados e inmóviles y, por un momento, Planco sintió crepitar en ellos la vibrante y contagiosa risa de Marco Antonio. Parpadeó para alejar la imagen. Había visto crecer a esos niños. En otro lugar, en otra vida había reído sus gracias, había celebrado sus aniversarios y había aplaudido sus avances, como el buen amigo de sus padres que era. Cerró los ojos, tratando de espantar la culpa. Era el segundo hijo de Antonio al que veía morir.

—¿Qué hace? —escuchó.

Abrió los ojos de nuevo. Para su desconcierto, y con la ayuda de Musa, la muchacha había puesto la capa enrollada bajo el cuello de su hermano, arqueando su cabeza. Luego, sujetándose el cabello y

pinzando delicadamente la nariz de su hermano, procedió a insuflar en la boca del niño su propio aliento, en lo que parecía un beso largo y prolongado. La escena, pese a estar protagonizada por dos niños de apenas once años, era de una intimidad tan turbadora que el propio Octavio carraspeó incómodo.

—Por todos los dioses, ¿qué está haciendo? —inquirió.

—Dejadla, señor —pidió Musa—. Os lo ruego. Es el soplo vital. Los egipcios piensan que con él Isis insufló la vida de nuevo a su esposo y hermano Osiris.

Octavio había visto ese gesto antes, cuando la reina Cleopatra preparaba las exequias de Marco Antonio. También la egipcia había tomado la boca de su amante en la suya propia sin ningún pudor, insuflándole su propio aliento siete veces en una escena que, aparentemente, solo resultó incómoda para los espectadores romanos. Besar en público a un muerto de una manera tan obscena y reveladora… ¿Qué tipo de perversidades no se cometerían en Alejandría? Afortunadamente, se recordó, ese hechizo o lo que fuera no había funcionado y Antonio había seguido debidamente muerto.

—¿Isis y Osiris? —preguntó incrédulo—. ¿Qué se puede esperar de un pueblo que no pone fronteras entre sus dirigentes y sus dioses? —espetó.

Musa prefirió no recordarle que el Senado y el pueblo romano habían acordado deificar a su tío y que Julio César ya era en la mayoría de las referencias el divino Julio. Ni mucho menos que Octavio había comenzado a firmar sus comunicaciones como el «hijo del dios».

Helios tosió. Todas las miradas se centraron en él. Su pecho se elevó y se contrajo. Selene se apartó de él. Musa volvió entonces su rostro hacia un lado y el muchacho vomitó una arcada de agua sobre la cama del general Agripa. Tosió de nuevo, mientras le incorporaban, vomitó otra vez y se llevó la mano al pecho sin ayuda. Volvía a respirar.

—Por todos los dioses —murmuró Agripa. Nadie supo decir si por la magnitud de lo que acababa de presenciar o por el desastre ocurrido en su lecho.

Planco recuperó, asombrado, su capa y Rhea no dudó en arrodillarse en mitad de la estancia para murmurar una oración agradecida. Octavio contempló las gráciles manos de Selene

apartando los rizos húmedos de la frente de su hermano, la luminosa sonrisa dirigida solo a él y los carnosos labios que parecían haber obrado el milagro. Le pareció una hechicera poderosa y antigua encarnada en el cuerpo de una niña que apenas despertaba a la vida. ¿En qué momento de ese último año, mientras él estaba absorto en su exploración por las fronteras egipcias, se había obrado esa transformación? Sintió una punzada inconfesable de excitación.

—¿Es magia? —preguntó con inquietud.

—Es ciencia —respondió Musa maravillado.

—Quiero que la vigiles —le recordó Octavio a Agripa. Su voz sonaba ronca, con más incertidumbre de la que se atrevía a mostrar—. De cerca. Si es capaz de devolver la vida a alguien solo con su aliento, no sabemos de qué sutiles maneras se valdrá para quitarla. O para enajenar las voluntades…

Él mismo comenzó a vigilar a Selene, su comportamiento y sus acciones, buscando en su porte la encarnación de la madre muerta. Ese mismo día dio orden de que los niños permaneciesen confinados. ¿Lo que sentía era respeto, sensación de culpa, temor supersticioso o algo inconfesable? Sin saber explicarse por qué, no deseaba tener demasiado roce con ella. Con ellos. Dada su categoría, decidió que lo más adecuado sería explicárselo él personalmente.

—No des tantos rodeos. Ya sabemos que somos tus prisioneros… —advirtió Helios, tumbado aún en un lecho, con voz profunda y ronca.

—Hasta las guerras tienen normas —respondió él—. Respetadme y os respetaré.

—Y si no, acabaremos en el fondo de un mar que ya es enteramente romano… —terminó el niño la frase.

—O no —admitió sinceramente el cónsul—. He sido testigo de una resurrección. Quizá vuestros dioses os protejan por algo.

—Y quizá —admitió Selene pensativa, posando en él sus ojos oscuros, con una franqueza que ni siquiera Agripa se permitía—, por algo que desconocemos, también los tuyos te protegen a ti.

Octavio pensó en Muti y sintió un escalofrío. Cada vez que cerraba los ojos veía la fuerza destructiva de aquel resplandor bajado de los cielos. Tenía el secreto convencimiento de que los

dioses habían errado por poco en la elección de su destinatario. Y de que se esforzarían por enmendarlo.

Nadie volvió a molestar a los niños en una travesía que se hizo larga y pesada. Selene compartió una cámara con sus esclavas, y Helios lo hizo con su hermano Ptolomeo y con Musa. Durante todo el camino a la península itálica los días y las noches se les hicieron iguales, en las cámaras sin luz de la bodega. Apenas salían unos instantes a la superficie, y siempre convenientemente vigilados. Nadie estaba dispuesto a correr el riesgo de que pudieran tirarse por la borda.

Los hijos de Cleopatra habían navegado desde niños. La exquisita embarcación de su madre había surcado las aguas del Nilo y había atracado en las orillas de los territorios vecinos en un despliegue de música y color. Pero esto era diferente. Aquí no había gasas humedecidas que movieran el aire pesado, ni riquísimos manjares dispuestos en la mesa, ni esclavos nubios que los abanicaran, ni bailarines, ni tocadoras de cítara. Aquí los fastuosos colores, el púrpura de Tiro, el azafrán de Partia o el lapislázuli de Bactria parecían un lejano sueño. Todo estaba teñido de ese verde parduzco con que las liburnas pretendían confundirse con el color del mar. Aquí no había ni siquiera aire libre. Ni perfumes, ni esencias ni afeites. No había más mujeres a bordo que Selene y sus dos esclavas. Y los hombres, todos rudos soldados romanos, que tenían prohibido dirigirse a ellas explícitamente, conservaban una expresión siempre hostil.

Los primeros días, los dos mayores apenas probaron bocado, y Octavio responsabilizó a sus esclavos de su supervivencia. Rhea les enredaba con historias del pasado, mientras Calíope procuraba hacer más comestibles las austeras raciones de los legionarios. Al atardecer, Musa trataba de envolverles en alguna conversación mientras compartía con ellos el *mulsum* de los marineros con harina de trigo diluida. Tenía la esperanza de que la harina y la miel alimentaran sus cuerpos mientras el vino confortaba sus espíritus. Desde el minúsculo vano de su cámara, Selene permanecía horas sin hablar, con la vista perdida en el punto del horizonte por el que habían desaparecido Alejandría y toda su vida anterior. Luego, en algún momento, su mirada había virado hacia el

noroeste, hacia el nuevo mundo que tenía que aparecer en algún momento ante ellos. Octavio lo había interpretado como un buen presagio. Fue entonces cuando la niña le pidió los diarios de Julio César sobre las guerras de la Galia que él solía leer antes de dormir, y el general, sorprendido, no encontró ninguna excusa para negárselos.

—¿Son para tu hermano? —preguntó con la creencia de que un informe militar interesaría más a un lector masculino.

—Son para mí.

Helios no demostró ningún interés en el estudio de la estrategia militar romana. Incluso, ofuscado en su resistencia callada, se negó a emplear, con los hombres de a bordo, otra lengua que no fuese el griego.

—Te haces tú solo la vida más difícil… —le reprochó Selene.

—Y tú te humillas a ti misma hablando la lengua de nuestros captores —le advirtió Helios.

—La lengua de nuestros captores es la de nuestro padre…

—Sí. Y la de las misivas al Senado celebrando su muerte —apostilló él.

Solo Ptolomeo, más pequeño, parecía al margen de ese juego de orgullos y lealtades. Solo a él, pasados los primeros días, se le permitió jugar en cubierta, escoltado por los hombres de Octavio y en compañía de sus esclavas. Solo a él los marinos le entretenían con cuentos de naufragios y solo a él le enseñaban a pescar con caña en los días de calma. Los largos días en alta mar limaron las aristas, y los propios legionarios dejaron de ver a aquella criatura como al hijo de la mortal enemiga de Roma. Muchos de aquellos hombres habían servido a las órdenes de Antonio, y encontraban en el trato con el niño una manera de expiar una culpa secreta por haberse encontrado —o incluso pasado en el último momento— en la otra orilla del conflicto.

Hasta Octavio aprendió a mirarle como si fuese un niño normal y no un maldito demonio encarnado. Agripa le sorprendió en varias ocasiones observando al pequeño y supo que Octavio suspiraba por un hijo que se pareciera a aquel niño, con sus rizos rebeldes, sus regios modales y su apostura de príncipe. El nuevo César tenía ya treinta y tres años y solo una hija, Julia, fruto de su fugaz matrimonio con Escribonia, a la que había repudiado nada más dar

a luz para poder casarse con su actual esposa, Livia Drusila. La noble Livia aún no le había bendecido con una nueva criatura. Agripa sabía que entre los dones que secretamente Octavio le había envidiado a Marco Antonio estaba esa capacidad para enamorar mujeres y engendrar hijos varones fueran o no legítimos. En el nuevo mundo que empezaba a engranarse en su mente, el nuevo César necesitaba hijos, jóvenes y valientes herederos e impecables matronas romanas a quienes intercambiar en alianzas convenientes. Aquel principito de casi siete años que destilaba nobleza, seducía con su sonrisa y se expresaba en tres idiomas era, probablemente, su ideal. A diferencia de sus hermanos, había ido recuperando el color con el aire del mar y, si no la risa de antaño, sí la expresión curiosa que tanto le caracterizaba.

—¿Qué ha pasado con nuestros reinos? —le preguntó a su hermana la noche que atracaron en el puerto de Creta para cargar víveres y agua potable e intercambiar información—. ¿Nos los ha quitado Roma también?

Los reinos que nunca habían sido suyos más que en aquel acto celebrado en Alejandría, recordó Selene. Los territorios que jamás habían llegado a pisar. ¿No había sido ella fugazmente reina de esa isla donde ahora recalaba como rehén? No pudo evitar rememorar las palabras de Antilo aquella noche. «Conozco a los míos. Si creen que alguien les ha robado algo, irán a buscarlo», les había dicho con una seguridad rayana en el presagio. Suspiró con un estremecimiento. Solo se había equivocado en una cosa: en creerse a salvo de la airada venganza de Octavio. Como su padre, quizá también él había sobreestimado la nobleza de sus compatriotas.

Observó la costa árida, erizada en roquedales y encinas bajas, y el pequeño puerto que se alzaba sobre las aguas turquesas. Allí había combatido su abuelo a los piratas, le había relatado una vez su padre, siendo muy niña. Ahora sabía ya que no había sido así exactamente. Octavio se había encargado de contárselo, empañando su pasado al tiempo que le robaba su futuro. El cognomen de Crético que su abuelo ostentaba había sido tan solo una burla ante su incapacidad para la tarea de doblegar la isla. Quizá su padre hubiese deseado vengar aquel agravio nombrando a su hija reina de aquel terruño. Quizá quería que su familia mereciera el vergonzoso cognomen. Ya nunca lo sabría.

—Los reinos suelen cambiar de manos —le explicó a Ptolomeo al partir, mientras se deleitaba en la visión de aquella isla pacífica y dorada que ahora se esfumaba como un sueño—. Y no es tan fácil ganarlos…

—¿Volveremos algún día?

—Quizá —admitió. Y no supo mentirle—: Aunque para entonces ya no seremos reyes…

—¿Y volveremos a ver nuestros padres?

—Cuando emprendamos el camino final —le respondió la niña con un pinchazo en el corazón. Y se sorprendió porque por primera vez en meses pensaba en la muerte como algo lejano—. Aún queda mucho tiempo.

—¿Después de la próxima inundación?

Selene sonrió con nostalgia. En el barco que les trasladaba a otro lugar y otra vida, su hermano seguía vertebrando su vida alrededor del Nilo.

—O de la siguiente —le corrigió—. O de la siguiente a la siguiente…

—Yo les echo de menos ahora —protestó el niño con la inmediatez que requiere la infancia. Y cuando volvió a hablar, sus palabras erizaron la piel de Selene porque tenían la indefinible música de un deseo oculto—. No sé si podré esperar tanto…

II

El bullicio del puerto de Ostia les recibió al cabo de mes y medio de travesía. En el silencio de alta mar habían terminado por olvidar el ruido, las abigarradas muchedumbres y el fragor de las voces en diferentes idiomas. El puerto estaba vivo. Era caótico, atropellado y vibraba exhibiendo cientos de mercancías en una mezcla inaudita de colores y aromas. Un calor húmedo que no habían esperado y el olor a pescado podrido asaltaron a los niños nada más bajar de la nave. A su alrededor todo era vertiginoso, caótico, sucio e impredecible. Custodiados por Musa y sus esclavas y un grupo de soldados, se acercaron a pie a la autoridad militar del puerto. Selene aún sentía que la tierra se mecía bajo ella, en un mareo constante. Afortunadamente, el trámite fue rápido. Hubo un breve reconocimiento administrativo que Octavio resolvió con presteza con la excusa de que necesitaba descansar, y un despacho rápido de misivas para informar de su llegada y su comparecencia en la reunión, al día siguiente, del Senado. Tras la protocolaria bienvenida, la flota recién llegada se prestó a vomitar su carga de riquezas y rehenes sobre aquel minúsculo enclave portuario que tan distinto le parecía a Selene de su impecable puerto egipcio. Se sintió diminuta y olvidada, sin anclajes, en un mundo que no conocía. En Alejandría, todo su pueblo había ido a despedirles. En Roma nadie parecía saber quiénes eran.

Dejaron atrás el hedor a salmuera de las salinas, los peces moribundos flotando en la abigarrada ensenada y la visión de gatos y gaviotas disputándose los despojos de alguna rata muerta. Calíope rescató de sus pertenencias un atadillo de menta seca e instó a los príncipes a ponérselo bajo la nariz y a cubrirse con uno de sus velos para que no respiraran aquel aroma a sordidez y miseria. Vestidos con la misma ropa húmeda y tiesa que apestaba a sal y sudor con la que habían hecho la mayor parte de la travesía, los niños fueron trasladados de la manera más anónima posible, en el interior de un carromato. Planco era el encargado de su custodia. Si lo hubiera hecho el mismísimo Agripa, habría sido muy evidente que aquellos prisioneros eran poseedores de una dignidad especial.

—¿Espera acaso Octavio que nos presentemos con estos andrajos ante el Senado? —inquirió Selene asqueada, con el desprecio que le producía la presencia del antiguo amigo de su padre.

—¿Y quién os ha dicho que vais al Senado? —preguntó él a su vez.

Selene no supo qué decir. Tardó un instante en cerrar la boca, pues no se le ocurría una réplica acertada. A sus hermanos y a sus sirvientes parecía tenerles sin cuidado su destino. Musa la miraba con cautela. Rhea y Calíope se turnaban para cargar a un agotado Ptolomeo en brazos y Helios parecía tan inmune a la realidad como al reseco paisaje de pinos y de olivos que se adivinaba detrás de las ventanas. Accediendo a sus ruegos no le habían atado esta vez. Ocho jinetes escoltando el carro hubieran disuadido a alguien con mucha más edad y menos cabeza de intentar una huida.

—¿Qué van a hacer entonces con nosotros? —le preguntó a su hermano en voz baja y asustada.

—Nos darán el mando de una provincia —ironizó Helios—. ¿Tú que crees? Nos trocearán y nos echarán a los cerdos…

Selene le taladró con la mirada antes de comprobar que Ptolomeo estaba dormido.

—Si Octavio hubiera deseado mataros —intervino Musa—, lo habría hecho en alta mar, donde habría podido fingir un accidente o un intento de fuga. Si habéis llegado hasta aquí, es evidente que os quiere vivos…

Helios se encogió de hombros, mostrando lo poco que le importaban las intenciones de Octavio.

—Roma huele mal… —refunfuñó Selene con un mohín de disgusto.

—Aún no hemos llegado a Roma —la corrigió Rhea con un gesto impasible—. Esta es la campiña. Roma huele peor…

Accedieron a la Urbe desde la vía Ostiense atravesando por la puerta Lavernalis las murallas servianas. Todo, absolutamente todo, salvando los grandilocuentes nombres, le pareció a Selene indigno de la ciudad que se autodenominaba la capital del mundo. Las construcciones eran de un ladrillo tosco y mal cocido que en Alejandría no se habría usado ni siquiera para levantar los barrios más pobres, al sur del delta. Las murallas eran bajas y sin lustre, las calzadas tenían profundos baches y las edificaciones, toscas y

achaparradas, se arracimaban sin orden ni concierto, inclinadas las unas sobre las otras, como a punto de derrumbarse. Los bustos y las estatuas rezumaban suciedad y los excrementos salpicaban las aceras. Nada había en la renombrada Urbe que recordara a la blanca Alejandría, la ciudad de mármol nacida del sueño del general macedonio y su perfecto trazado en cuadricula con barrios y calles oportunamente conectados por patios, fuentes y jardines. En Roma la estructura de colinas dificultaba el transporte y costaba percibir aquellas construcciones desordenadas como una sola entidad. ¡Y ni siquiera se encontraba cerca del mar! ¿Cómo podía conquistar el mundo una ciudad que no tenía puerto?

—¡Claro que tiene puerto! —rebatió Munacio Planco—. Venimos desde allí. Ostia está a unas quince millas.

—¿Y hay que salvar esa distancia siempre que embarcáis soldados o mercancías?

—Sí —admitió él—, pero también tienen que salvarla los ejércitos enemigos que intenten conquistar la ciudad.

—Menos el cartaginés Aníbal —advirtió Selene, provocadora, recordando las lecciones de su hermano Cesarión—, que apareció por tierra burlando todas vuestras defensas y exterminó a vuestras legiones en vuestro propio territorio.

Subrayó varias veces la segunda persona del posesivo plural. Planco no se dignó siquiera a mirarla.

—Y que, pese a ello, como el bárbaro que era, jamás consiguió entrar en Roma —le recordó.

Ascendieron por una de las empinadas calzadas hasta la zona del monte Palatino. Allí se alzaba el templo de Júpiter y allí era donde, según les anunció Planco, se encontraba la *domus* de Octavio. Selene esperaba un magnífico palacio, una construcción reflejo de la grandeza de la que presumía, algo que eclipsara su palacio de Alejandría como su figura lo había hecho con las de sus padres. Se sintió en cierto modo decepcionada cuando les hicieron bajar frente a una sencilla entrada, custodiados por el grupo de legionarios que los habían acompañado desde el puerto. Aquello parecía una posada para caminantes. Un *ianitor* les franqueó el paso, abriéndoles la puerta. En el peristilo les esperaba el atriense Kallyas, el liberto de Octavio a cargo de la casa.

—¿Esta es la casa de Julio César? —preguntó Selene,

profundamente decepcionada ante los tonos ocres, el sencillo patio y la escasa decoración. Recordaba las brillantes descripciones de su hermano Cesarión, que tenía tan solo tres años cuando se había visto obligado a abandonarla.

—No —rebatió Rhea, mirando alrededor con idéntico gesto de desagrado—. La casa de mi señor Julio César estaba frente al foro. Era grande y luminosa. Tenía un peristilo espléndido. Y su puerta estaba siempre llena de gente esperando a ser recibida…

—Esta es la casa de su hijo, Cayo Julio César Octaviano —les recordó Planco—. Triunviro, cónsul, general, notable vencedor de la batalla de Actium y conquistador de Egipto, pero, por lo demás, tan solo un ciudadano más.

Helios escupió sonoramente en el suelo, como un caravanero. Era menos arriesgado que mostrar abiertamente su opinión.

—Los príncipes —advirtió vacilante Calíope ante su gesto— deben alojarse en un lugar… acorde con su dignidad.

Kallyas observó de arriba abajo a la esclava y al jovencísimo prisionero egipcio que se limpiaba la boca ostensiblemente.

—No creo que haya problemas —subrayó con desdén—. El propio Octavio ha ofrecido su *domus* para alojar a los… príncipes en espera de la celebración del triunfo. Pero si no les gusta su casa, la propuesta del general Marco Vipsanio Agripa es llevarles directamente las mazmorras del Tullianum.

—¿El Tullianum? —preguntó Musa, que jamás había oído ese nombre.

—Donde estuvo el galo Vercingétorix, antes de ser ejecutado —respondió Planco—. O, sin ir más lejos —sonrió obsequioso a Selene—, vuestra tía Arsínoe, a la que el divino Julio hizo prisionera por rebelarse contra vuestra madre.

Selene sabía que César le había perdonado la vida a Arsínoe, la hermana menor de su madre, y que la había hecho ingresar en el templo de Éfeso, bajo la promesa de no volver a reclamar nunca jamás el codiciado trono de Egipto. También sabía que, años después, antes de que ella naciera, fue violentamente arrancada de ese templo y ejecutada por los hombres de su padre. No fueron los romanos los instigadores del crimen, sino la propia Cleopatra, eliminando de raíz la posibilidad de una nueva disputa. La sucesión en el trono de los Ptolomeos nunca había sido sencilla. No era algo

en lo que le gustara demasiado pensar.

—La bella Arsínoe —recordó Planco con deleite—. Es la segunda vez que un miembro de vuestra familia desfila en un triunfo romano… Como vencidos, claro.

Era eso entonces, pensó Selene. Para eso había respetado Octavio sus vidas. Para exhibirles pálidos, indignos y escuálidos en su miserable desfile triunfal, antes de su más que previsible fin. Se preguntó con un escalofrío si en el exhaustivo expolio del mausoleo de su madre, Octavio no habría traído también en uno de sus barcos los cuerpos de sus padres para arrastrarlos impúdicamente por las calles de Roma.

—Yo no desfilaré en el triunfo de ese miserable… —espetó Helios, sacándola de sus pensamientos.

—Me temo, joven señor —indicó Kallyas con un tono que no admitía réplica—, que no es algo que dependa de tu voluntad.

Hizo un obsequioso gesto para que le precedieran. Sin posibilidad de negarse, los tres niños echaron a andar custodiados por los soldados. Musa intentó seguirles, pero el atriense alzó una mano deteniéndole.

—Tú no. Tengo órdenes de alojar a los niños hasta que se celebre el triunfo. Ahora vendrá alguien a hacerse cargo de vosotros.

—Yo voy con los niños dondequiera que vayan —advirtió Musa con tono gélido.

—Aquí no —siseó Kallyas—. Están en la casa de Octavio. Tus servicios no son necesarios.

—Soy su tutor…

—Me temo que aquí ya tienes poco que enseñarles…

Musa se adelantó un paso más para enfrentarse con el atriense. Tensó los puños. Munacio Planco se colocó ante él. Tenían aproximadamente la misma estatura, pero a diferencia del hebreo, el romano lleva protecciones metálicas. E iba armado.

—Musa, amigo, no lo hagas más difícil —le pidió.

—No me llames amigo. No hago amistad con traidores.

—Tener la inteligencia suficiente para saber qué barco se está hundiendo no es ser un traidor, Musa —replicó Planco con tono cansado—. Tú perteneces a Oriente. Quizá para ti la elección fuera fácil. Yo tenía dos Romas constantemente enfrentándose dentro de

mí.

—No trates de despertar mi compasión, Planco. No es tu inteligencia lo que pongo en duda, sino tu moral.

Ptolomeo, abrazado a Rhea, arrancó a llorar. Selene cerró los ojos. No quería estar sin su gente de confianza, las personas que habían compartido su suerte desde Alejandría, lo poco que le ataba a su existencia anterior, pero el gesto tenso de los soldados era lo suficientemente disuasorio.

—Estaremos bien, Musa —dijo. Y el hebreo leyó en sus ojos el hastío de semanas de encierro, el mareo del olor a orines, a brea y humedad. La mezcla de tristeza, soledad e incertidumbre—. Solo necesitamos descansar. Y un suelo que no se mueva —sonrió tristemente.

Eso era lo único que tenía ahora. En Roma. La misma Roma en la que su madre había sido feliz junto a César. La misma Roma en la que había nacido su padre. La Roma de la que hablaba fascinado Cesarión, la misma Roma que alababa siempre Antilo… Era una suerte que todos estuvieran muertos. Si hubieran estado allí, les habría maldecido, entre lágrimas, por engañarla de aquella manera.

Kallyas emprendió el camino de los *cubicula* atravesando el peristilo. Selene tomó de la mano a Ptolomeo y los tres niños siguieron al liberto, escoltados por la mitad de la guardia, con una indescriptible sensación de soledad. Calíope se aferró al brazo de Musa, aterrada, viéndolos marchar.

—No nos han separado en todo este tiempo. ¿Para qué nos ha traído a esta maldita ciudad si no es para estar con nuestros señores? ¿Adónde se los llevan? —inquirió. Y gritó ante la inmovilidad del hebreo—: ¿Adónde se los llevan, Musa?

Rhea abrazó a la esclava más joven en un gesto de consuelo. Musa continuó mirando al lugar por el que habían desaparecido incluso un buen rato después de haberlo hecho. Se volvió hacia el antiguo oficial de Antonio, el hombre con quien tantos buenos momentos había compartido en Alejandría.

—¿Qué pasará después del triunfo, Planco? —preguntó. El romano suspiró levemente a la pregunta del hebreo. Su puño se cerró inconscientemente en el pomo de su *gladius*. No contestó—. Me has llamado amigo antes —insistió Musa—. En nombre de nuestra antigua amistad, respóndeme. ¿Qué va a pasar después del

triunfo? ¿Después de que exhiban a los cachorros de su tan codiciada presa? ¿Qué harán con ellos, Planco?

—No sabría decírtelo, Musa. —Su voz sonó menos segura de lo que él mismo deseaba—. Para el Senado representan lo más execrable de esta guerra. Sé que con la campaña de Egipto quieren lanzar un mensaje para disuadir de posibles rebeliones a estados vasallos. Me temo que sus vidas dependen solo de César.

—¿De César? —inquirió Musa—. ¿Del mismo que no ha dudado en asesinar a Cesarión? ¿Del mismo que ha degollado a Antilo por el único delito de ser hijo de Antonio?

—Estaban enrolados como soldados. Los dos. Podían haberles mandado a Philae, a Tebas, pero los prepararon para combatir. Celebraron ostentosamente su mayoría de edad tras el desastre de Actium… —justificó Planco—. ¡Estaban pidiendo a gritos morir por Egipto, Musa! Sus padres sabían a lo que les exponían cuando los lanzaron contra nosotros…

—¿Te refieres a los mismos padres que te abrieron sus brazos y te dieron un puesto en su corte? Eran dos muchachos, Planco. Dos muchachos a los que tú aupaste en tus brazos, a los que subiste a tu propio caballo, a los que enseñaste a combatir…

—¡Cállate! —escupió Planco, incómodo—. Yo no hago las leyes de las guerras. Si es que tienen alguna… Supe desde el primer maldito momento que esto no saldría bien. Antonio no quiso escucharme. ¡Aquel testamento…! ¡Las tierras que regaló a Cleopatra y sus hijos en aquel acto indigno…! No podía salir bien. ¡Nunca!

Musa se acercó ostensiblemente a él hasta que sus rostros casi se rozaron. Planco no retrocedió.

—Has estado lo suficientemente cerca de la reina y de nuestro triunviro como para aconsejarles en interminables ocasiones, Munacio Planco —le recordó Musa con rencor—. Eres pérfido y empalagoso, sí, pero sorprendentemente bueno con las palabras. Procura ganarte la confianza de tu nuevo dueño. Procura hacerlo para rogarle por la vida de esos niños. Son sagrados para su pueblo. Y por motivos distintos, lo son también para mí. Métete en la cama de Octavio y susúrrale al oído, si es necesario, Planco, porque si les pasa algo, escúchame bien, si les pasa algo, tendrás que matarme… —advirtió con una tranquilidad sorprendente, como si enumerara

un hecho objetivo.

Planco no respondió. Musa se permitió alzar su mano derecha y golpear quedamente la *lorica* de metal del romano, a la altura de su pecho, en un gesto pretendidamente amistoso.

—Y después de matarme —continuó—, tendrás que buscar la manera de acabar con mi alma, porque mi espíritu, Planco —siseó con tono sobrecogedor—, te perseguirá. Te perseguirá dondequiera que vayas, y ni todas las nuevas posesiones que Roma le va arrancando al mundo bastarán para esconderte…

Planco fue incapaz de sostenerle la mirada y bajó atribulado los ojos al suelo. Como buen soldado romano era supersticioso y el tono tenebroso de aquel judío le erizó la piel. ¿Qué sabía él de sus prácticas cabalísticas y de lo que aquel pueblo de iluminados era capaz de hacer en su fanatismo? Valoró acabar con la vida de Musa en aquel mismo instante, en el patio de la mismísima casa de Octavio, pero aquella amenaza de eternidad le paralizó. ¿Qué podía hacer él?, se preguntó en un estremecimiento. No tendría ninguna oportunidad para hacer valer sus sugerencias. En la nueva Roma, tras el cisma de los triunviros, mostrar emoción era mostrar debilidad. César no era el asequible y cercano Antonio. Había una frialdad heladora en su mirada. Nadie sería capaz de convencerle de hacer algo que no hubiera planificado de antemano. Y, o se equivocaba mucho, o tenía el destino de aquellos niños cuidadosamente trazado.

III

Octavio no apareció por la *domus*. Los hermanos pasaron el día atendidos por una silenciosa procesión de esclavos que les sirvieron algo de vino aguado y unos platos insulsos con algo que no fueron capaces de identificar. Ante su negativa a probar bocado, hubo una pequeña revolución solapada en las cocinas, y una mujer joven puso ante ellos una bandeja dorada en la que se mezclaban, en estético desorden, trozos de queso, manzanas, membrillos, nueces, higos y uvas pasas. Tras la escasez de fruta durante el viaje desde Alejandría, el pequeño Ptolomeo se lanzó a comerse a puñados las uvas pasas y los higos, y sus hermanos le imitaron de forma más moderada. La fruta era fresca, dulce y reconfortante, pero poco tenía que ver con los banquetes de los que habían disfrutado en su tierra natal desde el día en que nacieron. Selene obvió comentar que, salvo el queso, aquellas fruslerías eran lo que los niños de la nobleza alejandrina llevaban como regalo a sus caballos.

Cuando manifestó en voz alta que necesitaban asearse después de mes y medio metidos en aquel infecto barco, Kallyas ordenó a un grupo de los trabajadores de la casa que les asistieran con su higiene. Los separaron. Un fornido esclavo galo se llevó a sus hermanos. Selene intuyó que quizá presto a intervenir advertido de la rebeldía de Helios. A ella, una jovencita de rostro pecoso y pelo sorprendentemente anaranjado, poco mayor que ella, la acompañó hasta su habitación.

—Nunca había visto un pelo como el tuyo… —se admiró Selene.

—La señora me contrató por ello —admitió la muchacha, bajando los ojos—. Aquí es extraño, pero en mi tierra es bastante común.

—¿De dónde eres?

—Mi familia viene de Auvernia… —se sintió obligada a explicar —. De la Galia, señora.

Selene la miró con una curiosidad nueva. Había leído los escritos sobre aquellas guerras. Quizá aquella muchacha era una del más de millón de esclavos que Julio César había llevado a Roma tras la batalla de Alesia. No, demasiado joven para eso, fantaseó. Quizá

aquella muchacha era hija de una alguna princesa niña destronada que el general romano hubiese traído consigo al acabar el conflicto. Notó un nudo en la garganta. Se sintió sorprendentemente ligada a ella y se sorprendió. Jamás se había hecho ese tipo de preguntas sobre un esclavo.

De hecho, jamás se había parado a pensar que los esclavos de un país podrían haber llegado hasta allí como botín de guerra; que quizá habían sido príncipes en sus propias tierras.

Tragó saliva.

—¿Cómo te llamas?

—Arween.

—Gracias, Arween.

Ambas parecieron sorprendidas con aquel gesto espontáneo. Selene sintió un agua incómoda en sus ojos y se volvió para que la muchacha no la viera. La joven gala percibió su apuro y continuó de forma mecánica con su tarea. Le trajo un aguamanil de cerámica esmaltada, una cántara llena de agua fría, una rígida toalla de algodón y una serie de cuencos con diversas sustancias.

—¿Qué es esto? —preguntó Selene.

—Esto es lo que los romanos llaman *struthium*, soda, y esto —le explicó Arween señalando otra sustancia— es *aphronitum*, fango. Aquí tienes también harina de habas, por si necesitas exfoliar tu piel. Y aquí, aceite, para hidratarla luego.

Selene acercó el cuenco a la nariz y cerró los ojos esperando que el aceite le trajera los aromas de los baños de su infancia.

—No huele a nada —advirtió.

—No tendría por qué —argumentó la muchacha—. Es aceite de oliva.

La esclava salió de la estancia con un mínimo saludo. Selene sabía que no iba a contar con nadie que la ayudara a asearse. Soda. Fango. Esa era su vida ahora. Y eso, mientras dure, advirtió una voz dentro de ella. Revisó los cuencos con el corazón encogido de esa tristeza que a veces la asaltaba bruscamente. Había aprendido a mantenerla a raya cuando recordaba a sus padres. Había aprendido a primar los momentos grandes y solemnes, los recuerdos perfectos, sobre el dolor de su ausencia. Había aprendido incluso a pensar en Cesarión y Antilo como en hermanos mayores protectores, aunque ausentes, desterrando al lugar en el que moran las pesadillas sus

rostros congelados, sus miradas inexpresivas y sus labios sin vida. Había aprendido a no llorar cuando alguien los mencionaba para no darles a los vencedores el regalo de su humillación y su dolor. Pero, en ocasiones, cuando más desprevenida estaba, como si la acechara, una nostalgia cruda y descarnada se cernía sobre ella como la niebla espesa que destilaba el Nilo en los amaneceres. Y entonces una capa densa y blanquecina iba borrando todos los contornos, todos los asideros posibles.

Selene lloró sobre su vasija de cerámica esmaltada y sobre su toalla de algodón. Lloró porque no había un patio al aire libre donde la luz de sol caldease su piel mientras el agua caía como lluvia en su rostro desde el caldero agujereado manejado por sus esclavas. Lloró porque no tenía una hirviente pila de baños donde sumergirse al caer la tarde, mientras la brisa teñida en una espectral luz anaranjada movía los cortinajes de su balcón. Lloró porque no había esencias de aceites aromáticos que vertidas en el agua le ayudaran a hidratar su piel, ni doncellas que, sumergidas junto a ella, juguetearan con el agua. Ni volvería a haberlas. Estaba completamente sola. Por primera vez en su corta existencia, nadie masajeó sus miembros cansados con miel y leche antes de irse a dormir. Cepilló su largo pelo sola y sola se desvistió. Y se sintió mucho más vulnerable en aquella *domus* de lo que se había sentido en la larga travesía a lomos de las olas. Como si estuviera empequeñeciéndose y cada vez ocupara menos espacio. Como si su existencia cada vez importara menos. Antes de dormirse pensó que había algo audaz y nuevo en aquella necesidad de tener que valerse sola y algo vacío y espeso en aquella repentina soledad.

—Deberías despertar…

Selene se puso en pie alarmada. No había oído llegar a Arween. Habitualmente, en el tiempo que llevaban en la *domus* de Octavio, se despertaba con el alba y los primeros ruidos de movimiento en la casa. Sus hermanos compartían otra estancia cercana. A ninguno les permitían cerrar las puertas de sus habitaciones que daban al peristilo y dormían prácticamente a vista de la guardia. A Selene le humillaba profundamente saberse expuesta, durante la calurosa noche, tumbada sobre un jergón bajo y corriente a la mirada torva de los soldados, pero cada día el cansancio podía más que la

autocompasión y la obligaba a caer rendida. Se sabía espiada. En ocasiones notaba pasos apresurados que escapaban cuando salía de su *cubiculum*; el cuchicheo de voces quedas y risas infantiles que sonaban como adormecidas tras las puertas de aquellas estancias a las que tenían prohibido pasar… Pero en esencia sentía que estaban solos, apartados a la fuerza, alojados en torno a un patio interior en una de las alas de aquella austera edificación, desorganizada y laberíntica. Como si en algún lugar, la vida real bullera en derredor de ellos sin rozarles. Como si ya hubieran muerto y fueran espectros atrapados entre esas paredes.

Los últimos días habían sido tan iguales que no habría sabido decir el tiempo que llevaban allí. Alguna vez habían visto pasar de lejos a Octavio hablando con oficiales y despachando distintos asuntos, pero no había vuelto a dirigirles la palabra. Y sin embargo, había habido algo diferente los dos últimos días: una muchedumbre bullente, un eco de galopes, un sonido de fanfarrias más allá de los muros de la casa. Quizá por eso, esa noche, Selene había soñado con el escenario de una batalla lejana. Observaba los restos humeantes desde la nave de Octavio cuando un cuervo negro se posó en el mástil para darles un mensaje. No lo llevaba escrito; sabía hablar y ella era la única que entendía su lengua. Debían dar la vuelta, le decía. Alejandría no estaba perdida. Sus padres no estaban muertos. Todo era un inmenso error. Intentó hacer virar al barco y convencer al inclemente Octavio de que la devolviera a tierra, pero todo fue en vano. Nadie más entendía el graznido de aquel animal y nadie la creyó.

Fue ahí donde se despertó para encontrarse con la expresión indescifrable de la doncella, a la luz de una lucerna. No sabía cuánto tiempo llevaba mirándola.

—Es muy temprano… —argumentó Selene. Ni la más mínima claridad parecía entrar desde el peristilo.

—Hoy es un día especial —respondió la esclava gala mientras encendía las lámparas de aceite distribuidas por la estancia, en las hornacinas de la pared y el *abacus*. Sobre él comenzó a colocar ordenadamente los diferentes frascos que extraía de una caja esmerilada que traía con ella—. Me mandan a que te maquille —afirmó a modo de explicación.

Selene comprendió que había llegado el día. Lo que quiera que

fuese que iba a suceder estaba a punto de empezar. Sintió un ligero mareo y una mano monstruosa que apretaba su estómago. Miró los ungüentarios y recordó la noche que entró en la cámara de su madre.

—¿Maquilláis siempre a vuestros condenados antes de enviarlos a la muerte? —se atrevió a preguntar con una audacia que no sentía.

—Si no te maquillo, señora —repuso la muchacha, encogiéndose de hombros—, todo el mundo pensará que estás ya muerta.

Selene se dejó hacer. Se contempló en el espejo de bronce pulido que Arween puso ante sí por primera vez en varias semanas y apenas se reconoció. Parecía más mayor, más delgada, mucho más pálida… Sus ojos estaban apagados, sus pómulos se marcaban en un rostro que había perdido su tono cobrizo y su pelo oscuro estaba encrespado y sin brillo. Cualquiera de sus esclavas en Alejandría iba mejor vestida y peinada que ella, pensó.

—Tú también tienes un pelo muy bonito —dijo la esclava. Selene apreció su esfuerzo, pero ni siquiera podía sonreír.

Con dedos hábiles, Arween aceitó su pelo y lo anudó en dos brillantes trenzas que recogió en la coronilla, despejándole el rostro. Tras mirarla apreciativamente como para decidir el siguiente paso, procedió a aplicar polvos de arroz a su rostro, acentuando así su palidez. Sobre aquel rostro de luna llena, la esclava alargó la línea de sus pestañas, perfiló sus cejas, pintó una sombra oscura sobre sus párpados y coloreó sus labios y mejillas con polvo de cinabrio mezclado con lanolina. La observó con aire satisfecho. Selene tuvo que parpadear para convencerse de que la muchacha que la miraba desde el otro lado del espejo era ella.

—Es sorprendente lo que pueden hacer unos afeites…

Una mujer alta y delgada, vestida de manera sobria y con el pelo del color del trigo maduro recogido en la nuca, asomó sin pedir permiso por la puerta del cubículo. Selene no la había visto nunca.

—Puedes irte, Arween. Ya continúo yo.

La esclava salió, y la recién llegada se colocó tras de ella. Durante un instante ambas se observaron en silencio en el distorsionado reflejo del *speculum* como si estuvieran estudiándose. La mujer posó ambas manos en su cuello y acarició sus hombros. Selene sintió un escalofrío.

—Eres idéntica a ella —suspiró—. La recuerdo perfectamente. Yo era apenas una niña, poco mayor que tú, cuando tu madre visitó Roma…

—¿Conociste a mi madre? —Selene se volvió, repentinamente interesada. Observó con una curiosidad nueva a aquella mujer de ojos castaños, de belleza sobria y gesto voluntariamente inexpresivo.

—Todo el mundo conoció a tu madre… ¿Cómo hubiera podido pasar desapercibida? Los hombres la miraban con deseo y las mujeres con curiosidad. —La mujer dejó que su mirada vagase en algún escenario del pasado grabado en su memoria—. Todo en ella parecía sacado de un sueño. Su piel pintada de oro, su tocado ritual, sus extravagantes ropas y su hijo vestido como un pequeño dios. Nos miraba como si no existiéramos, pobres palurdos romanos ignorantes rendidos a sus pies. César la observaba sin disimular su satisfacción, como un viejo avaro que contara su dinero. Bruto… Cicerón, sobre todo… ¡Cómo criticaron algunos el despliegue de medios que se hizo para recibirla! ¿Dónde se había visto? ¡Las legiones de Roma escoltando a una reina extranjera! Su carro dorado se paseó ostentosamente por el Campo de Marte mostrando cosas que ninguno habíamos visto jamás. Esclavos nubios negros como la noche, danzarinas con el cuerpo desnudo y la cara velada. ¡Llevaba un pequeño ejército de babuinos amaestrados vestidos como niños! Incluso se permitió regalar unas crías de cocodrilo para el estanque de la villa de César… —sonrió levemente ante el recuerdo—. Crecieron de manera monstruosa. Les alimentaban con pollos vivos y cuentan que uno de ellos le arrancó en una ocasión una mano a un esclavo. César gustaba de mostrarlos en sus reuniones. Los exhibía, atados, ante sus generales cuando quería repartir cargos o misiones porque decía que aquellos animales sabían oler el miedo. —Se encogió de hombros—. Las dos le sobrevivieron, curiosamente. Pobre… Calpurnia mandó matarlos poco después.

—¿Quién?

—Calpurnia. La esposa de César. ¿No lo sabías? Él estaba casado mientras se divertía con la reina egipcia —añadió con tono hiriente —. Aún vive. Perpetuamente viuda y retirada de todo. Quizá llegues a conocerla… Aunque no sé si es buena idea —pareció retractarse y

acarició morosamente su cabello trenzado—. Te pareces demasiado a ella…

—¿A Calpurnia?

La mujer pellizcó con dureza su barbilla.

—A tu madre…

Selene recreó mentalmente al detalle la escena que le habían descrito, como si ella misma hubiera estado allí. Había visto desfilar cientos de veces a su madre, haciendo ostentación de sus riquezas, del poderío y la magia del Nilo, la moneda de cambio de sus negociaciones. Nunca se había preguntado cómo la habían percibido en Roma a su llegada. Ni si se habría sentido juzgada y asustada. ¿Fue aquel el momento en el que decidieron convertirla en su rival? Si Cesar no hubiera sido asesinado, ¿Roma habría acabado por amarla?

Eran preguntas que no tenían respuesta. No podía cambiar el pasado. Ni siquiera tenía margen para decidir sobre su futuro.

La mujer a su espalda se volvió hacia la puerta abierta y llamó en alto a la esclava.

—¡Arween! Trae las ropas de… nuestra invitada.

Selene no esperaba nada mucho mejor que las toscas prendas que le habían proporcionado durante la travesía y en la *domus* de Octavio, por eso no estaba preparada para la conmoción que fue ver aparecer a dos esclavos cargados con un cofre taraceado en marfil y ébano que reconoció perfectamente. Se llevó las manos a la boca con incredulidad y procedió a abrirlo, con dedos temblorosos como quien teme que el último retazo de un pasado feliz se borre ante sus ojos. Como había sucedido en Alejandría, aquel cofre guardaba sus prendas más exquisitas, y algunas de las joyas de su madre, las que solía vestir en los actos oficiales. Se emocionó hasta el llanto mientras notaba el consolador tacto del crujiente lino, los velos de gasa, los frágiles tejidos de seda que las caravanas traían de más allá del Oriente. Las diademas doradas y los anchos cinturones bordados recamados con lapislázuli y turquesas del Sinaí desentonaban en la sobriedad de aquella mansión. Sus amuletos y los rostros de sus dioses llegaban en el mejor momento. Cuando necesitaba creer que no la habían abandonado.

—Pensé… Creí que todo se había quedado en Alejandría… —murmuró conmovida ante la mirada impávida de aquella extraña

mujer. Echaba de menos a Calíope, que se hubiera entusiasmado con ella y habría encontrado enseguida la mejor combinación.

—Te ayudaré a vestirte —propuso su acompañante.

Sus dedos se posaron en el filo de la camisa de dormir de Selene. Ella se estremeció ante el tacto de aquellas manos finas y heladas. No le gustaba el modo en que rozaban su piel.

—¡No! —gritó. Y trató de suavizar la dureza de su tono—. No conoces mi ropa… ni mis costumbres. Yo elegiré lo que me pongo…

La mujer sonrió con lentitud. Había algo inquietante en la manera en que sus labios se estiraban sin mostrar ningún tipo de emoción.

—No, jovencita. —Sus ojos se afilaron en el espejo—. Veo que aún no has entendido las reglas del juego. Ni tú eres una invitada ni yo soy una esclava. —Alzó la barbilla en un gesto categórico—. Yo soy Livia, la dueña de esta casa —advirtió con altivez—, y tú, la prisionera de mi esposo. Hoy desfilarás en su triunfo. Y yo me aseguraré de que todo, absolutamente todo, sea perfecto. Incluso tu apariencia.

IV

Era cierto. Como ciertos eran el despliegue, el bullicio y el olor de multitudes que Selene había escuchado los dos días anteriores. Octavio llevaba dos días enteros celebrando los triunfos obtenidos en las batallas de Iliria y Actium. El tercero sería el último y de alguna manera el definitivo, la conquista de Egipto. Y era en este episodio donde ellos, adivinó Selene, tenían un papel que interpretar. Se alegró enormemente de que nadie le hubiera pedido asistir el día anterior a la conmemoración de la victoria romana en la batalla naval que había terminado por cambiar el curso de su historia y la de su país.

—Tenía la esperanza de que se hubieran olvidado de nosotros —ironizó su hermano Helios.

—¿Has visto a Musa? —quiso saber Selene.

—No. Solo a ti, a Ptolomeo y a este puñado de vasallos desde que hemos llegado. No he visto ni la calle. Podríamos estar en Roma o en cualquier otro lugar infecto de su mundo.

—¿Les habrán hecho algo? —inquirió ella, preocupada.

Helios la observó con una mirada de incredulidad.

—Hermana, somos nosotros los hijos de los vencidos. Preocúpate por ti misma —le aconsejó—. Los esclavos siempre pueden cambiar de amos.

Selene negó con la cabeza. Nadie, ni siquiera su hermano, iba a decirle cómo tenía que hacer o sentir las cosas.

—No entiendo por qué no han dejado que sean ellos quienes estén a nuestro lado…

—Imagino que también los mostrarán en el triunfo. Como el ganado o el oro que han sacado de Egipto. Como las posesiones de Roma que ahora somos. ¿Por qué no los han dejado con nosotros? No sé. Los tres son de Oriente. De Grecia, de Chipre, de Judea… Creo que piensan que solo por eso son poseedores de secretos y pócimas que podrían acabar con la vida de sus príncipes antes de verlos humillados.

—Eso es una tontería —le refutó Selene—. Si hubieran querido envenenarnos, lo habrían hecho en el barco.

—En el barco es fácil fingir un accidente, pero aquí… Octavio no puede permitirse que nos suceda algo antes de exhibirnos. ¿Cómo justificaría el primer ciudadano de Roma que sus prisioneros murieran envenenados en su propia casa?

Un pequeño grupo de soldados se encargó de atar las manos y los pies de los niños con cadenas de oro. Eran tan pesadas que el pequeño Ptolomeo no podía alzar los brazos ni para limpiarse las lágrimas a manotazos. Selene se tragó la humillación cuando recordó que su madre también lo había hecho así con Artavasdes, el rey de Armenia. Hubiera preferido llevar unas sencillas cadenas de hierro. Quizá así su identidad no habría sido tan evidente ante toda Roma…

—¿Te avergüenzas de que sepan quién eres? —le reprochó Helios con tono airado.

—¡No!

—Pues entonces —le aconsejó su hermano—, lúcelas con orgullo…

Los llevaron hasta el carro dorado que iba a conducir el propio Octavio. Su aspecto resultaba sorprendente porque era demasiado ostentoso para aquel humilde entorno. Los mozos de cuadras estaban enjaezando a tres hermosos caballos impecablemente blancos para tirar de él.

—Vosotros iréis delante, *ante currum*. Es lo habitual en los triunfos, con prisioneros de categoría —señaló con sorprendente amabilidad uno de los jóvenes oficiales, el que parecía al mando.

—Tú sabes de eso, ¿eh, Juba? —bromeó uno de sus compañeros.

El primero le ignoró con una sonrisa y continuó explicándoles el protocolo. A Selene su voz le resultaba familiar. Embutidos en su atuendo militar y sus cascos, todos los legionarios romanos le parecían iguales, pero tuvo la sensación de que a este lo había visto antes. ¿Quizá custodiando la puerta de la alcoba de su madre aquella última noche? O espera…, ¿podría ser el oficial que contuvo a Agripa cuando el general romano abortó su desesperado intento de suicidio? Observó detenidamente el tono de su piel y sus ojos oscuros. Pero era la voz, aquella voz hipnotizante que le había recordado a Agripa a tiempo que merecía el respeto que un oficial le debe a la hija de una reina y un triunviro romano.

«Roma respeta el rango de sus enemigos —sonaba aún esa voz

tajante atrapada en su memoria—. Incluso vencidos. Incluso prisioneros. Incluso muertos…».

—¿Prisioneros de categoría? ¿Y qué les pasa tras el triunfo a los prisioneros de categoría? —preguntó Helios, interrumpiendo sus pensamientos.

—¡Los tiramos por la roca Tarpeya! —gritó uno de los soldados.

Dos de ellos rieron su intervención. Los ojos de Ptolomeo se congelaron. Selene puso sus manos esposadas sobre las orejas de su hermano pequeño. El joven que les estaba explicando el protocolo del acto miró a sus compañeros con reconvención.

—A Vercingétorix le estrangulamos —recordó otro de ellos—. Después de seis años de prisión. Tuvo tiempo de sobra para desear no haberse enfrentado nunca al divino Julio.

Selene notó cierta serenidad en esa disociación; en hablar de su próxima ejecución como si no formara parte de ella.

—No le hagáis caso. —El soldado de ojos oscuros se dirigió expresamente a ella, tratando de brindarle un pobre consuelo—. No siempre ocurre. A veces se perdona a los prisioneros.

—Y cuando no —advirtió su compañero—, al menos las muertes son rápidas.

—Depende… —puntualizó otro—. A los malhechores, por ejemplo, se les crucifica, pero vosotros sois gente de alta cuna. No optarán por ese método.

Su tono sonaba tan consolador que Selene se descubrió a sí misma a punto de darle las gracias.

—Cuando son ciudadanos romanos —les indicó un tercero, deseoso de explicarles las diferentes maneras de morir a manos de Roma—, se les insta al suicidio…

—Cuando son ciudadanos romanos, no hay triunfo, estúpido —le recordó su compañero—. Sería impúdico alegrarse de la derrota de otro romano…

—Nosotros somos romanos —advirtió Helios con frialdad—. Medio romanos, al menos.

Selene se sorprendió de su aseveración. Era la primera vez que hacía valer de algún modo la procedencia de su padre. Su aclaración sirvió para clausurar la conversación con un silencio incómodo. Evidentemente, ninguno de aquellos jóvenes oficiales supo qué decir. Selene se preguntó si habrían llegado a conocer a su

padre, si alguno de ellos habría luchado junto al gran Marco Antonio. Prefirió no saberlo. Pese a su condición, Helios sonrió condescendientemente, como si estuvieran en el Museo, junto a sus tutores, y acabara de vencer en un debate dialéctico.

Octavio se acercó a sus oficiales, impecablemente vestido. Había mandado cortar su pelo y se había rasurado la incipiente barba que había descuidado durante la travesía en barco. Selene le observó casi a hurtadillas, detrás de la cuadriga. Le sorprendió su aspecto aniñado. Destilaba satisfacción. Aprobó apreciativamente el aspecto de Ptolomeo y de Helios.

—Tenéis mejor cara que el día que llegasteis… —admitió—. Demasiado delgados aún, a mi modo de ver…

—¿Es un problema? ¿Acaso tenías previsto sacrificarnos a tus dioses? —inquirió Helios con irreverencia.

—No comen mucho, señor —reconoció Kallyas.

—Buscan dejarse morir de hambre como intentó su madre tras la muerte de Antonio —concedió Octavio, como si ellos no estuvieran delante; como si la muerte de su padre hubiese sido algo absolutamente accidental y ajeno a él mismo—, pero así están bien. Bien vestidos y medianamente alimentados. No quiero mostrar a unos niños desharrapados que inciten a la compasión, sino a los principitos ostentosos que soñaron ser reyes de territorios de Roma…

—¿Entonces es eso? ¿Quieres que Roma nos odie tanto como nos odias tú?

Octavio se volvió al escuchar la voz de Selene, pero se quedó completamente inmóvil al verla aparecer frente a él, desde detrás del carro. Vestida con su tiara y sus ropas ceremoniales, con el pelo recogido, el rostro maquillado y los penetrantes ojos subrayados al estilo egipcio, parecía no solo más adulta, sino una copia absoluta de su madre. Contuvo la respiración, mirándola con aprensión, como si el fantasma de la reina egipcia acabara de materializarse en su presencia.

—¡Por Júpiter! —exclamó, desconcertado—. ¿Qué brujería es esta?

Livia apareció un paso por detrás de Selene. La sobriedad de sus ropajes y su peinado contrastaba con la radiante luminosidad de la niña en sus vestidos blancos y dorados. Octavio las miró a las dos

alternativamente, como si la imagen de Livia lo aferrara a la realidad y lo sacara de una ensoñación. Se frotó los ojos.

—Creí… Por un momento creí…

Livia tomó cuidadosamente el brazo de su marido. El gesto fue discreto, pero había en él algo obscenamente posesivo. Era su manera de tocar, como cuando lo había hecho con ella, pensó Selene. Como si todo… como si todo le perteneciera.

—No es más que una niña vestida con las ropas de una reina muerta —dijo sin alzar el tono. Su voz reptó por la piel de Selene, como un insecto viscoso—. ¿No es esta la Cleopatra que deseas mostrar al mundo?

—Sí… —convino él—. Exactamente —añadió, reponiéndose de su primera impresión.

Selene percibió la turbación que le había causado su aspecto. Era directamente proporcional al odio que destilaban los ojos de su esposa. El cónsul pareció salir de su ensoñación, miró alrededor como comprobando que todo estaba correcto y dio la orden:

—¡En marcha!

—¡No! —La negativa de Selene ante todos los presentes fue tan imprevista y tajante que Octavio pensó que había oído mal.

—¿Cómo has dicho? —preguntó.

—No iré si no puedo ver a Musa y a mis esclavas —advirtió Selene con la barbilla muy alta—. Si me tengo que despedir de ellos para siempre, quiero que sea ahora.

Octavio cerró los ojos en un gesto de cansancio infinito. Suspiró. Agripa avanzó cautelosamente a su lado por si era necesario controlar un acceso de ira. Sabía perfectamente lo que pensaba. ¿He conquistado Egipto y voy a plegarme ante una niña? ¿De verdad una criatura de once años se atreve a desafiarme delante de mi esposa, de mi mejor general, del personal de mi casa y de toda mi guardia? ¿El día de mi triunfo? ¿De verdad?

—No sé a qué crees que estás jugando, muchacha —susurró Octavio. Selene estaba segura de que el hecho de hurtarle su título y su nombre era intencionado, para hacerla aún más insignificante; más anónima—; pero vas a ir atada delante de mi carro. Lo quieras tú o no.

—No me faltes al respeto —advirtió—. No soy una muchacha. Soy la heredera al trono de Egipto. Y tú me reconoces como tal,

porque como tal me vas a lucir ahí fuera.

—Muy bien, princesa —aceptó con acento burlón—. Camina o te haré arrastrar por los pelos…

—Hazlo. No daré ni un paso. Tendrás, efectivamente, que arrastrarme si quieres que camine. Me tiraré al suelo mientras tus guardias tiran de mí. Tendrás suerte si tus caballos no me pisotean. La bonita túnica que tu esposa ha elegido para mí se ensuciará y se romperá contra el suelo. Mi diadema se caerá, mi pelo se enredará y se apelmazará de arena y mi piel de niña se arañará y se rasgará, dejando un reguero de sangre entre los sucios adoquines de tu ciudad —escupió amenazante—. Hazlo —le instó nuevamente—. Que Roma vea cómo te comportas, no con herederos de Egipto, sino con los hijos de Marco Antonio, por pequeños que sean. Quizá entonces vean la diferencia con el divino Julio, que aún es famoso por su clemencia…

Octavio taladró a la niña con la mirada. Juba, el oficial al mando de la guardia, bajó el rostro para amagar una sonrisa. Planco fue el único que se atrevió a romper el silencio.

—Vaya. Digna hija de su madre.

—Planco —siseó Octavio—. Nadie ha pedido tu opinión.

—No, señor —admitió el oficial, cuadrándose.

—Traed a ese judío —gritó—. Y a las esclavas. Atados.

—¿Vas a ceder públicamente ante las exigencias de una niña? —se le encaró Livia, mientras los soldados se apresuraban a ejecutar su orden—, ¿de una enemiga de Roma? ¿Así es como negocia el gran Octavio?

La mirada que le dirigió el cónsul podría haber escarchado las riberas del Tíber.

—Livia —advirtió sin subir el volumen de su voz—, permíteme que sea yo quien decida cómo debo orquestar mi triunfo.

Helios observó a Selene admirativamente, mientras el mismísimo Octavio se plegaba a sus exigencias y Livia enmudecía, con la mandíbula tensa y los puños apretados. Era cierto que esa recién nacida majestad le recordaba a su madre. ¿Era su nuevo aspecto lo que había obrado aquel cambio? ¿Era aquella decisión con la que le hablaba? ¿Era esa actitud suicida del que no tiene nada que perder?

Las órdenes de Octavio se cumplieron de inmediato. Rhea y

Calíope se abrazaron a ellos como si aún fueran bebés en sus brazos y lloraron al verlos encadenados. Rhea maldijo en su lengua natal a varias generaciones de la familia de Octavio, aunque nadie le prestó atención. Musa besó la cabeza de Selene. Le sorprendió como a Helios su serenidad. El trazado de kohl ornaba sus ojos sin que el llanto amenazara con destruirlo.

—No tengas miedo, princesa. Pase lo que pase, eres la hija de una reina egipcia y de un gran general romano. Sal ahí fuera jactándote de tu herencia. Tienes lo mejor de los dos mundos. Roma lo sabe. Y Octavio también.

—No tengo miedo, Musa. No me da miedo la muerte. Tú y yo sabemos que esta vida no es más que un camino a la vida real. Lo único que me da miedo es morir indignamente, que profanen mi cuerpo. Que no me permitan morir de acuerdo con mis ritos. Perderme en el camino al más allá…

—Tus padres te guiarán desde allí —la consoló el hebreo, emocionado.

—Prométeme que conseguirás que nos entierren con nuestros ritos. Aunque sea aquí, en una casa humilde y en un templo prestado. Prométalo. Aunque no podamos volver a Alejandría —insistió vehemente—. Promete que dejarán que venden nuestros cuerpos y nos honren. Los romanos queman a sus muertos. Y la ceniza desaparece en el viento. Por favor, Musa —suplicó—, no dejes que desaparezcamos…

Musa se arrodilló a sus pies. Sus labios se estremecieron temblorosos y sus ojos se inundaron, pero apretó los puños y los dientes para que su princesa, la hija que el general Marco Antonio le había encomendado, no le viera dudar. Y besó el dorso de sus manos, aun sabiendo que le mentía.

—Lo prometo, princesa.

No dijo nada más. No hubiera podido hacerlo porque tenía una piedra seca e hiriente atascada en la garganta. Octavio asintió dando por concluida aquella despedida y subió a su carruaje en medio del silencio espeso de sus hombres. Atados, delante de los caballos, marchaban los tres niños sorprendentemente tranquilos y maduros. Con una dignidad nueva. Vestidos como los príncipes que eran. Caminando como si fueran ellos quienes protagonizaban la marcha.

Y quizá así fuera.

Musa se puso en pie lentamente, con el polvo de la calzada sobre su túnica. Tenía que ocupar su propio lugar en la larga comitiva. Miró alrededor y suspiró. Se sentía perdido, inútil, desorientado. Sintió el peso de las cadenas en los tobillos y las muñecas, como si se las hubieran colgado directamente del alma. Un oficial romano se acercó hasta su altura. Solo cuando estaba frente a él, entre las lágrimas no vertidas que empañaban sus ojos, distinguió la figura de Planco.

—Vamos, amigo —le susurró con voz suave.

Le tomó del codo para ayudarle a avanzar en lugar de poner un *gladius* sobre su espalda. Y Musa agradeció ese pobre consuelo. Lo agradeció especialmente porque un dolor lacerante y desgarrador le estrujó el corazón cuando fue a dar el siguiente paso. Estaba prácticamente seguro de que, si Munacio Planco no le tuviera convenientemente sujeto, se habría desplomado a las puertas de la casa de Octavio.

V

La ovación atronaba sus oídos. Selene se dio la vuelta para entender qué la había provocado solo para ver a Octavio con la mano derecha en alto, saludando a su pueblo, mientras con la izquierda guiaba hábilmente la impresionante cuadriga. Tras él, Kallyas, su liberto, sostenía la corona de laurel y le susurraba su mortalidad al oído como mandaba la tradición. *Memento mori* se leía en los labios del griego cada poco. «Recuerda que eres mortal». Para que el cónsul no perdiese la perspectiva. Para que la grandeza de Octavio no ofendiera a los dioses.

Salía radiante y orgulloso, con el rostro tintado en rojo, del templo de Belona, la esposa-hermana de Marte, el dios de la guerra. Delante de él desfilaban los rehenes y el botín sacados de Alejandría en una procesión que a Selene se le antojó interminable. Incluso a sus ojos, acostumbrados a los desfiles de gala, aquella increíble caravana escoltada ferozmente por el ejército la dejó sin aliento. Allí estaban los candelabros y las lámparas, los cofres repujados, las joyas, las estatuillas de oro y las vasijas de alabastro. Allí estaban las sillas talladas en marfil y las mesas sirias de taracea que habían engalanado sus estancias, y las ajorcas, collares y pendientes que Octavio había robado del propio mausoleo de su madre. Allí estaban las estatuas de sus dioses arrancadas impunemente de sus templos, sus obeliscos, que acariciaban el cielo, despedazados y exhibidos, e incluso las proas de los barcos de su padre como muestra de la aniquilación de una flota que todo el mundo parecía haber olvidado que era también romana. Allí estaban los miembros de la guardia macedonia que habían sido represaliados, los filósofos, actores y bailarines que no habían huido a tiempo de la corte y los esclavos nubios que desfilaban prácticamente desnudos para deleite de las matronas y para que Roma paladease el sabor de otros mundos. Octavio, que había aprendido del error de Pompeyo, no había traído consigo elefantes, que serían incapaces de pasar por determinados puntos, pero sí una procesión de camellos ricamente enjaezados venidos de las tierras del nabateo Malik, cuatro hipopótamos que provocaron la extrañeza y el espanto de la plebe y

que se destinarían a luchar en el circo, e incluso un par de cocodrilos, esta vez adultos, con las fauces cerradas con una argolla metálica. Dos esclavos griegos les echaban agua periódicamente para mojar su escamosa piel y mantenerles hidratados. El sol del verano ardía de tal modo sobre el cabello oscuro de Selene que, con las rozaduras en muñecas y tobillos, el cansancio de la marcha a pie y la sed lacerante, se hubiera conformado con que la trataran como a alguno de esos gigantes reptiles del Nilo.

Intentaba alzar el rostro con orgullo, identificar las caras, no de la muchedumbre, sino de los integrantes de la élite que estarían presenciando el desfile desde algún punto elevado, a salvo del hedor, el bullicio y el polvo. Su mirada recorrió los balcones y ventanales, registrando miradas anónimas, sonrisas de deleite y aplausos, preguntándose quién entre aquellas elegantes mujeres que la miraban enjuiciándola sería Octavia, la esposa romana a la que había abandonado su padre. Quiénes de entre aquellas criaturas que la observaban en silencio, vestidas con sencillas túnicas infantiles, serían sus hermanastras romanas. ¿Estarían allí escupiendo a su paso, complaciéndose en su derrota, maldiciendo el nombre de su padre y el de su descendencia egipcia?

Eso era lo peor. La humillación, la multitud vociferante, los niños que se permitían lanzarles peladuras de frutas como si no fueran como ellos, y los rostros encendidos y airados de la plebe romana ante el botín de aquella última guerra que había dividido facciones y familias, y que había costado dinero y vidas. En una guerra donde había romanos combatiendo en ambos lados, todos habían perdido, y ese desfile triunfal era la única manera que el pueblo tenía de ver que todo había sido real. Que había terminado. Que su dinero, que las vidas de sus seres queridos habían servido para algo: para doblegar aquel país lejano y exótico, para apropiarse de sus riquezas, para humillar a sus dioses, para nutrirse de una generosa y fresca oferta de esclavos y para acabar con aquella maldita hechicera que había sido capaz de embrujar a dos generales amados y llorados hasta el punto de arrastrarles a la muerte. El pueblo romano no podía complacerse viéndola en su derrota, pero tenía a sus hijos, y junto a ellos, una ostentosa estatua erigida a toda prisa que intentaba imitar los rasgos de la reina y que era arrastrada, impúdicamente semidesnuda, frente a ellos. Roma

veía así los rasgos de la reina egipcia, le ponía cara y un hermoso cuerpo pecador y lujurioso, que engrosaba su leyenda y pretendía justificar la debilidad de los dos grandes generales romanos que habían cometido el error de amarla. Y su muerte, el único episodio ante el que los romanos caían rendidos, sensibles a cualquier manifestación de grandeza, estaba magníficamente sintetizada de forma gráfica en el áspid que, enrollado, a su muñeca sostenía sobre su seno.

—¿Por qué tenían que hacer eso? —preguntó Ptolomeo visiblemente dolido.

—Nuestra madre se habría reído de ellos. Era mucho más bella de lo que ellos podrán esculpir jamás. Le habría gustado que la vieran sin poder rozarla —le confortó Helios—. ¿Y la serpiente? Pueblo de ignorantes. No tienen ni idea de lo que significa. Le rinden tributo porque consideran que fue el instrumento de su muerte sin darse cuenta de que haciéndolo a quien honran es a Hapi, a nuestro padre el Nilo y a la figura del faraón.

El paso era lento, ceremonioso, pausado. Había personas que intentaban tocarles, acercarse hasta ellos y que eran convenientemente alejados por la guardia. Octavio saludaba imbuido en su momento de gloria a uno y a otro lado, y Selene rezaba a todos los dioses porque algún hábil arquero afín a la causa de su padre estuviese agazapado en alguna azotea dispuesto a hacerle pagar cara su arrogancia. ¡Pobre estúpido! En Alejandría no se atrevería a desfilar así ni dentro de diez años. Helios y ella habían entrelazado sus brazos con los de su hermano pequeño para proporcionarle seguridad. El niño, con el rostro congestionado, estaba a punto de desfallecer.

—¡Salve, noble Octavio!

El grito no habría llamado su atención si no fuera porque un monstruoso pájaro negro se elevó de entre la multitud, pasó literalmente frente a sus ojos y se posó en el brazo que Octavio alzó, asombrado, detrás de ella. Selene observó con incredulidad al enorme cuervo de sus sueños, hablando como si fuera un ser humano.

—¡Salve, noble Octavio! —repitió.

Octavio recibió el saludo con desconcierto. Detuvo su cuadriga y buscó con la vista al dueño entre la multitud. Un buhonero de aire

bonachón se destacó de entre la masa, señalado por algunas personas y se acercó, abochornado, al carro de César. Llevaba otro cuervo sobre el hombro.

—¿Este pájaro es tuyo?

—Sí, señor.

—¿Y eres tú quien le ha enseñado a gritar así?

—Sí, señor.

—Enhorabuena —le felicitó Octavio—. Me ha complacido este animal y me gustaría quedármelo. Te lo compro. Dime cuál es su precio.

—Oh… Tu agradecimiento es suficiente, señor… Yo no puedo cobrar un obsequio al salvador de Roma…

—El salvador de Roma no coge nada que no le pertenezca y siempre paga lo que desea —le aclaró Octavio ante toda la concurrencia—. ¡Toma, buen hombre, y disfrútalo brindando a mi salud y a la de los míos!

Le arrojó una bolsa de monedas que el hombre no alcanzó a coger en el aire. Algunas de ellas escaparon por el suelo y los pilluelos se lanzaron a atraparlas. Nadie les dijo nada. Era un día festivo. César estaba contento y era feliz compartiendo su magnanimidad.

—¡Vámonos! —gritó.

La comitiva se puso en marcha de nuevo. Y entonces sucedió. Nadie pudo explicarse muy bien cómo ocurrió, pero mientras el desfile avanzaba, el otro cuervo negro, que el buhonero mantenía sobre su hombro, se escapó quizá en busca de su compañero. Planeó tan bajo sobre los integrantes del desfile, en línea recta, probablemente buscando el carro, que, asustada, Selene alzó las manos encadenadas para proteger a su hermano, que soltó un chillido al ver la amenazadora sombra cernirse sobre ellos.

Y entonces, el cuervo se posó sobre sus manos.

Selene lo contempló entre aterrorizada y asombrada, como si hubiera recibido un mensaje directo de los dioses. ¿Qué posibilidades había de sostener entre tus manos un cuervo el día que has soñado con uno de ellos?

Lo miró sin atreverse a mover los brazos para espantarlo. Los miembros de la guardia rompieron su estricta formación para instarle a irse de allí, hostigándole con sus *pila*, pero el cuervo la

miró con sus ojos de pedernal, aleteó hasta colocarse en su hombro y desgranó la frase que tenía aprendida.

—¡Salve, gran Antonio!

Todo se paralizó. Las trompas. Los pasos armonizados. Hasta los más mínimos comentarios. Hasta el aire. Todos habían oído aquel graznido irreverente celebrando a un enemigo muerto. Y cuando tanto ella misma como la concurrencia habrían jurado que la cabeza del cuervo, la de su dueño y quizá también la de la niña en cuyo hombro se posaba y a quien, indudablemente, el animal había elegido, rodarían juntas ante las ruedas del carro de César, Octavio había estallado en carcajadas.

—¡Maldito tramposo!

Octavio siguió riendo. Los miembros de su guardia le miraron sorprendidos y Agripa le lanzó un mudo interrogante para saber si debía o no intervenir. Selene permaneció estática, como el animal sobre su hombro, que miraba a la multitud acechante sin parpadear y sin intención ninguna de volver a los brazos de su dueño.

Octavio bajó del carro ostensiblemente, imbuido en su invulnerabilidad, sin preocuparse lo más mínimo por su seguridad, y la multitud le abrió paso. Sus lictores se salieron de la formación para seguirle. Agripa se apresuró a hacer una seña a sus hombres más cercanos para que ocuparan posiciones, en el caso de que aquel incidente pasara de ser una broma de mal gusto a una maldita trampa.

—¡Tenías dos animales preparados para honrar a uno u a otro! —adivinó Octavio, admirando públicamente la prudencia y la sensatez del comerciante—. La idea era ganar tú, independientemente de quién ganara la guerra.

—Sí… Sí, señor —reconoció el atribulado comerciante, sin escapatoria entre la apretada multitud, que se cerraba en torno a él.

—¡Esta es la nueva Roma! —gritó Octavio con entusiasmo, tomando su brazo izquierdo y alzándolo, como si le decretara vencedor en el circo—. ¡Esta es! —repitió—. Una Roma superviviente, conciliadora e inteligente. Una Roma sin rencillas donde los que un día fueron enemigos pueden beber juntos de nuevo. Una Roma que está ya harta de guerras y donde todos tienen su sitio —se creció—. Toma otro saco de monedas y véndeme tu cuervo para los hijos de los perdedores.

Le pasó una nueva bolsa de monedas que el comerciante observó con incredulidad. El cuervo volvió a graznar su siniestro mensaje. La multitud vitoreó, encantada, el gesto de su líder y el animal apretó sus afiladas garras en los frágiles hombros de Selene hasta hacerla sangrar. Si no hubiera tenido la boca seca por el miedo y el polvo, Selene habría escupido, como los marineros del Ponto Euxino, a los pies de aquel engreído. O a su rostro, a aquel rostro teñido del rojo de Belona que la miraba desdeñoso y altivo.

—¿Te gusta, Selene? —le preguntó Octavio obsequioso, otorgándole por primera vez una identidad frente a la multitud.

—Mucho…, señor.

La plebe saltó enardecida ante el espectáculo, mientras la guardia trataba de contener el entusiasmo popular y de evitar tumultos. Octavio hizo un gesto con las manos abiertas clamando tranquilidad.

—Es tuyo —observó magnánimo—. Puedes quedártelo. Incluso ponerle el nombre de uno de vuestros dioses con cara de animal. ¿Cómo se llama ese que es un hombre con cabeza de cuervo?

—Con cabeza de halcón —lo corrigió Selene y lo miró con ojos chispeantes—. Es Horus. El hijo de Osiris. El que mata al asesino de su padre —masticó con deleite las palabras. La boca le sabía a arena —. El vengador.

VI

—¿Y ahora, noble César? —Octavia irguió la barbilla ante su hermano, con aire desafiante—. ¿Qué vas a hacer ahora?

Octavio creyó vislumbrar un tono despectivo en la manera en que su hermana se dirigía a él, un tono que no habría tolerado en ninguno de sus subordinados. En pie, ante él, Livia sonrió en silencio, aliándose, por una vez, implícitamente, con su cuñada. Recostado sobre un *triclinium,* en el atrio de su *domus* en el Palatino, Octavio tomó aire y se pasó la mano por el rostro, como si se instara a sí mismo a guardar un silencio reflexivo antes de continuar. Estaba acostumbrado a la ira de Livia, solo equiparable a la suya propia, pero no a que la dulce y conciliadora Octavia le escupiera a la cara sus reproches.

Cerró los ojos, como si esperara que al abrirlos hubiera desaparecido, pero allí estaba, como la máscara trágica de una representación teatral, y le observaba airada, con los rizos perfectos acariciando el cuello, el ceño fruncido y los labios, levemente retocados con cinabrio, apretados en un gesto de rabia. Livia parecía disfrutar con la escena.

—Pensé que querías mostrarle a Roma a los bastardos de la puta de Antonio para que pudiera presenciar su final —mascullό, indignada—; no creí que quisieras despertar su compasión…

—¿Y qué debería haber hecho? —Octavio abrió ambas manos en un gesto ampuloso—. ¿Rebanarles el pescuezo con mis propias manos como a los bueyes del sacrificio…? Ya viste a Roma. Ya lo viste con tus propios ojos. Nuestro pueblo escupe a la puta egipcia, pero, por todos los dioses, no sé por qué suerte de ensalmo, aún llora a Antonio. —Pese a que había empezado con tono comedido, subrayó su última afirmación con un puñetazo sobre la mesa—. Ese malnacido aún tiene partidarios entre el pueblo. Y lo que es mucho peor, entre las legiones…

—Pues deshazte de ellos —sugirió Livia.

Apenas había alzado la voz. Octavio la miró con la misma curiosidad que le hubiera despertado un animal letal. Incluso a él le impresionaba la frialdad con la que su esposa se enfrentaba a

decisiones que a él se le antojaban complejas.

—No, Livia. Salvo flagrante traición, no voy a deshacerme, como tú dices, de nadie. Ya han muerto muchos romanos en esta maldita guerra. No voy a sacrificar a nadie más.

—¿Es mejor permitir que se rían en tu cara, como ese sucio mercader de animales? —escupió Octavia con ojos centelleantes.

—¿Mejor? —fingió preguntarse Octavio—. Creo que sí —contestó mirándola fijamente—. Y desde la calidez y la seguridad de esta casa puede que te parezca una decisión tomada a la ligera, pero escúchame una cosa, hermana: hace falta mucha más sangre fría para perdonar que para matar. Te lo digo yo, que a lo largo de mi vida he tenido que hacer las dos cosas.

Se puso en pie, cruzó las manos a la espalda y deambuló por el atrio seguido por la mirada de las dos mujeres.

—Hubiera sido fácil acabar con ese mercader de cuervos, muy fácil. Ni siquiera habría tenido que exponerme a la ira del pueblo. Ni a sus preguntas. Un simple gesto que solo habrían visto mis oficiales y ese hombre hubiera muerto antes de poder dar un solo paso, pero ¿eso es lo que César quiere el día de su triunfo? ¿Eso es lo que Roma espera? Yo creo que no. Roma está harta de romanos muertos. Espera la clemencia. Espera la compasión. Espera esa nueva era de paz que les he prometido y que Virgilio se esfuerza en glosar para convencer al pueblo.

—A veces la clemencia —intervino Livia, casi sin despegar los labios— puede parecer debilidad…

—¿Eso crees? —preguntó Octavio indignado—. ¿Eso es lo que creéis? ¿Debilidad? ¿Sabéis la fuerza que se necesita para parecer débil? ¿Creéis que antes de apearme de mi carro no imaginé que alguien podría haber montado esa escena para hacer que me detuviera y asaetarme? ¿Creéis que no valoré que meterme, solo y desarmado, entre la multitud era quedarme a merced de la plebe…? ¿Creéis que no me asaltó la imagen de mi tío, asistiendo desarmado a su propia muerte? ¿Acuchillado por la gente en que confiaba?

Octavia amagó un escalofrío ante el recuerdo y la posibilidad conjurada por su hermano. Se pasó la mano por los brazos desnudos.

—No parecía que pensaras nada de eso, cuando bajaste sin más de tu cuadriga, sin escoltas ni escudo…

—¡Porque un líder no tiene miedo, Octavia! —gritó exasperado—. No puede tenerlo, aunque lo tenga. Llevo más de la mitad de mi vida oyéndome llamar cobarde por los partidarios de Antonio, pero acabo de celebrar tres triunfos. Óyeme bien. Tres triunfos y su muerte —recalcó con rabia—. No creo que nadie califique a César de cobarde nunca más.

Hizo un gesto rápido para que uno de sus esclavos se acercara con la jarra y le sirviese una copa de vino. Livia aceptó también una. Octavia negó con la cabeza.

—Antonio siempre pedía una copa de vino cuando quería pensar —le reprochó veladamente a su hermano—. Creo que necesitaba los vapores del alcohol para embotar sus emociones. Aprendí a aborrecerlo.

—Antonio ya no está —zanjó Octavio con ojos acerados—. Y deberíamos empezar a salir de debajo de su sombra.

—¿Cómo? —le desafió Octavia—. ¿Escondiendo a sus bastardos bajo el ala del Senado romano en lugar de empujarlos desde la roca Tarpeya?

—¡Roma no mata niños, Octavia!

El grito airado de Octavio la sobresaltó, pero no pudo intimidarla.

—No mientes a Roma cuando hables de ti mismo, Octavio. No eres tan grande. No te encumbres tanto porque podrías hacerte daño al caer —le sugirió—. No sé lo que hace Roma, pero sé lo que hace mi hermano. Y mi hermano sí mata niños. ¿No lo hiciste con el primogénito de la egipcia? ¿No lo has hecho, que los dioses te perdonen, incluso con un niño romano, con Antilo, a quien yo crie en mi casa, como si fuese mío?

Octavio tomó un sorbo largo, tratando de anestesiar sus propios y encontrados sentimientos.

—Si eran adultos para empuñar una espada contra Roma, eran adultos para morir —advirtió en voz pausada—. No hubo nada personal en ello. Cesarión se creía hijo del divino César. Tu propio marido lo había refrendado… No hay sitio en Roma para dos hijos de César, Octavia. —Suspiró hondamente, como si en verdad el recuerdo le doliera en el pecho—. Y Antilo… Antilo… —Movió la cabeza con tristeza—. ¿Crees que yo no recuerdo al pequeño Antilo antes de que su padre le arrastrara a su vida de disipación? Ese

muchacho se había entregado ya a la depravación oriental, Octavia. Ya no era romano. Llevaba el pelo trenzado y las manos llenas de anillos, se perfilaba los ojos y andaba con un grupo de actores, de hetairas y de eunucos bebiendo vino y recitando versos. Era buen guerrero, pese a su juventud. Y fuerte, eso sí. Fuerte, fanfarrón y querido, al estilo de su padre. Una excelente mezcla para ser popular entre los soldados. —Tomó un sorbo de su copa—. Una pésima combinación para ponerte enfrente de Octavio… —Se dio la vuelta para encarar las miradas de las dos mujeres que parecían juzgarle—. Medité muy bien esa decisión, Octavia, aunque no te lo creas, porque, efectivamente, en mi recuerdo, Antilo era un niño romano. Lo medité muy bien. Cuando pedí que le ejecutaran, él tenía la misma edad que yo cuando en Apolonia recibí la carta de nuestra madre contándome el asesinato de tío César a manos del Senado…

—¿Y no eras un crío entonces, Octavio? ¿No eras un crío que me mandaba cartas sobre lo dura que era la vida militar y cuánto añoraba los abrazos de su madre…?

—Lo era —admitió muy serio—. Un crío con escasas capacidades para el combate. Un crío que aún no tenía edad para ocupar una magistratura. Un niñato imberbe sin vocación política preparándome para el *cursus honorum* solo porque así lo deseaban mi madre y mi tío. ¡No me sorprende que Antonio no me tomara en serio! Pero ¿sabes qué? Que la muerte de tío César me dio un objetivo. Y una misión. —Dejó la mirada vagar por un horizonte inexistente—. Era un niño, sí. Tendría dieciocho años y ninguna aptitud militar, pero reuní a mis amigos más leales, pedí prestado dinero, volví por mis medios a Italia, reclamé los derechos que me correspondían, recluté un ejército, me enfrenté a veteranos de guerra y perseguí a los asesinos de mi tío hasta matarlos… Era un crío, pero tenía una meta. Y mi mente iba mucho más rápido que la de todos los que creyeron que podían manejarme y valerse de mi vinculación con César. Más rápidos que la de Lépido, que la de Antonio… incluso, que los dioses le perdonen, que la de Cicerón… Era un crío, pero cuando ellos movían una pieza, yo ya había previsto los tres movimientos siguientes y había valorado las consecuencias… Los veteranos me atormentaban con exigencias, mis compañeros de triunvirato me ninguneaban, mis legionarios me

evitaban porque no confraternizaba con ellos. No bebía con ellos ni me iba de putas. No escribía sátiras al estilo de Cicerón. No combatía en primera línea de frente como el cercano y querido Antonio. Pero ganaba… Siempre.

Tomó un nuevo sorbo de su copa. Ahora se atrevía a reconocerlo, a escupir la bilis que llevaba años tragando. Estaba por fin en casa. Por fin en Roma. Tras el desgaste de los tres últimos años, dirimidas las responsabilidades, cumplidas las formalidades de los triunfos, después de la travesía, de los vítores del pueblo y del baño de multitudes, se encontraba solo en su propia casa, con su esposa y su hermana como tantas otras veces. Sin sentirse sometido al juicio de sus soldados o sus generales. Ahora verdaderamente era cuando podía saborear su victoria. Cuando podía creérselo realmente. Hablar sin cortapisas, sin temer traiciones ni enemigos… Notó una paz interior que le envolvía en un sentimiento adormecedor. Aún sentía el cuello agarrotado y los músculos tensos. Quizá le pidiera luego a Killyas que le mandase a la bonita pelirroja gala para que le diese un masaje relajante…

—En Philippos, Antonio se permitió cuestionarme delante de mis oficiales. Se burló de mí porque las fiebres me apartaron de la primera línea de frente. ¡Él, que siempre era el primero! ¡Pobre imbécil! Ahora ha sido el primero de los dos en morir. Alguien debería haberle explicado que un soldado vivo vale para otra batalla…

Octavia se volvió discretamente para no enfrentar su mirada y su hermano supo que aún le dolía el recuerdo de Antonio.

—¿Mataste a Antilo por la posibilidad de que deseara vengar a su padre? —preguntó sorprendida Livia. No hubiera creído a su esposo capaz de tal acción.

—No. Le maté por la seguridad de que lo haría. Exactamente como yo lo hice con el mío…

—¿Y entonces? —insistió su hermana, volviéndose a él de nuevo —. ¿Por qué no haces lo mismo con sus bastardos? ¿Por qué no acabas con ellos en lugar de pasearlos como a niños desvalidos para despertar la compasión de Roma, la ira de los seguidores de Isis y la sed de venganza de los partidarios de Antonio? ¿Has desafiado a todos los oráculos para conquistar el impenetrable Egipto y dejas que un hecho fortuito se convierta en un mal presagio?

Octavio suspiró pesadamente y apoyó la copa en la bandeja que le tendía el esclavo. Estaba vacía. Octavia le dirigió una breve mirada de disgusto.

—Lo que pasó ayer no tiene nada que ver con la decisión final sobre esos niños, Octavia…

Livia frunció el ceño, profundamente interesada.

—¿Qué quieres decir?

—Que mi intención nunca fue matarlos…

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Livia sorprendida—. ¿Para qué les has hecho traer si no es para aplicar un castigo ejemplarizante, para que todo el mundo vea lo que ocurre con los enemigos de Roma?

—No sé si es lícito castigar a los hijos por los pecados de sus padres, pero, en cualquier caso, esa decisión no me corresponde a mí…

—No, por supuesto que no —afirmó Livia—. Le corresponde al Senado, pero son tus prisioneros; tú puedes…

—Yo no puedo nada —le respondió—. No están bajo mi competencia. Yo he sido solo su medio de transporte hasta Roma —advirtió—. No soy yo quien debe decidir el destino de esos niños. Su madre se encargó de ponerlos lo suficientemente lejos de mi alcance en la carta que me hizo llegar la noche en que decidió acabar con su vida.

Octavia movió la cabeza sin comprender.

—¿Y qué era lo que te pedía en esa carta? —quiso saber.

—No estaba dirigida a mí…

—¿Y entonces…?

Octavio rebuscó entre sus ropas hasta extraer un pergamino ajado, doblado en tres piezas y manoseado. Era obvio que estaba esperando ese momento. El lacre llevaba el que había sido el sello real egipcio hasta apenas un año antes. Estaba abierto. Se lo tendió a su hermana.

—Estaba dirigida a ti…

VII

De la reina de Egipto Cleopatra Thea Filopátor,
A Octavia, hija de Cayo Octavio Turino,

Muy noble Octavia:

No nos conocemos, aunque las dos sabemos perfectamente quiénes somos. Me dirijo a ti por vez primera, aunque los dioses saben que son muchas las veces que has rondado mis pensamientos. Por ellos te suplico que no rompas esta misiva sin antes dignarte a leer estas líneas. Son las palabras con que una madre se dirige a otra madre.

Te he observado mucho, Octavia, y siempre desde lejos. Te he mandado vigilar casi hasta la obsesión, como solo es capaz de hacerlo la mujer celosa que teme perder al hombre amado ante una rival más joven y más bella. Conozco de tus pasos, tus obras, tus vestidos, tus afeites, los poemas que te emocionan y los templos en los que oras, porque provengo de una gran dinastía de gobernantes y desde niña me han enseñado que para vencer tengo que saber adelantarme a mi rival.

Pero hoy ya no somos rivales, Octavia, porque hoy ambas estamos unidas en la pérdida. Hoy las dos somos viudas. Las dos hemos perdido al esposo con el que nos unieron a ti tu hermano y a mí el destino, aunque empiezo a pensar que en Alejandría hoy, uno y otro, son ya la misma cosa.

Quizá tu hermano no te lo haya dicho. Quizá ni siquiera se diera cuenta, pero ¿sabes cuál era el nombre de la nave capitana de mi flota? ¿La nave que, si la historia hubiera sido diferente, se habría

alzado con la victoria? Yo te lo diré. Se llamaba Antonia. Mi nave capitana llevaba el nombre de tus hijas, Octavia. De las hijas de Antonio. Fue idea suya, por supuesto. Y yo no solo jamás lo impedí, sino que me sentí orgullosa de que un hombre de su talla llevase a sus hijas siempre en el corazón y en la memoria.

Si alguna de las dos, en esta aciaga fecha, puede considerarse afortunada, esa eres tú, noble Octavia. Porque yo, además de la vida, pierdo hoy mi reino, la herencia lágida, la dinastía que fundaron los Ptolomeos. Y es tu tierra quien lo gana, la tierra a la que desde hace años me han unido sagrados lazos de lealtad y la sangre de los padres de mis hijos. En este tablero de senet *que es la existencia, soy yo quien pierdo todo. Tú conservas tu vida, tu patria y la evidencia, si deseas creerme, de que Antonio, incluso viéndose forzado a luchar contra tu hermano, jamás pudo olvidar a su familia romana.*

Por todo ello, hoy, en mi lecho de muerte, voluntariamente aceptada, te envidio, Octavia. Te envidio una vez más. Te envidio como te he envidiado todos y cada uno de los días de mi vida desde que supe que la mujer más bella y virtuosa de Roma había contraído matrimonio con el hombre al que yo amaba.

Y hoy, noble Octavia, consciente de tu superioridad, yo, la poderosa faraona de Egipto, me inclino a tus pies para suplicarte. Yo, tan acostumbrada a mandar y ser obedecida, no puedo hoy más que rezar para despertar una clemencia en la que confío por tu natural compasivo, pero que no viviré para ver.

Con mi muerte llegarán a tu casa mis tesoros, mis joyas y el producto del saqueo de mis templos. Disfrútalos, pero no es eso lo que más valoro. Por ello, apelo a la grandeza de tu hermano Octavio para que

junto a esta misiva te haga llegar tres presentes personales, mis bienes más preciados: los hijos de Antonio. Son míos también, eso tú ya lo sabes, pero si te hace daño el pensarlo así, ignora mi papel en su llegada al mundo, puesto que ya no existo. Imagina que las criaturas que llegarán a tu casa son tan solo de él; producto de un matrimonio anterior o fruto de una de esas atolondradas aventuras con las que tantas veces nos ha engañado a ambas. Uno de esos deslices con hetairas, esclavas o cortesanas que tantas veces le hemos perdonado.

Son niños, nada más. Hijos de quien fue un gran general, un gran cónsul y un gran triunviro. Hijos del vengador de Julio César. Nietos de la noble Julia. Descendientes de la estirpe de Heracles y, como tú misma, de la gens *de los Julios, de Eneas y los supervivientes de la guerra de Troya. Por su sangre corre la de los primeros reyes de Alba Longa. Son hijos de Roma. Solo aspiro a que Roma no les deje morir.*

Acudo a ti porque sé que en ti perviven los valores de que presume tu tierra. Acudo a ti porque eres madre. Acudo a ti porque un día amaste a Antonio. Acudo a ti, noble Octavia, porque ya no me queda nadie. Ni nada. Le entrego a tu hermano mi reino y a ti sus herederos. No son ninguna amenaza para tu casa. Como Egipto ya no lo es para Roma. Como yo ya no lo soy para ti.

Sea cual sea la decisión que tomes, respeto los motivos que te impulsen a ello. Confío en tu grandeza. Sé que Antonio te amó. Y Antonio siempre ha sentido cierta debilidad por las grandes mujeres.

Se postra a tus pies,

Cleopatra

Con las últimas palabras la voz de Octavia pareció flaquear, antes de recobrar la compostura. Parpadeó con incomodidad. Livia la miró con interés, tratando de prever su reacción. Octavio las escrutó a las dos con aire cansado.

—¿La habías leído? —quiso saber Octavia con voz temblorosa.

—Por supuesto que sí… —le confirmó su hermano—. ¿Qué esperabas?

—Se postra a tus pies —repitió con sorna Livia—. ¿Qué mérito tiene ese acto en una reina que se sabe muerta? ¡Menuda desfachatez! Pedirle a una mujer que cuide a los hijos que ha engendrado del cabrón de su marido…

—¡Livia! —advirtió Octavia—. No te permito que hables así de Antonio…

—Antonio no es propiedad tuya. Es un cargo público. Y un enemigo de Roma.

—Era. Y Roma ya le ha juzgado —replicó Octavia con dureza—. Tú no eres quién para hacerlo.

Octavio notó el casi imperceptible temblor de la mano que aún sostenía la carta. Al ser consciente de su mirada, su hermana la arrojó al suelo. El pergamino sonó sobre las baldosas del patio como la caída de un pájaro muerto.

—¿Alguien más conoce el contenido de esta carta? —preguntó.

—Solo Agripa —reconoció Octavio.

Livia se apresuró a inclinarse con gracia para tomar la carta entre sus manos. Caminó levemente unos pasos, se recostó en uno de los *triclinia* dispuestos al efecto y procedió a releerla sin disimulo.

—Si tuvieras que hacerte cargo de todos los hijos bastardos de Antonio, querida —apuntó—, tu casa parecería una de esas *scholae* griegas, llenas de criaturas ruidosas.

—Si tuvieras que hacerlo tú, en cambio —musitó Octavia con desprecio—, serían todos polvo de cenizas abandonado en la necrópolis…

—Son hijos de otra, Octavia… De la mujer que se ha reído de ti durante años mientras se acostaba con tu marido… Preferiría criar cerdos…

—¡Por Juno, Livia, son niños! —clamó Octavia con contundencia, pese a sí misma. La miró de arriba abajo

despreciativa—. Ahora entiendo por qué, pese a tus patéticos esfuerzos, los dioses no te bendicen con más hijos…

Livia se puso en pie de un salto. Sus ojos brillaban de indignación.

—¿Qué tratas de insinuar…?

—Basta —intervino Octavio, alzándose físicamente entre las dos mujeres—. Callad ya las dos. Somos familia. La familia no se pelea… Ya no —arrancó la carta de manos de Livia—. Ahí tienes tu respuesta, Octavia. Aunque sean mis prisioneros, aunque el Senado tenga la última palabra, los príncipes de Egipto están a tu merced…

Octavia caminó un par de pasos largos por la estancia, retorciéndose las manos crispadas. La arruga que se había instalado en su frente la hacía parecer mayor. Dejó su mirada vagar por algún lugar indefinido más allá del atrio.

—Los he visto en el triunfo, hermano. A los tres. —Octavia reprimió un escalofrío—. Arrogantes y engreídos pese a la derrota… La niña es una copia de su madre…

—De la imagen que tú tienes de su madre —la corrigió, conciliador, Octavio—. Yo les he traído a bordo de mi nave durante seis semanas. La niña es lista y razonable. El muchacho es terco como una mula. Y el pequeño… —el gesto de Octavio se dulcificó— … El pequeño es una criatura adorable. Avispado y hermoso como una deidad griega… No es mucho menor que tu pequeña Antonia…

—Lo sé, hermano. —Octavia se llevó una mano al pecho y suspiró con congoja—. Lo sé perfectamente. Y eso es lo que más me duele. Mirar a ese niño será la constatación permanente de que él abandonó mi lecho caliente, antes siquiera de conocer a su hija, para meterse corriendo en la cama de otra.

—Él era él, hermana —le recordó Octavio—. Olvídalo. Estos niños se enfrentan a un mundo nuevo. Su madre te los ha confiado en su lecho de muerte y no es la primera vez que el hijo de un adversario termina siendo un gran aliado para Roma. ¿No es este el tipo de clemencia que tanto gusta a nuestro pueblo?

—Yo no tengo que demostrarle nada a nadie…

—Por supuesto que tienes que hacerlo —le rebatió Octavio, con tono más serio—. Se ha acabado la era de las traiciones y los comportamientos disolutos. Y las mujeres de mi casa deben ser las primeras en dar ejemplo. ¿Es tan diferente a lo que has hecho hasta

ahora?

—¿De verdad te lo estás cuestionando, Octavia? —intervino Livia indignada—. Tu virtuosismo, tu belleza, lo que Antonio te amó… —remedó con tono de burla—. ¡Es una zorra! Una embaucadora, incluso después de muerta. ¿Qué tipo de hechicería puede trascenderla? ¿O sus cantos de sirena al oído de los generales romanos también han tenido efecto sobre ti, Octavio?

—Es una enemiga vencida. Le estáis dando más poder del que nunca tuvo —zanjó Octavio.

—El discurso incendiario que tenías antes de zarpar rumbo a Egipto se ha disipado, esposo —constató Livia con los ojos llenos de fuego—. ¿Te acostaste con ella, acaso, antes de morir? ¿Quisiste emular también en eso al divino Julio?

—No te consiento que me hables así, Livia…

—No me has contestado…

—¡No tengo nada que contestar! Es Octavia quien debe dar respuestas. Quien debe decidir si acepta la responsabilidad que le ha pedido una enemiga de Roma en su lecho de muerte…

Octavia retorció su velo entre sus manos aguantando sus lágrimas.

—Me dejó por ella —recordó con voz entrecortada—. Me mandó de vuelta a Roma. Se divorció de mí…

—No te dejes llevar por emociones personales en tus decisiones, Octavia…

La mujer se volvió con dureza hacia su hermano.

—¿Con qué derecho me pides eso tú, que utilizaste mi divorcio para declarar una guerra? ¡Claro que es personal! Es entre tú y Antonio, entre los dos favoritos de César —entonó con sorna—. Siempre fue personal. Y yo no os he importado nunca… A ninguno de los dos.

—César ahora soy yo —zanjó Octavio con ojos helados—. Y tú, mi hermana, una ejemplar y virtuosa matrona romana. Harías bien en no olvidarlo. Tómatelo como quieras, pero debo entregar esta carta al Senado y tengo que hacerlo ofreciéndoles ya una solución…

Octavia alzó la barbilla. Asintió con gesto hierático.

—¿Acaso esta virtuosa matrona romana es libre de decidir por sí misma? Haz lo que mejor convenga a tus intereses, hermano. Como haces siempre. Pero déjame que te diga una cosa. He visto sus ojos.

Los de esa niña. Destilan su arrogancia y su desprecio, Octavio. Son los de ella. —Se acercó lentamente hasta quedar tan cerca de él que le hacía daño mirar su rostro—. El Senado y tú podéis ordenarme que los meta en mi casa, y yo puedo aceptarlo por la obediencia que os debo y por el respeto que me produce el último deseo de un moribundo, pero eso será todo. Siempre serán extraños. Jamás podrás exigirme que los quiera…

Octavio asintió complacido.

—No necesito que los quieras; ni siquiera que los aprecies. Solo que sobrevivan. —Dirigió una mirada acusadora que trasladó también a Livia—. ¿Podréis garantizarme solo eso?

Livia alzó el rostro, visiblemente contrariada. Sus ojos centelleaban y sus labios eran una línea apretada y blanquecina contraída por la ira. También a ella las leyes romanas le conminaban a aceptar la voluntad de su marido, del *paterfamilias*, pero no a compartirla de buen grado. Para ella era un error descomunal meter a los hijos del zorro en el gallinero. No podía desobedecer, pero tampoco mentir.

—Lo intentaremos… —advirtió.

No podía comprometerse a más.

VIII

—¿Tú aquí? ¡Por todos los dioses! —exclamó Octavia con deleite—. ¡Hace tanto de los tiempos de Atenas! ¿Puedes creerme si te digo que, pese a todo, me alegro de volver a verte…?

—Lo mismo digo, *domina*. Alabado sea el dios misericordioso que me ha concedido esta gracia…

Octavia sonrió sinceramente y dio un par de pasos hacia Musa. Habría sido indigno que el hebreo se dirigiera primero a una dama romana. Ella le tendió las manos en un gesto de confianza y él las tomó entre las suyas con una ternura que a Selene no le pasó desapercibida.

—El sabio y ácido amigo Musa… —celebró ella con una sonrisa.

—Ahora… —El hebreo bajó levemente la cabeza—… Mi nombre es Antonio Musa, *domina*.

—¿Antonio te concedió la libertad?

—Sí, *domina*. Sería libre de buscar mi propio destino, pero me siento vinculado a sus hijos, a los que él me encomendó…

—Estarán bien aquí… —Octavia pasó una mirada rápida por los rostros de aquellas tres criaturas que la miraban sin pudor y sin bajar la vista y amagó el escalofrío que le producían—… Pero, en cualquier caso —le sonrió agradecida—, nos vendrá bien tener ayuda adicional de alguien que los conozca…

Musa cerró los ojos y dejó escapar el aire que había estado conteniendo, con alivio.

—Gracias, *domina*. La doncella de la princesa, la nodriza de los niños y yo mismo estaremos encantados de estar a vuestras órdenes. —Alzó levemente la mirada—. Siempre que César no se oponga…

—César no se opondrá. —Dirigió una mirada distraída a las dos mujeres que esperaban en pie, correctamente alineadas, flanqueando a los niños, a las espaldas de Musa—. ¿Qué son tres personas más a cargo de una casa como esta? Ya sé que tiene fama de austero, pero ha entrado oro en Roma como para poder permitirnos ciertos dispendios… —Se calló súbitamente al darse cuenta de que había hablado sin ninguna discreción. El oro del que

hablaba era el que Roma había sacado de Egipto.

—Las guerras son así, *domina*; solo hay un vencedor. —Musa acudió en su ayuda con una sonrisa indescifrable—. Podría haber sido al revés…

Octavia parpadeó apresuradamente para borrar esa posibilidad de la cabeza.

—Demos gracias a los dioses, entonces… —resolvió. Y avanzó unos pasos más—. Bien, conozcamos a nuestros pequeños recién llegados. Adelantaos, por favor…

Selene y Helios eran lo suficientemente adultos como para captar la incomodidad de sus gestos; la tensión latente en su voz al dirigirse a ellos. Solo Ptolomeo obedeció la orden de aquella hermosa dama romana que les recibía en su atrio. Tenía un rostro bondadoso, y vestía de manera sencilla. Era imposible que fuera la dueña de la casa, pero, evidentemente, tenía una posición predominante ante los esclavos. Quizá fuera la persona encargada de la logística de las compras o de las visitas. El pequeño se preguntó si iban a venderlos como esclavos. Arween, la muchacha gala, le había advertido que eso era lo que solía sucederles a los más jóvenes tras una captura. Ptolomeo se preguntó si él sería demasiado joven. Y si de verdad el curso de los acontecimientos de su vida había cambiado lo suficiente como para convertirle en esclavo.

Selene dio tan solo un paso. El suficiente para colocar ambas palmas sobre los hombros de su hermano pequeño e impedirle avanzar más. Helios permaneció inmóvil.

—Podéis acercaros un poco más… No voy a morderos…

La sonrisa de la mujer fue un poco forzada y su broma hizo relampaguear un destello de miedo en los ojos del pequeño. A Octavia sus pestañas oscuras y la curva de sus labios le resultaron tan familiares como si le hubiera acunado en sus brazos desde niño. Se encontró a sí misma amagando una caricia que disipara sus temores como lo hacía cada noche con las pesadillas de su hija menor. Se contuvo al pensar que ese niño había nacido apenas siete meses después de su hija. En otro hogar. Y que, a diferencia de su pequeña Antonia, él sí se había criado con su padre.

Paseó la mirada por el gesto hosco del muchacho, que le resultó una versión más joven de Marco Antonio, y los detuvo en la mirada

retadora de la niña. Era la misma que exhibía la orgullosa Cleopatra durante su estancia en Roma, el año en que asesinaron a Julio César. Que los dioses la perdonaran, pero las expresiones de aquellas criaturas le resultaban tan familiares que le parecía que los conocía desde siempre.

—No nos han presentado aún. Esta es mi propia *domus*, que, como veis, forma parte de la residencia de Cayo Octavio…, de César… —se corrigió a sí misma—. Yo me encargo de cuidar de los niños de la casa…

—¿Eres algo así como una tutora? —preguntó despreciativamente Selene.

—No. Tengo tutores y pedagogos a mi cargo para encargarse de la educación de la familia. Yo soy Octavia, la hermana de César.

La afirmación hizo que la niña la mirara con un interés nuevo, e incluso la hostilidad de su mellizo pareció disiparse barrida por la curiosidad. Bien. Así que los bastardos la identificaban a la perfección. Sabían quién era. Sus padres le habrían hablado de ella, sin duda. Por el momento, prefería no saber en qué términos.

Selene parpadeó vagamente confundida. ¿Aquella mujer vestida como una esclava acomodada era la esposa de su padre? ¿La que había hecho hervir de celos a su madre? La escrutó con curiosidad. Podría haber sido bella si cuidara mejor su pulcro aspecto y llevara ropa un poco más agraciada. ¿Es que las matronas romanas no sabían arreglarse o es que realmente no disponían de los medios para hacerlo? Quizá, después de todo, su pueblo no fuese tan rico ni tan avanzado como pretendían hacer ver. Por eso tenían que robar las riquezas de otros.

—¿Tú… eres… Octavia? —se atrevió a preguntar.

—Sí —suspiró la dama. Y a juzgar por el temblor que tremolaba en su voz, aquella situación parecía tan difícil para ella como para ellos—. Soy Octavia. Fui la esposa de vuestro padre hasta que él solicitó divorciarse de mí. He recibido un encargo de parte de vuestra madre. Antes de… de morir, me pidió que cuidase de vosotros.

Ptolomeo sintió un alivio inefable al pensar que de momento no iba a morir. Ni a ser vendido como esclavo. Quiso sonreír en agradecimiento a aquella bondadosa señora que se ofrecía a cuidar de él, pero el recuerdo de su madre empañó en ese mismo instante

sus ojos. ¿La estaba traicionando? La voz de Helios resonó como un latigazo en sus oídos.

—¡Eso es mentira!

Octavia alzó el rostro, contrariada, pero no pareció impresionada.

—No tolero que se alce la voz en mi casa, jovencito.

—No soy un jovencito. Soy Alejandro Helios, príncipe heredero de Egipto. Y dudo mucho que, de todas las personas del mundo, mi madre decidiera entregarnos precisamente a ti…

—¡Señor…! —intervino Musa.

Octavia alzó una mano pidiéndole que no interviniera. Era mejor dejar claro quién mandaba allí cuanto antes.

—Lo que demuestra, Alejandro Helios —advirtió Octavia fríamente—, que, pese a que me cueste reconocerlo, tu madre era una mujer que supo lo que hacía hasta el último momento. No sé si se puede decir lo mismo de ti.

—Discúlpanos, por favor —intercedió Selene. Con cierta sorpresa, Octavia tomó nota de su correctísimo latín y del cuidado con que la niña observaba las acciones de sus dos hermanos—. Mi hermano no ha deseado faltarte al respeto en tu casa. Es que… sencillamente… esta situación nos sorprende…

—A mí también me ha sorprendido —admitió Octavia interrumpiéndola—. Y te mentiría si te dijera que ha sido gratamente. Pero no seré yo quien desafíe a vuestros dioses incumpliendo un deseo póstumo. Sois los hijos de mi marido. Tenéis parientes importantes en Roma y deberíais conocer a vuestra familia.

—Entonces… ¿viviremos? —preguntó Selene con cierta incredulidad.

—Viviréis —le confirmó Octavia—. Os quedaréis en mi casa. Conservareis a alguno de los miembros de la vuestra y os educareis con el resto de los niños. Con más privilegios que la mayoría de los infantes romanos, pero probablemente con muchos menos lujos de los que se estilaban en vuestra disipada corte…

—Si vuelvo a oír a un romano hablar del lujo y la corrupción de la corte alejandrina —advirtió Alejandro Helios, con ferocidad—, vomitaré sobre su toga o como quiera que se llamen vuestros miserables ropajes…

—Y si yo escucho de nuevo alguna otra afirmación en ese tono —atajó Octavia—, me plantearé si dejarte sin comer un par de días. Quizá tener el estómago vacío dificulte el cumplimiento de tu amenaza…

Desconcertado por la rápida respuesta de Octavia, impensable en una mujer menuda y sencilla, como pregonaba su apariencia, Helios no encontró ninguna réplica que hacer.

—Bien —sonrió forzadamente, mientras dirigía la mano abierta a cada uno de ellos—. Pues bienvenidos a mi casa, Ptolomeo, Alejandro Helios y…

—Cleopatra… —pronunció la niña en tono gélido.

Octavia disimuló un escalofrío involuntario y desvió la mirada de sus ojos.

—Te llamaré Selene —advirtió con frialdad—. Y ahora —continuó mientras se volvía para hacer un gesto casi imperceptible a uno de los esclavos— conoceréis al resto de los niños de la casa. Incluidos vuestros hermanos. —Ptolomeo abrió desmesuradamente los ojos—. De todos vosotros —advirtió— dependerá que vuestra convivencia se desarrolle en términos cívicos.

—No me hace falta hacer amigos —masculló Helios—. Yo no pienso quedarme tanto tiempo…

Musa le miró con reconvención. Quizá por eso esta vez no se atrevió a expresarlo en voz demasiado alta.

IX

Allí estaban todos. Absolutamente todos. Un grupo heterogéneo de muchachos romanos de diferentes edades mirándolos de hito en hito, formando tan nerviosamente como soldados recién alistados. Junto a ellos, un conjunto de chiquillas con ropas idénticas y el pelo suelto que las identificaba como púberes cuchicheaba sin disimulo. Selene pudo oler el aroma dulzón de la curiosidad, mezclado con el sabor ácido de los prejuicios. Allí estaba la familia de Octavio. A partir de ahora, por lo que parecía, su propia familia.

Selene contó nueve. Cinco muchachas y cuatro chicos. La más pequeña tendría la edad de Ptolomeo. Los más mayores, quizá tres años más que ellos. El silencio era tal que podía oírse la fuente del jardín canturreando su monótona melodía sobre el pretil de piedra. No había exquisitas viandas ni vinos de Cananea, no había una multitud de invitados, ni pomposos desfiles, ni heraldos anunciando nada. No había una alfombra de recepción tendida ante una escalinata ni la presencia imponente de una reina vestida como una diosa juzgándoles desde un trono de oro, pero Selene supo que había estado antes allí. Viviendo ese momento desde el otro lado, desde el cómodo bando de los anfitriones. Fue aquel día lejano en que Antilo llegó a Alejandría casi como un rehén de su propio padre. Revivió el sabor metálico del miedo y el llanto retenido en los ojos del niño. Percibió su orgullo herido y escuchó en su memoria su tono desafiante. Tenía once años entonces, la misma edad que ella y Helios tenían ahora. El recuerdo de Antilo le provocó una punzada de dolor en un lugar del pecho. Quizá por eso, mientras observaba aquel desfile de rostros desconocidos, sintió que el recuerdo y la emoción la traicionaban. Parpadeó un par de veces para borrar la imagen que cobraba vida en sus retinas, pero esta no desapareció. Para su estupor, vestido a la usanza romana, desprovisto del toque oriental que había adoptado, con el pelo muy corto y los ojos oscuros de su padre, un rostro conocido y querido la observaba con curiosidad, como esperando su reacción. Pero no era posible. Ella había visto esos ojos y esos labios burlones en un rostro desfigurado y separado del cuerpo, rodando por la escalinata

del salón del trono de su palacio, en Alejandría. Y sin embargo, si estaba allí, si de algún modo mágico al final se había salvado, quizá es que todo fuese mentira. Una enorme y descomunal mentira. Como en el anuncio del cuervo de su sueño…

Las lágrimas que había retenido durante tanto tiempo se agolparon repentinamente en sus ojos y su voz salió como un susurro ahogado.

—¿Antilo?

—Salve, princesa egipcia —admitió el más mayor de los muchachos con una graciosa reverencia—, pero creo que me estás confundiendo…

—Estamos en casa de César. En Roma —apuntó severa Octavia —. Aquí no hay princesas…

—No soy Antilo —prosiguió el joven con acento burlón. Sus ojos y el corte de su mandíbula tan parecidos al de su padre gritaban lo contrario—. Temo que estás hablando con el hermano vivo.

—Julo, no seas insensible —le reprochó otro de los muchachos más mayores con una sonrisa irónica. El parecido con Octavia era tal que no hubiera podido negar su filiación—. Soy Marcelo, el hijo de Octavia. Él —añadió, refiriéndose a su compañero— es Julo, el hermano menor de Antilo, hijo de vuestro padre, Marco Antonio…

—Marcelo —le recriminó Octavia—. Sabes que tu tío no desea que volvamos a mencionar ese nombre…

—No seas ridícula, madre —respondió el joven—. Mi tío podrá prohibir que se mencione en las conversaciones públicas, en las crónicas o en los decretos, pero ¿qué haremos en la familia cuando nos refiramos a él? ¿Somos todos viuda, huérfanos, sobrinos e hijastros de un fantasma?

—¿Eres… —preguntó Selene, dirigiéndose al jovencito moreno aún incrédula—… eres el hermano de Antilo?

—El hermano abandonado, sí —admitió con despecho—. Del que nuestro padre se olvidó cuando salió corriendo para meterse en la cama de tu madre…

—¡Julo!

—No he pronunciado su nombre… —se defendió el muchacho.

—Pero eso… —Selene ni siquiera se molestó por la alusión a su madre. Ni ella misma se había parado a pensar en el hermano menor que había quedado en Atenas—… eso no es verdad. No así.

Mi padre jamás te habría abandonado…

—Claro que no es verdad —afirmó Octavia tajante—. Julo era muy pequeño para emprender un viaje tan largo, a Egipto, con esos mares revueltos, ese calor y los malditos piratas de Sexto Pompeyo. —Posó una palma amistosa sobre el hombro del muchacho, de la que él se deshizo con un gesto—. Por eso decidimos que te quedarías conmigo hasta que fueras lo suficientemente mayor…

—No fue exactamente así —intervino Helios, encantado de aportar su punto transgresor a aquella ingenua historia de reencuentros—. Mi padre siempre nos dijo que no pudo traerte junto a Antilo —aseguró, saboreando las palabras—. Que no se lo permitieron. Que Octavio se quedó contigo como rehén, para poder chantajearle cuando quisiera…

Por un instante, el joven pareció desconcertado.

—¿Octavio? —exclamó—. No te atrevas a criticarle delante de mí. Octavio ha sido para mí el padre que Marco Antonio no fue nunca…

—Bueno, basta ya —zanjó Octavia, alzándose entre ambos—. Empezad por presentaros en lugar de acumular reproches. Vais a tener mucho tiempo para hablar, para discutir y limar vuestras diferencias.

—¡Hablar! —constató con burlona admiración el tercero de los muchachos que aún no se había presentado—. A mí lo que me sorprende es que sepan latín y que no ladren como sus dioses perros…

—¡Tiberio! ¿Quieres que le comente a tu madre algo sobre tu comportamiento?

El muchacho se encogió de hombros. Octavia le dirigió una mirada airada y Selene vio, en la forma en la que él se la sostenía, que no era la primera vez que se medía con ella. Por alguna razón, aunque parecía acostumbrada a gestionar a aquel heterogéneo grupo de criaturas, aquel niño parecía tener algún tipo de ascendiente sobre ella. Se fijó en él y supo que había visto antes esos ojos llameantes y ese gesto de infinito desprecio. El día del triunfo, recordó. Un rubor inoportuno caldeó sus mejillas. El día del triunfo, ese niño montaba a caballo tras ellos, a la izquierda de César.

«Podría haber sido al revés —pensó con un rencor sordo—. Yo

podría haber montado a caballo al lado de mi padre. Y tú habrías caminado ante mí, cargado de cadenas».

Octavia alzó la mano en un solo gesto y una pequeña procesión de esclavos se deslizó silenciosamente bajo las arquerías del atrio, sirviendo higos con queso y jarras de barro colmadas de hidromiel. Ella se apartó hacia uno de los laterales, hablando con Musa para permitir a los muchachos que se relacionaran lejos de la mirada de sus tutores, en un escenario algo menos formal. El movimiento alrededor pareció aliviar levemente las tensiones del grupo. La niña más pequeña sonrió tímidamente a Ptolomeo. Tenía unos rizos rubios que le caían graciosamente sobre los hombros. Los ojos oscuros eran de Marco Antonio.

—Bien, empecemos entonces —decidió Selene, decidida a mostrar que tenía infinitamente más educación que aquel puñado de cultivadores de tierra. Se dirigió a las niñas obviando las risas solapadas y los codazos del corro de muchachos—. Mi nombre es Cleopatra Selene. Ellos son mis hermanos, Alejandro Helios y Ptolomeo Filadelfo.

La mayor de las niñas asintió quedamente. Tendría unos tres años más que ella.

—Yo soy Marcela —le explicó con amabilidad—. Y esta es mi hermana, Claudia —prosiguió señalando a una niña de unos diez años de edad—. Nosotras y nuestro hermano mayor Marcelo —extendió la mano hacia el más amable de los muchachos— somos hijos de Octavia y su primer esposo Claudio Marcelo, que falleció hace más de diez años. Ellas —continuó señalando a las dos muchachitas de ojos oscuros— son Antonia la Mayor y Antonia la Menor. Son mis hermanastras —añadió—. Y las vuestras, porque son hijas de Marco Antonio. A la pequeña la llamamos Flavia. Rubia. Por el pelo, para no confundirnos. —Hizo una pausa como para permitir que los recién llegados procesaran la información y continuó con el resto de muchachos—: Esta otra niña rubia es mi prima Julia, la hija de Octavio, que tiene ahora diez años. Su padre se divorció de su madre, Escribonia, para casarse con Livia. A mi hermano Marcelo y a tu hermanastro Julo ya los conoces. Ah, y también a Tiberio. Ellos tres son los mayores. Tienen catorce años y dentro de nada vestirán la *toga virilis*. Tiberio y Druso —señaló al más pequeño de los chiquillos, poco mayor que Ptolomeo— son los

hijos de mi tía Livia. De su primer matrimonio. Se divorció de su esposo para casarse con mi tío Octavio. Sus hijos se quedaron con su padre, pero a su muerte, hace unos años, vinieron a vivir con nosotros.

Se miraron largamente con curiosidad. No se sonrieron mutuamente. No se dieron un abrazo. Ni siquiera la mano. Esos eran gestos adultos mucho más estudiados y más falsos. Aquella situación era sorprendente para todos.

Selene trató de retener la información. Tres hijos de Octavia y un esposo anterior. Dos hijas de Octavia y Marco Antonio; un hijo de Marco Antonio y su primera esposa, Fulvia Bambalia. Una hija de Octavio sin Livia. Dos hijos de Livia sin Octavio…

Entre aquel revoltijo de criaturas solo le quedaban claras dos cosas: ellos acababan de ganar tres hermanos y el aspirante a gobernar los designios de Roma no tenía aún un heredero varón.

—¿Vivís todos en la casa de Octavio? —inquirió Selene.

—Sí —asintió Marcela con naturalidad—. Somos todos familia.

Allí estaban, inmersos como los impostores que Roma pensaba que eran, en la familia de César. Compartiendo mesa con las figuras más importantes de Roma. Quizá con los muchachos que un día regirían los destinos de la Urbe. No le sorprendió. En casa de sus padres también se habían criado junto a los hijos de la nobleza alejandrina y los príncipes herederos de países aliados. Lo que le extrañaba era que no hubiesen coincidido en ningún otro momento en los días que llevaban allí.

—¿Y si vivís aquí, por qué no nos hemos visto antes? —preguntó con extrañeza.

—Porque no nos dejaban —les respondió Marcela con sencillez —. Arween nos contaba cosas de vosotros, pero no nos dejaban acercarnos…

Selene recordó los cuchicheos, las risas solapadas, las carreras invisibles por los corredores. Miró a las dos Antonias sin poder disimular su curiosidad. La mayor era unos meses menor que ellos. La pequeña, un poco mayor que Ptolomeo. Adivinó algunos de los rasgos de su padre en aquellas dos criaturas. Los ojos oscuros, la curva de los labios, el gesto de la mandíbula orgullosa… La mayor tenía el pelo oscuro y ensortijado de sus hermanos; la pequeña, el cabello claro de Marcela y Octavia. Allí estaban por fin. Dos

auténticas familias paralelas crecidas en dos orillas del Mare Nostrum. Diferentes culturas. Idénticas edades. Se sonrojó levemente como si se sintiera responsable de los actos de su padre. En los ojos de las niñas que les miraban con curiosidad idéntica a la suya no había ni el más mínimo reproche. Esas niñas parecían respetar la memoria de su padre. Y eso, pensó, dadas las circunstancias, solo era posible si era su propia madre la que les había transmitido ese respeto, contrarrestando la influencia de Octavio y su propaganda. Miró a Octavia de nuevo. ¿Había amado esa mujer a su padre, a quien le habían unido como parte de un acuerdo político? ¿Habría llegado él a quererla también?

—¿Tenemos tres hermanos? —contabilizó Ptolomeo sorprendido, interrumpiendo el curso de sus pensamientos.

—De momento —terció Julo con sorna—. Nunca sabes por dónde puede aparecer algún otro hijo de mi padre.

Solo la pequeña Flavia dirigió una mirada cálida a los niños egipcios. Quizá fuese la única que se alegraba de corazón de la imprevista llegada de aquellos exóticos hermanos.

—Mi madre decía que era mejor que no os cogiéramos cariño porque en cualquier momento os iban a matar…

—Vaya —sonrió Selene con sorna—, qué considerada…

—¿Sois los hijos de Cleopatra, no? —preguntó con los ojos muy abiertos la muchachita de pelo claro y ensortijado.

—Lo somos —admitió Selene con orgullo.

—No os imaginaba así.

—¿Tú quién eras exactamente? —inquirió Helios con idéntica falta de tacto.

La niña no pareció arredrarse.

—Yo soy Julia, la hija de Octavio —indicó, encogiéndose de hombros—. Pensé… No sé… Había oído tantas cosas sobre Egipto… Pensé que tendríais otro aspecto. Que vendríais mejor vestidos…

—Lo habríamos hecho, hija de Octavio, aunque solo hubiera sido para de deslumbrarte. Lamentablemente, tu padre nos lo robó todo.

La aparente sonrisa de Helios contrastaba con la hostilidad de sus palabras, pero tampoco pareció que le afectara. Su mirada estaba fija en Selene.

—Tampoco pareces una de esas…

—¿De quiénes?

—De las mujeres que van a los templos. Las que no van a rezar, sino, ya sabes, a… —Julia se mordió los labios buscando la mejor forma de expresar lo que tenía en su mente—… Las que van a…

—… prostituirse. —La sonrisa de Tiberio al completar la frase se deslizó como un reptil por la piel de Selene—. Julia quiere decir que no pareces una prostituta, aunque… —paseó una mirada lasciva de arriba abajo por su cuerpo—, quizá sea tan solo una cuestión de tiempo.

El empujón que le propinó Helios le pilló completamente desprevenido.

—Eh, ¿qué haces?

Pese a ser más mayor y más alto, Tiberio estuvo a punto de perder el equilibrio. Se habría caído si Marcelo, a su lado, no le hubiese sujetado.

—¿Qué le estas diciendo a mi hermana? —se le enfrentó Helios.

—¿Pero de dónde sales tú? —Tiberio empujó a Helios a su vez —. Solo estaba explicando lo que quería decir Julia…

—Pues no te he entendido bien… —le desafió el niño—. Repítemelo si tienes huevos…

Tiberio fingió no haberle escuchado a su vez. Soltó una carcajada estentórea.

—Pero ¿qué dices? —Se dirigió a los otros muchachos—: ¿Nos habla de cojones un camellero egipcio que acaba de perder su país entero en una guerra? —se burló Tiberio—. Crece un poco, anda. Y luego ven a por mí…

El nuevo empujón de Tiberio, mucho más fuerte que el anterior, provocó que Helios perdiera el equilibrio y cayera al suelo…

—¡Helios! —gritó Selene, dispuesta a defenderle.

Llegó tarde. Desde el suelo, su hermano había enganchado entre sus piernas las de Tiberio haciéndole caer a su lado. Sus propios compañeros jalearon complacidos el giro imprevisto de los acontecimientos.

—¿Te puede un niño egipcio, Tiberio?

—Verás cuando se entere Octavio…

Tiberio se puso en pie de nuevo rápidamente, enfurecido. Se abalanzó con todo su peso sobre su contrincante, pero Helios, más ligero le esquivó. Tiberio golpeó pesadamente con el pecho en el

suelo. Su cara se contrajo de rabia y de dolor.

—Te vas a enterar…

Antes de que Helios acertara a levantarse, Tiberio lo cogió por la coleta que llevaba en la nuca, a la manera egipcia. Lo tiró de nuevo al suelo y forcejeó hasta ponerse sobre él. Atenazó sus muñecas mientras el niño se revolvía. Selene trató de arrojarse sobre Tiberio, pero Julo la sujetó.

—No te metas —siseó—. No es buena idea llevarle la contraria. —La situó a su espalda—. Tiberio, suéltalo —ordenó—. Le vas a hacer daño; es mucho más pequeño que tú.

Helios pataleó como para contradecir la afirmación de Julo. Con una velocidad inusitada, Tiberio extrajo la hoja de un *pugio* de su bota y la colocó en su garganta. El niño se quedó inmóvil. En el grupo se hizo un repentino silencio.

—¡Tiberio! ¡Déjalo! ¡Ya! —siseó Marcelo.

—¿Qué pasa aquí?

Octavia irrumpió en el corro de chiquillos que le impedía la visión, pero que se abrió, obedientemente, ante su presencia.

—He preguntado qué está pasando aquí…

Tiberio se puso en pie con rapidez, se recolocó el pelo, se sacudió la ropa ostensiblemente y se pasó la lengua por el labio partido. Marcelo tendió una mano a Helios y le ayudó a levantarse del suelo. Musa se acercó al grupo de muchachos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó seriamente.

—Nada —reseñó Helios con dignidad.

—¿Estabais peleando?

—No —replicó el niño, mirando a Tiberio con intención—. Solo estábamos… conociéndonos.

Octavia dirigió una mirada significativa a su alrededor. La mayoría de los niños rehuyó sus ojos. Luego los dirigió hacia Musa. La mirada del hebreo le dijo que lo dejara pasar.

—César viene de camino —anunció—. Tiene interés en saber cómo está yendo este… encuentro —advirtió—. Pasemos al comedor y procurad fingir que sois seres civilizados y no unos bárbaros venidos de más allá del *limes* del norte…

Se dio la vuelta con dignidad y se puso en marcha esperando que todos la siguieran. Marcelo palmeó el hombro de Helios con admiración cuando el muchacho pasó por su lado. Incluso Tiberio

sonrió imperceptiblemente. Si había una máxima universal que no entendía de fronteras en todas las peleas infantiles del mundo, era que el que contara lo ocurrido a los adultos era un sucio chivato.

—¿Se puede saber por qué llevas un *pugio*? —inquirió Marcelo en voz baja, instando a Tiberio a quedarse algo más atrás.

Tiberio se encogió de hombros.

—Nunca se sabe quién puede querer atacarte. Es pequeño y manejable. Pedí que me lo fabricaran cuando vi a Agripa usarlo. Tú deberías llevarlo también… Ya somos lo suficientemente mayores.

Marcelo movió la cabeza negativamente.

—No vuelvas a desenfundar un arma en esta casa. Si tu madre se entera…

—No me preocupa mi madre —sentenció Tiberio—. No creo que le importe que alguien ponga en su sitio a esos bastardos.

—Quizá a tu madre, no, pero sí a mi tío.

—Él sí me preocupa —admitió Tiberio—. Pero, descuida, ese crío no va a contar nada. —Miró a Helios apreciativamente, a su pesar—. Si la flota egipcia hubiera tenido la mitad de los huevos que tiene él, a lo mejor no habríamos ganado esa guerra.

—Le prometí a nuestra madre que cuidaría de ti y de Ptolomeo, pero no sé cómo voy a hacerlo si te esfuerzas en ponerte en peligro constantemente…

Estaban a punto de irse a dormir, en las habitaciones que les habían asignado en esa nueva zona de la *domus*, en aquella área donde vivían los niños y la dulce Octavia parecía reinar sobre un pequeño imperio de salvajes.

—¿Cuidar tú de mí? ¿Cuándo le prometiste eso a nuestra madre?

Selene cayó en que jamás había mencionado la última visita a las habitaciones de su madre el día de su muerte. Ni el papel que jugó en ella.

—Da igual —concluyó.

—Ese niñato te estaba insultando…

—Somos sus enemigos —le explicó ella con cierta aceptación—. Esto nos va a pasar más de una vez, Helios.

—Entonces no sé por qué fingen que somos sus invitados…

—Somos sus rehenes, Helios. Estaremos limitados y vigilados, pero, al menos, no muertos. Si algo me demostró el día del triunfo,

es que ni siquiera Roma ha olvidado a nuestro padre. Y si esto pasa aquí…, ¿qué no sucederá en Egipto? Puede que tengamos alguna posibilidad de contactar con los nuestros. Siempre que no te dejes matar entretanto, claro… —le reprochó.

—Hacía tiempo que no me sentía tan vivo —advirtió Helios—. Pero me dejaría matar las veces que fuera necesario, si es por defenderte…

Selene sintió sus palabras como una explosión de ternura en el pecho. Acarició la mejilla de su mellizo. Su tono bronceado parecía apagado después de pasar tanto tiempo encerrados. Sus rizos estaban aún sudorosos por el esfuerzo y en sus labios brillaba la determinación. Sus ojos centelleaban. Se sintió tan conectada a él que tembló, estremecida, ante la posibilidad de perderle. No le dijo nada. No quería espolear más su escaso sentido de la supervivencia.

X

Los días comenzaron a sucederse en una serie de rutinas predecibles. Calíope dormía en un jergón, a los pies de la cama de Selene, en una estancia demasiado pequeña para albergar dos auténticos lechos. Al despertar, la esclava cepillaba su cabello y lo dejaba suelto, sin cintas ni adornos, al estilo de las niñas romanas. Apenas la necesitaba para enfundarse los sobrios vestidos que le habían asignado. Selene tenía la sensación de que la estaban castigando por el lujo y el dispendio que le presuponían a la corte alejandrina hasta que cayó en la cuenta de que el severo protocolo de austeridad imperaba para todos los miembros de la casa. Salvo Octavio, y en algún ceremonial señalado, todas las vestimentas eran igual de humildes, tejidas con colores tan sobrios que parecían iguales entre sí. Selene comprobó enseguida, con cierto desdén, que eran las matronas romanas que se preciaban verdaderamente de serlo las que confeccionaban sus propias prendas en sus telares domésticos. Solo algún vestido muy especial se encargaba fuera de la casa.

Desde el primer refrigerio de la mañana a base de gachas, Octavia las sumergía a todas en una actividad frenética que Selene agradecía para poder llegar a la noche tan agotada que el cansancio le impidiera pensar. Sabía que ese tiempo que pasaban todas juntas servía para hermanarlas y para estrechar aún más sus lazos. Lo envidiaba en cierto modo, pero no se sentía cómoda ante sus miradas interrogantes, sabiéndose objeto de las murmuraciones que tejían, a la par que la lana, entre ellas. Procuraba apartarse ostensiblemente. A veces sin más compañía que Horus, aquel enorme cuervo que Octavia odiaba y que no podía prohibirle porque había sido un regalo de César. La presencia del animal subrayaba su rareza y su aislamiento, y junto a él se sentía extrañamente protegida. Ella seguía siendo la extranjera, más la hija de Cleopatra que de Antonio, y quizá no ayudara la evidente torpeza que manifestaba en unas actividades manuales que realizaba por primera vez en su vida. Sabía que el resto de las niñas debían estar preguntándose a qué había dedicado todo su tiempo

hasta entonces. Llegó un momento en el que el pasado se le desdibujó tanto que ella se encontró preguntándoselo también.

Aunque llegaba a su habitación cada noche con las yemas de los dedos doloridas y rozaduras hechas por el hilo de lana, no permitió en ningún momento que Calíope la ayudara más que para impregnar sus músculos cansados con aceites. Antonia y Julia se reían de su incapacidad para cardar la lana, del tiempo que tardaba en ahusarla y de cómo el carro del telar se le atascaba en algún punto que invariablemente había que deshacer. Solo su medio hermana Marcela la ayudaba, con paciencia infinita. Era la que tenía una actitud más adulta y se consideraba responsable del trabajo de todas. Iba a casarse pronto y todas las mujeres de su casa estaban terminando su ajuar, tejiendo, cosiendo o bordando piezas que Octavia iba guardando perfectamente dobladas y perfumadas con ramilletes de lavanda en un enorme baúl de cedro perfumado. En Alejandría solo las esclavas habrían preparado en su propia casa un ajuar de bodas tan humilde, pero omitió decir nada.

—¿Cuándo se casa Marcela? —preguntó con curiosidad.

—No lo sé exactamente. Hay que buscar el día oportuno y esperar los augurios… Octavia quiere que esté todo terminado para que pueda celebrarse pronto, antes de que Agripa tenga que salir corriendo a apagar algún fuego en algún otro *limes*.

—¿Qué tiene que ver Agripa en esto?

Julia la miró con cierta soberbia. Era evidente que la niña egipcia, por muy descendiente de Alejandro que fuera, no se enteraba de nada.

—¿Cómo que qué tiene que ver? —respondió sorprendida—. Él es el novio…

Selene amagó un grito de sorpresa, pero la expresión de su cara no pasó desapercibida.

—¿Agripa? Es muy mayor para ella…

—¿Qué dices? No es tan mayor —señaló Julia—. Tiene la edad de mi padre. Es su mejor general. Y es un hombre muy guapo.

Selene prefirió no discutir con la hija de Octavio los cuestionables atractivos de su cuerpo militar.

—Pensé que la casarían con Marcelo… —advirtió Selene—. ¡Se llevan tan bien…! Es poco mayor que ella. Y muchísimo más guapo…

Ahora fue Julia la que se sorprendió vivamente.

—Pero si Marcelo es su hermano…

—Por eso…

—Entonces es verdad… —constató entre sorprendida y escandalizada—. En tu país los hermanos se casan… ¿Tú te habrías casado con Helios? —preguntó con cierta excitación.

—Por supuesto —contestó ella sin asomo de dudas—. Es la única manera de conservar los bienes dentro de la familia y estar seguros de la pureza de sangre de la dinastía…

—Es una suerte que aquí no tengamos de eso —afirmó Julia, y añadió en tono de broma—: ¿Con quién me casaría entonces yo?

—Pues para que todo quedara en familia podrías casarte con uno de los hijos de tu madrastra —propuso Selene—. No sé… Con Tiberio…

—¿Con Tiberio? —Julia bajó la voz y puso los ojos en blanco, ante el estupor de Selene—. Antes me entregaría a un ejército de galos salvajes.

—Niñas —advirtió Marcela en su función de cuidadora—, ¿podéis seguir con vuestra labor y dejar de cuchichear ahí detrás?

Marcela era compasiva y dulce al estilo que le gustaba a Octavia. Julia era un espíritu libre, transgresora y respondona. Quizá por ser hija de Octavio se creía en el derecho de hacer su voluntad. A Selene le gustaban sus contestaciones ácidas y su pretendida arrogancia porque le recordaba a Helios. Pero, en el fondo, agradecía su desdén; no le gustaba aceptar ante sí misma que le hubiese encantado ser amiga de la hija de Octavio.

Tras el refrigerio de mediodía se reunían con los muchachos en la casa y su ruidoso alboroto ponía un punto caótico que exacerbaba a Octavia y encantaba a las niñas. Por primera vez en años en Roma imperaba la paz. Las puertas del templo de Jano se habían cerrado para dejar constancia de ello y los entrenamientos militares se habían convertido en ejercicios gimnásticos, al estilo de los atletas de los juegos griegos. Los niños volvían de la calle con los rostros y los brazos bronceados de sol y de aire fresco. Salían a cabalgar, hacían ejercicio en el Campo de Marte y en aquella relajada pausa tras la campaña egipcia, Agripa se divertía entrenando a los varones de la casa de Octavio en técnicas de combate. Helios también iba con ellos. Tras el primer encontronazo, o quizá debido a él, parecía

perfectamente integrado en las rutinas del grupo de los niños de la casa. En ocasiones llegaba con un arañazo en un brazo, un corte en la cara o un moratón asomando bajo la corta *toga praetexta*. Selene le preguntaba siempre si había sido durante un ejercicio rutinario o durante una pelea imprevista, pero Helios se mantenía en silencio. Su orgullo o su recién estrenado sentimiento de lealtad para con el grupo le impedía quejarse ni por un momento.

Ptolomeo era aún más pequeño que Druso, el menor de los hijos de Livia, por lo que, en un principio, se había quedado encantado junto a la pequeña Antonia Flavia, en el universo doméstico destinado a las mujeres, pero fue el propio Helios quien exigió que se incorporase al resto del grupo cuando escuchó los comentarios de los mayores sobre el afeminamiento de las depravadas costumbres orientales. Julo era el que más criticaba una corte que sentía que le había cerrado su puerta en las narices y Helios más que nunca decidió que tenía que hacer valer la incuestionable virilidad de los hijos de Cleopatra. Su hermano sabía montar a caballo, tirar con arco, batirse a espada y para cuando abandonaron Alejandría, había empezado ya a entrenarse en el cuerpo a cuerpo. Le faltaba algo de destreza y resistencia, pero eso era algo que podía desarrollar en las largas sesiones que les programaban. Así, por primera vez desde que habían llegado, durante una de las comidas festivas que el cónsul se dignaba a hacer con toda la chiquillería de la casa, Selene oyó a su hermano hablarle en tono respetuoso a Octavio para pedirle que permitiera a Ptolomeo iniciarse en las artes militares. A Selene le sorprendió escuchar a su hermano dirigirse a Octavio en tono moderado. La mirada del cónsul denotaba que él estaba igualmente sorprendido.

—Es muy diestro. Y aprende muy rápido. Creo que, por poco que haga, le vendría mejor estar con nosotros, aunque sea viendo cómo nos entrenamos, que encerrado entre los telares con las niñas…

El tono despectivo de Helios al referirse a ellas pilló a Selene desprevenida. ¿Cuándo había tendido esas diferencias entre ellos? Le lanzó una mirada interrogante que él no recogió. Se sintió dolida. En Alejandría ella tenía su propio corcel en el que cabalgaba durante horas, soñando que luchaba contra los persas en los ejércitos del Gran Alejandro, pero en Roma las niñas no hacían eso.

Se preguntó si se atrevería a pedírselo a Octavio.

—Ptolomeo es aún muy pequeño para formarse militarmente… —advirtió Octavio.

—Si es la mitad de diestro y de fuerte que Helios, podríamos intentarlo —intervino Agripa, de buen humor—. Su capacidad de aprendizaje y su resistencia corresponden a la de un muchacho mayor. Indudablemente, ha tenido buenos instructores.

El nombre de Marco Antonio y el reconocimiento de su valía militar planeó sobre la mesa, sin que nadie se atreviera a pronunciarlo. Helios se hinchó de orgullo y sonrió a Agripa, feliz por contar con su apoyo. Selene no pudo por menos que recordar el momento en el que aquel hombre apareció ante su lecho el día que trató de orquestar su propio suicidio. O el bofetón que propinó a su hermano el día que partían de Alejandría, ante su propio pueblo. El prometido de Marcela, el segundo al mando de Octavio, se sentaba a la mesa con la familia de su superior, y su propio hermano sonreía agradecido al que ahora era su instructor militar, con una complicidad nueva. Trató de hacer cuentas, pero el cómputo romano de los días y los meses aún le era ajeno. ¿Llevaban solo tres meses en Roma? ¿Había pasado tanto tiempo? ¿O es que en realidad habían pasado demasiadas cosas?

—Creí que estábamos en paz por fin —intervino Octavia—. Que no habría que preparar a los muchachos para más guerras…

—Siempre hay que estar preparados para la guerra, querida —respondió Livia, segura de sí misma—. Somos depredadores por naturaleza. Las madres de hijos varones debemos anteponer nuestros sentimientos al bien de Roma.

Octavia no se dignó a contestar. Agripa acudió a llenar aquel silencio incómodo que presagiaba una velada disputa.

—El entrenamiento militar fortalece a los niños, Octavia. Además, nunca sabemos cuándo nuestro César va a fijarse un objetivo nuevo —afirmó—. Ahora que tenemos aliados fuertes en Oriente, quizá no sería mal momento para retomar la conquista de Partia…

—¿Partia? —Octavio alzó las cejas—. No, querido amigo. Esa fruta aún no está madura. No voy a cometer el error de Marco Antonio. —El nombre produjo un leve sobresalto en la mesa y Octavio, complacido, aprovechó para dirigirse a aquella

concurrencia en edad de aprender—: Cuando persigáis un objetivo, sea el que sea, cualquiera de vosotros, tenéis que estar seguros de que las ganancias van a ser mayores que las pérdidas. No es buena idea pescar truchas con un anzuelo de oro…

—¿Por qué? —preguntó Ptolomeo con ingenuidad.

—Pues porque —le explicó pacientemente Octavio— si pierdes el anzuelo, perderás una cantidad de dinero muy importante. Mucho más de lo que ganarías vendiendo en el mercado doscientas truchas…

Ptolomeo pareció reflexionar.

—Yo quiero pescar truchas como las pescas tú… —manifestó muy serio.

—Vaya con mi pequeño *hastatus*… ¿Estás montando un auténtico manípulo egipcio en mis propias legiones, Agripa…? —bromeó Octavio. Y se dirigió a su hermana—: ¿Tú qué dices, Octavia?

—A mí no me preguntes. Yo creo que es aún pequeño, pero haréis todos lo que os dé la gana, como hacéis siempre.

—¿Y tú, Ptolomeo? ¿Qué dices tú?

Selene iba a intervenir, aunque era consciente de que nadie le había dado permiso para hacerlo, pero en ese momento el niño miró a Octavio con ojos brillantes, se levantó de su silla y se acercó en una espontánea carrera a la suya.

—Yo quiero combatir con mi hermano… —afirmó, decidido.

—Pero puedes hacerte daño —explicó Octavio, con delicadeza—. El resto son mucho mayores que tú…

—Soy casi como Druso —razonó—. Los soldados tienen que estar dispuestos a hacerse daño. Y a soportar el dolor —exclamó el niño con una convicción tal que provocó la sonrisa de Octavio—. Por favor, César… —insistió.

Tomó la mano de Octavio entre sus manitas y le miró con ojos suplicantes. Selene observó cómo el cónsul, tomado por sorpresa, tragaba saliva y apartaba los ensortijados rizos oscuros de su frente. La sensación de intimidad entre ellos era tan evidente como el hecho de que su hermano hubiera usado el nombre que por derecho le había pertenecido a Cesarión. La niña sintió, con un pinchazo de angustia en el pecho, que Octavio le estaba robando lo más íntimo, lo más suyo, lo último que le quedaba… Como si hubiera adivinado

sus pensamientos, Octavio le dirigió una mirada oscura a través de la mesa. Ella bajó la suya. Sentía un dolor creciente en el estómago. Y en el corazón.

—Está bien —decidió Octavio, mirando de nuevo a Ptolomeo—; tienes permiso para probar hasta los idus de diciembre, poco antes del comienzo de las Saturnales. Agripa informará de tus avances y si no estás preparado, esperaremos un poco más.

—¡¡Gracias!!

El niño se abrazó con entusiasmo al cuello del cónsul romano, que le estrechó riendo entre sus brazos. Habría sido una bonita escena familiar si aquel no fuese el hombre que había orquestado la muerte de sus padres y su hermano mayor. Si aquel no fuera el hombre que había mandado decapitar a Antilo sin importarle que se hubiera acogido a sagrado en el templo del mismísimo Julio César. Si aquel no fuese el hombre que había ordenado el sitio sobre su ciudad, el saqueo de su palacio y el expolio del mausoleo de su madre. Si aquel no fuera el hombre que les había robado su futuro.

No fue la única sorprendida. Sin ningún disimulo, Livia dirigió a Octavio una mirada densa e impenetrable mientras abrazaba a aquel niño ajeno. Selene habría sido consciente de ello si no se hubiera levantado precipitadamente de la mesa sin molestarse en pedir permiso. Necesitaba vomitar.

XI

Los días se acortaban y el frío se apoderaba de la ciudad. El Tíber se vestía con una densa neblina las mañanas en que sus orillas no aparecían regadas de escarcha. Las actividades domésticas pasaron a ocupar la mayor parte del día y, por la tarde, Musa y Kallyas ejercitaban el cerebro de los niños con clases de geografía, filosofía, aritmética, estrategia, historia o lenguas extranjeras. A diferencia de lo que sucedía en las tareas domésticas, en el campo del pensamiento, Selene destacaba por encima de la mayoría de sus compañeros. Solo Tiberio la aventajaba en estrategia y Marcelo en historia. De las niñas tan solo Julia y la pequeña Antonia parecían verdaderamente interesadas en las materias que sus tutores les explicaban. En lenguas extranjeras, Selene demostraba una capacidad prácticamente sobrenatural. Incluso la propia Octavia, que se desenvolvía admirablemente en griego, se sintió tan sorprendida por su vocabulario que comenzó a hablar con ella en la lengua de los helenos, al acabar las clases, como si entre las dos empezase a tejerse un lenguaje secreto. Selene notaba que ese gesto privativo de Octavia hacia ella le granjeaba la enemistad del resto de las niñas, pero no tuvo corazón para negarle esos ratos de conversación, que a ella también le remontaban a su corte perdida. Tenía la sensación de que solo en griego podría conocer a la verdadera Octavia, la que no temía ser espiada y juzgada a cada paso, la que podía despojarse de las máscaras de la tristeza y el deber con las que Roma la había revestido. Era en griego como criticaba a su cuñada Livia y como se permitía opinar de política. Era en griego como le hablaba con nostalgia de la faceta romana de su padre que ella no había conocido. Y supo que aquella lengua, entrecortada y tosca para los romanos, le recordaba a Octavia su estancia en Atenas, aquel breve lapso de tiempo, en el que, junto a Marco Antonio, había sido verdaderamente feliz. Antes de que todo se rompiera en pedazos.

—La he oído hablar en hebreo con Musa, en griego contigo, con Kallyas y con algunos de los artistas que contratamos para los espectáculos. Cuando vino la embajada del rey parto Fraates, la

escuché hablar con sus legados al igual que sin aparente esfuerzo habla en su lengua con los esclavos galos… —admitió Octavio sorprendido—. El otro día me pidió un volumen de mi biblioteca personal, y le di un viejo texto comprado a un caravanero nabateo que jamás había podido leer. Ahora lo está traduciendo para mí… A veces me pregunto —confesó con un leve escalofrío— si no será la propia Cleopatra la que habla por su boca.

—Eso es absurdo. No hay nada sobrenatural en ello. Es normal que tenga el don de las lenguas —le advirtió su hermana—. Alejandría está en el medio del mundo conocido. Ella las lleva oyendo desde niña.

Octavio asintió levemente. No parecía estar convencido del todo.

—Esta muchacha disfruta con la lectura y es capaz de entender más lenguas que ninguno de nosotros. No tiene ningún sentido que se marchite entre telares y tareas que no sabe hacer…

—Jamás será una buena matrona romana si no aprende cuáles son los deberes de una casa…

—Pues que sea un hombre entonces. Relégala de sus tareas, Octavia. Tengo algo para ella.

XII

—¿Te gusta?

El aire húmedo procedente del Tíber removió su larga cabellera. Selene no estaba acostumbrada aún a llevar el pelo suelto, que le hacía cosquillas en los labios y se le metía en los ojos. Hasta las esclavas de la casa, le parecía, con el pelo recogido bajo un pañuelo, tenían un aspecto menos abandonado que ella. Octavio la miraba, sin embargo, con un salvaje deleite que la muchacha no alcanzaba a interpretar. Solo notaba su presencia, demasiado cercana, y su respiración, que parecía restarle aire a la suya.

—¿Qué es?

Había sido llamada a comparecer ante el cónsul esa misma mañana y, los dos juntos, sin la presencia de sus lictores ni la guardia, se habían encaminado por el estrecho sendero que subía por la colina desde la casa. Selene nunca se había aventurado tan lejos del atrio y las dependencias que lo rodeaban. Acostumbrada a carecer de libertad de movimientos, la posibilidad de alejarse del pequeño epicentro en el que transcurría su vida la hizo sentir levemente mareada. Insistió en que su esclava Calíope o Musa, su tutor, deberían acompañarla, pero Octavio atajó su solicitud con una mirada contundente. Sus ojos eran tan fríos que Selene sintió erizarse su piel.

—¿Qué más protección deseas que la del propio cónsul de Roma?

Solo el fiel Horus siguió a saltitos cortos e intermitentes los pasos de su dueña. Octavio no se lo impidió. Habían caminado lentamente, en silencio durante un tiempo indeterminado. Sin saber hacia dónde se dirigían sus pasos, Selene se sintió como los bueyes que avanzaban mansos, ajenos a su propio sacrificio. Por vez primera, sin más vigilancia que la del propio Octavio, sintió, con un vértigo atroz, que se abría ante ella la posibilidad de escapar. ¿Sería más ágil que él si salía corriendo por entre la espesura? ¿Habría murallas más allá de aquel denso bosquecillo que interceptaran su huida? Y si lo conseguía, y si camuflada entre la multitud conseguía esconderse en una carreta y llegar a los puertos de Ostia o de

Brundisium, ¿cómo abordaría el barco que la llevase a su destino? ¿Cómo le pagaría? ¿Bastaría con la promesa de una recompensa en Alejandría? ¿Qué les sucedería a sus hermanos mientras tanto?
—Vas muy callada. ¿Deseas compartir tus pensamientos? —le sugirió él.

—No.

Octavio se detuvo. Con un sobresalto Selene creyó que iba a cuestionar su comportamiento, pero no; el cónsul se había parado ante la contemplación de una estructura circular, a medio terminar. El grupo de esclavos que trabajaba en ella continuó con sus tareas como si no estuvieran allí. Fue en ese momento cuando se volvió a ella y con una sonrisa breve le preguntó si le gustaba. Ella trató de adivinar cuál era su función. No se le escapó que su factura era de mucha mayor calidad que la mayoría de las edificaciones que había visto en Roma.

—Es mi tumba, Selene.

La niña le miró con un estremecimiento. Él la tomó de la mano y ella no supo rehusar su ofrecimiento. Pasaron al interior. Era lóbrego y húmedo, pese a que el techo aún no estaba culminado y la luz se filtraba por allí. Había algo estremecedor y eterno en ese vacío.

—¿Tu… tu tumba?

Octavio sonrió satisfecho de su golpe de efecto.

—Fue tu madre, Selene. Fue el Sema, el lugar donde descansa el Gran Alejandro, fueron las pirámides que ven pasar el tiempo y nos sobrevivirán a todos… Fue tu cultura quien me inspiró la idea. Cleopatra se retiró a su mausoleo a dejarse morir. ¿No hay una grandeza trágica en ese acto? —le preguntó—. Pero no te pongas triste —añadió, limpiando una lágrima rebelde con el dorso de sus dedos—. Todos morimos, Selene. Lo importante es hacerlo con dignidad. Y tus padres lo hicieron.

—¿Por eso has mandado derribar las estatuas de mi padre y borrar su nombre de la historia?

—Tu padre murió con dignidad —reconoció Octavio—, pero en sus últimos años vivió como un rebelde a Roma. La *damnatio memoriae* no la he inventado yo; es un mecanismo de escarmiento, para que la gloria no roce a los traidores, para evitar que se genere un culto insano en torno a sus imágenes. Para prevenir que alguien

trate de repetir sus execrables actos… Mi memoria en piedra —señaló al mausoleo— trascenderá a mi muerte, pero puede que en un par de generaciones —asintió con frialdad—, Marco Antonio haya sido olvidado…

—Si nadie sabe que existió, ni lo que hizo —se atrevió a enfrentarle Selene—, no puedes estar seguro de que no se repita…

Octavio la miró largamente, y Selene supo que su advertencia había rozado esa coraza con la que había aprendido a protegerse para que el dolor no le rozase.

—Es Egipto y su culto a la muerte quien me ha inspirado este mausoleo, donde me gustaría descansar rodeado de los míos, pero no era esto lo que quería enseñarte —reconoció—. Ven conmigo.

Caminó unos pasos más hacia otras dos estructuras anexas cuyos trabajos estaban, también, terminándose. Había un deje helénico en ambos. Selene no pudo por menos que sorprenderse. Así que el depravado gusto oriental, los grandes sillares, las columnas labradas y los acabados de mármol terminaban teniendo cabida en la austera Roma.

—Este será el templo dedicado a Apolo Palatino —le explicó Octavio—. ¿Sabes por qué elegí este lugar? Porque antes de partir hacia la campaña de Egipto, un rayo impactó en la edificación que había en este mismo sitio.

Selene lo observó de hito en hito. Por la mente de ambos, como una estela de polvo del pasado, se deslizó la imagen del desafortunado Muti.

—Quizá debieras dedicárselo a Júpiter entonces —le sugirió con un rencor sordo—; no cabe duda de que te favorece…

—No. Será a Apolo. Es mi agradecimiento personal por su ayuda. Siempre he creído que estoy bajo su protección. Fue en su templo de Actium en el que le rogué que me bendijese con una honrosa victoria.

—Si mi padre hubiera vencido, aquí habría ahora un altar a Dionisos —silabeo Selene con dureza.

—En eso coincido contigo —advirtió.

Se detuvo y posó sus manos sobre los hombros de la niña. Ella se desasió de su contacto.

—No soy mi hermano Ptolomeo para que me conquistes con tus carantoñas —le escupió.

—Estás llena de rencor, Selene —suspiró Octavio—. Pero eso es porque aún no has asumido el giro de los acontecimientos; porque aún no aprecias lo positivo de este cambio en tu vida; porque dejas pasar las horas perdidas dando puntadas y tejiendo ropajes mientras tu mente vuela libre regodeándose en el pasado…

—¿Acaso me lo vas a impedir?

—No. Te voy a dar algo en lo que ocuparla.

Abrió la puerta de la estancia anexa al templo y le cedió el paso. Al pasar de la luz a la semioscuridad, el interior comenzó a revelarse poco a poco. Colocados en pulcras hileras, desde el techo hasta el suelo, millares de pergaminos y de libros abarrotaban las hornacinas creadas a tal efecto. Las lámparas de aceite, ubicadas a intervalos regulares, incrementaban, no solo el efecto de infinito, sino la sensación de que aquellos volúmenes estaban vivos.

—Nadie ha estado aquí todavía, Selene —le indicó en un susurro reverente—. La inauguraré en breve, junto al templo. Hay libros en todas las lenguas conocidas y en algunas ya muertas. Hablan de batallas, de comercio, de historia. Hay periplos de navegantes y obras de teatro. Hay fábulas, oraciones a dioses antiquísimos y pensamientos de grandes filósofos. Considera este espacio como un pequeño obsequio hacia ti. Como un trocito de Alejandría en Roma. Puedes venir aquí siempre que quieras.

Selene miró hacia la cúpula con incredulidad.

—Dicen que Marco Antonio le regaló a tu madre la biblioteca que robó de Pérgamo —continuó él con voz ronca—. Dicen que lo hizo para compensar el incendio que provocó el divino Julio en el puerto, en el asedio del año que acudió a dirimir la disputa entre tu madre y tu tío Ptolomeo y que acabó con vuestra preciada biblioteca… —Hizo una breve pausa—. No puedo equiparar mis fondos con los de Pérgamo, Selene, pero son tuyos…

La niña le dirigió una mirada triste. Ay, ¿así que el todopoderoso Octavio cargaba a la espalda una sombra tan densa que no le permitía avanzar?

—Aun en el caso de que esa historia hubiera sido cierta, no puedes pasar toda la vida midiéndote con mi padre… —le aconsejó.

—Tengo a mi mando casi veinte legiones —le respondió con altivez Octavio—. Permite que decida yo con quién quiero medirme.

Selene avanzó un par de pasos. Dio una vuelta y dos y tres sobre sí misma para poder apreciar la magnitud de aquel espacio, el potencial que se abría ante ella. No quiso confesarlo, pero de verdad se sintió de vuelta en su biblioteca perdida, junto al faro. E incluso creyó percibir el cálido aroma a sal diluida del delta y el rumor de las olas lamiendo el espigón del puerto de Alejandría. Dio una nueva vuelta y otra más admirando aquella cúpula infinita hacia la que ascendía aquel templo al conocimiento. Sintió que el vértigo se apoderaba de ella. Octavio la sostuvo en sus brazos antes de caer.

—¿Te gusta? —preguntó. Se había arrodillado a su lado y sintió sus labios muy cerca de su rostro. En sus ojos había una súplica sorprendente, como si necesitara de su aprobación sobre todas las cosas.

—Mucho —reconoció ella en un suspiro desmayado, aunque no sabía muy bien si los dos estaban hablando de lo mismo.

—Me alegro de que así sea.

La miró largamente antes de atraerla en un abrazo hacia su pecho. Horus, posado sobre el suelo de mármol, comenzó a aletear.

—¡Salve, gran Antonio! —graznó— ¡Salve, gran Antonio!

Octavio se apartó de la niña, intimidado por el grito estentóreo y la mirada azabache del cuervo. Su involuntario gesto de temor espoleó aún más al animal, que aleteó ostensiblemente, como si fuera un rival al que ahuyentar. El polvo y la arenilla levantada hicieron que ambos cerraran los ojos. La hojarasca caída en la entrada crujió bajo los pasos que se aproximaban.

—¿Princesa?

La figura de Musa apareció a contraluz ante la puerta. El hebreo tuvo que adecuar su mirada a la penumbra del recinto. Si algo le sorprendió en la escena que encontró en su interior, no quiso demostrarlo.

—Salve, noble César —saludó con una inclinación de cabeza—. Os ruego que me disculpéis. Buscaba a la joven Selene. Calíope me dijo que había salido y creí que se había aventurado sola en estos recovecos…

Octavio se incorporó lentamente, sacudiéndose el polvo de la toga. Le dirigió una mirada de reproche.

—Calíope debería haberte explicado que había salido conmigo…

—Quizá lo hiciera. —El hebreo sostuvo su mirada durante un instante que a los tres se les hizo eterno—. Y quizá yo, simplemente, no fuese capaz de creerlo… ¿Por qué iba a querer un cónsul de Roma verse a solas con una niña que es rehén de su casa y está bajo la tutela de su hermana?

Su desafío y su reticencia eran tan palpables que Octavio consideró la posibilidad de castigar su intromisión. Si no lo hizo, fue porque supo que darle muestras de su incomodidad era dejar patente su vulnerabilidad de algún modo.

Había algo en los ojos del hebreo que le inspiraba un temor irracional.

Como en los de aquel maldito cuervo.

—¡Volvamos a casa! —ordenó.

Musa posó su mano derecha sobre el hombro de la niña en un gesto protector. Le cedió el paso educadamente al cónsul.

—Como ordenes… —Y demoró deliberadamente el título de cortesía—… Señor.

XIII

Roma se preparaba para la celebración de las Saturnales. Los hogares se decoraban con plantas y las mujeres de cada familia fabricaban, con cera de abeja, sus propias velas aromatizadas para tratar de poner un punto de luz en los días más oscuros del año, los previos a la feliz llegada del Sol Invictus. La preparación de la decoración, el arreglo de las ropas de fiesta y los preceptivos regalos llenaron la casa de una febril actividad, y las esclavas fueron felices intercambiando tocados y vestidos con sus amas en aquellos días en que el mundo se volvía del revés y se podía cambiar el orden establecido. Ese año, a la clásica celebración dedicada al dios Saturno, se sumaban los triunfos conseguidos por Octavio. En el foro se preparaba el buey del sacrificio y el gran banquete público en el que toda la población podía tomar parte, y los más pequeños preparaban regalos a la vez que esperaban los suyos. El grito de *Io Saturnalia* se intercambiaba entre familiares, amigos, esclavos y absolutos desconocidos. Hasta en la rígida disciplina que regía la casa de Octavio el ambiente festivo propiciaba algunas concesiones más relajadas, especialmente hacia los más pequeños. Por eso, y como Ptolomeo se había aunado definitivamente a las jornadas de entrenamiento, las chicas de la casa obtuvieron permiso para dejar sus labores domésticas y acudir a presenciarlos. Incluida Selene, que, exenta ya de ellas, había empezado a pasar las mañanas en la biblioteca traduciendo documentos en egipcio y arameo para Octavio a cambio de poder disfrutar sin límite aparente de sus fondos.

La sugerencia, que la prudente Marcela le había hecho a Octavia, había pasado el exigente filtro de las dos matronas de la casa. Su madre pensó que no sería mala idea que, en aquellos días más oscuros y fríos, las muchachas dieran un paseo convenientemente abrigadas y escoltadas y notaran los beneficios del aire libre sobre su piel y su ánimo. Livia, por su parte, decidió que las mujeres romanas debían curtirse desde niñas presenciando los enfrentamientos militares para poder defender su ciudad en el

hipotético caso de que esta fuera atacada. No lo dijo en voz alta, pero estaba convencida de que la presencia de sus jóvenes espectadoras espolearía la competitividad de los muchachos, especialmente la de sus hijos, a quienes se esforzaba por transmitir constantemente sus ansias de conseguir mejores resultados, de destacar sobre los demás, de vencer en cualquier circunstancia…

Livia no solía asistir a los paseos por el Campo de Marte. Le parecía obsceno contemplar cómo se exhibían algunos soldados, demasiado ligeros de ropa, que realizaban sus entrenamientos a la manera de los griegos. En esos días extraños ella prefería permanecer en la casa, donde nadie osara disputarle sus dominios, y era Octavia la encargada de acompañar a las niñas, junto a Arween y Calíope y los hombres de Planco. La mayoría de las veces Musa acudía también junto a las mujeres. Cada día que pasaba le fascinaban más las agudas observaciones de Octavia, la calidad de su discurso, y los vastos conocimientos de política que escondía bajo su discreta apariencia. Si se remontaba a los lejanos días de Atenas junto a ella y Marco Antonio, aún era capaz de recordar a su general felizmente enamorado de esa mujer a quien se había vinculado por un pacto político. No era tan exuberante como la reina egipcia, mantenía las formas y se comportaba con una discreción innata, pero su fuerza y su resolución eran idénticas. El tiempo no la había tratado mal, los reveses la habían hecho cauta y sabia y su precaria posición de equilibrio entre dos hombres poderosos había acentuado sus exquisitas dotes para la conciliación. Musa se juró a sí mismo no revelarle nunca cuánto le recordaba a la malograda Cleopatra.

—Marcela, ¿te has puesto maquillaje…?

—¿Qué dices?

—No, no se ha puesto nada. Es que se ruboriza solo de pensar en Agripa…

—Pues yo he visto a Julia retocándose los labios en el tocador de Livia…

—¡Eso es mentira!

—Marcela va a casarse con Agripa. Selene y las Antonias van a ver a sus hermanos… —relató divertida Claudia—, pero tú, Julia, ¿a quién quieres ver?

—La pregunta es —corrigió Marcela—: ¿quién quiere que la mire?

—Yo creo que es Julo… —apuntó una.

—No. Yo creo que es Marcelo… —decidió otra.

—A lo mejor es Juba —propuso la propia Julia con ojos divertidos…

—¿El guapísimo lugarteniente de Agripa? Olvídalo. Tu padre jamás permitiría que te casases con él…

—A lo mejor no lo quiere para casarse…

—¡Marcela!

Solo la pequeña Antonia Flavia se atrevía a confesar expresamente sus preferencias, con la misma sonrisa de deleite que años antes Selene había observado en la pequeña Iotape de Media, cuando era aún la prometida de Helios.

—Pues yo hoy quiero ver pelear a Ptolomeo. También él es muy guapo —anunció—. Y muy valiente.

—Uy. A ver si se va a enfadar Druso —le advirtió Julia con un guiño—. Antes siempre le preferías a él.

Las muchachas correteaban felices ante ellos intercambiándose pequeñas pullas. Las salidas eran especialmente divertidas por lo que significaban. En un par de años, la mayoría de las niñas de la casa estarían en disposición de casarse y habría que concertarles enlaces convenientes. Espoleadas por el próximo enlace de Marcela y Agripa, todas se habían imbuido de un cosquilleo nuevo y andaban con el ánimo revuelto y los ratos perdidos en sonrisitas y cuchicheos. El hecho de mirar a los muchachos entrenar, de comentar sus hazañas y reírse de sus torpezas se parecía muchísimo a la excitación que las propias matronas romanas sentían ante las peleas de gladiadores o las excitantes carreras de cuadrigas. A los muchachos también solía gustarles ser admirados. El propio Agripa, que contaba ya treinta y cuatro años y era un general curtido en peligrosas batallas, se esponjaba de gozo ante la presencia de su jovencísima prometida.

A esa edad, las niñas sabían mejor que ellos que los muchachos que formaban la élite de la casa del cónsul estaban llamados, de una u otra manera, a ser sus esposos. A Octavia le tocaba ejercer una feroz vigilancia para que las miradas o los roces fuesen los convenientes a esa edad, para distinguir la indiscutible química o el malestar entre unos y otros y para tratar de combatir los celos no confesados que surgían espontáneamente entre las chiquillas.

—Julia, querida, no puedes seguir enfadada con Selene. Ella no ha pedido nada. Solo cumple órdenes. Ha sido tu propio padre el que le ha dado una responsabilidad en la biblioteca…

—¿Ella puede pasarse el día entre libros y la hija de César tiene que cardar lana e hilar como una campesina?

—No está ociosa. Traduce documentos. Ella conoce idiomas que tú desconoces…

—O eso dice… ¿Cómo sabe mi padre que no está manipulando la información en su propio beneficio?

—No lo sé, Julia —afirmó Octavia, fatigada—. Imagino que confía en ella…

—¡Ya! ¿Y cómo se ha ganado esa confianza? No se supone que mi padre odiaba a su madre —replicó la niña—. No me gusta. Me parece soberbia. ¿Y por qué se lleva ese animal maloliente a todos lados?

—Piensa que la protege. No seas tan dura con ella. Ha perdido muchas cosas; mucha gente a la que amaba. Haz un esfuerzo, anda. Aquí no importa lo que te guste a ti. Ni siquiera lo que me guste a mí…

—No, claro. Solo importa la voluntad de mi padre… —exclamó la niña con fastidio—. Y lo pendiente que está de ella…

—Es lógico. Es una invitada en nuestra casa…

—Una invitada forzosa a la que César hace más caso que a su propia hija…

—César tendrá sus motivos para ello. Deja de cuestionarlo todo. Las mujeres podemos elegir muy pocas veces, Julia. Es mejor que lo asumas cuanto antes…

Era una tarea ardua. Octavio no le había transferido tan solo la función de encargarse de la educación de los muchachos, sino de conducir sus comportamientos y de ayudarles a gestionar sus emociones. Sentía el peso de la responsabilidad de enlazar y armar de la forma correcta a las generaciones que vinieran tras ellos. Suspiró y alzó la mirada para encontrarse con los ojos castaños de Musa, que la escrutaban con amabilidad. Le agradaba haberle reencontrado de nuevo. La charla con él era cómoda y fácil, como la que hubiera tenido con un viejo amigo. ¿No era un viejo amigo, de hecho? Sonrió agradecida y bajó la vista, como correspondía a una dama romana de su rango. Observó de reojo que el hebreo dirigía la

suya hacia Selene. No pudo evitar sentir una punzada de compasión por la niña, pero se instó a obviarla. Aunque era obediente y callada, mucho menos alborotadora que Julia, o su propia Antonia, era cierto que mantenía siempre una actitud distante y parecía no desear integrarse en su nueva familia. Incluso sus hermanos habían mudado su actitud. Con el paso de las semanas, el tímido Ptolomeo se había convertido en el niño mimado de la casa. Su desenvoltura y sus regios modales los habían conquistado a todos, destronando momentáneamente al pequeño Druso. Incluso el siempre rebelde Helios parecía haber encontrado su sitio en la férrea disciplina del entrenamiento de los *milites* y la aprobación del exigente Agripa. Su melliza, sin embargo, rehuía las bromas del grupo, no sabía cómo relacionarse con Julia, siempre ávida de protagonismo, e incluso parecía esconderse del propio Octavio, pese a las atenciones que él le dispensaba. ¡Los dioses sabían que ella no podía hacer mucho más! Parecía una flor trasplantada que no acabara de adaptarse al jardín en el que crecía.

Por orden de su propio hermano, Octavia la había relevado de las tareas cotidianas y ahora la muchacha pasaba largas horas recluida en la biblioteca palatina, a veces asistiendo en su trabajo recopilatorio y de organización a Gayo Julio Higinio, el esclavo hispano que Octavio había emancipado para ponerle al frente de la misma. Su pasión por la lectura era tal que cuando dejaba la biblioteca y todos se retiraban ya, a la llegada de la noche, ella seguía leyendo a la luz de un candil de aceite en sus propias estancias. Su comportamiento generaba un rechazo en el resto de las chicas, y sin embargo su expresión melancólica y su estudiado desamparo parecían atraer las miradas protectoras de los hombres que se encontraran en su radio de acción. Helios la idolatraba; y Julo buscaba cada vez más pasar tiempo con ella. Ambos eran hermanos suyos, pero Octavia era perfectamente consciente de que ninguno de los dos la veía como tal. Musa la guardaba como a una preciada joya y Octavio, como muy bien había observado su hija Julia, le dedicaba unas atenciones quizá desproporcionadas para la hija de un rival… ¿Y solo ella se había dado cuenta o era evidente para todos que, hasta Juba, el joven y apuesto oficial de Agripa, había comenzado a ayudar a los niños con los entrenamientos desde que la joven Selene iba a verlos?

Aún era una niña; y si bien le faltaba apenas mes y medio para cumplir la edad oficial estipulada en Roma para que una mujer contrajese matrimonio, Octavia no había visto ni indicios de una precoz madurez sexual ni ninguna maniobra consciente de seducción, un comportamiento que sí empezaban a mostrar tanto la rebelde Julia, que tenía prácticamente su misma edad, como sus propias hijas. Se preguntó qué tipo de hechicería o pacto con los dioses ejercería ese influjo en los demás, o si, apelando a su compasión y desde el más allá, la mismísima Cleopatra se había asegurado de que su reencarnación se colara, como Eris con su manzana, dispuesta a sembrar la discordia, en la casa de Octavio.

XIV

—¿Una reencarnación de quién?

—De Isis, *domina*; es una diosa egipcia que…

—Sé perfectamente quién es Isis, Arween —respondió Octavia con cierto enfado—; lo que no me explico es de dónde sacas esas tonterías…

—Lo dice todo el mundo, *domina*… —explicó Arween—. En el foro, en el mercado… A veces, cuando pasa en litera hay quien se inclina a su paso… Esclavas de otras casas han llegado a darme prendas u objetos para que ella los toque…

—¿Y tú no les has dicho que eso es una superchería?

—No —admitió Arween, avergonzada—. Yo les he cobrado un sestercio por mi gestión… y luego… luego le he pedido al ama Selene que coja las cosas que le pido con cualquier excusa… Su esclava griega, Calíope, también lo hace. ¿Y si fuese verdad? —protestó ante el gesto adusto de Octavia—. ¡No quisiera incurrir en la ira de los dioses!

—Vas a incurrir en mi ira, Arween —profetizó Octavia—. O en la del cónsul. Y te puedo asegurar que será mucho peor.

—No, *domina*, por favor; yo…

—¡Calla! Y tráeme a Calíope…

La esclava griega, retorciéndose las manos del nerviosismo, corroboró las palabras de Arween mientras taladraba a la muchacha gala con una mirada repleta de odio. Las versiones eran idénticas. Las primeras reacciones, tras la vuelta del victorioso ejército de Egipto, las había visto ella con sus propios ojos: la pasión desmedida por todo lo que despidiera ese tufo oriental; la proliferación de piezas vendidas como egipcias en las casas más acomodadas; el uso de inciensos y mirras que había dejado de circunscribirse a los templos; la decoración decadente a base de símbolos jeroglíficos y dioses con cara de animal o el número cada vez más elevado de personas, sobre todo desfavorecidas, que se convertían en masa al culto de la deidad egipcia. El país del Nilo, que tanta sangre había costado, fascinaba como solo fascinan los

mundos exóticos y desconocidos… Pero lo que de verdad le preocupaba era aquella tendencia reciente de que le hablaban; el convencimiento popular de que la hija de Cleopatra era la encarnación de la diosa Isis en la tierra… Con una sutil diferencia. Mientras Arween aprovechaba para enriquecerse con la credulidad de sus semejantes, Calíope estaba convencida de que era cierto.

—Yo estuve al servicio de la reina, *domina*. Cuando mi señora Cleopatra vio que Egipto caería, se llevó a la princesa Selene con ella hasta el templo de Philae para entrenarla en sus misterios. Ella misma aseguró que su hija la sucedería…

—Tu señora Cleopatra —se desesperó Octavia— va a seguir complicándome la existencia incluso muerta…

—Pero si ella era la encarnación de Isis y murió, ¿por qué no va a serlo ahora el ama Selene?

—Calíope, si en verdad Cleopatra hubiera sido la encarnación de Isis, ¿cómo, por todos los dioses, te explicas que muriera?

—Quizá resucitó, como su hermano Osiris… —propuso Calíope —. Y yo no sé si murió o ascendió a otra dimensión, *domina*. Jamás vimos su cuerpo. Tan solo una silueta amortajada que depositaron en el mausoleo; ni el suyo ni el del amo Marco Antonio.

—¡Lo que me faltaba!

—La princesa Selene y sus hermanos fueron señalados por un ave protectora en el triunfo, *domina*. Toda Roma lo vio. Por eso César no pudo matarlos…

—Empiezo a pensar que debería haberlo hecho —clamó, exasperada—. Nuestras vidas serían un poco más fáciles ahora… —Cerró los ojos y trató de contener sus nervios y sus palabras—. Disculpa, Calíope. No he querido decir eso…

—Claro que no, *domina*…

—Dime, ¿por qué más cree la gente que Selene es la encarnación de… esa diosa?

—Porque es buena y digna y reparte limosnas, porque no se inclina ante los dioses romanos… La gente habla en los mercados. Los barcos siguen llegando a puerto, y con ellos llegan los rumores; Alejandría espera su retorno; el de los mellizos sagrados, para levantarse contra la guarnición romana. Piensan que si ellos están aquí ahora, es la voluntad de los dioses. Para castigar a Roma y a César…

—Y a mí —admitió en un suspiro—. En eso estoy completamente de acuerdo…

—Y cuentan que el mismísimo cónsul le ha reservado un lugar preferente en un templo clandestino en su propia casa… —bajó la voz con reverencia—. Al igual que el divino Julio levantó una estatua a Cleopatra en el templo de Venus…

Octavia suspiró. Tendría que hablar su hermano. No quería molestar a un hombre de su relevancia con rumores, pero si algo había aprendido desde los tiempos en que su tío vivía, era que jamás había que subestimar el pulso de las calles. Cualquier mínima información podía ser útil a la hora de prevenir insurrecciones en la propia Urbe o a la hora de evaluar la fidelidad del nuevo Egipto. No tuvo tiempo. Esa misma tarde, un esclavo llegó a la carrera, anunciándole la visita de una de las damas más importantes de la ciudad, Terencia, la esposa de Cayo Mecenas, la persona en la que delegaba Octavio para controlar las finanzas de Roma.

—Octavia, querida… —saludó divertida Terencia, tras entrar en el atrio y abrazar a su amiga—. ¿Cómo puedes ser tan egoísta? ¿Tienes una deidad viviente en casa y no invitas a tus mejores amigas a conocerla?

—¿Tú también, Terencia? —le preguntó sorprendida.

—¿Y cómo no? La *domus* del cónsul promete convertirse en un espectáculo. Tienes a un grupo de penitentes a la entrada. Llevan el pelo suelto y vestiduras blancas, como si esperaran que esa niña les arreglara la vida…

—Me bastaría con que arreglara la suya —suspiró Octavia.

—Pues procura ir organizando una comida con tus mejores platos, tu mejor servicio y tu mejor cara —le advirtió con una risita nerviosa—. Muchas de las mujeres de nuestro círculo se mueren por conocer a la hija de Cleopatra. Algunas —subrayó en voz baja— ¡hasta se han convertido al culto de Isis!

—No puede ser verdad…

—Lo es. Incluso la gran Julia ha dejado su villa de Baiae y viene para acá, dispuesta a exponerse al frío de Roma… y quizá a ejercer sus derechos y robarte a esas criaturas exóticas.

—¿Viene a Roma? ¿La madre de Marco Antonio? —se sorprendió Octavia—. Creí que se había retirado de la vida de la Urbe para siempre y no quería pisar el mismo suelo que pisara mi

hermano.

—Pues sí, querida, sí —rio Terencia—. Imagino que aún le tomará un tiempo, pero ha cerrado su casa de Baiae en pleno invierno y está en Pompeya ultimando los detalles de su regreso. Lo sé de primera mano porque ha mandado por delante a sus libertos para que vayan habilitando su casa aquí. ¿Qué te parece? Conocer a un bastardo más de Marco Antonio no es ninguna novedad, pero, ah, conocer a una diosa encarnada… ¡Eso sí que marca la diferencia!

XV

—Discúlpame, princesa…

Selene levantó la vista del texto que leía y volvió sorprendida el rostro hacia la voz que se había dirigido a ella sin duda, porque salvo Higinio y Tito Livio, el gran historiador amigo de Octavio que se pasaba allí las horas muertas, recopilando escritos para continuar con su gran obra sobre la historia de Roma, no había nadie más en la biblioteca. Sus ojos toparon con los de un joven que la miraba con cierta reverencia. Le había visto en aquellas dependencias en otros momentos. Iba vestido al modo de la nobleza romana, pero su sonrisa franca, los ojos oscuros y almendrados y el color canela de su piel le resultaban familiares. Exacto. Era aquel joven oficial de Agripa, al que veían en el Campo de Marte y de quien Julia hablaba a todas horas. Cayo Juba, le llamaban. Sentía no compartir la exaltación femenina derivada de su atractivo, pero no podía olvidar que él había sido uno de los hombres que la habían encadenado al carro de Octavio el día del triunfo que conmemoraba la conquista de Egipto. Le observó con cierta dureza, pero su aspecto era tan exótico, tan poco romano, que no pudo evitar fantasear con que todo fuera una operación clandestina; que fuera alguien venido desde su tierra para rescatar a los legítimos faraones.

—No sabía que estabas aquí —insistió amablemente el joven. Se fijó en que apenas tendría unos veinte años y, pese a su escasa edad, ella supo que le estaba mintiendo—. Si no, no te habría molestado.

—No importa; solo estaba leyendo…

El recién llegado echo una ojeada al texto en griego.

—El *Heracles* de Eurípides… —sonrió—. Una buena elección. En busca de tus orígenes, supongo…

—¿Qué sabes tú de mis orígenes? —inquirió ella con frialdad.

—Sé que tu padre, Marco Antonio, afirmaba descender de la estirpe de Heracles, princesa.

Selene le contempló con un nuevo interés. A diferencia de otros romanos, no había titubeado al mencionar el nombre de su padre. Y había vuelto a llamarla princesa.

—¿Lo conociste? —inquirió.

—Todo el mundo lo conoció en Roma.

No apartó la mirada. Por su edad, Selene supuso que jamás habría luchado junto a él; debía de ser un niño cuando su padre abandonó la Urbe.

—Siendo romano —le preguntó intrigada—, ¿no temes que te acusen de monárquico por dirigirte a mí del modo en que lo haces?

—Soy ciudadano romano, princesa, pero no provengo de Roma. De donde yo vengo también hay dinastías y reyes caídos en desgracia. —Su voz adoptó un tono melancólico—. Y también se les respeta…

Selene asintió con gravedad. Tenía la sensación de haber escuchado esa frase con anterioridad. Incluso sus gestos y el tono de su voz le resultaban levemente familiares. Más allá del triunfo y de su presencia en los entrenamientos, había algo más… Algo que se le escapaba…

—¿Nos conocemos? —inquirió.

—Sí, princesa —admitió él con sencillez—. Mi nombre es Cayo Juba, pero no espero que me recuerdes; soy tan solo un soldado romano.

Ella obvió decirle que ya conocía su nombre. Él tomó de uno de los vanos abiertos en la pared un rollo de pergamino que abrió con genuino interés. Estaba escrito en caracteres griegos y llevaba algunas láminas dibujadas. Había un gran espacio en blanco al final de la hoja. El joven lo extendió sobre una de las mesas dispuestas al efecto, sacó sus útiles de escritura, los preparó con cuidado y comenzó a escribir sobre él minuciosamente. El trazo de la pluma parecía crepitar sobre la piel.

—Un soldado escritor, por lo que veo —advirtió Selene con cierta sorpresa.

—Sin lectores —le respondió él con delicadeza— quizá los conocimientos se quedarían por siempre en nuestras cabezas, sin llegar a servir a nadie más. Escribimos porque sabemos que otros nos leen. Gracias —sonrió con sinceridad—. No es tan fácil encontrar a alguien que disfrute haciéndolo.

—Gracias a ti por escribir —le correspondió ella. Esbozó una sonrisa a su vez—. Muchas veces me pregunté quiénes habrían escrito los grandes volúmenes de mi biblioteca y siempre imaginé a un corrillo de ancianos eruditos —sonrió—. Creo que jamás hubiera

pensado en alguien tan… tan joven como tú.

—No es cuestión de edad, sino de inquietud —la corrigió él.

—Es cierto… Echo de menos mi biblioteca… —aseguró con tono soñador—, pero imagino —añadió mirando alrededor— que al menos esta es una digna sustituta. Hasta que vuelva.

—¿Hasta que vuelvas adónde?

—A casa.

Cayo Juba dejó de escribir. Una tristeza muda se posó en sus oscuras pupilas y la sonrisa abandonó sus labios.

—¿A casa? —se extrañó—. ¿Quieres decir a Egipto? No… no creo que os permitan volver jamás a vuestro país, princesa.

—¿Acaso una princesa debe pedir permiso? Un día se aclarará todo —aseguró ella con altanería—. Nuestro pueblo nos reclamará y volveremos. Solo es cuestión de tiempo.

—Vuestro pueblo ya es romano —le hizo ver él con cierta desazón—. Octavio ha terminado con la era de los faraones…

—Los faraones no han muerto —le recordó ella—. No todos, al menos. Sus herederos seguimos vivos y prisioneros en Roma. Pero esto no será siempre así —advirtió con rebeldía—. Alguien relajará la vigilancia. Sé perfectamente que tenemos guardias siguiendo cada uno de nuestros pasos, pero nadie puede estar tan alerta siempre.

—Los guardias son para tu seguridad —le explicó él—. La tuya y la de tus hermanos. Pero no son para evitar que escapéis —le advirtió—. No hace falta. Nadie aventura que podáis hacerlo, princesa. Escapar de las garras de Roma es imposible.

Ella le miró con curiosidad. Acercó a él su rostro inquisitivo, sobre la mesa.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque yo también lo intenté durante mucho tiempo.

—¿Tú?

—También yo fui prisionero un día —le explicó él—. También fui extranjero. También llegué a Roma fruto del botín de una guerra…

Por sus ojos cruzó fugazmente la sombra de un pasado. Movió la cabeza negativamente como para ahuyentarlo. Para Selene aquel oficial perfectamente integrado en el ejército de Octavio, que confesaba unos orígenes similares a los suyos, se alzaba repentina y

sorpresivamente como una preciada fuente de información.

—¿De dónde vienes? —quiso saber ella.

—¡Qué más da! —respondió él con cierta nostalgia—. De un reino que no es reino ya…

—¿Trataste de volver alguna vez?

—Al principio —confesó— soñaba con mi tierra. Era muy niño, entonces… —admitió como si reconociera un error de juventud—. Supe muy pronto que allí ya nadie me esperaba; que el país al que quería regresar estaba solo en mi imaginación…

—¿Selene?

El tono hizo que la muchacha volviera la cabeza para encontrarse con el rostro interrogante de su hermano mellizo. Un rubor culpable ascendió a sus mejillas sin que acertara a saber por qué, y el hechizo del relato y la complicidad se rompieron. Juba se puso en pie y esperó a que Helios, de mala gana, le saludara al modo castrense, con el respeto que un soldado debía a un oficial. Luego recogió sus rollos, musitó una cortés despedida y desapareció por uno de los corredores. Selene notó que con él desaparecían su pasado, aquella nostalgia presentida que se había suspendido sobre ellos como una nube, y el eco sordo de sus confesiones. De espaldas, alejándose de ella con un paso casi marcial, al compás con que los tacos de sus sandalias repicaban en el suelo, no se hubiera distinguido de ningún otro oficial romano.

XVI

—Veo que te estás acostumbrando rápidamente a las licenciosas costumbres de las damas romanas…

Los dos hermanos habían caminado en un silencio incómodo de vuelta a la *domus*. En el acceso que daba a la casa, Helios se encaró con ella. Notó cómo sus ojos hirientes la juzgaban y le sorprendió el desprecio que destilaban sus palabras.

—¿A qué has ido a la biblioteca? —le preguntó ella—. ¿No deberías estar entrenando?

—He vuelto antes, con Kallyas. Quería verte y Calíope me dijo que estabas allí. Pensé que estarías consultando un manual de estrategia o recorriendo en un mapa las fronteras de nuestro país —deslizó con ironía—, pero, en lugar de ello, te he encontrado tonteando con ese oficial de Agripa.

—¿Tonteando?

—Ahora me dirás que no te has dado cuenta de cómo intenta acercarse a ti. Igual que no te has dado cuenta de cómo te mira Julo cuando te acercas por el Campo de Marte… —escupió—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Medrar a la sombra de los asesinos de nuestros padres? ¿Casarte con uno de los cachorros de Octavio y olvidarte de quién eres?

—¡Tú sí que te has olvidado de quién eres! —le reprochó ella con indignación—. Luchando con armas romanas; codeándote con el soberbio de Tiberio; sonriéndole agradecido a Agripa como un soldadito novato… Julo es nuestro hermano. Yo no he estado coqueteando con nadie. Y me parece enfermo que tú lo veas así…

—Vamos, Selene. El mes que viene cumplimos doce años. La edad legal en Roma para contraer matrimonio. ¿Cuánto crees que te queda para que Octavio decida con cuál de sus apreciados posibles sucesores casarte?

—¿Sucesores? Esto es Roma, Helios. Octavio es un cargo electo…

Helios la miró con incredulidad. Su sonrisa sardónica albergaba un desprecio nuevo…

—Ya hablas como ellos…

Selene sintió que las palabras y la sensación de injusticia se le atropellaban en la garganta.

—No tolero que me hables así… —le advirtió con un temblor evidente en la voz.

—¿Yo? ¿Que yo no te hable así? —se indignó Helios—. ¿Sabes cómo hablan ellos, Selene? ¿Sabes cómo hablan los soldados? ¿Sabes lo que yo tengo que oír cada día sobre nuestra madre, sobre nuestro padre, sobre quién se acostaba con quién en una Alejandría en la que ninguno de ellos estuvo nunca? ¿Sobre cómo, dónde y de qué manera le harían no sé qué a la hija de Cleopatra?

Selene sintió un estremecimiento de asco. Pensó en su hermano pequeño escuchando esos comentarios soeces durante los entrenamientos. Tomó aire.

—¿Dónde está Ptolomeo?

—Entrenando, con los demás.

—¿Le has dejado solo?

—Le he dejado con todos, Selene. ¡Quería hablar contigo! Siempre estamos rodeados de gente, de ruido, de actividades. Siempre hay algo que hacer o alguien a quien ver. Yo creo que es para no dejarnos pensar…

—Seguramente, pero, por favor, escúchame una cosa, Helios. Jamás…, jamás —exclamó la niña con un odio que le destilaba en la piel—, jamás, por mucho tiempo que viva en esta ciudad miserable, permitiré que me casen con uno de esos perros romanos. ¡Nunca! ¿Me oyes? ¡Nunca! Lo he visto en mis sueños, Helios —exclamó con vehemencia—. No moriré en Roma. Me casaré con un rey. Y seré reina.

Helios se detuvo momentáneamente. Conocía la capacidad de abstracción de Selene. Esa habilidad para ver más allá que rozaba la profecía. Y la respetaba profundamente.

—Más a mi favor —repuso el muchacho con ojos enfebrecidos—. Reinaremos juntos y moriremos lejos de aquí. Pero actuemos. No dejemos todo en manos de los dioses. Tengo la impresión —advirtió con tristeza— de que, desde aquí, no oyen nuestras súplicas…

Tampoco las oyeron en Alejandría, pensó Selene con tristeza. Cuando nuestros padres decidieron darse muerte; cuando Octavio mandó ejecutar a nuestros hermanos…

—¿Y qué quieres hacer? —preguntó con acento cansado.

—Cualquier cosa, Selene —le aseguró él con un convencimiento absoluto—. Parece mentira que no lo sepas. Yo haría cualquier cosa por salir de aquí. Porque si nos quedamos, con el tiempo, alguien decidirá que es mejor deshacerse de los incómodos herederos varones de Egipto antes de que crezcan y a ti te rifarán como a una esclava en día de mercado…

Rozó su mejilla en un gesto mucho más maduro de lo que le había visto nunca. Su vehemencia le sorprendió. Helios llevaba semanas distanciado de ella, sin faltarle al respeto a nadie y jugando a los soldaditos disciplinadamente con sus captores. Había creído que era su manera de adaptarse a su nueva realidad.

—¿Cómo quieres que sepa lo que pasa por tu mente —le reprochó— si últimamente me ignoras siempre?

—Para no darles pistas, Selene —exclamó—. Para no demostrarles lo mucho que me importas. Nuestro cariño nos hace vulnerables. Lo utilizarían en nuestra contra como hicieron con nuestros padres… —Movió negativamente la cabeza—. ¡Parece mentira que no te hayas dado cuenta de cómo son! Cuando saben que alguien desea algo, se matan para conseguirlo ellos.

Selene asintió pensativa. Era cierto. ¿No había pasado eso en la Iberia de los cartagineses, según contaba el historiador griego Polibio? Tras la derrota en la Primera Guerra Púnica, Asdrúbal, el padre de Aníbal, había buscado en la llamada Iberia los recursos minerales que Cartago necesitaba para recomponer su economía. Solo entonces, ávida de sus riquezas, Roma había puesto sus ojos en aquel país occidental que limitaba con el fin del mundo y había batallado hasta convertirlo en la Hispania que aún se les resistía. No deseaba competencia; por eso no había parado hasta destruir Cartago.

—Veo funcionar la mente de Octavia, hermana. Os mira a todas, incluidas sus hijas, como si calculara vuestro valor en una balanza. Y te voy a decir la única manera en la que podrías abortar sus planes de matrimonio para ti… Sean los que sean…

—¿Cómo?

—Casándote primero.

—¿Con quién?

—Conmigo.

La propuesta, aunque no era algo impensable ni descabellado, la tomó por sorpresa. Le asustó la intensidad de sus ojos oscuros, la misma e imprudente ansia de pasión que había puesto Marco Antonio en cada una de las acciones de su vida. Le miró con ternura. Había un temblor imperceptible en sus labios y supo que era el temor a verse rechazado.

—¡Helios!… Octavio jamás permitirá eso…

—¡No menciones el nombre de ese impostor, Selene! ¿Qué es él de nosotros? No tiene que permitirnos nada. Será tarde ya cuando se entere. —La tomó de las manos—. Estamos predestinados, Selene. No pueden separarnos. Somos mellizos. Mellizos sagrados. Y ahora que… —se liberó del nudo que le atascaba la garganta—… ahora que Cesarión está muerto, tú y yo estamos llamados a reinar juntos en el trono de Egipto.

Selene notó un dolor agudo en el pecho.

—El trono de Egipto ya no es nuestro, Helios —afirmó recordando las palabras de Juba y verbalizando por vez primera lo que ya era una verdad incuestionable—. Y en Roma los hermanos no se casan entre sí.

—No puedo creer que te rindas tan pronto —cabeceó el muchacho—. No voy a permitir que te separen de mí. Que te entreguen a un hijastro o a un sobrino de Octavio como si fueras un trofeo desvaído. Como una pieza de obelisco rota. Como el frontón de uno de nuestros templos. Como las imágenes de nuestros dioses arrancados de Dendera. ¡No eres de ellos! ¡No perteneces aquí! Nuestra sangre es mucho más noble que la suya y nuestro padre te coronó reina. ¿O acaso no te acuerdas?

Selene asintió veladamente con los ojos empañados de lágrimas. Claro que se acordaba. Recordaba aquel fastuoso acto en Alejandría, cuando su padre repartió el mundo conocido entre ellos sin darse cuenta de que solo estaba precipitando el principio del fin.

—Cada uno jugamos los dados que tenemos… —admitió con tristeza—. También tú entrenas y confraternizas con ellos…

—Eso es verdad a medias, Selene —advirtió el niño con seriedad. Bajó el tono de voz—: Yo no confraternizo con ellos. Solo finjo que lo hago, y con sus mismas armas, para aprender a combatirlos desde dentro…

—¡Selene! ¿Selene?

El grito femenino venía inmediatamente precedido de un alboroto inusual en la *domus*. Se oían quejas, gritos, cascos de caballos y pasos atropellados como si un ejército estuviera asaltando la casa. Las voces infantiles agudas se mezclaban con voces graves de adultos. Creyó distinguir la de Musa impartir órdenes con gesto imperioso en la mismísima casa de Octavio. Marcela llegó a su lado a la carrera y Selene palideció al verla. ¿Qué sucedía que no podía comunicarle una esclava?

—¡Selene! ¡Helios! ¡Venid! ¡Tenéis que venir!

Tenía los ojos espantados y el pelo suelto. Tomó la mano de la muchacha para intentar correr de nuevo, con ella, hacia el atrio, pero Selene la detuvo.

—Marcela, por favor, ¿qué es lo que pasa?

—Es vuestro hermano, Selene —exclamó entre sollozos.

Se abrazó a ella y Selene notó que su piel se erizaba. Nadie, excepto aquel torpe gesto de Octavio, la había abrazado desde que llegó a Roma. No le pareció un buen presagio.

—Lo han traído desde el Campo de Marte. Está herido —les explicó atropelladamente—. ¡Ha habido un accidente…!

XVII

—¡Salve, gran Antonio!

—Selene, por favor… ¿Puedes sacar a ese animal de la estancia?

La voz cansada de Octavia puso un tono discordante en el silencio recogido de rezos y plegarias que rodeaban la cama del pequeño Ptolomeo. Horus, el cuervo, se removía inquieto, como un mal presagio, sobre el cabecero de madera. Sus afiladas uñas trazaban pequeños surcos sobre la superficie, como huellas de un lenguaje críptico e indescifrable.

Selene alzó los ojos hinchados hacia Octavia. Su rostro parecía tan cincelado en piedra, tan carente de emoción como la estatua de oro de su madre que aún adornaba el templo de Venus Genetrix. La mujer se estremeció.

—Por favor —le rogó en un tono más quedo—… Resulta inquietante. Esos animales atraen la muerte.

—No. —La voz de Selene era como un chirrido—. Solo la huelen…

La niña siguió sosteniendo la mano de su hermano pequeño. Hervía de fiebre, pero quizá, si se aferraba a él, conseguiría mantenerle atado a este mundo, pensaba. No había tenido la oportunidad de hacerlo con nadie más. Murmuraba los hechizos ocultos para alejar la muerte y las viejas letanías a Isis en voz baja. No deseaba ofender a los dioses romanos; al fin y al cabo, estaban en su territorio. Rhea, que parecía haber envejecido una década en los últimos días, sollozaba con la otra mano tomada entre las suyas, masajeando lentamente su palma, como cuando era más niño aún, y remoloneaba en su cama y ella tenía que despertarle suavecito para que iniciara el día con una sonrisa. En Alejandría. En otra vida.

—Acercadme el cuenco… —pidió Musa.

Fue el propio Helios quien se lo pasó. La mirada del hebreo se cruzó con la suya. El muchacho tenía los ojos secos, pero la mandíbula apretada y los labios contraídos revelaban un dolor que no quería expresar. Que no podía, quizá. A su lado, las niñas de la casa, las hijas de Octavia, parecían arroparle en silencio.

—Gracias —musitó.

Sostuvo el cuenco entre sus propias manos para que Euphorbo, el antiguo físico de la reina en la corte alejandrina, mojara el paño en la infusión templada de vinagre y lo escurriera con morosidad antes de extenderlo cuidadosamente sobre la frente del niño. Introdujo la yema de los dedos con delicadeza por el vendaje que cubría sus ojos y comenzó a alzarlo poco a poco hasta que notó la resistencia de la piel. Se detuvo. Si la herida seguía supurando significaba que la infección no remitía. El niño ni siquiera exhaló un ligero gemido. Mala señal. Muy mala señal.

Octavia percibió el velado gesto de los físicos y tomó aire. Pese al frío exterior, en la estancia había una densidad extraña y un olor ácido a podredumbre. Llevó un pico de su túnica sobre la nariz disimuladamente e hizo un imperceptible gesto a Arween para que abanicase levemente la cama donde los médicos se inclinaban sobre el niño.

—*Domina*, si me permites, necesito que salgan todos de la estancia. Hay demasiada gente. —Euphorbo señaló al niño—. Y tengo que examinarle.

Octavia asintió obedientemente, le hizo un gesto a Marcela para que la acompañara y tomó la mano de la pequeña Antonia, que sollozaba en silencio arrodillada en el suelo y con el rostro enterrado entre las sábanas.

—Yo no voy a moverme de aquí —anunció Selene. Había una dureza desconocida en su voz, como si estuviera masticando piedras.

—Selene —la instó Octavia, tomándola del brazo con suavidad—, el físico necesita hacer su trabajo.

La niña se deshizo de su caricia, como si la hubiera rozado una serpiente muerta.

—Soy su hermana mayor. Mi madre —la voz le tembló levemente— me rogó que le cuidase. Fue lo último que me pidió. Lo único. No me moveré de su lado.

Musa asintió levemente y Octavia accedió. Arremolinó al resto de las muchachas a su alrededor para sacarlas de la estancia. La pequeña Antonia se negó a levantarse, pero Marcela la estrechó contra sí y le susurró en el oído esas tiernas palabras de consuelo que solo pueden entender los niños.

—Vamos, niñas, salgamos… —instó Octavia—. Arween, tú

también.

La esclava gala cedió el abanico a Calíope en silencio. Octavia echó una última mirada cansada a la estancia. Aunque se encontraba en su propia casa, no se sintió capaz de pedirle ni a ella ni a Rhea que abandonasen el *cubiculum*. Esas mujeres habían viajado asustadas y exhaustas desde Alejandría acunando a esa criatura en sus brazos. No las separaría de él. Que los físicos y los dioses hicieran lo que tuvieran que hacer.

—No será agradable de ver, princesa —reconvino gravemente Euphorbo cuando advirtió que Selene se quedaba.

—¿Y qué lo es en los últimos tiempos, maestro?

El tono era tan dolido, tan prematuramente adulto, que Euphorbo tuvo que mirar dos veces para asegurarse de que no era la propia reina quien le hablaba. Y centró la atención en su paciente porque no se sentía capaz de sostener la mirada de aquella niña que había perdido todo. Se encomendó a Asclepio para que le inspirara en su trabajo y maldijo en silencio la mala fortuna de los príncipes alejandrinos. En el nombre de Deméter, que había sido capaz de sacar a su hija del mismísimo infierno, ¿por qué la fortuna no se compadecía de ellos?

Levantó el vendaje con cuidado, mojando repetidamente la herida con compresas empapadas en sal y vinagre, tratando de cauterizarla en lo posible, aunque se temía que la infección se hubiera extendido ya a lugares que ni sus manos ni sus conocimientos podían alcanzar. Le había tocado mutilar extremidades más veces de las que hubiera deseado para frenar la gangrena después de cada expedición militar. Pero siempre habían sido soldados, hombres rudos y bregados, aunque lloraran como criaturas a la hora de la verdad, pero nunca había tenido que asistir de una herida de tal gravedad a un chiquillo. A un chiquillo al que había visto crecer, además. La desolación debió reflejarse en su rostro, pues Musa posó una mano amistosa sobre él.

—Estoy haciendo todo lo que sé, hermano —susurró casi para sí con ojos húmedos.

—Lo sé, Euphorbo. Y la reina, su madre, donde Dios quiera que se encuentre, lo sabe también.

Selene no torció el gesto ni siquiera ante la visión de la purulenta herida que había en el lugar que hasta poco antes

ocupaba el ojo derecho de su hermano. Helios sí. Cerró los suyos, como ante un pensamiento atormentado, y volvió el rostro hacia un lado. Calíope apretó sus hombros cansados como para transmitirle algo de fortaleza y su temblor fue apenas perceptible bajo el consolador abrazo de la esclava. El duro y rebelde Helios no era más que un chiquillo asustado que luchaba con todas sus fuerzas para no romper a llorar.

Euphorbo colocó un nuevo vendaje limpio en la herida, enrollándolo levemente en la cabeza del niño. Dejó sus manos posadas sobre sus sienes como si quisiera que su frescor le aliviara o que parte de su salud pasase a él. Como si se estuviese despidiendo, pensó Selene. Y durante ese fugaz instante, mientras el físico vendaba cuidadosamente la cabeza de su hermano, tuvo la escalofriante sensación de que ya lo estaban amortajando.

—Quiero saber qué fue lo que pasó exactamente. —La voz de Octavio era grave y contenida. No había creído necesario intervenir en un primer momento, pero, pasados unos días, la gravedad de las heridas de Ptolomeo y la responsabilidad que salpicaba a su casa le había llevado a buscar pormenorizadamente las causas de aquel desafortunado «accidente»—. Y quiero un informe pormenorizado de los hechos. Escrupuloso. Militar.

Julo, Marcelo y Tiberio, los tres muchachos mayores, se encontraban reunidos en la estancia frente a él y bajo la mirada inmisericorde de Agripa. Ninguno de ellos se atrevió a alzar la vista. El silencio era tan denso que casi podían oírse sus pensamientos.

—Señor —intervino Agripa, siempre celoso con sus responsabilidades—, creo que es mi deber…

—Tu deber es el que yo te ordene que sea, Agripa —le atajó secamente Octavio—. Quiero saber por qué un entrenamiento rutinario se ha transformado en un enfrentamiento mortal. Y quiero saberlo de boca de sus propios protagonistas…

Ninguno de ellos sabía cómo empezar. Sin misericordia ninguna, Octavio tomó nota de sus gestos nerviosos y el movimiento inquieto de sus pies en el suelo. Alzó la mirada y les escrutó, uno por uno, con esa cadencia que sabía que aterrorizaba a sus oponentes. El frío de sus ojos hubiera podido bajar considerablemente la temperatura de la estancia.

—¿Marcelo? —inquirió, dirigiéndose a quien todo el mundo

sabía que era su sobrino favorito—. Habla… ¿Fue de verdad un accidente o fue una pelea?

—Fue… Fue un accidente, señor. —La voz del muchacho temblaba levemente, pero no rehuyó la mirada de Octavio y se cuadró ante él como ante su superior en una expedición militar—. Ptolomeo participaba en un combate a espada. Las armas, como es preceptivo a su edad, eran de madera…

—¿Luchaba contra un instructor o contra algún compañero? —insistió Octavio.

—Contra un compañero —reconoció Marcelo. Octavio ni siquiera parpadeó. Sabía que el oponente era uno de los muchachos de su casa. ¿O debía decir el agresor? Eran sus gestos huidizos los que les delataban.

—¿Y bien? ¿De quién se trata? —inquirió, mirando a su alrededor, como si esperara la confesión espontánea del implicado.

—De Druso.

—¡Druso!

Octavio no pudo disimular su sorpresa. Que los dioses le perdonaran, pero habría estado dispuesto a jurar que el causante de la herida había sido Tiberio. El hijo mayor de Livia pecaba de temerario e imprudente. Pese a tener la misma edad que Marcelo y Julo y a estar integrado, como ellos, en todas las actividades de su casa, en ocasiones, el joven mostraba un carácter mezquino y desagradecido. Era menos popular que sus compañeros de juegos y parecía sentirse permanentemente a la sombra del sobrino de Octavio y del hijo de Antonio. Quizá esa escasa conciencia de su propia valía le empujaba, desde que había vuelto a vivir junto a Livia, a raíz de la muerte de su padre biológico, a obrar siempre precipitadamente en busca de reconocimiento. Era tan orgulloso como Livia y se jactaba de no permitir que las emociones hicieran mella en él. Octavio habría jurado que era incapaz de amar a alguien si no hubiera visto la auténtica devoción que despertaba en él su hermano Druso. Y ahora, ¿era precisamente el pequeño Druso quien estaba implicado en aquel enfrentamiento? Miró inconscientemente a su alrededor, aunque sabía perfectamente que el niño no se encontraba allí.

—Está con Livia —explicó Agripa, adivinando lo que buscaba—. Está muy afectado por lo que ha sucedido…

—Entiendo… ¿Dirigías tú ese entrenamiento, Agripa…?

—No, señor. —Agripa bajó la vista en un gesto de asunción y de arrepentimiento—. Era el último ejercicio. Todos tenían instrucciones claras. Era algo rutinario. Practicar la defensa y el ataque. Al toque, nada más. Los muchachos mayores se encargaban de supervisar el ejercicio de los niños, al igual que un día tendrán que hacerlo con los hombres a su cargo… —Hizo una pausa y movió la cabeza hacia los lados—. Jamás pensé…

—¿Y Juba? —le interrumpió Octavio—. ¿Tampoco estaba allí?

—No. Había acudido a ver a Higinio, tu bibliotecario. Creo que tenía que buscar unos documentos…

Octavio suspiró, con gesto agotado.

—Bien… Espero no tener que ir preguntando detalle por detalle. ¿Qué ocurrió?

—En un ataque —continuó Marcelo—, Druso dirigió su espada contra el rostro de Ptolomeo. Ptolomeo no amagó y la espada golpeó contra su mejilla, y entonces… entonces se partió…

Musa le había informado ya de la gravedad de la herida; de cómo la madera astillada había penetrado por el ojo de Ptolomeo, de cómo la inercia del golpe había permitido que esta se introdujese varios centímetros en el interior con un espantoso sonido, como el que se producía al trinchar una pieza de carne. Marcelo cerró los suyos con un leve estremecimiento al recordar el momento. El alarido del pequeño, su andar vacilante, retrocediendo, aún con la espada clavada, antes de que ninguno de ellos pudiera auxiliarle; su rostro pálido, cubriéndose de sangre borboteante; su cuerpo, en el suelo, presa de las convulsiones, cuando él mismo apartó al aterrorizado Druso e intentó extraerle la espada con sus propias manos. Recordaba perfectamente las órdenes imperiosas de Agripa, tomando el control de la situación, y a uno los aurigas que entrenaba en el *trigarium* tomar al niño en su biga como un muñeco desmadejado, para conducirle hasta la casa de Octavio. En ese momento —Marcelo se acordaba perfectamente—, Ptolomeo se había desvanecido. Para cuando llegaron a la *domus* sus brazos colgaban exánimes entre los cuerpos de los hombres que le llevaban. Druso se había quedado inmóvil en el campo, observando la escena con ojos espantados, con la túnica manchada de la sangre de Ptolomeo.

—Si no se hubiera roto, quizá solo estaríamos hablando de un golpe y una magulladura —recordó Octavio, tratando de templar su tono—. ¿Cómo es posible que un arma se quiebre de esa forma con un golpe entre chiquillos?

—De las armas se encargan varios hombres a mi cargo, señor —respondió Agripa—, y tienen instrucciones de desechar cualquiera que pueda suponer un peligro no controlado sobre el campo. Todos ellos afirman que esa mañana se revisaron las armas con las que los muchachos de la casa del cónsul se enfrentarían. Se hace siempre. Respondo de todos ellos —admitió con orgullo—. Una madera débil o astillada habría llamado su atención.

—Y a partir de ese momento, ¿alguien pudo manipular las armas?

—¿Qué tratas de insinuar, tío? —preguntó Marcelo indignado.

—Señor —le corrigió Octavio con frialdad—. No soy tu tío ahora, muchacho. Soy un cónsul de Roma y el responsable de un huésped perteneciente a una casa real extranjera. Un huésped que ahora mismo se debate entre la vida y la muerte…

—Nosotros controlábamos las armas —declaró Julo.

—¿Y quién escogió esa espada?

—Yo —reconoció Tiberio con cierto desafío—, pero no vi problema en ninguna de ellas. No le hubiera dado una espada rota a mi propio hermano.

Julo amagó un bufido de incredulidad.

—Pero en cambio sí le instaste a echarse encima de Ptolomeo, como si fueran dos rivales en el campo de batalla…

—Es que eran dos rivales en el campo de batalla —se justificó Tiberio—. ¿Para qué entrenamos si no? Le jaleé para animarle, como es normal… Quería que mi hermano ganara a su contrincante. ¿Eso me convierte en sospechoso de algo?

—¡Le gritaste! ¡Le insultaste! ¡Le dijiste que no podía dejarse vencer por un sucio bastardo!

—¡Déjalo, Julo! —suplicó Marcelo.

Octavio cruzó los brazos ante su pecho, preparado para escuchar con detalle. No los detuvo. Su mirada dio alas a Julo para continuar.

—¿Dejarlo? ¡Tiberio le lanzó sobre él! ¡Marcelo, tú lo viste! Le empujó al combate, aludiendo a sus emociones. ¡Por los dioses, son

criaturas! ¡No pueden controlarlas…! —exclamó—. Le dijo a Druso que desde que Ptolomeo había llegado, él ya no era el más pequeño —se dirigió a Octavio—. Le recordó que su madre estaría orgullosa si era capaz de deshacerse de ese bastardo. Le dijo que había dejado de ser tu favorito y que la pequeña Antonia no había vuelto a mirarle desde entonces… Le dijo esto de un niño de siete años —puntualizó, con evidente rencor—. Que le estaba robando a la esposa que le estaba prometida… Como un digno hijo de su padre…

—¡Basta, Julo! —siseó Marcelo de nuevo.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que pasar por alto sus insultos? ¡Yo también soy hijo de Antonio! —gritó Julo.

—Se nota… —advirtió Tiberio con frialdad—. Tienes sus formas. E idéntica falta de escrúpulos para traicionar a los tuyos…

—¿A los míos? ¿Qué eres tú mío? —se encaró Julo. Se habría lanzado contra Tiberio si Marcelo no lo hubiese sujetado—. ¡Dime qué eres tú mío, mirándome con la misma prepotencia que tu madre, sin permitirme olvidar ni por un instante de dónde vengo…! ¡No eres más que nadie! ¡Estás en esa casa y en la vida de Octavio como yo, Tiberio! ¡De prestado!

—Yo soy hijo de Livia —repuso el otro con orgullo—. La esposa de un cónsul que ha desfilado en tres triunfos y ha sido aclamado como *imperator*. ¿De quién eres hijo tú? ¿De un triunviro desleal cuyo nombre hemos borrado de la historia? ¿De Fulvia, una mujer que olvidó cuál era su lugar en su casa, se alió con su cuñado y reclutó ocho legiones para enfrentarse a Octavio? ¿De dos traidores muertos que osaron desafiarle?

—¡No oses mentar a mi madre! —gritó Julo—. ¡Está muerta! Ella y mi tío Lucio hicieron lo que consideraron necesario para defender la posición de mi padre en Roma…

—Mientras él se lo agradecía follándose a Cleopatra…

—¡Basta! ¡Estamos en el despacho de Octavio! —gritó Marcelo para hacerse oír—. ¿Ni siquiera aquí podéis mantener las formas?

La intervención de su compañero les hizo callar. Julo se sacudió su brazo con un gesto brusco y Tiberio sonrió de medio lado. Octavio los contempló en silencio. Le había hecho un breve gesto a Agripa para que él tampoco interviniera. Sabía por experiencia propia que en los enfrentamientos es donde se conocía de verdad a los hombres. Y esos niños bajo su protección aspiraban a ser

hombres ya. Y quizá a hacerse con una posición preponderante en la casa de quien ahora era indiscutiblemente el hombre más poderoso de Roma. Quizá, tras la conquista de Egipto, el más poderoso del mundo conocido.

—Os agradezco vuestra sinceridad —afirmó con tono tranquilo—. ¿Estaba presente Alejandro Helios cuando sucedió todo?

—No —reconoció Marcelo—. Había pedido permiso para retirarse.

—Entiendo. Podéis retiraros ahora vosotros también. —Los muchachos saludaron marcialmente y Octavio enrolló su toga sobre el brazo disponiéndose a marchar—. Ah —añadió como si hubiese recordado algo de repente—, Tiberio y Julo, os insto a dominar vuestros impulsos y a solucionar vuestras diferencias en privado. Quizá algún día dirijáis un ejército en el nombre del Senado romano. O quizá tengáis que compartir consulado… ¿Qué sucedería entonces?

La mirada de Tiberio relampagueó.

—Quizá lo mismo que sucedió entre tú y Marco Antonio —insinuó altivamente—. Que nos mataremos por controlar Roma.

Julo no pestañeó. Irguió la barbilla desafiante, como si la predicción de Tiberio le pareciera perfectamente razonable. Como si estuviera esperando esa oportunidad. Octavio se permitió que un silencio denso y pesado fuese la única respuesta durante un instante.

—No habrá más guerras civiles en Roma, Tiberio. Y no es un deseo, sino una orden.

—Un comportamiento hipócrita, ¿no crees? No hagáis lo que yo hago.

—Soy la figura en quien confía el Senado para imponer el orden. Y daría un mal ejemplo si no comenzara por mi propia casa. No me gusta tu insolencia. Por lo pronto, en las próximas calendas no acudirás a los entrenamientos. En ese tiempo, te pondrás a las órdenes de Kallyas y de mi hermana para ayudar en la administración y la logística de la casa.

—No soy uno de tus esclavos… —protestó Tiberio.

—Eres lo que yo te diga mientras no vistas la *toga virilis* y estés bajo la protección de mi casa. Y si persistes en tu actitud —insistió Octavio—, te prohibiré la participación en los juegos troyanos.

Tiberio resopló con indignación. Los juegos troyanos eran la única oportunidad que los muchachos tenían para mostrar su manejo en los juegos, las carreras ecuestres y el uso de las armas. La única oportunidad para lucirse ante las muchachas casaderas, hijas de las mejores familias entre los *nobiles*.

—Mi madre se enterará de esto… —amenazó, desafiante.

—No me cabe la menor duda…

Pese al gesto de Octavio o quizá debido a él, Tiberio hizo una leve inclinación de cabeza antes de abandonar su presencia con gesto airado. Octavio se dirigió entonces a sus compañeros.

—¿Creéis que mi castigo ha sido justificado?

—Creo, señor —opinó cuidadosamente Marcelo—, que, si haces preguntas, deberías estar preparado para escuchar las respuestas…

—Tu débil defensa de Tiberio dice mucho de tu corazón, Marcelo, pero no de tu capacidad para imponer el orden. ¿Julo?

—A mí me parece justificado, señor.

—Vaya. Veo que crees en la venganza…

Julo titubeó. Estaba a punto de replicar, pero Octavio se lo impidió. Le miró con frialdad.

—No utilices nunca tus propios sentimientos personales para juzgar a nadie, Julo. Ni mucho menos para que guíen tus acciones. Nunca. Recuérdalo.

Julo no quería señalarse contestándole con la soberbia de Tiberio. Por eso obvió señalarle que esa máxima, que tan generosamente compartía, no parecía haber estado vigente en las acciones que había emprendido contra su padre. Bajó la cabeza con sumisión impostada.

—Lo haré, señor.

Marcelo y Julo se cuadraron militarmente y salieron de la estancia. Agripa permanecía aún con la vista fija en sus espaldas cuando se dirigió a Octavio.

—La gestión de tu casa no es de mi incumbencia, pero sin osar ponerme de su parte, quiero reseñar que Tiberio está extraordinariamente dotado para la milicia, señor. Que debería tener la oportunidad de demostrarlo… Y que hay cierta valentía en decir lo que verdaderamente se piensa —sugirió.

—Cierto. Y también cierta arrogancia en no medir ante quién se habla —le corrigió Octavio—. Los niños se nos hacen mayores,

Agripa. Tienen sus propias simpatías cambiantes. Y sus propias bestias negras también. Los nombres de sus familias comienzan a pesarles. Y empiezan a obrar en consecuencia…

—¿Te preocupa Tiberio?

—Me preocupa más la gente que oculta lo que piensa —puntualizó—. Tiberio tiene la lengua muy larga. Por eso es fácil verle venir de lejos…

—¿Piensas…? —apuntó su general con cautela—. ¿Crees de verdad que lo del niño egipcio ha sido algo provocado?

—Pienso, Agripa —y dejó su mirada suspensa en algún lugar remoto que nadie más podía ver—, que nunca somos conscientes del verdadero instante en el que las cosas se nos van de las manos.

XVIII

—Haz tu magia, Selene…

El susurro de Octavio apenas era perceptible por encima del murmullo de las plegarias. El ambiente en la sala era prácticamente irrespirable, pese a que Calíope mantenía encendidos los pebeteros de incienso y Arween se esforzaba por remover el aire con uno de esos abanicos orientales que habían formado parte del botín embarcado desde Egipto. Octavia había propuesto quemar mirra, que era más aromática, pero Selene se había negado con una mirada feroz; la mirra era la esencia que se usaba en su tierra para embalsamar a los muertos.

—Hazla, Selene. No tengas miedo. Nadie te acusará.

La niña miró al poderoso cónsul de Roma y casi sintió lástima. El hombre que había puesto a sus pies el mundo conocido, el hombre que había vuelto del revés su existencia estaba allí, sentado a la cabecera de la cama de un niño de siete años, con la mano extendida sobre sus mejillas ardientes.

—No hay nada que yo pueda hacer… —se lamentó.

—Yo sé que puedes. Te he visto, Selene —siseó—. Te vi hacerlo con Helios, en el barco…

Ella le miró largamente. Se había cubierto el pelo con un velo blanco en señal de duelo y había cosido a él todos los pequeños amuletos que habían sobrevivido al expolio de los joyeros de su madre, para ganarse el favor de los dioses. Cada mínimo movimiento de cabeza irradiaba un fulgor sobrenatural arrancado por la luz de las velas y proyectado por toda la estancia.

—Aquello era distinto. Ptolomeo no ha vuelto a despertar. Euphorbo dice que es imposible evaluar los daños que tiene. Está en manos de los dioses. De los de verdad —aclaró—. Lo dijiste tú mismo el día que partimos de Alejandría, y tenías razón. ¿Si fuésemos dioses o hijos de dioses, Ptolomeo se estaría muriendo?

Octavio la miró largamente, conmovido por la serenidad de su tristeza, por la prematura aceptación de su dolor. No quiso preguntarse el papel que había jugado él en ello porque notó una garra aferrando su estómago. Le hubiera gustado atraerla hasta su

pecho para consolarla, para consolarse juntos, pero incluso él mismo se dio cuenta de lo inapropiado del momento y del gesto.

Miró a su alrededor. Allí estaba su hermana, siempre atenta a lo que los médicos pudiesen necesitar. Y Marcelo, presto a ayudar a su madre. Allí estaba Musa, de quien no recordaba que tuviera conocimientos médicos, pero cuyo desempeño le había sorprendido gratamente. El físico Euphorbo, la anciana cuidadora del niño, las esclavas más jóvenes… Todos estaban allí. Marcela y Claudia se apoyaban en el dintel de la puerta, buscando quizá el frescor del atrio. Las Antonias habían puesto en valor su recién estrenada condición de hermanas para exigir estar junto al lecho del príncipe egipcio. También Julo estaba allí, en la habitación. Se había sentado junto a Helios en un banco extendido contra la pared, como si le brindara un apoyo implícito y mudo.

Quien no estaba era Druso. Ni Tiberio. Ni, por supuesto, Livia.

No era obligatorio en absoluto. Pero le parecía una enorme falta de respeto. Contra un niño a cargo de su hermana, contra un huésped de su propia casa. Contra él mismo. Notó una rabia urgente y amarga que le nacía del estómago y se le quedaba prendida a la garganta. Garabateó rápidamente una nota y la envió con Kallyas. La respuesta no se hizo esperar.

Querido esposo,

Estoy donde considero que debo estar y donde he ordenado a Tiberio que se quede: al lado de Druso, mi hijo menor, profundamente afectado por las repercusiones de este desafortunado incidente al que aún ha de sumar el dolor de tu silencio y tu ausencia, que no sabe cómo interpretar.
He tratado de explicarle que no estás enfadado con él, pues no es responsable de nada de lo ocurrido. Y que no ha descendido ni un ápice en tu consideración, pues la mínima lástima que pueda despertarte el rehén de un país que osó competir con Roma no puede compararse con el afecto que, indudablemente, sientes por el hijo de tu esposa, a quien tú mismo viste nacer. Pero no lo entiende. Su dolor ahora mismo carece de

consuelo. Nadie cuestiona tu deber para con una criatura bajo la potestad de tu casa, pero asumo que nadie espera una entrega similar por mi parte. ¿O debería una madre ir a llorar al hijo de otra dejando al suyo desatendido?

Cuando tus obligaciones y compromisos te lo permitan, yo misma agradeceré que dediques a mi familia una parte de ese valioso tiempo que desperdicias con los bastardos de Antonio.

Afectuosamente

Octavio arrugó la nota entre sus manos y tomó aire, contrariado. Apretó los puños como si deseara descargarlos sobre algo y cerró los ojos. Echaba de menos la visión de la bahía desde el promontorio de Actium, el sol en el rostro y la brisa marina desordenando su pelo. Echaba de menos el olor a sal, el aire libre, las órdenes tajantes y el dominio incuestionable sobre su flota. Echaba de menos los barcos alineados en hileras perfectas y los hombres cuadrados a la espera de una sola orden. Se le daban mejor las batallas militares que las domésticas. La estrategia de las segundas le parecía infinitamente más sutil.

Y aquella, pensó, no había hecho más que empezar.

Ptolomeo Filadelfo murió al término de las Saturnales sin haber cumplido su octava vuelta al sol. No llegó a ver el nuevo atardecer de su primer Sol Invicto, aquel que anunciaba el renacer de los días en la Roma que le había hospedado durante apenas unos meses. Expiró entre los brazos de su hermana Selene y de las esclavas que le habían cuidado desde la infancia, sin que ninguno de los médicos que le atendían hubieran podido volver a reanimarle. Murió sin poder despedirse, encomendado a las almas de sus padres muertos. Su espontaneidad no volvería a conmoverles nunca más; sus respuestas no provocarían la ternura de Octavio ni sus soldados nunca más. Su sonrisa no colorearía las mejillas de Antonia nunca más. Selene recordó la travesía que les había conducido hasta Roma y aquella promesa en la isla de Creta, cuando aún no sabía si seguirían con vida al día siguiente. Había mentido a su hermano sin querer. Ya nunca visitaría con él aquellos lejanos y exóticos lugares

de los que habían sido reyes por un instante. Ya nunca volvería a mecerse a bordo de una falúa en el cálido abrazo del Nilo. Nunca volvería a reír, junto a Calíope, ni a asombrarse con las historias de Rhea. Nunca llegaría a ser hombre ni a luchar por recuperar su reino perdido. Quizá fuera mejor así. La niña humedeció sus exangües labios, aun cuando Musa confirmó que ya no había latido y confió en que sus padres le estuvieran esperando al otro lado.

—¡Salve, gran Antonio!

Horus cabeceó gravemente, posado en la cabecera de la cama como si hubiera detectado el sutil aroma de la muerte deslizándose, desde su cámara, por todo el palacio, atravesando vanos, elevándose desde el patio hasta salir a las calles. Esas calles donde el pueblo de Roma olvidaba penas y miserias y reía jubiloso, celebrando su homenaje renovado a Saturno. Las esclavas griegas procedieron al lavado ritual de su menudo cuerpo entre lágrimas y la estancia se impregnó de los aceites perfumados que habían guardado desde Alejandría, como si quisieran detener el olor de la muerte.

Octavia se arrodilló ante los lares, los dioses de la casa, y encendió una vela por su alma inocente. Había encargado en secreto a Calíope que le hiciera llegar una de esas imágenes de Isis que, cada vez más, los comerciantes ofrecían en el mercado y a las puertas de los templos. Quizá porque esperaba una de aquellas figuras grotescas con rostro de hipopótamo o de cocodrilo, le sorprendió la imagen que la esclava depositó entre sus manos. Con la túnica insinuando sus formas, el rostro transido de pena y el cabello velado, cayendo ensortijado sobre los hombros, la figurilla de la diosa madre egipcia no era sino una sencilla matrona romana llorando a su hijo muerto.

—Colócala en el altar, Arween —suplicó.

—¿Junto a los dioses de la casa, *domina*? —fingió escandalizarse la esclava gala, que comenzaba a mimetizarse con las costumbres romanas.

—Sí. Sus hijos son mis hijos ahora. Quizá —suspiró imperceptiblemente— debiera haberlo hecho antes para que me ayudara a protegerlos.

Luego decretó siete días de luto, se echó un chal blanco sobre la cabeza y obligó a las muchachas y a las esclavas de la casa a

cubrirse el cabello en señal de respeto. Livia, escandalizada, se negó a aceptar tamaña concesión, que otorgaba al pequeño príncipe egipcio más poder en la muerte del que había llegado a tener nunca en vida.

—Si tus hijos murieran como rehenes en una tierra enemiga —silabeó Octavia con dureza—, también te gustaría que les mostrasen respeto.

—Mis hijos son romanos —respondió Livia con orgullo—. Preferirían matarse antes de caer en manos del enemigo. —Midió a su cuñada con la mirada—. No apruebo esos rituales paganos en mi casa ni el luto por el hijo de tu marido muerto. No voy a impedírtelo, pero no participaré en ello. Mis hijos y yo le lloraremos a nuestra manera…

—Como quieras —siseó Octavia con la mirada encendida de un áspid—, pero no hagáis demasiado ruido con vuestras celebraciones.

Se quejó ante su hermano de la insolente frialdad de Livia, pero Octavio tenía multitud de frentes abiertos. Se había enfrascado en su trabajo. El Senado le había renovado el título de cónsul por cuarto año consecutivo, pero amplios territorios como la Galia, Siria, Egipto o Hispania aún desafiaban la autoridad de Roma. Calvisio Sabino acababa de reportar nuevos enfrentamientos contra las tribus cántabras y astures en una Hispania que no se terminaba de someter, y en el sur del Egipto recién conquistado, Galo se enfrentaba al reino de Kush, que pugnaba por expandir sus territorios hacia el norte o, al menos, por disuadir a los romanos de que se adentraran en ellos.

—Octavia, estoy muy ocupado tratando de mantener a flote nuestras fronteras —le advirtió hiriente—. ¿No puedes encargarte tú de organizar mi casa?

—¿Aunque para ello tenga que enfrentarme a Livia? —le espetó ella—. Hay muchos generales tuyos que pedirían ser relevados de una misión así.

—¿Quieres cambiarme el puesto? ¿Quieres que yo razone con Livia mientras tú te sientas a dirigir nuestra estrategia?

—Lo haría con los ojos cerrados.

—Es un maldito funeral, Octavia. Organizadlo como os plazca.

—No, no es solo un maldito funeral, hermano. —Octavia se

inclinó, indignada, ante él—. Es decidir el papel de la casa Julio-Claudia en él. Es la muerte de un príncipe extranjero bajo nuestro cuidado. Es la manera en la que habrá que informar a la nobleza egipcia y a los antiguos reinos clientelares de su madre. Esos kushitas que tanto te preocupan podrían acusarte de instigar el asesinato de un heredero al trono de Egipto. Esa nobleza alejandrina que tratas de manejar con tanto cuidado podría sentirse insultada y pedir una investigación sobre la muerte de un descendiente de la dinastía lágida. El tipo de enterramiento, el culto bajo el que se celebre, el sacerdote que lo oficie… Todo es aquí importante, hermano —le escupió con indignación—. Podrías delegarlo, por supuesto. Pero reconoce que, en el fondo, lo que subyace aquí es tu proverbial miedo a enfrentarte cara a cara con la muerte…

Octavia se dio la vuelta con dignidad herida, sin molestarse en despedirse de él. El susurro de sus ropajes en el suelo sonó como un reproche. Su hermano no acertó siquiera a afearle su comportamiento. En el fondo le molestaba reconocer que tenía razón, que, en cada dolencia, en cada herida, en cada batalla y en cada enfermedad sentía a la muerte tan cercana como si él mismo le hubiera abierto las puertas de su casa. En ocasiones, cuando la contemplaba tan de cerca, su ánimo se embotaba, como si presintiera que esta pudiera rozarle con sus grandes alas negras, como las de ese cuervo. ¿Era la muerte del chiquillo egipcio la que pesaba de ese modo en su ánimo? Se sentía de algún modo responsable, no solo de lo ocurrido, sino de la manera en que el equilibrio de su casa parecía tambalearse, como un trirreme en una tormenta, sin que él pudiese hacer más que rezar a los dioses para que pasara. Escribió cartas a Galo, el gobernador de Egipto; al rey de Judea, Herodes el Grande; y a diferentes satrapías de Oriente informando de la trágica y llorada muerte de quien a todos los efectos era aún el príncipe del país del Nilo, pero las rompió sin llegar a enviarlas. ¿Tenía Livia razón y estaba dando más importancia en la muerte a aquel chiquillo de la que jamás había tenido en vida?

—Hermano, Selene te ruega que permitas enterrar a su hermano según los ritos de su tierra…

—Eso es una insensatez, Octavia.

—¿No has pedido que me haga cargo yo?

—No tenemos personal preparado para tratar un cuerpo durante cuarenta o setenta días. Ni las sales de natrón que ellos usan. Se corrompería y llenaría el palacio de innumerables enfermedades. Por no hablar del ejemplo que daríamos cayendo en los mismos rituales extranjeros que combatimos. No —advirtió tajante—. Ptolomeo ha muerto en Roma y será enterrado según los ritos romanos…

—Quiere verte…

—Pues yo no quiero verla a ella…

Selene acudió a ver a Agripa, llorosa y suplicante, con el pelo desmadejado y los pies descalzos, y se arrojó a sus pies, de donde él la alzó en volandas, escandalizado.

—No soy ningún dios, muchacha. No traigas ante mí lamentos que no puedo consolar.

—Por favor, ayúdame —suplicó ella—. Tú eres el único que puede convencer a Octavio de que me permita llevar a mi hermano hasta Alejandría para enterrarle junto a mis padres.

—Es imposible, Selene. Llevaros a Egipto ahora sería desatar una rebelión…

—Iremos camuflados, sin séquito. Estaremos custodiados allí por la guarnición romana. Iremos como él quiera, Agripa…

—No lo entiendes, muchacha. Nadie viaja a Egipto. Ningún senador puede realizar ni una simple visita. Ni siquiera por curiosidad o por recreo. Está terminantemente prohibido.

Selene le miró incrédula.

—¿Octavio ha convertido mi reino en su villa personal?

—Octavio es un hombre inteligente y no quiere que la historia se repita. Y sabe que quien controle Egipto, controlará Roma.

—¿Y por eso —preguntó fríamente— es por lo que desea controlarme a mí?

Agripa no le respondió, pero le prometió que le haría llegar su dolor a Octavio y que él no podría dejar de darle una respuesta. Acertó. Cuando el cónsul aceptó verla, Selene le pidió a Calíope que la vistiera con las ropas que había llevado el día del triunfo y que la maquillase como en tiempos había maquillado a su madre. Caminó con majestuosidad cuando fue conducida a la estancia de Octavio y supo que había acertado cuando vio cómo la mirada de él se

demoraba en su figura. «No me ve a mí, sino a Cleopatra», se recordó a sí misma. Una reina-niña tratando de recuperar su trono perdido, como lo había sido su madre cuando había acudido a Julio César. Tragó saliva antes de exponer su petición, pero Octavio, pese a la evidente confusión que le provocaba esa dualidad entre rehén y reina y entre mujer y niña, permaneció inflexible.

—No te enviaré a Alejandría, Selene —sentenció—. Ni siquiera con la excusa del funeral de tu hermano. Será incinerado a la manera romana. Pídeme cualquier otra cosa que pueda darte.

—Deseo una estela para él entonces. En la que se le reconozca como rey Siria, Fenicia y Cilicia.

—Esas absurdas concesiones de tu padre jamás fueron refrendadas por el Senado, Selene. Y lo sabes. Podría hacer que te juzgaran por traición.

Selene suspiró hondamente. Sostuvo su mirada, más desafiante que nunca.

—Pues manda escribir entonces que fue el amado hijo de la reina Cleopatra Thea Philopátor y el triunviro Marco Antonio.

—Imposible. Esos nombres están malditos. Nadie más puede llevarlos en Roma. Se están borrando de los archivos. No los dejaré escritos en piedra para toda la eternidad.

—¿Y qué tendré yo entonces? —Se volvió a él con ojos encendidos—. ¿Qué me quedará de él para recordarle?

—Lo que nosotros guardamos de nuestros muertos; sus cenizas…

—¡Cenizas! —exclamó con desprecio—. ¿Para qué? ¿Para que vuelen con el viento y se queden para siempre posadas en los muros de ladrillo de tu sucia ciudad y en los templos insulsos de tus falsos dioses?

—Ve a ver a Kallyas. Elige el más bello de los cofres que encuentres entre las joyas incautadas a tu madre —le sugirió—. Dime luego el lugar donde deseas que descansen para siempre. Dentro de Roma —le especificó—. Y te lo concederé.

Selene le miró con los ojos encendidos. Alzó la barbilla.

—En tu tumba. En el mausoleo que le has copiado al Gran Alejandro —le sugirió, provocativa—. Mi hermano llegó a ser rey de la dinastía ptolemaica. Ofrécele una sepultura digna de su condición.

Octavio se estremeció. Un anciano arúspice de Etruria le había

vaticinado que el primero en ocupar su tumba no sería él mismo, sino un hermoso y joven hijo de su casa, muerto prematuramente en la flor de la vida. ¿Podía Selene saberlo a través de esa magia que negaba tener?

—No quiero reyes en mi tumba —advirtió con un escalofrío, sin estar seguro de no estar cambiando el destino—. Pídeme algo que pueda concederte.

—¿Pedirte? —inquirió ella, mirándole con desprecio—. Deberías ser tú quien me pidiera a mí perdón. ¿Qué más te queda por robarme? Fingiste apreciar a mi hermano solo para agitar los celos entre los cachorros de tu camada, y ahora ellos le han despedazado. Los dioses te castigarán por no permitir su último viaje. Te condenarán a morir sin hijos varones que puedan heredar las migajas de tu gloria. ¿Pedirte? Yo no ruego, Octavio. Quizá algún día seas tú quien me suplique a mí. Quizá no sepa cómo devolver la vida, pero te aseguro que sé cómo ayudar a quitarla.

¿De qué hablaba esa maldita hechicera reencarnada que le miraba con los ojos ambarinos de una faraona muerta? Con un estremecimiento en la piel, Octavio creyó escuchar la voz que había susurrado al oído de César, la que había hechizado a Antonio… Recordó que Selene había sido la única persona a quien se le había permitido visitar a la faraona egipcia cuando, tras la muerte de Antonio, la guardia romana había conseguido recluirla en sus habitaciones a la espera de que Octavio decidiera un destino que al final había orquestado ella. Siempre había sospechado que Selene tuvo algo que ver en la muerte de la reina egipcia. ¿Y ahora? ¿Le estaba amenazando? ¿Ella? ¿Una chiquilla huérfana que vivía de la caridad de su casa? ¿A él, el *princeps* ante quien prestigiosos senadores, autoridades provinciales y generales bregados se inclinaban?

—No me llames Octavio, salvo que te lo pida expresamente —le recalcó, reponiéndose, con tono acerado—. Para ti soy señor. No acepto chantajes, Selene. Ni en este mundo ni en el otro. Sabes que lamento profundamente la pérdida de ese chiquillo, el más inocente de todos nosotros, pero si aún no has aprendido a tratarme con el debido respeto, me temo que nuestra entrevista ha terminado. Daré indicaciones a Octavia para oficiar las honras fúnebres de tu hermano. Y las cumplirás, sean cuales sean…

—A estas alturas —escupió la niña con ojos centelleantes subrayados de kohl— me conformaría con que no asistieras a ellas…

No hubo un funeral de Estado como hubiera correspondido a un príncipe extranjero, ni más comunicaciones oficiales que la escueta nota que se le envió a Galo, el prefecto de Egipto, para que pusiera el hecho en conocimiento de la nobleza alejandrina. El cuerpo de cualquier otro rehén extranjero habría sido reclamado por su familia, pero en el país del Nilo no quedaba ya nadie de su sangre con vida. Roma y los últimos reyes de la dinastía lágida se habían encargado de ello.

La muerte del más joven representante de los Ptolomeos se vivió como la de cualquier niño romano de buena familia. Un hecho triste, pero no inusual. Se trató como un desafortunado incidente, sin mencionar más datos, y se le lloró en privado, en casa. Nadie entonó una elegía fúnebre en su nombre. Fue lavado y perfumado ritualmente por su propia hermana y sus esclavas y velado en la casa de Octavio, antes de abandonarla, rumbo a la necrópolis, más allá de las murallas servianas.

Selene advirtió que únicamente permitiría que un sacerdote isíaco oficiara la breve ceremonia e insistió en vestirle con su dignidad de soberano. Octavio lo permitió porque había negado a la niña demasiadas cosas y porque no imaginaba qué daño podrían hacerle ni a él ni a Roma los ropajes de un soberano muerto. El propio Agripa se encargó personalmente de que Alejandro Helios, loco de rencor y de dolor, dejara de buscar a Druso, gritando su nombre por los corredores y rompiendo platos, estatuillas y ánforas por las estancias de palacio, y asistiera al acto fúnebre de su hermano pequeño, custodiado por la guardia del *princeps*, como un fugitivo. Selene no intercedió por él. Imbuida en una dignidad sorprendente, con los ojos arrasados de llanto y el alma anestesiada con láudano para no sentir, ni siquiera se molestó en mirarle. En su fuero interno no le perdonaba que, quizá empeñado en vigilarla, hubiese dejado a Ptolomeo solo, en el Campo de Marte, rodeado de todos los que ella consideraba enemigos.

Allí estaban todos, incluido el propio Octavio, a su pesar. Conocidos y desconocidos. Esclavos y libertos. Niños y adultos.

Estiradas damas que le sonreían con forzada empatía; bailarines y actores de la casa de su madre traídos para el triunfo como ella, desde Alejandría, con los rostros pálidos y las sonrisas marchitas en el frío del invierno romano; veteranos que habían servido a las órdenes su padre, y que se cuadraban silenciosa y respetuosamente ante ella como ante un general victorioso… Julo, con gesto grave, quiso portar las angarillas en las que descansaba el menudo cuerpo de su medio hermano y Marcelo se ofreció a ayudarle. Juba se destacó de entre los amigos del *princeps* y, sin mediar palabra ni pedir permiso, se unió a ellos. En los corredores, los asistentes comenzaban a preguntarse en voz baja por el paradero de los hijos de Livia.

—¡Dejadme verlo! ¡Dejadme verlo, digo! —tronó una voz femenina, en un tono demasiado elevado para un funeral—. ¡Ni se os ocurra ponerme una mano encima!

El atriense, visiblemente apurado, había dado entrada a una anciana dama elegantemente vestida, que, precedida por sus libertos, a modo de escolta, avanzaba hacia el lugar donde se encontraba el cuerpo de Ptolomeo. Nadie le impidió el paso, aunque, por sus desesperados gestos, se diría que amenazaba con abalanzarse sobre el cadáver del pequeño. Los portadores posaron las angarillas en el suelo y, pese a su edad, la mujer se arrodilló trabajosamente, tomando entre sus manos las heladas manos del niño. Nadie supo cómo reaccionar. Selene, sobresaltada, intentó dar un paso adelante para impedir que nadie profanara el cadáver de su hermano, pero Rhea, vigilante, se lo impidió con una presión sutil sobre sus hombros.

—Es tu abuela, princesa —murmuró emocionada en su oído—. Es la madre de tu padre. Que Isis la asista y la ampare. Aún vive. Pobre mujer…

Selene se sobresaltó. ¿Su abuela? Apenas podía ver su perfil y unos mechones de cabello blanco bajo el velo de luto. Octavia se adelantó, como buena anfitriona, y se inclinó respetuosamente ante la recién llegada. Sus esclavas trataron de alzarla del suelo, pero ella manoteó negándose a levantarse.

—Bienvenida a nuestra casa, Julia —dijo Octavia—. Lamento que hayamos vuelto a vernos en condiciones tan desafortunadas…

Las manos que Octavia le tendía quedaron sin estrechar en el

aire, blancas y pendientes, como pajarillos cansados.

—No digas tonterías, Octavia. ¿Cuándo nos hemos visto tú y yo en circunstancias afortunadas? ¿En Brundisium, cuando te ofreciste a mi hijo para salvarle el culo a tu hermano? —Movió la cabeza de uno a otro lado—. Me los habéis arrancado a todos. A Cayo. A Lucio. A Marco —sollozó—. Entre unos y otros. A todos. Hombres fuertes hechos y derechos, con sus ganas de vivir, de reír y de luchar, que ahora son ceniza. ¿Cómo puede una mujer sobrevivir a sus hijos? ¿A sus nietos? —Señaló con manos temblorosas el cadáver de Ptolomeo y acarició los rizos oscuros que Rhea había peinado cuidadosamente—. Es la imagen de su padre cuando era una criatura —se lamentó con un tono que encogió el corazón de Octavia. La anciana pareció reponerse y buscar un rostro entre los asistentes. Escupió al suelo, como una vulgar mujerzuela, al identificarlo—. Que los dioses maldigan tu estirpe, Cayo Octavio. Que Hera seque el vientre de tu esposa. Es mejor parir hijos muertos que criarlos para ver como otros te los arrebatan…

Los labios de Octavia temblaron imperceptiblemente. Su hermano se adelantó y ensayó una sonrisa triste y conciliadora. Por un instante se alegró de que Livia estuviera ausente de las exequias. Él también tendió a la anciana sus brazos abiertos, pero Julia los rechazó.

—Querida Julia…

—Quítate de ahí, maldito. No me toques con las manos manchadas de la sangre de los míos. No me regales tu condescendencia. ¿A mí? ¿Cuántas veces tuve que daros un tirón de orejas en vuestros delirios de poder cuando inaugurasteis vuestra pantomima de triunvirato ordenando muertes arbitrarias y requisando las fortunas de matronas decentes? ¿Cuántas medié entre vosotros, orgullosos, feroces y envalentonados como reyezuelos bárbaros? —Octavio asintió en silencio, recordando la fortaleza de la mujer que se atrevió a desafiar al propio triunvirato cuestionando los nombres en las listas de las proscripciones o alzando en pie de guerra a las matronas romanas para evitar que se incautaran sus fortunas—. Y ahora… he venido a conocer a mis nietos, y esto es lo que me encuentro. Ni cuatro meses has podido disimular tu sed para acabar con la estirpe de mi hijo. Ni cuatro meses has podido garantizar su vida. —Sus manos se posaron sobre

las mejillas heladas del niño—. Y mírale. Es sangre de mi sangre. Es él. Es su barbilla. Es su pelo…

—Comprendo tu dolor, venerable Julia —admitió solemne Octavio en el espeso silencio de la sala—. Y lo comparto…

—¡Si te viera tu tío, el divino Julio! —entonó con dureza la mujer—. ¡Aquí estás, manchado de la sangre del mejor de sus hombres! ¿Qué vas a comprender? —Se atrevió a empujarle ante la sorpresa de sus propios lictores—. ¡Tú no comprendes nada…!

Agripa hizo un gesto leve con la cabeza. Los lictores rodearon convenientemente al cónsul. La guardia se acercó a los porteadores a modo de escolta y estos trataron de alzar la angarilla nuevamente, pero Julia se lo impidió, agarrándose al cuerpo del niño y estrechándolo contra el suyo. Las convulsiones agitadas de su pecho pusieron una ilusión de respiración en el cuerpo de Ptolomeo.

—¡No te lo lleves también! —clamó la anciana—. Déjame despedirle.

La escena se tiñó de un feroz dramatismo. Octavio indicó a la guardia que avanzara, pero nadie se atrevió a separar a la dama Julia por la fuerza del cadáver inerte que aferraba en sus brazos. Julo se cuadró delante de ella, desafiando, con ojos centelleantes, a cualquiera que se atreviera a tocar a su abuela. En el fugaz forcejeo, el cuerpo del pequeño cayó al suelo. Selene contuvo la respiración ante aquel atroz sacrilegio y los asistentes prorrumpieron en un grito contenido de espanto.

Antes de que nadie pudiera moverse, el propio Octavio se arrodilló y cargó al niño cuidadosamente entre sus brazos, mirando desafiante alrededor, como si instara a quien fuera a arrebatárselo. Helios trató de adelantarse, pero los guardias de Agripa le sostuvieron con fuerza. Alzada penosamente del suelo con ayuda de sus libertos, la dama Julia sollozaba con la muerte de un niño al que no había llegado a conocer, la pérdida de sus tres hijos. Octavio pasó frente a ella con gesto indiscernible. Nadie se interpuso en su camino. Selene, aturdida, quiso ver cierto simbolismo en la escena de la todopoderosa Roma arrodillándose, con gesto culpable, para cargar el cadáver de Egipto.

—¡No te lo lleves, tío! ¡No podemos incinerarlo! ¡No está muerto! ¡Se ha movido!

Solo el deseo de la pequeña Antonia vio movimiento en el

cuerpo del príncipe egipcio, como si Ptolomeo no estuviese sino dormido y pudieran despertarle con tanta algarabía. Nadie le hizo caso. Con Octavio al frente, y Julia sollozando sobre los hombros de su nieto Julo, la desmadejada procesión se puso en marcha. Antonia trató de romper el cerco de adultos para acariciar una vez más el rostro de su hermano, pero su madre no se lo permitió. La niña se arrancó a llorar tan profusamente que Octavia tuvo que llevársela de la estancia. Desde la ladera helada del Palatino, en su camino hacia la necrópolis, Selene creyó seguir oyendo su llanto, latiéndole en la piel, hasta que el bullicio de la ciudad lo ahogó por completo.

—Atiende, oh, Nut, la llamada de Isis, que ante el cruel asesinato de su hermano está dispuesta a recorrer el mundo mortal y encontrar los pedazos de su cuerpo y su alma para devolverle de nuevo a la vida. Atiende su súplica y oriéntala en su dolor…

Las palabras del sacerdote de Isis, con su cabeza rapada, sus inmaculados ropajes blancos y su voz grave de acento oriental atraparon a los participantes de las exequias, induciéndoles la confusión entre la diosa y la niña. Las matronas romanas murmuraron en voz queda sin apartar los ojos de la hija de Cleopatra. La propia Selene, con el pelo cubierto, vestida de blanco y llorando la muerte de su hermano, parecía una reencarnación viviente de la deidad egipcia.

—¡Salve, oh diosas hermanas Isis y Neftis! —continuó el sacerdote inclinándose ante ella, buscando morosamente la frase adecuada en el Libro de los Muertos, para que los asistentes al funeral sintieran que quien les hablaba era el desventurado Ptolomeo—. ¡Os anuncio mis palabras de potencia! He aquí que en medio de destellos navego en mi barca celeste. Ciertamente, yo soy Horus, hijo de Osiris. Y vengo aquí para admirar a mi padre. Como el dios Horus, Ptolomeo remonta el río celestial para encontrarse con él…

Su padre. Marco Antonio. Las palabras resonaron con un significado nuevo en los oídos de soldados y esclavos. Algunos asistentes intercambiaron cuchicheos y miradas de entendimiento. Hubo un leve movimiento de inquietud en la guardia.

—¿Es algún tipo de mensaje para Octavio? —inquirió uno.

—Para esos egipcios, Horus estaba llamado a acabar con el asesino de su padre… —advirtió otro. Y todos asintieron en

silencio. Debía saber de lo que hablaba, porque era uno de los antiguos hombres de Antonio que había vuelto, junto a los vencidos, desde el país del Nilo.

El nombre prohibido se repetía en los corrillos. En ocasiones, con un sentimiento de transgresión; en otras, con cierta reverencia. Aunque no había una representación oficial ni senatorial, las figuras más importantes de Roma estaban allí. Octavio, Agripa… El propio Cayo Mecenas, enamorado de la mística de la cultura egipcia, y su esposa Terencia se contaban en primera fila entre los asistentes, hipnotizados por la estética isíaca, y el blanco deslumbrante de Selene tan alejado del negro del luto romano. Fue al terminar la ceremonia cuando el sacerdote se postró ante las rodillas de la niña, ante el asombro general.

—Esperábamos señales y nos han sido reveladas. Gracias, señora. Con la muerte de tu madre, la diosa se ha hecho carne en ti.

El olor concentrado de la mirra aturdía los sentidos de los asistentes y a luminosidad del patio a la hora sexta ponía un halo sobrenatural de luz sobre las blanquísimas vestiduras de Selene. Sus lágrimas auténticas, su dolor contenido y la cadencia de sus estudiados movimientos de princesa terminaron por convencer a la mayor parte de sus asistentes de su naturaleza divina.

—Oh, Isis —la aclamó el sacerdote—, tú que has sido arrancada de tu trono de Egipto y has elegido la ciudad de Roma para llevar desde aquí tu luz por todo el mundo, atiende nuestras súplicas. Y pide a tu hermano que se lleve nuestros deseos con él al más allá.

Algunos de los esclavos y asistentes, seguidores de la doctrina isíaca, trataron de acercase a tocar su velo transparente, el borde de su vestido o sus sandalias. Otros intentaron susurrarle plegarias, últimas voluntades o mensajes de sus familiares, deudos o moribundos, para el más allá. Sentada en una silla de manos de taracea, ella no fue capaz de negarse. Octavia trató de apartar las manos que la rozaban, los labios que besaban su túnica, mientras Selene se dejaba hacer con los ojos anegados de llanto y los labios completamente mudos. Su cuervo comenzó a aletear nerviosamente tras ella, y en la penumbra titilante de las múltiples velas, hubo quien murmuró que había visto cómo le crecían unas alas negras abiertas en cruz en la espalda. La guardia de Octavio tuvo que intervenir, a una señal suya, para alzarse como una barrera

infranqueable entre la niña y la multitud que pretendía llegar a ella.

—Mírala —le susurró Terencia a su esposo con un temor reverencial—. Parece una imagen en vivo de la diosa.

Sería ella la encargada de poner en circulación por toda la Urbe, y ante cualquier dama romana que deseara escucharle, que había visto con sus propios ojos a la encarnación de la diosa Isis aquella mañana en el atrio de la casa de Octavio.

XIX

—¿Has visto esa multitud mendicante plantada a nuestras puertas? La *domus* del *princeps* no puede convertirse en un lugar de peregrinación, Octavio.

Tres meses después de la muerte de Ptolomeo, aquel culto espontáneo había aumentado en lugar de ir decreciendo poco a poco. Esclavos, libertos de origen oriental, legionarios convertidos, desheredados de todo tipo y prostitutas se agolpaban a las puertas de la *domus Octavii* esperando la fortuna de que la diosa cruzase su mirada con las suyas, para aliviar sus penas. Aquellos que venían de la otra orilla del Mare Nostrum, los hombres de Antonio que habían vivido en la cosmopolita Alejandría, incluso los filósofos descreídos, contaban que las profecías judías hablaban de un rey oriental todopoderoso, del hijo de un dios encarnado en mortal que caminaría junto a los desterrados y sufriría con ellos para mostrarles el camino. ¿Qué más señales se necesitaban?

—Ya le he dado instrucciones a Kallyas, Livia —la tranquilizó Octavio—. No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? ¿Y tú defiendes los valores romanos tradicionales? ¿Qué pensará el Senado? ¿Y el pueblo?

—Es el pueblo el que protagoniza esta locura, Livia. Es curiosidad. Es morbo tras la muerte de su hermano. Una moda pasajera. Solo quieren verla. Nada más. Que se asome y que Kallyas reparta unas monedas. Ella ni siquiera alienta a esas masas. ¿Cómo podría hacerlo? Es algo inofensivo.

—¿Inofensivo? La sacaron a hombros en el *Navigium Isidis* en un palio, como a una deidad. La pasearon por las calles de Roma rogándole una buena temporada de navegación, como si fuera Poseidón. ¿No los viste, Octavio? Eran centenares. Cubiertos. Con máscaras. Amparados en la masa… ¿Crees que es algo casual? Entre esos desgraciados que se declaran fanáticos de Isis aún se esconden partidarios de Antonio, que utilizan esta pantomima para estar cerca de sus hijos, porque ansían líderes que les dirijan. ¿Crees de verdad que borrarle del mapa hará desaparecer su influjo? Mientras

tú utilizabas la *decimatio*, él repartía vino, y monedas y besos. ¿Crees de verdad que sus hombres se unieron a los tuyos por convicción?

Octavio posó en ella una mirada helada.

—Igual elegiste al hombre equivocado, querida.

—Fuiste tú el que me eligió a mí, Octavio, por si lo has olvidado. Tú él que me obligaste a separarme de mi esposo y a casarme contigo nada más parir a Druso…

—¿Te arrepientes de ello?

—Ni por un momento —declamó con pasión en su oído—. Antonio era un aventurero. Tú podrías llegar a ser un dios. Pero tu camino para ganar seguidores es más arduo que el suyo. Por eso no puedes bajar la guardia…

—¿Y me va a hacer sombra una niña, por muy hija suya que sea?

—¿No era casi una niña su madre cuando hechizó al gran César, al *dictator*, al vencedor de Pompeyo, al conquistador de la Galia? ¿No consiguió que la nombrara reina? No me dan miedo las artes que puedo ver, Octavio, sino las que no veo. Y ella… Oh, parece una criatura, pero sabe perfectamente lo que se hace. ¿Acaso crees que no la he visto deslizarse en tu despacho como una prostituta?

—Ya está bien, Livia —la atajó Octavio—. Traduce documentos para mí, por eso entra en mi despacho. No puede ser una diosa y una prostituta a la vez.

—Oh, sí, sí que puede. Tuvo una gran maestra…

—¿De verdad la imaginas a la cabeza de una rebelión? ¡Es una niña!

—¿Estás seguro? Porque tú no la miras como a una niña, Octavio…

Octavio se puso en pie. No tenía ninguna intención de entrar en ese debate con su esposa.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que incumpla los sagrados deberes de mi hermana? Ella misma la defiende. Helios está hecho de otra madera. Es rencoroso y visceral, como su padre, pero Selene…

—Selene es falsa y sibilina, como lo fue su madre. A Helios es más fácil verle venir, pero ella… Te envuelve, Octavio. A ti y a todos. Os maneja. A su hermano. A ese papanatas de Julo. Incluso a Juba, tan sabio y tan seguro de sí mismo… Se aprovecha de la

bondad de tu hermana, e incluso tu hija, que parecía inmune a su influjo, la mira con otros ojos ahora. Ni siquiera os dais cuenta. Tienes que echarla de aquí antes de que sea tarde. A ella y a su hermano. No soporto que ese niño siga entrenando junto a Druso. ¿Has visto cómo le mira?

Octavio asintió. Claro que lo había visto. No podía acusar a Livia de exagerar en ese punto. Helios no perdonaba a Druso que hubiera empuñado la espada que había acabado con la vida de su hermano. Y el dolor y el arrepentimiento del niño, que nunca había tenido intención de herir a su oponente, no bastaban para aminorar su dolor ni para calmar una insaciable sed de venganza. El propio Agripa y cada uno de los hombres implicados en el entrenamiento de los chiquillos tenían instrucciones muy claras de permanecer atentos ante cualquier posible estallido de violencia y de no permitir que ni Druso ni Tiberio se enfrentaran nunca al egipcio, que cada día ganaba en fuerza y en destreza, como si tuviera un objetivo bien definido. La situación había generado un complicado baile de odios y lealtades. Helios observaba a Druso, a la espera de una oportunidad; Tiberio vigilaba a Helios, y Julo, que hasta la llegada de los príncipes ptolemaicos jamás se había enorgullecido de pertenecer a la estirpe del traidor a Roma, ahora se proclamaba hijo de Antonio y como tal se sentía legitimado para defender a Helios, a quien meses antes ni siquiera conocía.

Él mismo acababa de tener un enfrentamiento con el muchacho unos días atrás. El primero de su vida. El Senado había declarado día nefasto el 14 de enero, el día en que había nacido Marco Antonio, y lo había invalidado para tomar cualquier tipo de decisión política o administrativa. Al regresar a casa, tras la sesión del Senado, Octavio había tropezado con Julo, camino a sus estancias privadas. Había dejado a sus lictores en la entrada del patio, por lo que ambos estaban solos frente a frente. En el contraluz del corredor, cuando apareció frente a él, su silueta recortada tenía un aire fantasmal y pese a que apenas contaba quince años, su figura, alta y fuerte, emanaba la prestancia de Antonio. En la semipenumbra el parecido era tal que Octavio sintió un escalofrío. Supo entonces que el encuentro no había sido casual. Julo le estaba esperando. Y aunque se había criado en su casa y había comido en su mesa desde los tres años de edad, no pudo

evitar tragar saliva. Se sintió expuesto, desarmado y solo.

—Te miré como a un padre, que los dioses me perdonen —le espetó Julo a modo de saludo—. Creí que eras un gran general, que verdaderamente merecías el título de hijo de un Dios…, pero veo que eres solo un mortal rencoroso y vengativo…

—Querido Julo, no entiendo…

—¿No te basta con haberle vencido? —le interrumpió. Y no hizo falta que mencionara su nombre—. ¿Tienes que romper sus estatuas, borrar su nombre de los archivos y declarar su aniversario como un día maldito? Quizá convenzas a tus amigos y a tus senadores, pero no a mí. Lo único que pasa es que tienes miedo de que te haga sombra la memoria de un muerto… De que incluso vencido, y enterrado, y olvidado, y maldito, la historia de mi padre sea más grande de lo que nunca será la tuya…

No se le había acercado ni le había dicho nada más. Había desaparecido bruscamente entre las sombras que proyectaban las columnas del atrio como si solo hubiera sido un producto de sus atormentados sueños. Y sin embargo, sin decírselo a nadie, Octavio había comenzado a vestir un grueso chaleco de piel bajo la toga y a esconder un afilado estilete entre sus ropas. A esas alturas todos los que podían representar un peligro real para él habían desaparecido. Casio, Bruto, Sexto Pompeyo y Marco Antonio estaban muertos; Lépido, con quien él y Antonio habían compartido el triunvirato, estaba fuera de servicio, y su hijo, que había urdido una conjura contra su vida cuando la conquista de Egipto colocó a Octavio como incuestionable vencedor, acababa de ser ejecutado. Sabía perfectamente que era el hombre más poderoso de Roma, que nadie podía hacerle sombra. Pero la historia y la experiencia ajena, en la persona de su tío Julio César, le habían demostrado que cuando un hombre ha eliminado a todos los enemigos de su talla, es fácil que quien le mate sea un amigo.

—¿Se puede saber en qué lugar de tu mente te has ocultado para huir de lo que no deseas oír?

No le había hablado a Livia de ese encuentro, del afilado aguijón del miedo, mucho más agudo e irracional del que nunca había experimentado en batalla. Ni siquiera Agripa lo sabía. Ni Octavia. Su hermana adoraba a Julo, al que había criado como a un hijo, y ni siquiera le creería. Pensaría que la estancia en Egipto, en aquel

país fronterizo entre la vida y la muerte, le había trastornado. Que veía en la tierra la sombra de los muertos. Que el arrepentimiento de haber forzado a Antonio a suicidarse le carcomía y que esperaba su venganza, como una decisión inexorable del destino, en cada rincón. Y quizá todo ello fuera cierto. No muchos sabían que, pese a todo, a todo el odio destilado, pese a todas las discusiones, las estrategias y las batallas, el cónsul no había podido contener las lágrimas cuando le comunicaron la muerte de su rival. Que por un fugaz instante deseó volver atrás el tiempo, atrapar el instante en que darle la vuelta, que todo hubiese sido de otra forma. No muchos lo sabían, pero Octavia era uno de ellos.

—En ningún lugar, Livia. Prometo que pensaré en lo que me has dicho.

—Deshazte de ellos, Octavio. Tienes opciones dignas. Hazlo antes de que envenenen tu casa.

Tenía opciones, era cierto. La dama Julia había comenzado a visitar a sus nietos egipcios con asiduidad e incluso pedido oficialmente hacerse cargo de su tutela advirtiendo de que haría al Senado responsable de lo que les pasara si seguían en la casa de Octavio. Vieja bruja. Era innegable de quién había sacado Antonio su prepotencia. Pero la anciana era una respetable matrona romana y una pariente lejana de su casa con quien no necesitaba enemistarse. Sabía perfectamente que Alejandro Helios ansiaba irse a vivir a la casa de su recién descubierta abuela, pero a él le daba pánico pensar en la peligrosa combinación de odio, fuerza y cerebro de esa unión. Por no hablar de las influencias que aún tenía ella. Helios era muy joven y Julia muy mayor. Por eso mismo emplearía el poco tiempo que le quedara en la tierra para moldearle a su antojo como a un muñeco de arcilla y lanzarle luego contra él. No. Las figuras presuntamente peligrosas tenían que estar cerca, muy cerca, en un lugar donde pudiera controlar sus pasos, sus acciones y hasta sus pensamientos. No podía arriesgarse a alejarlas de él.

En cuanto a Selene… Selene era otra cosa. Tenía que reconocerse a sí mismo que la atractiva mezcla de grandeza e inteligencia que emanaba esa niña le cautivaba de un modo que no atinaba a expresarse. Quizá fuese realmente el morbo de saber que tenía en sus manos a la hija de la única mujer que había sido capaz de poner en peligro a Roma. Quizá era la ansiedad que cualquier

conquistador siente por el disfrute del botín conseguido. O quizá realmente había algo sobrenatural en aquella insólita relación de amor y odio que él quería creer mutua. En ese influjo que él negaba, pero que era patente en los grupos, cada vez más numerosos en Roma, que la aclamaban como a la nueva Isis. Puede que Livia, mucho más perceptiva que él, tuviera razón, como casi siempre, y hubiera llegado el momento de deshacerse de ella.

De los dos.

Y era cierto que en ese preciso instante podía hacerlo.

Quizá tuviera la excusa perfecta.

XX

—Nicolás de Damasco…

—Noble César…

Los dos hombres estrecharon sus manos afectuosamente, aferrándose fuertemente las muñecas antes de fundirse en un abrazo. Sus sonrisas eran sinceras. No se conocían en persona hasta ese momento, pero cada uno de ellos sabía perfectamente de la trayectoria del otro. Nicolás, el damasceno, era un historiador y filósofo reputadísimo, no solo entre los judíos y las cortes orientales, sino en Grecia y en la mismísima Roma. Se decía que había bebido literalmente de las fuentes de Aristóteles y que cualquier *paterfamilias* helenófilo le querría como preceptor de sus hijos. Seguía la religión de Moisés, pero a diferencia de algunos de esos otros hebreos que no veían más allá de sus textos sagrados, su cultura era tan vasta como su curiosidad.

—Me alegro de que tus pasos te hayan conducido hasta Roma…

—Mis pasos, la voluntad de Dios mi señor y la aún más cercana de mi rey, Herodes…

—La más difícil de eludir, imagino —bromeó Octavio, invitándole a sentarse en uno de los *triclinia* que se habían preparado para el encuentro.

—Soy de poco comer, noble César, y menos de apreciar los manjares.

—Sé que los filósofos os alimentáis de palabras y pensamientos, pero, por favor, Nicolás, te ruego que no rechaces los manjares con que mi esposa y mi hermana han tenido a bien obsequiarte.

—No deseo molestarte en tu casa, César. Este es un asunto político. Como bien sabes, una petición que mi señor Herodes le traslada al Senado de Roma.

—Que, si no me equivoco, tiene que ver con los hijos de Cleopatra bajo la custodia de esta casa. El Senado de Roma ratificará la decisión que aquí se tome…

Livia y Octavia, vestidas con sus mejores galas, acudieron al atrio para saludar al distinguido visitante y compartir un pequeño

almuerzo informal con él. Los esclavos trajeron cuencos con queso fresco y uvas y llenaron las copas de vino de Sicilia sin rebajar. Tenía la facultad casi mágica de soltar las lenguas y bajar las defensas.

—Mi señor Herodes aprecia enormemente tu ratificación de su cargo, habida cuenta del papel que él jugó situándose en las tropas del triunviro Marco Antonio durante la guerra…

—No tengo queja de Herodes —advirtió Octavio, obsequioso—. Fue un aliado leal a Antonio mientras él vivió y tuvo la cortesía de admitir que sus lazos con Egipto le impedían pasarse a mi bando, aunque reconocía mi superioridad. Un hombre astuto. Solo espero que continúe brindándole la misma amistad a Egipto, ahora que pertenece a Roma.

—No lo dudes. Los hombres pasan. Los territorios permanecen. Y es precisamente en virtud de esos lazos por lo que mi señor Herodes y yo mismo nos interesamos por el destino de los príncipes, noble César. De los hijos de Cleopatra.

—Ya os habrán contado…

—Sí, me han informado de la desafortunada muerte del menor, a quien Dios acoja en su seno. Os presento mis condolencias y transmitiré la desgraciada noticia a mi vuelta a Judea. Pero mi señor Herodes está especialmente interesado en los mellizos, señor. Como indudablemente sabéis, yo mismo fui su preceptor durante un tiempo, en Alejandría. Su padre era un apasionado amante de la lógica aristotélica…

—Su padre —sonrió Octavio, obsequioso— era un apasionado amante de casi todo… —Lo escrutó con curiosidad—. ¿Y qué es exactamente lo que quiere el rey Herodes de los mellizos?

—Hay una profecía en nuestros textos sagrados, señor. En ella se habla de una deidad hecha carne que habitará entre los hombres para librarnos de los yugos terrenales. Que vivirá y morirá por nosotros los hombres.

Octavio suspiró apreciativamente. ¿La cantinela de Isis otra vez? ¿También los judíos? Empezaba a estar harto de los dioses hechos carne.

—Podría tratarse de mi padre —advirtió, tratando de aguijonear al heraldo—. El divino Julio César. Habitó entre nosotros y murió por y para nosotros, sin duda. Por Roma. Y por el mundo conocido.

—Alzó la copa—. Tratando de hacer de él un lugar mejor…

Nicolás de Damasco parpadeó desconcertado. No deseaba ofender a su anfitrión.

—El profeta Isaías advierte de que habría señales de su nacimiento. Y me temo que cuando el profeta vivió, Roma no era ni un pálido sueño, con todos mis respetos, señor. Los hebreos creemos que el advenimiento del Elegido se producirá en un área cercana a nosotros, en la parte oriental del Mare Nostrum.

—Lejos de Roma…

—Pero no de Alejandría, donde nacieron los mellizos.

Octavio se sintió intrigado. Hubiera echado de su despacho a cualquier charlatán que le hablara en términos de profecías, pese al interés con que, aparentemente, le escuchaban Octavia y Livia, pero, indudablemente, Nicolás de Damasco no era un charlatán. Era un sabio. Y el embajador de un país aliado.

—No sé si te estoy entendiendo…

—Otros antes que el profeta Isaías advirtieron de la llegada de un rey de reyes en el país de los judíos. Y de que su nombre estaría señalado por los astros…

—¡Vaya! —Octavio se incorporó sonriendo—. ¡Ya veo! Selene y Helios. La Luna y el Sol. ¿Conocía Antonio esta profecía? Porque le veo muy capaz de elegir los nombres de sus hijos para que la historia acabara jugando a su favor…

—Ignoro el conocimiento que el triunvir… que… Antonio tenía de los textos sagrados hebreos, noble César, pero es cierto que la propia reina Cleopatra, a quien Dios asista en su gloria, llegó a creer, y a divulgar, que la profecía hablaba de sus hijos…

—No me sorprende. —Octavio tomó un nuevo trago de su copa —. Por lo que sé, la reina Cleopatra llegó a creer que todo sucedía por y para su estirpe…

Nicolás de Damasco ensayó una sonrisa diplomática. Era evidente que no quería manifestarse sobre una mujer a la que él mismo había conocido y servido.

—Yo fui instructor de los mellizos durante un tiempo, y en verdad su inteligencia era notable ya entonces. Y los textos egipcios que la reina Cleopatra mandó grabar en el templo de Dendera hablan de las prodigiosas señales que precedieron a su nacimiento. La tierra se interpuso entre el Sol y la Luna… Los partos se

adueñaron de Jerusalén…

—Jerusalén siempre es un objetivo a rendir. Y si algo sé de los astrólogos egipcios, es que pueden predecir con bastante fiabilidad el movimiento de los astros. Y que, a sueldo de un faraón, si algo no sucede como debe, siempre pueden inventarlo.

—¿No confías en las crónicas? —preguntó Nicolás, incrédulo.

—Creo crónicas, amigo Nicolás —recalcó Octavio con una sonrisa irónica—. A sueldo, también. Sé cómo funcionan.

Nicolás sonrió levemente a su vez y se revolvió inquieto en su asiento.

—El caso es que mi señor Herodes está sumamente interesado por garantizar el bienestar de esos niños… a los que su propio pueblo consideraba sagrados.

—O por verificar si son los reyes de la profecía que pueden hacerle sombra —intuyó Octavio—, ¿no es así?

—Sea como fuere, por la amistad que le unió a su madre y los lazos de alianza que mantuvo con su padre, me ha pedido que os haga llegar una propuesta formal. —De su bolsa de cuero extrajo un pergamino enrollado y lacrado que tendió a Octavio—. Según se me ha informado es una solicitud de matrimonio. Para la princesa Cleopatra Selene. Con la dote correspondiente para el Senado de Roma y la casa Julia que tiene su tutela, claro está.

Octavia abrió la boca sorprendida y la volvió a cerrar. Livia asintió apreciativamente. Octavio arqueó una ceja. Intuía que la propuesta de Herodes estaba relacionada con la tutela de los niños, pero nunca hubiera imaginado que fuera en esa forma.

—¿Herodes quiere casarse con Cleopatra Selene? —repitió para estar seguro de que lo había escuchado bien.

—Así es, noble César.

—Pero él ya está casado… —se atrevió a objetar Octavia.

—Desafortunadamente, ya no, *domina* —advirtió el heraldo—. La reina Mariamna ha fallecido recientemente. Mi señor Herodes está destrozado de dolor, pero tiene que seguir mirando por los intereses del reino.

—¿No tiene un heredero aún?

—Tiene dos hijos varones, noble Livia, pero…

—No sabíamos nada del fallecimiento de la reina Mariamna… —continuó Octavia, conmovida—. ¿Ha sido repentino?

—Ha sido… reciente. Se han enviado comunicados oficiales a los países aliados, pero quizá haya llegado yo antes que los mensajeros…

—Pobre mujer —se dolió Octavia—. Era hija de la princesa Alejandra, si no me equivoco. Conocí a su madre en una recepción en Atenas. Una dama sumamente inteligente…

—Y creo que buena amiga de Cleopatra… —intervino Livia, con una sonrisa irónica.

—Antonio me dijo que Herodes jamás llevaba a su esposa a sus viajes —continuó Octavia—. Y que siempre dejaba un guardia encargado de acabar con su vida y de la de su madre en el caso de que a él le pasara algo. Para que no cayeran en manos enemigas…

—O para que la princesa Alejandra no reclamara para sí misma el trono —advirtió Octavio—. Tengo entendido que intentó en varias ocasiones arrebatárselo a Herodes. Y que incluso pidió la intercesión de Antonio para ello…

—Los hombres poderosos —terció Nicolás de Damasco sin hacer demasiadas concesiones— suelen tener amigos poderosos.

—¿Cómo ha muerto Mariamna? Era una mujer joven…

—El… El rey… tuvo que ordenar su ejecución, mi señora —advirtió Nicolás con tono afligido. Hasta la impermeable Livia reflejó el horror que le produjo la frase—. La condenó un tribunal judío. Muy triste.

—¿La mató? ¿Para poder casarse con Selene? —exclamó Octavia, espantada.

—¡Oh, no! La ejecución fue decisión de un tribunal. Lo del matrimonio fue una decisión muy posterior. La reina fue acusada de adulterio, señora. Es un delito mayor.

Octavio miró a su alrededor. Los esclavos estaban situados en sus posiciones, pero lo suficientemente cerca como para estar escuchando todo lo que se estaba diciendo allí. Sus rostros no reflejaban ninguna emoción, pero debería hacerles hincapié en que valoraría muy especialmente su discreción. Miró de reojo a la sorprendida Octavia y decidió intervenir antes de que su hermana dijera lo que quiera que se le estuviera pasando por la mente.

—Cleopatra Selene tiene… ¿Cuánto? ¿Doce años? —intervino Octavio—. ¿No es un poco joven aún para contraer matrimonio?

—Es la edad legal —apuntó Livia.

—Oh, no será algo inmediato —admitió Nicolás—. Se tarda un tiempo en cumplimentar todo el proceso. Las cartas, los presentes, formalizar los contratos, elegir a las personas que la acompañarán, preparar el viaje… Para el momento en que ella llegue a Jerusalén, mi señor el rey estará superando su duelo, al igual que la princesa Cleopatra Selene habrá aliviado en parte el luto por su hermano…

—¿Qué puedo decirte, Nicolás? Es una propuesta… sorprendente. Inesperada. Y un tema… delicado. Tendremos que meditarlo, por supuesto —respondió cauto Octavio, incorporándose—. Por lo pronto, y mientras esperamos a los postres, quizá mi liberto pueda acompañarte a ver a los niños. Si te apetece.

Nicolás de Damasco se puso en pie con una alegría no fingida y procedió a sacudirse las migas de su sencilla túnica oscura.

—No me atrevía a abusar de vuestra hospitalidad, César, pero nada me alegraría más que ver a esas criaturas de nuevo…

—Espera, ¿y Alejandro Helios? —Livia también se incorporó en su *triclinuium*—, ¿qué sería de él?

—La propuesta de mi rey es que él acompañe a su hermana y se instale en su corte. Están unidos por el nacimiento y los astros. De hecho, incluso… —pareció dudar acerca del modo adecuado de plantear la siguiente frase—… hay una persona de vuestra casa que mi soberano desearía que los acompañara…

—¿De quién se trata?

—Musa le llaman. Es médico o curandero. Se hace pasar por instructor.

Octavia arqueó una ceja sorprendida. Se incorporó.

—¿Musa? Trabaja para mí. Fue esclavo de mi marido. ¿Qué pasa con él?

—Mi señor desearía que volviera a su corte. Fue médico de la familia real, pero cometió un acto de traición. Por eso fue vendido como esclavo.

—¿Qué acto de traición fue ese? —quiso saber Octavio.

—Trató de envenenar a mi señor, César. Incitado por su suegra, la princesa Alejandra.

—¿Una mujer acusada de adulterio es ejecutada y un hombre acusado de intento de asesinato solo es vendido?

—Herodes conmutó su pena. Un adivino le indicó que ese hombre estaba destinado a salvarle la vida a un poderoso rey en

una ciudad del Mare Nostrum. Y que tras eso se convertiría en dueño de medio mundo. Tras la caída de Egipto, mi señor, es el único rey en el Mare Nostrum. Por eso quiere que vuelva a su servicio. Piensa que el destinatario de la profecía podría ser él.

—Este hombre es ahora un liberto de mi casa —indicó Octavia con cierta insolencia—. No puedo entregároslo como si fuera un esclavo.

—Claro —admitió el damasceno—, pero si la propuesta de matrimonio prosperara, él podría querer acompañar a la princesa…

—Déjanos pensar en la generosa propuesta de tu rey, Nicolás… —apremió Octavio, posando una mano sobre su espalda, mientras le conducía hasta Kallyas. Ni siquiera se molestó en sonreír.

—Gracias, señor. —La frágil sonrisa del damasceno sí se hizo aún más amplia—. Mi señor, el rey Herodes consideraría la exitosa resolución de esta embajada como una prueba de la buena voluntad de Roma hacia Judea en esta nueva etapa.

—¿Muestra de buena voluntad? —explotó Octavio cuando se quedaron a solas—. Roma puso al frente de Judea a ese hombre, un edomita a quien los propios judíos desprecian, solo porque su carácter despótico favorecía a nuestros intereses. ¿Muestra de buena voluntad? Una sola de mis legiones podría arrasar su miserable ciudadela y no dejar ni el recuerdo del templo de Salomón. ¿Adónde va con esas ínfulas? Era un buscavidas. Nosotros lo pusimos donde está…

—Antonio lo puso donde está… —lo corrigió Octavia.

—Antonio lo puso y yo puedo quitarlo cuando quiera… «Los partos conquistaron Jerusalén» —remedó Octavio indignado—. Jerusalén ya estaba conquistada, miserable ignorante. Por Pompeyo. Por Roma. Es nuestra…

—Cuenta hasta diez antes de hablar, hermano —le sugirió Octavia—. Como te aconsejó ese maestro tuyo en Iliria…

—Atenodoro…

—Exacto, Atenodoro…

—Tu hermana tienen razón, Octavio —intervino Livia, no muy proclive a apoyar a su cuñada—. Ese hombre es tan solo un mensajero. Ofrécele nuestra hospitalidad unos días. Madura la respuesta y envíasela a Herodes. —Hizo una breve pausa antes de continuar—: Quizá sus formas sean arrogantes, pero su propuesta

nos ofrece una oportunidad…

—¿Una oportunidad para qué? —la enfrentó Octavia—. ¡No voy a mandar a Selene a casarse con un hombre que manda asesinar a sus esposas!

—Cometió un delito —le recordó Livia—. Nadie está por encima de la ley. Ni los gobernantes. Ni sus esposas… —La sopesó de arriba abajo y deslizó la última frase con intención—: Ni siquiera sus hermanas…

—Dejadme pensar… —Octavio apoyó la cabeza en sus manos abiertas—. ¿Qué edad tiene ese hombre? Vino a verme tras la victoria en Actium —recordó—. Es por lo menos diez años mayor que yo…

—Sí. Le conocí en Atenas. —Octavia se frotó los brazos para contrarrestar la sensación de escalofrío—. Tiene ese aspecto obsequioso de los orientales. Con esa barba espesa y esos tirabuzones… Te sonríe y te halaga, pero hay algo torvo en su mirada. Me resulta… sucio… siquiera imaginarlo con Selene… —confesó.

—Y no te olvides del viejo Musa… —le recordó Livia con intención.

—Musa no se irá de esta casa bajo ningún concepto —recalcó Octavia obstinada.

—Vaya, querida —observó Livia con estudiada ironía—. Creo que empiezas a encariñarte en demasía con el regalo envenenado de Cleopatra…

Octavia no contestó. Su hermano tamborileaba sobre la superficie de su *triclinium*, tratando de buscar una respuesta. No quería confesarlo en voz alta, pero a él también le producía una sensación extraña imaginarse a Selene desposada con aquel reyezuelo de provincias, esperando aterrada la culminación de su noche de bodas. Imaginó a una Cleopatra niña, vestida con las galas de la faraona muerta, tan inmóvil como aquella que le había recibido a él en el lecho de su muerte. Una Cleopatra niña aterrorizada ante las caricias lascivas de aquel rey de los judíos, mucho más grande y más mayor que ella. Era una imagen perturbadora. Tanto que deseó aparecer de la nada para impedir que, en su imaginación, aquel hombre siguiera subiendo el borde de la túnica con sus sucias manos sobre los muslos desnudos de la

niña.

—Octavio, ¿me estás oyendo? —Livia se acercó aún más a él—. Digo que no podemos desairar a un rey aliado. Que deberíamos ir pensando una respuesta.

—Una respuesta, sí, claro. —Octavio carraspeó y volvió a su ser recuperando la compostura. De sus rizos claros perlaban gotitas de sudor. Había tomado una resolución a la desesperada—. Mandad que lleven a Alejandro Helios a mi *tablinum*. Cuanto antes.

—¿Le conoces, entonces? ¿Puedes darme algo más de información?

—¿Información para qué? —preguntó Helios con arrogancia—. ¿Para arrasar su país como has hecho con el nuestro?

—César te está haciendo una pregunta —advirtió Agripa amenazante.

—Le conozco, claro que le conozco —escupió Helios—, pero te está mintiendo. Mi madre y él nunca fueron amigos. Aliados a veces, aunque se entendía mejor con mi padre y un par de copas de vino. De quien era amiga mi madre era de su suegra, la princesa Alejandra, la madre de su esposa… Siempre que se encontraba en algún problema le escribía. Y con Herodes se metía continuamente en problemas. Creo que quería que fuera de Judea alguien supiera que vivía con miedo. Que si le pasaba algo, alguien pudiera acusarle a él…

—Así que su suegra le teme…

—Todo el mundo teme a Herodes —advirtió Helios—. Y tú harías bien en hacerlo, también. Todos. Incluso mi madre. Incluso el rey Malik de Nabatea, que es tan mentiroso como él. Le temen porque es falso. Nadie se fía de él. Ni el propio Sanedrín, el consejo de los hebreos.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó Agripa con cierta admiración.

—Porque, en Alejandría, los príncipes están presentes en las conversaciones de los reyes, sus padres, desde pequeños, y se espera de ellos que sepan tomar decisiones —respondió con desdén—. Aquí no tenéis una jerarquía hereditaria. Por eso no os molestáis en instruir a vuestros hijos. Y por eso, en lugar de criar príncipes preparados, criais solo soldados. Fuerza bruta. Sin cerebro.

Octavio se abstuvo de expresar su opinión, pero se anotó la

observación. Sabía que pretendía herirle, pero le resultó sorprendentemente acertada.

—¿Y si yo te dijera que acaba de solicitarme vuestra tutela, por el cariño que le unía a tu madre? ¿Qué me dirías?

—¿Qué? ¿Herodes? ¡Herodes odiaba a mi madre! Es imposible.

—No lo es. Esa es la noticia que ha venido a traerme el damasceno.

—El maestro Nicolás es un gran hombre —admitió Alejandro Helios—. Un sabio… ¿Es él quién te ha dicho eso?

—Sí. Que Herodes deseaba casarse con tu hermana e invitarte a ti a su corte, en virtud de los lazos que unían a vuestras familias. Él es quien me lo ha dicho, y en su descargo debo decir que tampoco él parecía extremadamente feliz con la propuesta.

Helios sintió que le costaba tragar saliva. El pulso se le aceleró. ¿Qué había dicho? Recordó como en un sueño las palabras de su hermana el día en que Ptolomeo cayó abatido en el Campo de Marte. «No permitiré que me casen con uno de esos perros romanos, Helios. Me casaré con un rey, viviré muy lejos de Roma. Y seré reina».

—¿Casarse con Selene? —gritó, como si tratara de espantar al destino—. ¿Está loco? ¿Y de qué lazos habla? Si hubiera podido traicionar a mi padre, lo habría hecho. Apenas aportó grano ni navíos en Actium con la excusa del terremoto de Judea. Hizo correr la voz de que su dios estaba encolerizado porque participara en reyertas de paganos. Se hizo casi imposible conseguir las levas…

—Y entonces, Helios, si no son los antiguos lazos de amistad lo que le mueven, ¿para qué os quiere en su poder?

El muchacho se encogió de hombros.

—Quizá para lo mismo que tú —admitió con tono desafiante—. Para tener en sus manos a los herederos del trono de los faraones. Para gozar de un arma legal con la que controlar una posible rebelión en Egipto; con la que dominarlo por completo. —Le miró directamente a los ojos—. Y para follarse cuanto antes a mi hermana. Aunque al menos él lo hace sin disimulos…

Octavio no tuvo que reaccionar siquiera, porque el bofetón que le propinó Agripa derribó a Helios de la silla en la que se encontraba sentado. Nadie hizo el más mínimo movimiento para ayudarle a ponerse en pie y el muchacho se incorporó penosamente,

sin una queja, con la mano sobre la boca. El sello que Agripa llevaba en el dedo anular le había partido el labio.

—¿Te ha enseñado a hablar así tu padre? —le increpó Agripa, sosteniéndole por el pelo.

—No —mascullló, dolorido—. Lo han hecho tus soldados.

Octavio le hizo un gesto a Kallyas, que se ausentó de la estancia y volvió con un lienzo blanco y una copa de vino. Él mismo mojó el paño en el vino y frotó los labios y el rostro de Helios, borrando el rastro de la sangre fresca. Luego le tendió la copa. Helios bebió sin dejar de mirarle. Los ojos claros del cónsul, en la penumbra del despacho, parecían amarillos y fijos, como los de los grandes saurios del Nilo.

—Ayúdame, Helios —le suplicó—. Los dos queremos lo mismo. Ayúdame y te ayudaré yo.

—No voy a ayudarte, Octavio…

—César… —le corrigió.

—No voy a ayudarte —repitió, sin plegarse. La boca le sabía al óxido de su propia sangre mezclada con el vino. Notaba la inflamación del labio al hablar—. No por voluntad propia. Da igual lo que me pidas. Y lo que me hagas.

—Solo dime dónde prefieres estar. Con tu hermana. ¿Jerusalén o Roma?

Helios alzó el rostro desafiante.

—Alejandría.

—¿Jerusalén o Roma? —repitió Octavio.

—Jerusalén y Roma son exactamente la misma mierda…, César.

El niño le miró con un odio feroz. Octavio sabía lo que pensaba. Que ni Herodes ni Jerusalén habían matado a sus padres ni a sus hermanos. Que ni Herodes ni Jerusalén les habían hecho desfilar por sus calles encadenados. Que, puesto a elegir, quizá prefiriera cambiar de amo. Que, para ese niño, él no era mejor que el rey Herodes que mataba esposas y vendía cortesanos. Se estremeció.

—Kallyas, los documentos…

El liberto le hizo entrega de dos rollos de pergamino anudados. Con ojos centelleantes, Octavio, desplegó el documento del que le había hecho entrega Nicolás de Damasco y dejó que la mirada de Helios se posase en sus líneas trazadas en griego. Luego abrió el otro. Estaba en griego también. La tinta estaba tan fresca que

denotaba que acababa de escribirse, aunque la fecha que encabezaba la firma era muy anterior. Los dos escritos quedaron frente a él. Octavio tomó una pluma y la mojó ostensiblemente en su tintero.

—Lees griego mejor que yo, pero asegúrate de que entiendes el contenido. Lee despacio. Voy a firmar uno de estos documentos. El que tú decidas. El primero es el contrato matrimonial de Cleopatra Selene con Herodes el Grande. El segundo…, ya lo estás viendo.

La mirada de Helios se deslizó con desdén por ambos documentos. Se detuvo, sorprendido, en las primeras líneas del que había traído Kallyas.

—¿Puedes hacer esto? —le preguntó con los ojos muy abiertos.

—Alejandro Helios —sonrió con suficiencia Octavio—, está mal que lo diga yo mismo, pero seguro que ya lo sabes. Pese a las leyes, pese al Senado y pese a la tradición, en Roma y ahora mismo puedo hacer lo que quiera.

—¿Y por qué lo harías?

—Por lo mismo que tú —sonrió Octavio. Helios asintió lentamente, y Octavio estuvo seguro de que le entendía—. Y ahora dime: ¿Jerusalén o Roma?

El muchacho tomó aire antes de contestar.

—Roma.

Octavio sonrió con alivio. Enrolló con una lentitud exquisita el segundo pergamino.

—Bien. Ahora solo tengo que hablar con Musa… Estoy seguro de que él también querrá colaborar.

—Transmítele nuestros más sinceros recuerdos al rey Herodes.

El propio Octavio había acompañado a Agripa al puerto de Ostia para despedir a Nicolás de Damasco el día de su partida. En el puerto, el barco que zarparía rumbo a Jerusalén, con escalas en Iliria y en Chipre, viajaba cargado de suntuosos presentes del estilo que Octavio pensó que el rey judío apreciaría.

—Lo haré de tu parte, César. Una pena que no hayamos podido llegar a un acuerdo.

—Musa es legalmente el preceptor de los niños. Nombrado por Cleopatra. Y es un hombre libre. No puedo obligarle a volver a Judea.

—Claro, claro, lo entiendo… Lamento que el tema de la princesa

tampoco haya podido solucionarse —añadió Nicolás. Y su cara reflejaba que no lo lamentaba en absoluto.

—Como viste, existía un compromiso matrimonial previo… Disculpa que no te lo comunicara en el primer momento… Era un acuerdo secreto que solo debería hacerse público cuando los muchachos cumplieran los quince años. Hasta entonces yo mismo lo deposité en el templo de las vestales.

—Lo entiendo, César. Y mi rey lo entenderá también, aunque no lo apruebe. Nuestras leyes condenan ese tipo de matrimonios tan usados por otras dinastías orientales. Son abominables a los ojos de Dios…

—Del dios de los judíos —se apresuró a recordar Octavio—. Y de nuestros dioses, por supuesto, pero ¿quién soy yo para socavar la voluntad de una reina muerta? ¿O de los ministros de una diosa extranjera solo porque sus leyes no sean las mismas que las nuestras? Si algo hacemos en Roma, al incorporar aliados a nuestros territorios, es respetar sus cultos —mandó un mensaje implícito al damasceno, seguro de que le había entendido perfectamente—. Casi más que a sus reyes.

Cuando las velas del barco se perdieron en el horizonte, Agripa y él volvieron grupas y cabalgaron silenciosos de vuelta a la ciudad. Eran conscientes de que la batalla diplomática había finalizado. Ahora solo quedaba la doméstica.

—No soy tonta, Octavio —le espetó Livia, arrojándole el pergamino desenrollado contra el pecho—. Sé perfectamente que ese documento no es real…

—Es perfectamente real. Lo tienes ante tus ojos. Mira: mi firma en el momento, como autoridad en la zona; la de Alejandro Helios como hermano varón que entrega a la esposa y la de Musa como tutor nominal de los niños. Aquí están las de los dos cónsules, Agripa y yo, cuando entregamos el documento en el templo de las vestales, y aquí las firmas del momento en que lo retiramos, junto a la de la vestal máxima…

—Nunca existió este documento firmado presuntamente en Alejandría, ¿verdad? —preguntó Livia—. Lo habéis redactado vosotros mismos. —Miró acusadoramente a Agripa, que se mantenía en pie, con aire marcial, inmediatamente detrás de Octavio—. Las fechas están falseadas —adivinó, mirándolo con cierto detenimiento

—. ¡Entregasteis ese documento en el templo el mismo día de la visita del damasceno para sacarlo solo unas horas después…!

—¿Dudas de la integridad de las vestales? —le preguntó su esposo, fingiendo incredulidad.

—Dudo de la tuya, Octavio —le recalcó ella—. Las vestales harán lo que les pidas. Ya lo hicieron, cuando incumplieron sus sagrados votos y te entregaron el testamento de Antonio…

Octavio se permitió una sonrisa ante aquella jugada maestra que, años atrás, le había permitido poner al Senado contra su colega de triunvirato aduciendo que estaba regalando Roma a sus bastardos. Pese a que incluso Agripa había cuestionado sus formas, a nadie le preocupó entonces cómo se había conseguido el documento frente a la posibilidad de que Cleopatra se sentase a dictar justicia en el Capitolio.

Y si a nadie le había importado entonces, ¿a quién iba a importarle ahora?

—Las vestales también saben cuándo Roma es más importante que sus votos…

—Sin duda —concedió Livia—. ¿Y quién va a cuestionarte? Imagino que ni el sacerdote de Isis que firma ese documento ni la reina Cleopatra pueden opinar ya…

—Muti. Murió. Ese pobre hombre ardió ante mis ojos, Livia. Que Júpiter se haya apiadado de su alma.

—Es todo extraordinariamente oportuno —apuntó Livia.

—Tú lo has dicho. Extraordinariamente —admitió.

—¿Eres capaz de falsificar un documento público solo porque no soportas la idea de perder a esa niña de vista? —le espetó ella.

—No es un documento público, sino un decreto de últimas voluntades privado. Y no lo hago por ella, Livia —escupió Octavio, tratando, pese a todo, de engañarse a sí mismo—. Lo hago porque no permitiré que un estado vasallo del tamaño de la isla de Creta, lleno de fanáticos exclusivistas, dicte nuestra política exterior de alianzas.

Livia asintió enfadada. Sabía que había perdido esa batalla. Y que era más inteligente prepararse para las que sí pudiera ganar.

—¿Vas a casarlos de verdad? —le pregunto incrédula—. ¿Según la costumbre egipcia? Te pondrás en contra al Senado. Y al pueblo.

—A los quince años —le recordó él—. Confía en mí, Livia.

Pueden pasar muchas cosas hasta que cumplan quince años…

—Haz lo que haga falta —advirtió—, pero no quiero ver a ese muchacho cerca de Druso. Ni a ella cerca de ti. Haz lo que haga falta o lo haré yo.

Octavio ensayó una sonrisa tranquilizadora y la atrajo a sus brazos. Agripa bajó la vista mientras el cónsul depositaba un beso tibio en la frente de su esposa.

—Confía en mí, Livia. Confía en mí.

XXI

La noticia del compromiso entre Selene y su hermano Helios causó diferentes reacciones dentro de la casa de Octavio. Quizá la más gratamente sorprendida fuera Julia, para quien aquel acto guardaba el exquisito y secreto sabor del pecado, y la más hostil fuera la de Tiberio, para quien aquel comportamiento se alejaba de pleno de los valores tradicionales romanos.

—¿Ahora en Roma nos casamos entre hermanos como los bárbaros? —preguntó provocativo—. ¿Qué nos queda? ¿Dejar que estos orientales con ojos pintados como mujerzuelas nos sodomicen?

—Solo habla así la gente que teme que le guste, Tiberio… —le provocó Helios a su vez—. Quizá tengas que probar una vez más…

—No son romanos, Tiberio —zanjó Marcelo—. No están haciendo nada que no permitan sus leyes. Ni tío Octavio tampoco. También mi abuelo Julio César casó a la reina Cleopatra con uno de sus hermanos para que zanjaran sus discusiones por el reino y gobernaran juntos…

Tiberio se encogió de hombros.

—Aún lo entendería si les quedara un reino que gobernar…

Selene no sabía qué pensar. Se debatía entre el tibio rencor que sentía por su hermano, a quien hacía aún responsable de la muerte de Ptolomeo, y el amor cómplice que habían compartido desde siempre y que echaba de menos como se extraña una capa en un día de viento. Imbuida de su nueva dignidad casi divina, apenas tenía tiempo para pensar en los placeres mundanos. Se sentía casi por encima de ellos. La verdad era que había tratado de aletargar todos sus sentidos. No quería sufrir más. Y si no amas, no hay nada por lo que puedas sufrir. La noticia de aquel repentino documento que la había salvado de las garras de Herodes y ratificaba su presunto compromiso matrimonial con su hermano le planteaba interrogantes, pero ¿no era cierto que habían estado ligados desde siempre, incluso pese a ellos mismos? Su protagonismo había aumentado de manera exponencial en la casa. Todas las muchachas, incluso la rebelde Julia, querían estar junto a ella y preguntarle

cosas. No todos los días se conocía a una deidad encarnada que además fuera a casarse con su hermano mellizo.

—¿Tú le quieres, Selene? —le preguntó Julia, arrobada.

—Pues claro que le quiero. Aunque a veces sea un cabezota y un bocazas. Es mi hermano.

—Ya, me refiero a como una mujer tiene que querer a un hombre…

—Pues no lo sé, Julia. Nunca he pensado así en nadie. ¿Tú sí?

—A todas horas… —confesó la muchacha.

—¿En quién? ¿Qué es lo que piensas?

—No puedo contártelo —susurró—. Mi padre me mataría…

—Pues si no tengo cómo compararlo, no sabría decírtelo…

—Bueno no sé… ¿Cuándo piensas en él te imaginas que te toca?

—¡Julia!

Octavio había conseguido un doble objetivo. El compromiso entre Selene y su hermano había alejado el fantasma de la muerte de Ptolomeo y había introducido conversaciones más ligeras en el grupo, y a la vez le había garantizado la momentánea lealtad de Helios, que parecía encantado con la solución. A veces sus miradas se cruzaban, y el niño, casi por primera vez desde que había llegado a su casa, sonreía. Para Helios, que confiaba ciegamente en las visiones de Selene como antes había hecho Antilo, el futuro comenzaba a encauzarse. Todo adquiría sentido. Si Selene estaba destinada a casarse con un rey de otra tierra y a gobernar junto a él, era indudable que de una u otra manera, en un tiempo asumible, recuperarían su trono perdido. Octavio se daría cuenta de que no podía doblegar Egipto a fuerza de prefectos romanos hartos del calor, de las moscas y del olor a sargazos del Nilo y los mandaría de vuelta allí. Quizá como un estado vasallo. No había nada malo en ello. ¿Acaso su madre no había mantenido una alianza estrecha con Roma? Helios se relamía pensando en lo poco que los romanos conectaban con la diplomacia oriental. Ellos, sin embargo, podían lidiar con reyezuelos árabes, armenios, medos y partos, como antes había hecho su madre. Hablaban el mismo idioma pausado y rico en sensaciones, lleno de dobles sentidos y de gestos y protocolos implícitos que los romanos no entenderían en mil vidas. Y luego, cuando se hubieran asegurado la confianza de Roma, cuando hubieran tejido toda una nueva red de alianzas en el este, cuando

todo Oriente estuviese hastiado del yugo romano, que les robaba vidas y trigo, solo habría que agitar el avispero… Y entonces, sí. Entonces sería la sangre romana la que anegaría el Mare Nostrum, la que teñiría de rojo las calles. Entonces sería Octavio quien se clavaría su propia espada en el vientre, ante él, con ojos aterrados en aquel miserable palacete del Palatino. Y sería Livia quien se envenenaría en sus estancias. Y serían las cabezas de Druso y de Tiberio las que él rebanaría con sus propias manos y haría rodar por las escaleras del Senado antes de limpiarse las manos de sangre en la toga inmaculada del pontífice máximo… Sí. Faltaban aún tres años, pero ahora ya no tenía dudas de que volverían a Alejandría a reinar como la pareja sagrada que eran; que siempre habían sido.

Octavio contemplaba el entusiasmo de Helios y el candor de Selene con una emoción nueva. La nueva inaccesibilidad que le daba su condición de prometida, aunada al aura sacra de su función isíaca, la hacían parecer más madura a sus ojos, más… ¿por qué no confesárselo?, más deseable aún. Robaba horas al alba para pasarse por la biblioteca palatina antes de partir para el Senado, pues sabía que la encontraría allí, y se acercaba a la estancia donde las muchachas compartían confidencias mientras bordaban o tejían juntas, para verla reír. Octavia le observaba con extrañeza mal disimulada, pero él también había visto cómo miraba su hermana al liberto hebreo, y ambos sabían implícitamente que quizá les conviniera más callar.

—Es en verdad la Luna…, ¿no es así?

Estaba en el atrio, siguiendo las bromas de la chiquillería, tan abstraído en su contemplación que no se dio cuenta de que Juba se sentaba a su lado y le tendía una copa de vino.

—¿Qué dices?

—Selene. Su nombre es misteriosamente apropiado. Emite un brillo hipnotizante. Tanto que uno desearía alcanzarla hasta que se da cuenta de que es un astro, lejano e inaccesible…

Octavio bebió un largo trago y soltó una breve carcajada.

—¿Se lo has copiado a Virgilio o a Crinágoras?

—A ninguno de los dos. Me temo que es de mi pobre cosecha.

—Pues sigue dedicándote a la historia, Juba —le recomendó Octavio—. O a las armas. —Se rio de buena gana.

—Qué caprichoso es el destino, Octavio. —Juba asintió

pensativo con la cabeza—. Si tu tío, el divino Julio, no hubiese vencido a mi padre, yo hoy no estaría aquí. Y si tú no hubieras vencido a Antonio, ella no estaría hoy aquí… Son esas las casualidades que hacen la historia. ¿Te das cuenta? Nuestras miserables vidas no se habrían cruzado si nuestros padres hubiesen hecho bien su trabajo y hubiesen vencido a las tropas romanas que asolaron sus tierras…

Octavio fingió un gesto de seriedad.

—Puedes componer una égloga si te apetece, pero no sé si me suena sospechosamente a desacato. O a rebelión…

—Oh, no. Suena a agradecimiento. Yo me siento privilegiado por haber tenido la fortuna de criarme en Roma, en la casa de Atia, tu madre, y después en la tuya. Solo espero que esa pobre niña triste, sedienta de amor y de sabiduría, se dé cuenta algún día también…

Octavio palmeó su espalda, complacido.

—Gracias, amigo Juba, pero será difícil. La sombra de Cleopatra y Antonio es alargada —advirtió en un suspiro—. Lo sé porque aún no he podido salir de debajo de ella…

Juba llamó a un esclavo para que rellenara las copas de los dos. Las alzaron en silencio y bebieron. Era una noche de claridad inusual. La luna llena inundaba el atrio, bañándolo de una luz espectral. Juba alzó los ojos y la copa hacia el lejano astro.

—¿No es una bella visión, Octavio? La luna sobre Roma…

Octavio asintió tristemente. Los dos eran conscientes del juego de palabras y se lo guardaron como un secreto íntimo, de esos que solo se comparten durante las campañas militares o las borracheras. El cónsul miró a su joven oficial con divertida sorpresa.

—Así que mi hermana tiene razón cuando me habla de los admiradores de Selene…

—¿Y quién no la admiraría? —repuso Juba.

—Livia piensa que nos tiene hechizados a todos, de alguna forma… Lo piensa de verdad —recalcó—. Cree que se vale de la brujería, al igual que su madre.

Juba bebió en silencio, pensativo.

—Coincido con ella a menudo en la biblioteca —admitió Juba—. Es increíble la cantidad de temas sobre los que puede conversar, la curiosidad con la que aprende, la vehemencia con la que debate…

Ha sido educada como una princesa helena, sin duda. Hay muchachas más bellas, más amables y menos problemáticas, pero es verdad que ella posee un brillo especial, del que ni siquiera sé si es consciente, pero ¿brujería? No sé, Octavio. Yo creo que es su mente. Tú tienes el privilegio de compartir tu vida con Livia, pero yo no estoy acostumbrado al brillo de una mujer inteligente… —suspiró —. Quizá fuera así como su madre fue capaz de atraer a dos grandes hombres…

Octavio sonrió divertido.

—Eso es un mito —advirtió—. Lo de la mente. Tiene que haber algo más que no sabemos apreciar ni combatir. No puede ser solo una inteligencia privilegiada. Antonio era un ser físico, te lo digo yo que cabalgué a su lado. No habría apreciado un destello de intelectualidad, aunque se lo hubieran dejado caer en la copa. Hay algo más, amigo Juba. Hay algo.

XXII

Los augures decretaron la fecha de la boda de Marcela y Marco Vipsanio Agripa para la luna llena del mes dedicado a Juno. Era un viernes, lo que proporcionaría un extra de buena suerte a la pareja. Se ultimaron los detalles del banquete y la ceremonia y terminaron de arreglarse los vestidos. La primavera había traído un soplo de alegría a la casa, después de aquel frío invierno que a Selene se le había antojado eterno. Los brotes nuevos habían nacido en el huerto como un milagro de la vida y los jardines reverdecían. Era la primera vez que la vida florecía a su alrededor con la caricia del sol, sin una inundación anunciada y esperada que cubriera la tierra con aquel limo fértil y arcilloso.

—¿Aquí el río Tíber no inunda los campos…?

—Muy pocas veces, gracias a los dioses —le respondió Octavia, que recogía hierbas a su lado.

—En Egipto, cuando llega la inundación, por estas fechas, los límites entre la tierra y el Nilo desaparecen. El dios Hapi obra su magia y el río crece y se desborda hasta donde la vista alcanza. Y todo parece un espejo inmenso, infinito, que refleja el cielo.

—¿Y no daña las casas? ¿Las aldeas?

—El río lleva miles de años conviviendo con los hombres. No les haría daño. Ellos saben cómo honrarle. Saben dónde están sus límites.

Octavia sonrió al recrear ese paisaje exótico y fascinante. Era la primera vez que la mención de Egipto no le provocaba un arañazo de tristeza en el corazón.

—Debe de ser muy hermoso…

—¿Nunca estuviste allí? ¿Con mi padre?

Octavia ensayó una sonrisa.

—Oh, no. ¿Para qué querría Antonio llevarme con él a Egipto? Aquel era el reino de tu madre. Imagino —apuntó, soñadora— que, a su modo, él trató de separar nuestros dos mundos, para que no se hicieran daño al rozarse… Como ocurre con tu tierra y el Nilo.

Selene la miró con interés, prendida en sus palabras y en aquellos ojos castaños y soñadores que eran tan hermosos sin

saberlo.

—Gracias, Octavia…

La mujer parpadeó, sorprendida. La voz de Selene había sido como una punzada en el corazón.

—¿Gracias por qué?

—Porque eres una mujer buena. Mi padre tenía razón…

—¿Tu padre…?

—Crecí escuchando tu nombre. Y siempre sonaba a amenaza. A alguien que podía venir en cualquier momento a reclamar lo que era suyo. Incluso cuando mi padre se divorció de ti, pensé que sucedería. En mi mente, Roma, Octavio y tú eráis lo mismo. Y solo queríais castigar a mi padre. Acabar con mi madre. Caer sobre nosotros.

Octavia depositó una caricia triste en las mejillas coloreadas de Selene.

—Y en cierto modo sucedió así…

—Pero no fuiste tú. Tú le dejaste ir. Te opusiste a la guerra. Cuidaste de sus hijos. Volviste a Atenas, como él te pidió. Hay que ser muy valiente para saber retirarse, Octavia. Más que para atacar. Como en las batallas.

—Eres muy pequeña para saber eso…

—No soy pequeña. —Selene se asomó a sus ojos—. Él… Él decía siempre que eras la mujer más bella y bondadosa de Roma. Que Octavio debería haber sido más generoso al elegirte a un marido y no entregarte como parte de un pacto…

—Los hombres hacen las cosas así, Selene. Y las mujeres obedecemos.

—En el lugar de donde vengo, hay mujeres que toman sus propias decisiones.

—Eso parece —sonrió—. Quizá eso fascinara también a tu padre. Siempre fue amigo de transgredir las normas.

—Él siempre dijo que no te merecía. Que deseaba que encontraras a un hombre más virtuoso que él…

Octavia acarició la frente de Selene.

—Querida, eres muy joven aún para saberlo, pero eso es lo que suelen decir los hombres cuando abandonan a una mujer…

—Puede, pero él lo pensaba, además.

—¿Cómo estás tan segura?

—Créeme. Lo sé.

Octavia cortó el botón de una rosa blanca y la colocó con delicadeza en el pelo de Selene, sobre su oreja izquierda. Los mechones de su melena oscura se movían mansamente con la brisa. Sonrieron ambas, juntas, por primera vez. No era todo estrictamente verdad, pensó Selene, pero ya no importaba y Octavia jamás tendría manera de saberlo. Se alegró de ver aquella chispa destellar en sus ojos y el hoyuelo que la sonrisa ponía en sus mejillas al saberse querida. Era imposible que su padre no hubiese amado a esa mujer. Sin saber muy bien cómo, se arrojó a sus brazos y Octavia, sorprendida y encantada, se encontró estrechando a aquella niña ajena contra su pecho, con la ternura que reservaba a sus hijas. Su pelo olía a naranjas amargas, y en la estrechez del abrazo las formas que ocultaba la camisa le rozaron la piel. Así fue como Octavia se dio cuenta, casi antes que ella misma, de que, como la primavera en Roma, Selene había comenzado a florecer…

—Toma, Selene. Esto es para ti…

Era el atardecer del último día que Marcela pasaba con ellas en la casa familiar. Al día siguiente se celebrarían los esponsales; Marcela abandonaría la casa de Octavio a la vez que su infancia. Había reunido a todas las niñas para una ceremonia íntima de despedida. En ella, una tras otra, habían depositado las antiguas muñecas de Marcela en el *lararium* para ofrecérselas a los dioses domésticos. Pese a las protestas iniciales de Livia, la figurilla de la diosa Isis seguía allí, para evocar al pequeño Ptolomeo. Selene se preguntaba en voz baja si su hermano sería ahora uno de los diosecillos protectores de esa casa ya para siempre. Un dios pequeño, sonriente y travieso. Marcela, con aire grave, desabrochó el cierre de la cadena que llevaba al cuello y se la tendió.

—¿Qué es esto?

—Mi lúnula. En Roma todas las niñas lo llevamos hasta el momento de nuestro matrimonio. Es un amuleto para protegernos. Debemos dejarlo atrás el día de nuestra boda. Y a mí me gustaría que lo tuvieras tú.

Selene tomó el ligero colgante entre sus manos, halagada a su pesar. Lo observó: era un semicírculo de plata cuyos extremos parecían rozarse. Le recordaban a los cuernos de la diosa Hathor.

—¿Qué es?

—La luna —sonrió—. Como tú, Selene. Rige los ciclos de las mujeres. Los augures creen que nos protege.

—La luna —murmuró Selene con admiración—. Gracias, Marcela, pero cualquiera de las demás la merece más que yo. Tus hermanas… Julia… Te conocen desde hace mucho más tiempo —admitió, conmovida por su gesto.

—Quiero que la tengas tú. Ojalá no hubieras tenido que abandonar tu tierra y pasar por tanto dolor, Selene. —Marcela la abrazó—. Para mí ha sido un privilegio que hayas llegado a mi vida. ¿Sabes? A veces, cuando estaba triste, abrazaba con fuerza mi colgante. Mi madre me contó que cada lúnula está hecha de un pedazo de Luna y que todas las niñas podríamos comunicarnos entre nosotras cuando estuviésemos tristes si lo rozábamos. Y que la Luna desde el cielo escucharía nuestras súplicas…

—Pero no es así… Tu colgante no es un fragmento de Luna…

—Quizá sí. ¿Cómo lo sabes? ¿Acaso ha estado alguien allí? Dicen que hay fragmentos de metal que a veces caen del cielo. Mensajes de los dioses, quizá. O de alguien que desea comunicarse con nosotros. —Cerró el puño de Selene en torno a la diminuta joya—. ¿Sabes? Desde que llegaste, cada vez que estoy triste, en lugar de pensar en mi lúnula, pienso en ti. En todo lo que has pasado. En la guerra. En tus padres. En tus… en tus hermanos… Sé que está mal, pero eso me hace ser fuerte. Me hace tratar de imitarte. Me consuela…

Selene sonrió con timidez y acarició la mejilla de Marcela.

—Soy tu lúnula particular…

Los ojos de Marcela adquirieron un brillo claro y acuoso. La abrazó.

—Mi… mi tío Octavio no es malo, Selene… Es solo que… No sé. A veces las cosas son así. Y no podemos cambiarlas.

—No te preocupes. Lo sé…

—Por eso quiero que la tengas tú. Quizá seas la próxima en casarte. Eres la única prometida. Bueno —rectificó—, la pequeña Antonia estaba prometida a Druso, pero no estoy muy segura de lo que pasará ahora…

Selene bajó la vista, asintiendo en silencio.

—¿Desde cuándo estás tú prometida a Agripa?

—Desde que ganó la batalla de Actium para mi tío Octavio. —Marcela bajó la mirada, con un extraño sentimiento de culpa—. Imagino que quería recompensar al mejor de sus generales y que su sobrina le pareció un precio… —añadió tristemente— suficiente. Quizá hubiera sido excesivo ofrecerle a alguien de su extracción social la mano de su hija…

Así que hasta la dulce y bondadosa Marcela tenía sus propios fantasmas. Desaprobaba los orígenes humildes de Agripa y quizá sentía que Octavio la había devaluado de algún modo prometiéndola con él, por mucho que acabara de alcanzar la dignidad de cónsul.

—¿Julia no está prometida con nadie?

—Lo estuvo. Primero con Antilo. Cuando Antonio se lo llevó a Alejandría, la prometieron con Julo. Ahora, después de Actium, Octavio no quiere vincularla a la familia de su enemigo… —Selene sintió un estremecimiento al percibir lo entrelazada que estaba esa familia a la suya propia— y, de momento, con nadie. ¡Pobre Julia! Se queja de que ninguno de los chicos se permite una mirada, una notita secreta o una sonrisa con ella… Es demasiado inalcanzable para la mayoría. No es fácil ser la hija de César. A veces se rebela. Dice que no se casará nunca y que quiere ser vestal. Lo hace solo para irritarle… Yo sé perfectamente que se conformaría con que un hombre la mirara durante un solo instante con arrobo, con admiración, con orgullo…

—¿Un hombre cualquiera?

—Un hombre concreto.

—¿Quién? —preguntó Selene en voz baja.

—Su padre.

Bajó la vista. Era dolorosamente consciente, porque Octavio tampoco trataba de negarlo, que le dedicaba mucha más atención a ella que a su propia hija. Marcela la miró con los ojos brillantes.

—Eres afortunada, Selene. Tú podrás casarte con alguien a quien quieres…

—Creí que para vosotros era una abominación…

—Y lo es. Pero no sé; es distinto. He visto cómo te mira Helios, y no es la mirada de un hermano. Marcelo jamás me miraría así. Qué horror. Pero —admitió entusiasmada— me gustaría. No él. Pero me gustaría que alguien me mirara así…

—¿Así cómo?

—Como si pudiera desaparecer en cualquier momento delante de sus ojos —declamó—. Yo quisiera que alguien me defendiera como él te defendió de Tiberio, y que alguien limpiara mis lágrimas de rodillas y con sus propios dedos, como él enjugó las tuyas en el entierro de Ptolomeo. Selene, estoy segura de que Agripa es un gran hombre, incluso de que será un buen marido, pero tiene veinte años más que yo, y ha conocido a cientos de mujeres, y ha matado con naturalidad y ha visto cosas que yo no veré nunca. Su lugar natural es la guerra, un sitio en el que yo jamás deseo estar. Y si se casa conmigo, es porque se lo ha ordenado su comandante. En cambio, en vuestro caso, es… es como si hubierais nacido para estar juntos…

Eso decía siempre su madre, pensó Selene con melancolía. Y su padre siempre se oponía a la idea. Y terminaban discutiendo entre besos y bromas y risas… Cerró los ojos porque el recuerdo le dolía. Y quiso pensar que todos los rumores de la practicidad de una alianza política, de la ambición de ambos, de las habilidades amatorias de su madre, de sus conocimientos de hechicería y de la incapacidad de su padre para tomar decisiones acertadas no eran sino una cruel campaña propagandística cuidadosamente esparcida por Octavio para empañar su memoria, para sembrar el oprobio y la vergüenza sobre dos seres que se habían amado por encima de todas las cosas…

—¿Le amas, Selene?

—Pues claro que le amo…

—Quiero decir… Si sientes algo… físico por él…

—No lo sé. No estoy segura. No sé muy bien qué debería sentir…

Marcela la miró casi con conmiseración.

—Lo sabrías…

—¿Tú amas de ese modo, Marcela?

—Sí —admitió soñadora—. Amo así. Amo como si me faltara el aliento cada vez que lo veo. Como si el tiempo no transcurriera a su lado. Como si su sonrisa fuera la única del mundo y como si quisiese que ganara todas las batallas. A veces solo su mirada me alegra todo el día; a veces me siento triste y desgraciada solo porque ese día no me ha mirado. Y a veces me estremezco con solo

ver sus manos e imaginarlas recorriendo mi piel…

—¿No es Agripa? —preguntó Selene escandalizada.

—No es Agripa —admitió ella valientemente.

—¿Y quién es?

—¿Y qué más da? Ya nunca será posible…

—¿Pero con quién sueñas el día antes de tu boda?

—Con Julo…

Julo, advirtió sorprendida. Marcela estaba en lo cierto. Octavio jamás permitiría ese enlace.

—Hemos crecido juntos. Hemos jugado y hemos peleado. Él sí nos ha defendido a mí y a Julia, muchas veces, de las pullas de Tiberio. Nos ha regalado flores del jardín, aunque le castigaran por arrancarlas. Nos ha leído sus poemas. Nos ha contado sus penas… Antes…

Antes de convertirse en alguien incómodo, adivinó Selene.

—Helios me recuerda a él. —Marcela se encogió de hombros—. Guapo, idealista, impulsivo… Creo que sería fácil amarle. Aprovecha la ocasión tú que puedes y deja de regocijarte en todo lo malo, en todo lo triste, en todo el dolor…

Selene la miró con rencor, como si estuviera frivolizando su tristeza.

—Hablas como si no fuera rehén de Octavio…

—¿Y qué? Mira a Julia, mendigando unas migajas del cariño de su padre. Se la arrancaron a su madre, Escribonia, el día que nació, y Octavio no le permite tener ninguna relación con ella. ¿Lo sabías? Era de la familia de Pompeyo, y la pobre dejó de tener importancia política cuando mi tío acabó con el último de sus hijos. O mira a mi madre; quizá podría volver a ser feliz de nuevo, pero mi tío no le permitirá volver a casarse nunca, porque eso empañaría la imagen de la devota esposa a la que Marco Antonio rechazó… ¿Para qué sino para salvar su honor y el de Roma hemos hecho una guerra? —Marcela movió la cabeza negativamente, con pesar—. Todas habríamos elegido a otro hombre, Selene. Todas arrastramos padres muertos, maridos muertos, familias o matrimonios rotos, porque así conviene a los intereses del *paterfamilias*… ¿Sabías que incluso la todopoderosa Livia fue obligada a divorciarse y casarse con mi tío Octavio estando aún embarazada de su esposo, Tiberio Claudio Nerón? —La miró, y por primera vez Selene vio los dulces ojos de

Marcela teñidos de una sombra oscura de rencor—. Nadie sabe si quería a su esposo cuando apareció mi tío. Y a nadie le importa. El cónsul la vio, se encaprichó de ella y rompió dos matrimonios para conseguirla. Tampoco sabe nadie si ella estuvo de acuerdo. Es así, Selene. No te autocompadezcas. No eres tú sola. En esta casa todas somos rehenes de Octavio.

XXIII

Los músicos, las bailarinas armenias y los escanciadores de vino no descansaron ni un solo momento. Las bandejas de suculentos guisados desfilaban ante los invitados, y exquisitas piezas, como el faisán, que no solían servirse en la mesa de Octavio, hacían las delicias de todos los comensales. Selene observó detenidamente cada uno de los detalles. Las flores cortadas flotando en cuencos de agua, las cortinas de gasa tendidas para separar espacios. Todo el que era alguien en Roma estaba allí. Respetables representantes del Senado que ya eran ancianos cuando gobernaba Julio César, el pontífice máximo ubicado en un sitio acorde a su rango, o los hombres fuertes de Octavio como Cayo Mecenas o Munacio Planco, el general que había vendido a Antonio. Y los grandes escritores del momento: Livio, tan correcto y exacto; Horacio, sesudo y socarrón. O Virgilio, dulce y ácido a un tiempo, como aquellas naranjas pequeñitas que venían de Judea. El bueno de Horacio acaparaba sin pudor al atractivo Marcelo por quien Selene empezaba a intuir que sentía algo más que amistad.

Como en las fiestas que sus padres solían dar en Alejandría, cuando todavía formaban parte de la mágica Sociedad de los Vividores Inimitables, también las mujeres estaban allí. No solo esclavas, coperas o danzarinas como era en cierto modo habitual en las comidas con que Octavio obsequiaba a algunas de sus amistades, sino las mujeres de la casa, las que el *paterfamilias* conservaba en el interior de la *domus*, las que guardaba celosamente para sí. Allí estaba Livia, ataviada con un sencillo vestido de un color grana que resaltaba su pálida tez y sus bucles claros y que caía elegantemente resaltando sus perfectas formas. Allí estaba Octavia, en un lugar primordial como madre de la novia. Su belleza natural estaba sabiamente ornamentada, con un poco de cinabrio en labios y mejillas. Llevaba un atuendo de corte helénico y el pelo en un recogido alto que dejaba apenas dos mechones rozando sus hombros. Selene supuso que había rescatado uno de los vestidos de su vida anterior, cuando era la elegante esposa del triunviro a cargo

de Oriente, en Atenas, con esos ligeros toques dorados que en Roma tenían siempre reminiscencias orientales. Imaginó que el siempre recto Octavio había supervisado la ropa de las mujeres de su casa para que fuera elegante, pero no ostentosa, para que reflejara su estatus, pero no se saliera de los estándares romanos. Lo había hecho con ella, por ejemplo, cuando Calíope había acabado de vestirla. Se había sentado para contemplarla largamente, y aunque Octavia le había aconsejado que esperara con modestia y ojos bajos su aprobación, Selene no había podido evitar sostener, desafiante, su mirada. Él había eliminado con sus propias manos su tiara, sinónimo de realeza, su cinturón, labrado con imágenes de sus dioses egipcios, la estola de color púrpura que, a sus ojos, simbolizaba ostentación y las sandalias que mostraban sus pies desnudos. Había exigido que llevara una doble camisa debajo de la túnica que realzaba unas formas suaves, pero cada vez más sugerentes. Calíope había seguido cada una de sus indicaciones. César no la había rozado ni un solo instante, pero Selene había notado, entre el temor y la indignación, cómo su piel hervía bajo la ropa en los lugares por los que él iba deslizando morosamente su mirada.

—Donde tú seas Gaio, yo seré Gaia…

La declaración de igualdad por parte de los miembros de la nueva pareja sellaba una unión que había comenzado una vez más con los auspicios de un sacerdote. Marcela entonó la fórmula con voz clara y bien timbrada, mientras el poderoso Agripa la pronunciaba turbado quizá ante la magnitud del enlace y la belleza y juventud de su esposa. ¿Se podía ser más afortunado? Un general de dudosos orígenes era ahora cónsul de Roma y emparentaba directamente con la familia Julia y con quien el pueblo —azuzado por la propaganda y el cuño de las nuevas monedas— consideraba de algún modo el salvador de Roma.

Selene nunca había presenciado una boda romana. Los rituales eran nuevos, inquietantes y, en cierto modo, misteriosos. La blanca túnica talar de Marcela y el cinturón ceñido con el nudo de Hércules que simbolizaba la fecundidad deseada para la pareja le parecían demasiado sencillos para un enlace matrimonial de esa categoría. Le sorprendía que la ceremonia la tuviese que oficiar una mujer *univira*, casada con un único hombre. Eso invalidaba

automáticamente a Octavia y a Livia, pero, hasta donde Selene era capaz de percibir, también a más de la mitad de las mujeres romanas. Agripa simbolizó el rapto de las sabinas fingiendo secuestrar a Marcela de su propio domicilio y Octavia no tuvo que fingir tanto para aferrarla contra su pecho y llorar por su marcha. Ella untó con manteca los goznes de la puerta de su nuevo hogar y luego, la multitud la hizo entrar en volandas en la casa, donde su esposo la recogería en brazos. Era símbolo de mala suerte que una recién casada entrase en su futura residencia por su propio pie.

Los novios sacrificaron un buey y un carnero y el banquete prosiguió entre chistes libidinosos y bromas procaces que los hombres coreaban y ante los que las mujeres fingían escandalizarse. El vino con miel rebajado con agua corría de copa en copa entre risas procaces y un ritual de disimulados gestos lascivos, miradas, roces y sonrisas dio comienzo entre los asistentes, como si las estrictas advertencias de Octavio sobre la rectitud y los valores romanos solo tuvieran cabida de puertas para afuera. Selene apoyó su espalda contra una de las columnas de la galería tratando de abarcar todo el espectáculo que se desarrollaba ante sí, mientras saboreaba su propia copa de vino. Se preguntó si más de quince años antes, su madre había escudriñado con tal minuciosidad a los actores de la sociedad romana en busca de información útil para sus fines. La noble Terencia coqueteaba abiertamente con el apuesto Juba, veinte años más joven que ella, mientras Mecenas cuchicheaba excesivamente cerca del oído de Virgilio, a quien Marcelo dirigía miradas disimuladas. Planco se acercaba abiertamente a Octavia, pero, aunque le sonreía, ella parecía esperar la presencia de alguien más entre los corredores. Julia, bellamente vestida para la ocasión como correspondía a la hija de César, parpadeaba con gesto pretendidamente ingenuo ante Julo, quizá para provocar una reacción por parte de su padre, pero solo conseguía despertar los celos de Tiberio, porque César estaba demasiado ocupado mirándola a ella.

—¿Qué pasaría si irrumpiera un ejército ahora?

—¿Qué?

Selene se volvió. Su hermano Helios estaba tras ella en las sombras de la columnata, invisible prácticamente desde el atrio.

—Un ejército. Armado. Aquí dentro. Con arqueros disparando a

corta distancia —pareció deleitarse en la imagen que evocaba su mente—. Aquí están ahora mismo los grandes poderes fácticos de Roma. Los políticos y los religiosos. Todos juntos. Y borrachos.

—¿Y cómo traspasarían las murallas servianas?

—Quizá no haga falta armar a gente de fuera de Roma habiendo tanto descontento dentro…

—¿A qué te refieres?

—Hay quien dice que Octavio está empezando a acumular poder, como hizo Julio César. Que su papel de defensor de la República es solo el primer paso para forzar que Roma le necesite.

—¿Quién dice eso?

—Los soldados siempre hablan en los entrenamientos. Demasiado libremente, incluso. Algunos porque no saben quién soy. Otros —añadió con intención— porque lo saben perfectamente…

—Los cónsules tienen sus lictores en la puerta. Nadie podría llegar hasta Octavio ni hasta Agripa sin un auténtico baño de sangre…

—¿Y qué son las guerras si no? Egipto sufrió un baño de sangre para acabar con ellos. Nuestros padres murieron por intentar acabar con ellos. Y Cesarión. Y Antilo…

—Sí —musitó ella con rencor—, y si morimos nosotros también, ya no quedará nadie para intentarlo…

—Tiene que haber un término medio entre morir y disfrutar de sus fiestas…

El tono le sonó afilado. A reproche.

—Quizá solo esté fingiendo que disfruto.

—No lo sé. A veces pienso que te has rendido ya. O que de alguna manera te complace —el muchacho deslizó la mano por la curva de su cuello— la forma en que él te mira…

Selene sacudió la cabeza para apartar su mano.

—No digas tonterías…

—¿Por qué no? Quizá sea otra manera. Más limpia. Con menos sangre. —Helios acercó los labios al cuello de su hermana desde las sombras y ella sintió un placentero cosquilleo—. ¿Te imaginas a Octavio suplicante —le susurró—, rendido a tus pies? ¿No sería una gran victoria?

—¡No! —protestó ella, molesta y confusa por la excitación que le provocaba la imagen que se formaba su mente—. ¿Por qué me

dices eso?

—Porque me gusta —susurró en su oído—. Me gusta imaginarle contigo. A solas. Vulnerable. Me gusta porque no llevaría a sus lictores a un encuentro secreto. Porque se quitaría las armas y las ropas. Porque hasta un muchacho —paladeó sus propias palabras— con un simple cuchillo y el rencor suficiente, agazapado en las sombras, podría acabar con su vida… Hasta un cuervo, hábilmente entrenado, podría arrancarle los ojos…

—No cometerá un error así. Trata de imponer su ejemplo de rectitud a toda Roma. Estás harto de verlo. No se permitirá intentar nada conmigo.

—Nada que se le pueda reprochar públicamente. No se casaría contigo, por supuesto, pero un… encuentro privado, ¿por qué no? Aunque le delataras, ¿quién iba a creerte? Eres la hija de la ramera. La hija de Cleopatra. Nuestra madre se le escapó en sus propias narices. Tenerte sí que sería un verdadero triunfo para él.

—No es así… Él es frío… Muy frío…

—Nadie es frío ante la ocasión adecuada. Oigo a los hombres en el Campo de Marte, Selene. No pregona sus conquistas como nuestro padre. Quizá sea más discreto, pero ¿crees de verdad que es un esposo fiel? Hasta los chicos saben que Livia le mete a las esclavas en la cama…

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Pregúntale a la pobre Arween. ¿Por qué crees que Livia permite una esclava tan atractiva en su casa? Ni siquiera ella puede echarla por miedo a su reacción —afirmó con el gesto de saber de qué hablaba—. Yo creo que solo habría que espolearle. Hacer que no pueda esperar más. —El dedo índice de Helios se deslizó a lo largo de su espalda y Selene notó cómo se le erizaba la piel. Se apretó aún más contra la columna—. Solo debes mostrarte seductora. Que él vea como otros hombres te desean. Y esperar…

—Yo no sé actuar así…

—Pues copia a Julia…

—¡Helios!

Selene se volvió indignada, esperando que su hermano retrocediera ante su gesto de reproche, pero él no se movió. Parpadeó confundida. Hacía tiempo que no estaban tan cerca. Y había cambiado de algún modo. Ahora era ya más alto que ella y su

cuerpo, con la sencilla toga de los muchachos romanos, mostraba las señales de su cuidado entrenamiento. Habían cortado su pelo al estilo de los niños romanos y no le habían permitido maquillarse los ojos. Le pareció alguien nuevo, mayor, pero a la vez familiarmente conocido. Leía en sus pensamientos como había hecho desde que eran pequeños. Era capaz de ver la fuerza de sus sentimientos hacia ella, como un dique a punto de desbordarse.

—Lo conseguirías —susurró. Sus ojos eran pozos oscuros que parecían atrapar su mirada—. Estoy seguro. Solo tendrías que mirarle así…

Tuvo la sensación de que él también podía leer su mente. ¿Cómo si no sabía exactamente de qué modo acariciarle el dorso del brazo para despertar todos sus sentidos a un tiempo? ¿Cómo conocía la distancia exacta a la que acercar su boca para que sus labios se adivinasen sin apenas rozarse?

—Helios… —Selene cerró los ojos en un suspiro. Se sintió capaz de desvanecerse cuando él dio un paso atrás.

—¡Ven! ¡Vámonos!

No dijo nada más. La tomó de la mano, se deslizó entre las sombras de la columnata, sorteando a los esclavos que salían sirviendo bandejas de bebidas y se internó en las bodegas por las puertas que dejaban abiertas. Olía a mosto, al zumo de la uva empapando la madera vieja, a humo, a años y a humedad.

—Desde las bodegas se accede al patio, es el lugar donde descargan las carretas —le confesó con una mirada traviesa.

—Pero en la puerta de acceso estará la guardia…

—Miran los carros que entran, pero no se molestan en registrar los que salen. Agripa está feliz. Ha llevado vino a sus hombres como para ahogarles en alcohol. Nadie nos vería salir…

—¿Ahora, Helios? ¿Adónde iríamos? ¿Para qué? —le retuvo.

—Para demostrarle a Octavio que podemos hacerlo si queremos…, que no somos suyos.

—No necesitamos hacer que se enfade ahora. Va a casarnos. Esperemos. El sur de Egipto está aún en pie de guerra. Quizá necesite nuestra legitimidad para ayudar a pacificarlo; quizá nos devuelva a Alejandría…

—No seas ingenua. Octavio no quiere reyes…

—No en Roma, pero sí fuera. ¿No ha ratificado en su cargo a

Herodes de Judea?

—Como estado vasallo… ¿Eso es lo que quieres ser siempre, Selene? —le preguntó con dureza—. ¿Quieres continuar siendo su esclava? Si estuvieras de vuelta, ¿someterías Egipto a Roma o lo alzarías de nuevo contra ella?

Selene no pudo contestar. Se oían unos pasos en el corredor que llegaban desde la bodega a la puerta de salida. La experiencia les había enseñado a diferenciar los andares marciales de soldado de los pausados y discretos de los esclavos. Se miraron en silencio. ¿Estaba siendo su conversación lo suficientemente transgresora?

—¡Vamos! ¡Adentro!

Los ojos de Helios señalaron una barrica más alta aún que ellos. Había una escalera de madera húmeda y oscura, apoyada contra la misma, que permitía el acceso hasta la mitad, probablemente para asomarse y poder maniobrar en su interior.

—¡Dame tu cinturón!

Subieron precipitadamente al escalón superior. El borde de la barrica les quedaba ahora por el pecho. El interior estaba oscuro y olía a mosto añejo. Selene desenrolló las dos vueltas del sencillo cordón que ceñía su túnica y Helios los anudó al último escalón. Luego ayudó a su hermana a encaramarse al borde y la sostuvo fuertemente hasta ayudarla a caer en el interior. Helios se ató el cinturón en la muñeca y se encaramó tras ella arrastrando la escalera consigo. El suelo bajo su calzado de cuero estaba blando y húmedo.

—¿Cómo saldremos luego? —preguntó ella en voz baja.

—No es la primera vez que nos escondemos en unas cocinas —repuso Helios divertido—. ¿Desde cuándo te ha preocupado eso?

—Desde que ya no somos unos niños…

Estuvo a punto de arrepentirse al pronunciar la última palabra. O no. La sensación de paso a la edad adulta obró cierto sortilegio en los dos. Se miraron lentamente. Cuando volvieron a oírse los pasos en el exterior, Helios tapó su boca con la mano y se apretó contra ella como para impedir que se moviera. Selene percibió su cuerpo firme y fibroso, cálido, pegado a ella y tuvo una sorprendente sensación de plenitud, como si acabaran de regalarle algo que no sabía que anhelaba tanto.

Él notó el cuerpo de Selene temblar contra el suyo y la abrazó

aún con más fuerza. Para protegerla de la humedad, del frío, de los miedos, como había hecho siempre. Pero ya no era siempre. Su hermana olía a pétalos de rosas y a canela, y de algún modo mucho más sutil a arena mojada, a hierba fresca, a tierra fértil, al aroma que el Nilo dejaba en las riberas. La miró sorprendido. Ella movió los labios y el aflojó la presión de sus dedos, notando aquel leve cosquilleo en su palma. Sus ojos estaban húmedos. Él sintió que podría perderse en esos ojos del color de las dunas en verano y algo más, una urgencia, una necesidad, una sensación dolorosa casi de apretarse contra ella, de fundirse con ella y no volver a separarse nunca.

—Helios…

Él puso el dedo índice sobre sus labios para indicarle que no hiciera ruido y lo demoró allí lentamente, en una caricia pausada. Luego se los entreabrió dulcemente. A Selene la invadió un calor difícil de definir en las mejillas y en el vientre. Cerró los ojos. A la calidez exquisita que la turbaba se unió el ligero mareo provocado por el vino y sintió la confortable seguridad de su hogar, el cálido placer de ser acunada en los brazos de su padre, el plácido deslizarse de una falúa sobre las aguas mansas del Nilo. Se descalzó. Un tacto fresco y pegajoso acarició la palma de sus pies.

—¿Qué es esto? —acertó a preguntar.

—Uvas —le respondió Helios en un susurro grave—. Uvas prensadas —añadió.

Con un sencillo gesto, Helios alzó la *stola* de su hermana y la sacó por encima de su cabeza. Su pelo oscuro, electrizado, quedó prendido a la tela de seda y sus muñecas, contra la pared de la barrica, prisioneras de la mano de su hermano. La túnica interior se ciñó sobre su cuerpo y la llama macilenta de la lámpara más cercana iluminó la sombra de sus senos. Sus ojos, muy abiertos, se concentraron en los de Helios con una aceptación muda. El muchacho contuvo la respiración. Cerró a su vez los ojos y posó los labios con cautela en esas formas nuevas que se erizaron deliciosamente ante el contacto. Notó como la excitación iba creciendo en él y se dejó deslizar con los labios pegados a su cuerpo, por la curva de su cadera, sin más barrera entre ambos que la delicada tela de algodón.

Se arrodilló a sus pies, como quien venera a una diosa, y bajó el

rostro, con gesto rendido. Intentó recuperar su autocontrol y cerró los puños contra el fondo de la barrica, pero las uvas reventaron en la palma de sus manos, llenando aquel espacio cerrado de un olor pegajoso y dulzón. Bañadas en el jugo de las uvas, colocó sus manos en los tobillos de su hermana y, con delicadeza, comenzó a ascender por la curva de sus piernas, bajo la túnica, en un masaje dolorosamente lento. Selene sintió que su cuerpo cobraba vida propia, arqueó su espalda y apoyó la coronilla contra el interior de madera, tratando de ahogar un leve gemido de placer. Tuvo la sensación de que sus piernas se deshacían, que temblaban levemente, que se entreabrían lentamente, mostrándole un camino, como lo habían hecho sus labios con sus dedos. Él continuó despacio, acariciando la cara interna de sus muslos y acercándose peligrosamente a la curva exquisita de unas caderas que ya no le parecían las de su hermana porque hacía mucho tiempo que nadie los bañaba juntos en la alberca de su palacio de Alejandría.

Helios rozó la curva de su ingle sobre la ligera pampanilla de algodón, y en el calor que la envolvía, Selene encontró la deliciosa sensación de sus dedos frescos, bañados en mosto humedeciéndole la ropa. Jadeó lentamente, sin permitirse pensar, atrapada en un laberinto de culpa y de placer, y entonces él se agachó nuevamente y sin dejar de mirarla, comenzó a deslizar su lengua por los lugares que había bañado previamente en mosto. El tacto era más preciso, más localizado, más firme y aún más exquisito. Y ella notó su lengua caracolear por su piel, cambiando de una a otra pierna en un lento viaje ascendente, prometedor, interminable…

—Me voy a caer…—alcanzó a susurrar ella.

—Imposible —respondió él en un tono de voz agónico—. Estoy aquí para sostenerte.

Se alzó, la sostuvo con firmeza por la nuca para evitar que se deslizara y aferró su melena con fuerza. Su mano izquierda rozó apenas brevemente la punta de sus diminutos senos, que se endurecieron con una sensación indefinible entre el placer y el dolor. Apoyó sus caderas sobre las de ella y a través de la presión sobre su cuerpo lánguido, Selene descubrió aquel nuevo cuerpo recién esculpido en los entrenamientos del Campo de Marte, firme, sugerente y duro, como la estatua griega de un dios. Así que era esto, alcanzó a pensar. Era esto lo que echaba de menos Marcela, de

lo que hablaba Julia… Era esta sensación de dejadez, de entrega, de sentir que el mundo está completo en este abrazo. Los labios de él buscaron los suyos y su lengua venció la leve resistencia. Selene saboreó aquel tacto aterciopelado en el que se mezclaban el dulzor añejo del mosto y el aroma de ámbar y canela con el que Calíope había aceitado su cuerpo esa mañana. Helios sabía a ella. Era, de algún modo, parte de ella. Se sentía capaz de fundirse con él hasta que fueran de nuevo uno solo, como quizá lo hubieran sido en el útero materno. Y la inundó la urgencia de su deseo, su ansia de protección y posesión, sus dudas desterradas y un sentimiento nuevo, una oleada feroz e incontrolable que arrasaba todo a su paso como una inundación.

—*Dominus*, están aquí.

Alzaron los ojos solo para encontrar una lámpara de aceite oscilando sobre su cabeza.

—¡Los he encontrado!

Selene ahogó un grito y dejó caer la camisa para cubrir sus piernas. Helios se separó de ella. En la luz vacilante él tenía los ojos brillantes y ella el pelo revuelto y las mejillas coloreadas. Uno de los guardias de la casa, asomado a la tina, parecía observarles con gesto divertido.

—Por la verga de Ares, ¿podéis explicarme cómo os habéis metido ahí dentro?

Colocaron una escalera fuera para ayudarles a salir al exterior. Uno de los soldados alzó a Selene en brazos como si no pesara y la depositó sobre el suelo de madera. Era Juba, en su impecable vestimenta militar de ceremonia, quien estaba frente a ella, mirándola con gesto indescifrable de arriba abajo. Parecía serio, pero en sus ojos oscuros había una pizca de diversión.

—Trata de recuperar sus sandalias y su cinturón —ordenó a uno de los soldados—. No queremos dejar pistas. Y colócate en la puerta para impedir que nadie entre. Y, tú —advirtió a otro—, avisa a Calíope, la muchacha griega. Pídele que traiga algo de ropa limpia para sus amos. Todo con la máxima discreción. Si me entero de que alguno de los dos menciona este incidente, yo mismo os meteré en esa barrica, la sellaré con pez, la cargaré en una carreta y la arrojaré al Tíber, ¿entendido?

—Entendido, señor.

Los dos partieron a cumplir sus órdenes. Selene trató de sostener la mirada de Juba entre la vergüenza y la arrogancia. Le ardían las orejas.

—¿Este es el comportamiento que alguien esperaría de una sacerdotisa de Isis? —preguntó él con cierta ironía.

—No soy ninguna sacerdotisa de Isis…

—Es cierto. Es aún peor. Eres la propia Isis… —puntualizó. Paseó la vista por la camisa húmeda que revelaba sus curvas y la apartó con cierta turbación—. Selene, por todos los dioses, ¿en qué estabais pensando? No, déjalo, no me digáis nada. ¿Sabéis que es Livia quien se ha dado cuenta de vuestra ausencia y quien ha visto el camino que habíais tomado? No te quita ojo, joven príncipe —señaló, dirigiéndose expresamente a él—. Por lo visto, teme por su pequeño Druso…

—Hace bien… —masculló Helios.

—Yo, simplemente, me he ofrecido para venir a buscaros —advirtió—. ¿Podéis imaginar lo que habría sucedido si hubiera venido ella misma con los guardias?

—Estábamos… jugando… —se defendió Helios con rencor.

—Lo sé, Helios —sonrió divertido—. Lo he visto con mis propios ojos. Un juego peligroso, si me permites darte un consejo.

El muchacho enrojeció a su pesar.

—Estamos prometidos —le espetó con ferocidad.

—Desconozco los códigos que imperan en vuestra corte alejandrina, pero, por favor, no le deis más motivos a Octavio para continuar denigrándola. En Roma, dos niños patricios de buena familia, en actitud más que cariñosa, por muy prometidos que estén, roza el delito. Quizá incluso lo sea —meditó pensativo—. Tendría que comprobarlo.

—¡Yo no soy ningún niño! —gritó Helios.

Juba clavó en él su mirada, pero el muchacho no la bajó. El arrepentimiento no formaba parte de su código moral. Octavio hubiera montado en cólera, pero a Juba le gustaron su arrojo y su entereza.

—Mientras no vistas la *toga virilis*, en esta casa eres un niño, Helios. Pero sería aún peor si fueras un adulto. Afortunadamente, yo no he visto nada y este incidente quedará entre nosotros. Perdón —se corrigió—, entre vosotros. Diremos que habíais venido a las

bodegas para haceros con algo más de vino. Siendo hijos de Antonio y Cleopatra, nadie lo dudará.

La última afirmación, Helios era consciente de ello, estaba destinada a espolearle, pero decidió ignorarle. Hasta él, con su proverbial sangre ardiente, sabía que no tenía nada que ganar en un enfrentamiento con uno de los oficiales favoritos de Agripa y amigo personal de Octavio. Uno de los soldados apareció en ese momento junto a Calíope. La expresión asustada de la esclava pareció aminorarse cuando los vio sanos y salvos. Llevaba un atado con ropas pulcramente dobladas.

—Mi ama, ¿qué ha pasado?

—Un pequeño incidente con el vino —resolvió Juba—. Nada que no nos haya pasado a todos alguna vez —recalcó con intención —. Pero quizá no sea elegante salir con las ropas apestando a mosto en la boda del cónsul.

Selene permaneció callada y con los ojos bajos, sin atreverse a interpretar la expresión de su rostro. Tampoco era fácil, porque él se había dado la vuelta para proporcionarle cierta sensación de intimidad. Calíope la ayudó a cambiarse y recolocó su pelo. Helios, enfurecido, se vistió solo, con ademanes bruscos. Fue el primero en volver a la fiesta. Tras él, su hermana y Calíope salieron de las cocinas acompañadas, o quizá escoltadas, por Juba y sus soldados. Nadie parecía pendiente de ellas cuando regresaron a la celebración en el atrio, pero Selene tuvo la impresión de que, desde algún lugar donde ella no podía encontrarla, Livia la estaba mirando.

—¿Has decidido cambiarte de ropa? Veo que al final no quisiste respetar mi elección.

La mirada de Octavio se posó sobre ella. Selene sintió que las mejillas le ardían. Acarició inconscientemente la lúnula sobre su túnica como si, a diferencia de Helios, ella sí deseara dejar clara su condición de niña. Tuvo la sensación de que Octavio podría leer la verdad en sus ojos.

—Tu elección fue perfecta, César —balbuceó—, pero me he derramado vino encima y he tenido que cambiarme.

Octavio la miró con atención y luego estalló en una carcajada.

—¿No es anecdótico? —advirtió divertido, dirigiéndose a Mecenas y Agripa, que estaban junto a él—. Que una hija de Antonio empiece a tener problemas con el vino…

Sus acompañantes rieron de buena gana la broma del cónsul. Selene apretó las uñas contra las palmas de sus manos para no saltar y clavárselas en la cara.

—Pide a las esclavas que te pasen una toalla bañada en agua de limón. Hueles a mosto como si se te hubiera embebido en la piel. —Sin ningún disimulo, Octavio acercó su rostro a su cuello para olfatearla ostensiblemente. Ensayó una sonrisa de depredador y bajó el tono—. Y resulta tan perturbador que en un día como hoy no sé si podría responder por la respetabilidad de mis invitados. De ninguno.

XXIV

Los juegos troyanos, celebrados inmediatamente después del matrimonio de Agripa y Marcela, para compartir los buenos deseos de alegría y prosperidad con el pueblo, fueron un éxito absoluto en cuanto a popularidad y asistencia. Pese a los conflictos que Roma enfrentaba en terrenos periféricos como el sur de Egipto o el norte de Hispania, desde el cierre de las puertas del templo de Jano que había marcado el final de la guerra, el pueblo llevaba año y medio disfrutando de una paz merecida. Algo inusual en los últimos tiempos. Los juegos permitían el disfrute sin perder de vista el ideal castrense hacia el que la sociedad romana se enfocaba. Algo que no debía olvidarse ni siquiera en tiempos de paz. Los hijos de las clases altas, los mismos que se enfrentaban allí como adultos, estaban llamados a regir los ejércitos y, con ellos, los destinos de la República.

Carreras de cuadrigas, peleas cuerpo a cuerpo, escenas de caza y competiciones de puntería con el *pilum* o el arco fueron algunas de las pruebas a las que concurrían los muchachos más jóvenes de entre las familias patricias, aquellos que no vestían aún la *toga virilis*. Era un espectáculo al aire libre donde los cónsules podían mostrarse al pueblo y los ediles patrocinadores hacer gala de su generosidad, donde los muchachos podían mostrar su destreza y donde las jovencitas en edad casadera podían y debían dejarse ver en el entorno respetable de la compañía de sus familias y sus esclavas. Los juegos era el único escenario en que no estaba mal visto que una joven de buena familia animase a un gladiador semidesnudo o se entusiasmase por el aura de ganador de un conductor de cuadrigas, como le sucedía a Antonia la Mayor. Los muchachos de la casa de Octavio participaron en todas y cada una de las pruebas, magistralmente guiados por Juba, quien había sido uno de los campeones más celebrados durante varios años, antes de su mayoría de edad. La única excepción fue Alejandro Helios, a quien no se le permitió participar. Quizá el pueblo no viera con buenos ojos que se le concediese tan pronto la ciudadanía romana,

argumentó Agripa. Octavio tenía la sospecha de que Agripa, discretamente, trataba de no evidenciar las diferencias de Helios con Tiberio, a quien consideraba la mente instigadora tras la mano de Druso, así que ni siquiera lo discutió. La ciudadanía romana había que ganársela. Pero tenía la impresión de que aquel muchacho orgulloso, digno hijo de su padre, no la querría, aunque se la regalaran.

El pequeño Druso fue el campeón absoluto de su categoría. Su prestancia, su puntería y su agilidad conquistaron al público asistente. En el palco donde se ubicaban los cónsules con sus respectivas familias, arropados por los senadores, su intervención trajo el desafortunado recuerdo de Ptolomeo. Selene y la pequeña Antonia contemplaron los combates con gesto tenso, e incluso Octavio no pudo evitar evocar el innegable encanto del principito egipcio. Marcela dio un respingo en uno de los movimientos más bruscos del combate ficticio con espadas auténticas y Agripa posó una mano en la suya, brindándole, de algún modo, su protección. Al saber que no participaría, Helios había declinado asistir. Musa se había ofrecido a quedarse con él en la *domus* y Octavio decidió respetar su decisión. Ni siquiera Livia había podido decir nada en contra. Era evidente el alivio que sentía al saber que no se encontraba allí.

En el momento álgido del combate entre los más pequeños, y tras un interesante y breve duelo, un lamentable traspié acabó con el rival de Druso en el suelo. El muchacho quedó a su merced y lejos de su arma. La multitud se puso en pie, sin compasión alguna por el vencido, y comenzó a gritar. Tiberio se unió al coro. Evidentemente, no era un combate a muerte y la victoria solo implicaría que uno de ellos se proclamara vencedor, pero aun así los gritos que se oyeron por el graderío, acostumbrado a las peleas de adultos, se condensaban en una sola palabra: «¡Muerte!».

Druso permaneció inmóvil unos instantes y luego, marcialmente, retiró su espada, dio un par de pasos atrás y de una patada lanzó el arma hacia el lugar donde se hallaba su oponente en el suelo, permitiendo que se armara de nuevo. El combate continuó un buen rato más hasta que, definitivamente, Druso le venció. El público en la grada enloqueció ante el generoso gesto del chiquillo y los senadores más próximos felicitaron, gratamente sorprendidos, a

Octavio y a Livia.

—Felicidades, César. Esto es el auténtico ejemplo de la grandeza romana. Generosidad, espectáculo y garra —reseñó Munacio Planco, estrechando la mano de Octavio—. Nunca se debe abusar del enemigo. Ni traicionarle. Ni atacar por la espalda. Un auténtico ganador lo es siempre en buena lid.

No dejaba de ser un comentario curioso para alguien que no había tenido reparos en cambiar abiertamente de bando, pero Octavio se lo agradeció. Un Druso sonriente y desbordado de emociones recorrió la arena del circo recibiendo la ovación del público hasta pararse junto al estrado en que se sentaba su madre para dedicarle el triunfo, inflamando de amor el pecho de todas las matronas que se encontraban allí. Su mirada se desvió un segundo, fugazmente, buscando la aprobación de Selene. La princesa egipcia, sentada entre Marcela y Julia, inspiró aire, quizá para deshacerse del fantasma del pasado, agradeció que Helios no estuviera presente y aplaudió a Druso, delicadamente, ofreciéndole una sonrisa que caldeó el corazón del muchacho. Octavio sonrió satisfecho, orgulloso del modo en que se conducían sus pupilos en público, y especialmente orgulloso del comportamiento de su hijastro y de su saber estar, pese al cruel griterío de la multitud.

—Quizá todo haya sucedido por algo —advirtió al oído de Livia —. Creo que lo ocurrido con Ptolomeo ha hecho de Druso alguien maduro y respetuoso. Le ha enseñado a evaluar las consecuencias de las acciones, a no obrar de manera precipitada y, sobre todo, a no dejarse apabullar por las pasiones de otros.

Livia dirigió una mirada heladora a su esposo.

—No estoy muy segura de que nada de eso le sirva en un campo de batalla.

En la categoría superior también hubo un claro vencedor de la casa de Octavio. Era fácil porque fueron dos de ellos quienes llegaron a la final. Los ganadores de todas y cada una de las pruebas, una vez eliminados los demás rivales, tuvieron que enfrentarse entre sí, como *secutor* o guerrero y *retiarius*, el hombre de la red. Tiberio y Julo pelearon con tal vehemencia que los asistentes comentaron su entrega, y Octavio y Agripa llegaron a intercambiar una mirada de temor ante la posibilidad de que se hicieran auténtico daño. Pese a ser un año menor que él y menos

corpulento, Tiberio era superior a su rival. Era rápido y frío, mucho más calculador que su oponente, y en el sorteo de papeles le había tocado llevar la impedimenta más completa, con casco, armadura y escudo. Sin embargo, la pasión de Julo, la gracia de sus movimientos semidesnudo, sus expresiones y los gestos con los que trataba de ganarse al público obraron el milagro. Los asistentes vibraban con cada uno de los movimientos que el muchacho esquivaba y abucheaban los cada vez más torpes ataques de Tiberio que, pese a estar mejor armado, tenía que sostener el peso de todo su equipamiento. Ni la expresión ni los gestos de Tiberio eran visibles bajo el casco. Quizá por ello la multitud se puso más fácilmente del lado del que parecía el contrincante más débil, aquel muchacho de pelo oscuro, ojos expresivos y sonrisa permanente, que se entregaba a la lucha con una valentía temeraria y celebraba cada una de las fintas que hacía a su rival.

—Esto no me gusta —siseó Octavio al oído de Agripa. La inquietud de Livia se hacía evidente por momentos—. Si no acaban en breve o el tema se pone feo, búscate una excusa para abortar el combate. Saca un gladiador, un saltimbanqui, un poeta o un avestruz. Sal tú mismo. Me da igual.

Agripa asintió y pasó las instrucciones a sus hombres en el foso, pero no hizo falta llegar a soluciones extremas. En el último enfrentamiento, a Tiberio le traicionaron los nervios y cayó al suelo arrastrado por la red de Julo. Este posó el tridente sobre el pecho de su oponente desarmado, indicando que había llegado el final, para luego darse la vuelta y recibir la ovación correspondiente. Tiberio, ciego de ira, se incorporó rápidamente y lanzó el escudo contra él, pero los gritos del público alertaron a Julo, que, sin siquiera volverse, se agachó y lo esquivó, por pura casualidad. El público enloqueció con aquel final que parecía preparado y lo atribuyó a un guiño de los dioses. Livia se clavó las uñas en la palma. Sus nudillos estaban blancos.

Julo avanzó hacia el palco de los cónsules, con una sonrisa de encantador de serpientes.

—Soy Julo Antonio y quiero dedicar esta victoria a mi hermano Alejandro Helios, a quien no han permitido estar luchando hoy aquí. —Tomó aire, jadeante aún por el esfuerzo—. También, por supuesto, a mis padres, que me enseñaron, cada uno a su estilo,

física y mentalmente, a luchar y no rendirme nunca. Uno es mi padre biológico, Marco Antonio; y otro, el hombre que me ha criado, Cayo Julio César Octaviano.

La multitud se puso en pie enardecida. Era la primera vez en años que esos nombres sonaban juntos. Roma necesitaba gestos de reconciliación para no abismarse en la contemplación de su propia miseria.

—Y, por supuesto, no puedo dejar de mencionar a la mujer que me ha criado como a un hijo y me ha acogido, desde niño, en sus brazos y en su casa. Gracias de todo corazón, Octavia.

Octavia sonrió como una madre orgullosa, inclinó su cabeza y lanzó un beso al muchacho en la arena. Ni una sola mención para Livia, pensó Octavio. No le hubiera costado nada hacerlo, para no desencadenar su ira, pero, desde luego, nada en su comportamiento había sido casual. Selene se puso en pie enardecida, y las dos Antonias la imitaron, aplaudiendo abiertamente a Julo. El público se levantó unánimemente. Los de las filas delanteras fueron reproduciendo su discurso a los demás y todo el circo prorrumpió en aplausos. Los primeros gritos corearon el nombre de Octavia, que saludó encantada, los segundos, ya más fuertes, jalearon a César, que forzó una sonrisa y se levantó para agradecer la iniciativa. Los terceros, mucho más fuertes aún, hicieron que Agripa y Octavio intercambiaran de nuevo una mirada preguntándose qué tipo de catástrofe inminente estaba preparándose.

El circo entero se había puesto en pie. Amparado en la masa había un clamor unánime. De la garganta de todos los asistentes salía el *nomen* de la *gens* del vencedor de los juegos troyanos, un niño de quince años. Pero Octavio solo escuchaba un torrente amenazador: ¡Antonio! ¡Antonio! ¡Antonio!

—Hay rumores en las calles, Octavio. Hay gente que está inquieta. —Agripa nunca había parecido tan cauteloso—. ¿Te parece buena idea convocar unos juegos conmemorativos de la batalla de Actium después de lo que sucedió en los troyanos?

—Precisamente por eso —recalcó Octavio—. Me parece buena idea identificar a esa facción de descontentos.

—Aún hay muchas heridas abiertas. Creo que es pronto para celebrar unos juegos que recuerden la batalla.

—¿Pronto? ¿Y cuándo crees que sería adecuado hacerlo? ¿Dentro de diez años? Es ahora cuando tengo que conseguir grabar esa fecha a fuego en la mente de Roma. Cuando tengo que convertirla en un hito.

—Es una batalla, Octavio. Una más de las tantas que ha librado Roma —protestó Agripa, inquieto—. Si le das más importancia de la que tiene, acabarás por convertir a Antonio en un mártir.

—No, amigo. Es mi batalla. La diferencia entre el orden y el caos, entre la rectitud y la perversión. El pueblo disfruta con los juegos, así que eso le daremos. Y si hay de veras una facción que se opone a ellos, prefiero desenmascararla cuanto antes.

Apenas una semana antes de la celebración de los primeros juegos acciacos, que conmemorarían la victoria romana en batalla de Actium, Kallyas abrió las puertas del *tablinum* de Octavio precipitadamente, a riesgo de interrumpir sus reuniones clientelares y desatar su ira. Venía casi sin aliento. Traía noticias urgentes desde el Iseum. Una multitud había cerrado las puertas del templo negándose a salir hasta que se cancelara la celebración de los juegos. Era una barbarie, decían, celebrar la victoria de un romano sobre otro romano.

—Por eso tenemos que hacer los juegos —masculló Octavio con frialdad al enterarse—. Para que el pueblo deje de pensar en Actium como en una guerra civil. Para que recuerde que se trata de la victoria de Roma sobre Egipto… ¿Los sacerdotes de Isis están con los rebeldes? —inquirió Octavio.

—Supongo, *dominus*. Al fin y al cabo, es un lugar venerado y frecuentado por todos los seguidores de Cleopatra.

—Ya veo. Así nos pagan que permitamos su miserable culto. Quizá debamos recordarles que podemos devolver a su estúpida diosa al barro del Nilo al igual que la sacamos de él. De momento, apostad guardias en las puertas y detened a todo el que desee entrar o salir de allí. Sin excepciones.

—Es difícil, *dominus* —matizó Kallyas—. No se trata de esclavos ni de alborotadores. O al menos, no solo ellos. Hay mucha gente. Antiguos cónsules, algunos senadores… Muchas damas importantes… Y…, bueno, incluso algunos miembros de tu familia, *dominus*…

Dijo lo último en un tono mucho más bajo, casi pidiendo

permiso. Octavio se dio la vuelta muy despacio. Sintió una gota de sudor helado en el cuello. ¿Esos alborotadores habían osado tomar como rehenes a miembros de su propia familia?

—¿Quiénes? —preguntó, con la ira relampagueando en sus ojos.

—Tu hermana, señor. Y tus sobrinas, las dos Antonias. Y la esposa de Cayo Mecenas. Y algunos de los muchachos protegidos por la *domina* Octavia, como Julo Antonio, y los niños egipcios…

Octavio se pasó una mano temblorosa por la frente. Aquello no era un encierro espontáneo, sino un secuestro metódicamente planeado y llevado a cabo.

—Preparad mi silla de manos —decidió—. No, mejor, ensillad mi caballo y avisa a mis lictores. Voy a ir hasta allí.

—Pero, señor, tú no puedes exponerte en persona. Mandaremos a los *triumviri capitales*.

—Iré yo. Claro que puedo ir yo. No voy a dejar a las mujeres de mi casa en manos de unos sacerdotes fanáticos y de unos legionarios barrigudos y nostálgicos.

Munacio Planco, que se encontraba despachando con él en el *tablinum*, dio un paso al frente.

—Iré yo, César. Quizá quieran que vayas tú precisamente para emboscarte de algún modo.

—Pues que lo hagan, Planco —gritó airado—. Pero que lo hagan cuanto antes, porque, si me dejan el tiempo suficiente, descubriré quién está detrás de todo esto. Acabaré con todos ellos y clausuraré su maldito templo.

—Hay libertad de culto en Roma, señor —le recordó Planco.

—Hay libertad de culto mientras eso no amenace a los míos ni a la estabilidad de Roma. Si para asegurar el orden tengo que descabezar el culto de esa maldita diosa, no me temblará el pulso. Y si tengo que hacerlo con sus sacerdotes, tampoco.

Lo que Octavio no esperaba era que fuese la maldita diosa en persona quien estuviera a las puertas del templo aguardándole. Ni tampoco el elevado número de personas que parecían apoyar a Cleopatra Selene, majestuosa, dentro de sus ropas inmaculadas, y con la corona de los cuernos de Hathor ceñida en la cabeza.

Ni que el hecho en sí mismo estuviese muy lejos de ser un secuestro.

—Así que eres tú quien está detrás de todo esto…

—Es mucho más que eso —observó Selene, enfrentando su mirada—. Yo solo represento a mi madre, la deidad a quien seguimos todos.

Octavio suspiró con gesto agotado.

—Selene, deja salir a Octavia y hablaremos pacíficamente.

—Estamos hablando pacíficamente. Esto es un lugar de culto y aquí nadie lleva armas. Pide a tus hombres que no se atrevan a empuñarlas.

Su voz emanaba una autoridad tan desconocida que Octavio le hizo un gesto a sus hombres. No avanzaron un solo paso más, pero tampoco abandonaron sus espadas.

—¿Te ha forzado alguien a estar aquí?

—Todos estamos libremente.

—Muy bien —insistió—. Pues quiero ver a Octavia.

—Aquí estoy. —La figura de su hermana salió de detrás de las puertas del templo, para colocarse al lado de Selene, apoyándola abiertamente—. Por voluntad propia.

Octavio la miró con incredulidad.

—¿De verdad te has dejado embaucar por esta corriente de alborotadores…?

—Por favor, hermano —le interrumpió públicamente Octavia—, no me insultes y concédeme un poco de criterio. Lo único que estamos pidiendo es que olvides la propuesta de los juegos. Hay gente que perdió mucho en Actium…

—¿Ah, sí? —le preguntó Octavio con crueldad—. ¿Y qué perdiste tú que no hubieras perdido ya?

—Perdí la posibilidad de la paz —clamó Octavia con dureza—. Perdí amigas que se posicionaron en el bando contrario. Perdí la oportunidad de que mis hijas conocieran a su padre… —enumeró, como si repasara una lista de escarnios—. Fui la esposa de Antonio y soy la protectora de sus hijos… No permitiré que les robes su recuerdo fomentando nuevas divisiones.

Octavio parpadeó sorprendido ante su temple.

—Roma se dividirá si existe una amenaza.

—Roma estará perpetuamente amenazada, Octavio. Lo que tiene que hacer es ser fuerte. Quedarse con los suyos y no purgar a nadie por razones políticas. Mira a tu alrededor. —Señaló las puertas del templo—. Aquí no hay militares. Hay senadores, filósofos,

abogados, antiguos legionarios. Hay carreteros, afiladores, gladiadores y panaderos. Hay madres que perdieron a sus hijos e hijos que perdieron a sus padres. Es gente que desea construir la paz, pero no sobre la memoria de otros romanos.

—En todas las guerras hay perdedores, Octavia. ¿Y Pompeyo? ¿Y Bruto? Roma está acostumbrada a llorar a los suyos y a empezar de nuevo. Los que no quieren que suceda de esta forma están frenando el avance. ¿Quién está detrás de esta mamarrachada? ¡Quiero saberlo!

—Yo…

Una mujer anciana se abrió paso lentamente apoyada en el brazo de Terencia. Su delgadez, su pelo blanco recogido, su rostro perfectamente empolvado y sus ojos profusamente maquillados le daban el aspecto de un fantasma.

—No busques más culpables, Octavio —le pidió, usando su nombre de pila, hurtándole el cognomen de César para hurtarle, con él, la dignidad de que pretendía imbuirse—. Yo financio este templo. Yo pago a sus sacerdotes. Yo soy la primera que me postraré ante mi propia nieta si es esa la figura que nos une. Si tienes que arrestar a alguien, arréstame a mí.

Le tendió sus brazos delgados, temblorosos, e incluso el resolutivo e implacable Octavio se dio cuenta de lo agresivo que resultaría sacarla de allí.

—¿Otra vez, Julia? —preguntó, hastiado—. ¿Hasta cuándo?

—Hasta que no me quede vida —reconoció la anciana—. O hasta que gaste toda mi fortuna. Lo que suceda primero. Isis es una diosa misericordiosa con las mujeres y con los esclavos. La gente sin recursos sabe que puede acudir a ella. Es increíble la cantidad de gente descontenta que un culto puede aunar… Tú sabes mejor que nadie que el dinero compra voluntades, Octavio. Tú mismo usaste el que te dejó tu tío para armar a tus legiones…

—¿Estás montando un ejército de muertos de hambre, comprando almas, para defender la memoria de tu hijo? —le preguntó despectivamente—. Antonio jamás creyó en dioses, Julia.

—Hasta que en Egipto le reconocieron como uno de ellos…

—¿De verdad crees que tu hijo era una encarnación de Dionisos? ¿Que tu nieta es una encarnación de Isis?

—¿De verdad crees tú que tu tío Julio César fue un dios? ¿De

verdad crees que eres su hijo solo porque lo diga un documento? —le espetó—. Todos creemos lo que queremos creer.

El cónsul parpadeó, desconcertado. No podía permitirse perder el debate dialéctico delante de tanta gente. Se dirigió a su hermana:

—Octavia, tengo que pediros que abandonéis el templo en orden. Será clausurado y el culto de Isis será prohibido, Roma no puede tolerar una religión que incite a la sedición.

Octavia alzó orgullosa la barbilla.

—Saldremos —afirmó con una voz más viva que su aspecto— cuando nos garantices que no se celebrarán los juegos acciacos.

—¿Qué tipo de cónsul sería si cediera al chantaje?

—Uno que nunca llamaría chantaje a escuchar la voluntad de su pueblo.

Octavio hizo un gesto a sus hombres. Algunos de ellos comenzaron a encender, despacio, las antorchas que portaban consigo como en una muda advertencia. Otros, más cautos, demoraron el momento. Selene se adelantó hasta él.

—No se pueden portar armas en el *pomerium* —le recordó.

—¿La hija de Cleopatra —sonrió con dureza— va a enseñarme las leyes de Roma?

—Este es un lugar sacro.

—También lo era el mausoleo de tu madre y sacamos de allí sus tesoros —le recordó—. Si tienes alguna autoridad sobre esta gente, pídeles que abandonen el templo, Selene. Si no, serás responsable de lo que suceda. En cuanto el Senado declare prohibido el culto a Isis, sus seguidores serán considerados rebeldes.

—No puedes hacer eso, Octavio. Ni siquiera tú tienes más poder que los dioses.

Octavio aprovechó la corta distancia que mediaba entre ambos para arrancarle la corona de la cabeza.

—Puede, pero sí tengo más poder que las niñas que juegan a serlo…

La tiró al suelo. El metal bañado en oro hizo un ruido patético al rodar por el mármol, como algo roto y olvidado. Helios salió del templo y avanzó unos pasos hacia él.

—¡No te atrevas a tocarla!

Estaba desarmado, pero emanaba una fuerza disuasoria. Julo apareció tras él y aferró su hombro para detenerle.

—Déjale —le ordenó, sosteniéndole la mirada a Octavio—. No le hará nada. Solo quiere provocarnos, crear desorden para poder lanzar a sus hombres contra nosotros. Solo sabe moverse en el caos.

Octavio sintió una dolorosa punzada en el pecho, pero trató de no demostrar el dolor y la decepción que le producía encontrar a Julo, el niño que se había criado en su casa junto a su sobrino Marcelo, enfrentándose a él.

—Así que estáis aquí todos, ¿eh? —le increpó—. Una bonita reunión familiar…

Otros hombres hicieron ademán de intervenir. Octavio observó caras conocidas entre ellos. Sus soldados germanos, en primera línea, se pusieron automáticamente en posición de combate y empuñaron sus *pila*. ¿Quién sabía si de verdad aquellos hombres estaban desarmados? Octavio notó la tensión electrizando su piel. Ya había vivido una situación similar cuando salieron de Alejandría. El graznido de aquel maldito cuervo se oyó sobre sus cabezas y sus alas abiertas tendieron una sombra en el suelo como un augurio oscuro. Octavio aferró con fuerza el brazo de Selene y la estrechó contra él, como a un escudo.

—¡Desalojad el templo! —ordenó—. Que nadie toque a las mujeres, pero arrestad a todo varón que se resista. Quizá no pueda enarbolar un arma, pero puedo quemarlo hasta los cimientos con quien se quede dentro. Me llevo conmigo a vuestra diosa —amenazó—. Si tiene algún poder, que lo emplee ahora.

—Lo emplearé. Tarde o temprano —afirmó Selene, forcejeando con él—. ¡Que nadie intervenga! —gritó a sus hermanos y a la multitud que empezaba a asomar por las puertas del templo—. No le deis una excusa para atacar…

—Vuestra diosa Isis —anunció él en voz alta— asistirá a los juegos acciacos. Los seguirá con la educación y el interés de una niña de buena familia. Y toda Roma podrá verla sentada allí, conmigo. Os lo garantizo.

—¡No! Te aseguro —advirtió ella con ojos centelleantes—, por tus dioses y los míos, que no sucederá. Antes se apagarán los astros o se dará la vuelta el mar, pero eso no sucederá. ¡Jamás presenciaré los juegos que conmemoren la muerte de los míos a tu lado!

Como Selene había profetizado, no se sentó junto a Octavio en el palco de las autoridades para presenciar los *ludi actiaci*. Estos se

celebraron. Y Selene fue forzada a acudir bajo la supervisión de Agripa. Fue Octavio quien no pudo asistir.

Había caído repentinamente enfermo con una dolencia estomacal que nadie podía identificar y que no le permitía ingerir alimentos. Entre los legionarios se recordaron los innumerables padecimientos que César había experimentado antes de cada una de sus batallas importantes, pero en los corredores de la *domus* se mencionaba en voz baja que la reina Cleopatra había escrito un tratado de venenos y que sus hijos y sirvientes, sin duda, lo conocían. Helios agitó aún más los rumores cuando se atrevió a asegurar que, con su habitual cobardía, el cónsul había enfermado de terror ante el mero recuerdo de la batalla de Actium y los fantasmas que le perseguían. Octavia, que estaba segura de que los nervios le estaban jugando una mala pasada, propuso que Euphorbo o Musa le trataran, pero Livia se atrincheró en la habitación y prohibió que nadie se acercara a la cama del cónsul. Sin preocuparse por disimular sus sentimientos, culpó abiertamente a Selene de la situación.

—¡Es una bruja! ¡Una hechicera! Igual que su madre. ¿Es que estáis todos ciegos? —les increpó mientras Kallyas trataba de tranquilizarla y Arween le servía una infusión de extracto de raíz de valeriana—. ¡Os manipula a todos! ¡Os maneja a su antojo! ¡No quiero tenerla en esta casa! ¡No quiero que me toque ni que toque a ninguno de mis hijos! ¡No quiero verla más! —gritó.

—¡Basta ya, Livia! —se atrevió a enfrentarla Octavia—. ¡Estás insultando a una niña a mi cargo sin más pruebas que tu miedo!

—¿Pero tú te ves, Octavia? ¡Lo estás haciendo! ¡Estás poniendo a los bastardos de tu marido por delante de tu propio hermano!

Convaleciente, pero dolorosamente consciente, Octavio recibía los despachos de Agripa informándole de la situación. El Iseum se había cerrado. El Senado había prohibido el culto a la diosa egipcia y la dama Julia tenía vigilancia constante en la puerta de su *domus*. Se había interrogado al servicio y vuelto de revés las habitaciones de los mellizos, pero no se había encontrado nada sospechoso. Nada podía explicar su enfermedad.

—Marcelo —le pidió al sobrino en quien más confiaba—. ¿Qué está pasando con Julo? Habéis crecido juntos y siempre le he tratado como a uno más. ¿Por qué me odia de repente?

—Julo no te odia, señor. Lo eres todo para él —le explicó el prudente Marcelo—. Pero ha descubierto que tiene un padre. Que era alguien real. Y que puede tener referencias de él que no vienen ni de ti ni de Octavia. Se da cuenta de que siempre nos promocionas a mí o a Tiberio, y yo creo que trata de encontrar su sitio. Julo te adora, créeme. Son Selene y Helios los que te odian.

Por lo demás, los juegos transcurrían con normalidad, le contaba Agripa, solícito, al pie de su cama. Los graderíos no estaban llenos, pero el despliegue de animales exóticos siempre atraía a las masas. Había habido tímidas protestas, pero nada reseñable, al final. Fuera de las fronteras, las noticias eran algo más inquietantes; las regiones del norte en Hispania seguían en pie de guerra contra las legiones romanas afincadas allí y la Tebaida egipcia continuaba siendo disputada por los kushitas, encabezados por la reina de Meroe, en incursiones cada vez más audaces y violentas. Galo mandaba misivas al Senado en las que se preguntaba si la presencia romana en Egipto no sería una mera transición entre dos ambiciosas reinas. Octavio dejó caer las cartas en el suelo y cerró los ojos, agotado.

—Roma se rompe… Se nos desgaja, Agripa, como una sábana demasiado tensa… Quizá tendríamos que intervenir…

—¿Tendríamos? Descansa y reponte —le aconsejó Agripa—. Ya veremos si hay que tomar esa decisión. Los problemas de fuera son solucionables siempre que Roma funcione como un solo hombre. Y eso —sonrió, tratando de animarle— lo estás consiguiendo.

—¿De verdad? —preguntó Octavio, cansado—. ¿De verdad crees que puedo mantener a Roma unida si no consigo hacerlo siquiera con mi propia familia? No puedo prolongar esta situación por más tiempo, Agripa. Es como navegar bajo la amenaza de un motín perpetuo. Quizá —señaló las cartas que Agripa recogía a los pies de su cama— todo esto sean señales. Señales de que tengo que tomar una decisión con respecto a esos niños. Antes de que todo salte por los aires.

XXV

—¿De campaña? —inquirió Octavia, sobresaltada ante la noticia que Julo acababa de arrojar en la mesa a la hora de la cena. Todos le miraron con interés, y Julo amagó una sonrisa ante su improvisado protagonismo—. ¿Octavio se va de campaña? Por todos los dioses, hace apenas un par de meses que ha salido de una enfermedad que le ha tenido postrado en cama. ¿A que *limes* perdido del otro lado del mundo tiene que ir a batallar? ¿Acaso estamos en guerra?

—Roma siempre está en guerra —reseñó él, sirviéndose una generosa ración de pan—. Una consecuencia de tener tantos enemigos…

—Hablas como si no fueras romano… —advirtió Livia, sibilina.

—Constato la verdad. A lo mejor eres tú quien ve intenciones ocultas en mis palabras. Como en todo…

—No fue mi madre quien se encerró en un templo pagano junto a un grupo de disidentes —intervino Tiberio.

—¡Basta! —Octavia posó una pila de platos con estrépito sobre la mesa para hacerse oír—. Escuchemos las noticias de Julo. Livia, ¿sabías tú algo de esto?

Su cuñada no tuvo más remedio que negar con la cabeza. Julo sonrió en voz baja. Por primera vez tenía más información que nadie más en esa casa. Se la había proporcionado Munacio Planco, que había estado en la sesión del Senado de esa mañana. Sabía que había sido uno de los hombres de confianza de su padre en Alejandría, antes de traicionarle. A Julo le gustaba frecuentarle porque le permitía saber más cosas de su padre en aquella época y con ellas, poco a poco, iba armando una imagen completa del hombre que nunca conoció. A Planco le halagaban la pasión y el interés del joven. Le recordaban, con cierta nostalgia culpable, al Antonio de los primeros tiempos, al que se comía el mundo, al que había enfrentado a Roma con sus propios fantasmas, al que había perseguido hasta los confines de la tierra a los asesinos de César.

—Parece que se ha decidido hoy —continuó, porque aquel silencio invitaba a hacerlo—. El Senado le renovó en su título de

cónsul junto a Agripa y entonces él dijo que no podía aceptarlo, que su trabajo por devolver Roma al buen camino había terminado y que a partir de ahora esa labor quedaba en manos del Senado y del pueblo. Y que no aceptaba ningún cargo más. —Su auditorio le escuchaba expectante—. Y entonces se organizó un revuelo en el Senado, y todos, o al menos algunos, se echaron las manos a la cabeza. «César, no nos dejes», «No abandones a Roma», «No abandones a tu pueblo». Y hubo gritos y alboroto y llantos…

—Te lo estás inventando…—sugirió Tiberio, incrédulo. Le resultaba ridículo imaginar a Octavio despertando ese tipo de incendiarias pasiones.

—Calla, Tiberio —le regañó su madre por primera vez en mucho tiempo. La novedad le hizo enmudecer en el acto—. Julo, sigue contando…

—Que Júpiter me atraviese con un rayo aquí mismo si estoy mintiendo. O por lo menos si no estoy contando las cosas como me las ha contado Planco.

Helios puso los ojos en blanco ante la credibilidad que le merecía el testimonio de Planco, pero su opinión no pareció importar a nadie más.

—No tientes a los dioses, Julo —le recriminó Octavia—. Y sigue.

—Bueno —admitió Julo, disfrutando del momento—. Él, en mitad del Senado, que no, que no. Y todo el Senado, que sí, que sí, sintiéndose perdido, como un niño abandonado…

—De eso tú sabes mucho…

—¡Tiberio!

—… Y entonces —continuó Julo sin entrar al juego de Tiberio —, le pidieron que se hiciera una excepción, un período de mando extraordinario, como mínimo hasta que las provincias no pacificadas se asienten. Pero él dijo que no, que eso sería aceptar el ejercicio de una autoridad indefinidamente y que iba en contra de las reglas de la República romana…

—¿Le han ofrecido ser *dictator*? —Livia no pudo evitar ponerse una mano sobre el pecho, quizá ante el vértigo de todo, lo malo y lo bueno, que ello simbolizaba—. ¿Como a Julio César?

Julo no contestó inmediatamente. No estaba dispuesto a sacrificar el ritmo de su narración a fuerza de interrupciones.

—Siguieron que sí, que no y entonces llegaron a un término

medio. No sería un mando indefinido, sino uno de diez años. Algo aceptable en términos humanos. El Senado le ofreció el mando de *imperator*, comandante en jefe, el que ya le reconocían sus tropas. Y decidieron, para este período extraordinario, acuñar un título también extraordinario. *Princeps* se quedaba por debajo de sus nuevas funciones, *imperator* estaba muy asociado al ejercicio militar… Trataron de inventar uno nuevo, que bebiese de los antiguos valores tradicionales romanos. Rómulo, pensaron, como el primer romano, pero, ay, Rómulo tenía connotaciones monárquicas y Octavio de ningún modo deseaba que le asociasen con la imagen de un rey. Y entonces Planco propuso un *cognomen* que expresase majestad, buenos augurios y que no tuviese ningún tipo de connotación negativa: Augusto. Y así le nombraron.

—¿Planco? —replicó Helios con desdén—. Ese perro indeseable es capaz de lamer la mano de cualquier dueño… y de morderla en cuanto se acabe el pan.

—¿Y entonces? —quiso saber Livia, confusa—. ¿Le han concedido un nuevo *cognomen* y un mando extraordinario de diez años? ¿Como cónsul?

—No sé. Como lo que quiera que hayan acuñado para la ocasión. Han llegado a un término medio: el Senado se encargará del resto de las provincias y él tendrá el mando absoluto de las provincias no pacificadas. Curiosamente, las que necesitan mayores efectivos militares —subrayó con una ironía que nadie pareció captar—. Para que él las pacifique con su infinita sabiduría. Y la primera resolución que ha tomado es intervenir militarmente, para corresponder a la confianza depositada en él. Y organizar una campaña que dirigirá en persona.

—Vaya, pues sí que tiene ganas de salir de aquí… —observó Tiberio con una sonrisa que su madre frenó en seco de una sola mirada.

—Tiene sentido —asintió lentamente Livia, comprendiendo su lógica—. Una campaña militar exitosa realzará su poder y permitirá que las rencillas internas se diluyan frente a un enemigo común.

—¿Pero una campaña militar dónde? —quiso saber Octavia.

Julo se encogió de hombros.

—Imagino que a una de las provincias no pacificadas. En la Galia, en Siria, en Hispania… —Hizo una pausa efectista y paseó su

mirada de uno a otro mellizo sobre la mesa—… O en Egipto.

Durante el resto del día Selene rumió en silencio las infinitas posibilidades que la noticia abría ante sí. Livia había enviado a esclavos de confianza al Campo de Marte, el foro y las tabernas para recabar algo más de información. Octavia pidió a Marcela que acudiera a la casa familiar, cosa que la muchacha hizo, pero ella tampoco sabía nada. Agripa había salido temprano por la mañana en dirección al Senado, acompañado de sus lictores, y aún no había regresado. En las calles se respiraba un rumor inusual, creciente, que a Octavia le recordaba las informaciones contradictorias, la incertidumbre de avispero del día que mataron a César. Que si Octavio había sido nombrado dictador indefinidamente, que si volvían a abrirse las puertas de Jano porque Roma entraba de nuevo en guerra… Nadie sabía decir si la presunta campaña que se anunciaba era un ataque preventivo o si es que los galos estaban a punto de entrar en Roma como habían hecho tres siglos atrás. Las mujeres hacían acopio en el mercado. En la casa se esperaban las nuevas de fuera, e incluso el atriense las acechaba con las puertas abiertas. La noticia de aquella presunta campaña militar había hecho hervir la sangre de los muchachos mayores, que se veían participando en ella, y había sembrado de inquietud los corazones de Livia, de Marcela y de Octavia. Selene sentía que la novedad le ardía en la piel y necesitaba comentarla. La cercanía de Helios, tras la escapada que habían protagonizado en la boda de Marcela, le provocaba sensaciones encontradas que no sabía manejar, así que permaneció junto a Julia y Antonia la Mayor, fingiendo que bordaban.

—Julia, ¿cómo puedes estar tan tranquila? —preguntó Antonia.

—¿Y por qué tendría que inquietarme?

—Llevábamos dos años de paz y tu padre va a emprender una nueva campaña ahora…

—Quizá —matizó Selene con cierta esperanza— en Egipto… Nos engaña a todos continuamente, pero ansía hacer de mi país su villa particular…

—¿Y me va a llevar con él?

—Pues… no; no creo —admitió Antonia.

—Entonces —afirmó con una indiferencia impostada— me da igual la parte del Hades a la que se vaya.

Fue Juba el primero que trajo informaciones nuevas a la casa. Él no tenía rango senatorial, pero sí buenos contactos entre los mejores amigos de Octavio, que en esos momentos estaban celebrando, junto a él y Agripa, la buena nueva. No había muchas personas que supieran lo que iba a suceder antes de que ocurriera, pero Juba era una de ellas.

—¡Vamos, Octavia! —la tranquilizó con tono alegre—. ¿De verdad crees que este nombramiento y su responsabilidad son algo espontáneo? ¿Que tu hermano dejaría una decisión así en manos de los dioses o el azar? Todo estaba orquestado de antemano. Mecenas había trazado un plan perfecto y su bolsa había comprado las voluntades de los senadores más capaces de remover a los demás. Una decisión tan aparentemente espontánea como esta lleva mucho trabajo detrás. Primero se anularon todas las órdenes de los triunviros, incluidas las suyas, claro. Así se consideró restaurada la *res publica*. A partir de ahí, él bajó la cabeza humildemente, renunció a todos sus poderes y se los devolvió al Senado. Su trabajo había terminado al reinstaurar la República, afirmó. ¿Cuándo has visto a alguien que haga eso? Me han dicho que hubo lágrimas durante su discurso. Suyas, incluso. Buen ciudadano, respetuoso, humilde, implicado… ¡Los conquistó!

—¿Y si no hubiera funcionado?

—¿Cómo no iba a funcionar? Enseguida, los senadores pagados por Mecenas se mesaron los cabellos preguntándose qué iba a ser de Roma ahora… ¡No estaba preparada para caminar sola! ¡Sin un mando único volvería a caer en una guerra civil!

Juba parecía divertirse relatando la consecución de los hechos como el que narra una obra presenciada en el teatro. Y quizá no hubiera tanta diferencia. Pero a Octavia aún le impresionaban la sangre fría y la capacidad de cálculo de su hermano.

—¿Cuántos senadores hay, Juba? —preguntó—. ¿Novecientos? ¿Cuántos puede comprar Mecenas sin que esto sea un absoluto escándalo? ¿Cincuenta? ¿Cien? ¿Doscientos? Podría no haber funcionado…

—Octavia —le reprendió cariñosamente Juba con una sonrisa contagiosa—, es tu hermano. Le conoces mucho mejor que yo… Todo sigue un plan cuidadosamente trazado. Aún estaba en Egipto cuando comenzó a purgar senadores y a echar a los más afines a

Antonio. Sabía perfectamente que funcionaría. ¿Cuándo no ha funcionado, por muy sorprendente que nos pareciera, algo ideado por Octavio?

Aquella noche, a altas horas de la madrugada, el atriense, en presencia de Octavia, abrió la puerta a los cónsules romanos que, precedidos de sus respectivos lictores enarbolando las fasces, venían apestando a vino barato, abrazados el uno al otro, tambaleándose y canturreando las obscenas cancioncillas que encantaban a los legionarios. ¿Cuándo había maniobrado Octavio para convertir la República en una dictadura con otro nombre? ¿Cuándo había decidido emular al malhadado Julio César? ¿Había sido siempre tan ambicioso y, como Antonio, ella no había sabido verlo? Le observó con dureza. Ahí estaba su hermano imbuido de su nueva dignidad. El *Augusto*. Comportándose como el Antonio de las noches de juerga. No podía cerrarle la puerta de su propia vivienda en las narices, pero no pudo por menos de preguntarse cuál sería el castigo por derramar un cubo de agua sucia sobre el rostro del nuevo *imperator* de Roma.

La nueva *dignitas* empezó a hacerse evidente a la mañana siguiente, cuando un grupo de pretorianos se situaron ante las puertas de la *domus* palatina y otro contingente ocupó los corredores que desembocaban en el atrio. Los muchachos contemplaron admirados el desfile impasible de los nuevos guardias uniformados que se instalaban en la casa solo para responder de la vida de Octavio. Un grupo de operarios colocó en la puerta de la, hasta el momento, discreta vivienda del cónsul, la prestigiosa corona de laurel reservada a los ciudadanos romanos que habían salvado vidas de otros ciudadanos. La pequeña Antonia batió sus palmas, arrobada ante la dignidad concedida a su tío. Solo Helios escupió en el suelo sin ningún disimulo. Demasiados guardias. Demasiada vigilancia. Habían dejado que la planta creciera. Ahora no sería tan fácil arrancarla de raíz.

Sería la primera campaña que Octavio emprendería sin la inestimable ayuda de su mejor general, pero era absurdo que dos cónsules romanos salieran de campaña, unificando legiones y corriendo el riesgo de dejar a Roma descabezada. Se había hecho en algunos momentos críticos de la historia, como cuando el cartaginés

Aníbal se abalanzó como un animal herido sobre Roma y los resultados habían sido nefastos. Por eso Agripa aceptó humildemente su función. Él se quedaría en Roma. A cargo de la ciudad y, como esposo de Marcela, también de la familia. Le producía un vértigo indecible saber que Octavio, gran estratega, pero poco dotado para la vida militar, partiría por primera vez sin él.

—Prométeme que te cuidarás, Octavio… Augusto —le pidió con la preocupación destellando en sus ojos de militar bregado—. Que elegirás bien a tus ojeadores. Que plantearás las operaciones con frialdad y distancia. Que te cubrirás como te he enseñado.

—Prométeme tú que le habrás dado un par de cachorros a Marcela a mi vuelta… —sonrió él a su vez.

—Yo… —el audaz general se sonrojó como un escolar enamorado—… prometo al menos que lo intentaré, señor…

Octavio le estrechó entre sus brazos, pese a que el contorno de las espaldas de Agripa era casi dos veces el suyo.

—Aún nos quedan muchos preparativos que cerrar. Aquí cuento contigo. Allí contaré con Juba. Sé que no me fallaréis. Y ahora, pídele a Kallyas que avise a los muchachos —sonrió—. Voy a hacer una auténtica leva en esta *domus*…

Los varones de la casa de Octavio formaron ordenadamente frente a su *tablinum*. Rezumaban expectación y ganas. El vértigo adolescente de enfrentarse a la vida adulta, junto a la falta de percepción de los auténticos riesgos tan característica a esa edad… Una mezcla peligrosa. Pero era una buena oportunidad para entrenarse en un campo de batalla. Y para cambiar de lugar algunas de las piezas de aquel tablero.

—Marcelo y Tiberio, estáis autorizados a venir conmigo en la nueva campaña militar —anunció Octavio con gesto aparentemente descuidado y provocando los mudos gestos de alegría de los dos muchachos—. Alejandro Helios, dada tu preparación militar y los informes favorables de Agripa, tú estás autorizado a venir también si lo deseas…

—¿A Egipto? —preguntó con insolencia.

—Aún no lo he decidido —admitió Octavio—. Tengo que estudiar los informes de nuestros legados. Iremos donde el apoyo de las legiones sea más útil en estos momentos. Pero, evidentemente, si

lo que te asusta es enfrentarte a un combate real…

—No me asusta nada —exclamó Helios con ojos centelleantes—. Iré.

—Es absurdo —exclamó Tiberio—. No tiene la edad correspondiente.

—Tampoco tú tienes la edad correspondiente —le recordó Octavio pacientemente—. Es una cortesía que me permito con el hijo de mi esposa.

—Pero él ni siquiera es romano.

—Mi padre era romano, saco de mierda… —se encendió Helios.

—Tu padre renegó de su patria para regalársela a su puta…

Octavio hizo un único gesto con la barbilla. Cuatro de sus pretorianos inmovilizaron a los dos muchachos. Juba se situó frente a los dos con rostro serio y extrajo su cuchillo de la vaina.

—Tengo instrucciones muy precisas del Augusto. Si vais a formar parte de una expedición militar, no podéis ni siquiera levantar la voz a un compañero. Ya no estáis en el patio de vuestra casa ni en el campo de juegos. La próxima vez que se produzca una situación similar os arrancaré la lengua —advirtió—. A los dos.

Helios tragó saliva. Tiberio trató se sacudirse del fiero agarre del pretoriano sin éxito.

—¿Habéis entendido? —preguntó Octavio, aparentemente complacido.

—Sí, señor —admitieron los dos muchachos al unísono.

—Bien. Así serán las cosas hasta que partamos. Y después, por supuesto —anunció—. Régimen militar. Disensiones, motines, faltas de disciplina o sobre un compañero, pereza y desobediencia serán castigadas. No como se castiga a los niños, sino como se castigan las faltas en el ejército. Si queréis ser tribunos militares, procurad comportaros como tales. —Bajó la vista y fingió consultar sus papeles.

—¿Y mi hermano, señor? —se atrevió a preguntar Tiberio.

—Druso es aún muy joven para enfrentarse con una auténtica campaña militar —decidió Octavio—. Se quedará en la casa.

A nadie le pasó desapercibido que a partir de ese momento Helios y él estarían separados por millas de distancia.

—¿Y yo, señor? —preguntó Julo, dando un paso al frente y tratando de no mostrar la indignación que le hacía hervir la sangre.

—Julo —sonrió Octavio. Una sonrisa tibia, fingida—. A ti te necesito en la casa.

—¿Para qué, señor? ¿Para cuidar de Druso?

—Tendrás una privilegiada función de *paterfamilias* —apuntó obsequioso—. No voy a dejar mi casa desguarnecida de la presencia de un representante masculino.

—Se queda Agripa…

—Agripa tiene su propia vivienda. Y su propia familia.

—Me gustaría combatir —insistió el muchacho.

Los ojos de Octavio se posaron en él como el peso de dos monedas de plomo. La sonrisa desapareció de su rostro.

—Y a mí, Julo, me gustaría que me obedecieras —siseó—. ¿El Senado me nombra *imperator* y mis órdenes se discuten en mi propia casa?

—No, señor.

Con la llegada del anochecer aquel trajín de clientes que entraban, mensajes que salían, bolsas llenas de *aurei* moviéndose en todas direcciones, mapas militares abiertos sobre la mesa, esclavos sirviendo vino y refrigerios, y libertos empaquetando documentos y equipaje en cofres pareció relajarse. La *domus* cerró sus puertas hasta el día siguiente y solo la familia permaneció en su interior. Todo el mundo parecía tener claro cuál era su papel en el próximo orden establecido. Livia se acercó al *tablinum* de Octavio, que seguía revisando sus papeles, pese a que la mitad de la casa ya dormía, y le acercó una copa de vino rebajado y caliente. Le sonrió.

—Gracias —murmuró, y deslizó su nariz, helada con el viento de enero proveniente del patio, por las mejillas de su *imperator*.

—De nada —aceptó él—. Todo según tus deseos… Tiberio combatiendo, y Helios y Druso separados…

—Pero a la vez cerca de ti, para no dejarle sin vigilancia… —propuso Livia.

—Y lejos de la influencia de su abuela… —recordó él.

—Y separado de Julo…

—Y separado de Julo —admitió—. Dos hijos de Antonio juntos son demasiados en esta casa…

Livia sonrió para recordarle lo complacida que estaba con aquellos movimientos que en absoluto eran casuales.

—Y Selene —le recordó—. Lejos de ti…

—Y Selene, lejos de mí. —Octavio notó un nudo en la garganta al entonar esa frase, pero trató de que no se le notase—. Y tú —añadió—, cerca de mí…

—No es tan habitual que los comandantes lleven a sus mujeres a las campañas —reconoció—. Te agradezco que me des esta oportunidad.

—Te llevo en calidad de asesor militar… —bromeó él. O quizá no—. Sabía que te gustaría. Mi hermana o mi sobrina Marcela no podrían soportarlo, pero apuesto a que tú aguantas las privaciones de la vida en las milicias mejor que yo.

—Augusto —murmuró cariñosa, paladeando su nuevo nombre—. Sabes que aguantaré cualquier cosa con tal de que no nos separemos. No sería acertado en este momento —susurró en su oído—. Quizá en esta nueva etapa que emprendes, necesites, más que nunca, ir pensando en tener un heredero.

XXVI

—¿Te interrumpo?

Selene soltó precipitadamente el rollo que consultaba, sentada en uno de los bancos de piedra en la biblioteca del templo de Apolo Palatino. Este cayó al suelo y se cerró sobre sí mismo en un siseo de serpiente fugitiva. Juba se acercó a ella, lo tomó entre sus manos y lo desenrolló de nuevo despacio, permitiendo que sus dedos rozaran el cuero viejo y cálido, como la piel rugosa de un anciano. Lo acarició con reverencia. No solo eran los irregulares trazos en griego. También el tacto de aquel material le hablaba del pasado.

—Anáximenes de Lámpsaco… —leyó el nombre del autor—. ¿Es la *Retórica a Alejandro*?

Selene le observó entre la incredulidad y la admiración. ¿Cuántas posibilidades había de que en aquella *domus* de ladrillo y barro que olía a mierda de gallinas alguien hubiese oído hablar del mayor tratado sobre retórica compuesto como una guía para el Gran Alejandro?

—¿Conoces la obra? —le preguntó.

—Yo sí —sonrió el joven—. Lo que me sorprende es que la conozcas tú…

—¿Porque soy una mujer? —preguntó ella desafiante.

Juba esbozó una sonrisa ante su constante necesidad de ponerse a la defensiva.

—Porque eres una niña —le rebatió—. Demasiado joven para algo tan arduo.

—Cumplo trece años ahora —le recordó la muchacha—. Tengo la misma edad que Alejandro cuando Aristóteles se convirtió en su preceptor. Creo que estoy en disposición de entenderlo.

—Dos hermanos mellizos. Una, con una inteligencia prodigiosa. Otro, extraordinariamente dotado para las armas… —se asombró—. ¿Qué tipo de prodigio ha creado dos seres tan dispares? Y tan complementarios.

—Acudí desde niña con mi madre a la gran biblioteca, la que incendiaron las tropas de Julio César —respondió Selene con dureza

—. Nunca ha vuelto a alcanzar tal volumen de escritos, y ni todos los historiadores romanos se aproximarán a aquel saber jamás. Helios, mi hermano, se entrenó con mi padre desde muy niño. Con armas reales. Con apenas cuatro años yo leía ya griego y latín. Helios apenas tenía cinco cuando volvía herido, salvaje y orgulloso de sus cortes, después de haber puesto en aprietos a Delio o al propio Planco. Unos padres prodigiosos. Ese es todo el prodigio.

—No puedes olvidarlos… —constató.

—¿Quién les recordará si yo les olvido? ¿Has olvidado acaso tú a los tuyos?

Juba soltó sus rollos de pergamino en el banco de piedra y se dejó caer al lado de la princesa egipcia.

—Casi —reconoció—. De mi padre recuerdo su nombre, su lucha, su muerte… De mi madre, apenas recuerdo nada. Murió muy pronto. Yo era muy niño cuando me trajeron a Roma. Las tropas de César. —Sonrió para subrayar la similitud—. Mi país tuvo la mala fortuna de alinearse con los ejércitos de Pompeyo. Y Roma —suspiró— no suele tener piedad con los vencidos.

—¿De dónde vienes? —preguntó ella curiosa. Aquel tono de piel, aquella voz grave y musical, aquellos ojos cambiantes del color del ámbar siempre le habían parecido más cercanos a su ya lejano mundo egipcio.

—De Numidia —respondió él—. ¿Lo conoces?

—De las cartas de guerra de mi padre —reconoció ella—. Al oeste. A unas mil quinientas millas romanas de Alejandría.

Él asintió complacido. En sus ojos había el poso denso de algo asimilado y sabido. Algo tan lejano que ya apenas llegaba a ser tristeza.

—También desfilé en un triunfo —advirtió—, aunque era más pequeño que tú. No hizo falta que me encadenaran. Era tan pequeño que permitieron que mi madre me llevara en brazos. Fui un prisionero bastante feliz, por lo que cuentan…

Su sonrisa trató de restar dureza al recuerdo de su pasado. Selene lo observó admirada, y trató de imaginarle rodeado de soldados enemigos, más pequeño aún que Ptolomeo. ¿Por qué en aquella *domus* poblada de susurros nadie le había contado su historia antes? ¿Por qué no se la había contado él? Supo con esa certeza que le embargaba en ocasiones que no le gustaba hablar de

ese otro mundo bárbaro que subyacía debajo de su piel de ejemplar ciudadano romano. Quizá temía que alguien decidiera que aquel no era su sitio y que, como había insinuado la primera vez que hablaron, no le quedara ya ningún otro lugar al que volver.

—¿En el triunfo de César? —preguntó.

—Junto al jefe galo Vercingétorix. Un honor, si lo hubiese sabido entonces. —La miró largamente—. Y junto a tu tía Arsínoe. César la trajo a Roma como una rival vencida después de haber puesto en el trono a tu madre. Quizá —aventuró, enamorado de los vericuetos de la historia— si César se hubiera encaprichado de ella y no de Cleopatra, tú y yo no estaríamos hablando aquí ahora…

Selene se perdió en esa posibilidad también. En la de que todo hubiera sucedido de alguna otra manera. ¿Cuántas veces un acontecimiento en el tiempo hace que todo gire en el orden incorrecto? ¿Hasta dónde habría que remontarse en una consecución de decisiones mal tomadas?

—A veces me gusta pensar eso —le reveló ella, cómplice—. Que la historia cambia. Que nosotros ganamos en Actium. Que es mi padre quien abofetea a Tiberio. Que Marcela, Julia y las dos Antonias tejen en mi palacio de Alejandría… —Hizo una pausa ante su propia imagen mental—… Aunque allí solo tejen las esclavas.

—¿Y yo? —sonrió—. ¿Qué papel tengo en esa corte paralela de perdedores?

—No lo sé —mintió ella, ruborizándose—. Nunca he pensado en ti allí…

Se puso en pie precipitada, nerviosamente, y se asomó al exterior. Los brotes de los primeros almendros se anunciaban en las ramas. El mundo siempre seguía sus cursos y su ciclo. Inmutable. Roma nunca le había parecido tan pequeña y opresiva; la casa de Octavio jamás le había parecido tan asfixiante como ahora que sabía que se quedaba sola.

—Solo yo me quedo. ¿En Roma las mujeres no combaten? —preguntó a nadie en particular—. Mi madre iba a la guerra con su flota propia, ayudando a decidir estrategias, discutiendo con los generales… Todo es igual de sucio y miserable aquí un día detrás de otro, y ahora todos os vais —advirtió, presa de una extraña desazón—. Tú te vas. Helios se va. Y yo no sé si voy a saber vivir sin él —confesó—; nunca hemos estado separados.

—Sabrás. Eres una muchacha muy valiente. Una superviviente. Un prodigio, digna hija de tus padres —le reconoció en un guiño—. Y al volver, Octavio os casará y volveréis a estar juntos. Para siempre.

El tono de Juba tenía una indefinible pátina de nostalgia que esta vez, sin embargo, Selene no alcanzó a percibir. Estaba pensando en Helios. En cómo las guerras y las distancias eran diferentes para los hombres.

—¿Para siempre? —preguntó con acento desolado.

—Para siempre —corroboró Juba con una sonrisa triste—. ¿No es eso lo que te gustaría?

Aquellas dos palabras provocaron un escalofrío en su piel. Sus padres también habían soñado estar juntos para siempre.

—¿Y cómo sabré que está bien mientras tanto? —suspiró—. ¿Cuánto tiempo puede pasar hasta que vuelva?

—No sé si Octavio le permitirá escribirte —admitió Juba—. Todas las misivas se envían a la vez cuando existe un correo, pero tienen prioridad los despachos importantes. Si quieres —apuntó—, yo le escribiré a Octavia. Para Augusto también será una tranquilidad saber que su hermana está informada y él podrá dedicarse a los despachos importantes. Así tendréis noticias de Helios, de Marcelo, de Tiberio…, incluso de Livia —añadió con un guiño—. Por si la echáis de menos.

—¿Lo harías? —preguntó Selene ilusionada.

—Cuenta con ello…

Selene suspiró en silencio. Cómo les costaba a los hombres comprender que las mujeres eran rehenes dos veces, porque ni siquiera tenían la oportunidad de moverse libremente. Si la moral que imperaba en Roma las sometía de tal modo, estaba segura de que muchas de ellas envidiaban el mítico libertinaje alejandrino. ¿No podrían haber sido dos mellizos varones?, se preguntó. ¡Pero era tan oportuno que fueran de diferente sexo! Sintió un escalofrío en el vientre al recordar, sin pretenderlo, la noche de la boda de Marcela y Agripa. No habían vuelto a encontrarse en un episodio similar; ni a buscarse siquiera. Selene evitaba una intimidad que la perturbaba y bajaba la vista cuando él, posesivo, buscaba su mirada. Le imaginó buscando alivio con alguna de las esclavas, como sabía que hacía el resto de muchachos de la casa. No supo si

le dolía.

—A veces —reconoció—, cuando leo estos textos sobre mi dinastía, sobre los primeros lágidas, me imagino yo también en una de esas campañas heroicas, pero no como una mujer que espera en la tienda de su esposo —admitió—, sino como un hombre. Como el primer Ptolomeo. Y cabalgo como él, junto a Alejandro, dispuesta a conquistar Persia y el mundo a lomos de un caballo…

Juba la observó con una ligera sonrisa.

—¿Sabes montar?

—¡Claro que sé montar! En Alejandría tenía mi propio caballo. Un caballo de guerra. Mi padre me lo regaló. ¡Me encantaba correr sobre él! Me gustaba pensar que quizá era un descendiente de Bucéfalo…

—Nunca he visto a una mujer montar a caballo aquí más que para viajar —confesó—, pero mi país es famoso por sus jinetes. Algunos combatieron con Aníbal. Otros contra él. Donde iban desequilibraban la balanza y decidían el resultado de las batallas. Yo monto desde niño. Quizá sea lo único de mi tierra que aún llevo en la sangre.

—¿Las mujeres también combatían en tu país?

—No estoy seguro —confesó—, pero también montaban…

Los dos bajaron la vista al suelo en silencio. Él se puso de pie, repentinamente, casi en un salto, conquistado por una idea.

—¡Ven! Avisaremos a Calíope de que estás conmigo. Livia está demasiado ocupada con los preparativos y a Octavia no creo que le importe. Diremos… que me estás ayudando con una traducción.

—¿Y qué haremos en realidad? —preguntó ella con los ojos muy abiertos.

Juba la miró de arriba abajo y le sonrió con una ilusión casi infantil en los ojos.

—Te conseguiré algo más apropiado. Y un casco. Nos vamos a conquistar Persia, Selene. A caballo.

Aquel día voló por el Campo de Marte presa en el vértigo de la carrera, vestida como un joven équite, sobre uno de los corceles a cargo de Juba, uno de los mismos que apenas unas semanas después partirían rumbo a aquella campaña militar. Y se sintió más viva de lo que se había sentido en mucho tiempo, capaz de saltar sobre aquel atajo de guardias infelices que bostezaban junto a las

murallas servianas y huir hacia los bosques. Capaz de reclutar un ejército propio para asegurar su huida; capaz de tomar las riendas de un futuro que se le resistía. Deseó que Helios pudiera verla, que Julia pudiera verla, que el propio Octavio, con ojos espantados, pudiera verla… Juba le sonreía en cada vuelta, gratamente impresionado, y le decía que, si no partiera tan pronto en esa expedición incierta, le cortaría el cabello, la haría vestir como un muchacho númida y patrocinaría su participación en las carreras. Selene sabía que era mentira, que era como las verdades a medias que le contaba de su padre a Octavia, palabras destinadas solamente a arrancar una sonrisa, pero que no podían cambiar la realidad.

Y cuando se cansó de correr, de respirar el cálido aliento del caballo en las cuadras, de acariciar aquel hocico aterciopelado que la devolvía a su infancia, se lavó el rostro y los brazos en el Tíber como aquellos muchachos romanos, se mojó la camisa, se sacudió el polvo de la pista y con el pelo azabache recogido bajo un turbante, con la identidad fingida de un joven esclavo oriental, recorrió junto a Juba las tabernas en busca de vino rebajado, de cerveza bárbara y de historias jugosas. Bebió junto a legionarios que habían combatido con su padre, con sacerdotes corruptos y exsenadores desterrados, bebió en compañía de mujeres que jamás tendrían entrada franca en la casa de Octavia, junto a adivinadoras y jugadores de dados que necesitaban siempre una partida más para seguir bebiendo. Se sintió audaz y clandestina, como sus padres cuando formaban parte de la Sociedad de los Vividores Inimitables, cuando se disfrazaban y se echaban a las calles de Alejandría para respirar el pulso de una población, ahogada por los tributos a Roma, que a ratos los quería y a ratos los odiaba. Juba la miraba con ojos chispeantes, y una admiración naciente bailándole en los labios, y ella se sentía poderosa y deseada casi, como quizá se había sentido su madre ante aquellos importantes generales romanos. No quería pensar. Ni en Helios. Ni en Juba. Ni en la guerra que a ellos les alejaba y a ella la varaba en Roma. Por eso se dedicó a hablar, a beber, a reír como hacía años que no le nacía hacerlo.

Se mezcló, audaz y temeraria, con la gente de la calle: mendigos, vendedores, maleantes y esclavos. Escuchó lenguas que solo ella comprendía y otras que hasta ella ignoraba. Asistió en un instante a

intentos abortados de conjuras y a tratos mercenarios de taberna. Escuchó echar de menos a César, elogiar a Octavio, compadecer a Antonio y en todas las bocas aquel acento entre despectivo y admirado al referirse a Cleopatra, la puta, la bruja, la hetaira. Y nadie, absolutamente nadie, sabía quién era ella.

Y se sintió tan llena de realidad y de fuerza, tan recargada de una energía humana y milenaria que se supo capaz de esconderse entre las decenas de miles de efectivos que partirían en breve desde Roma para pacificar terrenos que no deseaban ser pacificados. Ser uno de aquellos muleros que vigilaban las provisiones, de los muchachos griegos que manoseaban los soldados, caminar de día y de noche, con lluvia y con sol, todo con tal de hacer aquel camino de vuelta y de encontrarse junto a Helios, en la tierra en la que habían nacido, para reivindicar de nuevo su derecho a aquel trono. Aquella aventura improvisada le daba alas y audacia suficiente para pensar, ¿por qué no?, en infiltrarse en aquella nueva campaña romana contra Egipto.

—¿Egipto? —exclamó Juba, genuinamente sorprendido cuando ella deslizó el presunto destino de la campaña para obtener algo más de información sobre los preparativos—. ¿Quién te ha dicho que vayamos a Egipto?

—Julo… —balbuceó insegura—… Octavio dijo que emprendía una campaña contra las provincias no pacificadas… Y Egipto…

—Hay casi más zonas en proceso de pacificación que legiones, ahora que Augusto las han reagrupado —se lamentó Juba—, pero provincias, consideradas como tal, solo hay cuatro. Y es cierto que Egipto es una de ellas y que Galo está teniendo problemas allí, pero no es urgente. Augusto ha despachado con Estatilio Tauro y ha establecido una nueva prioridad…

—¿Qué… qué prioridad? —acertó a preguntar—. ¿Adónde vais?

¿Dónde, en nombre de Maat, se llevaban a Helios?

—A Hispania.

XXVII

Postridie idus octobres, anno 726 ab Urbe condita
Segundo consulado de Octavio y Agripa
Otoño, año 27 a. C.

Querida Octavia,

Hemos desembarcado en Tarraco, una ciudad tan romana como las que puedas encontrar en la península itálica. Aunque los legados nos alertaron de las bajas temperaturas en la zona de los cántabros, aquí el tiempo es tan plácido y húmedo como en Roma. Estamos lejos aún de la zona de conflicto y esperamos la llegada de todas las naves sin contratiempo para reorganizarnos y estructurar la marcha, ya por tierra.

Hispania es un territorio grande, rico y diverso. Su geografía y sus pueblos son tan diferentes en su relación con nosotros que Augusto ha determinado dividirla en tres provincias diferentes, como Agripa está haciendo también con la Galia. Tarraco es la capital de la Hispania Citerior y a diferencia de la Baetica, al sur, que está bajo control senatorial, esta zona, mucho más levantisca, estará directamente bajo control imperial. En el norte se encuentran los últimos pueblos que se resisten a someterse a Roma. Las victorias de nuestros legados aquí son tan costosas como efímeras, y Augusto espera revertir la situación.

Él se encuentra bien, con ánimos renovados y muy lejos de aquella extraña dolencia que le mantuvo postrado el año pasado. La dama Livia está tan

encantada de haber venido que se pasea entre las tropas y estas se cuadran ante ella como ante un general laureado. ¡Cualquiera se arriesga a que notifique cualquier desacato a Octavio!
Los muchachos están bien. Los tres han aguantado la travesía perfectamente, creo que influye el que se sientan en competencia constante. Helios ya ha aprendido algunas palabras con los pescadores de la zona, aunque nos han advertido que no tiene nada que ver con la lengua de los pueblos cántabros, mucho más bárbara. Se entrenan sin problemas y son de los primeros en salir de las tiendas con el alba. ¿Te estarás preguntando por la fórmula mágica para lograrlo? Es fácil. El truco está en que haga el mismo frío dentro que fuera.
Los tres han tenido buena acogida con los legionarios, que aprecian su ánimo, su origen y la valentía y resistencia que exhiben. Tiberio se muestra un poco más hosco con los hombres, pero si no entramos en combate pronto y demuestran que son tan válidos como cualquiera, me temo que Helios y Marcelo se convertirán en los niños mimados de la tropa. Lo que no quita en absoluto para que se los lleven a emborracharse de vez en cuando. Lamento no poder hacer nada frente a esto, noble Octavia. No sé si llegarías a entender lo que estas cosas unen a los hombres…

—Me hago una idea, sí —mascullo Octavia, interrumpiendo su propia lectura de la carta.

Helios manda un cariñoso saludo a su hermana y Tiberio un abrazo a Druso. Yo os abrazo afectuosamente a todos.

—¡Qué alivio! ¡Por un momento pensé que Tiberio nos mandaba un

abrazo a alguna de nosotras! —exclamó Julia. Y el resto de las muchachas prorrumpieron en risas.

—¿Por qué? —quiso saber Druso.

—Por nada, querido. —Octavia cercenó automáticamente la conversación y miró con dureza a su sobrina—. Julia, a ver si aprendemos a ser más discretas…

Leer las cartas de Juba en común, todos juntos, con la voz de Octavia, no proporcionaba la más mínima ilusión de intimidad, pero era una pequeña ventana abierta a ese otro mundo de barro y de sangre, el mundo de las guerras y los hombres. A veces incluso Marcela y Agripa acudían a la casa y escuchaban las breves crónicas. Marcela hacía comentarios divertidos. Agripa no. Parecía leer entre líneas. Quizá cotejara aquellas líneas de corte doméstico con los despachos que él mismo recibía. Selene intuía que echaba de menos aquellos escenarios de marchas fatigosas y aire libre en los que se manejaba mejor que en el sibilino mundo de favores de las familias patricias romanas entre las que él no dejaba de considerarse un advenedizo.

Nonis Ianuariis, anno 727 ab Urbe condita
Consulado de Augusto y Tauro
Enero, año 26 a. C.

> *Querido Cayo Juba*,
>
> *Gracias por tus noticias. Aunque tarden en llegar y las leamos con retraso, las esperamos con auténtico anhelo. En la Urbe no hay ninguna novedad, además de los despachos militares que, con toda seguridad, Agripa os hace llegar. Gracias por preocuparte en mantener la comunicación abierta, y, por favor, no dudes en informarme sobre el estado de salud de mi hermano, algo que él no osaría poner por escrito a sus generales. Recibid un abrazo y la protección de los dioses.*
> *Selene le manda un fuerte abrazo a su hermano*.

—¿No vas a poner nada más? —preguntó Antonia la Mayor a su

madre, algo decepcionada.

—Pues no —advirtió Octavia—. Las noticias importantes les llegarán por Agripa. Nosotros no tenemos grandes novedades. Y nadie en esta casa acudirá al circo ni al teatro mientras nuestros hombres estén en la guerra —zanjó—. ¿Qué queréis que les contemos de casa? ¿Que nos iremos a pasar el invierno a Pompeya? ¿Que haremos una visita a vuestra abuela Julia en su casa de Baiae? ¿Qué se nos han puesto malos dos esclavos en el momento de empezar a sembrar la huerta?

—Contado así —advirtió Julia—, me dan ganas de irme a la guerra a mí…

—Puedes poner que yo le mando besos a Tiberio —propuso Julo, provocador, entre las risas de las muchachas.

—Julo —sentenció Octavia—, ya vale.

Cuando se iba a dormir, el pensamiento de Selene viajaba a los paisajes que Juba iba describiendo: valles oscuros, paredes inexpugnables, cumbres nevadas. En su imaginación ella sentía el frío del que Juba no hablaba, el que les atería las manos y les impedía sostener las armas. En su mente recreaba largas marchas en las que no podían encender fuego para no ser detectados, y hombres que amanecían muertos de frío en sus guardias con lágrimas escarchadas en los ojos.

Kalendis Martiis, anno 727 ab Urbe condita
Consulado de Augusto y Tauro
Primavera, año 26 a. C.

Querida Octavia,

Los ánimos están altos, aunque quizá por Agripa y el Senado sabréis que las primeras bajas se las ha cobrado el frío. Produce cierta desazón un enemigo al que no puedes ver, ni siquiera combatir. Empiezo a pensar que estos astures han abandonado estas montañas malditas con sus propios traseros congelados. O eso o están escondidos en sus grutas riéndose de nosotros.

Augusto teme por nuestra columna de avituallamiento,

hostigada por grupos pequeños que actúan con extraordinaria rapidez: para no depender del transporte por tierra, ha fundado una ciudad portuaria en aguas cantábricas: Portus Victoriae Iuliobrigensium. Un lugar fantástico desde el que comunicar con nuestros efectivos en la Galia, pero inhóspito, a mi modo de ver, para establecer una colonia permanente. Créeme, nadie querría pasar el estío chapoteando en estas aguas bravas y gélidas, como sus habitantes.

Octavio le ha pedido hoy a Marcelo que inspeccionara e hiciera formar a las cohortes y lo ha hecho de forma magistral. Era imposible no percibir su orgullo. Tiberio y Helios se han peleado una vez más, en esta ocasión por un arma que los dos identificaban como suya. Les he puesto a los dos juntos a hacer guardia. Pegados, porque si no se dan calor el uno al otro, es imposible que sobrevivan a la noche. Y les he jurado que, si uno amanece muerto, yo mismo mataré al otro.

Debe de haber funcionado, porque los dos han sobrevivido. Es cierto que la propia Livia le hizo llegar mantas a Tiberio en medio de la noche. Sea por mi amenaza o no, al menos han tenido la decencia de compartirlas.

Con cada día que pasaba, con cada noticia de cómo se iba complicando la operación, con cada misiva, Selene echaba más de menos a Helios de una manera dolorosa y física. A veces creía sentir su frío pese a la tibia primavera romana, un frío que se le metía dentro de los huesos y que llevaba a Musa a aplicarle un emplasto de saúco para bajar la fiebre. Los dientes le castañeteaban y el cuerpo se le adelgazaba de no comer, pero no quería poner nada de eso en las cartas para no preocuparle. Tenía la enfermiza sensación de que, si a él le mataran, ella caería muerta en mitad del atrio de Octavio a su vez.

En ocasiones trataba de llegar a él, de hablarle a través de la

mente. Se encomendaba a la diosa y surcaba de puntillas el camino celestial asomándose al mundo de los muertos, preguntándose si él cayera y ella no, cómo conseguiría sacarle de allí. Octavio le ofreció la oportunidad de quedarse en Roma cuando el muchacho supo que el destino de la campaña era Hispania, pero ya era demasiado tarde. Augusto era un hábil conocedor de las débiles naturalezas humanas. Sabía perfectamente que Helios no permitiría que nadie le tachara de cobarde negándose a librar una batalla.

La primavera arrancaba en Roma y con el buen tiempo las calles se llenaban de risas y de la alegría de vivir. Sus sonidos llegaban amortiguados a la *domus* de Octavio, donde nadie tenía permitido el disfrute hasta la vuelta del *paterfamilias*. Selene revivía entonces, con una angustia que no se atrevía a confesarle a nadie, la espera, en su palacio de Alejandría, a que llegaran las noticias de Actium. En ocasiones, cansadas de aquel ejemplar retiro que pretendía espantar a la muerte, Julia organizaba pequeños encuentros clandestinos en sus habitaciones. Eran solo las chicas las que acudían a ellos, pero se sentían más libres para reírse sin la rígida observancia de Octavia. Las conversaciones eran más ligeras y a menudo incluso conseguían que Arween les sirviera, clandestinamente, algo de vino mezclado con agua para emular una de esas recepciones que habían dejado de celebrarse. Incluso Marcela le pedía a su madre que no fuera tan estricta con sus hermanas y su prima. Todas estaban ya en edad casadera y debían empezar a mostrarse en público como las joyas exquisitas que eran.

Nonis Iuniis, anno 727 ab Urbe condita
Consulado de Augusto y Tauro
Junio, año 26 a. C.

> *Querido Juba,*
>
> *No hay grandes novedades por aquí. Julo supervisa los entrenamientos de Druso, que se está convirtiendo en un jovencito amable y encantador, y las niñas se nos hacen mayores. Todas os echan muchísimo de menos y estamos cerrando la casa para ir a pasar el verano en las temperaturas menos extremas de Baiae. A todos*

nos sentará bien un cambio de aires.

Agripa ha inaugurado la Saepta Iulia en el Campo de Marte y tiene unas ideas increíbles de cómo debería ser la nueva Roma. Está construyendo una basílica a Neptuno y ha decidido abrir la biblioteca de Apolo al pueblo y exponer obras en ella, para que todo el mundo pueda admirarlas. Todas las obras respiran un aire monumental de corte helénico con mármol traído desde las montañas de Iliria e incluso de tu tierra, de Numidia. Te encantará verlo y sé que Augusto se sentirá orgulloso de su trabajo aquí. Es espectacular. Selene anda enfurruñada porque dice que Agripa quiere convertir Roma en algo que ya existe: Alejandría. Le manda un abrazo muy fuerte a su hermano y le pide que se lo transmitas. Druso le envía también un abrazo muy fuerte a Tiberio. Yo también os abrazo a todos, ruego por vosotros y espero que Livia no esté sufriendo demasiado los rigores del país.

¿Habían pasado ya nueve meses desde su partida? A Selene le resultaba casi imposible. Su vida en Roma parecía un paréntesis a la espera de la consecución de la guerra de Hispania. No había podido volver a montar a caballo. Los caballerizos no le permitían coger una montura sin un permiso que ni Agripa ni Octavia le concederían. Pasaba las horas de más calor bordando junto a Antonia la Mayor, Claudia o Calíope o estudiando hierbas tóxicas con Musa, una fascinación que había heredado de su madre. La biblioteca, aunque jamás lo reconocería, se le hacía más inmensa y ardua sin poder compartir su contenido con Juba, y la ausencia de Helios le resultaba casi física. Miraba hacia atrás al caminar, se volvía por encima de su hombro, le parecía percibir su roce, cuando estaba sentada. Se sentía como si le hubieran robado su sombra.

¿Cómo lo viviría él? ¿La echaría de menos o aquel mundo masculino de guerras, pérdidas, victorias y supervivencias se lo habría tragado? ¿Volvería cambiado para siempre? No podía decirle cuánto le extrañaba sin exponerse ante todos los demás. Y ante Juba. No había sitio en esas cartas para echar de menos de verdad,

para las palabras que cosquilleaban el alma, para los abrazos densos y apretados, para contar las pequeñeces que hacían daño en el corazón… El Senado barajaba la posibilidad de bautizar el mes *sextilis* con el nombre de Augusto en homenaje a sus servicios a Roma al igual que el divino Julio César había llamado julio al mes anterior, y aunque aún no estaba aprobado, Selene había llorado, derrotada una vez más, al enterarse de que existía esa sugerencia. ¿Cuántas veces más tenían que restregarle su victoria? ¿Roma había utilizado a los astrólogos de Cleopatra para reformar su torpe calendario y aun así se permitían darle el nombre de Augusto al mes *sextilis*? Aquel había sido el mes en el que se perdió Actium y, un año después, el mes en el que sus padres se quitaron la vida y Roma pudo entrar en la ciudad. Sabía perfectamente que era un nuevo triunfo simbólico, que ni al Senado ni al propio Augusto les importaba el llanto de una simple niña, pero habría querido tener a Helios junto a ella, abrazándola, consolándola y planeando venganzas imposibles.

Kalendas septembres, anno 727 ab Urbe condita
Consulado de Augusto y Tauro
Otoño, año 26 a. C.

> *Querida Octavia,*
>
> *Me gusta hacer ligeras estas pequeñas crónicas, pero a veces se me hace imposible. La orografía de este maldito país constriñe a nuestras legiones. Tenemos siete desplegadas, pero es como si tuviéramos un puñado de soldados borrachos que solo dan espadazos cuando les pinchan por la espalda. Los équites apenas pueden avanzar en este terreno. Astures y cántabros se juntan y se separan para hostigarnos. Nos combaten juntos y por separado. El propio Augusto montó su campamento en Sesigama y emprendimos el ataque en tres columnas de avance, pero en cuanto perdemos las tierras de llanura, todo se complica. Marchamos por las crestas porque en los valles seríamos presa fácil y*

nos vemos forzados a hacer campamentos de altura, aún helados, casi desabastecidos y escuchando sus enajenados gritos por todos lados. Ellos conocen el terreno y nosotros no, aunque seamos más, que tampoco lo sé porque todavía estoy por ver a esos malditos para asegurarme de que no sean un puñado de espíritus.

En verano conquistamos dos de sus grandes fortalezas al sur de su territorio, Peña Amaya y Bernorio. Y Publio Carisio consiguió cercar la capital de los astures, que ha pasado a llamarse Asturica Augusta, pero en cuanto las temperaturas descienden, seguir en los riscos es casi un suicidio, y aunque sé que Augusto no reportará esto en sus misivas al Senado, hay hombres, sobre todo procedentes de las cohortes auxiliares, que no se sienten atados por el apego a Roma y desertan.

No queremos otro invierno en las montañas. Con la llegada de los meses más fríos está previsto que nos retiremos al llano a descansar, abastecernos y reorganizarnos. Los ánimos decaen. Augusto ha acompañado a Livia para que se quede en Tarraco, porque considera peligroso que esté en los campamentos de campaña. Yo también lo creo así. Ella está destrozada porque se quedó preñada y fue una gran alegría para Augusto y todo el campamento —menos posiblemente para Tiberio, que recibió la nueva con su acritud de siempre—, pero el embarazo se malogró al mes tercero. Ella no corrió peligro en ningún momento, pero echa la culpa a Helios. Dice que comió de una liebre que él cazó y que seguro que la aderezó con hierbas para malparir. No sé de dónde iba a sacarlas en estas cumbres heladas. Helios afirma que Livia jamás estuvo embarazada; que solo se lo inventó para que tu hermano no pierda la esperanza

de que pueda concebir. Para que no la deje como a una esposa yerma. Y para poder culparle a él de todo lo malo que sucede desde que estamos aquí, como hace siempre.

No le cuentes esto último a Selene. No quiero que se sienta triste.

—Demasiado tarde —apuntó Selene.

—No entiendo por qué me avisa cuando ya lo he leído —protestó Octavia compungida.

—Julia, nadie te manda besos —la pinchó la pequeña Antonia.

—No seas insolente, niña —la regañó su madre—. Empieza a cundir el desánimo. Deberíamos mandarles una misiva alegre. ¿Qué les contestamos?

Druso mantuvo el tipo para no romper en llanto, pero sus labios temblaban en un puchero. Llevaba unos días especialmente triste, porque las nuevas oficiales no llegaban y la noticia de aquel hermano no nacido le entristeció aún más. Todo su mundo amenazaba con desmoronarse.

—Mi madre, mi hermano, mi padrastro… —su voz se quebró—. Todos están en Hispania. ¿Y si les pasa algo? ¿Y si no vuelvo a verlos?

—Tranquilízate, Druso. —Octavia tomó sus manos con cariño—. Son mi hermano y mi hijo los que están allí también. No les pasará nada. Los dioses los protegen.

—¿Y si son los dioses de los cántabros los que les protegen a ellos…?

Selene bajó la vista emocionada. ¡Cómo le comprendía! Druso tendría ahora la misma edad que ella cuando todos los suyos habían desaparecido como borrados por el vendaval de la historia. Sabía perfectamente que sentirse elegido por los dioses, a la hora de la verdad, no suponía ninguna garantía…

—Me han dejado solo… —sollozó.

Antonia la Menor se abrazó a él fuertemente, transmitiéndole su calor y su cariño más sincero.

—No estás solo, Druso; yo estoy contigo…

Julo palmeó su hombro en un gesto casi marcial. Sus ojos oscuros brillaban con un agua incómoda.

—Sí, sí estás solo, Druso, pero no importa —declaró con gesto duro, quizá recordando ese momento en que él también se había sentido al margen de los suyos, integrado en el seno de una familia ajena—. Solo también se sobrevive.

Selene se acercó y pasó su dedo índice por sus mejillas. ¡Dioses! Cada vez que miraba a aquel niño se acordaba de su hermano Ptolomeo. Tomó aire. Druso no había sido culpable de nada. Y a ella le gustaría que, donde quisiera que estuviera, alguien le consolara cuando tuviera miedo.

—Reza por ellos, Druso —le pidió, enfrentándose a sus propios deseos encontrados, a esa parte de su corazón que le recordaba que no le importaría que no volvieran Augusto, Livia y Tiberio. A esa parte oculta de su *Ba*, de su alma que, en realidad, se identificaba más con los cántabros que luchaban por defender su territorio del dominio de Roma. El niño la miró, infinitamente agradecido por su consuelo, y bebió sus palabras como si fueran un oráculo—. Tienes que rezar por ellos todos los días, con seguridad y convicción; más fuerte que los hijos y los hermanos de los cántabros. Y conserva el valor. Y entrena. Y ponte fuerte. Si las cosas se complicaran, Agripa irá a por ellos. Y necesitará a los mejores équites con él.

—¿Aunque tengan once años? —preguntó con voz trémula.

—Aunque tengan once años —le aseguró ella, convencida.

—Y yo iré contigo, Druso —le advirtió Julo—. ¡Anda que si tenemos que ir nosotros a enseñarle a tu hermano a zurrar a esos cántabros!

Druso prorrumpió en risas y se refugió, impulsivamente, en brazos de Selene. La muchacha aspiró el olor a tomillo de su pelo y miró en derredor. Octavia la observaba, complacida. Sus labios esbozaban una sonrisa. Sus ojos estaban anegados en lágrimas.

Antonia la Mayor ondeó la misiva frente a ellos, rompiendo el momento.

—Ellos no querrán verte triste, Druso. No podemos ponerle eso a Juba. ¿Qué le contestamos?

Julia puso los ojos en blanco en un gesto de aburrimiento.

—Si lo más emocionante que vamos a contarles es la inauguración de un templo, mejor no les respondemos —opinó Julia —. Nunca querrán volver si les espera una vida tan aburrida.

—¿Y qué hacemos? ¿Nos lo inventamos?

—Escríbele los chismes que nos cuenta Terencia —propuso Antonia.

—¿Queréis que redacte yo la carta? —intercedió, esperanzada, Selene.

—¿No te importaría?

Idibus Ianuariis, anno 728 ab Urbe condita
Consulado de Augusto y Silano
Enero, año 25 a. C.

Querido Juba,

A veces pasa tanto tiempo sin recibir noticias vuestras que siento como si la casa se estrechara y me apretara dentro, y en la boca un regusto amargo a animal muerto. A veces temo cuando llaman a la puerta, porque sé que las peores noticias no llegarán por carta. Entrarán por allí, por la puerta, cuando un representante del Senado o el mismo Agripa venga a notificarle a Druso que su madre ha muerto, o a Octavia que se le ha muerto su hijo o a mí que se me ha muerto mi hermano. Y yo, que ya he pasado por eso, no podría soportarlo una vez más, porque siento que con cada persona que se me muere se marcha un trocito de mí misma. Y, al final, voy a ser como una de esas urnas de cenizas que lleváis a vuestras necrópolis. Una urna de cenizas abierta en un día de viento.

No dejes de escribir. Si no quieres contar noticias tristes, háblanos de los lugares que recorréis, de los paisajes que holláis, de esos montañeses como espíritus. ¿Los habéis visto ya? ¿Cómo son sus pueblos? ¿Y sus tumbas? ¿Cómo se comunican con sus muertos?

Aquí estamos todos bien, salvo Druso, que desearía estar allí, y Julo, que sigue sintiéndose indignado con

Octavio por no haberle llevado. Transmítele mi calor a mi hermano por si puede sentirlo, como siento yo su frío… Y guárdate un poquito para ti.

Selene

Kalendis Martiis, anno 728 ab Urbe condita
Consulado de Augusto y Silano
Marzo, año 25 a. C.

Querida Selene,

Qué agradable recibir noticias directamente de ti. Aquí estamos todos bien y, tras una temporada de descanso, hemos vuelto ya a la montaña. Tampoco las condiciones del llano han sido mucho mejores, no te creas. Hubo una plaga de ratas tan increíble en el campamento que tuvimos que organizar un concurso de caza para acabar con ellas. Algunos astures que sirven con nosotros se burlaban: ¡a lo que han quedado reducidas las legiones de Roma!
Seguimos haciendo avances, pese al frío, al cansancio y a que el paso de los meses hace la disciplina militar cada vez más dura. Tenemos posibilidad de tomar Lancia y ese es nuestro objetivo ahora. Las campañas te enseñan que los grandes logros se consiguen parcela a parcela. Es imposible conquistar el norte de Hispania de una vez. Hay que irse apoyando en pequeñas victorias. Me parece una enseñanza muy valiosa para la vida.
Estando aquí, lo que mueve a los hombres a aguantar es la esperanza de volver a casa, de sobrevivir, de llevar dinero a los suyos, de formar una familia… No deja de impresionarme en cada campaña el hombre que hay debajo del soldado. Cómo el soldado más

fiero lo único que ambiciona es una parcela para acabar sus días cultivándola como un labriego. O cómo el legionario más rudo es capaz de llorar en los brazos de una prostituta anhelando a su esposa…

En nuestro descargo, y por si te lo estás preguntando, te diré que, salvo en Tarraco o en las ciudades más afianzadas, aquí ni siquiera hay prostitutas. Las cántabras nos rajarían la garganta. Las nuestras tienen mejores cosas que hacer que seguirnos por las alturas, como las cabras.

En los peores momentos de hambre de este invierno, Helios nos describía, con todo detalle, los platos de los banquetes que se servían en la casa de tus padres. No sé si era patriota o no, pero si cerrábamos los ojos, parecía incluso que estábamos saboreándolos. ¡Hasta el recto Tiberio babeaba! Por si acaso, procurábamos que Octavio no nos oyera.

Helios te manda un abrazo muy fuerte. Te echa de menos. Y yo también.

El giro de la correspondencia llenó a Selene de una ilusión nueva. Ahora era ella quien estaba atenta a las conversaciones, quien coleccionaba anécdotas y sensaciones para poder plasmarlas en sus cartas. Por primera vez, incluso encerrada en la casa de Octavio, se sentía más libre. Y más mayor, pero lo segundo no era una sensación, sino la realidad que le gritaban los espejos de mano. Su rostro se había afilado ligeramente y sus ojos parecían más grandes ahora. Incluso sus labios se habían hecho más plenos en lo que ella pensaba que era una nostalgia de besos. Por las noches se abrazaba a sí misma mientras Horus custodiaba su sueño. No se atrevía a exponer su soledad y sus miedos en voz alta porque en aquella casa todo el mundo tenía miedo de perder a alguien en Hispania. A veces, en el silencio de los corredores, creía escuchar el llanto ahogado de Julia. Solo Julo, que se sentía tan abandonado como ella, intentaba acercarse, pero ella siempre le rechazaba. Selene imaginaba que era para que su padre no pudiera oír rumores de un comportamiento inadecuado por su parte. Y se preguntaba si la hija

del *imperator* no estaría tan sola y olvidada como ella misma. Al menos ella tenía el aliciente de la venganza y la esperanza de recuperar un reino.

Nonis Iuniis, anno 728 ab Urbe condita
Consulado de Augusto y Silano
Junio, año 25 a. C.

Querido Juba,

Ha pasado más de año y medio desde que os fuisteis y tengo la sensación de que el tiempo no avanza. Agripa sigue encargándose del orden en la ciudad y de su embellecimiento. Reconozco que jamás hubiera imaginado que un tosco soldado tuviera tanta sensibilidad. Me da un poco de rabia, no creas, porque pienso que, si él y Octavio no hubieran estado en Alejandría, jamás se habría planteado estas mejoras, estos materiales, el nuevo trazado… Y me da pena que mi país haya tenido que caer para que Roma florezca, como una planta que crece sobre una tumba…

No puedo odiar a Agripa, sin embargo. Ni siquiera cuando recuerdo el papel que desempeñó en Actium. Creo que es un gran general y un muy buen edil ahora, y que Marcela, pese a la diferencia de edad y de clase social y de todo, es muy feliz con él y no entiendo muy bien por qué, aunque no debería importarme, eso me alegra. Y a la vez me entristece porque quisiera tener a mi lado un amor como el suyo. Ya ves. Quien fue reina nominal de Creta se conformaría ahora con ser entregada como premio; con un amor pactado.

No es bueno amar tanto. Ni echar de menos. Es más cruel esperar que combatir. Aunque allí con el hambre, la sangre y las ratas no os lo parezca, la

guerra es siempre peor para los que se quedan…
A veces desearía tener el corazón de piedra de esos cántabros que os acechan.

Selene

Idibus Septembribus, anno 728 ab Urbe condita
Consulado de Augusto y Silano
Septiembre, año 25 a. C.

Querida Selene,

No vas a creer lo que ha sucedido. El caudillo Corocotta ha venido hoy, en persona, a nuestro campamento. Ha anunciado que venía a cobrar la recompensa por revelar su paradero. Octavio se ha quedado tan impresionado que le ha dado los doscientos mil sestercios que ofrecía y le ha dejado marchar de nuevo. Ha habido una pequeña revuelta porque muchos de los hombres no han entendido lo que yo creo que es un gesto de grandeza entre dos líderes naturales. Tiberio se lo ha reprochado públicamente y él le ha castigado. Helios, sin embargo, ha inclinado la cabeza y ha estrellado su puño contra el pecho como muestra de respeto, creo que por primera vez. «Me habría gustado que ese hombre hubiera sido mi padre», ha dicho. Y Octavio le ha puesto una mano sobre el hombro. «A mí también», le ha contestado.
No debería contar esto, pero los dos parecían afectados.
A la tarde ha empezado a sentirse mal. Creo que debe ser el exceso de trabajo y emociones. Livia está preocupada, como siempre, cercándole como una gata celosa, pero el médico del campamento no cree que

sea nada importante.

Esa fue la primera noticia de la enfermedad de Octavio. Las siguientes se sucedieron durante los siguientes meses a través de Agripa o del Senado. Selene temió —o quizá no lo temiera del todo— haber conjurado a la muerte al haber predicho que las peores noticias llegarían atravesando la puerta de la *domus*. No se sintió capaz de escribir, ni siquiera en el nombre de todos. No sabía si desear que Octavio se recuperara o que muriera en aquella Hispania que se había empeñado en conquistar a toda costa, lejos de su casa y retorciéndose de dolor. Aunque seguía practicando los ritos de Isis a escondidas, no le pidió a la diosa por él y dejó que fuera ella quien dictara el destino que merecía. Supo que, aunque tratara de fingir afecto e interés en una misiva, hasta su pulso la delataría. No tuvo que pensárselo mucho. La siguiente carta de Juba llegó poco después. Y esta vez ya no iba destinada a ella.

Apreciada Octavia,

Tu hermano empeora justo cuando la campaña ha empezado a dar frutos. Habíamos conquistado Asturica y Amaya y destruido Bergidum, pero Augusto ya no puede más. Tenemos que abandonar las cumbres, donde no queda nada que comer, antes de que nos devoremos a nosotros mismos. Los cántabros han destruido nuestra línea de abastecimiento y han prendido fuego a las plantaciones de cereal de la meseta. Hemos dejado en las alturas a la legio *Macedónica y nosotros iremos a la costa a esperar un envío de trigo de Aquitania para abastecer las legiones que quedan. Aprovecharemos para trasladar a Octavio fuera del campamento, a Tarraco de nuevo, donde el clima es más templado y los médicos pueden atenderle adecuadamente.*

Él mismo ha dado instrucciones nuevas de las que ha mandado copia al Senado y a Agripa. Con la preparación militar que Tiberio y Marcelo han vivido

en esta campaña, Augusto ha decidido adelantar su cursus honorum. *Ha nombrado a Marcelo edil, con la obligación de organizar juegos, y a Tiberio cuestor, encargado del reparto de grano y la investigación sobre las incidencias que se reportan sobre civiles romanos vendidos como esclavos. Ha pedido que abandonen Hispania y se incorporen a sus puestos. Yo mismo me adelantaré con ellos, camino de Roma. Mientras llegamos, Octavio y Livia te ruegan que vayas preparando sus matrimonios, que deben celebrarse a la mayor brevedad. Octavio no desea que ningún funcionario público de rango esté soltero y desea dar ejemplo. Ha elegido para Tiberio a Vipsania, la hija del anterior matrimonio de Agripa, y para Marcelo a su propia hija, Julia*.

—¿Qué?

Julia abrió los ojos desmesuradamente. Selene podía jurar que era la primera vez que la recordaba prestando atención a una carta.

Octavia asintió en silencio, desbordada. Para ella eran demasiadas noticias a un tiempo. Organizar la boda de su sobrina con su propio hijo; organizar la boda de Tiberio con la niña Vipsania…, preparar sus casas, encargar augurios, pensar en los banquetes, notificar los enlaces, elegir a los oficiantes… y bajo todo ello, una realidad palpitante que no se atrevía siquiera a rozar: si Octavio estaba tomando todas esas medidas, adelantando carreras senatoriales, casando a su única hija, nombrando, de algún modo herederos, ¿no significaría eso que se sabía a punto de morir?

Selene pensó lo mismo. Octavio estaba tomando las disposiciones que un *paterfamilias* tomaría en su lecho de muerte. Era la primera lectura de lo que no se decía que había extraído de la carta.

La segunda era evidente para todos solo con observar la carita arrobada de la imperturbable Julia. Era del primo Marcelo de quien siempre había andado enamorada.

La tercera solo fue patente para ella misma.

¿Por qué, en el nombre Isis, esa carta era la primera que no

mencionaba en ningún momento a Helios?

XXVIII

Juba, Tiberio y Marcelo volvieron a la *domus* del Palatino más de dos años después de haberla dejado. Los tres parecían distintos, aunque el cambio era mucho más evidente en los dos muchachos más jóvenes que se habían ido con la *toga virilis* recién estrenada y volvían siendo hombres, orgullosos funcionarios al servicio de Roma. La voz les había cambiado, llevaban el pelo más corto al estilo militar, la piel más bronceada por la vida al aire libre y sus cuerpos habían abandonado las ambiguas hechuras adolescentes. Las privaciones les habían hecho adelgazar y las marchas habían modelado sus músculos. Hasta Tiberio parecía atractivo. Reían, felices de estar de vuelta en casa, hacían bromas procaces y bebían vino sin torcer el gesto. Todos les agasajaban y hasta las esclavas que los habían visto crecer los abrazaron entre lágrimas y agradecimientos a los dioses. Selene tuvo la sensación de que el tiempo solo había pasado por ellos en Hispania, y que allí en Roma se había quedado estancado, oscuro, denso.

Agripa les dio la bienvenida en la casa de Octavio. Debían descansar en un lecho de verdad y comer comida auténtica antes de presentarse en el Senado con aquella pinta de bárbaros enfundados en uniformes romanos, bromeó. Socios clientelares y amigos del *imperator* se acercaron por la casa para conocer noticias y Octavia puso en marcha a su propio ejército de cocineras y esclavos para que hubiese comida caliente recién hecha y vino rebajado de Sicilia para todo el que se pasara por casa a celebrar el regreso de su hijo, e interesarse por el estado de su hermano. Las puertas de la *domus* se abrieron, y como en los mejores momentos en los que Selene había sido considerada una diosa, el pueblo se dio cita en la casa de Octavio. Corrían los rumores de que él seguía enfermo, tan enfermo que ni siquiera hubiera podido soportar el viaje por mar. E incluso en los mercados llegó a decirse que el nuevo y gran Augusto había muerto en Hispania y que estaban retrasando el momento de darle la noticia al pueblo. El regreso del carismático Marcelo fue visto como la esperanza de una sucesión. Roma no podía quedarse

huérfana tan pronto. Y quizá, aunque Augusto no tuviera hijos varones propios, su atractivo sobrino, el hijo de la querida, virtuosa y ejemplar Octavia, podía ser el niño dorado que traería una nueva época de paz al mundo, una idea que Virgilio había copiado de las profecías de los hebreos y que se encargaba de transmitir en la *Eneida*, la obra que escribía por encargo de Augusto para ensalzar la historia de Roma.

Selene esperó el momento oportuno para acercarse a Juba, a Marcelo, para preguntarles sin parecer ansiosa, pero algo, un vacío, una presión, se instaló en su estómago cuando tuvo la sensación de que el joven númida rehuía su mirada interrogante. No fue hasta esa noche, tarde, cuando, vacía la casa de extraños, los tres jóvenes se sentaron junto a Octavia, Marcela y Agripa, para dar noticias de la marcha de la campaña, que no había ni mucho menos culminado, y de la salud de Octavio.

—Octavia, disculpa, por favor…

Octavia se dio la vuelta para encontrar a Selene en el umbral del *triclinium*. Había elegido cuidadosamente una túnica sencilla y un calzado modesto para presentarse ante ella, ante ellos. No quería parecer ostentosa o prepotente. No quería que pensaran que les restregaba su posición, su estirpe o las riquezas que había poseído. No quería recordarles a Egipto ni a sus padres. No quería que la odiaran; los necesitaba para saber dónde estaba su hermano.

—Selene, estamos hablando los adultos —advirtió Octavia. No estaba enfadada. Parecía cansada, simplemente. Emocionalmente agotada—. Creí que ya estabas acostada.

—No podía dormir —admitió con la mirada baja, entrelazando nerviosamente sus dedos.

—Adelante, Selene —concedió Juba. El joven la miró largamente, con una mirada apreciativa y triste en la que ella leyó cosas que no le decía. Supo a través de sus ojos que ella había madurado también, que el tiempo la había convertido para él en una hermosa desconocida y que aquellos dos años habían operado un cambio que no tenía marcha atrás. Supo también que tenía una noticia atascada en el pecho que aún no se había atrevido a revelarle. Y le vio lejano. Mucho más lejano de lo que había estado en Hispania.

—Quería saber… Quería preguntar por mi hermano… —Alzó el

rostro. Sus ojos oscuros destillaban la tristeza de un presentimiento —. Hasta la última… hasta la última carta, Juba hablaba de él, pero luego… quizá el tono era demasiado formal… Yo solo quiero saber que está bien… —Y por qué no le habéis mencionado, y por qué rehúyes mi mirada. Y por qué no ha regresado con los niños de la casa de Octavio, con los hombres de la casa de Octavio, con los que se fue. Existía la posibilidad de que el *imperator* lo tuviese a su lado, en Tarraco. Sagaz como era, nunca había querido darle la espalda. Era la única explicación a la que podía aferrarse.

—Selene…

Octavia se puso en pie, acudió junto a ella y posó cuidadosamente una mano en su espalda para conducirla a su propio *triclinium*. Con un solo gesto pidió a Arween que le sirviera una copa de vino. La esclava la llenó con generosidad y bajó la mirada como un cachorro pillado en falta. Selene tuvo la seguridad de que hasta la muchacha gala sabía cosas que ella no sabía.

Octavia miró a su alrededor mientras ella bebía, como pidiendo aprobación, ayuda o permiso. Todos bajaron la mirada o la posaron en el fondo de su copa. Selene tuvo la indignante sensación de que entre todos aquellos rudos militares capaces de asaltar aldeas y sajar miembros no había ninguno que tuviera el coraje suficiente de decirle lo que había sucedido.

—Estábamos hablando de ello, Selene —continuó Octavia dulcemente—. De… de la mejor manera de decírtelo…

Miró a su alrededor alarmada. Agripa se puso en pie pesadamente. Era el único que no había estado en Hispania, pero era el más veterano, el de mayor rango militar, el que los había metido a empujones en aquella falúa en el puerto de Alejandría. Selene le taladró con la mirada.

—¿Qué ha pasado? —exigió en un tono de voz tan grave y cavernoso que no lo reconoció ni ella misma.

—Arween, ve a buscar a Musa, por favor… —pidió Octavia, solícita.

—¿Qué-ha-pasado? —silabeó Selene despacio, soltando su copa, levantándose del *triclinium*, notando sus piernas derretirse como cuando Helios y ella aún estaban juntos, escondidos en el interior de aquella cuba.

Agripa posó dos pesadas manos sobre sus hombros. Casi como si

quisiera detenerla más que ofrecerle su apoyo. Detrás de él, Marcela enjugó disimuladamente una lágrima y la voz de Tiberio sonó estentórea, ligera, aburrida casi:

—¿A qué esperas, Agripa? Díselo ya.

Su corazón bombeó con tanta fuerza que estaba segura de que podían oírla. Su mente comenzó a dar vueltas en una espiral alocada buscando alternativas aceptables. Alternativas que pudiera soportar.

—¿Está enfermo también? ¿Herido? ¿Prisionero?

—Está muerto, Selene…

Sintió un silencio profundo alrededor. Como cuando se sumergía en su alberca en Alejandría. Agradeció que fuera la voz opaca de Agripa la que le diera la noticia impostando la ficción de un pesar que seguramente no sintiera. Esa misma noticia en labios de Tiberio… Selene se vio a sí misma cogiendo aquel jarrón de cerámica de factura micénica y estrellándolo contra su rostro para borrarle aquella estúpida sonrisa.

No podía respirar. Debió de tambalearse. Juba se puso en pie y la sostuvo. Octavia la recostó en el *triclinium* de nuevo y ella se dejó hacer. Octavia mojó su propia estola en un jarro de agua y la pasó por su frente, su escote y sus muñecas. Sus ojos estaban llenos de un dolor remansado, profundo y sincero…

—Lo siento, Selene. Lo siento de verdad. Lo siento tanto…

¿Era el agua del Nilo lo que amortiguaba su voz, lo que difuminaba las imágenes? ¿Era su hermano quien gritaba junto a ella, quien la salpicaba, chapoteando? ¿Era ese resplandor el sol del Mare Nostrum en sus ojos? ¿Y aquel olor a flores?

Parpadeó. Octavia salpicaba agua de rosas sobre su rostro. Musa estaba ante ella, con gesto preocupado, asomándose al iris de sus ojos, alumbrándose con una vela.

—Llevadla a su habitación. Con tu permiso, Octavia, me quedaré con ella.

Cerró los ojos. El propio Agripa la tomó en sus brazos como si fuera una niña pequeña. O la víctima de un sacrificio, pensó. Se sintió ingrávida como cuando flotaba unos segundos en el aire antes de saltar al gran río desde la ribera. Solo quería volver allí, volver al Nilo, volver a su infancia, para oírle reír, para abrazarle, para jugar con él de nuevo.

Para siempre.

Siempre había pensado que lo sabría cuando sucediera. Que moriría inmediatamente después, porque su propio cuerpo se negaría a respirar. Que la muerte del uno provocaría inmediatamente la del otro, conectados como estaban desde siempre, como aquellas criaturas pegadas que a veces los caravaneros nabateos compraban en tierras extrañas para exhibirlas en los mercados.

Pero no.

Ni un estremecimiento en la piel, ni la sensación amputada de un miembro. Ni la percepción de un canal de comunicación roto, de hablar sin que nadie escuchase en la habitación de al lado. Nada. ¿Eso era todo? ¿Ese era el fin? ¿Cómo iba a diferenciar su ausencia de la muerte si no le dolía la piel, si podía seguir caminando y respirando como cuando él vivía? Llevaban unidos desde antes del nacimiento, ¿y ni siquiera había sentido un latigazo en el alma en el momento en el que él había muerto?

A Ptolomeo no había podido inhumarle con los ritos de sus dioses, pero al menos había podido velar su cuerpo, pero ¿ahora?

¿Qué tienes cuando no tienes ni cenizas?

El dolor era mayor, infinito. Aunque pensaba que estaba anestesiada, que no podría sentir nada más, que después de las muertes de Cesarión, de Antilo, de Ptolomeo, ya no le quedarían más lágrimas, era mentira. Sentía aquel pinchazo constante, intenso, clavado como una daga, en el lugar donde debía estar el corazón.

Las hierbas de Musa la ayudaron los primeros momentos. A embotar su cabeza, a dormitar, a perderse en un mundo paralelo de colores y calma donde nada ocurría, como en las tardes de siesta en Alejandría. La adormidera y la amapola blanca que Musa consiguió a través de Euphorbo obraron el efecto deseado. El de que siguiera respirando y viviendo sin molestar, sin hacer ruido, sin estrellar jarrones ni arañarle la cara a nadie, sin tirarse de cabeza desde el tejado, sin amodorrarse de alcohol antes de clavarse una espada en el vientre, como su padre.

Selene, esas son muertes varoniles y toscas, le habría dicho su madre. ¿Qué encanto tiene una dama bellamente vestida con los intestinos escapando de su cuerpo? Hay otras cosas, querida, para huir, para reunirte con nosotros, con todos; para estar juntos de

nuevo. Hay acónito o dedalera. Olvídate de las serpientes. Hacen daño, te retuercen el rictus y te provocan el vómito. ¿Y morderte el pecho? Eso es una de esas enfermizas fantasías de Octavio. Hay muchas maneras de irse con dignidad, vestida como una reina.

Selene soñaba, adormecida por las infusiones. En sus sueños tomaba la barca celestial para llegar al más allá. Y cuando atracaba en aquel luminoso puerto de mármol se daba cuenta de que el más allá era Alejandría.

—Selene, ¿cómo estás?

—No estoy.

Juba venía a veces a sacarla de su estupor. Julo se lamentaba junto a ella. Incluso Marcelo, mucho más ocupado con su nuevo cargo y la inminencia de su boda, encontró un momento para darle un afectuoso abrazo.

—Tú tienes que seguir viviendo —le exigía, vital como él era—. Eres tan joven. Te queda todo por hacer.

—No. He amado. He llorado. He perdido a los míos. He sido reina y he sido prisionera. Lo he hecho todo —advertía con una frialdad desapasionada—. Solo me queda matar.

Tiberio no fue a verla nunca. Y quizá por ello Selene se empeñó en saber con todo detalle cómo había sido la muerte de su hermano.

—Tiberio no tuvo nada que ver —le dijo Juba el primer día que logró hacerla salir de la casa y visitar con él a los caballos en las cuadras del Campo de Marte. El tacto terapéutico, los almendrados ojos de los animales, honestos, sin dobleces, la sacaron por un momento de su profundo dolor—. Fue una emboscada. Murieron muchos. Nuestros y suyos. El río bajó teñido de la sangre mezclada y despeñó los cuerpos. Aquellos animales de rapiña… Incluso entre las rocas robaron las ropas de los nuestros, sus armas… Golpeaban los rostros de los muertos para que no los distinguiéramos. Desnudaban sus cuerpos para que no supiéramos qué uniformes llevaban en vida. Ellos no podían permitirse enterrar a los suyos, así que no nos permitieron hacerlo con los nuestros…

—¿No viste su cuerpo?

—Le vi rodeado, repartiendo espadazos… En medio del horror no puedes ver mucho más. Oí que alguien gritaba su nombre. Quizá Marcelo. Todos luchábamos, no ya por Roma, Selene. No hay ninguna dignidad en una batalla. Porque no hay más opciones.

Porque los soldados que van en retaguardia tienen órdenes de cortarle la garganta a cualquier compañero que intente desertar. Y el río, Selene, aquellos ríos tumultuosos, estrechos, encajonados entre paredes, llenos de rocas afiladas y espuma burbujeante como calderos hirvientes… Los cuerpos desaparecen en esos barrancos, ahogados, golpeados. No pudimos recuperarlo. Ni el suyo ni el de muchos caídos más.

—¿Y cómo los despedisteis entonces?

—Rescatamos los que pudimos. Recogimos los jirones de ropas que encontramos, recolectamos leña e hicimos una pira. Ya no importaba que el enemigo supiera dónde estábamos. Augusto hizo un listado con los hombres que echamos en falta, los que identificaron y los que nunca aparecieron. Se hicieron tres copias que firmaron algunos oficiales. Una se la quedó él. Otra la envió al Senado. Otra la echó a la pira. Para que el dios de cada uno encontrase a los suyos.

Las bodas de Marcelo y de Tiberio se celebraron con un fasto que pretendió opacar la realidad: que Augusto se moría lejos de Roma. Ni Livia pudo estar presente en el casamiento de su hijo ni Octavio entregar a su hija, como correspondía. Fue Agripa el encargado *in absentia* de suplir su papel y entregarla a su prometido. Selene conocía ya el rito y no le conmovía. Quizá nada podía conmoverla ya. Julia entregó su lúnula a la pequeña Antonia, comprometida con Druso de nuevo. Parecía sorprendentemente feliz, e incluso Tiberio sonreía orgulloso cuando tomó en brazos a su novia. Selene no pudo evitar pensar que, de haber estado allí, quizá Livia se habría opuesto a esa boda desigual. ¿Su hijo casado con la hija de alguien que no venía de las gentes importantes mientras el hijo de Octavia se casaba, como en un premio, con la hija del *imperator*? Selene estaba segura de que Livia había pensado en Julia para Tiberio, pero quizá tampoco ella fuera tan poderosa después de todo.

Julo era el único que tampoco parecía encontrar sosiego. Olvidado de la batalla; olvidado de la posibilidad de adelantar su *cursus honorum*; olvidado dentro de las políticas de enlace… Observaba los rituales como llevaba un tiempo observando la vida que transcurría en el Palatino. Como un espectador.

—Quizá sea verdad que los hijos de Antonio arrastramos alguna

maldición —suspiró el día de la doble ceremonia, sentado junto a Selene. Y alzó su copa—. Por los amores que hemos perdido para siempre.

—Las maldiciones las hacen los hombres, Julo. Si se esfuerzan en golpearte, comenzarás a pensar que estás maldito.

—¿Crees que de verdad le mataron los cántabros? ¿A Helios? —preguntó—. ¿O que Octavio, empujado por Livia, decidió que no podía volver a Roma a seguir poniendo en peligro la existencia de Druso?

—Supongo —admitió ella— que mientras no tenga otras respuestas, tendré que conformarme con las que me dan…

—Eres muy perceptiva, Selene. Lo digo por si debo empezar a preocuparme. Soy el único hijo varón de Marco Antonio que sigue vivo…

Selene bebió un trago largo y profundo. La música les aislaba del resto. El olor del mosto le recordó la noche de la boda de Marcela y una tristeza profunda se le pegó a la piel. Al fondo se oyó, casi sorprendente, como un regalo, la risa de Julia.

—Tú también la amas mucho, ¿verdad?

—Desde siempre. Me hicieron creer que me estaba destinada y me la arrebataron. Y creo que ella me quiso, pero se ha rendido ya. —Apuró la copa hasta el fondo—. No me sorprende. Cualquier cosa en el firmamento es más posible que una unión entre un hijo de Antonio y una hija de Octavio.

Augusto volvió unos meses después, con el nuevo año entrado y la temporada de navegación recién abierta, dispuesto a morir en Roma. La ciudad le recibió con un clamor unánime que a él le agotaba seguir desde la litera. Livia erigida en su mayor pretoriana lo custodiaba con la ferocidad con que una fiera protege a sus cachorros.

Su llegada revolucionó su propia casa. Las lágrimas de Octavia, la felicidad de Julia, el trasiego en estancias y corredores para que todo estuviera en su sitio, cálido, confortable, sin ruido. Druso y las niñas de la casa fueron a verle con la prevención con la que se visita a un tío moribundo. Solo Selene se negó a ir.

—Selene, tú que vienes de una casa real deberías conocer más que nadie los protocolos —le espetó Juba ante sus constantes negativas—. Estás en su casa. Es el hombre más importante de

Roma. Lo más normal es que le presentes tus respetos.

—Es el hombre más importante de Roma a costa de los míos. De mi país, de mi familia.

—Tu madre siempre fue aliada de Roma. Aunque Egipto hubiera seguido siendo un reino independiente, habrías tenido que rendirle tributo. Ve a verle. Como una reina, si así lo deseas, pero ve a verle.

Selene obedeció. Se quitó el luto por su hermano muerto y se puso aquel vestido que guardaba para las ocasiones especiales. Cada vez le quedaba más ceñido. Cepilló su pelo, simuló su tocado, se maquilló los ojos, se colocó los escarabeos y los amuletos, los brazaletes con la serpiente del Nilo y las sandalias doradas de tiras. Solo le faltaba la corona de las Dos Tierras, pero estaba celosamente guardada por Octavio junto al resto del botín arrebatado a su madre.

—Salve, Augusto.

Cuando entró, con toda la ceremonia de que pudo hacer acopio, en las estancias del *imperator*, aprovechando que Livia no se encontraba en la casa, y se encontró a un hombre de piel amarillenta y pelo ralo, en los huesos apenas, consumido por la desnutrición y la enfermedad, supo que estaba a punto de morir. Cuando él vio aquella imagen de Cleopatra acudir a sus habitaciones desde el más allá pensó que ya lo había hecho.

—¿Vienes a castigarme? —preguntó.

—No creo que haga falta… —repuso ella.

—Selene… —se sorprendió admirado, al reconocerla—. Por todos los dioses, ya eres una mujer. Una mujer bella y digna. En verdad pareces una reina.

—Soy una reina, Augusto.

—Lo eres. Me gustaría reconocerte como tal —admitió ante su estupor—, pero no me queda mucho tiempo. Tengo que investir a Marcelo y otorgarle mi sello a Agripa, para que pueda firmar mis documentos. Marcelo es demasiado joven aún. Y quedan muchos años del mando extraordinario que el Senado me ha concedido. Los propondré a los dos para sucederme. Conjuntamente. Aunque sé… —Cerró los ojos, agotado—. Aunque sé por experiencia que no es buena idea compartir un cargo de mando.

—Pues haz las cosas bien, Augusto… —sugirió con cautela—, antes de irte…

—¿Sabes por qué he venido en realidad? —preguntó con voz cansada—. Para morir en mi tumba. Un adivino de Etruria me dijo que el primero en ocuparla sería un muchacho de mi casa, pero fíjate, Selene. Hasta los adivinos se equivocan.

Selene lo miró largamente. ¿Tenía sentido reprocharle ahora que dos niños de su casa habían, efectivamente, muerto antes que él y que no había tenido la decencia de darles unos funerales dignos? ¿Para qué?

—Me gustaría que me acostaran allí, que me preparasen una estancia tranquila. Y dejarme morir…

—Como mi madre…

—Como tu madre. Y que —continuó con un hilo de voz—, cuando ya haya muerto, echen sobre mi féretro un puñado de tierra de cada una de las provincias de Roma. Para morir arropado por todos los terrenos que he amado, que he peleado, que he conquistado…

—¿Qué haces tú aquí? —La entrada de Livia con los ojos brillantes de furia interrumpió el amargo discurso de Octavio. Uno de los pretorianos la sujetó con firmeza antes de que pudiera abalanzarse sobre la muchacha que se sentaba en el borde de la cama.

—*Domina* —le advirtió—, Augusto ha dado su consentimiento.

—Augusto está enfermo, delira. No sabe lo que dice ni lo que quiere. —La señaló imperativamente—. Y esta miserable bruja quiere acabar con él. Me encargaré de que acabéis vuestros días criando cerdos en una pocilga de la Galia como volváis a permitir su entrada en los aposentos del *imperator*, ¡Sacadla de aquí!

—Piel amarilla, picores, delgadez extrema, fatiga… —Musa no pudo por menos que fijarse en la descripción que Selene le hacía de los síntomas padecidos por el *imperator*—. Eso es el hígado, princesa. ¿Sabes qué le está dando ese médico de Tarraco?

—Por supuesto que no lo sé. No he ido allí a que me hicieran un informe de salud. Solo sé que se muere…

—¿Y eso te alegra?

Selene se encogió de hombros sinceramente. No sabía si debía hacerse esa pregunta.

—No lo sé. Siempre creí que sí, pero ahora no lo sé —admitió.

—Estoy prácticamente seguro de que es el hígado. Si lo es y no se trata, morirá seguro. Pero aún tiene opciones.

Selene lo miró de reojo.

—No le has visto.

—No, pero ni siquiera alguien con tu portentosa imaginación puede inventarse unos síntomas tan claros. Lo comentaría con Euphorbo, claro está…

—¿Podría curarse?

—Podría…

—¿Tú quieres curarle?

—Por encima de todo yo soy médico, princesa. No soporto la pérdida de un ser humano.

—Pero intentaste envenenar a Herodes…

—… Salvo cuando acabar con un ser humano puede salvar a otros muchos. En ese caso, no tengo reparos —admitió—. ¿Es este el caso?

Selene se mantuvo en silencio.

—¿Es este el caso, princesa?

—No lo sé. Dímelo tú. Arrasó mi país. Está haciendo lo mismo en Hispania. ¿A cuánta gente más tiene que matar para que merezca la pena dejarle morir?

—No hables así aquí.

—¿Me estás preguntando si yo le curaría?

—Estoy a tus órdenes, no a las suyas. Sí, Selene. Te lo estoy preguntando. Yo viví en la corte de Herodes y doy fe de que es un mal hombre. Yo he vivido en la casa de Augusto y, pese a todo, no sé si tengo una opinión…

—¿No? ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Y Ptolomeo? ¿Y Helios?…

—Por el amor del Dios único, Selene —explotó Musa—. Él apreciaba a Ptolomeo. No puedo creer que orquestara su muerte. ¿Y Helios? Fue a una guerra. Voluntariamente. Para ser tan hombre como su padre; para tener más cojones que nadie. ¡Quizá fuera mejor que los eunucos gobernasen los países! La gente va a las guerras a matarse, Selene. Sabías que podía pasar. Y él también. No culpes a Octavio de todas tus desgracias, porque cuando él ya no esté y no puedas hacerle responsable de nada, te tocará pararte a pensar en todas las decisiones estúpidas que tomaron los tuyos, uno

detrás de otro, para hacerte llegar hasta aquí.

Selene le observó con estupor. Nadie, quizá a excepción del propio Octavio, le había hablado así nunca.

—¿Piensas eso?

—Quizá no expresado en términos tan hirientes —se retractó—, pero sí…

Miró al horizonte, pensativa.

—¿Sabes? Igual sufre alucinaciones, pero cuando me vio me dijo que sabía que era una reina. Que le gustaría reconocerme como tal.

—Bien, pues esperemos que viva el tiempo suficiente para hacerlo.

La miró. Se miraron.

—Si cambias su tratamiento, si enmiendas a su médico y de todos modos muere —constató Selene—, te matarán.

—Correré el riesgo. Arduos son los caminos del conocimiento…

—Eres mi instructor. Fuiste esclavo de mi padre. Vienes de Alejandría, como el pecado. Livia no te dejará acercarte a él.

—Lo sé —admitió él—. Y por eso se lo pediremos a Octavia.

Ante el horror de Livia, Octavia intercedió para probar aquella última posibilidad, la que ofrecía un liberto oriental al servicio de su mortal enemigo y acusado de intentar envenenar a un rey. Con su retorcido sentido del humor, Octavio decidió aceptar aquel giro del destino. No tenía mucho más que perder. Él mismo notaba que se moría. Y si lo hacía y aquel médico demostraba ser un fraude, ya había dado órdenes para que muriera con él.

Octavia se prestó a estar presente en todo momento y a probar cualquier poción o ungüento que se le recetase a su hermano. Livia aceptó. Hasta ella sabía que aquel hebreo de ojos insolentes no le haría daño a la mujer por la que suspiraba a escondidas. Solo intentó, débilmente, convencer a su esposo de que debería adoptar a sus hijos, para que estuvieran protegidos en caso de que le sucediera algo. O en todo caso al mayor. Octavio se negó rotundamente.

—Tu tío Julio César lo hizo contigo —le recordó.

—Y aún arrastro esa carga —le espetó—. Y lo hizo porque era un pariente de su sangre. Ya tengo a alguien así: Marcelo. Y ni siquiera a él le he adoptado. No me pidas eso, Livia. Tiberio no sería nunca un buen gobernante. Es más frío que yo. Y mucho más

egoísta. Roma confía en mí. No le haré algo así.

Livia acudía personalmente al mercado, acompañada de sus esclavos, a comprar los encargos de Musa, que no se le antojaban sino caprichos. Fresas para hacer zumos, limones para añadir su jugo al agua, manzanas verdes, lechuga fresca… El hebreo había desterrado los purés sustanciosos y calientes que intentaban que el *imperator* no perdiera la temperatura corporal y se aplicó a una dieta de frutas insulsas, masajes y baños de agua fría. Selene observaba admirada cómo, día a día, la salud de Octavio parecía mejorar, su piel adquiría otro color y sus ojos claros volvían a ser vivaces. Dejó de tener lagunas de memoria y de imaginar cosas y comenzó a salir a caminar, para no abandonar los músculos y recibir la caricia del sol y del aire. Volvieron los ánimos para despachar papeles hasta altas horas incluso en su cama y poco tiempo después, se incorporó a la primera cena familiar, en su caso a base de verduras de hoja verde y con mosto de uvas en lugar de vino. Pronto fue evidente que no necesitaba nombrar un sucesor porque no iba a morirse. Si alguien se sintió defraudado, no lo demostró. Solo Selene, a solas en su estancia, inclinada ante la estatuilla de Isis que había rescatado del *lararium*, se encomendaba a su familia más que a sus dioses.

—Perdóname, padre; perdóname, madre; Perdonadme, hermanos. No olvido mi misión. No olvido la venganza, pero ¿qué dignidad hay en acabar con un enemigo caído? Quiero acabar con su poder, pero no sé si debo acabar con su vida. Musa me ha enseñado que cualquier vida es sagrada.

Excepto quizá la de Herodes, pensó.

Octavia se encargó de contarle al *imperator* el papel que Selene había jugado en su recuperación, y Octavio sonrió complacido. Una mañana, la mandó llamar a su *tablinum* con presteza. Aunque era su primera aparición formal, sentado ante su mesa, Octavio parecía francamente recuperado. Sus ojos claros la observaron con un brillo juguetón. A ambos lados, de pie, se encontraban Agripa y Cayo Mecenas. Pensó con un ligero escalofrío que debía tratarse de alguna propuesta oficial, pero le desconcertó la presencia de Octavia y de Juba en la misma sala. La hermana del *imperator* sonreía con cierto nerviosismo.

—Cleopatra Selene —comenzó Octavio en tono formal—.

¿Cuántos años tienes? ¿Quince?

—Ya he cumplido los dieciséis, Augusto.

El *imperator* movió la cabeza negativamente, como reprochándose algo.

—Mi enfermedad me ha impedido ocuparme de ti antes. Discúlpame. Te aseguré que a los quince años te desposarías…

Selene tragó saliva, sorprendida. Era cierto. Helios y ella deberían haber contraído matrimonio quizá ese año, en una de esas ceremonias romanas extravagantes, como las de Marcela o Julia. Miró, desconcertada, alrededor, como si su hermano pudiese aparecer en la estancia por algún ensalmo.

—Sí, Augusto, pero Helios… mi… mi hermano murió en Hispania —le recordó.

—Una pérdida desafortunada para todos, sin duda —admitió Octavio, sin mostrar un excesivo pesar—. Murió luchando con las tropas romanas y Roma estará siempre en deuda con él. Él no podrá ya contraer matrimonio, continuar con vuestra estirpe y perpetuar a la dinastía lágida…, pero tú sí…

—Pero —admitió, confundida— no entiendo, señor… ¿Yo? ¿Con quién?

Juba se levantó de la mesa donde estaba sentado junto a Octavia y se acercó para tomarla de una mano que ella rechazó, sorprendida. Pese a todo, la miró con esos ojos del color de la arena y sonrió dulcemente.

—Quizá esto te parezca precipitado, Selene, pero puedo asegurarte que está muy meditado.

—Ya veo. Muy meditado. —Observó los rostros a su alrededor y supo que era la única que desconocía la propuesta. La ira la invadió ante la insensibilidad que todos demostraban ante su pérdida—. ¿Esta es la dignidad de que presumes? ¿Viste caer a mi hermano y te postulas para ocupar su sitio?

—Selene —advirtió Octavio—. Juba es uno de mis oficiales más brillantes. Apenas tiene diez años más que tú, y es ya un gran diplomático y un afamado historiador.

—Y ninguna patricia romana se casaría con él porque es un extranjero —remató ella—, un enemigo de Roma. Botín de guerra.

—Controla tu lengua, Selene. Estás bajo mi tutela y este es un matrimonio de Estado. Podría entregarte a cualquier procónsul

viejo y gordo de fronteras, pero ante su propia intercesión y la de mi hermana, he decidido prometerte a él. Es un matrimonio ventajoso con el que cualquier muchacha sería feliz.

—Yo no soy cualquier muchacha…

—De eso no me cabe duda…

—Además no puedo, Augusto… Yo. —Selene sintió que todos los valores en los que había creído hasta entonces se desmoronaban—. Yo estaba segura de que yo… yo me casaría con un rey. Y sería reina. Incluso tú mismo me lo dijiste… ¿o es que ya no te acuerdas?

—Me acuerdo, Selene. Mi memoria es una auténtica condena, porque me acuerdo absolutamente de todo. Y me acuerdo perfectamente porque ya entonces lo había pensado. Serás reina, Selene. Como en tus sueños. Tendrás un reino. Y te casarás con un rey: te presento a tu futuro esposo, el rey Juba de Mauretania.

Tercera parte
Mauretania

I

—¿Mauretania? ¿No hubo un reino de Mauretania aliado de mi padre? ¿Por qué no he vuelto a oír hablar de ese reino?

—Porque dejó de serlo. Porque quizá los preceptores que os asigna Augusto cuenten las cosas como a él le interesa —comentó sencillamente Musa—. La Mauretania o tierra de los *mauri* es un reino muy extenso y muy antiguo, princesa. Probablemente mucho más antiguo que Roma, al igual que lo es mi pueblo, el hebreo. Seguro que tampoco es algo que él desee contar.

Calíope cepillaba sus cabellos en el patio con aceite de azahar. Esa tarde Julia y Marcela vendrían a visitarla para conocer de primera mano la emocionante novedad que Selene ni siquiera había sido capaz de digerir aún.

—¿Y qué pasó con ellos?

—Lo que pasa con todos los reinos del mundo. Se dividen, se guerrean, se pierden. Efectivamente, el rey Bogud de Mauretania fue aliado del noble Marco Antonio, vuestro padre, princesa. Desafortunadamente, como todos sus aliados, con la derrota en Actium, él también perdió.

—¡Salve, gran Antonio! —gritó el cuervo Horus posado sobre la silla de taracea de Selene. El astuto animal parecía haber aprendido a detectar los giros de la conversación.

—¿Y perdió su reino? ¿Como nosotros?

—En su caso, pasó a su hermano, el rey Boco, que dirigía la otra mitad de la Mauretania. Boco tuvo la fortuna de situarse en el bando vencedor, y Octavio…, quiero decir, Augusto, en agradecimiento, tuvo la deferencia de ratificarle rey del país al completo: su mitad y la de su hermano…

—¿Y qué tiene, por Serapis, que ver Juba en todo esto?

—Boco, sin duda, era un hombre hábil para saber dónde colocarse. En la guerra anterior se situó al lado de César frente a Pompeyo e invadió el reino númida que estaba a favor de este último. Cuando César venció, le otorgó, por su ayuda, el trono de la vencida Numidia, cuyo rey legítimo se vio obligado a suicidarse.

—Como mi padre…

—Como tu padre…

—¿Quién era ese rey?

—El padre de Juba, princesa. Su esposa y su hijo, el príncipe, fueron llevados a Roma y desfilaron en triunfo delante del carro de César.

Esa parte se la sabía ya. Suspiró.

—Como yo…

—Como tú…

—Juba ha sido un príncipe todo este tiempo…

—Al igual que tú…

—¿Y qué ha pasado ahora —preguntó excitada— para que Octavio le devuelva a su reino?

—Boco ha estado gobernando ambos territorios hasta hace prácticamente diez años. Murió sin herederos y Roma tomó el control de los mismos. Quizá Octavio se haya dado cuenta de que necesita una figura local como enlace. O para dominarlos. Por eso le ha repuesto en el trono de Numidia que perteneció a su padre y le ha ofrecido además el vacante de Mauretania…

—Pero entonces… Si Egipto… Si las revueltas de Egipto, que ya se han cobrado la vida del prefecto Galo, continúan… O si se vuelven ingobernables… Octavio podría plantearse devolverme a mí también a mi trono. Soy la única que queda.

—Podría ser. Solo veo tres inconvenientes. Desde la mentalidad de Octavio, claro. Uno, Egipto ha costado demasiada sangre romana. Dos, Egipto tiene demasiadas riquezas para dejarle a su aire. Tres, no es a ti a quien Octavio quiere recompensar por tu participación en las guerras cántabras.

—Pero podría haber una opción —insistió ilusionada—. Y si ya soy reina de un país, de un país con frontera terrestre con Egipto, estaré más cerca.

—Ignoro cómo serán esas fronteras terrestres por las que sueñas pasearte, princesa, pero me temo que el camino más corto hasta Egipto ahora mismo es pasando por Roma. Y no hablo en términos geográficos.

—Pues yo no le veo ni un solo problema, Selene —advirtió Julia excitadísima aquella misma tarde mientras picoteaban uvas y queso de las bandejas que les ofrecía Arween—. Juba es un amigo de confianza de mi padre. Está muy bien considerado. Tiene una

increíble carrera por delante y además tú te irás de Roma, que es lo que más deseas…

—Y serás reina… —apuntó Marcela.

—Nuevamente —recordó ella—. Ya lo fui.

—Dejémoslo en princesa… Todos coincidimos en que aquella pantomima de coronación de tu padre fue una representación teatral para provocar a Roma, Selene.

Selene no discutió. Recordaba perfectamente aquel día, cada detalle de su vestido, la dignidad marcial de Helios desfilando sobre el estrado, la prevención en los ojos de Antilo… Recordaba el orgullo de su padre, guapo, fuerte, admirado. Recordaba la luz en la mirada de su madre, como si por fin hubiera arribado a la playa a la que le conducían todos sus sueños. No discutió. ¿Para qué? ¿Quién iba a entenderla? Las muertes de sus hermanos, la vigilancia feroz sobre su abuela, la prohibición del culto a Isis, la decisión de dejar a Julo, que se había convertido en un importante valedor, fuera de las promociones de Octavio, la destrucción de las estatuas de su padre, la *damnatio memoriae*… Todo iba encaminado a lo mismo. A apagar su recuerdo. A refrenar sus ansias de venganza. A que Alejandría se convirtiera poco a poco en el reflejo de un pálido sueño. No quedaba nadie que la apoyara.

Observó a Marcela saborear brevemente su jugo de granada. Aquí estamos, se dijo. ¿Puedes verme?, le preguntó a su madre. Aquí estoy, en Roma, en el corazón de la Urbe, con la hija del cónsul que nos derrotó y la esposa del general que dirigió la batalla, hablando de bodas, de carreras senatoriales y de hombres. ¿Ya soy tan mayor? ¿Cómo ha pasado esto? ¿Me he olvidado de los míos? Quizá he perdido la rebeldía cuando perdí a Helios. O quizá simplemente Musa tenga razón, como la tenía casi siempre que te aconsejaba a ti, padre. Quizá el camino más corto para volver a Egipto sea pasando por Roma.

Ten paciencia, Selene, le decía su madre en su mente. Los caravaneros no llevan sus tesoros nunca en el primer carro. Tienes que buscar, vaciar bolsas y encontrar miles de minucias inservibles antes de conseguirlo. Espera. Juega con los dados que te han tocado. Si pierdes, juega una vez más. Sin bravatas, sin apostarlo todo. Y una vez más. Y una vez más. Que nadie más que tú misma conozca tus ansias de ganar.

—En cualquier caso —escuchó decir a Julia, encantada con la novedad—, tendremos pronto una boda nueva. Juba es increíble. —Le hizo un guiño—. Y muy guapo. Aunque, claro. —Se retocó la estola coquetamente—. No es tan joven como Marcelo. Quizá no tenga… ya sabes.

—¿Qué sé?

—Tantas… ya sabes. —Julia buscó la palabra antes de expresarla en voz baja—: Tantas ganas…

—¡Julia! —gritó Marcela—. ¡Es mi hermano! ¿De verdad crees que necesito esa información? Además, Agripa es mucho mayor que él, y te puedo asegurar…

—Callaos las dos, por favor —rogó Selene, tapándose los oídos—, yo sí que no necesito esa información…

—Bueno —rio Julia divertida—. Necesitarás oír algo si quieres estar a la altura. O conservarle en tu lecho luego. Parece que Juba es un amante exigente…

—¿Quién dice eso? —se escandalizó Selene.

—Terencia, la mujer de Mecenas —advirtió Julia—. Y las mujeres de medio Palatino. Vamos, Selene —rio al ver su cara—, sería el único hombre romano que no tiene aventuras. Además, aún no está casado…

—Así va siempre con esa sonrisa —apoyó Marcela—. Los dos —advirtió.

—¿Y Mecenas lo sabe?

—Claro. Lo sabe toda Roma, pero a Mecenas le da igual. Su matrimonio, como casi todos, es un pacto por conveniencia. Solo que en su caso ni siquiera hay sexo. Él prefiere que ella esté contenta para poder tener sus aventuras por ahí…

—¿Con quién?

—Con Virgilio… Con Horacio… Con todos esos poetas muertos de hambre que alimenta como quien da de comer a las palomas. ¿Qué piensas? ¿Que lo hace porque de verdad le llena la poesía? A Mecenas, lo único que le llena es una buena…

—¡Julia!

Marcela estuvo a punto de atragantarse ante el evidente doble sentido de las frases de Julia. Por primera vez en mucho tiempo, Selene notó que estaba llorando de la risa.

—Por favor, Julia —le pidió—, si nos oye tu padre, nos matará a

las tres…

—¿Qué crees? ¿Que mi padre no lo sabe? Tanto consejo, tanta campaña en Iliria, tanto roce… —Se encogió de hombros—. ¿Quién conoce los gustos secretos del *imperator*? Hay quien murmura —bajó la voz— sobre cómo se las arregló para que Julio César le adoptara y le metiera en su testamento.

Hizo un inequívoco gesto con la mano y la boca que escandalizó a sus compañeras. Marcela golpeó su brazo con el extremo de su *palla*.

—¡Julia! Eso no puedes saberlo. Cuando murió César tú ni habías nacido.

Julia se encogió de hombros con un mohín de enfado.

—Pero tu madre, sí. Y Agripa. Y la gente habla cuando cree que los niños no entienden. ¡No me miréis así! Parece que mi padre era un adolescente enfermizo que no tenía en su haber ni una campaña. A todo el mundo le sorprendió aquel nombramiento. A Antonio, el fiel lugarteniente de César a fuerza de tragar polvo, sangre y mierda, el primero. Igual no tragó lo que tenía que haber tragado. Pobre. Imagino que no podía competir en ese terreno. Dicen que a Antonio le gustaban demasiado las mujeres. Mi padre, siempre tan comedido, afirmaba que acabarían perdiéndole… —Se detuvo repentinamente, consciente de su falta de tacto, y miró a Selene con ojos asustados—. Perdona. ¿He hablado demasiado?

—Por lo que respecta a mi padre, no. Por lo que respecta al tuyo, quizá sí —reconoció.

—Dejémonos de conversaciones complicadas —propuso Marcela—. Julio César es un dios y lo que estamos haciendo podría ser considerado un delito —advirtió con tono serio y enseguida sonrió de nuevo—. Volvamos a Mecenas, que es mucho más divertido. Os confieso —añadió en voz tan baja que tuvieron que juntar sus cabezas hasta que sus frentes se rozaron— que, en algún momento, llegué a pensar que le gustaba mi hermano —advirtió Marcela.

—Y yo —corroboró Selene, y recordó la noche de su boda—. ¡Y a Virgilio!

—Y él llegó a pensar que le gustaban los dos —atajó Julia con un guiño—. ¡Menos mal que le he cogido a tiempo!

—¿Pero él está bien contigo, Julia? —se interesó Selene. Bajó la voz a su vez—: ¿O sigue fijándose en los hombres mayores?

—Él es de natural fogoso —describió Julia, complacida—. No sé si será por la presión de darle un nieto a mi padre o —impostó la voz— por mis atractivos naturales…

—¡No creo! —se atrevió a intervenir Marcela, medio ruborizada —. Tendrías más atractivo para él si te cortaras el pelo y te pusieras a cuatro patas…

—¿Y cómo crees que me pongo? —fingió sorprenderse Julia.

Estallaron en risas y se advirtieron entre codazos, derramando sus refrescos de fruta y miel sobre las telas pintadas del *triclinium*. Octavia pasó frente a ellas y les dirigió una mirada complacida. Las tres se reían escandalosamente, con las mejillas rojas como manzanas, las lágrimas apretadas en los ojos y los recogidos alborotados. Sopesó la posibilidad de llamarles la atención por su conducta o sentarse con su hija, su sobrina y aquella hija postiza que el destino y una reina rival le habían regalado, pero decidió no intervenir, no coartar aquellas conversaciones espontáneas.

—¿Y tú, Selene? —quiso saber Marcela—. ¿Qué es lo que piensas tú?

—Espero que no se te ocurra lamentarte de tu suerte —advirtió Julia con los ojos en blanco—. Cuando toda Roma suspira por tu guerrero númida…

—La mitad de Roma son hombres, Julia… —le recordó Marcela.

—Pues eso digo, toda…

—La verdad —admitió su prima en un suspiro— es que es muy atractivo… Yo porque casi me he criado con él y siempre le he visto como a un hermano mayor…

—Bueno, Selene ahí no tendrá ningún problema…

—Cuantas más batallas guerrea y más años cumple, más guapo lo veo…

—Al revés que tu Agripa…

Marcela tiró uno de los cojines a la cara de su prima.

—¿No le estábamos preguntando a Selene?

Selene dejó de sorber su vaso, con la mirada de las dos muchachas posadas sobre ella. No supo qué decir. ¿Qué sentía ella? ¿Rabia? ¿Decepción? ¿Tristeza? Ninguno de esos sentimientos casaban muy bien en aquel contexto. Y, al final, ¿qué esperaba que le sucediera tras la muerte de Helios? Era evidente que Augusto debía orquestar su matrimonio. Y que la vendería como la rehén de

categoría que ambos sabían que era. Al menos, acertó a pensar, no ha retomado la oferta de Herodes…

—Siempre te ha gustado un poco, ¿verdad? —preguntó Julia con un guiño—. Pasaban juntos un montón de tiempo… Y solos —le dijo a Marcela.

—En la biblioteca… —le recordó Selene.

—¿Y qué tiene de malo una biblioteca? —se extrañó Julia—. Mejor. Nunca va nadie…

—¿Tienes algo de… —comenzó Marcela—, ya sabes, de experiencia?

—¡No! —se escandalizó Selene—. ¿Se supone que debería?

—Bueno, es diez años mayor que tú. También se supone que no debería aburrirse…

—No la avergüences, Marcela. Mejor así. —Julia recolocó dos mechones oscuros tras las ardientes orejas de Selene y depositó un beso alegre en su mejilla—. A Juba le encanta enseñar. Dedícate a ser una alumna aplicada…

Octavia no alcanzaba a oír sus voces, pero sí veía sus gestos. La sonrisa cómplice de Marcela y el cariñoso gesto de la hija de Augusto para con la muchacha egipcia. Y dio gracias a los dioses. Las miró a escondidas entre las ramas de los olivos que crecían en el patio, entre las hojas plateadas, y tuvo que reconocer que la exótica Selene eclipsaba a su sobrina y a su hija. La piel luminosa, el pelo oscurísimo y liso recogido en un sencillo tocado, los dedos finos, la brillante inteligencia, la majestad que emanaba sin apenas quererlo debían de ser herencia de Cleopatra. En sus labios curvados en una sonrisa, en la ironía con que sabía impregnar sus frases, en la ferocidad y la pasión de algunas de sus respuestas, veía perfectamente a Antonio. Y aquel carisma… Por todos los dioses, aquel acento, aquella mirada entregada, aquellos roces casuales que te hacían querer pertenecer a su mundo, eso, sin duda, era una peligrosa combinación de los dos.

La adolescencia la había impregnado de una audacia y una extraña belleza que aún no sabía manejar. Ni ella ni nadie. Octavia sentiría perderla, pero era lo mejor para todos, se dijo. Antes de que el *imperator* cometiera una tontería.

II

—Todavía no sé lo que piensas.

Selene alzó la vista del tratado que estaba leyendo. Al ver el rostro de Juba se sonrojó nerviosamente y trató de tapar los legajos. Eran los *Libri Punici*, una copia de los tratados que Roma entregó a los reyes de África para que custodiaran su memoria, una pobre compensación, quizá, por la destrucción de Cartago. No quería que precisamente él descubriera que estaba intentando aprender sobre la memoria de esa tierra a la que tendría que trasladarse.

—¿Qué pienso sobre qué?

—Nuestro matrimonio…

—¿Puedo permitirme pensar algo? —le espetó—. Creí que era una orden de Octavio.

Juba la miró a medias entre la tristeza y la impotencia. ¿Qué era lo que fallaba? Se sabía inteligente, atractivo y seductor. Se sabía deseado por las mujeres. ¿Por qué precisamente aquella princesita desterrada que ya no tenía nada, y a la que estaban ofreciendo nada menos que un reino, se permitía rechazarle? ¿O era solo un juego para atormentarle y espolear su deseo?

—No me gusta no saber qué piensas —reconoció—. Hasta ahora me parecía que había una buena comunicación entre nosotros. Que era capaz de entrar en tu mente, como tú en la mía…

—Quizá eso te haya hecho sacar conclusiones precipitadas… —exclamó ella con indiferencia.

—Helios está muerto —afirmó con dureza—. Y tú sigues viva.

—Y Octavio no quiere seguir asumiendo mis costes. Y me regala como a una esclava perezosa, porque, desaparecidos los varones que optaban al trono de Egipto, la hermana sobrante no le sirve para nada.

—Yo no veo esto como un castigo, Selene —intercedió él, conciliador—, sino como un premio. Para los dos. Y me apena que no lo veas así. Sé que necesitas pasar tu duelo. Y tendrás el tiempo que precises. No es mi intención sustituir a Helios…

Selene era consciente de que había destinos mucho peores. De que apenas cinco años antes ya le había parecido un logro seguir

viva. De que un reino alejado de Augusto y un atractivo y joven consorte era mucho más de lo que hubiera podido imaginar entonces. De que su destino parecía, en verdad, marcado por sus sueños; pero no podía evitar sentir la helada y todopoderosa mano del asesino de sus padres tejiendo y destejiendo los hilos de su vida, como hacían las Parcas. Ni pensar que el *ka* de Helios vagaba en el mundo de las sombras porque nadie en esa tierra de bárbaros había sido capaz de darle los funerales adecuados. Ni de que todo, desde la muerte de su hermano al trono vacío de un reino clientelar, eran incidentes condenadamente oportunos que servían solo a los intereses de Augusto.

¿Era ella la única que lo veía?

Levantó la vista de los rollos que fingía consultar en la mesa.

—¿Cómo has dicho? —preguntó con acento helado.

—He dicho —repitió Juba con cierta inseguridad— que tendrás el tiempo que necesites y que respetaré tu luto. No pretendo sustituir a tu hermano.

La mención de Helios, de aquella otra mitad de sí misma, de aquella presencia constante, física y mental, sin la que se sentía a la deriva, le hirvió en la piel como el hierro candente con el que se marcaba al ganado.

—¿Qué te hace pensar que podrías siquiera soñar con hacerlo? —siseó, revolviéndose hacia él, como un áspid—. Helios era un dios. ¿Lo entiendes? Un dios engendrado por dioses. Crecimos juntos, pegados, abrazados desde antes de nuestro nacimiento. Alejandría nos aclamó como a dioses largamente esperados y mi padre nos dio nombres de astros para equipararnos con el Sol y la Luna. Fuimos los mellizos sagrados. Las profecías de los judíos hablan de nosotros. Las crónicas de Virgilio hablan de nosotros…

—Las crónicas de Virgilio se escriben a sueldo. Y me inclino más a que anuncien un futuro hijo de Augusto.

—¡Augusto no tendrá hijos! ¡Nunca! —gritó, encendida—. ¡Está maldito! Lo que quiera que construya será para su hija y sus sobrinas… —advirtió con un brillo sobrenatural en la mirada—… El imperio que tan cuidadosamente erige será, al final, para los nietos de Antonio.

—Las cosas no se harán realidad solo porque tú las desees…

—¿No? Pues yo deseaba un rey. Y un reino —sonrió lentamente

—. Pobres. No podéis entender el rumor, la profecía, la esencia, lo que aletea en el aire antes de suceder, lo que no puede tocarse ni aprehenderse… —Movió la cabeza hacia los lados—. Roma no entiende la magia.

—¡Tú eres más romana que yo! —le recordó Juba—. ¡Yo no soy romano! —Había alzado la voz. Y ese hecho, inusual en él, la desconcertó. Era cierto. Selene detuvo su arenga, levemente desconcertada—. Yo no soy romano —repitió él con una ira contenida que latía en sus palabras—, y vengo también de un mundo de sol y arena a orillas del mar. De un mundo libre, que se recorre a caballo, del orgullo de una casa real. Yo no soy romano y vengo también del suicidio de mi padre, de la vergüenza de un triunfo, de criarme en la casa de quienes le vencieron. Somos más parecidos de lo que quieres ver, Selene. Con una excepción. Yo no soy romano, pero reconozco que Roma me ha dado una educación y me ha brindado una oportunidad. Me he criado en la casa de César como un hermano pequeño para Octavio, al igual que ahora haces tú con sus sobrinos y los hijos de Livia. Yo no soy romano, Selene, ni deseo serlo; pero no guardo rencor a Roma.

Selene habría escupido a sus pies si la biblioteca no le hubiera parecido un lugar lo suficientemente sagrado.

—Yo no soy una hermana pequeña para esa víbora de Tiberio. Ptolomeo tampoco fue un hermano para Druso. Somos los hijos de la ramera, Juba, dondequiera que vayamos. Roma teme a las mujeres audaces, incluso a las suyas, como Fulvia. ¿Es casualidad que mi padre haya estado desposado con las tres únicas mujeres que han aparecido retratadas en monedas? Fulvia, Octavia, Cleopatra… Creo que él comprendió su fuerza, incluso la que apenas se ve, como la de Octavia. Augusto denigra constantemente el comportamiento de mi padre con las mujeres, pero a la hora de la verdad, él fue el único romano que permitió a sus esposas combatir como hombres. Como hizo Fulvia. Como hizo Cleopatra. Si mi padre eligió morir en Egipto, quizá fuera porque ya no se sentía ciudadano de este país. Un país que detesta a las mujeres que luchan y piensan, a las mujeres libres. Por eso las trata de putas, para humillarlas, aunque sean reinas… Yo no me siento romana, Juba. Y sí guardo rencor. ¿Es malo? Creo que tiene mucho que ver con la memoria. Quizá tú eras demasiado pequeño cuando llegaste

a Roma. ¿Qué tenías? ¿Cuatro años? O quizá hayas decidido entregarte al olvido. Yo no puedo. Estoy enfadada. Estoy enfadada con todos los que creen que tienen la potestad de decidir por mí. Augusto, Octavia, Livia o tú mismo ahora… Estoy enfadada incluso con los dioses…

—Fue tu madre quien te encomendó a Octavia…

—¡También estoy enfadada con mi madre! ¡Con mi padre! ¡Con los dos! —Su pecho se estremeció en un sollozo. Juba hizo ademán de atraerla hacia él, pero ella se apartó—. ¿Cómo pudieron hacernos eso? ¿Por qué nos dejaron solos frente a Octavio? Hasta mi hermano Antilo previó lo que pasaría. ¿Cómo no lo vieron ellos? ¡Sería mejor que nos hubieran matado con sus propias manos!

—No piensas eso de verdad, Selene. Amas demasiado la vida, el conocimiento, las pequeñas cosas que nos hacen grandes. Hay pasión en ti. Tienes la posibilidad de empezar otra vez. En un país nuevo. De conservar tu prestigio, de perpetuar la dinastía lágida…

—¿Contigo como padre de mis hijos? —inquirió despectiva.

—Bueno —reseñó él con cierta indignación—, no había tenido ninguna queja hasta ahora…

—No lo entiendes. Los Ptolomeos nos casamos entre nosotros para mantener pura nuestra línea de sangre. No hay nada que puedas ofrecernos. Tú —observó con desprecio— no perteneces a la dinastía lágida.

Juba alzó la barbilla, la mandíbula apretada, la piel color canela tensa, los ojos del color del ámbar centelleantes.

—Discúlpame si pretendo mezclar mi tosca sangre númida con tu principesca sangre macedonia —advirtió en tono irónico—. Si leyeras un poco más y mejor esos rollos que te esfuerzas por esconder, sabrías algo más del país que estaría dispuesto a acogerte como reina. Somos un pueblo antiguo y orgulloso, Selene. Un pueblo que peleó junto a Aníbal.

—Lo sé —contraatacó ella—. Y que después se pasó a Roma y le vendió. Y que cargó contra él en Zama, provocando su derrota.

—También vuestro valiente general Ptolomeo engañó, extorsionó y mató para hacer una ciudad-santuario a costa del cadáver del Gran Alejandro. Se os llena la boca con las hazañas y las conquistas del Magno, pero no provenís de él, sino del más embaucador y tramposo de sus capitanes. El más cercano a él, el

que hubiera debido asegurar la vida de sus mujeres, de su hermano Filipo y de sus hijos… Crees en la historia que deseas creer —le espetó—. Si Ptolomeo hubiera sido el gobernante magnánimo y recto del que crees descender, no existirías, Selene, porque él habría garantizado la descendencia del Magno, y entonces, en el trono de Egipto, se habrían perpetuado los hijos de Alejandro, y no los suyos…

Selene se revolvió rabiosa.

—¿Qué quieres demostrarme con eso? —le enfrentó—. ¿Que conoces mi historia mientras que yo no sé nada de ese trozo de desierto al que pretendéis arrastrarme?

—No. Que nadie es mejor ni peor que nadie. Y que es injusto odiarme porque la realidad no se parezca a tus deseos…

Se dio la vuelta, encaminándose hacia la puerta, sin mirarla. Selene se quedó pensativa unos instantes. ¿Le odiaba? No. El odio era otra cosa. Odio era lo que sentía por Octavio, y, aun así, ni siquiera había tenido valor para pedirle a Musa que le dejara morir.

—¡Espera! —Juba se detuvo, aún de espaldas a ella—. Es duro… es duro cuando todo lo que creo que el destino me tiene deparado se rompe constantemente, en pedazos… —musitó.

—Es que igual es tu destino contra lo que estás luchando…

Ella no dijo nada, pero él supo que la frase había tocado algún punto sensible y dejó que esa posibilidad se asentara allí, creciera y echara raíces. Él se volvió.

—¿Quieres que olvidemos esta conversación? —ofreció en son de paz—. ¿Que simplemente salgamos a cabalgar, como antes?

No quería perderle; era cierto. No del todo, al menos. Pero tampoco estaba dispuesta a aceptar con sumisión el destino que otros le imponían. Le miró con estudiada arrogancia.

—No creo que sea muy apropiado precisamente ahora que estamos prometidos.

A Juba le dolió su rechazo, máxime porque sabía cuánto le costaba renunciar a ello. Prefería privarse de ese placer secreto a compartirlo con él.

—Una consideración muy… romana —advirtió, cortante—. Y curiosa, viniendo de alguien a quien rescaté una vez con la ropa y el pelo revueltos del interior de un barril de vino.

III

Los preparativos continuaron, pese a ella. Pese a ellos. Salvo quizá las niñas de la casa, nadie los vivía con auténtica ilusión. Con Marcela, Julia, Tiberio, Marcelo y ahora Selene fuera, la casa se iba quedando vacía, demasiado deprisa, sin que aún hubiera nietos para ocupar, con sus llantos y sus risas, el lugar de los que se marchaban. Con ella se irían Rhea y Calíope, y lo que era peor, pensaba Octavia, Musa. Y eso era mucho más de lo que estaba dispuesta a soportar. Ya no aspiraba a mucho más. Y menos, que Venus la perdonase por esos pensamientos, con alguien de otra extracción social, pero esas conversaciones, esos recuerdos compartidos y esos paseos por el jardín… Sabía que los echaría de menos y que ya no tendría con quién compartirlos nunca más.

Octavio esperaba la llegada de la celebración del compromiso como el que espera que culmine un proyecto largo tiempo soñado. Tenso, expectante… Los dioses sabían que lo había intentado. En Hispania, lejos de aquel influjo que no conseguía arrancarse del alma, las cosas entre él y Livia casi habían vuelto a ser como antes. Casi. Porque desde la llegada de Selene a su vida, alguna hechicería había mudado su cuerpo; algo que ninguna ciencia médica podía sanar. Acostumbrado a someter a los demás, a expresar su poder con una violencia soterrada, su cuerpo no respondía ante una mujer como Livia por muchos fingimientos que emplearan; por eso se aliviaba con esclavas que soportaban sus abrazos entre lágrimas de culpa, mujeres que podía amar y desechar. Por eso deseaba a Selene con un anhelo rayano en la locura. Por eso Livia no podía odiarla más. Y por eso la niña egipcia tenía que irse lejos, lo más lejos posible, a una distancia que él no pudiera cabalgar para encontrarla en medio de un delirio.

En aquel juego mudo de lealtades sabía que Livia no contaría nada. ¿A quién iba a beneficiar? Mientras fuese su legítima esposa mantendrían esa farsa infinita. Mientras ella estuviera contenta, él no tendría nada que temer. Pero si la contrariaba, si osaba pedir el divorcio o apartarla de esa recién estrenada esfera de poder… Sabía que a Livia le llevaría menos de dos días extender el chisme hasta el

más lejano *limes* del imperio. El gran Octavio Augusto es un eunuco, incapaz por ello de engendrar hijos. El *imperator* no es sino un mirón, un tocaniñas incapaz de excitarse con una de las mujeres más hermosas de Roma, pero a quien se le pone tiesa solo con mirar a la hija de su rival. La gran consecución de Actium aún está por venir, señoras y señores, y el botín definitivo para este hombre que asegura procurar el bienestar de Roma no son los tesoros de las tumbas de los antiguos faraones, ni la sabiduría arcana de sus sacerdotes, sino el preciado virgo de la hija de Marco Antonio. Un doble premio, además, por su insultante parecido con la ramera Cleopatra. No se vayan. Esperen al último acto, por favor. La conquista de Egipto aún no ha terminado y pasa por el sometimiento más burdo y básico de sus supervivientes. El hombre que prohíbe a sus legionarios a sueldo la rapiña, la violación y el botín sueña hasta la extenuación con encamarse con una muchacha de la edad de su hija…

El rubor subió a sus mejillas solo de pensarlo. ¡El viejo cabrón de Antonio, ese putero adúltero que iba sembrando niños de distintas madres por los confines de Roma…! ¡Cómo se estaría riendo de él desde el maldito Hades!

Nadie más debía conocer sus deseos más secretos. Sospechaba que Octavia los intuía. Como Juba, con quien quizá se hubiera permitido algún comentario de más. Si Agripa, su amigo más leal, convertido ahora, además, en su sobrino político, sospechaba algo, jamás lo mencionaría. Era Mecenas el único con quien había compartido las flaquezas de su alma. Aunque su colaborador era una mente brillante a la hora de monetizar secretos ajenos, él mismo tenía más de uno que ocultar. Era un gran conocedor de las pasiones humanas. En carne propia. Por eso era él quien le había ofrecido la solución en los términos más sencillos posibles.

—¡Follátela! Verás como acabas con esa obsesión… Ahora que te has deshecho del hermano, además… ¿Quién va a enterarse? Ella no lo va a contar. Y ay, amigo, sería como darle por el culo al cabrón de Marco Antonio…

Mecenas estalló en risas. Octavio no, aunque la imagen gráfica no fue suficiente para mitigar sus ansias. Negó con la cabeza, a su pesar.

—Podría hacerlo, sí, pero en realidad no puedo. No creo que ella

merezca esa sordidez de un encuentro forzado. Está bajo la protección de mi hermana. ¿Con qué cara me miraría Octavia? ¿Y Livia? Le haría la vida imposible. A ella y a mí. ¿Y qué imagen tendría ante el pueblo de Roma si culmino una acción militar tomando por la fuerza a la hija de mi enemigo? Parecería que he montado una guerra por motivos personales.

—Octavio —Mecenas meneó la cabeza—, hemos montado una guerra por motivos personales…

—Incluso Agripa —continuó él—, nuestro recto Agripa, capaz de volverte la cabeza del revés con la misma mano con la que le ofrece una flor a una dama… Es el marido de mi sobrina, por la furia de Júpiter, ¿qué pensaría él?

—He dicho que te la folles, Octavio —le recordó Mecenas hastiado—; no que lo anuncies en un nuevo decreto…

—¿Y si…? —se atrevió a desnudarse del todo—. ¿Y si cuando estoy con ella tampoco… puedo? ¿Qué pensaría? No podría soportar esa vergüenza. Lo que de verdad quisiera, amigo Cayo, es que quisiera ella. Que me buscase ella. Que se entregase a mí. Que me mirara con ese arrobo que guarda para otros; que me sonriera con esa sonrisa que reserva a otros; que fuese ella quien soñara con meterse en mi cama como sé que sueñan la mitad de las matronas de Roma…

—Ay, amigo —diagnosticó Mecenas con una mirada lenta llena de compasión—. Mi solución no te vale de nada. No estás encaprichado de ella. Estás enamorado. Y eso es mucho más grave.

Durante los siguientes meses, los preparativos se fueron ultimando. Juba tuvo que partir en un par de ocasiones a Gades y a Carthago Nova, en la Hispania pacificada, donde ejercería a partir de ese momento como duunviro por su cercanía con Mauretania. Selene, que se había acostumbrado a los ratos en la biblioteca y a las tardes en que él se acercaba por la casa de Octavio para conversar, junto a la familia, al frescor del atrio, se encontró, por sorpresa, echando de menos sus apuntes de historia, los descubrimientos que refería con pasión genuina, o sus mordaces comentarios sobre las reuniones del Senado. Volvió con los ojos llenos de un mar nuevo, el Atlanticum Mare, con el recuerdo grabado en las retinas de las Columnas de Heracles, como la puerta a un océano infinito, con el regusto salado

de los lugares donde se producía el mejor *garum* del mundo, con el alma rendida ante la visita a su sagrado templo, en una isla del sur de Hispania, el mismo que habían visitado los más grandes, Aníbal y Julio César. A los pies del dios depositó una estatuilla de Isis en nombre de su futura esposa y consiguió que los orfebres de Carteia, herederos de las filigranas de los tartesios, le fundiesen con los *aurei* que Octavio le había entregado como compromiso al sellar el contrato de matrimonio, una estatuilla de Heracles-Melqart, el semidiós griego con la mitra de su homónimo púnico, como símbolo de las dos nuevas culturas que sus casas iban a fusionar.

—Sé que tu padre tenía a gala proceder de la estirpe del dios Heracles a través de su hijo Antón, origen último de la *gens* Antonia, pero también los pueblos del norte de Libia tenemos en Hércules a nuestro padre, Selene —le explicó en un conmovedor intento de acercamiento—. Heracles tomó como esposa a Tingis, la viuda del gigante Anteo, tras haberlo vencido, y de esa unión nació Sófax, de quien descienden los reyes númidas. Al final —sonrió y unos graciosos hoyuelos hendieron sus mejillas—, casi vas a casarte con un hermano.

Selene, que había tenido tiempo de sorprenderse echándole de menos, reprimió una sonrisa agradecida. Quizá él tuviera razón y estuviese luchando contra su destino. Quizá había otros mundos muy lejos del suyo, mundos que incluso miraban a otros mares. Quizá su destino fuese recorrerlos a caballo, junto a Juba, y conquistar Occidente al igual que Alejandro había puesto sus sueños en Oriente. Partia, Armenia, Judea eran viejos imperios conocidos, pero ¿quién sabía qué más riquezas escondían las aún ingobernables tribus de Hispania? ¿Qué secretos no ocultaban en sus montañas los esquivos jinetes de Numidia? Quizá Helios había tenido que morir para que ella pudiese sentirse libre de emprender su camino. No se atrevió a mencionárselo a Calíope; ni siquiera se atrevió a reconocérselo a sí misma. Acarició los rasgos pulidos de aquel diosecillo de oro que Juba se había molestado en hacer para ella, y se encontró preguntándose si la bronceada piel de su prometido tendría aquel mismo tacto fresco, liso, confortable. Desechó la idea inmediatamente, horrorizada por no guardar el luto debido al recuerdo de Helios, y se sintió, de repente, como si una nube traicionera hubiese aparecido en mitad de una mañana de sol.

Octavio hubiese preferido que el enlace se celebrara en Iol, la ciudad portuaria de la costa numídica, lejos de su presencia, pero sus legados aconsejaron que quizá la llegada del nuevo rey no debiera estar asociada a la de un gran festejo pseudorromano en una población sometida y levantisca que, en ocasiones, pasaba hambre. Aunque fuese el enlace de un rey extranjero, por los lazos de amistad y personales que le ligaban a Roma, el matrimonio se celebraría en una Urbe embellecida tras los arduos trabajos de Agripa, y donde las comunicaciones hacían más fácil la asistencia de los representantes extranjeros y la concurrencia de Julo, la abuela Julia y las Antonias, la única familia real que le quedaba a la prometida. Él, de todas maneras, planeaba ausentarse de la ceremonia arguyendo que sería inadecuado asistir a la boda de una simple protegida cuando no había podido estar ni en la de su hijastro Tiberio, ni en la de su propia hija, pero el Senado también se lo desaconsejó. Si Roma validaba en su cargo a un rey extranjero, sería una descortesía que el máximo representante de la Urbe no asistiese a un enlace de esa categoría.

La noche anterior, Selene oró en el *lararium*, junto a Claudia y las dos Antonias. No tenía muñecas que ofrecer a los dioses de la casa, así que quemó su velo de luto lentamente en la vela que ardía frente a ellos, para que sus cabellos quedasen liberados del duelo y Octavia pudiese trenzar su pelo al modo romano. Había suplicado al *imperator* que le devolviese la corona del Alto y Bajo Egipto para llevarla en su boda, pero él se negó. Permitió, en cambio, que luciese su tiara de princesa, de carácter real, pero territorialmente mucho menos simbólica. Ofreció dos escarabeos sagrados a sus hermanas y se encerró a descansar, pero de madrugada, cuando todos dormían, Arween le abrió las puertas traseras de la casa y ella salió en silencio, sorteando muros, guardias y corredores hasta llegar al Tíber. Se quedó en pie ante sus orillas lodosas, apestando a descomposición y fango, y observó la luna llena reflejada en su interior. Aquel río miserable pensaba que era suya, que la tenía encerrada en su espejo, pero ella vagaba libre, en el cielo, inalcanzable.

La lúnula que le había regalado Marcela trazó una parábola plateada en mitad de la noche antes de sumergirse en el interior del Tíber. Luego desenrolló la estola que llevaba. Era una de las

prendas que habían venido desde Alejandría, un lienzo de lino puro y sagrado, el mismo paño usado en los procesos de momificación y con el que había cubierto a su hermano Ptolomeo. La que llevaba era la última que le quedaba y pensaba portarla al día siguiente, en sus esponsales. Salvo por un trozo. Cortó lentamente, sin utilizar elementos metálicos, con los dientes y las manos, una tira del final, extendió cuidadosamente los hilos de la urdimbre que le habían mantenido hasta entonces integrado en el trozo más grande y, con su propia sangre, dibujó sobre la tela el *Uydat*, el ojo de Horus, el dios que había nacido para vengar a su padre.

La sangre se extendió por los minúsculos canales de hilo, difuminando el dibujo y, cuando este estuvo seco, lo enrolló sobre sí mismo, cortó, esta vez con un pequeño cuchillito que llevaba, un mechón de su cabello y anudó aquel minúsculo atado. Luego lo depositó muy despacio en el lecho del río, rogando para que pudiese remontar la corriente hasta el Mare Nostrum y desde allí enlazar con los caminos submarinos que la llevaran hasta Alejandría. Era la única manera que se le ocurría de hacer llegar la memoria de Helios, su sangre, que era la misma de él, hasta el lugar que le había visto nacer. Era la única forma que tenía de dejarle ir, de regresarle a su mundo, de decirle adiós.

Para siempre.

El río era el canal de comunicación entre las almas y los mundos, como lo era entre los pueblos. Cuando Osiris murió, su hermana y esposa Isis había buscado a su amado por el Nilo hasta encontrarle y hacerle revivir. Roma estaba muy lejos del Nilo, pero confió en que el simbolismo del cauce de agua sirviera y el Tíber hiciera su función de canal conductor. El ojo de Horus, decían los sacerdotes, el derecho, el que perdió en su contienda contra Seth, era la Luna. Su pérdida sumiría al mundo en la oscuridad nocturna permanente. Su existencia garantizaría la luz, el ciclo de la inundación que permitiría las cosechas, los períodos de las mujeres que permitirían la concepción y las mareas. El mundo era más ordenado, luminoso, llamado a perpetuarse, con la existencia de la Luna.

Volvió caminando desde la ribera del Tíber hasta el Campo de Marte. Allí un grupo de jóvenes soldados que se entrenaban al frescor de la madrugada vieron venir hacia ellos a una muchacha

que caminaba con la majestad de una diosa.

—Soy Cleopatra Selene —les dijo—, prometida del rey Juba, protegida del *imperator* Augusto, hija de Marco Antonio y la reina Cleopatra. Por favor, devolvedme a mi casa.

La propia Octavia corrió hacia la puerta junto a Kallyas, cuando oyó los aldabonazos. Alarmada por la hora, solo acertó a ver a aquel horrible cuervo posado sobre el muro que rodeaba la casa mirando hacia el exterior con sus ojos duros y negros como obsidianas.

—¡Salve, gran Antonio! —graznó.

Octavia descubrió entonces el cuerpo de Selene, descalza y despeinada, como desmadejada en los brazos de un legionario de la V Alaudae. La muchacha pareció despertar de un trance y se abrazó a ella. Estaba helada y olía a pez muerto. Nunca logró saber de dónde venía. Se había acostado, le dijo la muchacha, y había amanecido ante las puertas cerradas laureadas con la corona cívica, escoltada por un grupo de soldados. Octavia decidió no darle más importancia. Se casaba al día siguiente y daba gracias a los dioses porque hubiera aparecido antes de que la casa se pusiera en movimiento. Los nervios la habrían llevado a andar en sueños. No era lo peor que se podía esperar en alguien cuya vida cambiaría por completo, una vez más, a partir del día siguiente.

IV

—¿No puedes darme algo, Musa? ¿Alguna de tus plantas con propiedades mágicas?

—¿Para qué quieres magia ahora, princesa?

—Para alejarme de aquí…

—No seas niña, Selene. —Posó una mano en su hombro—. Esta es tu fiesta.

Selene asistía a los parabienes y las felicitaciones de su propio enlace como una espectadora. Las cítaras y los cánticos la impedían concentrarse y las risas de los invitados le sonaban a un volumen inusual. Las mujeres llevaban tocados pomposos, pelucas de colores imposibles y demasiado maquillaje. Los hombres se daban demasiada importancia. Incluso Livia lucía con desenvoltura una peluca negrísima de pelo liso que Selene sospechaba que pretendía emular su melena natural. ¿Era ella la única en compadecerse de las tres muchachas armenias a quienes habían rapado para que la esposa del *imperator* pudiera lucir un peinado nuevo el día de su boda? Podría cambiar su aspecto, pero no aquella mirada fija, apagada y maligna, como de reptil. Sin ningún pudor, Livia la miraba intensamente, amparada por la multitud, como si esperara que se desvaneciera ante sus ojos.

—Has conseguido lo que deseabas, al final —susurró, apareciendo escalofriantemente cerca de ella.

¿Era solo una impresión o su cuerpo emanaba ese frío húmedo de las estancias cerradas?

—¡Livia! —fingió sonreír—. ¡Me has asustado!

—Dudo que nada te asuste. Aunque reconozco que se te da bien fingirte desvalida para conseguir tus propósitos.

—Si te refieres a este matrimonio, te recuerdo que no soy yo quien lo ha buscado.

—Por supuesto que no. Este te lo he buscado yo. A ti te hubiera gustado sustituirme en el mío, pequeña zorra.

Selene tragó saliva. Le devolvió una mirada neutra. ¿La estaba provocando a propósito para montar una escena en el día de su enlace y poder acusarla de caprichosa y desagradecida? Ya no era

una niña pequeña. Había aprendido a refrenar sus emociones. No se lo permitiría.

—No sé si tú puedes decir lo mismo, Livia, dadas las circunstancias en las que se produjo tu matrimonio, pero yo no acostumbro a inmiscuirme en relaciones ajenas —advirtió con aplomo.

—Permíteme que lo dude, dada la tradición familiar…

—Me insultas a través de mis padres porque sabes que es la única manera de herirme —le espetó—. Y es tan mezquino…

—Es lógico que tú entiendas de mezquindades. ¿Sabes lo que me alegra de esta fiesta, Selene?

—Dudo que nada te haya alegrado nunca…

—Que es el primer paso para perderte de vista para siempre…

—Por favor… Para siempre es demasiado tiempo —le sonrió obsequiosa—. Nos veremos, seguro. Seremos vecinos y aliados.

—Vasallos, querida. Seréis vasallos.

—Solo los reyes tienen vasallos, Livia. Y yo ya tengo un trono. —Alzó ante ella su copa de vino—. Avísame cuando tú tengas uno.

Selene se retiró con fingida elegancia, aferrando fuertemente la copa para controlar el temblor de sus manos. Recordó las recepciones en que su madre, aparentemente segura de sí misma, realizaba el mismo gesto. ¿También ella tuvo que controlar las ganas de llorar, de arañar, de esconderse? Le hubiera gustado tanto saberlo. Le hubiera gustado tanto compartir este momento, tantos otros, con ella… Caminó lentamente, recibiendo felicitaciones con una sonrisa impostada, simulando una felicidad y un agradecimiento que no eran tales. Había multitud de rostros desconocidos. Legados extranjeros que habían conocido a sus padres y que la felicitaban apenas un instante antes de mostrarle sus condolencias por la muerte de Helios; antiguos socios clientelares de Antonio que habían perdido en Actium y habían vuelto a reanudar relaciones con Roma. Había representantes de reinos orientales que, en aquel breve intervalo, habían caído y vuelto a levantarse. Insignes visitantes como el príncipe Artabán, hijo de Fraates, el rey de la Partia que su padre había combatido; o la dulce princesa Iotape, con quien Helios había estado prometido de niño, que había acudido en compañía de su esposo el príncipe Mitrídates de Comagene, o la bella Glafira de Capadocia, junto a su padre, el

rey Arquelao… O los Balbos, la familia de los gobernantes de Gades… Incluso el nuevo prefecto de Egipto, llamado a sustituir a Cornelio Galo, estaba allí, pomposo y encantado de entrar en los círculos de poder, hablando de su país como si le perteneciera.

Pero también estaban los retazos de su vida anterior; algunos de los actores que su padre había adorado y que habían interpretado una conmovedora elegía en su honor; Musa, elegantísimo en su función de padre simbólico, que la había entregado a Juba antes del juramento ritual; el poeta Crinágoras, que le había improvisado un divertido poema, un metafórico y confuso juego sensual entre la luna y la arena de una playa de Numidia. El ambiente se animaba, se caldeaba. Los senadores más respetables no disimulaban que se les iban los ojos tras las bailarinas, y Juba bromeaba con todos, mandaba servir vino y estaba en todas partes como el perfecto diplomático que era. A Selene no le sorprendía que Octavio hubiese decidido ponerle al frente de un territorio convulso al que quería ganarse con el interés mutuo en lugar de por las armas. Nunca le había visto actuar en ese tipo de entorno o quizá no le había prestado atención, pero hoy era imposible no hacerlo. Juba parecía un atractivo semidiós con capacidad para estar en varios lugares a un tiempo. Tenía un comentario para las matronas, una palmada para los legionarios, un pellizco en las mejillas para las esclavas y un guiño para las bailarinas. Comentaba, bebía, reía y bailaba… Nunca se había dado cuenta hasta ese momento, pero su indiscutible carisma le recordaba a su propio padre.

Su padre había estado acompañado de una pareja a su altura. Inteligente, valiente, audaz, transgresora, brillante… ¿Estaría ella a la altura de su rey, de su reino? Pensó por primera vez en Mauretania como un exilio dorado, como una oportunidad. Había cierto consuelo en mudarse a un territorio al que llegar como reina y no como rehén de los vencedores. Observó distraída a Juba comentando algo divertido a juzgar por los gestos rendidos de Terencia, y sintió una leve punzada de algo que identificó con los celos. Se dijo que quizá Octavio tuviera razón y compartir el lecho con aquel atractivo príncipe númida no fuese el peor de los destinos. Se estremeció al pensar en esa noche. Había escuchado todas las bromas procaces posibles de labios de los compañeros de armas de su esposo tras culminar el desenlace y alzarse el velo de

color azafrán. Julia y Marcela le habían revelado, excitadas y entre cuchicheos, algunas de las cosas que debería esperar. Juba era un hombre popular entre las mujeres. Muy popular. ¿Sabría ella cómo conducirse? Recordó la noche de la boda de Marcela y se estremeció al evocar cómo, al compás impuesto por Helios, su cuerpo vibró sin instrucciones previas, como una cítara de plata en las manos de una buena intérprete. Aún no sabía qué sentía por Juba. O qué quería permitirse sentir, pero en los últimos días, mientras trataba de recordar momentos que hubieran compartido, su mente había juntado todas las piezas. Juba había estado siempre allí. Desde el mismo día en que cambió su mundo. Juba era el soldado que impidió que Agripa se propasara con ella el día en que intentó quitarse la vida. Juba era uno de los hombres que estaba de guardia en la puerta de su madre cuando ella le llevó los venenos con los que sabía que iba a matarse. Juba era el oficial que trató de hacerles menos terrorífica la experiencia del triunfo… Él nunca se lo había dicho expresamente. Quizá no había querido forzar un aprecio que hubiera sonado a agradecimiento póstumo. Juba llevaba formando parte de su vida desde el mismo momento en que Octavio había entrado en Alejandría, tras la muerte de Antonio. Pese al precario papel que había tenido en tan magna obra, había procurado protegerla, cuidarla. Ni había intentado propasarse ni había hecho jamás ostentación de ello. Se preguntó si quizá era su padre quien se lo había enviado.

Las bailarinas se retiraron entre aplausos y entró el siguiente grupo, unos saltimbanquis tribales germanos o bárbaros venidos de quién sabe dónde, tocados con pieles, gorros altos y máscaras, que ensayaban una especie de danza guerrera dando saltos imposibles y gritos de espanto. No llevaban música. Solo respondían al son de unos tambores cuyo sonido repercutía en la sala y los cerebros. Tenían un aspecto salvaje e intimidante. Por sus cuerpos, eran todos hombres jóvenes de músculos aceitados y petos protectores de cuero que hicieron mirarse de reojo entre sí a las señoras. Algunos, con sensuales movimientos de cadera, pretendían emular el rol de una mujer.

—¿Esas máscaras son de Hispania? —preguntó Octavio, sorprendido.

—Es un baile tribal —asintió Livia—. Del norte de Hispania. Un

baile tribal insinuante y brutal, me han dicho. —Y le miró con intención—. Especial para levantar la… libido.

—No sé si me parece apropiado que mis soldados bailen con gente con quien se han estado matando hace poco…

Livia se rio con ganas.

—No seas aguafiestas, Octavio. Ni que fuese la primera vez que sucede…

Al ritmo atávico y primitivo de los tambores, los bailarines corrieron entre los invitados como si estuvieran buscando víctimas. Algunas mujeres huían entre grititos cuando se les acercaban, otras se dejaban hacer con un estremecimiento cuando los guerreros se acercaban a ellas como si fueran a sacrificarlas o a poseerlas. Su danza fue cada vez más frenética, más íntima, más atrevida, y Selene, a su pesar, se encontró cautivada por aquel ritmo constante y aquella agresiva estética.

Un grupo de muchachos trató de hacer entrar en su círculo al *imperator*, pero este se negó y sus pretorianos se cuadraron delante de él, imperturbables, como una muralla humana. Con Agripa corrieron la misma suerte, pero Mecenas sí que salió a bailar. La mascarada le envolvió con los brazos alzados, como ramas meciéndose en un bosque para bajar luego, rozando su piel en una caricia múltiple, en un baile de claro contenido sexual, acercándose y alejándose de él dolorosamente. Uno de los muchachos se arrancó la máscara. Era un bellísimo efebo de piel brillante, con ojos pintados y labios de cortesana, que instó a Mecenas a beber vino de sus propios labios y que se alejaba cuando el consejero se acercaba a él, haciendo que el público rompiera en carcajadas. Otros dos muchachos le tomaron de las manos, para impedirle acercarse, como en un remedo del rapto de las sabinas, la simulación de secuestro que se hacía en las casas romanas cuando se entregaba una hija. Con ella no lo habían hecho, recordó Selene. Quizá porque no era romana. Quizá porque no tenía casa a la que volver. Ni madre que fuera a echarla de menos.

Tomó un pequeño trago de su copa, con la moderación que la moral recién estrenada por Octavio le imponía a las señoras, y lo buscó entre la multitud. ¿Cómo estaría viviendo aquel baile lascivo él, aparentemente tan recto? Se fijó en él. Estaba junto a Livia y Agripa, y sus pretorianos, con el gesto sombrío de los momentos de

preocupación. Dio algunas instrucciones al jefe de su guardia, que se cuadró y se ausentó con discreción hacia los corredores y susurró algo inclinándose hacia Agripa. Selene fue capaz de leer sus labios. Encárgate de que Mecenas deje de hacer el ridículo, le pidió. Selene sonrió para sí. Así que estaba sufriendo con aquel alarde de sensualidad a flor de piel… Y eso que aquello era una pálida sombra de los banquetes que ella había vivido en Alejandría, pero Octavio no tenía por qué saberlo.

El círculo de muchachos se acercó al lugar donde bebían los cachorros de la casa del *imperator*, y les rodearon. Uno de ellos ensayó una danza sensual con Tiberio, pero aunque este se negó ostentosamente, su esposa, Vipsania, y sus propios compañeros le empujaron al círculo. Otros atrajeron a Marcelo, que simuló oponerse en un principio y luego asintió encantado. Le encerraron en el mismo círculo humano que a Mecenas y comenzaron a mover sus brazos como si se acariciaran entre ellos. La gente se reía a mandíbula batiente. Eran muy perceptivos aquellos jóvenes danzarines, se sorprendió Selene. ¿Cómo habían sido capaces de notar la química existente entre los dos?

Un par de invitados le hicieron algún comentario sarcástico a Julia que, quizá llamada a defender la virilidad de su esposo, decidió salir e interponerse entre los dos hombres, entre los aplausos de la concurrencia. Selene observó a Octavio cuando su hija se integró en aquel círculo de bailarines semidesnudos. Se golpeaba el labio inferior con el dedo índice de la mano que sujetaba una copa de la que no había vuelto a beber. A su lado solo permanecía Livia. Agripa había desaparecido.

Uno de los danzarines se acercó a ella, pero Selene le evitó. El mismo dio un salto salvaje y volvió frente a Julia. Sin rozarla comenzó a atraerla hacia él, a acecharla en un movimiento sinuoso de cadera. Julia reía. De su complejo recogido caían sobre la frente gotitas de sudor. Julo intentó aprovechar el momento para acceder a ella y quizá aprovechar la excusa de aquel baile sensual, pero uno de los bailarines, situado en uno de los extremos del círculo, se lo impidió. Julo volvió a intentarlo, pero el muchacho de la máscara se lo impidió de nuevo con más contundencia. Julo, enfadado, tiró su copa al suelo. El ruido del metal resonó con estrepito en el suelo, quizá porque todos los tambores enmudecieron de pronto como si

obedecieran a una señal.

Que era exactamente lo que hacían.

Y entonces, Selene lo vio.

Cruzó sus ojos con los del *imperator* y supo que él también lo había visto.

El círculo de muchachos se había extendido como una barrera frente al resto de los invitados. Con los brazos abiertos, se tocaban por las muñecas y cerraban el paso. Julo estaba dentro de este perímetro controlado por aquella hilera de enmascarados. Como él. Como ella. Como Juba. Como casi todos.

Solo en el círculo interior, junto a los bailarines, permanecieron inmóviles cuatro de los invitados. No fue algo voluntario; al parar el redoble, los jóvenes hispanos, formados de dos en dos, mantuvieron aferradas con violencia a cada una de sus presas: Mecenas, Tiberio, Marcelo y Julia.

Los puntos más débiles del *imperator*.

Cada bailarín extrajo un cuchillo. De sus corazas protectoras. De sus gorros altos. De sus máscaras. Era imposible saber bien de dónde, dada la rapidez con que lo hicieron, en una coreografía que parecía más militar que festiva.

Y que seguramente lo era.

Y cada arma se posó en las gargantas de los rehenes.

La gente chilló. Algunos rieron, nerviosamente. Los senadores se miraron entre sí. Nadie sabía muy bien si aquello era una representación o un ataque real. Ni quién estaba o no en inmerso en aquel juego.

En medio del silencio, una última figura enmascarada se acercó al lugar donde dos de sus compañeros mantenían inmóvil a Julia y apoyó un afilado cuchillo en su pecho, que subía y bajaba ostensiblemente, por la actividad física.

Y por el miedo.

—Y con esto, señoras y señores, termina nuestra representación de una típica mascarada cántabra, en las montañas del norte de Hispania, una danza de amor y de muerte —advirtió una voz impostada en latín, cavernosa a través de la máscara—. Y ahora empieza la realidad.

Octavio alzó la mano levemente para impedir a sus pretorianos que interviniesen. Todo el mundo esperó, inquieto. Selene vio que

Juba miraba en su dirección como para asegurarse de que estaba a salvo. Se oyeron algunos gritos de terror. La gente empezaba a darse cuenta de que aquello era real.

—Nos iremos pacíficamente. Nos llevaremos a un rehén para asegurarnos de que nadie nos siga. Le dejaremos a salvo en el puerto de Ostia siempre que se nos permita embarcar… —advirtió —. Y solo a cambio de la persona que hemos venido a buscar. ¡Cleopatra Selene!

Su nombre resonó nítido. Juba la miró con ojos extrañados. Octavio, no. Octavio la miró como si lo supiera.

La gente se apartó como si pudieran contraer alguna enfermedad por estar junto a ella y se quedó en pie en un círculo vacío.

—Cleopatra Selene —ordenó la voz tras la máscara—, avanza hasta donde estoy yo. Y no quiero a nadie apostado en las puertas.

¿Era griego ese acento que hablaba en latín? Selene no se movió. La situación la mantenía paralizada. ¿Por qué ella? Observó aquel brazo cubierto de tatuajes, seguro, firme, intimidante, amenazando a Julia. Y una punta de sangre en su pecho inmaculado.

—¡Iré! No le hagas nada —rogó.

—¡Vamos! —apremió con violencia el enmascarado.

—¡Selene! ¡No! ¡Selene! —sollozó la muchacha.

Avanzó un paso, dos, para internarse en aquel círculo de seres híbridos. De cerca reconocía los gorros que se cernían sobre sus cabezas. Eran cabezas de cabras, bueyes, lobos y osos… Las pieles, mal curtidas, apestaban proporcionando una sensación más burda aún de bestialismo.

—¡Avanza! —ordenó la voz.

—¡Llevadme a mí!

La voz sonó poderosa. Juba atravesó el círculo y se adelantó unos pasos con las manos alzadas.

—No llevo armas. Soy el rey de Numidia y Mauretania —afirmó con orgullo—. No sé por qué la queréis a ella, pero podéis llevarme a mí. Recibiréis un rescate más sustancioso. Yo me encargaré de ello.

—Guárdate los rescates. No nos interesa tu dinero. —El enmascarado apoyó a Julia contra su propio cuerpo, interponiéndola entre ambos—. Y no te acerques más.

El sollozo de Julia sonó casi como un estertor en el silencio. El

joven la agarró por el cuello y le gritó que se callara, pero su cuchillo no se movió. Dejó a la muchacha en manos de sus compañeros y se acercó a otro de los prisioneros. Mientras sus compañeros lo reducían y lo colocaban de rodillas, él apoyó su cuchillo con firmeza en el cuello de Tiberio, como si fuera uno de los bueyes del sacrificio. Y hubo un destello de reconocimiento en los ojos de Octavio, porque supo, en ese mismo instante, que aquel alborotador prefería amenazar a Tiberio porque no estaba dispuesto a matar a sangre fría a la hija del *imperator*. Selene pensó lo mismo. Y como en un fogonazo de clarividencia, adivinó por qué.

—¡Tiberio! —gritó Druso, adelantándose. Octavio le detuvo poniendo una mano en su pecho.

—¡Avanza! —ordenó aquella voz sin rostro empuñando con ansia el cuchillo.

Tiberio contrajo el rostro en un gesto de miedo o de dolor. Selene dio un par de pasos en su dirección.

—¡No te muevas, Selene! —ordenó Octavio con acento afilado—. ¡Adelante, hispano! No he llegado hasta aquí aceptando chantajes. Mátale si quieres. —Livia le miró con espanto, pero él siguió hablando con una majestad sobrenatural—. Cleopatra Selene no va a salir de su salón de bodas. Ni vosotros tampoco. Os ahorrareis el flete de la embarcación de vuelta, porque tú y los tuyos moriréis antes de haber podido salir por esa puerta.

Selene vio la mirada de reojo en sus ojos helados. Siguió su dirección. Y entonces descubrió a los arqueros apostados en el corredor de la planta superior. Imaginó que era cierto que Octavio Augusto no había llegado hasta allí aceptando chantajes. Ni dejando retaguardias sin cubrir.

—¡Espera! —gritó—. ¡No!

Intentó correr hasta el enmascarado, pero Juba se lo impidió, la arrojó al suelo y la protegió bajo su cuerpo de la lluvia de flechas. Todo ocurrió muy rápido. Julia chilló. Tiberio cerró los ojos esperando el final. El siseo de las saetas, asesinas, certeras, con una fuerza brutal disparadas desde tan cerca, y con tiempo de sobra para apuntar, ante la inmovilidad de los blancos, sonaba como el viento a través de un corredor helado. Un sonido letal. Desde el suelo, Selene apenas acertó a ver lo que ocurría. Había muchos más arqueros que guerreros cántabros, si es que en verdad eran tales.

Todos se estremecieron como muñecos de trapo. Todos cayeron liberando a sus presas, milagrosamente ilesas. Algunos, incluso heridos, trataron de huir y fueron rematados en la segunda andanada de los arqueros. Derribado sobre Tiberio, la máscara que había dirigido el ataque se revolvió, pese a las flechas clavadas en su muslo y en su cuello, se sentó a horcajadas sobre él, inmovilizó sus manos con uno solo de sus brazos y alzó la otra mano sobre él.

—¡Te lo debía, maldito hijo de puta!

El grito de Vipsania ahogó el siseo de un *pilum*. La jabalina acertó de lleno en la espalda del agresor que, herido de nuevo, se arqueó de dolor, cayendo hacia un costado. Tiberio se escurrió de debajo de su cuerpo y buscó el cuchillo que empuñaba su agresor. Lo encontró. Selene se arrojó entonces sobre el cuerpo del hispano caído, cubriéndolo con su vestido de bodas y arrancando a la concurrencia un nuevo grito de terror. Tiberio permaneció inmóvil, incrédulo, con el cuchillo en alto, dudando…

Juba, que aún no había bajado el brazo que había sostenido el *pilum* arrancado a uno de los pretorianos, atravesó la estancia en cuatro zancadas, apartó de un empujón a Tiberio, alzó de un brazo a su esposa y arrancó la máscara del hombre que se retorcía en el suelo, alcanzado, al menos, por tres impactos mortales.

Y supo por qué aquel baile tribal había encerrado en su círculo fatal a las figuras que Octavio más apreciaba.

Y por qué no habían permitido que Julo interviniera en el mismo.

Aquel joven de pelo largo y trenzas apretadas, envuelto en pieles, con los muslos segados de cicatrices recosidas y con tatuajes rituales en los brazos, era Alejandro Helios, que acababa de regresar del inframundo. Y no podía ser un espíritu porque se desangraba en el suelo sin poder articular palabra, notando cómo la vida se le escapaba con cada borbotón de sangre que salía de su boca.

La máscara cayó de la mano de Juba con un sonido sordo. Agripa sostuvo contra él con firmeza a Selene, que continuaba gritando. Los guardias del *imperator* se adelantaron entre los horrorizados concurrentes, tomaron al joven por los pies y arrastraron su cuerpo entre los cadáveres de sus compañeros, dejando un trazo de sangre fresca sobre el suelo de mosaico.

Era la misma que cubría la túnica talar de la novia.

Y la misma que manchaba las manos de su esposo.

V

—¡Fuera de aquí! —El jarrón de cerámica se estrelló en el dintel de la puerta, a apenas dos palmos de distancia del rostro del rey de Mauretania—. ¡Me has mentido!

—¡Selene!

—¡Fuera!

—¡No sabía que era él! Por la gran diosa, ¿cómo podía saberlo? —se lamentó—. ¡Iba a matar a Tiberio!

—¡Yo lo supe! ¡Supe que era él, aunque le creía muerto! ¿Cómo no ibas a saberlo tú que sabías que vivía? ¡Me engañaste! ¡Fingiste su muerte para ocupar su sitio…!

Calíope sujetó con firmeza el plato de cerámica antes de que este también saliera volando, buscando la cabeza de Juba. Selene forcejeó contra ella, recostada en su cama, para, finalmente, rendirse, agotada.

—Jamás habría hecho algo así, Selene. ¡Jamás te habría mentido! —aseguró Juba—. No sé cómo sobrevivió y llegó hasta aquí. Tiene que haber una explicación…

—Ama Selene —interrumpió Arween precipitadamente—. El *imperator* viene. Quiere verte.

—Le mataré si se acerca —afirmó convencida—. Con mis propias manos. Debí haberlo hecho cuando estaba a tiempo. No debí escuchar a Musa con sus estúpidos escrúpulos. Es Apofis, el destructor… Cercena la vida a su paso, como la langosta…

Tras los acontecimientos del día de los esponsales, Selene se había negado a mudarse a la casa de su esposo el tiempo que les faltaba antes de embarcar hacia la ciudad portuaria de Iol, en la costa de Numidia. Ni ella lo deseaba ni Augusto se lo hubiera permitido. Octavia la alojó de nuevo en su antigua habitación y se tejió una explicación apresurada sobre un ataque de nervios, derivado de los incidentes de la noche de sus esponsales. Salvo para los más íntimos de los presentes, nada había trascendido en la ciudad de la identidad de los atacantes. Se trató como un atentado, una agresión frustrada contra la familia del *imperator*, y Roma daba

gracias a los dioses por ello. Augusto sonreía levemente e intercambiaba frases cordiales con las ancianas matronas que se felicitaban de que estuviese vivo; con sus generales, con los senadores. «Habrá más intentos, advertía. Los enemigos de Roma nunca duermen». Sus pretorianos, que ya cobraban un sueldo superior al de los legionarios, recibieron un incentivo mayor por el trabajo de defender su vida y se cerraron en torno a su figura.

Octavio entró en las estancias de Selene a grandes zancadas, inmune a sus protestas. Se quedó ante la puerta. Nunca había sido excesivamente alto ni corpulento; desde luego nadie que pudiera compararse con la fortaleza física de su padre, pero ahora, en pie ante ella, emanaba una majestad, un aura de seguridad y de poder que le trascendía. Supo que no había ido allí para consolarla. Ni para pedirle perdón. Dos de sus pretorianos se acercaron a ambos costados de la cama para inmovilizar a Selene, que trató de levantarse contra él.

—No creo que sea necesario —intercedió Juba, pero se calló cuando se dio cuenta de que no solo era necesario, sino aconsejable, y bajó la mirada, dolido.

—Me mentiste. —Selene escupió a sus pies—. ¡Me mentisteis todos!

—No —reconoció Augusto sencillamente—. Nadie más lo sabía. Os mentí yo a todos. A Juba, a mis hombres, incluso a mi hermana y a mi esposa… Si aseguré que Helios había muerto, es porque yo mismo me aseguré de que muriera en aquella emboscada…

Juba se volvió hacia él, incrédulo.

—¿Qué estás diciendo?

—Cuando eres gobernante tienes que tomar decisiones impopulares, Juba. Aunque te duela —advirtió Augusto, posando una mano en su hombro como un padre comprensivo—. Lo descubrirás pronto. Me llegaron noticias de que Helios estaba colaborando con las avanzadillas cántabras, que informaba de nuestra posición y nuestros puntos débiles, nuestras precarias líneas de abastecimiento. Llegó a echar a perder incluso las reservas de agua, poniendo en peligro de muerte a sus propios compañeros —anunció con gesto grave—. Fue a combatir por Roma, pero decidió, como su padre, combatir contra ella…

—Mientes —acusó Selene débilmente, pero no podía estar

segura. Imaginaba perfectamente a su hermano inmerso en ese papel. Disfrutándolo, incluso.

—No le importó poner en riesgo a los compañeros con los que dormía, bebía y luchaba. No le importó lanzar las informaciones que nos conducirían a todos a la muerte. ¿Debería haberme importado a mí sacrificarle?

—¿Quién te avisó de sus intenciones…? —quiso saber Juba.

—Tiberio…

—¡¿Tiberio?! —gritó Selene.

—Sé lo que pensáis. —Augusto alzó una mano para atajar las protestas—. Tampoco a mí me parecía un informante neutral, pero resultó fiable. Supongo que, acostumbrado a no perderle de vista nunca, lo descubrió en alguno de sus movimientos. Mandé vigilarle para estar seguro, y en un par de ocasiones, en momentos de confianza le hice partícipe de avanzadillas falsas, de planes fallidos, de campamentos que decidía cambiar sobre la marcha, solo para descubrir cómo los cántabros atacaban el lugar donde deberíamos haber estado… Con aquella emboscada en el desfiladero lo vi claro. Mientras esos salvajes nos cercaban con sus cánticos infames y arrojaban rocas contra nosotros, di las instrucciones necesarias. Le mandé a un punto de la retaguardia con tres de mis hombres de confianza. Y con órdenes explícitas. Debían asegurarse de que no salía de allí.

Selene sintió ganas de vomitar, pero se permitió observarle con un destello de triunfo en la mirada.

—Y te traicionaron…

—No. Y ninguno de ellos era romano —deslizó, con un reproche implícito—, pero sí eran leales a Roma. Solo uno de ellos volvió para informarme de que, en la lucha, los otros dos se habían precipitado junto a Helios por aquel desfiladero que parecía hervir, como la entrada del Hades. A partir de ahí, todo lo que sabéis es cierto. Mandé en su busca. Nunca los encontramos, como a otros muchos, pero tampoco es un terreno fácil de hollar. Añadí su nombre al de los demás caídos, que era más de lo que se merecía, y encomendé su alma a los dioses…

—Y quizá los dioses eligieron preservarla —advirtió Selene.

—Quizá —asintió Augusto de mala gana—. No por mucho tiempo, espero. —Y se dirigió a Juba, como si ella hubiera dejado

de ser un interlocutor válido—: ¿Cómo está?

—Vivo —reseñó Juba—, que también es más de lo cualquiera habría esperado. Tiene una fortaleza increíble. O una poderosa motivación.

—El odio, sin duda —advirtió Selene hiriente.

Un destello feroz cruzó por los ojos de Juba al mirarla.

—O el amor… —sugirió.

—¿Qué dice Musa? —preguntó Augusto, pasando por alto sus ataques personales. Desde su milagrosa recuperación tenía una confianza extrema en las facultades del liberto hebreo.

—Que hará todo lo que esté en sus manos, pero no puede garantizar que viva… —resumió Juba.

—Tampoco hace falta que se esmere —advirtió despectivo—. En cualquier caso, lo que sea no puede tardar mucho. Ordena a las esclavas de tu esposa —le advirtió como si ella no estuviera— que dispongan su equipaje. Es hora de que os preparéis para aceptar vuestras funciones en Mauretania.

—¿Y si me niego a embarcar? —preguntó ella, retadora.

—Es tu problema. —El labio inferior de Octavio tembló imperceptiblemente y Selene se alegró de ese minúsculo triunfo sobre su temple—. Me encargaré de que subas a ese maldito barco, aunque sea con lo puesto, como ya hice en Alejandría.

Se midieron en silencio unos instantes. Ella irguió la barbilla.

—No me iré sin mi hermano —anunció—. Vivo o muerto. No soportaré una vez más que no me permitáis oficiar los ritos de mis dioses. ¡Serías capaz de echar su cadáver a los perros!

Augusto sonrió levemente admirado de su perspicacia.

—Sería capaz, sí —reconoció—; debería hacerlo, pero llévate los despojos de tu hermano si eso te satisface. Es todo lo que quedará de él. Si muere, consideraremos que lo han juzgado los dioses. Si vive, lo juzgaremos los hombres. —Sonrió ácidamente antes de abandonar la estancia—. Y puedo asegurarte que no seremos tan benévolos.

VI

—¿Por qué los dioses me lo han traído de vuelta para quitármelo otra vez?

—Los dioses son caprichosos, princesa —admitió Musa—, pero en su descargo, y con todos mis respetos, deberías reconocer la innata capacidad de los varones de tu familia para tentar a la suerte. Y a Augusto.

Selene suspiró y deslizó una mirada cálida sobre el cuerpo de su hermano, exánime en el lecho. Su habitación, la misma que había ocupado desde su llegada a la casa de Octavio, estaba férreamente custodiada por cuatro guardias armados. Selene se preguntó dónde se imaginaba nadie que podría ir en ese estado si no era más que un niño desvalido, pensó. Aunque no. No era cierto. Era su nostalgia la que lo recordaba así. Había cambiado. Le habían rapado el largo pelo, con esa pulcritud romana que consideraba afeminados a los hombres de aspecto oriental con recogidos y cabellos largos. Ahora, a falta de la coleta en la nuca, parecía un sacerdote isíaco o lo que era, un adolescente egipcio. El rastro de una barba incipiente atajada a cuchillo sombreaba su barbilla. Su cuerpo era menos esbelto, más fuerte, más corpulento y modelado de lo que ella recordaba, y los tatuajes tribales en sus hombros, en su pecho y sus brazos le daban una presencia más amenazadora. Reconoció algunos de los glifos que para otros solo serían imágenes, y para ella, mensajes. El ibis y el disco. Hijo de Ra. Hijo del Sol.

—¿En qué momento, por el Dios único, pensó de verdad que podría arrancarte a la fuerza de la mismísima casa del *imperator*? —preguntó Musa.

—Quizá —supuso ella— cuando vio que me casaban. Augusto se lo había prometido a él. Debió de sentirse traicionado.

Musa la observó en silencio, pero no dijo nada. ¿Hasta dónde se remontaban hacia atrás las traiciones que unos y otros se echaban en cara? ¿Hasta dónde y hasta cuándo podrían perpetuarse?

—Si aceptas mi consejo, lo mejor es que sigas las órdenes de Augusto. Ve a la Mauretania con tu esposo. Aléjate de Roma y del recuerdo de tu familia, Selene. Su peso es tal que nunca te permitirá

respirar. Deja de sentirte en deuda con tus muertos. Sé libre. Crea tu propia estirpe.

Selene asintió en silencio. Hasta ella misma había aceptado ya que esa sería la mejor opción posible.

—Pero no quiero dejarle, Musa. No puedo dejarle aquí, a merced de Augusto.

—No sobrevivirá en ningún caso, princesa. Su organismo lucha. Tiene la fuerza de tu padre, que siempre presumió de ser hijo de Hércules, pero sería más clemente aliviar su sufrimiento.

—¿Cómo puedes decir eso? Me dijiste que toda vida era sagrada, Musa.

—Por eso aún no lo he hecho.

—Sigue luchando. Sigue luchando por él, que Isis le proteja. Y si ha de morir, que muera junto a mí.

Musa suspiró, agotado.

—Veré lo que puedo hacer, princesa.

Musa usó adormidera para reducir las constantes de Helios al mínimo, para que no le agotara la sencilla tarea de seguir respirando. Volvió al uso del *mulsum*, como en aquella travesía que ahora parecía tan lejana; él mismo introducía el denso líquido con una cánula a través de su garganta manteniéndole levemente incorporado para que su cuerpo recibiera líquidos y algo de alimento, y cubrió sus heridas con miel, tres veces al día, para acelerar la cicatrización y prevenir la podredumbre de la carne. Masajeó su cuerpo, sus brazos y sus piernas para que sus músculos tuvieran la ilusión de seguir trabajando y se encomendó a su dios, el único verdadero en aquella oscura tierra de paganos, porque su ciencia se había agotado antes que su cariño por aquellas criaturas a las que había visto crecer.

Helios no despertaba, pero tampoco acababa de morir. Su rostro, mucho más adulto que cuando se fue, tan pálido e inerte, le trajo el doloroso recuerdo de Marco Antonio en la última batalla que libró junto a él. Nadie sabía cómo le torturaba aún esa imagen. Tras la derrota en Actium, tras su aislamiento en la isla de Faro rumiando sus errores, y tras las noticias de que el contingente de Octavio había desembarcado, y de que sus propios hombres desertaban, Antonio cabalgó solo hasta sus posiciones reclamándole un combate

singular, el uno contra el otro, para dejar de derramar sangre romana. Lo había perdido todo, pero le quedaba el honor. Octavio se negó. «Hay muchas otras formas de morir», le dijo. Por una vez, Antonio estuvo de acuerdo con él. Cabalgó hasta su palacio, quizá para intentar resistir hasta el último aliento, y allí fue donde recibió la noticia de que Cleopatra se había quitado la vida.

Era mentira, pero lo supo tarde. Vencido, humillado y con el corazón roto, Antonio le había pedido que protegiese a sus hijos y le había tendido su espada para que acabase con su vida. Musa no quiso hacerlo. Antonio se lo pidió entonces a uno de sus efebos, un adolescente griego al que llamaban Eros, pero el muchacho, incapaz de emprender una acción de esa magnitud ni de desobedecer a su señor, se suicidó con ojos espantados. Loco de rabia ante el dolor que causaba, como si estuviera maldito, Antonio extrajo de aquel cuerpo caliente su propia espada ensangrentada y la clavó en su vientre. No fue un tajo diestro, sino algo desesperado, pero fue tan rápido que Musa no alcanzó a detenerle. Si se hubiera enfrentado a él, si le hubiera pedido que se parara a despedirse de sus hijos, la noticia de que Cleopatra no había muerto le habría encontrado vivo. Pero cuando el heraldo de su esposa llegó, el triunviro se desangraba en los brazos de Musa sobre una alfombra parta. Nada pudo su ciencia. Su rostro fue perdiendo el color y sus ojos comenzaron a cerrarse, componiendo la imagen que ahora mostraba Helios. Solo alcanzaron a trasladarle al mausoleo donde Cleopatra se había encerrado, para que muriera en brazos de su reina, que acogió su cuerpo con la seguridad de que se apagaba el astro que había impulsado sus últimas acciones, de que ya nada era reparable. Alejandría entera habría llorado su trágica muerte si no hubiera estado ocupada huyendo del invasor.

«No pude hacer nada por ti —se lamentó con los ojos apretados —. Ayúdame, Antonio: ayúdame desde ese infierno pagano donde te encuentres. No dejes que la Roma de Octavio te arranque a otro hijo…».

La paciencia de Augusto comenzaba a agotarse ante aquel improvisado hospital de campaña instalado en su propia casa del Palatino, y el velatorio en vida que protagonizaban sus propias sobrinas, preocupadas por la vida un medio hermano a quien creían ya muerto. ¡Mujeres! El asalto a la *domus*, que para él no dejaba de

ser una traición, para Claudia, Marcela y las Antonias no era sino el acto desesperado de un hombre por conseguir a la mujer amada. Incluso Julia, que aún conservaba la breve cicatriz de su cuchillo en el nacimiento del pecho, parecía exculpar aquel atroz acto de violencia. En lugar de penetrar, como Orfeo, en el inframundo para buscar a Eurídice, se decían, él, el Sol, había vuelto de entre los muertos para reunirse con Selene, la Luna. Ninguna de ellas parecía advertir que su Luna ya estaba oportunamente casada con el recién proclamado rey mauritano ni el oprobio que para él podía representar aquella circunstancia. Musa tuvo la sensación de que, si la situación se prolongaba unos días más, Augusto sería capaz de emprenderla a palos con sus propias sobrinas antes de permitir que el rebelde hijo de Antonio se convirtiera en un mito dentro de su propia casa.

Por eso decidió ver a Octavia. Sabía que, como él, y a su pesar quizá, había aprendido a amar a esos muchachos extraños y ajenos, condenados a un destino trágico. Y que si alguien podía penetrar bajo la dura coraza de Augusto, era ella.

VII

Selene aspiró la brisa salobre y dejó que le desordenara el pelo, que trataba de escapar de su recogido. Cerró los ojos y la velocidad de la embarcación la sumergió en un vértigo placentero. Recordó aquella navegación, tantos años atrás, rumbo a Antioquía, en que la culminación fue conocer a aquel atractivo oficial romano que resultó ser su padre; recordó las visitas oficiales a Judea y las navegaciones por el Erythrà Tálass, lo que los romanos llamaban Rubrum Mare; recordó la travesía hasta Philae con su madre, cuando aún no estaba todo perdido, porque seguían vivos; y recordó aquel último y amargo viaje, cinco años atrás, cuando ella y sus hermanos fueron sacados como prisioneros del puerto de Alejandría…

Alejandría quedaba en algún lugar a su izquierda, a estribor del barco que les acercaba a las costas de la Mauretania. Selene respiró el aroma del Mare Nostrum y sintió la bella capital de los lágidas más cerca de lo que la había sentido en los últimos años. ¿De verdad podía empezar a ser mínimamente dueña de sus propias decisiones? La mera posibilidad arrancó una sonrisa dormida de sus labios. ¿Podría tratar de volver a contactar con los miembros del sacerdocio de Isis en su antiguo reino? ¿Podría cartearse con la reina Amanirenas de tú a tú e intentar financiar las revueltas kushitas en la frontera sur de Egipto? Desconocía qué dioses veneraba aquella raza heredera de púnicos, númidas y cartagineses, pero quizá en aquel nuevo país que se prestaba a acogerla en su seno, al que llegaría como soberana, podría alzar templos dorados para su madre Isis. ¿No necesitamos todos aferrarnos a veces a una diosa compasiva?

—Cuatro días. —La cálida voz de Juba sonó a su espalda—. Si el viento se mantiene, en cuatro días avistaremos tierra.

No se acercó más. No intentó rozarla siquiera. Sabía que ella no le había perdonado su intervención en la casa de Augusto, el día de su boda. La que abatió a Helios.

—Una nueva vida… —le advirtió.

—Para quienes puedan vivirla… —le recordó, hiriente, ella.

Aunque le hubiera gustado enfrentarse a su futuro con la expectativa de esa nueva existencia que esgrimía Juba, sabía que no era posible. Selene seguía arrastrando tras ella aquel pasado turbulento, como la cola de un vestido en el que se enredara todo. A bordo, perfectamente asegurado a su lecho y bajo el exquisito cuidado de Euphorbo, Helios, cada vez más pálido y consumido, viajaba con ellos. Había sido Octavia quien había intercedido ante Augusto para que le dejara marchar, para que Selene pudiera darle la sepultura con la que soñaba. Si, por la voluntad de los dioses llegaba a sobrevivir, Juba se había comprometido a hacerle juzgar en su propio país. O, si incluso Augusto así se lo reclamaba, enviarlo de vuelta a Roma.

Todas las partes habían parecido conformes con el acuerdo. Octavia permitía que los mellizos no se separasen y aseguraba el bienestar de Selene; Augusto conseguiría que su propósito de castigo se cumpliera igualmente; Juba podía emprender la marcha rumbo a su nuevo destino; hasta Livia, que hubiera preferido asegurarse de que Helios no seguía con vida tras haber atentado contra su hijo, terminó asumiendo como suya la decisión de su esposo; y Selene… Selene ganaba algo de tiempo. Y distancia. Más de lo que había tenido en los últimos años.

Los preparativos se habían acelerado en las últimas semanas. Se había enviado por delante una expedición a cargo de Alcides, uno de los libertos de Juba, para organizar la logística del desembarco. Su misión era confirmar los edificios e instalaciones habitables en la vieja Iol, a la que, afortunadamente, la guerra entre Julio César y Pompeyo, años atrás, apenas había rozado, y decidir el equipamiento y las obras que había que realizar nada más desembarcar en la ciudad portuaria. El informe de Alcides fue de suma utilidad. Iol tenía un emplazamiento inmejorable, a cuatro días de navegación de Sicilia y a apenas tres de Carthago Nova, en Hispania. La ciudad conservaba su esencia púnica. Tenía un imponente malecón y el antiguo palacio de mármol del rey Boco era aún aprovechable. Todo lo demás estaba por hacer. Juba se reunió con Agripa, que en su último cargo como edil había corrido con la reconstrucción de Roma, diseñó junto a él algunos equipamientos básicos y ordenó el flete de una segunda expedición, en esta ocasión transportando a arquitectos, matemáticos, canteros y escultores. Si

Iol iba a ser la capital del nuevo reino de la Mauretania, habría de tener unas edificaciones que la acreditasen como tal.

—Agrandaremos el palacio. Pondremos en sus inmediaciones el foro. Ampliaremos el puerto. Y amurallaremos la ciudad al completo, la antigua extensión al menos, con un margen para el crecimiento.

—Eso podría suponer una obra colosal. Quizá sea la mitad del trazado de las murallas servianas…

—Pues empezad cuanto antes. Y buscad la mejor ubicación para unas termas públicas, un lugar donde la nueva población romana de la ciudad pueda tomar unos baños decentes y, por supuesto, un acueducto que la abastezca de agua.

—Señor, Iol es una ciudad de llanura, frente al mar. Los manantiales más cercanos están a unas treinta millas.

—Pues entonces quiero un acueducto de unas treinta millas de longitud. ¿Está claro?

—Sí, señor.

En los últimos días en la *domus* de Augusto, Juba había tratado de hacer partícipe a Selene en la tarea de la reconstrucción de esa nueva ciudad. No quería que su esposa se sintiera arrastrada a un país salvaje e incivilizado, como algunos senadores romanos se complacían en anunciar, barrido por los vientos del desierto y saqueado por bandoleros númidas. Deseaba dotar a la ciudad de cualquier comodidad que pudiese ofrecer Roma; de cualquier lujo que echara de menos desde Alejandría, pero Selene se negaba a participar. Juba no estaba seguro de si lo hacía por despecho o por una absoluta falta de interés.

—¿Cómo quieres que sepa lo que quiero encontrar en un lugar donde nunca he estado? —trataba de argumentar ella, para justificar su indiferencia.

—Tenemos los informes de Alcides —le rebatía él—, los planos de la ciudad…

—¿Los planos? ¿De qué color son las colinas por la mañana? ¿A qué huele el aire? ¿De dónde soplan los vientos? ¿Dicen eso tus planos? ¿Qué queda en pie de la ciudad antigua? ¿Dónde se oculta el sol al atardecer? Hasta que no llegue no sabré hacerme una idea de lo que quiero encontrar. Y de dónde lo quiero. Si quieres construir la ciudad junto a mí, no la hagas en mi nombre.

—Quiero que tengas las mayores comodidades.

—Pues empieza a construir un mausoleo, así, por lo menos, sabré dónde ir a morir.

La idea del mausoleo se instaló en su mente. ¿Por qué no? Un lugar para esconderse del mundo. Para retirarse de todo, como había hecho su madre, para trascender como el de Alejandro, para tratar de engrandecer su propia existencia mortal, como había hecho Augusto. Un mausoleo donde embalsamar y despedir a Helios con todos los honores de los ritos egipcios.

—Está bien —aceptó Juba finalmente—, construiremos tu maldito mausoleo. Con dos condiciones. No tendrá una estética egipcia. Y no será más grande que el de Augusto.

Comenzaron las obras a distancia. Mientras ultimaban los preparativos, Juba ofreció un sacrificio de agradecimiento a Augusto en el Capitolio. Sirvió para que toda Roma estuviese invitada a su despedida y supiese de su lealtad y devoción. Livia, por supuesto, asistió. No perdía la oportunidad de asomarse al vértigo de aquel poder que poco a poco su esposo iba conquistando.

—¿No es grande Roma, querida? —le apuntó, recostada sobre su *triclinium*, durante la celebración—. Cualquier hetaira muerta de hambre llegada del otro confín del mundo puede terminar sus días convertida en una reina cliente.

—Cierto —admitió Selene, imperturbable—; e incluso en esposa del *imperator*…

La abuela Julia la había estrechado entre sus brazos cuando fue a verla para anunciarle su partida. La anciana matrona apenas salía ya de su casa, férreamente custodiada, pero no le hacía falta; conservaba una red de informantes y mensajeros para poder hacer llegar su odio a todas las esquinas de Roma.

—Es lo mejor que puedes hacer, hija. —La miró con sus ojos aguados—. Salir de la *domus* de Octavio. Allí el ambiente está envenenado…

La abuela Julia se negaba a llamar al *imperator* por el título que había inventado el Senado.

—A lo mejor puedes venir conmigo…

—¿Y qué hago yo en la tierra de los númidas? Me quedo aquí. —Y añadió en voz baja—: Alguien tiene que ponerle freno antes de

que se haga el dueño de todo.

—Ya es el dueño de todo, abuela —advirtió ella con resignación.

—Cierto. Un rey sin corona. La pretendida ansia de poder que Roma le reprochó a Julio César la acepta ahora de este advenedizo. Pero los reyes necesitan herederos, Selene —advirtió con un guiño—. Y a Julia no va a dárselos ese maridito que le han buscado.

—¿Qué tienes en mente, abuela?

—Ya lo sabrás. Un plan sublime —sonrió la anciana, divertida—. Esos matones de ahí fuera me emparedarían tan solo por pensarlo.

La dejó planeando venganzas imposibles, con cierta nostalgia, y volvió a casa a despedirse de sus hermanas. La pequeña Antonia tenía ya doce años y el porte de una pequeña dama. Cada vez que se asomaba a sus ojos, Selene recordaba a Ptolomeo, que había sabido encandilarla con sus grandes ojos y su risa perpetua. Ya no era una niña. Era menos espontánea ahora, un poco más triste quizá, pero había volcado todo su cariño, que era mucho, en Druso. Druso, que acababa de cumplir los catorce, tenía una inteligencia lúcida, una madurez prematura y un corazón enorme. Selene intuía que era para compensar el que les faltaba a su madre y a su hermano.

Eran los dos únicos pequeños que quedaban en la casa. Antonia la Mayor acababa de casarse también por indicación del todopoderoso Augusto con Lucio Domicio, uno de los descendientes de Lépido, el hombre que había compartido el triunvirato con él y Marco Antonio. Aunque nadie le había preguntado si estaba o no de acuerdo, a Antonia le habían conquistado su porte y su fama de excelente auriga. A Selene le parecía arrogante y cruel, pero, salvo que alguien le pidiera su opinión, no pensaba compartirla. Antonia había celebrado sus esponsales el mismo día que su medio hermana Claudia, la otra hija del primer matrimonio de Octavia. También ella se había casado con un sobrino de Lépido. El destino o las intrigas de corte parecían anudar a los hijos del Segundo Triunvirato.

El último día las muchachas se reunieron en la casa en la que habían crecido en una ceremonia de despedida casi íntima. Todas habían cambiado en aquellos cinco años. La prudente Marcela era un poco más locuaz y la impulsiva Julia, algo menos impulsiva. Ambas se habían distanciado un poco tras la enfermedad que había

mantenido postrado al *imperator* a su regreso de Hispania. En la sucesión que Roma y el propio Augusto llegaron a barajar ante la posibilidad de morir, sus esposos, Agripa y Marcelo, eran candidatos a heredar, no solo el puesto de *paterfamilias*, sino aquel cargo de confianza otorgado durante los próximos diez años por el Senado. Pero dos candidatos ya eran demasiados. Y en Roma nunca había habido sitio para los dos.

—Me entristece ver que te has alejado de Marcela, Julia —se atrevió a decirle en confianza Selene—. Tu prima te quiere con locura. Es la más madura y la más generosa de todas nosotras.

—Ya me conoces; no sé disimular. Marcelo recela de su esposo. Y mi padre no me ha casado con él para que le aconseje con prudencia —advirtió con amargura—, sino para convertirle en el hijo que nunca ha tenido.

—Obra como te dicte el corazón, Julia. Las alianzas de los hombres mudan, pero nosotras solo nos tenemos a nosotras mismas. Y créeme: no es de Agripa de quien Marcelo debería guardarse.

—¿Lo dices por Tiberio? —se rio Julia de buena gana—. Ves fantasmas, Selene. Yo tampoco le soporto, pero Tiberio está hecho para el ejército. A su aire trágico le van las cabalgadas en mitad de una tormenta, el sufrimiento de las tropas, la escasez de raciones y la impiedad de un asedio. A Tiberio no le van las intrigas de pasillo; no tiene ninguna vocación política.

—Quizá él no —le advirtió Selene—, pero su madre sí.

Hablaron, compartieron confidencias, lloraron juntas y se prometieron mutuamente visitarse. ¿Qué eran nueve días de navegación? Aquellos poderosos maridos que Augusto les había proporcionado seguramente tuvieran que incluir los puertos de la Mauretania o el sur de Hispania en alguna de sus rutas. ¡Y sería tan bonito encontrarse en un bello palacio de mármol sobre la bahía, charlando al atardecer, recibidas por toda una reina…! Aquel término que simbolizaba un poder absoluto, algo exótico y prohibido que se daba en territorios más salvajes, incapaces de respetar las leyes de los hombres, seguía erizando la piel de las muchachas nacidas tras cinco siglos de República.

Marcelo la despidió, firme y amablemente, con el afecto formal y contenido de un primo, prometiendo que él y Julia la visitarían en su nuevo destino. Druso se lanzó a sus brazos, agradecido por aquel

perdón implícito que nunca pensó merecer, aguantando las lágrimas. Tiberio no quiso verla. Quizá imbuido de los discursos de su madre, temía que sus ojos de hechicera pudieran anular su voluntad.

Julo sí. Esperó la oportunidad y se reunió con ella en el jardín, cuando caía la noche y la luna se alzaba en el horizonte, más allá de las murallas, escapando del cerco de Roma. La estrechó en sus brazos con fuerza, como no la había abrazado jamás, como si su abrazo pudiera retrasar el momento de la partida, y besó la raíz de su pelo con ternura. Se miraron los dos en silencio durante un instante, compartiendo una sonrisa triste impregnada de nostalgia. Tenía diecinueve años ya y a la espera de alcanzar la edad con la que poder optar al rango senatorial, se había introducido en el círculo de Mecenas, que admiraba su apostura y su disposición para las francachelas casi tanto como su capacidad para la composición. Mientras Virgilio tejía sus poemas propagandísticos para loor de Augusto, Horacio le había introducido en el verso satírico y en la esencia del disfrute del momento. Marcelo y Tiberio le habían adelantado en el *cursus honorum*, pero él no podía hacer nada; no podía tratar de labrar su propia carrera política, y menos antes de tiempo, sin contar con el beneplácito de Augusto. Estaba, de alguna forma, indisolublemente unido a él. Quizá por ello, en sus breves églogas se había dedicado a elogiar la figura del *imperator*.

—Serás un gran orador y un gran político, Julo. —Acarició su mejilla—. No desesperes. Augusto no tardará en darte esa oportunidad…

—Me está castigando, y los dos lo sabemos. Todo dependerá de hasta qué punto acepte arrodillarme a sus pies. Y qué hacer, una vez esté arrodillado.

—Cuídate, por favor —le rogó ella—. Y no dejes que te cambien.

—Lo haré —le prometió, ensayando el amago de una sonrisa—. Si no me canso antes de fingir, lo haré. Me labraré un porvenir prestado. Me sentiré siempre en deuda con Augusto. Me casaré con quien él tenga a bien desposarme y tendré la casa que él decida. A la que tú podrás volver siempre que quieras. Si es que quieres volver…

Selene no pudo contener las lágrimas. Se preguntó si querría volver. Y si, aunque lo hiciera, él seguiría allí. Él la estrechó contra

su pecho y solo en esa intimidad le confesó los miedos que iban más allá que sus deseos.

—Me dejas solo, hermana… —le dijo en un susurro apretado contra su pelo. Pese al apoyo incondicional que les había prestado desde el primer momento, era la primera vez que la llamaba así—. Y es como si te llevaras una parte de mi vida; la que yo no viví, los recuerdos que ya nunca podré tener… Me da miedo quedarme una vez más en Roma. Me da miedo ser tan… ostentosamente secundario.

—¿Por eso ahora te esfuerzas en agradar a Augusto?

—Sobrevivir no es un delito, Selene. —Buscó la aprobación en su mirada—. Eso lo sabes tú mejor que nadie.

Selene asintió en silencio y le abrazó como hubiera querido abrazar a Antilo antes de que le ejecutaran. Julo tenía apenas un par de años más de los que tenía Antilo cuando murió. E idéntica apariencia.

—Te quedan las Antonias… —trató de sonreír ella.

—Es distinto. La mayor era muy niña cuando él se marchó. La pequeña jamás le llegó a conocer. Tú eras quien atesoraba sus últimos recuerdos. Augusto va extendiendo la sombra del olvido poco a poco. Con éxito. Tú y yo somos ya los últimos huérfanos de Antonio.

A Selene no se le pasó por alto que hablaba como si Helios estuviera ya muerto.

Hubo una despedida que le desgajó el alma. Musa, su noble Musa, se quedaba en Roma. Tras la milagrosa curación que el *imperator* había experimentado gracias a él, nadie en la casa de Augusto estaba dispuesto a dejarle marchar. Livia y Octavia estaban convencidas de que, efectivamente, el hebreo era el médico de las profecías de Herodes, aquel a quien no había querido matar porque estaba escrito que le salvaría la vida a un poderoso rey. Livia iba un poco más allá; aunque no hubiera osado decírselo en voz alta en esa Roma cambiante y extraña que aún presumía de ser una República, en su fuero interno estaba segura de que el *imperator* era ese rey del que hablaba la crónica del damasceno.

En agradecimiento, Musa había recibido un generoso estipendio, un puesto de confianza y la exención del pago de impuestos de por

vida a todos los que ejercieran su profesión en Roma. Incluso se había contratado a un importante escultor griego para que hiciera una estatua del médico, con intención de recordar su hazaña a los ciudadanos de Roma. El físico Euphorbo, que también había pertenecido a la corte de sus padres y a quien el propio Musa llamaba hermano, embarcaría con ellos para hacerse cargo de Helios y asistir a la nueva familia real mauritana. Selene le había despedido con un largo abrazo mudo y los ojos brillantes, como quien se despide de una parte imborrable de su infancia, como si estuviera quemando sus muñecas en el *lararium*. Le hubiera gustado, una vez más, culpar a Augusto de esa nueva pérdida, pero en esta ocasión no podía. Musa no se quedaba en la *domus* del Palatino como rehén de nadie, salvo quizá de los ojos dorados de Octavia.

El de Octavia también había sido un adiós difícil. Aquella mujer que había protagonizado las pesadillas de su infancia, la había tratado, pese al desapego inicial, con una corrección exquisita y le había proporcionado la misma educación, el mismo cariño y la misma férrea disciplina que había empleado con sus propias hijas. Se tomaron las manos, acariciándose. Por primera vez, Selene observó en ellas las leves huellas del tiempo y la dulce tristeza que encerraban sus ojos. Su sonrisa despertaba una finísima línea de arrugas que nunca antes había estado allí.

—Nunca hubiera esperado un regalo de la reina Cleopatra —murmuró mientras la carreta les esperaba para partir hacia el puerto de Ostia—, pero, por todos los dioses, Selene, eso fue lo que recibí aquel día…

La emoción no la dejó continuar. Selene acarició el dorso de su mano con una ternura infinita.

—Gracias por permitirme conocerte. Por enseñarme que para perdonar hace falta más valor que para odiar. Me alegro de que mi padre tuviera dos esposas, Octavia. Eso me ha permitido a mí tener dos madres.

Livia acudió a verla a sus habitaciones, mientras empacaba con mimo, junto a Calíope, los últimos vestidos de su vida egipcia. Sus trajes de niña le quedaban estrechos y cortos; había decidido regalar algunos a la pequeña Antonia, pero el resto se los llevaría

consigo como testimonios de otra época, de sus orígenes, aunque solo fuera para observarlos sola, a escondidas. Como si hubiera estado espiándola, la esposa del *imperator* la sorprendió con los ojos húmedos de nostalgia.

—¿No pensabas despedirte? —La intención chirriaba en la aparente dulzura de su voz, como una puerta mal engrasada—. Cualquiera diría que en la casa de Augusto se te ha tratado mal.

—No, es cierto. Sigo viva… —admitió con una mirada fiera—. Es mucho más de lo que pueden decir el resto de los miembros de mi familia…

Livia la miró de arriba abajo con desprecio.

—Princesita mimada y consentida… —escupió—. No sé con qué artes has podido embrujarles a todos. Mendigando cariño para luego cercenar con tu desprecio a los mismos que has obligado a amarte… Eres tan rastrera como tu madre.

—Ya quisieras que mi madre se pareciera a la imagen que tú escupes de ella, Livia. —Notó el temblor de la ira en su voz, el respeto que le imponían desde siempre los modos sibilinos de la esposa de Augusto—. ¿Crees que no veo tu juego? Siempre preocupada por los temas de Estado, por la imagen de Augusto, por los réditos que dará tal o cual victoria, tal o cual persona, tal o cual alianza… Sé lo que haces. Hubieras deseado ser ella porque en Roma hubieras deseado ser un hombre. Estás convencida de que tienes mucho más talento que tu esposo. Y quizá estés en lo cierto. Pero jamás podrás, Livia. En Roma una mujer nunca podrá gobernar, ni planear estrategias, ni dirigir una flota, ni comandar a ejércitos de hombres, como hizo mi madre. La odias porque la envidias. Devalúas su inteligencia camuflándola de brujería porque no puedes soportar pensar que haya habido una mujer mucho más inteligente, mucho más libre, mucho más poderosa que tú…

Livia se revolvió incómoda.

—¿De qué le ha valido, si así fuera? Está pudriéndose, comida por los gusanos, dentro de vuestros miserables vendajes, como la carroña…

La imagen impactó con fuerza en la mente de Selene, que trató de no dejarse avasallar.

—Le ha servido para tener una vida plena. Ella tuvo hijos que la amaron, en lugar de temerla como les pasa a los tuyos; ella tuvo un

pueblo que gobernó con pericia durante diecisiete años, y no como tú, que eres una esposa yerma a la sombra de Augusto, sin que nadie reconozca tus méritos; ella tuvo un hombre que la amó hasta la locura y que estuvo dispuesto a seguirla hasta el inframundo… ¿Dónde encontrarás tu eso? ¡Tan sobria y tan perfecta…! No veo a Augusto muriéndose de amor por ti. Eres gris y prescindible. ¡Pobre Livia!

Livia cruzó en dos zancadas la distancia que le separaba de Selene e irguió la barbilla frente a ella. Llevaba los puños apretados y una expresión de ira contenida. Calíope trató de interponerse en su camino. Selene se lo impidió.

—No te tengo miedo, Livia —reconoció—. Ya no.

—Haces mal, Selene. El miedo es necesario. Te ayuda a estar alerta.

—No hay mucho más que podáis hacerme…

—Oh, pobre Selene, tan joven y tan víctima. No te equivoques, querida. Siempre hay cosas que pueden hacernos daño, un daño atroz y terrible…

—¿Qué? ¿Desanudar mi matrimonio? ¿Encerrarme en una mazmorra? ¿Ordenar mi muerte? ¿Te enfrentarías a una decisión tomada por tu esposo? Ya estoy lejos de tus garras, Livia. Y lo sabes.

—No, no estás lejos. Yo no necesito ejércitos, princesa. Ni órdenes. Ni armas, casi. Mi poder, todo mi poder, que es mucho más del que tu mente de niña se atreve a imaginar, proviene de la información, de mi capacidad de análisis, de mi sentido de la oportunidad… Fui yo, pequeña sierpe, quien azuzó a Octavio y le convencí de que el mando de Roma debía ser solo suyo, puesto que tu padre le ninguneaba; fui yo quien le sugerí airear su testamento en el Senado cuando a él le paralizaba el posible juicio de Roma por haberse hecho arteramente con él; fui yo quien le sugerí que prometiera clemencia y dinero a los hombres de confianza de tu padre para que le abandonaran, y yo quien le convencí para que consiguiera que su adorada esposa lo traicionara…

—¿Octavia? —inquirió ella sorprendida.

—¡Cleopatra! Fui yo quien le sugerí que fingiera salvaros la vida, incluso la de tu hermano Cesarión, para que la reina colaborara. Oh, ¿qué no haría una madre por sus hijos, Selene? Aún no puedes saberlo, pero serías incluso capaz de traicionar al hombre

que los engendró. Augusto le hizo llegar sus condiciones a tu madre. «Salvaré tu vida, Cleopatra», le dijo. «Salvaré las miserables vidas de tus pequeños bastardos. No legitimaré a tu precioso Cesarión como hijo de César, pero sí como heredero de Egipto. No arrasaré Alejandría a cambio de que me abras sus puertas. No me cobraré la deuda de Roma. Te preservaré en tu trono, con todos tus derechos, como reina vasalla, como hizo César contigo y Pompeyo con tu padre. Vivirás hasta el fin de tus días, lejos de la rapiña de Roma, feliz en tus dominios, a la sombra de una simple guarnición… A cambio, solo te pido una cosa. Una solo: la cabeza de Antonio…».

—¡Mientes!

—No, no miento, querida, pero no era tan fácil. Antonio ya no tenía un ejército que le defendiera, pero él mismo se sabía invencible en las distancias cortas. ¿Quién hubiera podido enfrentarse con él y de qué modo hubiera salpicado eso? Hay que pensar en la honorabilidad, Selene. Lo mejor, lo más digno era aludir a su cuestionable sentido del honor y al amor enfermizo que le rendía a ella. Y digo a ella porque aquello nunca fue una unión entre iguales. Ella nunca le amó. Antonio, como César, siempre fue un muñeco en manos de tu madre para saciar su sed de Roma.

—Sé que estás mintiendo…

—Y cuando tuvo claro que sus apuestas fallaban —siguió ella disfrutando del efecto que producían sus palabras—; cuando vio que era el joven Octavio quien se hacía con ciudades, con naves y con armas, inició sus negociaciones secretas para entregarse a él. El nuevo dueño de Egipto era veinte años menor que su difunto Antonio; tampoco era mal cambio… ¡Que patética! La lujuria le había funcionado hasta diez años antes. Cuando Augusto entró en Egipto, la reina ya no tenía edad de andar seduciendo jovencitos…

Selene se puso las manos sobre los oídos.

—¡No quiero oír más estupideces!

—Sí quieres. Por eso no me echas. Ni ordenas a tu esclava que lo haga. Ni se te ocurre llamar a la guardia. Pregúntale a tu médico hebreo. La reina fingió su propia muerte porque conocía a Antonio mejor de lo que él se conocía a sí mismo, y supo que el pobre desgraciado ya no sabría vivir sin ella. Para hacerlo más creíble aún, para mantenerle encadenado a ella incluso en el momento de su muerte, envió más tarde la noticia de que era una falsa alarma

difundida por las tropas romanas. Fue tarde para él, pero muy oportuno para Roma…

Selene se sintió avergonzada y herida. El llanto le palpitaba en los párpados cerrados, pugnando por salir.

—No fue así…

—Busca a esa vieja aya de tus hermanos. Pregúntale a Calíope, que está aquí. Cleopatra traicionó a Marco Antonio. Quiso salvarse ella. Decidió colaborar con Roma y le entregó su cabeza. Pero los cálculos no le salieron, porque ¿qué podría esperar Roma de una reina vasalla dispuesta a sacrificar aliados con tanta facilidad? Augusto decidió que tenía que renegociar las prebendas prometidas. Que no podría quedarse al frente de su reino. Que ella y los suyos deberían huir. Que Cesarión no sería su heredero. Entonces, solo entonces, tu madre celebró las honras fúnebres de tu padre como una doliente viuda para quitarse la vida a continuación.

—¡Miente, señora! —gritó Calíope—. ¡No la escuchéis!

—La trágica historia de amor de tus padres fue una mentira —se recreó Livia, escupiendo la frase casi en su rostro—… La pasión de Cleopatra fue una mentira. Y vosotros, los celebrados hijos de Isis y Dionisos, fuisteis otra mentira. ¡No fuisteis criaturas mágicas, Selene, sino simples rehenes de una negociación cautiva! La única y prosaica verdad aquí es que Antonio abandonó su patria y su familia para meterse en la cama de una reina extranjera. Tu madre fue la única que tenía un objetivo: sabía que necesitaba una figura fuerte en Roma para jugar su juego de ambición e intrigas y lo intentó. Tres veces. La última le falló. Con mucha más ética que ella, mi marido rechazó los abrazos que ella le ofrecía con el cadáver de Antonio aún caliente.

Selene se dejó caer en la cama con las manos cubriéndose la cara. Calíope, en un gesto inaudito para una esclava, empujó a Livia, a quien la sorpresa hizo retroceder…

—¡No le hagas caso, señora! Miente. No fue así. Quiere empañar la sagrada memoria de tus padres porque sabe que no puede vencerte…

—No me pongas las manos encima, sucia esclava…

—¡Fuera de mi habitación! —gritó Selene.

—¡Tu habitación pertenece a mi casa! —recalcó Livia—. ¡Guardias!

«Oirás cosas, muchas cosas sobre mí y sobre tu padre —le había dicho Cleopatra en la que sería su última noche—. Las mandará contar Octavio. Y todas serán mentira…».

¿Era así? ¿Era todo mentira? ¿O la cara más despiadada de Roma había optado, al final, por relatarle toda la verdad?

Retrasó el momento de despedirse de Augusto. Sentía que no podría soportar su presencia. No quería encontrarse con él a solas. Tenía miedo de no poder contenerse, de intentar estrangularle con sus propias manos, y terminar de desperdiciar aquella posibilidad de futuro que se le ofrecía. Él tampoco lo propició, enviándole el claro mensaje de que la castigaba por su insolencia. Un mensaje que incomprensiblemente y, pese a todo, le dolió.

Pero el *imperator* no podía dejar de despedir a su joven amigo, al muchacho que se había criado en su casa, al valeroso oficial que tan bien le había servido y al que acababa de devolverle su reino. Por eso, pese a que Selene había suspirado de alivio el día en que abandonó definitivamente la *domus* sabiendo que se encontraba de viaje, cuando se dispusieron a embarcar en Ostia, Augusto y Agripa estaban allí. Como presencias malditas de las que uno no puede librarse, con la capa roja extendida en cuidadosos pliegues sobre las monturas, como si algún escultor les hubiera pedido que posaran para retratarlos.

—Hasta pronto, amigo. —Augusto estrechó fuertemente los hombros de Juba tras descender de su caballo. Había una emoción sincera en sus ojos—. Espero que nos veamos muy pronto.

—Gracias, Augusto. —Juba bajó la frente en un gesto rendido inusual para un rey ante el *imperator*—. Llevaré a Roma conmigo y haré que el pueblo la sirva y la respete.

—Selene. —Augusto se volvió morosamente hacia ella y le tendió sus manos. Ella las tomó entre las suyas porque en aquel espacio público no supo cómo oponerse. Las sintió frías y blandas, como reptiles escurridizos. Y ni siquiera pudo mirarlas porque las vio manchadas, una vez más, de la sangre de los suyos—. Espero que seas feliz en esta nueva etapa. No te faltará de nada —presumió—. Te he otorgado una generosa dote acorde con tu rango. Y te llevas la guardia macedonia del palacio de tu madre.

Ella sostuvo su mirada y le imprimió toda la ira, todo el rencor

del que era capaz. Reconocía el don para el perdón de Octavia, pero eso no significaba que supiera, ni quisiera, ejercerlo.

—No me has dado ni la décima parte de lo que me has robado, *imperator*.

Él sonrió espoleado una vez más por su rabia infinita.

—No me olvides, Selene —silabeó con cierta satisfacción—. Yo no me olvidaré de ti.

—Yo tampoco de ti, Augusto —respondió ella—. Jamás podría hacerlo. Aunque quisiera.

Podía sonar a agradecimiento o a amenaza, y los dos eran lo suficientemente inteligentes como para darse cuenta.

El *imperator* tiró de sus manos hacia él y selló sus labios con un beso helado que tuvo más de humillación que de cariño. Agripa y Juba asistieron como testigos incómodos y mudos a una despedida que, entre ambos, sonaba como una cita pospuesta en el tiempo. Luego, la voz del capitán anunció que zarpaban, los barcos auxiliares levaron anclas, y los reyes mauritanos hubieron de subir a bordo y ocupar sus cabinas. Esa primera noche, Selene no abandonó la estancia de su hermano ni siquiera para probar bocado. Cuando Juba apartó a Calíope de la puerta y entró para interesarse por ella, la encontró sentada en el borde de su lecho, con ojos apretados. Tenía la mano inerte de Helios entre las suyas, cubriéndole la boca, como si prefiriera que el frío de la muerte borrara aquel sabor a hiel que notaba impreso en sus labios.

VIII

—¡Saludos, señor! No sé con qué título dirigirme al nuevo y gran rey de Numidia.

—¡Bogud! ¿Eres tú de verdad?

El rostro de Juba se iluminó como Selene no había visto desde el lamentable desenlace del día de su boda. Mientras sirvientes y estibadores se hacían cargo de su equipaje, ella miró con curiosidad mal disimulada al hombre que les esperaba al frente de un compacto destacamento romano en el muelle. Alto, fibroso y de cuerpo musculado, llevaba una capa de piel de animal sobre sus hombros bronceados, el pelo oscuro peinado en finísimas trenzas y una barba apretada apuntando en la barbilla. No sería mucho mayor que su marido. Lucía una amplia sonrisa de dientes blanquísimos y unos ojos tan dorados como el resplandor de los adornos con que se revestía, que destellaban con la luz hiriente de aquel sol. Los dos hombres se abrazaron con afecto bajo la atenta mirada de otros cuatro hombres, vestidos como él, y del destacamento romano, que lucía el pulcro uniforme de la guarnición.

—Ella es mi esposa. —Juba dirigió la palma abierta hacia ella, como para introducirla en la conversación—. La reina Cleopatra Selene, hija de Marco Antonio. Él es Bogud, mi amigo de la infancia, hijo del mejor general de mi padre, Saburra. —Juba palmeó afectuosamente el brazo del hombre—. Su padre cayó aquí, como el mío, luchando por Pompeyo y combatiendo a César. En Ruspina, creo recordar.

—*Rous Penna*, le decimos nosotros, pero sí —le corrigió el otro en un latín de acento grave e imperfecto—. Yo era el hijo anónimo de un general. Por eso nadie se fijó en mí. —Le dirigió una sonrisa abierta y franca—. Mi amigo era el primogénito del rey. Fue llevado a Roma y pensamos que no volveríamos a verle… Y ahora, por la misericordia de Tanit, está de nuevo aquí… —El hombre parecía francamente complacido de verle y extendió su alegría a ella—. Saludos, señora. Un privilegio tener entre nosotros a la hija de la reina Cleopatra.

Selene sonrió agradecida, al escuchar el nombre de su madre entonado con respeto, por primera vez en mucho tiempo.

—Muchas gracias, Bogud.

—Bueno —le pidió Juba—, explícame qué haces tú en nuestro comité de bienvenida… ¿Cómo has aparecido en Iol?

—Si te digo la verdad, yo tampoco me lo explico —advirtió él, con una risotada—. En la región aún estamos en pie de guerra contra la guarnición romana, pero cuando el prefecto supo de tu llegada, me mandó venir, con una oferta de paz. Pienso que es sincero cuando cree que puede iniciarse una etapa nueva de colaboración entre iguales, respetando nuestra dinastía y nuestras instituciones, en lugar de simplemente someternos a Roma, como en los últimos tiempos. Independientes, como en los tiempos del gran Masinisa. —El hombre sonrió con elegancia a Cleopatra Selene—. Como hicieron vuestro abuelo y vuestra madre en Egipto…

Selene sonrió levemente y no se molestó en dar su opinión. Era obvio para todos en qué había acabado el sueño de independencia de Egipto.

—Bogud era mi valedor, cuando éramos niños —recordó Juba —. ¡Dioses, cómo te admiraba! Era algo mayor que yo —le explicó a Selene—, y quien siempre me sacaba de los líos en los que me metía…

—De los líos en que podía meterse una criatura de cinco años… —le corrigió Bogud.

—Ni siquiera recordaba recordarte —sonrió Juba con una nostalgia nueva—. El pasado se esconde en rincones insospechados de la mente…, pero, en cualquier caso, transmítele al prefecto que me ha complacido gratamente su idea.

—Podrás hacerlo tú mismo. Está de camino, porque la noticia del día de tu llegada le ha cogido inspeccionando fronteras. Fue él quien me pidió que me adelantara. Me ha sugerido —continuó Bogud— que me ponga a tus órdenes. Que sea tu comandante de caballería. Como mi padre lo fue del tuyo.

Juba soltó una carcajada divertida.

—¿Y tú aceptas que sea Roma quien sugiera el lado en que debes colocarte?

—Solo mientras coincida con el lado en que quiero estar yo…

Juba apreció su sinceridad y palmeó amistosamente su espalda.

—Es decir, que hasta ayer combatías a Roma y hoy de repente le serás leal… —aventuró.

—No, amigo mío —apuntó. Sus ojos eran graves, pero no mudó la sonrisa—. Hoy te seré leal a ti.

Subrayó la última frase. Juba le miró apreciativamente.

—Me basta con eso, Bogud —sonrió Juba, con las manos en sus hombros—. No podría haber habido un mejor augurio, para esta etapa nueva, que el que tú hayas sido la primera persona que ha venido a recibirme.

Selene notó el destello de un presagio cruzar por su mirada. «Al primer ser que salga a recibirme cuando llegue a mi casa victorioso, te lo entregaré en sacrificio», resonaba la voz de Musa en su memoria. Mientras desde pequeños les enseñaba a meditar sobre las consecuencias de sus acciones, el hebreo le había contado muchas veces la historia de Jefté, el jefe de Israel, y la precipitada promesa que había realizado si ganaba la guerra contra los amonitas…, la que le había costado la vida de su hija.

¿Por qué se acordaba de eso ahora?

Analizó la oportuna lealtad de aquel amigo del pasado, aquel desconocido que destilaba audacia y energía, observó la manera en que él miraba a Juba, como si fuera un ídolo robado y devuelto, y sintió una corriente instantánea de simpatía. Supo, con una seguridad que despertó su piel en un escalofrío, que aquel hombre sería capaz de matar por su esposo. O de morir por él.

Y rezó a la diosa para que, pese a la aparentemente insalvable distancia que la separaba del rey númida, no hubiera ninguna ocasión de comprobarlo.

Aquella primera noche en Iol, mientras esclavas y sirvientes se movían en silencio, terminando de arreglar sus estancias, Alcides les presentó al resto del personal que había contratado para la casa real, pero Selene estaba tan agotada y tan nerviosa por ver el estado en que se encontraba Helios tras la travesía, que apenas pudo prestar atención. Juba observó en silencio sus párpados oscuros y el cansancio que transmitía su cuerpo.

—¿Prefieres retirarte a tus estancias? —le sugirió.

Ella le miró agradecida.

—Me gustaría hacerlo —reconoció, con la mirada baja, como una sirvienta.

El rey le alzó la barbilla con sus dedos para que le mirara a los ojos.

—Selene —la reconvino suavemente—, eres la reina aquí. Ordena lo que te haga falta y pídeme lo que necesites. No esperes a que yo lo adivine. Solo deseo complacerte.

Selene asintió, aún esquiva. Supo que estaba tratando de purgar su responsabilidad en el estado de su hermano. Pero ella no estaba aún segura de que no fuera todo una gran mentira. De que Juba no hubiera estado al tanto de los planes de Octavio con respecto a Helios en Hispania y hubiera interpretado el papel del bondadoso amigo para que ella no recelara cuando, al fin, la arrojaran a sus brazos. De que no hubiera sabido que era él el enmascarado que había irrumpido en su fiesta de bodas para llevarse lo que le pertenecía por derecho. Quería creerle. Quería confiar en el joven que la había protegido desde el primer momento sin pedir nunca a nada cambio…

Quería, pero no podía.

¿Quién podía meterse en la mente de Augusto? ¿Y si ella hubiera sido desde el principio el premio que le estaba destinado?

—Por favor —requirió formalmente—, ¿puedo retirarme a mis habitaciones? Quiero ver cómo se encuentra mi hermano…

Juba asintió gravemente.

—Iré contigo…

El rey de Numidia se dirigió, junto a ella, al ala más noble de palacio, donde se habían dispuesto sus estancias, alejadas del ruido y del bullicio de la zona de recepciones, donde prefería instalarse él. El conjunto de cámaras se componía de un cubículo grande para la reina, junto a otro más pequeño, abierto al suyo, para sus esclavas. Una puerta bellamente grabada garantizaba el aislamiento de otra pequeña estancia. En ella, tumbado sobre el lecho, cuidadosamente arropado, arrullado por Rhea y vigilado por Euphorbo, descansaba —o quizá se moría— Alejandro Helios.

Juba contempló los labios exangües, el rostro afilado y el tono cadavérico en contraste con las mejillas llenas y el color dorado de la piel de su hermana, y ahogó un suspiró en su pecho. Había vigilado a ese niño en su palacio de Alejandría; había sido uno de sus escoltas hasta que le embarcaron rumbo a Roma; había asistido a su despertar a la pubertad; a su extraordinario talento para las

armas; a sus arranques pasionales y a esa rebeldía de animal enjaulado que Octavio no había sabido domesticar… Podría haber sido él, se dijo. Un príncipe niño arrancado de un reino que Roma aspiraba a gobernar. Podía haber sido él, pero no lo era. Él había asumido su cautiverio, había estudiado la historia de sus captores y había abrazado lo bueno que estos le ofrecían… ¿Había claudicado? ¿Había traicionado sus orígenes? La audacia suicida de Helios le admiraba, pero, a la hora de la verdad, ¿quién de los dos estaba más cerca de sus sueños?

Él mismo tomó la mano del muchacho, tan exánime y fría que si Euphorbo no le hubiera asegurado que había pulso, le habría creído muerto.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó al físico.

Euphorbo nunca se había caracterizado por el don para la retórica tan propio de los pueblos orientales.

—Muriéndose, señor.

Selene ahogó un sollozo y se arrodilló ante su lecho. Juba sintió un escozor amargo en la garganta. Quiso pensar que era el humo de la chimenea que Calíope encendía para caldear la estancia.

—Puedes quedarte a su lado, Selene. —Su esposa asintió sollozando quedamente, sin siquiera mirarle, y él acarició su pelo, instintivamente, como hubiera acariciado la cabeza de un niño o un perro desvalido—. Comunicadme cualquier cambio en su estado —ordenó a Calíope y a Euphorbo con tono grave.

Su capa corta ondeó brevemente tras él cuando dejó la estancia. Si se quedaba allí un solo momento más, el dolor de Selene, aquel dolor negro y denso y pegajoso como la brea líquida, rezumaría desde ella para deslizarse, implacable, sobre su piel. Sacudió el pensamiento con un escalofrío. Que los dioses le perdonaran, pero era mejor para aquel muchacho morirse cuanto antes. Morirse en una cama, sedado por la savia de la amapola era, sin duda, un destino más clemente que despertar para enfrentarse a Octavio.

Sopesó la posibilidad de ordenarle a Euphorbo que no interviniera en la voluntad de los dioses y dejara que la naturaleza siguiera su camino, pero no podía hacerlo. Selene no le perdonaba la mentira de Octavio. Selene no le perdonaba que se hubiese convertido en el sustituto del hombre que le habían prometido. Selene no le perdonaba que hubiera disparado contra él en su

propia boda… Selene le degollaría con sus propias manos, sin pestañear, si contravenía sus deseos.

Destacó a un contingente de la guardia para que obedeciera expresamente sus deseos de aislamiento y volvió, solo, a aquel vasto salón de recepciones, como más tarde volvería, solo, a sus habitaciones por aquellos corredores silenciosos que aún guardaban las almas de sus antiguos moradores. Percibió en su piel un dolor placentero al recordar las curvas insinuadas de su joven esposa, pero alejó de sí aquel pensamiento. Era su derecho, pero aquel no era el momento. La dejaría velar a su hermano y respetaría su dolor y su luto en vida. Al menos, se dijo, por un tiempo.

Sopesó la posibilidad de pedirle a una de aquellas jóvenes esclavas de ojos orgullosos y rostros tatuados, silenciosas como sombras, que acudiera a su lecho, pero declinó su propia idea. Probablemente Bogud se reiría de él si supiera que el rey de Numidia dormía solo el día de su llegada a aquel impresionante palacio, pero le daba igual; no era la forma en que deseaba comportarse en el primero de los días de su reinado.

Selene se retiró a su propia estancia y se apoyó en aquella amplia balconada sobre el mar, un vano al exterior a diferencia de las estancias romanas, abiertas solo en torno al atrio, para aislarse del ruido de la calle. Se preguntó quién había mandado edificar aquella construcción de corte griego a la orilla del mar, para que la brisa besara sus mejillas cada noche antes de irse a dormir. Se desnudó y dejó que aquel viento húmedo y salado recorriese su cuerpo como en una caricia mientras la luz de la luna la bañaba en su reflejo. Eso sí era un buen augurio, pensó. Y notó su mente más despejada, su ánimo más despierto y sus sensaciones a flor de piel, como si hubiera estado aletargada y por fin hubiera despertado.

Es esta tierra que me conecta a Egipto, pensó. Es la sensación de poder moverme. Es el olor del mar y el graznido febril de las gaviotas. Es la percepción de la vida en movimiento con todas esas naves entrando y saliendo del puerto. Es el sonido de alguna cítara en la lejanía; es la posibilidad de oír lenguas diferentes a ese ladrido hosco de los romanos. Notaba una conexión telúrica que no sabía explicarse. Es la brisa en la piel, los olores y los ruidos lejanos del mercado, el roce de los remos contra la superficie del agua. Es una conexión mental absoluta; es la extraña sensación de estar en casa…

Y en silencio, con la estancia bañada por aquella luz plateada, se despojó de su túnica y se deslizó, desnuda como estaba, entre las sábanas, al lado de Helios. Para darle calor.

—Calíope, Calíope, haz venir a Euphorbo…

—¿Qué sucede, señora?

Selene asomó apenas por la puerta envuelta en una de sus mantas, con las manos crispadas.

—Hazle venir. Rápido, por favor —le urgió—. Ve a buscarle tú personalmente. Y no le digas nada a nadie más…

Calíope se cruzó con dos guardias patrullando los nuevos y laberínticos pasillos. Solo a ellos les indicó que su señora se encontraba indispuesta. Afortunadamente, como nada sabía, no tuvo que mentir, pero cuando volvió a la estancia junto al físico, enfundado aún en su camisa de dormir, y encontró a su ama en aquel estado de nervios, supo que aquello era algo más allá de la indisposición femenina que ella había supuesto.

—¿Qué sucede?

—Es Helios —matizó en voz baja conduciéndoles hasta su cama. Su voz apenas era un balbuceo nervioso. Euphorbo se adelantó a ella con un suspiro, pensando en lo peor, pero el joven tenía mejor color del que había tenido en el barco, y su pulso, en los dedos del físico, latía con asombrosa normalidad. El hombre miró a Selene, desconcertado.

—Es la brisa… No sé… El aroma del aire —propuso ella excitada—. ¿No es cierto? ¿No lo notas? Yo creo que siente lo mismo que siento yo. Cree que hemos vuelto a casa. Y quiere despertar…

Euphorbo actuó rápidamente. Mezcló en un vaso de barro una medida de agua con un dedal de aquella goma de acacia que venía de la tierra de los nabateos para obtener el líquido rico en azúcares con el que llevaban veintisiete días alimentando a Helios mediante cánulas elaboradas con plumas de faisán. Esta vez no mezcló el polvo de la amapola blanca para mantener sus constantes al mínimo. Hasta ahora se trataba de que su cuerpo no gastara energías y luchara por su propia recuperación, pero, por todos los dioses, el momento más crítico parecía haber pasado. Los dedos del muchacho se movían en impulsos reflejos y debajo de sus párpados se observaba movimiento ocular. Euphorbo abrió uno de sus ojos y

acercó la lámpara de aceite que Calíope portaba. Ante la luz y el calor, el párpado trató de pestañear y su pupila se redujo al mínimo.

—Hay respuesta —exclamó aliviado Euphorbo—. Su alma ha regresado de las llanuras de Estigia. Alabados sean los dioses, princesa. Lo hemos conseguido.

—¿De verdad? —Selene notó el llanto agolpándose en la comisura de sus ojos. Los tres rostros se cernían sobre el muchacho. Sus labios temblaban ligeramente, pero no hacía frío. Era como si recordara una melodía en sueños.

—Tiene una fortaleza impresionante. —El físico palpó sus miembros. Helios había adelgazado notablemente y había perdido músculo, pero conservaba su esencia vital—. Todo este tiempo le hemos mantenido hidratado para que su alma no abandonara del todo su cuerpo, pero alguien con un físico menos fuerte habría sucumbido ya. —Levantó los vendajes que cambiaba tres veces al día, el del costado, el del hombro, y pidió la ayuda de las jóvenes para observar la herida de la espalda—. Y la miel…, alabados sean los dioses, la bendita miel lo está consiguiendo. Se ha reducido la superficie de las heridas —sonrió—. Y ya no hay inflamación…

Calíope y Selene se abrazaron emocionadas por la noticia, pero Euphorbo las mandó callar.

—No voy a dar esta batalla por ganada hasta que no vea al príncipe caminando como un dios viviente delante de mis ojos. Aún no hay nada decidido. No tentéis a los dioses —advirtió en baja voz —. Voy a reducir el uso de amapola para sacarle del estado de letargo, pero tenéis que ayudarme. Hay que seguir flexionando sus brazos y sus piernas para que sus miembros no se queden rígidos. Cuando despierte, tendrá la garganta arañada por la cánula. Le costará ingerir comida al principio. —Le observó con ternura—. Incluso hablar…

—Pero este es el camino. —Selene mantuvo el rostro de Euphorbo entre sus manos para que sus ojos no pudieran hurtarle la verdad—. Es el camino, ¿no es cierto?

—Es el camino —coincidió—, pero aún no hemos llegado. No todo el mundo regresa íntegramente de la pequeña muerte…

Selene tomó aire, decidida a afrontar lo que sucediera, satisfecha por haber hecho regresar a Helios del inframundo. Como Isis.

Abrazó al físico al que conocía de niña y le besó sonoramente en las mejillas. Euphorbo enrojeció hasta la raíz de su pelo encanecido y agitó las manos entre incómodo y conmovido, como si tratara de alejar, junto al roce de Selene, sus propias emociones.

—Le habéis salvado, Euphorbo. Musa y tú —se corrigió, asustada de su propio sacrilegio—. Y la diosa, mi madre. Le habéis salvado.

—Esto no ha terminado —le indicó el hombre asustado ante su excitación—. Podría haber una marcha atrás, incluso… Debemos informar al rey y pedirle…

—¡No! —El tono de voz de Selene fue tan alto y concluyente que tanto su esclava como el físico la miraron con sorpresa—. ¡Eso no! ¡El rey no sabrá nada!

—Pero, princesa… El rey ha pedido expresamente que le informemos…

—¡He dicho que no! Juba juró juzgarlo o incluso enviarle de vuelta a Roma para que el propio Augusto decida su castigo… No. —Negó nerviosamente con la cabeza—. No puede saber nada…

—Pero si despierta, señora… —arguyó Calíope—. Si como deseamos, despierta, ¿qué haremos? Trata de convencer a tu esposo y quizá el *imperator* sea clemente con él…

—Conozco la clemencia del *imperator*. Y no deseo ponerla a prueba…

—Pero, entonces…

—No le mandaré a Roma para que Augusto pueda pasearle triunfante una vez más… —insistió con rabia contenida—. No. Mis padres… —su voz tembló levemente al recordar el relato con el que Livia le había envenenado el alma—… mis padres prefirieron matarse que caer en sus manos.

—Pero, *domina* —intervino de nuevo Euphorbo—, Augusto lo ha dejado muy claro. Aceptaste sus condiciones. El príncipe está acusado de traición. Muerto es tuyo, pero vivo le pertenece. Helios solo podrá quedarse aquí si muere, princesa…

Selene asintió despacio. Los labios le temblaban levemente y en sus ojos había una determinación atroz.

—Pues entonces —advirtió con ojos centelleantes—… que muera.

IX

Las obras del mausoleo avanzaban despacio, para desesperación de Selene, que cada mañana, acompañada por dos miembros de la guarnición romana, cabalgaba hacia la explanada donde se estaba construyendo, para verificar que no hubiera retrasos innecesarios. Juba la dejaba hacer, pero empezaba a irritarle aquella insana obsesión con la muerte y la evidente frialdad de su esposa pese a su evidente generosidad.

Se habría jurado que tendría paciencia, pero la indiferencia con la que le trataba su reina empezaba a ser objeto de comentarios en palacio. Podía tratar de dar tiempo para que superara sus problemas emocionales, pero no permitiría que, en un momento tan delicado de transición política, con las tribus en pie de guerra, valorando aún la capacidad de aquel númida educado entre romanos, y sujetas tan solo por la presencia de Bogud a su lado, la actitud de Selene socavara su escasa autoridad.

Durante las dos semanas siguientes, Selene dio instrucciones tanto al servicio como a Alcides para la compra de elementos de decoración. Juba se lo permitió también. Era lógico, quiso pensar. Aquella chiquilla llevaba el suficiente tiempo viviendo de prestado como para que deseara tener su propio espacio. Cuando llegó el desfile de candelabros dorados, sillas talladas en marfil, pebeteros de especias, juegos labrados de *senet* y cortinajes de seda dorada, decidió hablar con ella. ¿En qué estaba pensando? No podía tener un palacio más ornamentado que la *domus* de Augusto. Esa ostentación oriental era antirromana. En un alarde de indiferencia, Selene se excusó diciendo que estaba muy ocupada para recibirle. Juba suspiró, se pasó la mano por el rostro y llamó a Alcides.

—¿Se puede saber qué es lo que está haciendo? —exclamó con rabia—. ¿Está comprando la puta Alejandría a pedazos?

—Quiere recuperar la estética oriental… —El liberto buscó la palabra—: Sus… raíces. Todo está dentro del presupuesto asignado a ella, *dominus*. Me aconsejó que tuviera ojeadores en los puertos y los almacenes de los viejos comerciantes de botines. Algunas vienen

desde Roma. Quizá —admitió el hombre— haya cosas que hayan salido incluso de su hogar…

Juba sostuvo en su mano una lámpara de aceite con el inconfundible rostro del dios Serapis y la soltó en la mesa con algo de prevención.

—Seguramente, sí —admitió con cierta conmiseración—. Pero hasta ella debería darse cuenta de que no puedo llenar mi palacio de Numidia con objetos robados al tesoro de Roma.

—Que a su vez se los robó a la reina Cleopatra —intervino Bogud, divertido.

—Los objetos no son para la casa, señor —aclaró Alcides—, son para el mausoleo…

—¿Un mausoleo? Por los cuernos de Baal, Juba. —Bogud soltó una sonora carcajada—. Tu esposa sí que es una mujer previsora.

—No va a levantar una maldita pirámide a una semana de navegación de Roma. No voy a consentirlo. Hazla venir, Alcides —reclamó Juba con seriedad—. Y si se niega, tráeme a su esclava. Sobre ella, al menos, espero tener autoridad.

Calíope se arrodilló en presencia de su rey, con la mirada baja. Quería dejar claro que sabía cuál era su sitio en aquella nueva realidad. Juba suspiró con fastidio.

—Por los dioses, Calíope, hasta hace dos días era un amigo de la casa de Octavio, que se pasaba para saludar a su hermana o bromear con los chicos. Y tú sonreías y me servías vino…

—Pero ahora eres el rey de Mauretania, señor…

—Muy bien, pues informa a tu rey del estado de salud de su esposa, puesto que ella se niega a hacerlo.

—Se encuentra bien, señor. Un poco débil aún, mareada…

—No sé si has montado alguna vez a caballo, Calíope…

—Nunca, señor, los dioses me libren.

—Bien. Yo he montado toda mi vida. Y no es una actividad que recomendara a alguien que se sintiera débil y mareada, ¿no crees?

—Lo ignoro, señor.

—Porque tu señora visita cada día el mausoleo. Por si piensa que no me informan los caballerizos. O los obreros…

—Quizá solo necesite un poco de tiempo. Aún le dura el mareo de esa infernal travesía desde Ostia…

—Hace ya dos semanas que llegamos. Y si espera que me crea

eso de alguien que seguramente haya nacido a bordo del barco dorado de Cleopatra, es que piensa que soy realmente estúpido.

—Lo ig…

—Lo ignoras, ya lo sé. Eso es lo que hace ella conmigo. Ignorarme —inspiró aire—. ¿Cómo se encuentra su hermano?

—Está… está igual, señor —mintió Calíope.

—La resistencia de ese muchacho a la muerte es algo sobrenatural —exclamó el rey, con fastidio—. Terminaré pensando de él que en verdad es Osiris. O cualquier otro dios inmortal…

—No sé si mi señor es finalmente un dios, como afirmaba la reina, su madre —acertó a decir Calíope—, pero sí creo que, al menos, los dioses le protegen…

—Muy bien, pues si se encuentra tan bien protegido —advirtió con dureza—, además de la incuestionable vigilancia de su médico y su nodriza, quizá mi esposa podría abandonar su lecho alguna noche para venir al mío…

Calíope parpadeó con la cabeza baja, buscando una respuesta.

—Le diré que lo habéis sugerido, señor…

—No, Calíope —corrigió él—. Dile que se lo he ordenado. Y dile que quiero verla en la cena de esta noche. Quiero que honre como merece a mi amigo Bogud, a quien nombraré oficialmente comandante de mi caballería. Vendrán los jefes de las tribus. Ni su luto ni su dolor justificarían hoy una ausencia que podría representar un grave problema diplomático. Díselo. Dile que quiero que se vista de manera adecuada para la ocasión. Y que quiero verla comportarse como la reina que presume ser.

X

—¿Eres tú de verdad?

Helios acarició despacio el hombro de Selene, que se recolocó la camisa, levemente cohibida. Su pelo tan corto, su voz ronca y extraña, su cuerpo, la avidez de la expresión de sus ojos…, todo era tan distinto… Era como si su hermano fuera otra persona, la piel de un atractivo desconocido envolviendo un alma que latía al compás de la suya. Él la miraba con una emoción tan ingenua, tan infantil, que temió que se hubiera quedado perdido en las llanuras brumosas que rodean la laguna Estigia…

—Soy quien tú quieras —susurró ella, poniendo un dedo sobre sus labios para que no se cansara al hablar—. Soy quien necesites que sea…

—Cuando te he visto…, cuando he abierto los ojos y me ha cegado el sol…, cuando he visto en el techo los reflejos del agua… —Cerró los ojos. Incluso hablar le agotaba—. He creído estar en Alejandría de nuevo. Y he visto a madre, cuando estaba enfermo y le pedía a Rhea que descansara y venía a sentarse a mi lado… ¡Cómo deseaba caer malo para que ella cancelara todas sus obligaciones y se sentara a observarme respirar, como si cada uno de mis latidos fuera un regalo!

Ella sonrió con dulzura y estrechó su mano helada entre las suyas.

—Lo es.

—Pero no estamos en Alejandría —intuyó él tristemente—. E imagino que no me has acompañado al maldito Hades…

—Sabes que lo haré si es preciso…

—Estamos en Mauretania… —presumió él.

—En Iol —corroboró ella—. Una antigua colonia fenicia que los legados de Augusto han pretendido civilizar. Lo mejor que tiene —añadió con desprecio— es la distancia que la separa de Roma.

Una sombra pasó fugaz por la mirada de Helios.

—Llegué tarde —constató.

—Llegaste —le corrigió ella—. De entre los muertos. No te aflijas. —Le sonrió—. Es muchísimo más de lo que esperaba.

El día en que nació de nuevo, el primer día en que realmente abrió los ojos, Selene tuvo la sensación de que era su cuerpo lo único que había regresado y que su alma seguía en manos de Maat. No hablaba y tenía los ojos de un alucinado. Quemó incienso y mirra en la habitación y oró a la diosa de rodillas, junto a sus esclavas, porque aquel muchacho de mirada extraviada que era su hermano regresara del todo o se fuera para siempre. Con el paso del día, Selene notó que su mirada se iba quedando atrapada en los objetos más insignificantes, las alfombras de Partia, los cortinajes de gasa, el rectángulo de sol recortado en el suelo… El sol. Eso prendió la chispa de un recuerdo en él. Exactamente igual que cuando ella deseó morir, recordó. En Roma la luz no entraba nunca tan lejos en las habitaciones. Aquellos malditos hijos de Ares gustaban de vivir en las sombras.

Luego se fijó en ella. Selene imaginó que la había reconocido por la dilatación de sus pupilas, y las lágrimas que embalsaron sus párpados. Se metió junto a él bajo las sábanas, acarició su cabello rapado, lo estrechó junto a ella y lo besó en la frente. Él la llamó madre y lloró en silencio sin poder compartir los demonios que le atormentaban. No tenía aún voz para hacerlo y quizá ni los recuerdos le llegaran a tanto. Selene supo que se sentía confuso, débil y desorientado. Y recordó aquel día en que su padre había regresado de la campaña de Partia como un cántaro vacío y roto, y su madre lo había acunado en sus brazos y había besado sus heridas como si el antiguo lugarteniente de César no fuese más que un niño en su regazo.

Helios bebió con una sed que parecía arrastrar desde Hispania y engulló con voracidad alimentos que luego vomitó. Euphorbo fue permitiéndole tomar gachas de trigo poco a poco y Calíope le trajo higos y dátiles frescos que conservaban el dulzor de su infancia. Nadie notificó aquel milagroso despertar al rey. Selene, sin medir las posibles consecuencias, pretextó un empeoramiento de su estado y se encerró junto a él en su habitación. El tercer día pudo al fin hablar y recordar la penosa travesía hasta arribar a Roma.

Fue herido en la emboscada, efectivamente, pero no en la de los cántabros, sino en la que le había tendido el propio Augusto. Las acusaciones que Tiberio había hecho eran ciertas, reconoció. Era él quien vendía información a los ojeadores montañeses, que

levantaban campamentos antes de que ellos llegaran o se les echaban encima por secreta que fuera la ruta que hubieran seguido. La operación no le pilló de sorpresa. Estaba en guardia porque vislumbró algo embalsado y ponzoñoso en la sonrisa obsequiosa de Octavio, como si hubiese dejado caer la máscara de nobleza y sus intenciones hubieran sido abiertamente transparentes. En un momento posó su augusta mano sobre sus hombros, lo trató con el mismo cariño que a Marcelo… e incluso llegó a llamarle hijo. Por eso supo que algo iba a suceder. Lo notaba en su propio pulso acelerado cuando Augusto le miraba como si se despidiera de él. De pequeño, en Alejandría, antes de que todo terminara, su madre siempre acusaba a su padre de haber menospreciado al «muchacho», a Octaviano, como ellos le llamaban. El carácter sin doblez de Marco Antonio había permitido que los buenos modales de su rival, sus maneras dulces, su aversión por los enfrentamientos y su colección de sonrisas melifluas le convencieran de que era alguien fácil de manejar… Por eso su padre estaba muerto y él estaba en Hispania, luchando por un país que no era el suyo, se recordó a sí mismo. No cometería el mismo error.

Por eso en la emboscada Octavio le mandó a un punto distanciado del grupo, por eso le separó de sus compañeros de armas —incluso Tiberio tenía la suficiente clase como para no apuñalarle por la espalada—, por eso le envió junto a tres desconocidos a vigilar un punto de la retaguardia, en el paso más estrecho del desfiladero, donde el barranco ocultaría su cuerpo desgajado y el fragor del río ahogaría sus gritos si es que tenía tiempo de emitirlos. Y por eso, cuando el ataque se produjo, él estaba preparado. Era solo uno, y más joven que ellos. Pero las motivaciones no podían ser más diferentes. Ellos luchaban por obedecer una orden de Augusto; Helios luchaba por salvar su vida. Cuando aquellos mercenarios entendieron que quizá luchaban por su vida también, ya era tarde.

Él mismo se lanzó al lecho tumultuoso del río, pero no estaba inconsciente: tan solo levemente herido. Observó, por la corriente, el lugar donde el agua formaba una poza y saltó en su interior rezando para no partirse las piernas. Él era hijo de la ribera del Nilo. Cierto que no era un río estrecho, prisionero de aquel mundo de piedra, pero era traicionero. Albergaba pozas también, corrientes

ocultas y cocodrilos acechando a sus presas. Tenía bancales de arena y fondos lodosos que te atrapaban para siempre. Hapi, el dios del Nilo, le había enseñado desde muy niño que al río había que tenerle respeto, como al adversario, pero nunca miedo. Helios se aseguró el casco, y la coraza le protegió de los golpes y el mordisco de las rocas. El peso de las protecciones le impedía mantenerse en la superficie, pero también se lo impedían los remolinos y la velocidad de la corriente, así que tomó aire, el máximo que pudo, acostumbrado a contener la respiración para coger cangrejos con que asustar a Rhea, y se dejó llevar por la cólera del río, que lo zarandeó, lo golpeó, lo sumergió y lo desorientó hasta que en algún momento, al borde de sus fuerzas, se aferró a las ramas de un árbol que crecía en la desembocadura de un estrecho canal. La pared dejaba de ser vertical, el lecho del río se ampliaba y la corriente se remansaba. Allí le encontraron los ojeadores astures que iban rebanando gargantas y despojando de armas, joyas y ropas a los muertos. Tuvo que utilizar sus últimas energías y el sello de oro de su padre, que guardaba como una reliquia, para convencerles de que era un joven oficial extranjero de cierta importancia y que valía más vivo que muerto.

Pospusieron la previsible ejecución para llevarle, atado y vapuleado, ante sus líderes. Una vez frente a ellos, la parte de identificar a los contactos a los que hacía llegar información fue más fácil. Con su palabra consiguió que entendiesen que era desafecto a Roma. Convencerles de que le dejaran en libertad para cobrarse su propia venganza contra Augusto fue algo más complicado. Logró que le devolvieran el anillo, el sello, argumentó, con el que quizá habría de firmar papeles que le garantizaran llegar hasta el *imperator*. Nadie sabía que aquel sello ya no valía más que el oro en que se montaba. En ningún momento argumentó que era hijo de Marco Antonio ni que vivía en la *domus* de Augusto. No tenía intención de pasar de ser rehén en Roma a serlo en Hispania.

Durante los meses siguientes se concentró en recuperarse de los golpes, sobrevivir, y entrenarse como un guerrero cántabro para seguir combatiendo, en esta ocasión desde el otro lado. Se rodeó de un grupo de muchachos rebeldes, más amigos de las acciones puntuales que del desgaste continuado de las batallas y la pérdida de vidas inocentes y de infraestructuras en el continuo asedio a

ciudades y, cuando se supo que Augusto había caído enfermo, se pusieron en marcha hasta Tarraco. Los montañeses no iban a perseguirle hasta la ciudadela militar, pero un grupo pequeño y aparentemente desarmado podría pasar desapercibido. Helios estaba seguro de que Augusto querría ver con sus propios ojos cómo había regresado de la muerte y de que se le permitiría el acceso. No tenía ningún plan preciso para acabar con él. No había planeado cómo huir tras la acción ni cómo enfrentarse a sus pretorianos. Confiaba en que aquel odio feroz sabría guiarlo.

Para cuando el grupo llegó a las murallas de Tarraco, supieron que se preparaba la partida. Augusto estaba muy enfermo, quizá muriera en la travesía incluso, le dijeron. Su sobrino y su hijastro habían partido con anterioridad para preparar la posible sucesión. El giro de los acontecimientos no le disuadió. Tenía un objetivo. O, mejor dicho, tres. Iría a Roma, mataría a Augusto en su lecho, si es que no había llegado muerto. Y se llevaría a Selene, su prometida. Sus recién estrenados compañeros de armas le siguieron. Todos podían entender la pasión de un hombre por rescatar a su amante de las garras de otro; aunque pocos hubieran arriesgado la vida por una hermana. Se enrolaron como tripulación de fortuna con unos comerciantes cosetanos que transportaban aceite a Corsica por aquellas aguas infectadas de piratas y en la isla mediterránea, cada vez más anónimos, se escondieron en las montañas. Allí se entrenaron con la complicidad de los pastores venacinos; ellos tampoco terminaban de ver con buenos ojos la connivencia de sus autoridades locales con la élite romana ni el hecho de que Roma estuviese regalando la isla, en porciones, para asentar a los antiguos veteranos de Julio César. Los insurgentes tenían dinero, incluso, y se obligaron a ultimar sus preparativos y a callar en las tabernas con una disciplina militar que no traicionara su objetivo: ir a Roma. Matar a Augusto. Llevarse a Selene. Todo parecía posible. Estaban a dos jornadas de navegación del puerto de Ostia.

Cuando desembarcaron en la península itálica, la presencia de Roma era tan imponente que la tarea empezó a sobrepasarles, a parecerles descomunal. No había nada en las tribus del norte de Hispania semejante a esos astilleros, a esas murallas férreamente vigiladas, a esos templos desde los que les acechaban todos los dioses, a esos acueductos que desafiaban el asedio de cualquier

ejército, a esa prepotente presencia militar. Era imposible acceder al entorno de Augusto, se quejaron sus compañeros. Y ahí se equivocaban. Iban a matarlos a todos. Ahí acertaron.

Había pensado en contactar con su abuela Julia, y en madurar, junto a ella, un buen plan para acceder a Selene. Pero en Roma se enteró de la boda de Selene, de que tras ella embarcaría rumbo a Numidia y de que Augusto aún vivía, y ya no pudo pensar más. Abordó a Rhea en el mercado, a quien casi se le paró el corazón al verle, y a través de ella urdió la mejor idea que se le ocurrió. En la casa de Octavio se estaban contratando festejos y artistas cuyas actuaciones deleitaran a los asistentes a los esponsales. Rhea comentó con los sirvientes que había visto actuar a un grupo de bailarines en el foro. Una danza tribal, violenta, sensual. Una mascarada como la que los pueblos paganos de Hispania dedicaban a sus montunos dioses. Kallyas pareció levemente interesado al escucharla. Quizá algunos de los *nobiles* romanos recién vueltos de Hispania gustaran de rememorar sus hazañas allí, de exhibirse ante sus esposas como los valientes guerreros que habían vencido a esos bárbaros. Nadie detalló que la conquista no había culminado. Eso no era relevante. Kallyas acudió a verlos actuar en la calle y aquel aire entre exótico y violento le convenció. Un contrapunto brutal a una boda. Perfecto para el enlace de dos bárbaros extranjeros. Lo comentó con Livia y ella también lo aprobó. Nadie se lo mencionó a los contrayentes. Nadie le dijo nada a Augusto. Tenía bastante con la pesada carga que el Senado le había encomendado: nada menos que regir un *imperium*. Y, además, era pura logística doméstica. Los hombres de la élite senatorial no se encargaban de estas cosas.

Entraron en la *domus* sin una sola traba, pero a partir de ahí todo había ido mal. Su presencia en la casa, su agresiva estética desataron la suspicacia de Augusto, que improvisó un cordón de seguridad. La elección de la víctima también fue un error. Helios pensó que Julia sería la persona que más conmovería el corazón de aquel tirano. Y no se equivocó, pero sobreestimó sus propias fuerzas a la hora de usar la violencia sobre una niña a cuyo lado había crecido. Tampoco hubiera podido hacerlo con Marcelo, que había luchado junto a él en Hispania y le había sacado de más de un aprieto. Tiberio hubiera sido quizá el rehén más adecuado desde el primer momento. Dudaba de que le importara una mierda a

Augusto, más allá de verse obligado a hacerle frente al odio eterno de Livia, pero, como consuelo, al menos, le habría matado.

Y lo que jamás, jamás habría imaginado de ningún modo era que Augusto se atreviera a ordenar disparar a sus arqueros por encima de las cabezas de sus excelsos invitados.

Al parecer, como su padre, él también le había subestimado.

Alzó los ojos hacia ella cuando cesó el relato. Eran mellizos. Selene podía sentir su miedo. Y él podía sentir que tenía la respuesta a la pregunta que le arañaba el alma. Habría aceptado la muerte en cualquier otro momento, pero no ahora. No ahora después de haberla visto como la veía en sueños.

—¿Augusto… ha permitido que viva?

Ella cerró los ojos. Negó con la cabeza muy despacio. Luego tomó el rostro de él entre las palmas de sus manos y le sonrió con fiereza. Apoyó su frente en la suya hasta que mezclaron sus respiraciones. Notó por vez primera el tacto de su incipiente barba. Y le gustó.

—¿Y a quién le importa la voluntad de Augusto? Somos dioses. Comportémonos como tales y seamos inmortales, hermano.

XI

Selene se personó en el patio a la caída del sol. Dejó a dos hombres de su guardia personal apostados a la puerta de sus estancias, y en el aposento de Helios que comunicaba con el suyo a Euphorbo, junto a Calíope y a Rhea, para velar su sueño. Sería la primera recepción oficial en la que intervendría desde que habían llegado y habría representantes de la Mauretania desde Cirta a Tingi. Se dio un baño tibio, masajeó sus miembros cansados con aceite de almendras y dispuso sus ropajes egipcios, los que le habían permitido llevar consigo. Las joyas más exquisitas habían quedado en la *domus Augusti*, pero Octavia había intercedido por ella y había conseguido embarcar algunos de los vestidos de ceremonia de su madre, sandalias, estolas, túnicas y brazaletes. Se caracterizó como Isis rediviva, maquilló sus párpados profusamente representando el ojo de Horus, se prendió los escarabeos y la tiara real, y esperó a que el último rayo de sol que atravesaba las puertas abiertas incidiera sobre su peto dorado para deslumbrar a todos los presentes. Su cuervo revoloteó sobre ella para posarse luego en el suelo y caminar a paso lento y majestuoso a su lado, como una fiera rendida. Los legados romanos que no la conocían, los nobles númidas que la habían entrevisto e incluso los sirvientes que apenas la veían pasar la observaron con la adoración que se les reserva a los dioses. Juba sonrió, le tendió la mano que ella tomó con una sonrisa y rezó agradecido a los dioses de dos panteones porque su esposa hubiese regresado del mundo silencioso en que habitaba.

Los jefes de las tribus demandaban, cada uno en sus dominios, la presencia de Juba. Sus hombres jamás obedecerían a alguien a quien no pudieran ver, le advirtieron. Juba pidió algo de tiempo para asentarse en Iol, antes de recorrer las difusas fronteras de su reino, y Aderbal, el lugarteniente de Bogud, comentó, con un par de copas de vino, que, dada la evidente belleza de la reina, era entendible que al rey le costara abandonarla para emprender un viaje largo e incierto.

—Quizá podáis acompañar a vuestro esposo, señora —sugirió—. Aunque las aldeas de las montañas no son ricas, sus gentes se

sentirían verdaderamente honradas con vuestra visita.

—Y yo me sentiría verdaderamente honrada de acompañarle y de estrechar las manos de cada uno de los habitantes de este reino que me acoge con los brazos abiertos, —advirtió. Sus ojos se deslizaron como la miel caliente sobre los rostros curtidos de aquellos hombres—, pero, como seguramente sepáis, mi hermano, gravemente herido, está a punto de entregar su alma a los dioses. No me perdonaría que el último heredero varón de Egipto muriera solo, sin los ritos de su tierra ni el abrazo de su hermana. —Sus ojos se cerraron un instante más de lo necesario en un parpadeo, como para contener un llanto que no llegó a derramar—. Me debo a él y me temo que mi viaje tendrá que esperar el tiempo que estimen los dioses. El de mi esposo —advirtió, fingiendo desamparo y posando una mano ligera como un pájaro en su torso—, aunque me pese, no debe demorarse. Es mucho lo que su gente espera de él y a es a su pueblo a quien debe satisfacer… Yo soy solo una mujer —admitió con sencillez—, una esposa que sabe que en el corazón del rey está donde debe estar. Por detrás de su verdadera patria.

Los ancianos jefes apreciaron, conmovidos por la dulzura de su acento y la sinceridad que emanaban sus ojos, la fortaleza de aquella reina recién llegada, la nobleza de su estirpe, su apego a la familia y su capacidad de sacrificio. Todos ellos hubieran deseado tener una hermana devota que honrara sus restos en el día del tránsito. En silencio, sonriendo a sus oficiales, Juba apreció también su extraordinaria capacidad para la representación. En Roma, en las recepciones que ofrecían Octavia o Livia, jamás se hubiera comportado así. La vio mucho más madura y dueña de sus actos. Se dio cuenta de que se comportaba con cada uno de aquellos hombres como cada uno de ellos esperaba, anticipando sus deseos, con el tono de voz, con el tacto y la caída de ojos indicada. Incluso él mismo se había sentido elegido cuando ella posó en su pecho una mano que ni siquiera había rozado su piel. Y supo entonces cómo la reina Cleopatra había sido capaz de conquistar simpatías y voluntades con su sola presencia.

—Es muy generoso por vuestra parte, señora —agradeció Aderbal—. Y muy valiente, aún sin raíces en la ciudad, animaros a esperar sola la vuelta del rey.

—No tengo nada que temer en mi nueva tierra. Y cuanto antes

se vaya —sugirió ella obsequiosa, con un brillo de triunfo en los ojos que solo él supo ver—, antes regresará.

—Como todos podéis ver —terció Juba, sonriente, antes de que le ensillaran un caballo y le sacaran del palacio esa misma noche—, mi esposa no solo no tiene ningún impedimento en mi marcha, sino que me lanza directamente en brazos de mi pueblo. —Todos rieron la broma, y solo ella detectó el reproche—. Cada hombre de cada rincón de Numidia podrá besar muy pronto la mano de su rey —advirtió, lanzando el mensaje sutil de que aquello no iba a plantearse jamás como una reunión entre iguales—. Partiré lo antes posible. Decidiremos fechas y detalles —prometió— en cuanto pueda garantizar la regencia en Iol.

Durante la noche, Selene escuchó atentamente el tañer de los instrumentos locales, apreció las danzas en su honor y habló personalmente con el servicio femenino de palacio. Recordaba sus nombres, sus funciones y encontró una palabra dulce para el desempeño de cada uno de ellos que todos apreciaron. Citó a Aristóteles y al Gran Alejandro; elogió a Julio César y magnificó las preciosas anécdotas que le habían regalado las recepciones de su madre. Y cuando el vino y el licor de dátiles fermentados calentaron las almas y los cuerpos, propuso a los presentes alzar sus copas. Aquello no era Roma. Allí aún existían los reyes y el nombre de sus padres no estaba maldito. Alzó su copa por la difunta reina de Egipto que había sido capaz de volver a llevar el miedo hasta las mismísimas murallas de Roma como solo había sabido hacer el gran Aníbal; brindó por Marco Antonio, el general que había sido más leal a César que el que se hacía llamar su hijo, que no había osado ayudarle a avanzar sobre Partia para cumplir su sueño, y brindó por su suegro, el gran Juba, a quien desafortunadamente no había conocido, pues, como a sus padres, la mutable diosa Fortuna le había hecho luchar en el bando equivocado.

¡Salud!

Aún con las copas en alto, Juba abrió unos ojos desmesurados, los legados romanos tosieron con cierto nerviosismo intercambiando miradas inquietas, y los sirvientes amagaron una sonrisa. Fueron los jefes de las tribus númidas los que alzaron sus copas ruidosamente entre carcajadas, divertidos por aquella arenga antirromana frente a las barbas mismas de los legítimos

representantes del Senado y del pueblo romano.

—¡Por el viejo rey Juba! —exclamó uno de aquellos númidas, grande y fuerte como un toro, vaciando su copa y posándola ruidosamente en la mesa—. ¡Dondequiera que se encuentre!

—Por la reina Cleopatra, que luchó hasta el fin por la independencia de su mundo. Y porque su semilla prenda en la vieja Numidia. —Bogud se puso en pie y alzó su copa elegantemente hacia Selene, vaciándola también por completo.

—Por Marco Antonio —arguyó un legado de Augusto, que había combatido a sus órdenes—. El mejor de los soldados romanos. Tan fuerte y tan valiente que solo él mismo podía acabar con su vida.

Alzó su copa frente a los jefes númidas y estos le correspondieron con una inclinación respetuosa. La fuerza, la valentía y el honor eran valores compartidos en todas las culturas guerreras. Mucho más que las estrategias de salón.

—¡Y por Aníbal! —admitió un anciano númida—. Porque nadie ha jodido jamás a más cónsules romanos con más clase.

—Salvo quizá Cleopatra —intervino Selene con un guiño, levantando su copa.

—Salvo quizá Cleopatra —rieron a coro los jefes de las tribus. Los oficiales romanos se les unieron hasta que se les saltaron las lágrimas. Juba pareció atragantarse hasta que recuperó la compostura. Selene vio que dirigía su mirada más allá del salón de banquetes, hacia las sombras de los corredores, donde se apostaba su guardia personal a la espera de que se desatara… algo.

—Y por todos nosotros, señores. —Selene se puso de pie en su *triclinium*, para que todos pudieran verla, y había un aire de majestad innato pese a sus pies descalzos y al movimiento de su melena suelta—. Porque hoy estamos aquí construyendo un nuevo reino juntos, macedonios, mauritanos, alejandrinos, númidas, griegos y romanos. Porque la convivencia nos permita superar odios antiguos y disfrutar del presente. Porque mi esposo y yo necesitaremos la ayuda de todos para crear un reino para todos. ¡Salud!

Los romanos bebieron y jalearon su nombre. Juba se enjugó una gota de sudor con la toga, y los númidas alzaron las copas por la salud de los reyes recién llegados y propusieron un nuevo brindis: por Augusto, el hombre que les había devuelto el reino que César

les había robado.

—Por Augusto —propuso Selene.

—¡Por Augusto! —corearon decenas de gargantas.

Ahora sí, Juba vació su copa de un solo trago.

Luego llegaron los platos contundentes: faisanes rellenos, pato con manzana, cabritos asados. La cadencia era importante. Roto el primer momento de tensión, los invitados apenas podían hablar porque estaban ahítos, chupándose los dedos. Selene comió mucho menos, así que aprovechó para hablar de su hermano mellizo, que había vuelto de Hispania y yacía herido, y les rogó a todos que disculparan su ausencia y su dolor. Les hizo levantarse para picotear de las bandejas de dulces que traían las esclavas y para salir del anquilosamiento de las jerarquías y mezclarse, sin distinción de grados, de países de procedencia y de lenguas, como iguales e invitados en la casa de los nuevos reyes de Mauretania. Ella discernió de lenguas con los maestros, de filosofía con los pensadores, de geopolítica con los oficiales y de los valores perdidos con las guerras civiles con los nostálgicos. Y durante un instante, rodeada de la asombrada mirada de todos aquellos hombres y arropada por su guardia macedonia, se sintió como sin duda deseaba sentirse la insulsa Livia, como se habría sentido su madre en aquellos banquetes alejandrinos cuya fama traspasaba fronteras; aquellas cenas en las que se forjaban alianzas, se hundían flotas, se violaban fronteras y se cortaban cabezas sin dejar de paladear los postres.

Bogud se inclinó, rendido, a los pies de aquella reina que exhalaba un aroma a libertad como el aire del desierto a caballo, y los legados de Augusto que debían hacer el traspaso de poderes abandonaron el palacio, admirados, soñando, entre los vapores del vino, que la mítica reina egipcia estaba viva aún, derramando sus mañas de hechicera entre los generales romanos. Cuando solo quedaron los sirvientes domésticos moviéndose silenciosos por los laberínticos pasillos del palacio, Selene se recostó agotada entre los cojines de su *triclinum* y Juba se sentó en el borde, a su lado.

—¿No podías haberme avisado de tu incendiario discurso?

—Ha sido improvisado.

—¿Improvisado? Has jaleado a tres proscritos, nada menos.

—He brindado por nuestros padres, Juba. —Selene le miró con

intensidad—. E incluso he dejado un sitio para tu amado Octavio.

Juba le dedicó una mirada de recelo.

—Deberías haberme consultado. Podrías haber provocado un conflicto diplomático.

—¿Un conflicto diplomático? ¡Se han mezclado, se han abrazado, se han reído juntos! Si mantienes los antiguos patrones, tendrás los mismos comportamientos, siempre. Romanos en la élite, númidas marginados… Intégralos a todos. Respétalos. A ellos, a sus costumbres, a sus dioses que deberían ser los tuyos. A sus héroes…

—¿Incluido Aníbal, el nombre que despierta los miedos ocultos en las tripas de Roma?

—Incluida cualquier cosa que te acerque a tu pueblo de nuevo, Juba. ¿De verdad eres númida? Desde que has llegado has actuado como un procónsul romano. ¡Viste al menos como ellos! Ese hombre que te conoce desde la infancia debería ser capaz de apreciar alguna diferencia entre el hijo de su difunto rey y los legados que llevan oprimiéndoles veinte años.

—No sabía que estabas tan pendiente de mi imagen pública. Como no te he visto en todo este tiempo…

—No he podido y lo sabes. Debo cuidar de mi hermano.

—Pensé que ese era el trabajo de Rhea. Y de Euphorbo… Quizá deba echarlos de mi casa si no cumplen con su cometido.

—¡Ese es mi trabajo! —gritó ella, encendida—. ¡El único que me importa! ¿No te das cuenta? ¡Helios es lo único que me queda!

—Estás abandonando tus funciones. Todas —le recalcó él—. No puedes hacer ya nada por él. Helios está muerto, Selene —gritó Juba a su vez—. De una u otra manera. ¡Despídete de él de una puta vez!

—Creí —advirtió ella con tono gélido— que habías llegado a apreciarle… ¿No vas a compadecerte de él?

—¡Claro que le aprecio! —gritó él, indignado—. ¡Es imposible no hacerlo! ¡No abrazar su pasión, su idealismo! —Movió la cabeza negativamente—… Pero se lo ha buscado, Selene. Ha pasado información al enemigo. Ha asaltado la *domus* de Augusto y ha puesto un cuchillo en el cuello de su hija. Eso es alta traición. En cualquier lugar del mundo. No hay nada que pueda hacer por él.

—Pasó información al bando adecuado —terció Selene con dureza—. Su enemigo era Roma. Siempre lo ha sido.

—Pues debió haberlo pensado antes de embarcarse con Augusto bajo estandartes romanos.

—¿Y cómo sabes que Augusto no miente?

Juba soltó una carcajada seca, ronca.

—¿Y tú? ¿Lo crees tú? Mírame a los ojos, Selene. Mírame a los ojos y dime que Octavio está mintiendo para acabar con tu hermano. Sabes perfectamente que es verdad. Primero, porque él no necesita darte explicaciones para justificar sus actos. Y segundo, porque ambos conocemos a tu hermano. Y un acto así cabe perfectamente en su cabeza. Por todos los dioses, podría ser un gran guerrero, pero es tan pasional que no se permite pensar en sí mismo. Es audaz, pero no analiza las consecuencias de sus acciones, se tiende sus propias emboscadas… No sé decirte si peca de traidor o de inconsciente… ¡Es igual que tu padre!

Selene arrojó la copa de vino tinto sobre el rostro de su esposo, sin pensarlo. Los esclavos más cercanos fingieron mirar hacia otro lado. Él cerró los ojos. Solo una esclava se acercó con una toalla a limpiar el *triclinium* y su túnica, pero él la rechazó con firmeza. Apretó los puños arañándose las palmas de las manos y esperó una disculpa que no llegó.

—Me pregunto dónde estará aquella muchachita brillante que leía a los grandes filósofos encerrada en la biblioteca del Palatino.

—Ve a buscarla —le desafío ella con ojos hirvientes—. Quizá continúe allí, maldiciendo a los que le mintieron impunemente para deshacerse de su hermano.

Juba descargó un puñetazo sobre la mesa.

—¡Basta! ¡Pareces no darte cuenta de quién manda realmente aquí! Una sola palabra mía y se pararán las obras de ese puto mausoleo —escupió con rabia—. Una sola palabra mía devolverá a tu hermano a Roma, moribundo o no.

—¡Adelante! ¡Emborráchate de poder! ¡Hablas igual que tu amo!

El bofetón de Juba se estrelló contra el rostro de Selene. Su gesto de sorpresa reveló que era algo que no había esperado. Ni siquiera se pasó la mano por la mejilla, alzó su brazo para devolverle el golpe y él lo detuvo aferrando sus muñecas. Las puso sobre su cabeza en el *triclinium*. Selene forcejeó intentando levantarse y Juba se sentó sobre ella a horcajadas, esquivando sus patadas. Vio el pelo revuelto, las mejillas enrojecidas y los ojos destellando ira.

El escote del vestido desordenado revelaba la agitación de su pecho. Podía someterla. Era su esposa y llevaba un mes negándole la entrada a sus aposentos. Un maldito mes pendiente del mismo hermano con el que se escondía para toquetearse en las bodegas de Octavio. El recuerdo le inflamó la sangre. Podía remangarle el vestido allí mismo y ejercer sus derechos. Los esclavos leyeron en sus ojos y bajaron la mirada. Juba se preguntó a quién obedecería la guardia macedonia si la reina gritaba.

—No sé si la moribunda dinastía lágida necesita un heredero —masculló—, pero el trono de Numidia lo reclama…

Selene le dirigió una mirada de odio. No había temor en sus ojos. Solo un odio puro y concentrado.

—Tu semilla no prenderá en mí, rey de Numidia, si yo no lo deseo. Puedes tomarme por la fuerza, por supuesto, pero si es así como concibo un hijo tuyo, te juro por la diosa que me lo arrancaré del vientre, aunque sea lo último que haga…

Juba dudó. Aquel acento no parecía suyo. Aquel rencor indisimulado en sus ojos que antes no estaba allí… Quizá los influenciables soldados romanos y el propio Augusto tuvieran razón, y algo de la altiva soberana egipcia, algo oscuro y pegajoso como el fondo de un pantano, pervivía allí, en ella. Relajó sus brazos, cerró los ojos deleitándose un segundo en aquel roce y se puso en pie de nuevo. Tendió una mano para ayudarla a levantarse, pero ella le rechazó y se puso en pie por sí misma, recolocándose el vestido y el pelo.

—Partiré a ese maldito viaje —anunció él, repentinamente, volviéndose para no mirarla mientras ajustaba sus brazaletes y los pliegues de su túnica—. Tendrás tu tiempo. Recorreré las fronteras del reino y me presentaré a los jefes de las tribus que lindan con el desierto. Me llevaré a mi nueva caballería númida, con Aderbal al frente y a un destacamento romano. Bogud quedará al cargo.

—¿Bogud como regente? —se sorprendió ella—. Veo que confías en su lealtad…

—Ahora mismo bastante más que en la tuya.

La miró con dureza. Y Selene también se preguntó dónde estaba aquel joven diplomático que siempre tenía la palabra oportuna en los labios.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —quiso saber.

—El suficiente. Para que tu hermano muera o para que viva y el prefecto le embarque rumbo a Roma junto a él. Lo único que puedo prometerte para tratar de evitar tu odio eterno es que no le juzgaré yo. No puedo traicionar mis ideales. Tendría que declararle culpable. Y no quiero vivir con eso.

Selene bajó la cabeza en un ambiguo signo de agradecimiento. Le bastaba con eso.

—Imagino que para entonces tu luto se habrá aliviado. Imagino que mi ausencia explicará de un modo convincente por qué la reina de Numidia no engendra un heredero y acabará con los murmullos que ya proliferan en los corredores. —Su tono sonó amenazador—. No puedo pretender poner autoridad en mis nuevos dominios si mi pueblo piensa que no la impongo en mi propia casa…

—¿Y cuando vuelvas?

—Cuando vuelva, el rey de Numidia y Mauretania se asegurará de darle a su pueblo un heredero, Selene —advirtió con frialdad—. Contigo o sin ti…

XII

—¿Necesitas un sacerdote de Isis?

—Efectivamente, Bogud. Para sacralizar el mausoleo. Las obras principales están a punto de terminar. Quiero que esté preparado, por si acaso mi hermano…

—Los dioses no lo quieran, señora. —Bogud agitó la mano como espantando de su entorno la posibilidad de la muerte y puso dos dedos en pinza sobre sus ojos tratando de recordar—. El mayor Iseum está en Carthago Nova, a unos tres días de navegación de aquí. Creo recordar que hay otro más pequeño en Cirta. No sé si sus sacerdotes querrán…

—No tienen que querer, Bogud —sonrió Selene—. Tienen que venir. Es una orden de su reina. Y de la representante de su diosa en la tierra.

Bogud observó una vez más a Selene. No compartía esos delirios egipcios de los dioses vivientes que parecían haber contagiado a los romanos, pero entendía perfectamente lo que era una orden. Y aunque era él quien estaba al frente del Gobierno, tenía instrucciones específicas de Juba para que proporcionara a su esposa cualquier cosa que pudiera necesitar. Salvo una flota para atacar Roma, había añadido. Bogud no habría sabido decir si bromeaba. Juba parecía tan romano que ya no creía entender su sentido del humor.

Siempre que no ponga en peligro la estabilidad del reino, habían sido sus palabras precisas. A Bogud le inquietaba levemente que Juba pensara de su propia esposa que podía poner en riesgo la ya de por sí precaria estabilidad de Numidia. Pero un sacerdote de Isis parecía, en principio, algo bastante inofensivo. No daba la sensación de que fuera algo a lo que se pudiera negar.

—Escribe una carta con tu solicitud. Mandaré hombres a Cirta —se comprometió el jefe de la caballería—. En unos días tendrás a tu sacerdote aquí.

—Gracias, Bogud. —Selene posó una mirada oscura sobre él—. Es importante para mí. No olvidaré tu ayuda.

—Cumplo con mi obligación, señora.

Cuando Bogud se retiró de sus aposentos, Selene se abrazó a sí misma, tomó aire y por primera vez en años respiró algo parecido a la felicidad. Se asomó a la balconada. Era agradable dictar órdenes en lugar de obedecerlas; era agradable ir llenando aquel inmenso palacio con los recuerdos de su existencia alejandrina, con jaulas de pájaros que cantaban a todas horas, endulzando sus oídos, y respirar el aroma de la tierra mojada que destilaba el nuevo jardín. Había utilizado el centenario sistema de canales que los locales usaban para garantizar el riego y plantar junto a las grandes palmeras, especies como adelfas, olivos, limoneros, acacias e higueras. Había puesto a cuatro de los jardineros venidos de Roma a la tarea de generar un gran huerto que abasteciera la casa, como en casa de Octavio, y a un par de mujeres locales a cargo de un pequeño herbario de plantas medicinales. Por último, había rescatado a un par de muchachas alejandrinas que habían trabajado en las cocinas y las había adiestrado en el arte de la gastronomía de su tierra, la que echaba de menos. Ahora, en la blanca balconada del palacio de Boco, olía como en Alejandría a la hora de cenar…

Estaba sola. O al menos era tan independiente como no lo había sido nunca. Revisaba a caballo las obras del mausoleo, debatía con Bogud los pequeños problemas de la comarca y paseaba a grandes zancadas por los corredores de palacio buscando mejoras. Alcides, encargado de la logística doméstica, tomaba notas rápidas en una tablilla de cera. Al atardecer se encerraba en sus estancias y restringía el paso a todo el mundo. Solo Calíope podía llevarle una suculenta cena que compartía, aparentemente, con Euphorbo y sus esclavas. Había reducido al máximo su vida pública. Cualquier cosa que pudiera esperar se posponía hasta el regreso indefinido del rey Juba. Las observaciones o sugerencias romanas eran atendidas por aquel jefecillo númida que hasta hacía nada había sido su enemigo. Los legados de Augusto se sentían incómodos, pero Selene se complacía en ello. Y Bogud también. A veces la contemplaba admirado de su desenvoltura, de la madurez que desmentía su aspecto, de la ambigüedad de sus aseveraciones, del insultante trato que daba a los romanos disfrazado de servilismo. La audacia con la que manejaba el lenguaje, con la que movía determinados asuntos no podía aprenderse; debía haberla mamado en la corte alejandrina.

—No entiendo cómo Augusto no te mandó matar, señora.

—Tus hombres… cuando cazan animales para el circo —Selene se llevó una uva a la boca mientras hablaban— se llevan a los machos, ¿no es cierto? ¿Qué hacen con sus leonas? ¿Las matan o las dejan para que puedan criar más? ¿Matan a sus cachorros o les dejan que crezcan y que adquieran la talla necesaria para que, cuando llegue su turno, garanticen que el inevitable enfrentamiento será aún más atractivo?

—Lo segundo, señora.

—Pues en Roma, Bogud, pasa lo mismo.

—Lo haremos como ha de hacerse, Helios. Como algo sagrado a ojos de la diosa.

—La diosa ya nos conoce.

—Por eso no la podemos decepcionar.

Helios llevaba días levantado, entrenándose en sus aposentos en silencio, luchando a espada con adversarios invisibles, corriendo sin moverse del sitio para desarrollar sus músculos. Las lesiones habían cicatrizado y eran ya apenas leves pinchazos de advertencia, heridas rosadas de piel nueva y tirante que Euphorbo trataba con el aceite del árbol del argán.

Calíope había igualado su pelo y Rhea le había conseguido en el mercado una túnica y uno de esos turbantes oscuros con los que los locales se embozaban. Por las noches, cuando la guardia hacía la ronda en el otro extremo del palacio, él probaba a descender y ascender desde la balconada de las habitaciones de su hermana. Nadie le había visto. Pero si alguien lo hacía, ella estaba dispuesta a decir que se trataba de un fantasma olvidado de la corte del rey Boco. La alimentación y los entrenamientos le habían imbuido de una fuerza nueva. En ocasiones, salía por las noches y se paseaba, anónimo y clandestino, por las tabernas del puerto. Y ahora que sabía que Juba no estaba en el palacio, tenían que refrenarle para que no se ausentara mucho más.

—¿Y por qué no nos escapamos juntos?

—Porque no soy una esclava. Ni siquiera una rehén de cierta categoría. Juba mandaría a buscarme. Y este es su pueblo. Me encontrarían.

—Aquí nadie quiere a Juba. Incluso yo me entero de eso. Es una más de esas estratagemas romanas para que parezca que es él quien gobierna.

—Me conformaría con eso en Egipto…

—Pues vayámonos. Eres la reina aquí, ¿no? Haznos unas cartas para poder movernos. Conseguiremos un barco. Desde aquí es solo costear hasta llegar a Alejandría. Podríamos fingir que somos comerciantes. Ni la flota romana nos interceptaría. Solo allí revelaremos quiénes somos…

Selene cerró los ojos. Tenía que darle a Juba la razón en cuanto a la proverbial inconsciencia de su hermano.

—No quiero huir, Helios. No ahora, que por fin puedo tratar de manejar mi vida. No es tan fácil burlar ejércitos, cruzar fronteras, asumir otra identidad…

—¿Cómo lo sabes? No has tenido que hacerlo. Yo sí. Desde Hispania. Para ir a buscarte…

Su tono sonaba a reproche. Selene no quiso insistir más.

—Y no te salió bien, Helios. Ahora lo haremos a mi modo.

El sacerdote de Isis juró guardar silencio a cambio de una generosa retribución para el templo y una no menos generosa para su peculio personal. A nivel oficial, aquella mañana inauguró el mausoleo en compañía de un puñado de íntimos, todos pertenecientes al culto isíaco.

—Me recuerda al de Augusto, princesa —se permitió decir el poeta Crinágoras. Y Selene barajó la posibilidad de abofetearle en público.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡El de Augusto es una copia del de mi madre! ¡Y del de Alejandro!

—Allí lo sabemos, princesa. Aquí nadie lo sabe. Todo el mundo lo comparará con el de Augusto, que es mayor y más antiguo. Si querías que al verlo la gente pensara en Egipto, tendrías que haber construido una pirámide.

Aquella noche, sin embargo, la ceremonia fue aún más íntima. Mucho más íntima. Con Rhea, Calíope y Euphorbo, apenas tres testigos.

—Cleopatra Selene —indicó el sacerdote de Isis—, repite conmigo: me entrego a ti, como Sejmet a Ptah, como Nut a Geb, como Isis a Osiris para que tu amor habite en mí, para que tu semilla crezca en mí, para que Hapi fluya a través de esta unión y lleve la prosperidad desde las tierras bajas a las tierras altas de Egipto. Me entrego a ti sin mancha ni tacha, para que Maat, la diosa

de la armonía, extienda sus alas sobre esta unión y con el conocimiento de que Anubis me arrastrará a su mundo si la rompo o la mancillo. Alejandro Helios —pidió a su hermano—, repite conmigo: yo llenaré tu estómago y vestiré tus espaldas. Yo haré que los ungüentos relajen tu cuerpo. Yo alegraré tu corazón porque tú serás un campo fértil para mí…

Rhea había acompañado a presencia del sacerdote al niño al que había ayudado a traer al mundo. Euphorbo había llevado hasta él a la protegida de su buen amigo Musa. No necesitaban nada más. Los contrayentes intercambiaron un puñado de semillas de trigo, que ambos masticaron; una copa de cerveza fermentada de la que ambos bebieron y un frasquito de aceite con el que masajearon las manos que permanecieron unidas hasta el fin de la ceremonia. Selene tenía los ojos anegados en lágrimas de dicha y Helios había recuperado la chispa de diversión que siempre había habitado en los suyos.

—¿Invalida esto tu rito romano? —quiso saber.

—Ningún mortal, romano o no —susurró ella—, puede sellar una unión que depende tan solo de los dioses…

Aquella noche, cuando Amhept, el sacerdote de Isis, hubo dejado el palacio, cuando el médico se retiró a sus habitaciones y las esclavas a sus puertas y cuando Selene se cercioró de que se había redoblado la guardia en las puertas exteriores de sus estancias, Helios abandonó la cama de su convalecencia para deslizarse en el tálamo nupcial de su hermana. Las cortinas mosquiteras matizaron la visión de su cuerpo desnudo fibroso, tatuado, lleno de cicatrices que hablaban de múltiples batallas libradas, de las muertes de las que había regresado… Los dos habían crecido desde la última vez que tuvieron ocasión de observarse o adivinarse desnudos. Los dos sabían ya qué era el deseo y los dos arrastraban una espera infinita y un ansia de abrazos casi desde la cuna. Él se arrodilló sobre el lecho y la alzó para ponerla frente a él y recorrerla con una mirada inundada de incredulidad, como quien está adorando el altar de un dios pagano y extraño. Y acarició con sus ojos su barbilla, la curva de su cuello, sus hombros y sus senos, antes de que sus manos ligeras, como alas de pájaro, fuertes, como las de un marinero le siguieran. Dejó que sus pezones, duros como cristales, se deslizaran en un roce exquisito

por su pecho, tomó sus nalgas como hechas a la medida de sus manos y sintió en la tensión contenida del abrazo que el cuerpo de Selene se abría a su contacto como una fruta madura. Se deslizó dentro de ella como si todo su cuerpo se hubiese acoplado desde siempre, como si fuesen dos piezas desgajadas y se movió despacio, imprimiendo cada vez un ritmo mayor a su cadencia, y ella le tumbó sobre el lecho y con el pelo derramado en los hombros, cabalgó sobre él con un deleite infinito, cerrando los ojos, sintiéndose volar rumbo a un destino exótico y perfecto, como cuando en sus sueños de niña cabalgaba junto a las tropas de Alejandro Magno.

—Ni siquiera tenemos una fiesta… —murmuró.

Él la miró, rendido.

—Tú eres mi fiesta.

Y cuando los dos sucumbieron al éxtasis, quedaron desmadejados, sudorosos, enredados, tapándose la boca mutuamente para rogarse silencio, con la piel erizada en sensaciones y los ojos brillantes y empezaron de nuevo, cambiando tempos, ritmos, posiciones, el roce de los dedos, como cuando aprendían a tocar un instrumento nuevo. Y cuando el placer les alzó de nuevo hasta aquella torre de cristal infinita para dejarles caer, se permitieron un jadeo entrecortado, una copa de vino, un paño húmedo, unas gotas de aceite de azahar que refrescaran sus miembros y su cuello y retomaron la batalla de nuevo con las fuerzas renovadas de la pasión adolescente y de la espera y con el vértigo, la audacia y la desesperación que otorgan las despedidas. Porque ambos sabían que él debía morir, una vez más como en un ritual repetido. Debía morir para que Augusto no pudiera alcanzarle. Debía morir, y esta vez para siempre. Y eso significaba que no les quedaba mucho tiempo.

—Solo un día más… —murmuraba él.

—Cada día que pasa aumentan las posibilidades de que alguien te vea —le recordaba ella—. O de que Juba vuelva… ¿De verdad no piensas en ello?

—Lo único que pienso —le rebatía él— es que cada día que pasa, es un día más a tu lado…

XIII

Euphorbo posó delicadamente sus dedos índice y anular en el cuello de Alejandro Helios y negó con la cabeza. Calíope le alcanzó el pequeño espejito de plata de Selene para que el físico lo pusiese bajo su nariz en busca de la respiración que empañara la superficie pulida. Nada.

Rhea dejó escapar un sollozo ahogado, y apretó la mano del muchacho entre las suyas. Su piel estaba fría. Sus párpados, tan pálidos que parecían transparentes. Calíope estrechó a la mujer contra su cuerpo.

Selene hizo acopio de toda la serenidad de que fue capaz, se envolvió con su estola y la posó sobre su cabeza en señal de duelo. Alcides se acercó al borde de la cama. También él puso dos dedos sobre los labios perfectos de Alejandro Helios. También él notó la piel tan helada que retiró la mano rápidamente, como si la muerte pudiese producirse por contagio.

—Al final no ha superado las heridas… —murmuró con delicadeza.

—No —admitió Selene.

—Era muy difícil, señora. Te acompaño en tu dolorosa pérdida.

—Escríbele al rey, por favor, Alcides, para que conozca la noticia y valore si puede o no estar presente para los funerales.

—Lo haré, señora, pero no sé dónde le alcanzará la misiva.

—No importa. Tiene derecho a saberlo.

—Desde luego.

Selene alzó la vista y se dirigió a uno de los oficiales romanos.

—¿Deseáis informar vosotros mismos a César Augusto o pido que le escriban mis secretarios?

—Señora —sugirió Calíope, sin soltar a Rhea—, la señora Octavia agradecerá que las noticias le lleguen de tu mano. Y tu abuela, la señora Julia.

—Es cierto —suspiró Selene—. Les escribiré yo misma. Independientemente de que vosotros tengáis también la obligación de hacerlo. Calíope, trae mis útiles de escritura, por favor. Tampoco voy a poder dormir más esta noche.

Se oyó el ruido de un galope en la entrada. En el silencio de la noche, hubo un intercambio de voces tras el muro de protección. Apenas unos instantes después, Bogud hizo su aparición a grandes zancadas por la puerta de la estancia y tomó los brazos de Selene con afecto entre los suyos.

—He venido en cuanto me lo han comunicado…

La abrazó. Miró de reojo el cuerpo de Helios e hizo un signo para alejar la muerte. Ya veía con demasiada frecuencia los suficientes muertos como para no desear deleitarse en su contemplación. Aún menos en el caso de alguien tan joven. Incluso sin conocerle, Bogud agradeció que los dioses hubieran hecho su trabajo y Augusto no hubiese solicitado su envío a Roma. Tampoco conocía al *imperator*, pero a diferencia de Julio César, no era especialmente famoso por su clemencia.

—Siento tu pérdida, señora.

—Gracias, Bogud.

—Que Tanit guíe sus pasos adondequiera que vayan los vuestros después de morir…

—Probablemente, al mismo sitio que vosotros…

—Yo también lo creo así, mi reina…

Los dos observaron el cuerpo de Alejandro Helios en silencio. El legado romano se adelantó. Era un hombre curtido, de unos cincuenta años.

—Señora, tuve el privilegio de combatir en la Galia junto a vuestro padre. Tu hermano es la viva imagen del *magister equitum* cuando era joven. Sé que hablo en mi nombre y en el de algunos de mis compañeros cuando te aseguro que para nosotros sería un honor velar su cuerpo.

Selene le observó con cierta suspicacia.

—No estoy segura de que Augusto aprobara que sus tropas le rindiesen tal honor.

—No lo hago como romano, señora. Lo hago como amigo de tu padre.

—Entonces —admitió emocionada—, también será un honor para mí.

El cadáver se veló toda la noche en las estancias abiertas de palacio, bajo el aroma de la mirra y el sándalo que el aire arrastraba hasta el mar. Junto al príncipe egipcio formó la guardia macedonia,

los oficiales de la caballería númida, los flecos de una de las legiones que había combatido junto a Antonio en la Galia y un coro de plañideras venidas desde la cercana Cirta. Selene permaneció a su lado en todo momento, con una de sus manos entre las suyas y los ojos, arrasados de dolor y perdidos tras la balconada que miraba al mar, al norte, a Sicilia y a Roma. Se enviaron las cartas oficiales, pero no se esperó la respuesta para proceder con el lavado ritual del cuerpo, para ungirlo en aceites perfumados, para tratarlo con sales de natrón y para empezar a envolverlo en aquellos blanquísimos lienzos traídos especialmente desde Alejandría.

—Tenía entendido que se extraían los órganos del cuerpo para proceder a la momificación —comentó uno de los oficiales romanos.

—¡Qué barbaridad! —atajó Euphorbo—. ¿Dónde habéis oído eso?

—Mi cuñado estuvo en Alejandría a las órdenes de César… —argumentó.

—¿Y cómo se presentaría el cuerpo ante Anubis incompleto? Eso sería en los antiguos tiempos, antes de los Ptolomeos —advirtió el físico.

—Cierto, cierto…

Al día siguiente, por la tarde, el cortejo acompañó al féretro, aún abierto, sobre una carroza, en una procesión a caballo desde Iol al mausoleo real a unas diecisiete millas. La mayoría de los integrantes de la comitiva veían por primera vez la grandeza del mausoleo, sus columnas erguidas, sus grandes puertas, sus corredores alumbrados con lámparas, sus sillas de taracea y sus estatuas de dioses egipcios como si los vivos fueran a habitar allí. El sacerdote de Isis entonó las oraciones correspondientes e instó a Selene a que llevara a cabo la ceremonia de apertura de boca. Después de eso el alma del difunto partiría para encontrarse frente a la balanza de Anubis.

—Que Anubis sea misericordioso contigo, hermano. Creo que estarás junto a los justos. Los dioses no te dieron siquiera vida suficiente para hacer mal a nadie.

Rhea se echó a llorar, desconsolada, y las mujeres númidas la abrazaron, hermanadas, como a una de las suyas. Todas tenían hijos, hermanos, maridos y nietos muertos. Llorar el dolor de otros era fácil; solo tenían que rememorar los suyos.

Se colocaron sobre él petos de oro, joyas y brazaletes. Selene dejó en el interior del sarcófago sus propios escarabeos, su tiara real y un saquito de cuero con las últimas monedas de plata alejandrinas que llevaban la efigie de sus padres. Las esclavas depositaron cántaras de vino, bandejas de higos e uvas, y hogazas crujientes de pan para que el alma del difunto pudiera comer mientras durara el tránsito a la otra vida… Selene miró a su alrededor y agradeció esa ceremonia improvisada en Numidia, donde Helios era el hermano de una reina, y no en Roma, donde solamente habría sido el hijo de un traidor.

—Fue rey de Media y Partia, aunque nunca ocupara su trono. Adiós, hermano mío, ahora de verdad. Llevo llorando tu muerte desde que Augusto regresó de Hispania. Ahora, al menos, tengo tu cuerpo para despedirme y pedirte que me esperes en el más allá. Reúnete con nuestros padres y nuestros hermanos.

—¿Desea la reina quedarse junto a su hermano esta noche? —preguntó obsequioso uno de los componentes de la guardia.

—Lo deseo, sí. Como mi madre hizo con mi padre. Deseo despedirme en la intimidad…

La guardia comenzó a pedir a los acompañantes que abandonaran la estancia, ricamente amueblada, en la que las voces resonaban aún como una maldición. Bogud observó una pequeña puertecilla lateral cerrada en un extremo de la cámara.

—¿Qué es esa puerta? —preguntó.

Selene tragó saliva, sorprendida.

—Pues… eso…, una puerta de emergencia. Mi madre estaba encerrada en su mausoleo, cuando mi padre se suicidó y pidió que le llevaran su cuerpo. La única manera de acceder era desde un vano abierto en la parte superior. Incluso los hombres de Augusto se molestaron en llevar hasta allí a mi padre mientras mi madre y sus esclavas tiraban desde arriba de él como con una polea.

—¿Por qué no abrió la puerta principal?

—Quizá pensó que era una treta y que Octavio metería a su ejército hasta el fondo. Me horroriza que tenga que pasar algo así de nuevo solo para poder dar un último abrazo en la intimidad de la familia. He ideado ese vano de seguridad.

—Muy ingenioso, pero yo colocaría un contingente de guardia ahí —advirtió, y a Selene casi se le paró el corazón—. Todo el

mundo sabe que las tumbas egipcias contienen tesoros. Pon ahí a tus macedonios para impedir que nadie profane la tumba de tu hermano.

—Lo haré —suspiró aliviada—. Gracias, Bogud.

XIV

El tercer día, cuando Selene se preparaba para asistir de nuevo al mausoleo en sus ropas de luto, el grito de Calíope, al entrar en la pequeña habitación que compartían, la sacó de su ensoñación. Atravesó corriendo la puerta que la separaba de ella solo para ver a la anciana Rhea apoyada en el regazo de Calíope, mientras la joven trataba de meter los dedos en su garganta.

—¿Qué hacéis? —preguntó asustada—. ¿Qué ocurre?

—¡Señora! Hay que llamar al físico —gritó Calíope—. Rhea se la ha tomado. Se ha tomado la pócima, señora.

—¿Qué?

—Quiero estar con mis niños —susurró la anciana con tono de desmayo—. Tú tienes un marido y una vida, pero yo ya soy vieja. Jamás volveré a mi tierra ni a Alejandría. Es tarde para empezar de nuevo y a mí no me queda nada ya por hacer…

—Rhea —se horrorizó Selene, zarandeando a la anciana—, ¿cuánto has tomado?

—Lo suficiente —trató de sonreír—. He visto manejarla a Euphorbo. Aprendo rápido, señora.

Selene la estrechó en sus brazos. Calíope remangó sus vestiduras y salió corriendo de la estancia, en busca del físico.

—Pero, Rhea —sollozó Selene—, no se ha ido. Volverá. Como Osiris. Por la gracia de Isis, él volverá. Se levantará de los muertos…

—Pero yo no, señora. Y si muere su nodriza, sin duda todo resultará más creíble. Adiós. Dame un buen entierro, princesa, que sea acorde con la belleza de una vida a vuestro lado.

Rhea falleció aquella misma tarde, sin que Euphorbo pudiera hacer nada por salvarla. Selene, agotada de tristezas, la veló en silencio, junto al resto de los sirvientes de la casa. Quiso trasladarla al mausoleo, pero Calíope se lo impidió. Rhea era tan discreta… No querría lujos de ese tipo. Además, ella era griega y en Iol había una necrópolis. Pese a llevar más años de los que sabía contar en Alejandría, la anciana no creía en ninguno de esos dioses egipcios con rostros de animales.

En palacio todo el mundo pensó que el corazón de la vieja nodriza no había podido resistir la muerte del último de sus niños. Nadie sabía que la anciana había tomado más del doble de dedalera que él y que por eso ella había muerto mientras, encerrado en su cámara, aunque débiles, el príncipe conservaba sus pulsos. Los lienzos eran fáciles de retirar y la fruta y el vino debían bastar si despertaba antes de tiempo. Por supuesto, nadie había empleado natrón ni se había extraído ningún órgano de su cuerpo. Por fortuna.

Aquella noche, Selene acudió al mausoleo a caballo, llevando una yegua torda tras de sí, con el pretexto de rezar por su hermano. Obsequió con una cántara de vino a los guardias para que la compartieran. Llevaba una dosis de adormidera suficiente para que ninguno de ellos recordara apenas nada al despertar y para que les diera vergüenza haberse emborrachado estando de servicio, aunque el vino se lo hubiera proporcionado su propia reina.

Esa noche, como Osiris, Helios resucitó al tercer día. La pócima de Euphorbo había funcionado y cuando se pasaron sus efectos, el príncipe egipcio despertó sediento y mareado, pero sano. Y como Osiris, se unió de nuevo a Isis con la ferocidad del que sabe que esa es la última oportunidad.

—Vete, huye —le pidió Selene—… A Egipto, a Nubia. Trata de conseguir partidarios de nuestra causa. Acude a la princesa Iotape con discreción; o a alguno de los auténticos aliados de nuestra madre. Y si la ves perdida, si consideras que no nos queda ninguna posibilidad, márchate. Mézclate con los númidas, o vuelve a Hispania, pero no aparezcas. No aparezcas jamás. Prefiero no volver a verte a verte muerto, Helios. No estoy segura de poder soportarlo una vez más.

—Le mataré yo —prometió él—. Augusto no es eterno.

—Roma es eterna, Helios —le contradijo ella—. Y yo no sé si tengo tanto odio ya.

Esa noche, al volver a palacio, en las caballerizas, Selene olvidó casualmente una lámpara de aceite que cayó sobre la paja. Afortunadamente, ella ya no estaba dentro cuando se desató el incendio y los animales o no estaban atados, o supieron soltarse porque todos escaparon ilesos y fueron recuperados. Con excepción de la yegua torda, la favorita de la reina.

Habría huido a las tierras del oeste, de donde provenía, aventuró uno de los hombres de Bogud. Sería inútil buscarla. Era la más rápida. O volvía voluntariamente o jamás conseguirían encontrarla.

Mientras los sirvientes de palacio cargaban baldes de agua para atajar el incendio, el cuervo de la reina caminaba inquieto sobre la balaustrada blanca de su balcón como si escrutara algo en las tinieblas con sus ojos del color de la noche. No hablaba. Y ni siquiera se arrancó a volar en uno de esos vuelos rasantes y temerarios. Su aleteo negro y mudo llenó de temor hasta a los avezados componentes de la guardia. Los que lo conocían desde Roma dirían luego que el animal miraba las sombras, como si adivinara en ellas, errante y maldito, el espíritu del príncipe egipcio.

XV

Selene sintió un pequeño mareo y estuvo a punto de caer sobre la mesa de cartas. Alguien le acercó una silla a tiempo. Calíope corrió a abanicarla y Bogud le alcanzó una copa de vino rebajado. El jefe númida la observó con ojos de preocupación. Estaba acostumbrado a verla trabajar sin descanso, pero en su estado quizá debería parar…

—¿Interrumpimos la reunión?

—Quizá podamos continuar sin la presencia de la reina y luego…

—No podéis continuar sin la presencia de la reina. No os lo autorizo —advirtió ella, retirándose el pelo de la cara. Un sudor frío le bañaba la piel.

—Pero quizá —propuso Bogud— podríamos hacer un breve receso para almorzar algo.

—Perfecto —aprobó ella—. Calíope, pide a Alcides que sirvan un refrigerio y vino desde las cocinas —ordenó en voz baja. Cerró los ojos de nuevo. Solo de pensar en comer algo le entraban ganas de vomitar.

—No creo que las tribus se levanten aprovechando un mínimo momento de debilidad, señora —advirtió Bogud, cómplice—. Debes descansar.

Selene sonrió, agotada. Llevaban días tratando de recabar noticias desde todos los puntos del reino. En las últimas semanas, distintos grupos de insurgentes en distintas ubicaciones habían atacado intereses romanos de forma coordinada. Había heridos, rehenes y un número indeterminado de muertos. Era difícil contactar con el rey en itinerancia para recibir sus órdenes. Bogud era la persona más cercana a las tribus, la que podía prever sus avances; a quien ellos escucharían como a un igual.

—No tenemos tiempo para descansar —advirtió ella—. Roma se enterará de esto y exigirá responsabilidades. —Un sudor frío perló su nuca ante la posibilidad de tener que rendirle cuentas al propio Augusto. Debes mandar cuanto antes emisarios para decirles a los dirigentes que queremos parlamentar.

—Me temo que el rey vería esa medida como una muestra de debilidad…

—¿Y tú? ¿Cómo la ves tú, Bogud? —le interrumpió ella—. Hemos tenido que meter a todos los efectivos romanos en los barcos para poder protegerlos… Creo que es obvio que tenemos que buscar una solución consensuada. Saber qué es lo que quieren…

—Lo que quieren te lo puedo decir yo —le aseguró Bogud en un suspiro—. Quieren que no haya presencia romana en la ciudad. Que su flota no esté amarrada en el puerto. Si Numidia es un reino independiente, no entienden que se recauden impuestos para Roma, ni que nuestro trigo alimente o enriquezca a unos senadores togados a cientos de millas de aquí. Quieren que los tribunales sean locales y los delitos, los tipificados por la confederación de tribus. Que se acabe con la humillante pena de la crucifixión y que se derriben los templos de vuestros dioses…

—De sus dioses —puntualizó Selene.

—De sus dioses… —admitió él.

—¿Destruimos el acueducto también o eso les vale? —preguntó ella con rabia.

—Del acueducto nadie se ha quejado —aseguró Bogud de mala gana—, pero el faro…

—¿Qué pasa con el faro? Alejandría tiene un faro. Eso no es una prerrogativa romana.

—Mi pueblo no entiende que se destinen tanto dinero y hombres a erigir una obra tan inútil.

—Tu pueblo no navega, Bogud. Por eso no lo entiende, pero esa es una de las cosas que vamos a cambiar. Quiero a todo el contingente militar trabajando junto a carpinteros y calafateadores, como apoyo, en el astillero. Tendremos una flota. Y si navegáis como cabalgáis, será invencible.

—Roma no permitió a Cartago tener su propia flota.

—No somos Cartago, Bogud.

—Cierto, pese a la lucha de poder entre Aníbal y los jerarcas, Cartago estaba mucho más unido que Numidia. Y no hay una figura de poder. Los romanos empiezan a marcharse, pero Juba aún no es omnipresente.

—¡Está recorriendo el reino!

—Eso le decimos al pueblo —le susurró, nervioso—, ¿pero quién

se lo cree? Hay quien piensa que su rey es una marioneta de Augusto; que solo viene a hacerle un informe de sus dominios…

Tampoco estaban muy desencaminados, decidió Selene.

—¿Y qué propones?

—Mauretania y Numidia siempre han sido rivales —le explicó Bogud—. Son diferentes reinos. Es un área demasiado extensa. Esta unión es completamente artificial.

—¿Y entonces?

—Propongo llegar a un acuerdo con las tribus para que ellas gobiernen esta zona y trasladar la capital aquí. —Señaló un punto en la carta, cerca del Atlántico.

Selene se inclinó para tratar de ubicarlo en el mapa.

—No hay puerto de mar…

—Lo habría. Lixus. A ciento cincuenta millas. Roma tampoco tiene puerto de mar y mueve todo a través de Ostia. Es más fácil defender una ciudad sin puerto. Lo aprendimos de Cartago —advirtió irónico.

—¿Qué hay allí?

—Una antigua ciudad cartaginesa, Oualili. La población es mucho menos beligerante. Estaríamos más lejos de Roma y mucho más cerca de Hispania y del comercio occidental.

—Pero si nos trasladamos hacia poniente, estaremos más lejos de Egipto… —se lamentó ella.

—Si te hubieras arrimado al desierto de los libios, señora, tendrías claro que el camino más fácil hasta Egipto es por mar.

Selene le miró divertida.

—Por un momento —recordó a Musa, ahora tan lejano— pensé que ibas a decir que el camino a Egipto pasaba por Roma…

Bogud la miró, extrañado.

—No te entiendo, señora. En cualquier caso, señora, creo que en cuanto el rey vuelva, lo que según sus últimas cartas ocurrirá en apenas unos días, la prioridad sería plantearle la necesidad de mudar la capital a la Mauretania occidental…

—Creo —Selene se acarició levemente el vientre que sentía tenso, como la piel de un tambor— que en cuanto el rey llegue, además de las revueltas, quizá tenga que hacerse cargo de otra prioridad…

—Oh, claro —aceptó Bogud torpemente—, por supuesto…, me

refiero a prioridad política. Después de la feliz nueva familiar —sonrió ampliamente—. ¿Se lo has dicho ya?

—No, Bogud —suspiró Selene—. Y espero que tú tampoco hayas mencionado mi embarazo en tu correspondencia. Creo que una noticia de esta magnitud es mejor darla en persona…

—Por supuesto, señora —exclamó el hombre con ojos chispeantes—. ¿A quién no le gustaría una sorpresa así?

Selene apuró la copa de vino hasta el fondo. La posó con contundencia en la mesa de cartas y forzó una sonrisa.

—Eso digo yo, Bogud. ¿A quién no?

XVI

—Podrías decir que fuiste forzada —sugirió Calíope, mientras masajeaba sus hombros, con rostro de preocupación—. Que te asaltaron una de las mañanas que ibas a ver las obras…

—¿Y qué? —se revolvió Selene—. ¿Que Juba ponga la región patas arriba buscando a alguien que no existe? ¿Que se gane aún más el odio del pueblo que le identifica como un romano opresor?

—¿Y qué más da? El pueblo no nos quiere aquí, princesa. Ya lo has visto. Emboscan a la guarnición romana. Tiran piedras al paso de tu litera…

—Sí —reconoció Selene con un gesto de incredulidad—. Imagino que la idea de mi esposo de renombrar a la ciudad como Caesarea en honor a Augusto tampoco ha ayudado mucho. Es irónico. Jamás imaginé que alguien me apedrease por romana… Imagino que el *imperator* sabía perfectamente lo que había cuando nos mandó aquí —advirtió con rencor—. Uno de sus regalos trampa.

—Princesa, preocúpate por ti misma. Por el regalo trampa que vas a ofrecer a tu esposo. Debiste haberte librado de él cuando estabas a tiempo…

—Nunca… ¿Me oyes? Nunca, Calíope. Este niño es hijo de los dioses. Es el único heredero de nuestra dinastía…

—¿Sigues pensando en restaurarla?

—¿Tú no? ¿Por qué crees que mi madre no nos mató junto a ella? Para permitir que la dinastía perdurara. Egipto lleva seis años en manos romanas. ¿Qué es eso al lado de los casi trescientos años que llevan allí los Ptolomeos? El príncipe me prometió que alcanzaría el país de Kush. Que pediría su apoyo a los reinos del sur. Ellos tampoco quieren a los romanos. Yo intentaré la vía diplomática con Augusto. Él intentará la vía de las armas —suspiró —. Siempre le gustó más actuar que hablar…

—Olvidas que el príncipe está oficialmente muerto. Y que sin ejército que lo apoye podría ser cualquier usurpador…

Selene se mordió el labio inferior, preocupada. No quería pensarlo con detalle porque era poco lo que podía hacer. Helios se

había llevado las joyas con que le enterraron consigo, pero hacía falta mucho más para mantener a un ejército capaz de enfrentarse al destacamento romano en Egipto. Ella podría aportar más dinero si encontraba una manera de hacérselo llegar. Y quizá Julia, su abuela… ¿Podría ayudarles ella? ¿Sería seguro enviarle un nuevo mensaje para contarle la verdad?

—Si no consigue el apoyo del reino de Kush —admitió, obligándose a creerlo—, es mejor que no regrese nunca. Y yo debería encontrar una manera segura de enviar mis mensajes en busca de apoyo a Roma, Calíope. No puedo fiarme del correo ordinario que seguramente Augusto mande registrar…

—Envía a gente de tu confianza, princesa. El médico Euphorbo puede necesitar debatir algún tema con Musa. El poeta Crinágoras podría ser invitado a una representación. Ya no somos prisioneros. Podemos viajar —admitió con entusiasmo—. Querías un tablero de juego, princesa, y ya lo tienes. Como en el *senet*. Ahora se trata de mover tus peones.

Selene sopesó su sugerencia.

—Lo que me aterra, Calíope, es que en el *senet* el lugar al que mover tus peones lo marca únicamente el azar.

—Bien… —Calíope posó una mano cálida en el abultado vientre de Selene—. ¿Y cómo afrontaréis esta jugada del azar ante vuestro marido, señora?

—Mi tirada ya está echada —suspiró—. La pregunta es ¿cómo la afrontará él?

—Mi reina…

—Bogud…

El comandante de caballería se inclinó levemente ante Selene y formó a su lado, al frente de sus hombres. En el otro lado de la sala, estaban los representantes de la delegación romana, comandados por Tito Publio Labieno y Pulcherio Flaco. La pequeña corte en pleno se preparaba para recibir al rey Juba a la llegada de su expedición en el salón ceremonial del palacio.

Selene se retocó el pelo nerviosamente. Se había vestido con los ropajes oscuros adornados con espejuelos de plata que lucían las nobles númidas y había trenzado su larga melena, como hacían las mujeres casadas. Desde su llegada había hecho lo posible por

adecuar su aspecto a los usos locales. El espejo de Calíope le había devuelto la imagen de una Selene distinta, adulta, cambiada. El embarazo había redondeado su rostro y acentuado sus curvas; el aceite de argán y el sol habían tamizado como de polvo de oro su piel, y sus ojos, con aquella afilada luz costera, parecían más claros de lo que habían sido nunca, punteados por las líneas de los tatuajes tribales que las mujeres se hacían con alheña. Juba iba a encontrar una mujer distinta a la que había dejado, se dijo. Muy, muy distinta, pensó. Sonrió levemente al comandante y anudó, inconscientemente, sus manos sobre su regazo.

—¿Estás nerviosa?

Selene se encogió de hombros.

—Llevo más tiempo sin él que con él —reconoció.

—Pero vas a darle el regalo más preciado que espera un hombre…

Bogud no pasó por alto la sonrisa asustada de la reina.

—Hasta que un niño llega al mundo —sonrió ella con nerviosismo— cualquier cosa puede pasar…

—Cierto, no debemos provocar la ira de los dioses dando nada por supuesto. Ellos tienen la última palabra… Pero —observó, rebuscando algo en el cuello, debajo de sus ropas— quizá esto pueda ayudar…

Le tendió su colgante a Selene. Un amuleto de plata con turmalinas incrustadas. Representaba una bella y diminuta figura triangular.

—La diosa Tanit —le explicó él—. Y las tres direcciones del mundo adonde los vientos podrían llevarle.

—¿Y la cuarta?

—En la cuarta estará… —sonrió.

—Es tu amuleto protector, Bogud —constató Selene, conmovida —. No puedo aceptarlo…

—¿Por qué no? Su padre y yo somos amigos desde niños. Quiero que se sienta bienvenido a su auténtica tierra.

—¿Y tú? Ya no te protegerá…

—Pónselo cuando nazca —le pidió el hombre con un guiño—. A él le hará más falta que a mí.

No lo dudes, pensó Selene. Lo empuñó en su mano y creyó sentir una corriente de esperanza. Con él aún aferrado, rozó agradecida el

hombro de su comandante, pero ni siquiera pudo abrir la boca ante el estrépito de los tambores y el grito del *nomenclátor*.

—¡El rey Juba de Mauretania y Numidia!

Juba también era otro. Al verle entrar, Selene sintió un pinchazo de nostalgia y excitación porque aún tenía la imagen grabada de los días en que su padre volvía a casa tras un largo viaje. Como él, Juba entró a grandes zancadas, atractivo y sonriente, con los miembros bronceados, con el pelo y la barba más largos, al estilo númida, y con los ojos inundados del sol inclemente de los pueblos del interior. Sus dientes blanquísimos ponían una sonrisa casi involuntaria en sus labios y sus ropajes eran una exótica mezcla de túnicas romanas, capa de pieles númida y broches plateados. Al pasar, dejaba un rastro a caballo y a arena caliente, y Selene cerró los ojos transportada en el tiempo; aquellos eran los aromas de su infancia.

—¡Bogud, buen amigo! —saludó a su comandante—. Un alivio ver que nadie ha quemado el palacio en mi ausencia.

—También lo es para mí ver que vuelves con todos los miembros íntegros… Los visibles al menos…

Rieron y se echaron el uno en brazos del otro. Selene observó en segundo plano a su esposo, tan irresistiblemente atractivo, tan carismático que incluso su lugarteniente parecía reacio a abandonar aquel abrazo apretado. Juba atrajo hasta ellos a Aderbal, para que recibiera también los honores de la bienvenida, aferró cariñosamente la nuca de Alcides, estrechando su frente contra la de él, y luego dirigió una mirada casi interrogante hacia ella.

—¿Selene?

—Juba…

La miró de arriba abajo, sonriente, evaluándola. Quizá notaba algo distinto en ella, pero las vestiduras holgadas tampoco evidenciaban del todo la realidad. Tomó su mano con delicadeza y beso su anillo, como un vasallo haría ante un rey.

—Lamento la muerte de tu hermano, esposa. Estaba muy lejos cuando todo ocurrió y no hubiera llegado a las exequias. Sé que le diste sepultura en tu mausoleo.

—Así es, esposo.

—Me alegro de que haya sido aquí en lugar de en Roma. Y me alegra pensar que ahora estará en un mundo mejor…

—Eso espero… —aceptó ella con gesto ambiguo.

—Por Isis —murmuró sin dejar de mirarla—, estás más bella que cuando me fui, si cabe…

Ella sonrió y bajó el rostro, levemente avergonzada. Desconocía los usos de los númidas, pero en Roma, ese tipo de comentarios entre esposos se guardaban para la intimidad. Y le pareció ver de nuevo a su padre, y en los momentos en que se quedaba mirando a su madre como si no pudiese creer en su suerte, independientemente de dónde y con quién estuviese. ¡Oh, cómo había incomodado esa actitud libertina y oriental a los representantes romanos…! ¡Y cómo se alegraba ella de que hubieran disfrutado de cada uno de los segundos que la vida les había permitido compartir!

Algunos de los hombres esbozaron una sonrisa cómplice. Bogud se sintió obligado a reconducir la conversación.

—Espero que nos convoques a una reunión en cuanto te hayas… instalado, señor —sugirió con un guiño—. La situación, como sin duda sabes, se complica por momentos y debemos tomar algunas decisiones, pero podemos aventurar que tu estado mayor sobrevivirá mientras te tomas un baño, te cambias y departes las recientes novedades con tu esposa. Novedades que en tu pueblo celebramos, como siempre celebramos la vida. Pero máxime cuando es una garantía de sucesión para el reino.

Selene sonrió. Unos leves hoyuelos se formaban ahora en su rostro más lleno. Atrapado en las nuevas curvas de su sonrisa, a Juba le tomó un momento ser consciente de las de su cuerpo. Solo entonces su mirada rendida viró hacia la incredulidad y sus ojos interrogaron los de Selene. Sus hombres se tomaron el gesto como la evidente conmoción del hombre que llega de la lucha para ver cómo la vida se está abriendo camino en su hogar. Solo él mismo y Selene sabían que él no podía ser el padre de aquella criatura. Y como muy bien había previsto ella, mientras estuvieran en público, el rey de Mauretania y de Numidia no podía rebajarse a una reacción visceral. Lo contrario —y ambos lo sabían— sería una crisis doméstica y sucesoria inasumible. Máxime cuando ya había una crisis regional golpeando en sus puertas.

Por eso Juba se limitó a sonreír ampliamente, le tendió su capa a Alcides y tomó cariñosamente la mano de su esposa. Los vería a

todos en la cena, indicó. Hasta entonces, él y su esposa descansarían en sus estancias privadas. Tenían mucho de qué hablar.

—¿Qué es esto? —inquirió él violentamente en cuanto cruzaron la puerta de su estancia.

—Dijiste que querías un heredero… —advirtió ella, dispuesta a no dejarse apabullar.

—¿De quién es?

—¿Qué importa? Un hijo de la reina de Numidia será un heredero númida. ¿No es eso lo que buscabas?

—No juegues conmigo… —le advirtió con tono cortante—. ¿De quién es, Selene?

—«Contigo o sin ti» —le recordó ella, herida—. Eso me dijiste… Cuando yo solo necesitaba tiempo para poder despedirme en paz… «Contigo o sin ti…».

El puñetazo sobre la pequeña mesa de bronce labrada hizo saltar las copas y derramó su contenido. Juba se había ocupado de cerrar la puerta e impedir la entrada a los esclavos, por lo que nadie se acercó a recogerlo y el vino tinto derramado se extendió sobre la alfombra como una mancha de sangre.

—¿De quién es, Selene? —repitió.

Su voz era grave y sus ojos tenían un brillo peligroso. Selene se percató de que aún no se había despojado de sus armas. Pensó en acercarse y quitárselas ella misma, en un abrazo, como habría hecho una complaciente esposa romana, pero ella no era una complaciente esposa romana. Y tampoco le parecía buena idea aproximarse demasiado.

—Las crónicas de los hebreos hablan de una mujer joven, una virgen, que concebirá al rey de reyes, a un enviado de los dioses llamado a mostrar el camino y a salvar a los oprimidos…

Juba soltó una risa amarga, incrédula. Tomó una almendra de la bandeja junto al vino.

—¿Es lo que te ha dicho Musa que digas?

—Es una explicación. —Se encogió de hombros—. Tan válida como cualquier otra.

—¿De cuánto estás?

—Según Euphorbo, de seis o siete meses…

—Dime quién es Selene. Miénteme —suplicó—. Miénteme y dime que ha sido a la fuerza. Un caballerizo, un esclavo, uno de

esos bandidos que asaltan a las fuerzas romanas… Criaré a esa criatura en mi casa si nace. No lo pagaré con él, te lo prometo. Pero señala al padre y deja que le arranque la cabeza con mis propias manos.

—No puedes, Juba —le advirtió valientemente—. No es un caballerizo ni un jardinero ni un bandido, ni un esclavo del que puedas prescindir… Olvídalo. No importa —le advirtió—. No importa, porque ni yo hubiera podido negarme, ni tú, por mucho que lo desees, puedes matarlo…

—¡Por la misericordia de Isis! —clamó, y abrió los ojos desmesuradamente. La miró con expresión asustada—. ¡Es de él!

—¿Qué…? —balbuceó Selene, creyéndose descubierta.

—¿Cuánto he estado fuera? ¿Cuándo embarcamos en Ostia? —Juba hizo cálculos precipitadamente, contando hacia atrás como un escolar asustado—. Claro. Es eso. Es eso…

Selene permaneció muy quieta. No quería hacer ni el menor movimiento. Había imaginado ese escenario en varias ocasiones y en todas ellas había barajado la rabia, la ira o los celos. La tristeza era una emoción que no había contemplado nunca…

—No creí que se atreviera… No… no después de haber pactado nuestro matrimonio… Pero… ¿Fue la noche de la boda? —Tomó sus manos con ternura—. Debiste haber venido a mi casa… ¿Fue entonces? Con todo aquel despliegue de muerte… —Se pasó una mano con preocupación por el pelo—. Le he visto en los prostíbulos, Selene. Aunque él no pelee, aunque él no se acerque a la lucha… Le excita el poder…, le puede la sangre…

—Juba…

—¡Cómo te miraba en el puerto, Selene…! Ahora lo entiendo todo. Como si fueras suya; como si el rey que acababa de nombrar y estaba a su lado ni siquiera existiera… ¡Te besó delante de mí, y yo agaché la cabeza como un perro cobarde! No hice nada —se lamentó—. Miré para otro lado…

—Juba, escúchame, por favor…

—No… Déjalo… ¿Qué podías hacer tú? Tendría que haber sido yo. Tendría que haberle desafiado… ¿Es lealtad lo que siento por él? —le preguntó—. ¿Es lealtad o es miedo lo que siente un perro ante su amo?

—Juba…

Selene notó una piedra afilada moverse en su garganta ante el sincero dolor del rey. No era eso lo que había esperado. Rencor. Ira. El repudio en el peor de los escenarios. El fingir que no pasaba nada en el mejor de ellos… Pero dolor… No sabía que a él le afectaría tanto… Ni que a ella le afectaría tanto que a él le afectase tanto.

—No es él… —musitó—. No es Augusto…

Juba posó los pulgares temblorosos en sus labios para impedirle que entonara aquel nombre, porque su propio palacio podía tener oídos inesperados. Apoyó las manos en su cuello y notó la calidez de la nuca bajo el pelo espeso y perfumado.

—Shhh. No digas nada…

—No es él, Juba. Yo…

—No importa, Selene. Sé que no puedes admitirlo. ¡Cómo me ha engañado! Sabía perfectamente que no dirías nada y que, al casarnos, podría pasar por mío… Tendría que haberte protegido… —Movió la cabeza con pesar—. Livia lo veía. Mecenas lo veía. Todo el mundo lo veía… Excepto yo. Yo jamás pensé que se atreviera a tanto…

Selene notó las lágrimas deslizándose por sus mejillas. Tenía sentimientos enfrentados de alivio y culpa. Juba se las limpió. Los labios le sabían a su propio llanto.

—Pero será mío —advirtió él con ferocidad—. El niño será mío y no una de las piezas con que monta sus partidas. No lo sabrá. Prométeme que no lo sabrá nunca. Aunque se me caiga la cara de vergüenza cuando volvamos a vernos… Aunque te lo pregunte…

Selene no pudo ni asentir. Juba acercó aquel rostro que tenía entre sus manos a sus propios labios y besó los de Selene con una dulzura infinita, con tanto deleite que ella tuvo que cerrar los ojos y amagar un gemido ahogado. Los labios de él le supieron a lágrimas y su mano en la nuca despertó un escalofrío que recorrió todo su cuerpo de arriba abajo. Luego la soltó, casi como si la dejara caer, abrió la puerta ferozmente, ante el estupor de la guardia, y abandonó la estancia, sin despedirse. Quizá para que nadie viera que estaba llorando.

Salió tan apresuradamente que ni siquiera se percató de que Calíope estaba tras la puerta, ante sus propios ojos, con una jarra de agua entre las manos. La esclava sirvió a Selene un vaso y ella se lo tomó de un solo trago. Pese a que estaba filtrada con un paño, el

sabor a arena le arañó la garganta. Calíope la miró interrogante. Por sus ojos Selene supo que lo había oído todo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—Callarme, ¿qué quieres que haga? Quería una solución y ya la tengo.

—Pero no es verdad…

—¿Y qué? No va a presentarse en Roma y preguntarle a Augusto.

—Esto no puede salir bien, princesa…

—¿Y qué está saliendo bien, Calíope?

—Lo más misericordioso sería que ese niño naciera muerto… —le advirtió—. Para que él no tenga que verle cada día de su vida. Los hombres engañan, pero ellos no perdonan el engaño…

—¿Ahora estás de su parte? —advirtió Selene, rabiosa—. Hice lo que tenía que hacer. No me arrepiento. Helios es el hombre que me estaba asignado. Juba es con quien me obligaron a casarme.

—Toda tu vida —advirtió Calíope con lástima—… toda tu vida gira en torno al pasado, a lo que tienes que hacer, al peso de tu dinastía, a la sed de venganza, a lo que un elenco de muertos espera de ti… Confundes el amor con el deber. Eres prisionera de tu propia estirpe. No eres mucho más libre que yo, princesa.

Selene abofeteó su mejilla con rabia.

—¿Y qué más hay? —gritó encendida—. ¿Qué más hay? ¡Dímelo! ¿Vas a darme lecciones tú? ¿De dinastías, de deber, de apellidos? ¿Una esclava sin familia ni nombre? ¿A la hija de Cleopatra?

Calíope movió la cabeza negativamente. Sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—Estás pagando en él tu odio a Augusto, princesa. Y no se lo merece. Y ese odio, ese balde infinito de odio acabará por emponzoñarte el alma. Y cuando quieras amar quizá no recuerdes lo que era… Si es que alguna vez llegaste a averiguarlo…

XVII

—Señor —advirtió Calíope con cautela—, os presentó al hijo de Cleopatra Selene, la reina de Numidia. Es un varón.

Se arrodilló para dejar al bebé en el suelo envuelto en un lienzo inmaculadamente blanco. La criatura gimió, cerró los ojos fuertemente y apretó los labios en un puchero al verse desprovisto de aquel cálido abrazo. Calíope recordó un atardecer, más de trece años atrás, cuando ella misma había depositado a la pequeña Cleopatra Selene a los pies del triunviro Marco Antonio. ¡Qué audacia la de la reina al planearlo! ¡Qué valentía la del romano al aceptarlo! ¡Qué desafortunadamente mal había salido todo!

Juba, rodeado de sus hombres de confianza, contempló a sus pies a aquel infante indefenso. En Roma, el padre podía elegir reconocer o no al hijo que le mostraban, no solo porque tuviese dudas sobre su paternidad, sino porque pareciese débil o malformado. Aunque estaban en Numidia, Juba solía regirse por las leyes romanas. Por eso, en aquel corro de hombres, nadie osó rechistar, emitir la más mínima felicitación, ni siquiera dirigir una mirada a la criatura hasta que el rey Juba hubiese hecho pública su aceptación. O no.

Desde su vuelta, hacía unos dos meses, y el descubrimiento de su embarazo, la relación con Selene, que en Roma había sido fácil y fluida, era complicada e incierta. Se respetaban, compartían decisiones y hacían apariciones conjuntas en público, pero no había espacio para la intimidad. Juba no podía perdonarle ese embarazo, aunque no hubiera sido estrictamente culpa suya, como intuía que ella no le perdonaba la muerte de Helios, aunque no hubiera sido estrictamente culpa de él. Había esperado que la muerte del muchacho y la asunción de su nueva realidad le hubieran devuelto a la Selene que había conocido, pero la llegada de esa criatura proporcionaba un escenario nuevo e incómodo que no podía compartir con nadie. La idea de familia y de gobierno que tenía en la mente cuando Augusto le devolvió su reino no tenía nada que ver con la situación que vivía. Intuía que Selene tampoco.

Y ahora aquella criatura, un niño ajeno, lloraba a sus pies, como

un enemigo caído que rogase clemencia.

—Señora, ¿adónde vais? ¡Volved aquí!

La voz de una de las matronas númidas se escuchó en un precario latín desde la estancia donde Selene acababa de dar a luz. La puerta se entreabrió y apoyándose en el dintel con dificultad, apareció el rostro cansado de la reina, con el pelo suelto derramado en los hombros y los pies descalzos. Tenía el rostro pálido, los labios casi blancos y la túnica de dormir empapada de sangre. Sobre el marco de madera de la puerta quedó el rastro de sus dedos ensangrentados.

—Es mi hijo —balbuceó con esfuerzo—. Es un varón aparentemente completo y sano. Yo lo presento ante ti, Juba, rey de Numidia y Mauretania, para que tú decidas si es digno de vivir y de perpetuar la casa de tu padre y la de mi madre, la dinastía lágida. Si no es digno de tu consideración, yo acepto tu autoridad para proceder a la *expositio* en las puertas de este palacio —su voz se alzó temblorosa—, para que perezca por frío y hambre, si los dioses así lo desean, o para que alguien lo recoja para hacer de él un esclavo…

Bogud se inclinó en voz baja ante el oído de Aderbal.

—Y luego somos nosotros los bárbaros…

—Señora —insistió la matrona—, no deberías levantarte. Has perdido mucha sangre.

El llanto del niño se hizo más débil en medio del silencio sepulcral que siguió a las palabras de Selene, cuyo aspecto sudoroso y desmadejado resultaba inquietante a los ojos de aquellos hombres curtidos en batallas a los que, sin embargo, la sangre femenina les suscitaba un secreto reparo. Todos callaban. Los oficiales romanos, conscientes de la importancia del momento; los macedonios y los númidas, contagiados de la grandeza del instante.

Juba se adelantó. No se arrodilló. Contempló desde su altura aquella criatura aún muy lejos de ser un niño al que formar en armas, montar a caballo o tomar de la mano, un ser ajeno, profundamente ajeno, hasta un punto que nadie más sabía. Un hombre que podría llegar a ocupar un trono, pero que jamás sería de su misma sangre. Buscó en él rasgos que nadie más buscaría, el pelo rubio, los ojos claros… No pudo encontrarlos, pero, aun así, ¿cómo, por todos los dioses, podría pensar ni siquiera en amar a un

hijo engendrado desde el ejercicio del poder y el engaño?

Y si no podía comprometerse a amarlo; si cada uno de sus días iba a recordarle la traición, ¿no sería mejor abandonarlo?

Que los dioses sellaran su destino… Sin duda serían más sabios que un triste mortal.

Entonces observó a Selene, la respiración lenta, los ojos entornados, la piel helada y sudorosa, el pelo pegado al cuello… Tendía una mano para impedir a Calíope que se acercara a ella y conservar su dignidad, aunque, a la vista de todos, se estuviera desangrando. Y se encontró preguntándose por qué la naturaleza permitía que las mujeres pusieran su vida en riesgo en cada parto como ellos la ponían en cada batalla. Y se preguntó quién era él, padre o no, para decidir sobre la voluntad de los dioses de traer un niño al mundo y el esfuerzo de una madre por lograrlo.

Y se preguntó quién era él, más que un marido impuesto por Augusto, para robarle un sueño más a Selene.

Se arrodilló con reverencia y alzó al bebé en brazos, tendiéndolo hasta el cielo. Calíope apoyó agradecida su frente en el suelo con las manos unidas sobre su cabeza y Selene rompió en un llanto nervioso y entrecortado. Su mano fue resbalando lentamente por el dintel de la puerta y las piernas le fallaron. Con Calíope y Juba con la mirada puesta en otro lado, solo Bogud se dio cuenta y alcanzó a sostenerla en el último instante, antes de que su cuerpo cayera al suelo, desmayado.

—Una gran esposa, la tuya, hermano —aplaudió Bogud—, y pese a ello, como todos los hombres, pareces insatisfecho…

Estaban celebrando el nacimiento de su primogénito. Juba rechazó, negando con la cabeza, los servicios de una de las prostitutas que se ofrecían ante él y sus acompañantes, pero recorrió las curvas de su cuerpo apreciativamente. Bogud siguió divertido su mirada, apuró la copa de vino y la tendió al infinito de nuevo. Un copero de ojos almendrados corrió a rellenársela.

—¿Insatisfecho? —consideró Juba, contemplando el hipnotizante color del vino en su copa—. ¿Qué te hace pensar eso?

—El hecho de que no puedas esperar para yacer con una mujer, amigo mío… Si no, no estaríamos celebrando el nacimiento de tu primogénito en un burdel…

—Quizá esto sea un obsequio para sus amigos —advirtió, cauto,

Pulcro, el legado romano—, y no entre dentro de nuestras competencias juzgar las decisiones del rey…

—La insatisfacción es un rasgo de inteligencia, Bogud —advirtió Juba lentamente—. Te permite estar pendiente siempre para abrazar la mejor opción…

—Sí, la insatisfacción, de uno u otro modo, siempre te lleva a abrazar algo —rio Flaco.

—No estás casado, Bogud —le recordó Aderbal con cierta acritud—, ¿qué sabrás tú de esposas?

—Muy cierto. —Bogud alzó su copa—. Ni la tengo ni la deseo, pero ello no es óbice para saber apreciar sus cualidades…

—Por supuesto —recalcó Juba fingiendo una sonrisa que le escocía—, ¿y qué cualidades son las que aprecias de manera tan evidente en mi esposa, Bogud?

Aquella pregunta parecía musitada en el tono de una trampa. Los hombres se miraron entre ellos con cautela. Bogud arqueó las cejas. ¿Qué era lo que molestaba al rey? Porque estaba claro que rumiaba un rencor oculto. ¿Su apreciación le había ofendido? Consideró la posibilidad de cambiar de tema, pero no tenía nada que ocultar. Hacerlo quizá resultara sospechoso.

—Bueno, es una mujer inteligente y generosa…

—Y bella —apuntó Juba, con intención.

—Y bella —corroboró él—. Es capaz de bromear y beber con un hombre, sin perder un ápice de su elegancia. Habla de política y estrategia como el mejor de los oficiales. Y tiene criterio propio —apuntó—. Esa muchacha daba órdenes a la edad en que tú y yo aún nos cagábamos encima.

Todos rieron. Todos menos Juba.

—Parece —admitió con acento helado— que conoces a mi esposa mucho más que yo mismo…

—Tiempo ha tenido. —Aderbal tomó un largo sorbo de su copa—. Creo que durante tu viaje no salió de palacio…

Bogud deslizó una mirada escrutadora sobre su lugarteniente. Desde que el rey había vuelto de su expedición, su segundo, que se había convertido en su sombra, le miraba con cierta insolencia, orgulloso del papel del que se había imbuido. Bogud sospechaba que buscaba sustituirle en el afecto y la confianza de Juba. Es cierto que habían ingerido mucho más vino del que sería recomendable

para conducirse con prudencia, pero esa intervención le pareció completamente fuera de lugar.

—Me quedé en palacio por orden de Juba. Él mismo me obsequió con su confianza para que ejerciera el gobierno del país de su ausencia… —les recordó. A los dos—. ¿Qué pretendes insinuar, Aderbal? No he sido yo el que ha cabalgado con el rey durante meses con la oportunidad de susurrarle al oído cada noche…

—No, es cierto —reconoció Aderbal—; quizá tú lo hayas hecho con la reina…

Se hizo el silencio. Juba cerró su puño sobre la mesa. Las bailarinas que revoloteaban alrededor de ellos, acostumbradas a presentir las pendencias de taberna, salieron del reservado con disimulo, ondeando a su paso las cortinas de lino. Flaco cerró con firmeza su mano en torno al puño del rey.

—Es tentador para un oficial romano presenciar una trifulca entre jefes númidas —bromeó—, pero no dejemos que una conversación de amigos se nos vaya de las manos. Hemos venido aquí a beber, a disfrutar de la compañía y a hacer comentarios incorrectos… ¿Qué otra cosa puede hacerse en un burdel?

—Cierto —corroboró su compañero—. ¿Y qué hay de malo en que el rey busque solaz aquí? Yo tengo esposa y sé perfectamente que, tras el alumbramiento, las hembras se vuelven de natural arisco… Cualquier hombre tiene derecho a un desahogo, sin que eso suponga un descrédito para su esposa…

—Vaya con mis queridos amigos romanos. —Bogud alzó la copa divertido—. Si hubierais tenido el mismo talante conciliador cuando nos combatíamos, las cosas se habrían arreglado mucho antes…

—Los númidas somos así —advirtió Aderbal con una amplia sonrisa—. Broncos, pendencieros y directos… Tendemos a la trifulca por pura diversión; por el simple placer de empuñar las armas. Amigo Bogud, quizá debamos ser más templados frente a los… romanos. —Era evidente que su insinuación velada también incluía al rey—. Nosotros tenemos costumbres más salvajes… A veces no es fácil diferenciar un ataque en broma de uno real…

—No. —Bogud le devolvió la más falsa de sus sonrisas—. A veces ni yo mismo puedo diferenciarlos…

Las risas, la música y el entrechocar de copas conseguían aturdir a Juba, menos acostumbrado a la ingesta de alcohol que sus

compañeros. Se sentía incómodo. En aquel ambiente. Junto a ellos. Le parecía que había insinuaciones veladas que se le escapaban o que no podía atajar. Había estado ausente de la corte durante el embarazo de su esposa. Demasiado tiempo. ¿Qué tipo de comentarios habrían circulado por los corredores, cuando ya desde el principio era evidente que los sirvientes murmuraban? ¿Habría acallado ese niño los rumores o todo el mundo sabía que la reina se la pegaba al rey? Cerró los ojos. La música era cada vez más estridente y el vino le embotaba los sentidos. No tenía ningún motivo para reírse ni para celebrar nada. Se sentía en desventaja frente a esos compañeros de prostíbulo; la mayoría de los cuales, curiosamente, como Bogud, habían compartido más jornadas en los últimos meses con su esposa que con él mismo…

—A quien tendríamos que casar es a Bogud… —propuso maliciosamente Flaco—. Para que se deje de placeres prohibidos y se dedique a traer hijos al mundo…

—A mí dejadme en paz. No soy romano. A mi rey todavía no le ha dado por tocar los cojones con la moral y las buenas costumbres, como parece que quiere hacer Augusto. ¿No es cierto, Juba…?

—Podría hacerlo —advirtió Juba, no del todo en broma—. Y podría hacerlo yo también. Un impuesto por no tener hijos, otro por permanecer soltero… Al final, son ganancias anuales que se embolsaría el Estado.

—Que clausure las termas de hombres y encierre a los prostitutos griegos —propuso Aderbal—. Así se casaría hasta el último romano, aunque solo fuera para seguir jodiendo…

La broma les hizo a todos saltar en carcajadas. Incluso a los romanos.

—Excepto que quieran joder mientras hacen política —apuntó Bogud—. Para eso está el Senado.

—El placer y la política no tienen por qué estar reñidos —apuntó Flaco, divertido—. En Roma decíamos que cada vez que el Senado quería joder a Egipto, mandaba a un general a follarse a Cleopatra…

Se hizo el silencio en el coro de risas. Juba atravesó con una mirada helada a cada uno de sus acompañantes, como pidiendo una explicación. Los hombres se revolvieron azorados. Solo entonces Flaco fue consciente del entorno en que había hecho la broma.

—Lo… Lo siento, señor —se disculpó el legado—. Es la costumbre entre los soldados… Las bromas sobre Cleopatra…

—La reina Cleopatra, querrás decir —replicó Juba con acento acerado—. La difunta madre de mi esposa.

—Sí, señor. No lo he pensado… Yo…

—Eso es lo que me preocupa, Flaco. Que no lo hayas pensado —asintió Juba con gesto grave—. No se habla de nadie en esos términos. Ni siquiera de un enemigo. Y mucho menos de una mujer…

—El vino…, el entorno… Discúlpame, señor.

—No soy tu padre. No tengo que disculparte, pero me decepciona profundamente un comportamiento tan irreverente en el representante diplomático de quien depende la convivencia entre nuestros dos pueblos… —Hizo una pausa—. Por no hablar del hecho de que mi esposa también habla de política. Y es mujer. Y es egipcia. Y es hija de Cleopatra.

—Vamos, Juba. —Bogud posó la mano en el hombro de Juba, conciliador—. No te enfades con Flaco. Le ha traicionado el vino. Sabes que hasta tu esposa se reiría con este comentario… —Juba se deshizo de su tacto como de una sierpe. Bogud se revolvió, ofendido—. Eh, eh, cuidado, hermano —reclamó con las palmas en alto.

—¿Lo haría, Bogud? —Se volvió hacia él—. Parece que sabes perfectamente el modo en que reacciona mi mujer en cualquier situación…

—Por los cuernos de Baal, Juba. ¿Qué te pasa? ¿A qué viene eso?

—Dímelo tú —le pidió Juba, encendiéndose a medida que hablaba—. Dímelo tú, que has pasado mucho más tiempo con ella que yo mismo. Dímelo tú que has estado edificando un mausoleo con ella, y organizando un funeral con ella, y entrevistando a las tribus con ella y decidiendo el puto traspaso de la capital al Atlántico Mare con ella…

—¿Qué estás insinuando? —exclamó Bogud airado—. ¡Solo seguí tus órdenes!

—¿Mis órdenes? Yo no te pedí que la pusieras de segunda en el Gobierno.

—Joder, es la reina, Juba…

—No soy Juba… —recalcó él, hiriente—. Ni tu hermano. Ni tu

amigo. Soy tu rey.

Por todos los dioses, ¿qué le pasaba? ¿Qué hacía su amigo de la infancia hablando como si fuera el mismísimo Augusto?

—Es… Es la reina…, señor —respondió Bogud, desconcertado—. Me dijiste que le diera todo lo que necesitase…

Juba miró en derredor. ¿Estaban riéndose Aderbal y los legados romanos? La cabeza le daba vueltas. Le costaba enfocar.

—¿Y lo hiciste, Bogud? —le preguntó con ojos afilados—. ¿Le diste todo lo que necesitaba?

—Por toda la mierda de los bueyes sagrados. —Bogud se puso en pie, indignado—. ¿Qué estás insinuando?

—Creí que había puesto al frente de mi caballería a alguien más listo, Bogud. —Juba se puso en pie frente a él—… Te estoy preguntando que si te follaste a mi esposa…

La copa de Pulcro cayó entre los cojines, derramando su contenido. Aderbal abrió la boca para cerrarla de nuevo. Todos miraron a Juba con ojos desconcertados, excepto Bogud, que le escudriñó con ojos afilados…

—¿Cómo puedes decir eso? —Movió la cabeza negativamente. Trató de sonreír—. Te equivocas, hermano. No sabes hasta qué punto te equivocas…

—¡No me llames hermano! —gritó Juba fuera de sí—. ¡No soy tu puto hermano!

—Eh, eh, *dominus*. —Flaco se incorporó también e intentó arrebatarle la copa—. Vamos a dejar de beber. Se nos está nublando a todos el entendimiento.

—¡No me toquéis!

Empujó con fuerza a Flaco, que se golpeó al caer con el borde de la mesa y quedó mareado, intentando levantarse. Pulcro, instintivamente, se puso en pie, extrajo su cuchillo y apuntó con él a Juba. Bogud sacó también la daga que guardaba en su bota al modo númida, la cambió de mano con admirable destreza y la dirigió contra él.

—Esto es una agresión a la legación romana… —acertó a protestar Pulcro.

—¡Y lo tuyo es un atentado contra el rey! —exclamó Bogud, airado—. No me jodas, Pulcro, esto es una riña de taberna que se nos ha ido a todos de las manos.

—No necesito que nadie me defienda —advirtió Juba, sacando la espada.

Estaba prohibido portar armas en el prostíbulo, pero, por supuesto, se hacían excepciones dependiendo de la categoría de los visitantes. El ruido del metal al salir de la vaina pareció cercenar todas las conversaciones. Desde detrás de las cortinas pudieron intuir las decenas de ojos que se volvían hacia ellos.

La tensión se percibía en el ambiente. Nadie sabía muy bien qué sucedía. ¿Una pelea? ¿Tres oficiales númidas? ¿Dos soldados romanos? ¿Era aquel joven alto el rey romanizado? Un buen momento para dar rienda al descontento. Tres o cuatro personas en puntos distintos se pusieron en pie. Por supuesto, ellos no eran los únicos que portaban armas. Las cortinas entreabiertas permitieron vislumbrar el movimiento. Y el peligro.

—Guarda eso ahora mismo si no quieres que nos maten a todos —escupió Bogud, despectivamente, mientras se ponía en pie sobre uno de los divanes y con la mano libre empuñaba la espada—. Coge a tus romanos y marchaos a casa. Aderbal y yo os cubriremos… Y no, no lo hago por ti —añadió con desprecio—. Lo hago por ahorrarle un disgusto a esa bendita esposa que piensas que me follo…

Juba llegó a caballo, borracho y mareado, a palacio quizá porque la montura sabía perfectamente el camino. Solo, porque sus lugartenientes quedaron enredados en aquella imprevista riña de taberna y los legados romanos a salvo, en una de sus naves. Ni siquiera fue capaz de desmontar. Se enredó con los estribos y despertó tirado boca abajo sobre la paja de las caballerizas. Metió la cabeza en el cubo de agua para despejarse. Luego se acercó a la entrada de palacio. La guardia de la puerta le franqueó el paso pese al aspecto que llevaba.

—¡¡Selene!! —gritó—. ¡¡Selene!!

Selene y Calíope despertaron al instante y se miraron desconcertadas. Calíope tomó al pequeño Ptolomeo en brazos para evitar que despertara. Los pasos de Juba se oían en la puerta de las estancias.

—¡Quitaos de en medio! —ordenó.

—Señor —advirtió el guardia macedonio—, es la señora quien debe autorizar…

A través de la celosía, Selene vio a su esposo desenvainar la espada. ¿O la llevaba ya en la mano?

—Avisa a Taggedit —ordenó a Calíope en voz baja—. Pídele que se encierre dentro con el niño.

Calíope corrió al interior en busca de la niñera númida y Selene abrió las puertas por ella misma antes de que Juba las echase abajo.

—Esposo —saludó animadamente—. Pasa. ¿Quieres tomar algo? Calíope, ven, por favor, y sírvenos un poco de… —se fijó en el aspecto de su marido y rectificó sobre la marcha— de jugo de granada…

Juba entró cabizbajo. Calíope, con el pelo revuelto y camisa de dormir, tendía el bebé a una muchachita que estaba a su lado. Juba la observó apreciativamente. Era una niña númida de ojos color de miel y pelo alborotado que miraba a su rey con ojos asustados. No llevaba más que una blanca túnica de dormir encima y no tendría más allá de trece años. Calíope le abrió la puerta de la estancia interior y la empujó dentro, junto a la criatura, para apartarles a ambos de su vista.

—¿Qué sucede? —preguntó Selene obsequiosa, tratando de desviar su atención—. ¿No puedes dormir? ¿Deseas que Calíope te prepare extracto de raíz de valeriana?

—No quiero dormir —le corrigió, con brusquedad—. Quiero saber qué pasa con Bogud…

—¿Con Bogud? ¿Qué pasa con él?

—Quiero saber por qué se pasa los días enteros en palacio…

—¿Porque es tu comandante?

—Quiero saber por qué se cree con derecho a admirarte —enumeró con la lengua pesada—, por qué acaricia la cabeza de tu hijo, cuántas veces al día habla contigo para saber lo lista y generosa que eres y por qué anda presumiendo de ello por los prostíbulos de Caesarea…

—Por la diosa madre, Juba, ¿cuánto has bebido? ¿Se puede saber qué estás diciendo?

—Quiero saber si fue el primero en consolarte por la muerte de tu hermano; si fue él quien te invitó a las reuniones de un consejo en el que yo no había pedido que estuvieses…

—No sabía que me hubieras vetado…

—Me dijiste que no era Augusto. Y no te creí. Voy a

preguntártelo otra vez. El padre del niño. ¿Es Augusto?

—¡No! ¡Juba, por los dioses!

Posó su mano izquierda en la garganta de Selene, sin apretar, acariciándola. Luego la empujó hacia la cama, donde cayó de espaldas. Alzó la espada con la mano derecha y abrió la puerta de la estancia interior. La niñera estaba al otro lado con el bebé en brazos, acurrucada en un rincón y mirándole con ojos aterrados. El pequeño lloraba, contagiado quizá de su miedo. Juba deslizó por la espalda del niño, suavemente, el filo se su espada.

—¡Juba! —sollozó Selene, arrastrándose por el suelo, para aferrarse a él.

—Shhhh…

Se detuvo cuando la espada enganchó algo. Lo separó de su cuerpo con delicadeza. Parecía un colgante. Selene no se atrevió a moverse. Taggedit acurrucó contra sí al niño, sollozando aterrorizada.

Cortó el cordel de un solo tajo y tomó entre sus dedos el símbolo que colgaba de él. La diosa Tanit. El hijo de su esposa, el que a todas luces era el heredero al trono de Numidia, no llevaba al cuello una bulla romana, ni siquiera un escarabeo egipcio… Llevaba un amuleto protector que él reconocía perfectamente; el que había llevado desde niño el comandante de su caballería.

—¡Es Bogud! —suspiró, derrotado—. Entonces es Bogud.

—Juba, no… No es Bogud… —susurró ella, entre lágrimas.

Juba paseó el filo de su espada por el cuello del niño. La muchacha le abrazó contra sí, aterrorizada.

—¡Le mataré! —decidió con gesto sombrío—. A él sí puedo matarle, ¿verdad? —preguntó con un punto de locura en los ojos—. Crearé un conflicto diplomático con las tribus, puede ser; pero, al menos, es alguien a quien puedo matar…

Empujó a Selene sobre Calíope. Agarró a la muchacha númida por el pelo y la puso en pie frente a él, con la espada aún desenvainada. La muchacha chilló. Los dos guardias macedonios formaron en la puerta, prestos a intervenir; los guardias romanos del rey Juba, que habían acudido ante el alboroto, desenvainaron sus armas.

Juba miró a su alrededor como si se preguntara el significado de todo aquello.

—Tú —añadió, dirigiéndose a la muchacha númida—. Suelta eso.

—Señor… —La muchacha aferró al niño contra sí—. ¡No, señor!

—He dicho que lo sueltes… —La zarandeó por el brazo, con ojos hirvientes—. ¡Y ven conmigo!

Calíope llegó a tiempo para coger al bebé de los brazos de la muchacha. Taggedit apenas se atrevió a gritar, mientras el rey de Numidia, con la espada aún desenvainada, ignoraba a la criatura, para, tomándola por el pelo, obligarla a abandonar, junto a él, la estancia.

—¿Me has mandado llamar?

Selene acudió, con el alba, al despacho del rey de Numidia, convenientemente escoltada por su guardia. Evidentemente, Juba no había querido enfrentar la posibilidad de que rehusara encontrarse con él. No le habían dado ni tiempo para terminar de vestirse, una gracia que se le concede incluso a los condenados. Se presentó ante él sin más adornos que sus pendientes de oro, dos pirámides atravesadas por una serpiente, el único gesto de majestad; el único reconocimiento de su identidad que se le había permitido.

Dejó a Calíope al cuidado de su hijo, encerrada en su estancia y custodiada por su guardia macedonia; la que le había acompañado desde la infancia. La que moriría con ella.

Atravesó los pasillos en un silencio absoluto. La brisa del mar se colaba por los vanos de ventilación. Selene tuvo la seguridad absoluta de que era la última vez que aspiraba el familiar aroma del Mare Nostrum en el blanco palacete de Iol Caesarea.

Inclinado sobre su mesa de taracea, Juba revisaba sus rollos de pergamino con gesto concienzudo. Ni siquiera levantó la cabeza para mirarla.

—He oído que hubo un altercado ayer, en uno de los prostíbulos de lujo del puerto… —comenzó ella.

El rey se mantuvo en silencio, deslizando lentamente el cálamo sobre el papiro en el que escribía.

—Hubo heridos —continuó ella—. Dicen que estaba el legado romano. Y hay quien cuenta que el mismísimo rey de Numidia… —Esperó brevemente una respuesta que no llegó—. Una estupenda idea para azuzar a la población tal como están las cosas…

Juba alzó la mirada como si de repente hubiese advertido la presencia de un insecto molesto.

—¿Era de ahí de donde venías anoche apestando a burdel y a vino? —preguntó.

—No veo por qué he de darte cuenta de mis movimientos cuando tú no me la das de los tuyos.

Selene suspiró.

—La chica que te llevaste anoche… Taggedit…

—¿Sí?…

—¿Cómo está?

Él la observó con una ferocidad desconocida y por un instante Selene temió que le dijese que estaba muerta.

—Está perfectamente instalada en mi cámara… —sonrió fríamente—. Es agradable ver a una mujer en ella…

Selene tomó aire y ahuyentó el pensamiento de estamparle el jarrón de cerámica que se alzaba en su mesa de trabajo.

—Quiero asegurarme de que está bien…

—Está descansando. Ha sido una noche… larga —resumió él—. Me conmueve tu interés por los hijos ajenos, Selene. Quizá se te haya pegado de Octavia…

—¡Tienes que devolverla! —exigió ella. La aparente calma de su esposo le dio fuerzas para enfrentarse a él—. No es una esclava. Es la princesa de una tribu. Su padre quería que se criara en la corte y la puso a mi servicio.

—Pues ahora está al mío.

—Por Isis, Juba, es la hija de Aderbal…

—Lo sé. Me lo ha dicho ella. Una niña muy bella. Sabré recompensar a su padre. Además, necesitaré un nuevo hombre de confianza. De auténtica confianza. Y no creo que nadie se arriesgue a traicionarme si la vida de un hijo suyo está en mis manos… —Su tono sonaba peligrosamente a amenaza—. ¿Tú qué opinas, Selene?

Selene le miró tragándose las lágrimas.

—Opino que has tenido un buen maestro, Juba.

—No sé exactamente qué quieres decir…

—Que no eres mejor que Octavio —musitó con rencor—. Sois como las estatuas del foro. Desde lejos parecéis imponentes y hermosos, pero cuando se os mira de cerca, cuando se aprecian los detalles, se os desdibujan los rasgos y no sois más que piedras frías

y huecas…

Juba asintió tan fríamente como la imagen que su esposa transmitía de él.

—Siempre me ha deslumbrado tu capacidad para la retórica, esposa —advirtió con una indiferencia que desdecía sus palabras—, pero no puedo entretenerme ahora. Tengo que mandar un mensaje a la delegación romana, disculpándome por los incidentes de anoche.

—Resulta revelador —masculló ella— el hecho de que pidas antes el perdón de Roma que el de tu esposa.

—No soy yo quien debe pedir perdón. Y, además, mi esposa no puede marchar con un ejército sobre mi palacio…

—No me subestimes…

—No se me ocurriría… —Enterró la mirada de nuevo entre sus documentos—. Y, por cierto, ordena a tus sirvientes que vayan preparando todo…

Ahí estaba. La orden. El repudio. Cerró los ojos. El exilio, quizá. Nunca había querido ser una matrona romana, pero habría podido serlo allí. Habría podido acostumbrarse a aquel calor placentero, al olor a mar de la brisa, a aquel acento que sabía a eternidad, a aquellos hombres y mujeres que parecían, como sus fortalezas, hechos de la tierra que pisaban. Quiso pensar que no le había dejado mucha más opción a Juba; quizá debería haber sido más cauta y haber yacido con él para tratar de hacer pasar aquel hijo como suyo. En Roma, Augusto planeaba dictar leyes para fomentar la familia, leyes que penaran el escándalo y el adulterio, leyes para que nadie se saliera del lugar del mundo en que él les colocara… Estaban en Numidia, era cierto, pero ¿no eran las normas de Augusto las que seguían rigiendo sus destinos?

—¿Me voy? —se atrevió a preguntar.

—¿Tú? —Juba pareció divertido ante su confusión—. Nos vamos todos. A occidente, a buscar una nueva capital de la que mi propio pueblo no me eche…

Ni ella supo muy bien explicarse el alivio que experimentó al ver que no iba a ser repudiada.

—He estado cerca durante mi viaje. Más allá de las Columnas de Hércules, en el límite del mundo conocido —continuó él, dejando su mirada vagar con gesto pensativo—. ¿Y sabes? —reconoció con

algo parecido a la tristeza—. Te eché de menos, Selene. Mucho. Vi ríos en los que se escondían esos gigantescos saurios como los que viven en tu Nilo, lo que me llevó a pensar que quizá puedan estar comunicados. ¿No hubiera sido hermoso montar juntos una expedición para recorrerlos? Vi montañas magníficas con nieves perpetuas en la altura; más estériles, pero mucho más altas que las cumbres cántabras de mi memoria; vi túmulos alzarse en las llanuras donde las mujeres númidas van a soñar con su futuro protegidas por las benefactoras presencias de los espíritus; vi rocas donde duermen atrapados animales y plantas que nos hablan de los primeros tiempos; vi montañas de arena que se mueven empujadas por los vientos; y abrigos y refugios con imágenes pintadas por los hombres y mujeres que nos han precedido… Y te imaginé en aquellas aldeas, Selene, hablando con la gente en su propio idioma con ese don innato tuyo para las lenguas, y escribiendo una historia que aún no conocemos para integrarla en nuestra biblioteca…

Selene se retorció las manos nerviosamente. En la voz cadenciosa de Juba, que aún tenía ecos de arena caliente, todo ese mundo esbozado era bello y salvaje, como recién nacido. Con cada frase, y seguramente lo hiciera por eso, su marido parecía robarle un trocito de ese futuro que les hubiera tocado vivir juntos…

—Vi tantas cosas… Vi otras plantas, Selene. Plantas que impactaron a Euphorbo cuando se las mostré, porque jamás nadie las había nombrado antes; plantas que ha dibujado para no olvidarlas y a las que se ha permitido poner nombre porque nadie antes que él lo había hecho. Llegué a otros mares, Selene. Los mares abiertos en los que se aventuraron navegantes que jamás regresaron; mares templados, mares apenas esbozados en las cartas de avezados comerciantes fenicios, salpicados de islas donde no existe el invierno… Y cuando llegué a ellas y respiré su aroma, pensé que serían aún más bellas el día que las navegara contigo…

Selene sollozó en silencio. Deseó volver atrás en el tiempo; no se arrepentía de haberse unido en secreto a Helios, ni del nacimiento de Ptolomeo, esperado por su madre y los dioses, pero deseó haber hecho caso a Calíope y haber inventado una versión que la exculpara. Deseó muchas cosas para las que ya era tarde. Muy tarde.

—¿Sabes? —continuó él—. En la costa del mar del Atlas, hacia

el sur, a unas ciento cincuenta millas de Lixus hay un islote rocoso con las ruinas de lo que un día fue una vieja factoría fenicia. De púrpura. La preciada púrpura de Tiro. Aquellas viejas rocas están llenas del murex que la produce y los ancianos descendientes de los pueblos gétulos, en tierra firme, aún recuerdan la fórmula para producirla. He pedido que la rehabiliten. Quiero ponerla a funcionar de nuevo. Roma compraría ese tinte exclusivo y perfecto. Pero es un trabajo duro. No hay apenas comunicación con tierra y el mar es muy bravío. Es un sitio áspero. Y duro. Y hermoso. Y aislado. Perfecto…

Sí, pensó Selene. Después de todo, sí, ese es mi castigo. El exilio. Los trabajos forzados. Se vio llegando nuevamente encadenada a su próximo destino. Y rezó porque al menos Juba optara por no castigar también a su hijo.

—¿Perfecto…? —preguntó, tratando de darle un tono desafiante a su voz—. ¿Perfecto para mí?

Él ni siquiera la miró.

—Tú aún me vales —advirtió con desprecio—. Perfecto para que alguien como Bogud se pudra allí hasta el día de su muerte.

Las gaviotas se cernían sobre su cabeza agresivamente, chillando como criaturas, enloquecidas por aquel cielo de tormenta.

Bogud mantenía la vista al frente fija en aquel islote de acantilados imposibles que se salpicaban de espuma con cada envite de las olas.

Era un hombre de interior, de caballos y desiertos. Ni siquiera durante su estancia en Caesarea había aprendido a nadar. Los grilletes, además, atenazaban sus muñecas y sus tobillos. Si aquel minúsculo barco zozobraba, él se hundiría hasta el fondo.

Comenzó a llover en grandes goterones. En alguna otra circunstancia habría tratado de reducir a sus captores y escapar. Él era un hombre libre, un jefe de tribu y no un subordinado, pero el mar no era su entorno. Así que no podía por menos que rezar a los dioses porque aquellos remeros no volcasen su barco. El mar, el territorio que habían hollado los antiguos fenicios y los cartagineses para unir el mundo, el imperio de Melkart, no era su espacio. Aquel cabrón de Juba sabía muy bien lo que hacía cuando selló su destino. Si es que ahí había acabado.

Si hubiera sabido de qué se le acusaba, quizá habría podido

defenderse, pero si había perdido su confianza, ¿por qué le dejaba con vida? No es buena idea nunca dejar enemigos a tu espalda.

Le dolía esa falta de confianza repentina que él achacaba a consejeros siniestros que pretendían desbancarle. Como Aderbal. Le dolía su abyecto destino, pero le dolía aún más el destino al que abocaba a los suyos. El rey de Numidia necesitaba a alguien de su experiencia para gobernar en un territorio que le era hostil. Solo, las tribus le harían pedazos. Y si acababan con el rey puesto por Augusto, Roma les haría pagar las consecuencias.

Hacía poco más de veinte años de las batallas de Tapso y de Hippo Regius. Todos recordaban lo que podía hacer Roma. Perfectamente.

—No sé quién va a durar menos, si él en su trono o yo en esta mierda de roca —musitó.

—¿Qué dices? —preguntó uno de los remeros.

—¡Nada!

Descendió mareado, y con las piernas temblorosas en un mísero malecón de madera que se movía con las olas y amenazaba con caerse en pedazos. Un hombre mal encarado con aspecto de tratante de esclavos se molestó en buscar sus datos en un papiro tieso por la sal y el viento.

—Bienvenido a las islas Purpuraria —se carcajeó—. El nombre es lo mejor que tiene. El resto es una mierda.

—Gracias por rebajar aún más mis expectativas.

—Soy Mezyan. Estoy aquí por falsear los pesos del mercado. No es un delito tan gordo, así que tengo ciertos privilegios. Llévate bien conmigo y te pondré las cosas fáciles. —Pareció encontrar sus datos —. El jefe Bogud de Tamur Idarar… —musitó apreciativamente—, estás muy lejos de casa, hermano… Has debido de cabrear a alguien muy gordo… ¿Qué es lo que has hecho?

—Te lo contaré cuando me entere…

—Quitadle los grilletes —pidió a los remeros—; no puede ir a ninguna parte… ¿Y quién es el que te manda aquí, muchacho?

—El mismísimo rey de Mauretania…

—¿¿Juba, el hijo de Juba?? Vaya… —advirtió con un cierto entusiasmo—. Dicen que está trasladando hasta estas costas su corte desde Numidia. ¿Has llegado a conocerle? ¿Cómo es?

—Traidor. Prepotente y sin corazón —resumió Bogud,

encogiéndose de hombres—. Como todos los romanos…

XVIII

Un año después

Anno 730 ab Urbe condita
Año del consulado de Augusto y Varrón (Año 23 a. C.)

—¡Ptolomeo! ¿Dónde estás?

La risa del niño sonaba cantarina, mientras huía torpemente de sus cuidadoras y jugaba a esconderse en la cortina vegetal que formaban las altas plantas de adelfas. A Selene no le gustaba que correteara libremente en el jardín. En Egipto todo el mundo sabía que una simple infusión de sus hojas podía inducir a la muerte. Allí, las mujeres amazigues se reían de su prevención. Las restregaban sobre el lomo de sus cabras para evitar los parásitos y se jactaban de que hacía falta algo mucho más fuerte para acabar con los suyos.

—Taggedit, te he dicho que no quiero que el niño toque esa planta… Puede ser peligrosa…

La hija de Aderbal tenía ahora una posición ambigua en el palacio. Seguía al servicio de la familia real, pero ya no era una niña aterrorizada, sino una bella adolescente que actuaba, cada vez más abiertamente, como la concubina del rey.

—Será para los niños romanos, señora —contestaba con cierto descaro—. Ptolomeo es un auténtico principito númida… Sabe que no puede comerla. ¿Qué daño le va a hacer el *oualili*?

Oualili. Las adelfas le habían dado nombre a aquella ciudad a la que llevaban un año entero dando forma. Volubilis la llamaban los romanos que no conseguían pronunciar el nombre local. Taggedit sonreía por lo bajo entre las risas y los cuchicheos de las muchachas de servicio. Selene manejaba toscamente esa lengua de sonidos entrecortados. Se sabía humillada, pero sentía que no podía hacer nada. Tomó aire, enfurecida.

—¿Hasta cuándo debo fingir que no soy consciente de los deslices sexuales de mi esposo?

—Empezaste tú… —le recordó Calíope.

—Lo mío no ha sido público —mascculló Selene—. Solo él lo sabe.

—Pues procura que no se entere nadie más o quizá tu posición peligre. Y no te gastes discutiendo con ella —le aconsejó Calíope—. Busca el enfrentamiento constante.

—Pero no quiero que esté siempre tan pendiente de mi hijo —admitió en voz baja—. Me da… repelús. Si ella se quedara embarazada del rey, Ptolomeo se convertiría automáticamente en un rival a eliminar.

—Piensas como Livia —se admiró Calíope.

—Y como pensaba mi madre —la corrigió Selene. Suspiró abrumada.

—Adelántate y ten tú un hijo con el rey que borre sus dudas…

—El rey no está interesado en mí. Ya tiene a su concubina y sus esclavas. Cuando está en palacio, claro, y no descubriendo el mundo como un muchacho con la *toga virilis* recién estrenada. —Se encogió de hombros—. Yo soy solo el apellido. Un nombre sonoro que poner en las monedas y con el que emparentar con la Hélade que él tanto admira: «Reina Cleopatra».

—¿Y te has resignado?

Buena pregunta. Selene miró a su alrededor, la tarde apacible tendía su luz póstuma sobre los campos de olivos. En el jardín, ella y Calíope charlaban perezosamente, abanicándose para evitar el acoso de las moscas mientras la concubina del rey jugaba con su hijo, el hijo de Helios, tan moreno, tan guapo y tan perfecto que su sola sonrisa le inundaba de dicha el corazón.

Helios. No había vuelto a saber de él desde su marcha.

Desde la puerta del complejo amurallado abierta a la calle llegaba el rumor de las carretas y el de las conversaciones. Oualili se había convertido en una bella ciudad grecorromana en poco tiempo. Juba había construido un foro al estilo romano y ella, una biblioteca de aire griego. Ahora estaban levantando los templos. No querían dejar fuera a ninguna de las deidades de aquella corte multicolor. Juba le había prometido que habría un Iseum. Y que ella podría oficiar el culto a la diosa. Quedaba por construir el circo y el teatro. Por supuesto ya había un hipódromo en el que los númidas mostraban su maestría y los romanos apostaban sin tino

hasta perder la ropa que llevaban.

En los últimos meses habían sido capaces de mirarse sin odio. Se nutrían de la inteligencia del otro y de un respeto mutuo. Tomaban decisiones conjuntas que priorizaban el futuro del reino, la alianza con Roma y el bien de su hijo, casi por ese orden. Funcionaban sin gritos, sin sexo y sin reproches, como un matrimonio avenido y gastado.

¿Se había resignado? Oualili no era un mal lugar en absoluto. Situada en aquella cadena de lomas, cálida y templada… No, no tenía mar, como le había dicho en un tiempo a Bogud. No tenía aquella brisa salobre que tanto le recordaba a su casa; pero a cambio era un mundo nuevo, sin recuerdos, un trozo de mármol en el que empezar a esculpir su vida. Miles de veteranos en Roma matarían por un lugar así, un terreno fértil, verde y apacible, salpicado de pueblos que crecían levantados en barro, como laberintos, en las laderas de las montañas. Las tribus del oeste estaban más asentadas que los númidas. Tenían explotaciones agrarias y ganado. De allí salía el trigo que compraba Roma, los animales que luchaban en sus circos y los elefantes que combatían en sus filas. Incluso la púrpura gaetúlica, su propia interpretación de la púrpura de Tiro, la que en un tiempo había ondeado en las velas de la nave capitana de su madre.

La factoría de púrpura que Juba había reflotado arrojaba tales beneficios que su comercio había sobrepasado al *garum* de Gades como producto de lujo importado por Roma. El rey había fletado expediciones que exploraran las costas de las islas, cada vez más lejanas, en busca de ese molusco diminuto y huidizo. Nadie había sido capaz de conseguir reintroducir el murex en otro hábitat. La púrpura tendría que procesarse en el lugar que aquel bicho eligiera.

Cada vez que pensaba en el comercio de púrpura, Selene se acordaba de Bogud. Sus intentos por tratar de saber algo más de él, o incluso tratar de liberarlo a través de su guardia, despertaban los recelos del rey, que no necesitaba de pruebas en las que sustentar su pretendido romance. Selene suponía que si no había ordenado ejecutarle, no era tanto por clemencia como por deleitarse en su sufrimiento día a día.

No, no era un mal sitio. Mauretania no era un destino problemático o levantisco como Hispania, Judea o el propio Egipto.

Juba, que galopaba sus dominios a caballo y los costeaba a bordo de una embarcación, rodeado por sus generales, afirmaba siempre que la gente que apreciaba sus bienes, la que tenía algo que perder, jamás se levantaría ante un Gobierno. Selene, que ya tenía cierto dominio de la lengua local, que hablaba con las cocineras, los sacerdotes y los campesinos, que se embozaba para mezclarse con la gente en el mercado y que pagaba a las prostitutas en las tabernas por los chismes que los hombres largaban cuando bajaban la guardia, no estaba tan segura.

Pero mientras estallaba o no la tormenta, ella tenía estabilidad, un bello lugar donde dejar pasar los días, posición de mando, servicio propio y un marido que parecía buscar en expediciones cada vez más peregrinas y lejanas la pasión que no tenía en casa. Y un hijo, claro. ¿Qué más necesitaba? Buscaba los motivos secretos que habían movido a su madre, los que la habían llevado a perderlo todo. ¿El amor? ¿El poder? Tenía aquel nuevo amor perenne y enfermizo por su pequeño. A su lado, todo lo demás, el deseo presentido, el viejo juego de la seducción con Juba, las intenciones no confesadas del *imperator* e incluso la pasión legitimada por los dioses con Helios no le parecían ahora más que un pálido sueño. Algo que no merecía sus desvelos. Algo por lo que no merecía la pena ser infeliz. Se había jurado no volver a sentir emociones que le hicieran daño. Algo que su madre o su padre, profundamente pasionales, seguramente hubieran aborrecido. ¿Debía aborrecerlo ella también?

—Hay destinos peores, Calíope —suspiró—, créeme…

—Como el de Bogud —admitió Calíope.

—¿Y qué quieres que haga? —Selene reaccionó como si su esclava le hubiera hecho un reproche—. No puedo interceder por él sin provocar la ira del rey. He intentado exculparle. Te hice caso. Me personé en su alcoba llorando como una plañidera y pidiéndole que me perdonara por no haber confiado en su clemencia. Le dije que nos habían violado un grupo de bandidos durante una de nuestras cabalgadas al mausoleo… Ni siquiera quiso confirmarlo contigo. Jamás se lo creyó. ¿Por qué no había informado al menos a la guardia? ¿Por qué no había buscado una abortera para deshacerme de una criatura de orígenes tan indignos? Pensó que solamente estaba tratando de exculpar a Bogud y me informó de

que redoblaría su aislamiento. No puedo hacer más, Calíope. Me maldigo cada día por mi inacción, pero no quiero hacerle más daño a Bogud… Y no quiero que Juba lo pague con mi hijo…

—¿Por qué no buscas el favor de Aderbal? Es su amigo…

—Sé que te parece un hombre honorable, Calíope, pero hay algo turbio dentro de él. Algo oscuro…

—¿Además de ser el padre de Tiggedit?

—Es algo más… —Selene se rascó los brazos bajo la túnica—; algo que no alcanzo a explicar. Es como un sarpullido en la piel, una impresión. Su mirada…, la de él…, es como si me llevara siempre a lugares ocultos…

—No te inmiscuyas en la relación del rey con sus hombres, señora —le aconsejó Calíope, seriamente—. Esa es su parcela. Si la rozas…

—Lo sé… Lo sé… y sin embargo, desde hace unos días… —Sacudió la cabeza—. No puedo evitar esta sensación angustiosa y pesada, de que algo va a pasar…

Calíope la observó con interés. Tomó sus manos, las movió con celeridad y buscó su mirada.

—¿Ha vuelto, señora? ¿Ha vuelto la magia?

Selene negó con la cabeza desconcertada.

—No lo sé… ¿Te acuerdas de pequeña, cuando a veces me quedaba muy quieta y era como si volara a otro lado, como si viera lo que iba a pasar o lo que pasaba en otro lugar, muy lejano…?

—Me acuerdo perfectamente, princesa. Tu madre decía que la *heka* era un don natural en ti. Todos lo sabían. El *dominus* Antilo te observaba admirado, como si fueras un regalo de cielo… Como si hablaras por boca de los dioses…

—Nunca ha sido nada muy preciso. Solo sensaciones. Nada que yo pudiera manejar… Creí que había perdido esa capacidad… Lo atribuí a mi llegada a Roma. A un espacio tan racional y tan alejado de la magia… Tuve a veces…, no sé, ciertas percepciones…, pero…

—¿Qué ha pasado, señora?

Calíope la observó preocupada, frotándole las manos.

—Creo que por eso estoy tan sensible con Ptolomeo…, tan pendiente de esa… esa mujer… Esta… esta mañana… —buscó las palabras para decidir cuál era la mejor manera de contarlo—… salí temprano, al jardín… Horus, mi cuervo, estaba suelto y vino hacia

mí al verme, volando bajo, cada vez más bajo, como el día del triunfo… Tan bajo que tuve que agacharme a su paso… Lo miré sorprendida y él me enfocó con esos ojos negros. Como… como si quisiera asegurarse de que le estaba mirando. En su pico había sangre, sangre y pedazos de carne, Calíope…

—Es un animal silvestre, señora… Habría estado cazando…

—Sí, pero cuando yo le miré… Fue la sensación que me produjo… Escuché. Te lo juro, Calíope, me pareció escuchar una madre llorando. —Se estremeció—. Tanto que me volví para ver si pasaba algo cerca de mí. Te juro por los dioses que lo oía. Una madre llorando como si le arrancaran la vida. Una madre llorando por la muerte de su hijo…

Calíope se frotó los brazos, como si una brisa repentina le hubiera erizado la piel…

—¿Y entonces?

—Horus volvió la cabeza. Y fue como si se hubiera apagado ese torbellino que imágenes que me estaba mostrando…

—Pero ¿eras tú, señora? —Calíope se aseguró de tener a la vista al príncipe Ptolomeo antes de realizar la pregunta—. ¿Eras tú la madre que estaba llorando?

Selene selló la boca de su esclava con la mano.

—No lo sé… No sé qué pensar, Calíope. Es como los sueños. Si no los aferras, al despertar no vuelven a ser tuyos nunca más. Lo único que tengo son sensaciones: una congoja en el pecho y unas terribles ganas de llorar…

Calíope abrazó a su señora, como cuando era niña, para aliviar su pena. Selene cerró los ojos, abrumada. Cuando los abrió de nuevo, casi como si lo hubiera conjurado, observó, sobre el hombro de su esclava, a un hombre de la casa que corría hasta ellas con toda la velocidad que le permitían sus piernas.

—Señora —les interrumpió el hombre sin aliento—. El señor quiere verte. Te manda llamar.

Calíope miró a Selene con un punto de susto en la mirada.

—Sale mañana de expedición de nuevo —quiso tranquilizarla Selene—. Imagino que quiere ponerme al tanto de los asuntos de palacio.

—¿Quieres que me quede con el niño?

—Sí, no te separes de él. Y no olvides pasar un instante a que se

despida del rey. Mientras nadie pueda demostrar otra cosa, y —que los dioses le bendigan— mientras el rey decida seguir mostrándole ese afecto tibio, Ptolomeo es el príncipe heredero de Mauretania.

Cuando se acercó al despacho de Juba notó que algo iba mal. Una lámina de tensión en el aire, un llanto sin liberar, el peso de un recuerdo, quizá. Sensaciones. Sensaciones todas que la tomaron al asalto, sin prevención ninguna y que atacaron sus sentidos, el gusto, el tacto y el oído sin que nada la rozara. Cerró los ojos para reenfocar lo que estaba sucediendo y vio a su marido con cara de preocupación apoyado sobre un mapa que reproducía la península itálica, la costa este de Hispania y el norte de Libia. Pareció no darse cuenta de su presencia. Había un par de pergaminos enrollados a su lado. Uno de ellos lacrado; el otro con los sellos rotos. Al mirarlos, vio la muerte tan clara como si la sangre se derramara desde ellos por la mesa hasta mojar sus pies.

—¿Me has mandado llamar? —preguntó, preocupada.

—Sí —confesó él.

Juba buscó sus ojos. En su rostro había un gesto grave.

—¿Qué sucede? —quiso saber—. ¿Un nuevo ataque? ¿Han atacado los efectivos de tu expedición?

—Mi expedición se ha cancelado, Selene. Augusto nos reclama.

—¿En Roma? —Negó taxativamente con la cabeza—. No, me niego. Me juré que jamás volvería a Roma, Juba. Creí que me había liberado.

Juba no contestó. Únicamente le tendió el rollo lacrado.

—Es para ti —le indicó—. De Julia.

—¿La has leído? —preguntó ella, tomándolo en sus manos.

—No, pero sé lo que pone —reconoció, dando vueltas entre las manos a su propio pergamino—. Es Marcelo, su esposo. Nuestro Marcelo. Ha muerto.

XIX

¿Era más corta la distancia desde el puerto? ¿Más pequeña aún Roma que la vez primera?

La carroza los llevó en silencio hasta el Palatino, escoltada por ocho jinetes. El trayecto fue el pulso por una campiña superpoblada y parcialmente empobrecida. Los mendigos se situaban al borde de la vía mientras, paradójicamente, los carros se cruzaban en ambos sentidos repletos de mercancía. El ruido, la claridad de la luz, la intensidad de los olores tenía poco que ver con aquella blanca ciudad mauritana construida a medida.

¿Cómo sería Alejandría si volviera?, se preguntó. ¿Acaso es objetiva la nostalgia?

La *domus Augusti* estaba tal como la habían dejado, con la corona cívica en las puertas que permanecían abiertas para cualquiera que deseara sumarse a aquel luto trágico e inesperado. Quizá le parecieron más estrechas; como el atrio, que le dio la sensación de que era más pequeño, más oscuro y cerrado.

Volvían solos sin más compañía que Alcides, Calíope, Euphorbo y Crinágoras. Los dos primeros para atender a sus amos. Los dos segundos porque se sentían muy cerca de las personas que habían amado a Marcelo en vida. O que habían hecho lo imposible por salvarla.

Era difícil volver a ver a todo el mundo al mismo tiempo, notar cómo la vida en Roma también había seguido su marcha. Se sintió como una espectadora que atisbara desde una cortina una realidad que no le pertenecía, y sin embargo no era así. Aquella realidad también era la suya. Le dolía el llanto desgarrado de Octavia, apenas sostenida entre Marcela y la mayor de las Antonias. Le dolía la soledad de Julia, recibiendo a los deudos, grave y seria en el luto de sus diecisiete años. Le dolía la tristeza de Musa en quien Octavio había confiado para obrar un milagro de nuevo; le dolía el gesto rabioso de Julo, que amaba a Marcelo como a un hermano. Le dolía el llanto no disimulado de Virgilio, aunque nadie era capaz de adivinar el alcance de su pérdida. Incluso le dolía el gesto de incredulidad de Augusto, escoltado por Agripa, con los labios

apretados y los ojos secos, porque el dueño de Roma, el poderoso *imperator*, no podía permitirse llorar.

—Has vuelto…

Julo fue el primero que se acercó a abrazarla. No tenía que permanecer en su puesto, recibiendo a los visitantes como debían hacerlo su madre, su esposa o sus hermanas. Nadie se preocupaba del dolor del hijo de Marco Antonio. No sabía cuál era su sitio. Ni siquiera si lo tenía.

—He vuelto, sí…

—Lamento lo de Helios…

Selene cerró los ojos. Había mantenido esa versión durante tanto tiempo; llevaba tanto tiempo sin saber nada de él que empezaba a creer su propia mentira; y a asumir que su hermano y amante estaba realmente muerto.

—Pero mejor allí que aquí —continuó su hermanastro—. Augusto lo habría enviado al circo, a que le hicieran pedazos.

—El circo… —se permitió sonreír Selene, entre unas lágrimas esbozadas—. ¡Vaya final! ¡Peleando y con público! ¡A él le habría encantado!

—Tenemos una vena trágica en esta familia… —sonrió Julo a su vez.

Selene acarició su rostro con cariño.

—Prométeme que morirás en tu cama, de viejo…

—Selene, querida… Eso no va conmigo. Quizá mi vida sea discreta porque me reserve para mi muerte. Eso sí que será un escándalo…

Selene sonrió intranquila. Había visto un destello peligroso en sus ojos. Algo que antes no estaba allí. Parpadeó para alejarlo y apretó su mano.

—¿Qué le ha pasado? —quiso saber.

Julo se encogió de hombros, aparentando indiferencia, pero Selene percibió la tensión en sus puños apretados.

—No te lo dirán. Nadie te lo dirá. La peste. Unas fiebres… ¿Qué más da? Tenía veinte años, Selene…, poco más de veinte putos años.

—Estaba sano, ¿no?… Por un momento, cuando vi la carta sellada en el *tablinum* de Juba creí…

—… que era Augusto, ¿no? —Julo sonrió con amargura—. Creo

que tiene comprada hasta a la muerte. Planea enterrarnos a todos. Con sus propias manos, quizá.

—Pero ¿qué fue lo que le sucedió a Marcelo?

—¡Quién lo sabe, Selene! ¿Quizá el médico que le atendió? ¿Quizá la madre que le estrechó en sus brazos? Compuse una elegía para él, pero la romperé antes de mostrársela a nadie. Él no querría verse desnudo, expuesto en esos versos. ¡Cómo le pesaba la gloria a Marcelo! ¡Cómo tenía que ocultar sus auténticos amores…! ¿No es al final lo que hacemos todos? La muerte le acechaba, celosa de sus dones, diría el buen Virgilio… Un día estaba celebrando unos juegos en su nuevo puesto de edil curul y una semana después era humo espeso sobre los tejados de Roma… Ay, Selene, a veces creo que tengo suerte, que es mejor no destacar —sonrió él con pesadumbre—. Si el mundo te sonríe de continuo, si te casan con la hija del *imperator*, si se alaban continuamente tus dones…, alguien puede sentir celos…

—¿La muerte?

Cogió una copa de vino al paso. Arqueó las cejas oscuras en un gesto teatral e improvisó un mutis.

—¿Quién habla de la muerte?

Selene desvió la mirada. Como en un espectáculo vio a Juba con el brazo en el hombro cansado de Augusto, en el círculo de sus íntimos, junto a Agripa y Mecenas. Parecía repasar con ellos unas notas, quizá la elegía que deseaba mostrarle a Juba, la que había leído en sus funerales. Hacía días que la insultante juventud y belleza de Marcelo no eran más que ceniza en el interior de una bellísima urna, la que había estrenado el mausoleo de Augusto. Recordó cuando regresó tan enfermo de Hispania. No podía morir. Le habían dicho que no le tocaba; que el primero en estrenar su tumba sería un joven cachorro de su propia casa.

Se preguntó si él también se acordaría.

Le daba vergüenza acercarse a Octavia, hollar con su presencia ese dolor oscuro y demoledor. Por una vez había elegido sus vestidos más discretos. Prefería que Roma pensara que el reino de Mauretania era pobre a llamar la atención ostentosamente en el sepelio de Marcelo. Buscó la manera de deslizarse silenciosa por entre los corredores, como cuando era niña y se escapaba junto a Helios. Consiguió llegar junto a Musa y acercarse consoladoramente

a su lado.

—Musa… —Le abrazó calurosamente. Le encontró más bajo y delgado. ¿O quizá es que ella era también más alta?—. ¿Qué es lo que le ha pasado?

—Nada que mi ciencia haya podido solucionar. Me siento indigno. Indigno de mis conocimientos, de mi posición, de las estatuas que me han erigido y de la confianza del *imperator*, pero sobre todo me siento indigno, absolutamente indigno, del respeto de Octavia…

—Pero ¿han sido las fiebres…?

—El Tíber se ha desbordado este año. Nada elegante como en vuestro Nilo, princesa. Una cosa sucia y descontrolada. Las ratas huyen con el nivel del agua, salen de las cloacas y corren por los jardines y las casas… Ha podido ser eso, pero…

—¿Pero…?

—También ha podido ser cualquier otra cosa…

—¿Como qué?

Musa miró a su alrededor y bajó la voz.

—No sé nada, pero sé que Livia ha sugerido que, después de la crisis sucesoria, esta lamentable muerte favorecía a Agripa. Y también sé que Agripa, que ha reventado caballos para llegar lo antes posible desde Oriente, la ha acusado a ella. Piensa que esta muerte le abre la puerta a Tiberio, a quien Augusto siempre ha puesto al mismo nivel que su sobrino…

—¿Y Augusto? ¿Qué dice Augusto?

—Augusto calla. Ha mandado contratar catadores para que prueben todas las comidas de la gente de su casa. Me prohibió abrir el cuerpo de Marcelo tras la muerte en busca de señales, mandó incinerarlo rápidamente y se opuso a que hubiera cualquier tipo de investigación.

—¿Y eso por qué? —quiso saber—. ¿Por si el pueblo murmuraba?

—El pueblo ya murmura. Según él, lo ha hecho porque acepta la explicación de la muerte natural. Pero yo creo que tiene miedo, Selene. Tiene miedo de lo que pueda encontrar… Y de a quién pueda culpar de lo que encontremos.

Musa se alejó de ella reclamado por Augusto, que la detectó entonces. La Livia que tanto dolor le había causado en su última

entrevista no estaba ahora en el atrio; sin su vigilancia, el *imperator* se permitió contemplarla abiertamente, como si acabara de verla por primera vez. Sostuvo una mirada que a Selene le pareció más larga y transparente que nunca. En sus ojos había un dolor tan descarnado y vivo que hasta a ella le hizo daño. No somos tan distintos, le decían. También a mí me alcanza la tristeza, princesa egipcia; también a mí me golpea el dolor. Era como asomarse al torbellino de una poza. La emoción era tan honda que temió que la arrastrara consigo.

—No le compadezcas, querida. Sería un error.

Selene se volvió para encontrarse con el rostro de una anciana, escoltada por dos esclavos. Se apoyaba en un bastón y caminaba con dificultad, pero la reconoció perfectamente.

—Abuela Julia… —Selene la abrazó con cuidado, encantada de verla. Estaba tan débil que parecía que el más mínimo soplo pudiera quebrarla.

—Tu esclava acaba de mostrarme a tu hijo. Al pequeño Ptolomeo Antonio —silabeó el nombre como si lo paladeara—. Gracias por regalarme un trozo de futuro. No veo en él nada de ese guerrero africano con el que te han casado, hija mía —le advirtió sin tapujos—. Es el vivo retrato de tu padre.

—Gracias, abuela… —sonrió—. Qué bien que hayas encontrado un hueco para venir…

—He venido a verte a ti, hija mía. En cuanto me he enterado de que estabas en la ciudad. Aunque reconozco que también quería ver a Octavio para regodearme en su dolor. Los dioses son sabios y equilibran las cosas. Solo hay que saber esperar.

—¿Qué quieres decir?

—Que hay que saber ser paciente… Yo pongo las oraciones y los sacrificios. Los dioses ponen los medios.

—¿Has rezado para que Macelo muriera…? —preguntó Selene, sorprendida del tamaño de su rencor.

—Todos los días de mi vida, desde hace siete años, desde la muerte de Antonio y de Antilo he rezado para que Octavio sienta este mismo dolor, este vacío, este desgarro… Los dioses son justos, aunque sus tiempos no sean los nuestros, querida. Mírale ahora: no tiene hijos; se le acaban los varones de su sangre… ¿Tanta guerra y tanto dolor para nada?

—Pero Marcelo… —se escandalizó Selene—. ¿Qué culpa tenía él? —le preguntó en voz baja—. Fue uno de los que mejor me recibió a mi llegada, abuela. Defendía a Helios. Amaba a Julo. Era un muchacho noble, dulce y bueno… Si en el futuro hubiera sucedido a Augusto, habría sido un gran gobernante…

La abuela suspiró con gesto grave y asintió levemente.

—Conocí a Octaviano el día que nació. Era el sobrino de mi primo Julio César; el único varón de Atia, un niño dulce, formal y silencioso al que repugnaba la violencia, que se refugiaba en el regazo de su hermana Octavia… Tras la muerte de la hija de César y el bebé que esperaba, Octaviano adquirió cierta relevancia. Era el único descendiente varón. Un chiquillo hermoso y rubio al que las tías nos comíamos a besos. Para mi Antonio, que ya había estudiado en Grecia, guerreado en Judea y vencido en la Galia cuando Octavio aún llevaba los mocos colgando, era un primito pequeño, tímido y apocado, una criatura veinte años menor al que ignorar o abrumar con el relato de sus campañas… Pero los niños crecen, querida. Todos, incluso los más dulces e inofensivos. Siempre crecen. —Tomó una uva morosamente de una de las bandejas de plata—. Salvo que mueran antes…

Selene contempló a su abuela con una mirada de incredulidad.

—¿Forma parte de ese plan sublime que tenías en mente?

—Oh, yo no soy más que una privilegiada espectadora… Los motivos de la muerte de Marcelo se me escapan. Mi plan tiene más visos de funcionar ahora que ese jovencito afeminado ha muerto. Y es más ambicioso aún. Incluye a su Julia. Y a mi Julo. Y a la pasión desmedida e inconsciente que embarga siempre a los enamorados —declamó burlona en una carcajada que sonó levemente siniestra —. Ella está viuda ahora. Y Julo está soltero… ¡Es tan fácil! He incitado a mi nieto a que tome lo que desea, como sin duda habría hecho su padre… ¿Y Julia? ¡Esa pobre criatura solo necesita que alguien la mire como Marcelo miraba a sus coperos…!

—¿Están…? —Selene movió la cabeza negativamente, ante la expresión traviesa de su abuela—. Pero es imposible. Augusto nunca aprobará esa unión…

—¡No quiero que la apruebe! —exclamó la anciana, convencida, con una risa siniestra—. ¿Dónde estaría el sufrimiento entonces? Quiero que se atrevan a enfrentarse a él, que lo hagan público, que

la deje preñada ahora que no hay marido que pueda taparlo… Él sabe que le apoyo… Tú y tus hermanas estaréis bien colocadas en vuestros matrimonios, pero él vive a expensas de la caridad de Octavio… Y yo no puedo soportarlo. No me queda mucho, hija mía. ¿A quién voy a dejar el patrimonio de toda una vida? ¿Al Senado que declaró la guerra a mi hijo? Julo sabe que todo será suyo… Todos mis contactos, mis tierras, mi dinero, absolutamente todo, solo por intentarlo…

—¿Por escaparse con Julia…? —preguntó Selene incrédula.

—¿Quién está hablando de amor, infeliz? Por aliarse con ella, por hacerle un hijo, por integrar la facción antoniana con los antiguos partidarios de su padre, que solo están esperando el ascenso de un líder, y por derrocar a Octavio. Quizá matarlo. ¿Te lo imaginas, Selene? ¿Te lo imaginas vencido por su propia hija? ¿Es posible imaginar una justicia más poética?

Selene miró hacia ambos lados, temerosa de que alguien las estuviese oyendo.

—¿Estás loca? Los matarían. A los dos.

—Solo si no tienen éxito. ¿Crees que no sopesaron los riesgos tus padres en Actium? —le preguntó casi despectivamente—. Y pese a ello, lucharon.

—Julo no se prestará a ello.

—Julo lleva mucho tiempo acumulando rencor —le recordó con una lucidez envidiable su abuela—. Querida, te saco cincuenta años de experiencia en el conocimiento del alma humana. Claro que se prestará. Le ofrezco sexo, oro, poder y venganza. Lo tendría todo. No existe hombre que se resista a este regalo.

Selene se quitó lentamente las horquillas que sujetaban el velo a su cabello y observó en el espejo de mano su rostro cansado. La mayoría de los dolientes ya se habían marchado. En la *domus Augusti* solo quedaban los parientes cercanos atendidos por las disciplinadas legiones de esclavos. Algunos que, como ellos, no disponían ya de casa en Roma habían aceptado la hospitalidad de Augusto para pasar la noche. Los sirvientes encendían las lamparillas y el tenue aroma del azahar nocturno se expandió por el atrio. Selene sintió que, pese a todo, olía a una parte de su infancia. Que, pese a todo, tenía la traicionera sensación de estar en casa.

Había luz en el *tablinum* de Augusto. Se veía aquel rectángulo de oscuridad sobre el corredor del atrio. Imaginó que estaba reunido con los suyos y pensó que el lugar desde donde se tomaban las decisiones de medio mundo era el despacho de un hombre triste y cansado. Un hombre que acababa de incinerar al sobrino que amaba como a un hijo. Un hombre cuyo mayor pesar en aquel momento quizá no fuera la escasez de trigo, ni los *limites* de Roma, ni los estandartes perdidos en Carrae, que su propio padre había soñado rescatar, sino la pena profunda de no tener ningún descendiente varón a sus cuarenta años. ¿Cuántos planes como el de su abuela Julia no estarían en ese momento en marcha en Roma? ¿Cuántos no estarían aprovechando su debilidad para acabar con él?

«No le compadezcas —sonó la voz de la abuela Julia en su mente—; sería un error».

Se ajustó un manto sobre de la camisa de dormir. Tenía frío. La humedad del Tíber le helaba la piel. O quizá era el alma. ¡Qué traicionera era la gloria! El guapo Marcelo, el favorito, el elegido, el loado por Virgilio y los dioses era ya un puñado de ceniza fría como el que las esclavas barrían en la chimenea todas las mañanas.

La puerta se entornó y Juba se asomó al interior. Selene miró su rostro cansado.

—Quería desearte buenas noches… —Su voz era de nuevo la voz del Juba que ella había frecuentado en Roma—. ¿Cómo ha sido la vuelta?

—Extraña —concedió—. Hubiera preferido quedarme en otro lado. Con Mecenas, quizá…

—Los dos nos criamos en esta casa —señaló Juba—. Habría sido una descortesía no quedarnos aquí…

—Termináis tarde —apuntó Selene—. ¿Había que tratar algo urgente en esta situación?

—Los nuevos matrimonios —admitió Juba—. Como en un maldito mercado. Julia necesita un marido nuevo, así que Augusto divorcia a Agripa de Marcela para casarlo con Julia. Y a Marcela la casará con Julo.

—¿Con Julo?

—Con Julo. Sí. Y se trae a Agripa desde Oriente para tenerlo aquí de nuevo, a su lado…

Selene movió la cabeza con resignación.

—Juega con nuestras vidas y nos mueve a su antojo. No hay nada que se salga de sus planes.

—Salvo esto quizá… —propuso Juba.

Ella se encogió de hombros fríamente.

—¿Quién sabe?

—Ha dicho que quiere verte. —Juba tomó aire con cierta resignación y la miró a los ojos fijamente.

Selene cerró los ojos y asintió. Lo sabía. Casi lo había estado esperando. Ahora era una mujer adulta. Una reina de un país vecino a la que poder embaucar con ofertas o con amenazas. Hacía mucho que no la veía. Seguramente habría pensado que quizá no se diera otra oportunidad.

—¿Le verás?

—¿Puedo negarme?

—Podría quedarme en tus estancias, contigo. Y si él viene, aquí me encontrará.

Selene le observó largamente. La luz de las candelas flameaba en la piel morena de Juba. Se había dejado la barba y el cabello largo al estilo de los mauritanos, y entre aquellos romanos rasurados como niñas, su rostro exhalaba un peligroso atractivo. Su gesto posesivo, dispuesto a enfrentarse con su viejo amigo Octavio, casi le conmovió.

—No —le pidió—. Gracias. Si quiere verme, le esperaré aquí.

Quizá, pensó para sí misma, tampoco ella tuviera otra oportunidad.

La casa dormía. El atrio vagamente iluminado era lo único que les separaba. Selene sintió un nudo en la garganta. En ese atrio les habían recibido con ropas de esclavos, a este atrio habrían traído el cuerpo de Ptolomeo moribundo; en ese atrio su cadáver había caído al suelo durante el funeral. En ese atrio había reído con sus hermanas y había escapado junto a Helios en la boda de Marcela; en ese atrio se había celebrado su boda y habían atacado a su hermano. Dejó la puerta de su habitación abierta, como una invitación…

—Cuando quieras… —susurró.

Se puso su perfume más preciado y maquilló sus ojos con el polvo de kohl. Cepilló su pelo una vez tras otra hasta notarlo liso y

aceitado y deposito una pizca de polvo de cinabrio sobre sus labios. El rojo del metal le dio a su boca el brillo de una fruta prohibida. Solo entonces extrajo de su joyero un prendedor. El favorito de su madre. Uno de los regalos que Octavia le había permitido el día de su boda. Un alfiler de pelo que representaba el trazado sinuoso de una serpiente. Estaba exquisitamente labrado con escamas de oro y dos minúsculas turquesas del Sinaí por ojos. Era afilado. Muy afilado. Tan afilado que retirarlo del pelo con un solo gesto era fácil, extremadamente fácil.

—Vamos, Augusto —pidió.

Agripa había abandonado la estancia, pero la luz continuó emanando macilenta desde el interior. El *imperator* trabajaba hasta tarde. Entonces oyó su voz despidiendo a los pretorianos, y el corazón le dio un vuelco. Esperó. Había visto su mirada esa tarde, ávida, como siempre, buscándola entre todos los rostros, humillándola con sus ínfulas de ganador…

—Helios siempre pensó que debería ser así —recordó.

Había una luna llena alzada colgada sobre el atrio, como el día de la boda de Marcela. Pero ahora ya no era una niña. Ni una rehén tampoco. Su propia guardia formaba en la puerta exterior. Su propio barco esperaba en el puerto. Sintió una leve excitación en la piel al pensar en los ojos de Augusto clavados en su cuerpo, en sus manos aferrando sus hombros y su pelo, en sus labios buscando con avidez su cuello. Su madre lo habría hecho de otra forma; con veneno quizá. ¿Y su padre? Antonio le habría tendido una espada para que lucharan de igual a igual. Ella tendría que usar sus propios métodos. ¿Necesitaría más de un golpe? ¿Le daría a él tiempo a gritar? ¿Qué ocurriría después?

Si se hubieran preguntado lo que ocurriría después, con sus haciendas, sus familias, o sus vidas, ¿los asesinos de César se habrían atrevido a enarbolar sus dagas?

«¿Crees que no sopesaron los riesgos tus padres en Actium? Y pese a ello, lucharon».

Que difícil resultaba estar a la altura de su memoria.

Ella tenía un hijo.

Sus padres tenían cinco, ocho en total cuando decidieron que valía la pena arriesgar.

Pero su hijo no tendría a nadie. Octavia no ampararía al hijo de

la asesina de su hermano.

Titubeó. ¿Y Octavia? ¿Soportaría Octavia tanto dolor?

No podía permitirse dudar. Se puso en pie. Enrolló su negra melena en el prendedor y salió al patio en silencio. Iba descalza. Solo tenía que cruzarlo sin hacer ruido. La puerta del *tablinum* estaba abierta. Se asomó. Octavio estaba sentado aún con un montón de rollos desparramados por la mesa. Tenía los ojos hinchados. Al verla se los restregó.

—¡Selene! —exclamó con una alegría real—. Gracias por acercarte. Iba a pasarme a saludarte. Estaba aún trabajando.

—Ya veo…

—Está siendo muy duro. No duermo. Ni como… Y sufro por Octavia. Musa la mantiene casi adormilada. No podemos dejarla sola… Ahora está con Julo…

—¿Puedo —le preguntó solícita— ayudarte en algo…?

—Sí. Yo creo que puedes. —La miró dubitativamente—. Pero no sé si querrás…

Suspiró. Apoyó la cabeza en las palmas de sus manos.

—No sé lo que sucede… Mis hijos nacen muertos…, mi sobrino muere en la flor de la vida… Mi hija me odia por casarla con Agripa… Hago lo imposible por perpetuar mi nombre y, sin embargo, parece que estoy atrapado en una maldición…

—Aún eres joven para engendrar hijos propios…

—¿Joven? —se rio con una carcajada amarga—. Siento que he vivido cien vidas, y que la he cagado en noventa de ellas. Siento que hay cosas que debí hacer mejor. Siento que estoy expiando una culpa… El rayo aquel que calcinó a tu sacerdote…, ¿te acuerdas? O el que me recibió a mi entrada en Roma, tras volver de Apolonia, impactando en el mausoleo de mi prima, de la hija de César… ¿Tú crees que son señales?

—No lo sé, Augusto… ¿Quién conoce las señales de los dioses?

—Los dioses saben que no toqué a tus padres, Selene, que di órdenes para que fueran apresados vivos… ¿Tuve yo la culpa de que decidieran morir? Siempre me he dicho que hice lo que debía, pero ¿fue así en verdad? Quizá debí permitirle a Cesarión que huyera… Ofrecerle a Antilo volver junto a su hermano. En lugar de eso, mandé que me trajeran sus cabezas… —Ocultó el rostro entre sus manos, como si estuviera escondiéndose de sus fantasmas—.

¡Eran tan jóvenes…! Eran aún más jóvenes que mi Marcelo…

Selene notó un cosquilleó en la nuca, donde acababa el filo del prendedor. Augusto había tomado su mano izquierda y se la había llevado a los labios.

—Sé que no eres Isis. Lo sé. Pero quizá… Acaba con esto si puedes. Si quieres. Si tienes algo que ver… Hoy me visitan los fantasmas de los tuyos riéndose de mí; todos ellos, Selene. Hoy necesito tu perdón…

El hombre más poderoso de Roma dejó caer el rostro derrotado sobre su antebrazo sobre la mesa de su *tablinum*. Selene rozó su piel y como en una descarga, sintió una oleada de angustia. Pese al aura de poder que envolvía a aquel hombre había algo oscuro y denso detrás, un futuro de desgracias, de culpa presentida, de hijas perdidas y de nietos muertos, de esperanzas rotas y de vacío intenso en una espiral de soledad que casi la engulló. Tuvo que apartar su propia mano para que no la rozara tanto dolor. Y supo que la muerte de Marcelo era solo el primer golpe fuerte de muchos, la primera de las desgracias que le esperaban. Y se compadeció…

Por eso, cuando su nuca estaba expuesta desnuda ante Selene, sin guardias, ni lictores, ni pretorianos, como un día había pronosticado Helios, Selene bajó lentamente la mano derecha, la que había alzado sobre su cabello para empuñar el prendedor, y sin deshacer su moño, con un movimiento casi maternal, se la acarició.

XX

Selene y Juba permanecieron en Roma más tiempo del previsto. El pontífice máximo no consideró oportuno oficiar los esponsales de Julia hasta que se aliviara su luto, pero no hubo ningún impedimento en sellar la otra unión. Julo fue desposado con la recién divorciada sobrina del *imperator*. Un honor inmerecido para un hijo de Marco Antonio, dijeron algunos. Un acto de generosidad por parte de Augusto al permitirle ir escalando peldaños.

Solo Selene se fijó en que Marcela, aunque ejercía de perfecta anfitriona, y aunque antes había suspirado por Julo, parecía echar de menos a su esposo. En que Agripa se comportaba como un adolescente embobado con Julia. Y en que Julia no tenía ojos más que para Julo… Observó cómo se miraban los dos. Audaces. Transgresores. E intuyó que hasta Augusto sería capaz de verlo si supiera lo que estaba buscando.

—Ya eres oficialmente sobrino de Augusto —sonrió Selene—. Imagino que pronto te promocionará para un consulado.

—Él era ya triunviro a mi edad. ¿Quieres que me conforme con las migajas de lo que me va dejando?

Le dio miedo la mirada de Julo. Había rozado el reconocimiento y quería más. Era buen orador y carismático. Sería capaz de arengar a quien se propusiera si así lo deseaba. Eran piezas en el juego de Augusto. Todos lo eran, pero ¿no era aún más peligroso arriesgarse a salirse del lugar asignado?

—Escondes algo… —susurró Juba a sus espaldas detrás de una de las columnas del atrio—. Algo más de lo que ya escondes habitualmente…

Se volvió interrogante. Juba alzó la copa hacia ella. Llevaba los ropajes de gala de la casa real mauritana y su nuevo aspecto de rey bárbaro despertaba suspiros en las graves matronas romanas. Le había visto sonreír, seducir, salpicar las conversaciones de miradas y roces. Volvió la vista al frente.

—Yo diría que tú también escondes algo… O que podrías hacerlo, si quisieras…

—¿Como qué?

—Todas te miran —reconoció ella—. Podrías escaparte por uno de estos pasillos con la dama que escojas…

—Dudo que la dama que escoja acepte escaparse conmigo…

Selene notó la intención en su tono. Ahogó un suspiro. Apretó la espalda contra la columna para seguir hablando sin mirarlo.

—¿Y por qué piensas eso?

—Porque a veces en una batalla, ambas facciones, la una frente a otra, son tan fuertes que las dos retrasan, voluntaria o involuntariamente, el enfrentamiento por el miedo a intentarlo. Las dos se respetan y se temen lo suficiente como para saber que ninguna de las dos saldrá indemne del choque…

—Como Roma y Cartago… —apuntó ella.

—O como Roma y Egipto… —sugirió él.

—Siempre hay bajas en una confrontación. —Se encogió ella de hombros.

—Pero el problema nunca son los soldados. Eso a los gobernantes no les importa. El problema es el miedo a volver a intentarlo. Ese nombre que se queda como una metáfora del terror y que es capaz de mantener al adversario paralizado.

—Como Aníbal… —propuso ella.

—O como Cleopatra… —susurró él más cerca.

Ella sonrió levemente halagada. Le gustaba ese juego mental que no se le ocurría con quién más podría llevar a cabo. Le gustaba ese acercamiento propiciado por el entorno fácil en que de algún modo habían crecido. Los festejos, la boda y el vino ayudaban. Y la avidez por vivir el momento tras la prematura muerte de Marcelo. Y la feliz circunstancia de que la concubina amazig estuviese demasiado lejos de la casa de Augusto. Y la abrumadora realidad de la tensión con la que se deseaban sin desear mostrarse vulnerables.

—He visto cómo miras a Julo —confesó él—. ¿Te recuerda a Helios?

Ella suspiró.

—No. Le miro tratando de leer en él un poco de futuro. Como el augur miraría las entrañas de un animal sacrificado.

—Pero es una boda magnífica. ¿No te alegras por él?

—Esto es una partida. Larga. No sabré si debo alegrarme hasta que no conozca el resultado.

—Quizá hubiera preferido a la hija del *imperator* —reconoció

Juba—, pero, dadas las circunstancias, Marcela es un regalo. Espero que Julo sea lo suficientemente listo, porque solo tiene dos opciones. Como tú.

—¿Como yo?

—Como todos. —Su voz sonaba muy cerca de su oído—. La primera es la clásica y suicida: luchar contra lo que no te gusta, lo que crees que te imponen…

—¿Y la segunda?

—Aprender a amarlo…

Selene se dio la vuelta sorprendida para encontrase a unos centímetros del rostro de Juba. Olía a cuero y al vino de Falerno que brillaba en sus labios. La besó sin mediar ninguna otra palabra, como si no hubiera podido dejar pasar ese momento. Como si presintiera que no habría ninguna otra oportunidad para intentarlo.

Selene recibió el beso inesperado como la playa que recibe el envite de la ola, por eso quizá, cuando él retiró sus labios, fue ella quien sintió que los necesitaba. Que los había extrañado sin saberlo durante mucho tiempo.

Fue ella quien aventuró un segundo roce para regocijo de un par de esclavos que pasaban cerca. Fue ella quien apoyó la mano en su pecho y lo encontró duro y acogedor a un tiempo. Fue ella quien buscó sus caderas con las suyas porque sintió que el torbellino de emoción y deseo que sentía no podía atascársele en la garganta por una espiral de enfados, de ofensas y de engaños que ella misma había propiciado.

—Por Júpiter, me pregunto qué manda poner Marcela en el vino de sus bodas —suspiró con cierta ironía el rey mauritano.

Ella rio, le tomó de la mano a escondidas, como Helios hizo con ella cuando apenas eran unos muchachos. Se deslizaron por los corredores, divertidos y cómplices, con la equívoca sensación de estar escapando. Selene salió al exterior, a los jardines de la *domus*, y se deshizo de las sandalias para sentir el latir de la tierra bajo sus pies descalzos. No había luna llena, pero sí una luna creciente que la envolvía de plata entre los cipreses que bordeaban el camino. Los dos, vencidas las prisas de la huida, sabían adónde se dirigían lentamente sus pasos. No había ningún otro templo en el mundo conocido que les hubiera podido unir tanto.

Empujaron las pesadas puertas de madera e invocaron la

protección de Apolo. Estaban prácticamente en un lugar sacro. Las luces titilaban en sus puestos y un eco de eternidad subrayaba sus pasos. Sobre sus cabezas, en cientos de nichos, miles de pergaminos, el saber de todo un *imperium* dormía su sueño olvidado.

—Deberíamos renovar nuestros votos —propuso él con voz ronca—. Donde tú seas Gaia, yo seré Gaio.

Alguien, quizá el propio Augusto, había dejado unos rollos de pergamino abiertos sobre una de las mesas de madera. Juba se detuvo en seco y frenó los pasos excitados de Selene. Se miraron escuchando solo el rumor de su respiración muy despacio. Él soltó los lazos del vestido, acarició la carne palpitante de su escote y deslizó la túnica verde que cubría su cuerpo hasta los pies descalzos. Le deshizo las trenzas, y el pelo, largo y ondulante, cayó en una cascada sobre la camisa interior. Ella le miró largamente, una mirada húmeda de burla que parecía preguntarle a qué estaba esperando. Él rasgó su camisa, atrapó su cintura entre sus manos y la elevó ligeramente, sentándola en la mesa, con sus pechos a la altura de sus labios. Ella echó hacia atrás la cabeza al roce de su cuerpo, pero la tiara real, sujeta a sus cabellos, permaneció en el lugar donde la había colocado. El resplandor de la luna se filtraba por la claraboya del techo llenándolos de una luz renovada. Una reina desnuda bajo una corona de plata.

Juba la tendió en la mesa y recorrió sus relieves con los dedos, como los mapas que se acumulaban debajo. Olía a cuero viejo y la tinta calcó sus trazos en su piel pálida, húmeda y temblorosa. La estudió con la expectación con que enfocaba cada reto, mirándola a los ojos, estudiándola, moviéndose despacio, y cuando entró en su cuerpo sintió que estaba hecha a su medida, como en el molde del orfebre encaja la joya en la que está trabajando.

Y se pegó a su cuerpo, como tantas veces lo había soñado. Como en las infinitas llanuras de su patria se pegaba al cuello de su montura. Y cabalgó sobre ella en cien mil posiciones, en cuarenta mil ritmos, con sus muslos desnudos dirigiendo cada galope, cada trote, cada salto; sin barreras, caminos ni horizontes, con la comunión y el deleite que solo un jinete númida puede experimentar cabalgando.

XXI

En su palacio de Volubilis, Selene construyó su propio *lararium*.

Octavia había incorporado la figura de Marcelo a los dioses de su casa y a Selene, por primera vez, le conmovió la costumbre romana del altar con los familiares muertos. Sentía un alivio genuino cuando hablaba en voz alta con ellos. Y cuando le mostraba a su hijo Ptolomeo el sitio del que venía.

La gastada figurilla de Isis que le había regalado Octavia era su madre; la figurilla hispana de Hércules que le había regalado Juba, su padre. Ella misma acudió con las lavanderas al río Khoumane, al lecho de donde las mujeres extraían la arcilla para hacer sus cuencos de cerámica. Con paciencia y cariño logró realizar cinco toscas figurillas.

Al lado de su madre colocó una de ellas con una de sus sortijas en la cabeza. Era la corona del Alto y Bajo Egipto que legítimamente debería haberle correspondido al faraón Ptolomeo César.

Al lado de su padre depositó otra y en la mano alzada le introdujo una diminuta flecha que formaba parte de un camafeo. Antilo. El arquero.

La más pequeña de ellas era Ptolomeo. Fue la única a la que dibujó una sonrisa.

La más ligera era Helios, porque le había permitido volar. Porque para ella, como Osiris, transitaba un sendero entre dos mundos.

La más pesada era Marcelo, porque la había atado a la tierra. A la parte de la tierra con la que nunca había esperado congraciarse. A su mitad romana. A la que también eran su tierra y su familia. Su funeral le había permitido despedirse de Roma con el corazón sanado, con la cabeza alta, sin heridas, sin miedos, sin rencor.

Sin tener que derramar sangre para lavar ninguna venganza.

En algún lugar de la travesía de vuelta, el perdón había rellenado el espacio que antes ocupaba el odio.

«Mírame, Calíope —se dijo—. ¿Ves como sí se puede seguir amando?».

El verano había llegado a Volubilis cuando volvieron. Los días eran largos y nítidos. Para debatir, para planear expediciones, para deleitarse juntos en un recital de Crinágoras, para salir a tomarle el pulso a las calles, para montar a caballo… o para encerrarse juntos en las habitaciones de palacio.

Tiggedit, la hija de Aderbal, desapareció de las estancias del rey. Juba empezó a pasar más tiempo con el pequeño Ptolomeo. Los arquitectos terminaron el Iseum. El propio Crinágoras se encargó de ayudar en el diseño del teatro.

Oficiales griegos, macedonios y egipcios se incorporaron a la nueva corte. Selene comenzó a gobernar *de facto*. Las familias acomodadas encargaron mosaicos con aire oriental para sus villas. Se terminaron el acueducto y las termas. La vida bullía en el foro y el mercado. Roma quedaba lejos. Las relaciones eran cordiales y la paz estaba garantizada.

Augusto empezaba a ser visto como un dios para el pueblo de Roma y, sin embargo, desde la distancia que le proporcionaba Mauretania, para Selene adquiría, por vez primera, un cariz casi humano.

Solo había dos cosas que podían empañar esa recién nacida calma doméstica, esa ilusión de corte macedónica en el norte de Libia, esa recreación del mundo de música, belleza y pasiones en el que Selene se había criado. Para Juba eran los constantes alzamientos contra la presencia y los intereses romanos, que incluso en las tranquilas tierras de Mauretania se habían recrudecido, aprovechando su estancia en Roma; para Selene, era el desafortunado destino de Bogud, a quien, pese a todo, Juba no había perdonado.

Aún no sabían que ambos sucesos estaban íntimamente ligados.

XXII

—¡¡Vamos!! ¡¡Vamos!! ¡¡Tranquilidad!! Hablemos de uno en uno… —propuso Juba, golpeando la mesa de madera de la sala de recepciones.

—¡Es inaudito! —gritó uno de los jefes venidos de Numidia—. ¡No podemos permitir ese atropello!

En un alarde de sinceridad, Juba había expuesto ante su consejo la misiva de Augusto con las últimas peticiones de Roma, quizá sin calcular que lo que a él le sonaba como la súplica de un amigo, a oídos de sus consejeros, sonaba a exigencia desmedida, a la consabida prepotencia romana que, como en un contagio de Numidia, la mayoría no estaban ya dispuestos a permitir.

Un hombre caracterizado con los velos oscuros de las tierras del interior apoyó abiertamente al númida y se colocó, en pie, a su lado.

—Por favor, tomad asiento —pidió el rey. Observó de reojo a su jefe de caballería. Aderbal estaba en pie, con los brazos cruzados. No parecía tener intención de sofocar la pequeña revuelta en su propio palacio.

—¿Dejaremos morir de hambre a nuestros hijos solo para que no mueran los hijos de Roma? —declamó un anciano.

—¿Os creéis esa patraña? —rio otro—. En Roma no muere nadie de hambre. Solo quieren especular con nuestro grano. ¡Que se lo pidan a Egipto!

Egipto. Selene escuchó el nombre de su tierra sin torcer el gesto. Así que ese era el problema de fondo: el trigo de Egipto no estaba llegando a Roma. ¿Se habría interrumpido el ciclo eterno de Nilo al no haber faraón, como siempre predecían los sacerdotes que sucedería, o se trataría, sencillamente de un sabotaje? ¿Estaría Helios allí, combatiendo de algún modo, negándole el trigo a Roma para rendirla por hambre, como en un asedio?

«¿Sabéis lo que hacen los animales cuando tienen hambre? —les había preguntado la desventurada Rhea, cuando eran niños—, se mueven, atacan, matan… para sobrevivir, pero matan».

—¡Por los dioses! —El puñetazo de Juba sobre la mesa la sacó

de su abstracción—. No se trata de un robo. Roma va a comprar nuestro trigo. Está teniendo problemas con el abastecimiento por los conflictos en Egipto e Hispania, pero eso son provincias romanas. Nosotros somos un reino independiente. Comerciamos de igual a igual. Venderemos nuestro trigo. El Gobierno lo comprará a los agricultores y Roma se lo comprará al rey de Mauretania.

—¡Y el rey de Mauretania se enriquecerá entretanto!

—¡Queremos que las cuentas sean públicas!

—Vendemos trigo a Roma para que lo reparta gratuitamente. ¿Por qué no repartimos nuestro trigo aquí?

—Eso. ¡Que el rey abra los graneros!

—¡Silencio! —clamó Juba de nuevo, tratando de atajar las críticas—. Roma es un estado aliado. Ha pedido ayuda y la ayudaremos. La *lex frumentaria* garantiza la entrega de trigo gratuitamente a los sectores más desfavorecidos de la población romana, pero eso no significa que Roma no nos lo pague.

—¿Y a qué precio lo hará, Juba? —preguntó Aderbal, con ironía —. ¿Al de la lealtad de tu pueblo?

Juba se detuvo, vagamente descolocado. No había previsto el enfrentamiento con sus propios consejeros. ¿Ese era el momento que su comandante elegía para sentirse menospreciado?

—Aderbal, no podemos negarle el grano a Roma…

—¿Y sí puedes negárselo a los tuyos?

Juba observó los rostros que asentían, las expresiones airadas que se colocaban del lado de Aderbal. Las miradas hostiles que le decían: «No eres de los nuestros». Sabía que tenía que abortar esa muestra pública de disensión.

—¡Estás a mis órdenes, maldita sea, Aderbal! ¡Harás lo que yo te pida que hagas!

Aderbal le miró con un desprecio evidente. Sus dedos se crisparon.

—¡Por supuesto —masculló—…, señor!

Se cuadró y se dio la vuelta, dándole ostensiblemente la espalda y retirándose de la estancia sin que nadie se lo hubiera ordenado. Un solapado desacato, observó Juba. Paseó su mirada por la mesa y nadie se la devolvió. Selene suspiró preocupada; Aderbal era el nexo con las tribus. Cada una gobernaba en su territorio, en su pequeña fortaleza, cada una administraba sus recursos y cada una

comandaba su ejército.

Sin el consenso con ellas, el rey de Mauretania no era nada.

Y esperó que Juba entendiera que había llegado el momento.

—¿Se puede saber qué ha pasado ahí dentro? —preguntó Juba. El pulso le temblaba levemente mientras se servía una copa de vino. Había tenido que hacer uso de toda su sangre fría para finalizar la reunión. Por un instante pensó que podrían rebanarle la garganta en su propio palacio.

—Que Aderbal no se conforma con un segundo puesto. —Selene lo veía muy claro—. Y que estaba esperando el momento oportuno para hacer evidente tu falta de liderazgo…

—No es tan difícil de entender —se indignó Juba—. Se hará un inventario de grano, se garantizará el trigo para alimentar a los nuestros y se venderá el excedente, pero no puedo hacer eso sin saber de qué población estamos hablando… Necesito hacer un censo entre esas malditas tribus que se sienten expuestas a los dioses porque sus nombres figuren en algún lado.

—No es por eso —le corrigió Selene—. Temen que sus hijos figuren en algún sitio para que no sean reclutados para las guerras de Roma…

—Nadie va a hacer ninguna leva aquí. ¿De dónde han sacado eso?

—Es lo que se oye en todos lados. En los templos, en el foro, en el mercado…

—Alguien está desinformando a la población…

Juba apretó sus nudillos, preocupado. Selene se acercó a él.

—No hace falta. Tus asesores en las zonas rurales, tus ingenieros, Juba… —le hizo ver ella—, son romanos. Prevén nuevas cosechas en zonas tradicionales de paso de ganado. Incurren en peleas con los pastores. Desvían el agua de los ríos para garantizar los regadíos, desecando otras áreas. Sus medidas afectan a la población rural…

—Las medidas siempre afectan a alguien, Selene. Por eso haremos un censo de damnificados y veremos a quién hace falta indemnizar…

—Son medidas romanas, Juba. ¿Te estás oyendo? —le criticó, indignada—. Censo. Indemnización. ¿De verdad les vas a decir a las tribus que Roma les va a pagar por sus tierras? ¿Por qué no le

ofreces tu cuello a Aderbal directamente?

—¿Estás de parte de ellos?

—Soy la reina —exclamó con una majestad heredada—. Y estoy de parte de mi pueblo. Por complacer a Augusto estamos provocando un problema en nuestra propia casa.

—Muy bien. ¿Qué me propones? ¿Un castigo ejemplar para quienes no acepten las condiciones del tratado?

—No. Eso desatará las críticas contra ti. Dirán que no puedes ser hijo del gran Juba. Que fomentas la represión… Que eres un maldito romano.

—¿Un maldito romano? —Juba soltó una carcajada estentórea—. ¿Eso es lo que te cuentan tus mujeres bereberes que se dice de mí? ¡Un maldito romano! —Le tiró un rollo de pergamino, que cayó al suelo—. Esta es la misiva de Augusto. Bárbaros númidas, nos llaman en el Senado. El pueblo de Roma se pregunta por qué no retribuye Juba el generoso regalo de su amigo Augusto. Quieren saber qué pasa con el trigo de Mauretania.

Selene caminó por la estancia nerviosamente.

—Necesitamos llegar a acuerdos, Juba. Tomar la iniciativa. Hablar con los líderes de las tribus. Con todas. Me ofrezco a ir en tu nombre con el representante que designemos. Para cerciorarnos de que las cosas se cuentan como queremos contarlas…

—Puedo ir yo mismo, Selene…

—No te escucharán. Déjame ir a mí. —Alzó la cara con orgullo. Juba se fijó entonces en el velo negro con espejuelos, los ligeros tatuajes tribales que había adoptado y los pesados adornos de ámbar y plata que la hermanaban con las mujeres amazigh—. Para ellos tú eres el indigno hijo del rey Juba; el perro de Augusto. Yo soy la resistencia; la hija de Cleopatra.

La miró largamente y asintió, a su pesar.

—Necesitamos un intermediario —admitió pensativo, tamborileando nerviosamente con los dedos sobre la superficie de la mesa—, pero no puedo fiarme de Aderbal.

—Lo sé —admitió Selene, alzando el rostro, segura de sí misma—. Por eso se lo pediremos a Bogud.

Se hizo un silencio espeso. Juba la miró lentamente. Un gesto le cruzaba el rostro, como si la mera mención del nombre de su antiguo comandante le doliese. Ella le tendió una misiva, arrugada

y tiesa, que olía a sargazos. Él la tomó con cautela. Era una escueta nota de Bogud dirigida a la reina. En ella le pedía que notificara al rey Juba que tenía conocimiento de una conjura para acabar con su reinado.

—¿Te carteas con él? —inquirió Juba, incrédulo y dolido.

—No. Le he escrito varias veces a lo largo de estos dos años —confesó, enfrentando su mirada—, a través de personas de mi confianza, pero jamás abrió ni una sola de mis cartas. Es la única vez que por el mismo canal me ha hecho llegar esta nota. ¿Sabías algo?

—Me ha escrito a mí también en este tiempo —admitió el rey—. Alcides tiene órdenes expresas de que se quemen todas y cada una de sus cartas.

—Por eso entonces esta me la ha mandado a mí…

—Selene… —comenzó muy lentamente. Cerró los ojos, agotado—. Podría haberte repudiado. Podría haberte enviado al exilio, en uno de esos islotes llenos de mierda y cabras. Por respeto a tu hijo, solo le mandé a él… No tientes los límites de mi compasión.

—Mandaste a un inocente, Juba —le dijo ella, tomando su rostro entre las manos, mirándole a los ojos—. Por favor, confía en mí. Bogud nunca tuvo nada que ver conmigo. Solo te pido que me creas. Y que respetes mi silencio.

—No puedo… —susurró—. No es fácil. Te prometí que criaría ese hijo como si fuera mío y sabes que lo haré. El Juba que conociste en Roma quiere pensar que hay un motivo oculto que él no alcanza a entender. El Juba que tiene un reino que defender solo ve la traición que se esconde detrás de la figura de su heredero.

—¿Traición? —preguntó ella con una voz dulcísima. Juba sintió que esos ojos de miel líquida le penetraban hasta el alma, y que las manos que acariciaban su nuca le anudaban a ella como la hiedra al tronco de roble—. Traición es lo que está planeando Aderbal, esposo. Acude a Bogud. Permite que te ayude o no tendrás que volver a preocuparte por tu heredero, porque no le quedará nada que heredar.

XXIII

—Por las tetas de Tanit, habéis tenido suerte, señores —advirtió Mezyan, mientras les ayudaba a desembarcar en el cochambroso pantalán—. El mar está hoy como un plato, pero yo he visto al Neptuno de los malditos romanos enfurecerse en estas rocas, con olas que barren el islote entero. Quizá —sonrió mostrando unos dientes ennegrecidos— seamos el tesoro que guarda tan celosamente…

Juba le entregó los salvoconductos. Los de él y su esclavo. De parte del rey. Selene se revolvió inquieta en sus ropas, ambiguas y pesadas, mientras el hombre la escrutaba con curiosidad.

—Tened cuidado con vuestro efebo, señor. No lo dejéis muy suelto por aquí. Estos hombres no han visto carne sin pelos en muchos años.

—Eso no dice mucho sobre cómo se mantiene la disciplina en la isla…

—Cada vez es más difícil, para serte sincero. ¿Qué castigo imponer a quien sabe que va a morir aquí? He visto hombres rebanarse la garganta con conchas de *murex* afiladas. Y eso debe de doler…

—¿Cuántos trabajadores hay aquí en Purpuraria?

—Cada vez menos. Unos ciento treinta quizá.

—¿Mueren?

—Desertan.

—¿Desertar? —Juba compuso un gesto escéptico—. ¿Adónde se puede ir desde aquí?

—A matar romanos, señor. La mayoría lo prefiere. Se van en los botes de los pescadores o con los que nos traen suministros. Los reclutan. Solo prometen sangre. Ni gloria ni dinero. A la mayoría les vale con tal de salir de aquí. Y eso lo consiguen, debo decir; porque ninguno ha vuelto.

—¿Y la guardia del rey?

—La guardia del rey, señor, como el rey mismo, no es excesivamente popular por aquí. Algunos están en tierra firme, otros en el fondo del mar. Los vivos vienen a por el tinte cada dos

jornadas. Los muertos nos visitan por las noches. —Escupió sobre las mismas rocas por donde caminaba descalzo y esbozó una sonrisa —. ¡Bienvenidos a Purpuraria!

Caminaron por senderos intransitables de roca gastada hasta llegar al galpón donde se hacinaban los trabajadores. Vestidos con ropa miserable, con pelo y barbas crecidas, como condenados y con pieles curtidas de la sal y el viento, todos los miraban al pasar. Sus brazos y sus piernas tenían un color sobrenatural por la constante inmersión en el tinte púrpura. Selene se sintió golpeada por la realidad. ¿Cómo un color tan bello podía fabricarse entre tanta miseria? Se tapó disimuladamente la nariz con el manto. No era el mejor lugar para parecer exquisita, pero el hedor le provocaba ganas de vomitar. Un olor ácido y salobre, a mar embalsado y bichos muertos. Pese a la guardia que los acompañaba, se sentía vulnerable. Dos macedonios, dos númidas y dos romanos. Seis oficiales les escoltaban sin mudar el gesto.

—Bogud, sal de donde te escondas y componte un poco —gritó Mezyan—. Ha venido a verte un caballero desde Oualili.

—Mezyan. —Bogud apareció, vestido tan solo con un taparrabos de piel, y agachándose desde debajo de una precaria tienda. Llevaba una tablilla de cera y un estilete con el que parecía apuntar algo—. Pedazo de mierda seca, deja de interrumpirme mientras estoy haciendo cuentas o me tocará volver a empezar…

Alzó la cabeza. Abrió desmesuradamente los ojos al verlos. Su mirada pasó, incrédula, del uno al otro. Selene vio en sus labios resecos grietas que no existían antes y arrugas en torno a sus ojos, abriéndose en su piel tostada, como pergamino crujiente. Se volvió rápidamente para que su mirada no le incomodara, pero Juba mantuvo el gesto.

—Te dije que te compusieras —advirtió Mezyan al constatar su sorpresa.

—Por las barbas de Neptuno… —aceptó a balbucear.

Bogud se quedó mirando a los recién llegados. La desnudez de su cuerpo parecía ser la última de sus preocupaciones. Los miró a ambos, sin saber exactamente cómo reaccionar. Venían embozados, pero hubiera reconocido en cualquier lugar al rey de Mauretania, que le sostenía con altivez la mirada. Al menos hasta que detrás de Bogud apareció el cuerpo flexible de un joven. Con gestos

afeminados, los ojos clavados en Selene y sin disimular el roce de las pieles, el muchacho le introdujo una sucia túnica abierta por los brazos.

—Gracias, Aylal —dijo Bogud cuando recuperó el habla—. Mezyan, busca por ahí, consígueme un poco de leche y unos dátiles. Ah, y unas banquetas para que mis amigos no tengan poner el culo en estas piedras llenas de conchas muertas. Les estaba esperando —sonrió con ironía—. Llevamos mucho tiempo sin vernos. Y si se han molestado en venir personalmente hasta aquí, sin duda es que tenemos mucho de lo que hablar.

Bogud había tardado poco más tres meses en hacerse dueño de Purpuraria. La peligrosa combinación de su carisma y sus puños le habían ayudado a medrar. Mezyan se había convertido en un fiel escudero y él mismo mantenía a raya a la guardia real. Mientras llegara el producto esperado a los galpones de tierra firme nadie preguntaría si se producía menos o se producía más. Pero desde la isla, los propios prisioneros vendían el excedente a los pescadores que lo llevaban directamente a Tingis, desde donde salía de contrabando para las costas de Hispania. Eso proporcionaba dinero. Y el dinero compraba condiciones mejores. En aquel lugar tan cerca de la costa y tan lejos del control de todo el mundo, ser bandolero no era lo peor que podía pasar.

Él fue uno de los primeros en criticar al nuevo rey, a la pantomima de casa real y a sus amos romanos. Había confiado en que cuando Juba se diera cuenta de su error le mandaría llamar, pero el tiempo pasaba y el que había sido hijo del mejor comandante de caballería del viejo rey Juba se pudría en una isla miserable apestando a pescado y a mar. El ambiente era tan adecuado para la subversión que, a sus órdenes, se empezaron a planificar acciones que quizá nunca tuvieran ocasión de realizar. Era el rencor quien hablaba, reconoció Bogud, sin molestarse en pedir disculpas por ello. Todos eran sabotajes irrealizables.

Hasta que un día llegó la oportunidad.

—Llegaron con la primavera. Uno al mando y dos más como subalternos. Hacen lo mismo en todos lados, luego lo supe. Entre los pescadores, los esclavos, los mendigos… Todos les valen. Buscan gente que no tenga nada que perder, porque la verdad es que no hay nada que ganar. Al principio, todos, y yo el primero, pensamos

en una resistencia heroica y gloriosa contra Roma. Luego, con el tiempo, me di cuenta de que nos utilizaban de carnaza…

—Pero ¿quiénes son?

—Un puñado de iluminados. El que está al mando se hacer llamar Magec, el que brilla. Un joven carismático que parece venir de la frontera oriental. Habla como un príncipe y mata como un pirata. Proponía grandes acciones. Antirromanas, todas. Tenía información sobre graneros, flotas, avituallamientos… Y consiguió levantar a la gente que le siguió, encendida, sin pensar. A mí también me conquistó, no voy a decir lo contrario a estas alturas. —Se dirigió a Juba con una mirada tan dura como la piedra gastada de aquel islote infecto—. Lo único que deseaba era castigarte, porque no te habías molestado en escucharme, porque habías dudado de mí…, porque me habías robado la dignidad.

Juba bajó la vista. Bogud tomó un sorbo de leche de cabra que especiaba con el dulzor del dátil. Sus labios y sus barbas se impregnaron del líquido blanquecino. Su acompañante pasó sobre ellos su dedo pulgar para limpiárselos.

—Pero luego —admitió—, cuando empecé a pensarlo… Eran acciones aisladas… Sin ningún plan detrás. Yo estoy acostumbrado a la estrategia y la suya no me cuadraba. Era tan suicida que llegué a pensar que le mandaban los mismos romanos para identificar a los desafectos…

—No me sorprendería —admitió Juba—, pero quiero pensar que lo sabría…

—Tienes demasiada fe en tus socios, rey Juba. —Bogud sonrió con gesto irónico; era obvio que no compartía su opinión.

—¿Qué sucedió?

—Qué sucede —le corrigió él—. Sucede que tu reino se incendia sin que tú veas ni siquiera el humo. Que esa pandilla de guerreros sin cerebro es más rápida de lo que puedas imaginar. Que el odio se propaga, Juba —entrecerró los ojos— como el fuego azuzado por el viento. Y yo, que pensé que albergaba el suficiente, empecé a mantenerme al margen cuando los objetivos dejaron de ser económicos y exclusivamente romanos para poner en peligro a la casa real. Cuando supe que tu nombre, Juba, estaba entre el de las personas con las que incitaba a acabar violentamente en sus arengas. Instigaba a guardias, a esclavos, a libertos a acabar con

quien estuviera ligado al Gobierno vasallo de Roma… —Movió la cabeza negativamente—. Toda mi vida combatiré la ocupación romana de una u otra manera, pero nunca me enfrentaré a los míos. Jamás.

—¿Llegaste a conocerle bien?

—Nadie le conoce bien. En un tiempo pensé que podríamos trabajar juntos. Tiene un discurso tan encendido, una presencia tan cautivadora que es capaz de embaucar… Pero mi estrategia no pasa por quemar nuestras propias cosechas para que no coma Roma, ni hundir nuestros barcos con los animales del circo o con el *garum* a bordo. Él no quiere acabar con la presencia de Roma en Numidia. Es mucho más ambicioso. Quiere matar al mismísimo Augusto. Quiere sabotear la monarquía aquí. Quiere eliminarte a ti. —Le miró a los ojos—. Yo te odiaba, pero tampoco tanto, imagino —admitió. Se metió un dátil en la boca—. Ahí me descolgué de su operación…

Selene sintió un escalofrío y quiso pensar que era ese viento permanente en el que planeaban, con ojos ávidos, las gaviotas. Se envolvió, inquieta, en sus amplios ropajes. Juba asintió levemente. El sol empezaba a ponerse y las sombras se alargaban. Observó a Bogud. Sus ojos brillantes, su gesto altanero. Se alegró de que no le odiara. Se arrepintió de haberle odiado él. Miró a Aylal, semioculto en las sombras, atento a sus palabras, al más mínimo de sus gestos… ¡Qué evidente parecía todo ahora! Bogud jamás se había casado; jamás pagaba los servicios de una prostituta… Era cierto que a veces, en el fragor de las tabernas, le había visto besar a uno de esos efebos griegos que jugaban a la confusión, como había hecho él mismo, o César o el propio Antonio…, pero ahora… ¿de verdad había pensado que era él quien había seducido a su esposa? ¿De verdad se había negado a creerla? Se sentía tan avergonzado que no sabía cómo pedirle perdón.

Y si no era suyo, por todos los dioses, ¿quién era el padre del pequeño bastardo de Selene?

De uno en uno. Los problemas de uno en uno, pensó.

—¿Cuál sería tu estrategia?

—El diálogo. Las concesiones pactadas. La que ha sido siempre. Tú la conoces. Volver a los representantes de las tribus. Él se ha erigido en su portavoz y las ha colmado de odio… No es difícil,

porque hemos tenido veinte años de ocupación romana. Pero ahora que Augusto nos ha devuelto un reino, no es momento de dar marcha atrás ni de desatar su ira. Roma podría barrernos como barrió a Cartago. Hay que saber cuándo empuñar las armas y cuándo hacer cesiones.

Juba posó sus manos en los hombros de Bogud. El hombre se estremeció involuntariamente, como ante una caricia inesperada. Le observó cuidadosamente.

—Te necesito en mi Gobierno —admitió Juba, apretando los labios—. Y en mi vida, Bogud. Si no es tarde.

Bogud ahogó el suspiro que le nacía del pecho.

—Llevo dos putos largos años esperándote, Juba —admitió con acento dolido—, pudriéndome en este agujero. Llevo dos putos largos años escribiéndote en busca de una explicación o una disculpa, cagándome cada día en todos tus ancestros para que ahora aparezcas de la nada y pretendas que vuelva a tu lado, palmeándome el lomo como a un perro, con una conmovedora escenita de perdón…

—¿Qué puedo hacer…?

—Nada. No lo estropees. Me tienes a tu lado. —Se apoyó a su vez en los hombros de Juba, estrechándolos, hasta que sus frentes se rozaron. Cerró los ojos con fuerza. Selene notó la tensión en sus brazos, que aferraron el rostro de Juba y le acercaron a él hasta besar sus labios—. Aunque tú no te hayas dado cuenta —admitió con acento fiero—, es donde siempre he estado.

Los ataques contra intereses romanos se recrudecieron. Ardieron naves cargadas con aceite en los puertos de Lixus y de Tingis; se quemaron los campos de cereal en las fértiles vegas e incluso los olivares que rodeaban Oualili, poniendo en peligro la ciudad. Se repartieron el trabajo. Juba diseñó una estrategia defensiva que protegiera los posibles objetivos y armó un ejército; Selene cabalgó junto a Bogud, como representante de la casa real, para hablar con los jefes y cerrar compromisos. Algunos los recibían en un ambiente de hostilidad abierta. Como si le abrieran la puerta al enemigo. Juba pensó en pedir efectivos a Roma, era contraproducente perder soldados mauritanos por defender el trigo que se comía Roma; Selene le convenció de que una mayor presencia romana legitimaría el discurso de los rebeldes y azuzaría aún más el descontento.

Se enviaron espías e informantes hacia los cuatro puntos cardinales que marcaban las cruces del desierto, las brújulas con que los númidas se guiaban; se pidió la colaboración de las tribus y se ofrecieron prebendas a quienes entregaran al cabecilla. Nada dio resultado. En Ostia, Tiberio, el edil encargado del reparto del trigo, que veía pasar los días sin que las naves que habían partido a por el cereal volvieran, dio noticia a Augusto y al Senado, que exigió por escrito explicaciones al rey. ¿Se estaba reteniendo a la fuerza a la flota romana en los puertos mauritanos? Juba decidió embarcarse para ir personalmente a explicar la situación ante Tiberio, el *imperator* y el Senado.

Antes de que Roma decidiera que aquel estado aliado no podía gobernarse por sí mismo.

En su palacio de Oualili, cercado por la guardia, con Aderbal huido, con una sensación de calma tensa, y sin saber qué ojos conspiraban para acabar con sus vidas, Selene se sentó sola en el salón de recepciones acariciando los ricos labrados de su trono de madera dorada. Una reina enfrentándose a una situación convulsa, como tantas veces habría hecho su madre. Con cada soldado romano que caía, con cada hombre, mujer o niño mauritano que moría defendiendo sus campos o frente a las expediciones de castigo romanas, que no se molestaban en discriminar a sus adversarios, no podía evitar pensar que quizá toda esa carrera de violencia podría haberse evitado.

Se levantó y salió al exterior. Sus guardias se cruzaron y la escoltaron. Subió despacio la escalera hasta alcanzar el camino de ronda y paseó su mirada por los campos. Bogud se situó a su lado.

—Si le cogemos a él, se desmoronará la torre de lealtades que ha exigido —afirmó Bogud con una absoluta certeza—. Será un golpe de efecto. Es en él en quien tenemos que centrarnos, pero es imposible. Más que un líder es ya una leyenda. Las tribus le esconden, le protegen. Nadie le identifica. Está en todos lados y en ninguno —exclamó derrotado—. ¡Es como perseguir a un fantasma…!

¿Un fantasma? Selene sonrió. Ella sabía mucho de fantasmas. La rondaban permanentemente.

—Déjame intentarlo a mi modo, Bogud —propuso Selene. A Bogud le impactó su mirada perdida, más allá de las columnas de

humo que arrasaban los campos.

—¿Qué puedes conseguir, señora? —inquirió el comandante—. ¿Qué es lo que crees que puedes intentar que no hayamos intentado?

—Quiero ofrecer una recompensa…

—¿Crees que no lo hemos hecho ya? Nadie le venderá. Le tienen demasiado miedo.

—Confío en ti —le recordó con una sonrisa—. Haz correr la voz. La propia reina se entrevistará con quien pueda facilitarle noticias sobre ese rebelde. Esperaré cada día a la hora nona en el Iseum —continuó Selene impertérrita—. Un espacio sagrado.

—No podéis hacer eso, señora —insistió Bogud—. Ni yo puedo permitirlo.

—¿Vas a encerrarme para que no pueda ir a rezar con mi esclava y mi hijo al Iseum?

Bogud emitió un sonoro suspiro.

—El rey me matará, señora. Ahora sí —suspiró resignado—. ¿Qué recompensa ofreceréis?

—Doscientos mil sestercios —afirmó convencida—. Manda decir que es la cantidad que ofreció Augusto por el caudillo Corocotta en Hispania. No creo que ese caudillo valga menos. Ni más.

—No vendrá —exclamó convencido Bogud—. Los leones del Atlas, señora, se cazan con armas, no con cebos.

—Imagino —sonrió Selene con dulzura— que todo depende de cuál sea el cebo…

XXIV

Creyó escuchar las puertas abrirse y el resonar de los pasos en la escalinata. Una falsa alarma otra vez. La luz era tan tenue como si el mundo acabara de nacer. Estaba arriba, sola, ante el altar, en lo alto de la escalinata, envuelta en sus túnicas blancas. Encendió una vela y se encomendó a la diosa. Ptolomeo protestó levemente en brazos de Calíope.

—No vendrá, señora.

—Calla.

Ahora sí, el quejido agónico de los goznes se dejó escuchar y una silueta nueva se recortó a contraluz en la puerta. Llevaba una capa amplia y una túnica que cubría las rodillas. Sin armadura, sin miedo, con la espada envainada. Ella tragó saliva. Él comenzó a subir los peldaños paso a paso, con una desenvoltura insultante, como su padre lo hizo el día que encomendaban sus naves antes de la batalla de Actium…, el día en que enfadó a los dioses…

—Sabía que eras tú… —murmuró ella.

—Yo sabía que lo sabías —respondió él.

—Y yo que entenderías mi mensaje…

Se miraron en silencio, a una cierta distancia. Él había cambiado de nuevo. Más fuerte y corpulento. Con el pelo más largo y la barba al estilo de los númidas. Los tatuajes tapados por la sencilla túnica. Por cómo la miraba, ella había cambiado también. Y por primera vez no deseó abrazarlo…

—Te creía en Egipto —le reprochó ella levemente—. Recuperando nuestro reino…

—Tú ya tienes uno —decidió él despectivamente—. Y allí no nos queda ya nada que hacer…

—Veo que has decidido abrazar otras causas…

—Mi causa siempre es la misma. El hombre que me lo robó todo. —La miró con dureza—. Hasta a ti.

—Este no es el camino, hermano. Con violencia Roma ganará siempre. Es más fuerte.

—¿Y cuál es el camino? —la increpó él—. ¿Llorar en sus funerales y reír en sus bodas? ¿Follarse a los maridos que te

toquen?

La seguía. Estaba al tanto de sus movimientos. La tenía vigilada. Selene notó un escozor en los ojos. No sabía si sentirse conmovida o asustada.

—Volví a Roma por el funeral de Marcelo, Helios. Ha muerto.

—Lo sé. Todos morimos, hermana —advirtió con una crueldad inusitada—. Unos antes que otros.

No vio en él ni un ápice de compasión por el niño junto al que se había criado, con quien había entrenado, junto a quien había combatido. El Helios que tenía frente a ella sí habría sido capaz de clavar su daga en el pecho de Julia, pensó con un escalofrío. Sin el menor titubeo.

—Yo he desechado el odio, Helios. La venganza… —Movió la cabeza con un nudo en la garganta—. Que los dioses y nuestros padres me perdonen, pero no puedo más. Llevo años masticando bilis, jurando odio, comprometiéndome a seguir el destino que me estaba marcado, preguntándome qué habría hecho nuestra madre en mi lugar… Tenía diez años cuando me pidió que os cuidara. ¡Diez años, Helios! ¿No es injusto? Porque yo era la más valiente, me dijo… Y yo… Yo solo quería dormirme y no despertar nunca… Diez años. Era toda mi vida. Ya han pasado otros ocho. Casi otra vida entera, desde entonces.

—Yo no puedo dejarlo. Selene. Es lo que único me mueve. Quizá —suspiró resignado— porque no tengo ya nada que perder…

—Todos tenemos cosas que perder… —trató de ilusionarle—. Quiero enseñarte algo. Calíope, por favor, ven…

Calíope se acercó muy lentamente, con el pequeño en brazos, oculto entre sus lienzos. Tenía unos dos años, la misma edad que su hermano Ptolomeo cuando fue coronado rey de Siria, Fenicia y Cilicia en el gimnasio de Alejandría, el día en que Helios tuvo que sujetarle, muy digno, para que no se hurgara en la nariz. El joven miró de lejos la figura de la esclava acercarse, con sentimientos encontrados, como si presintiera que la muchacha que había acompañado su niñez le pudiese tender una trampa.

—¡Detente!

Las puertas del templo se abrieron de nuevo. Selene se volvió alarmada. Había pedido expresamente que no hubiera guardias armados en las inmediaciones. Quería creer que podría dialogar con

él. No temía por su vida. Supuso que, en su celo protector, Bogud habría desobedecido sus órdenes.

Helios se volvió también, con el cuerpo en tensión. Los dos vieron la figura que se recortaba en las puertas abiertas. No era Bogud, sino el mismísimo rey Juba. Tras él se adivinaban las siluetas, perfectamente alineadas, de un contingente de soldados romanos.

¿Cuándo había vuelto de Roma?, se preguntó Selene, inquieta. ¿Quién, por todos los dioses, se lo había dicho?

—¿Qué es esto? —Helios miró hacia Selene, profundamente decepcionado—. ¿Has mandado prenderme? ¿Aquí? Ni siquiera Augusto jugó tan sucio con el caudillo cántabro…

Los labios de Selene temblaron perceptiblemente.

—Yo… no… no sabía nada… —Miró a uno y otro lado, tratando de improvisar una vía de escape a través del cubículo de los sacerdotes, que tenía una salida propia al exterior. El problema era que estaba a ras de suelo mientras ellos estaban en la escalinata—. Te juro por Isis que no… No… lo sabía…

Juba empezó a subir la escalinata con paso lento y firme. Llevaba el arma envainada. En la semipenumbra ninguno de los dos alcanzaba a distinguir los rasgos del otro. Su acento era firme y grave.

—Entrégate, quienquiera que seas. El templo está rodeado. Y no quisiera derramar sangre en él.

—¡Juba, detente! —gritó Selene a la desesperada—. ¡Este es un espacio sagrado!

—No es nada personal contra la diosa, Selene. Pero Roma quiere su cabeza o la mía —escupió Juba con decisión—. Y puedo asegurarte que no será la mía.

Sus tropas avanzaron detrás de él. Helios esperó quieto, muy quieto, como un animal, agazapado. Sus ojos oscuros se movían nerviosamente. Su pecho respiraba agitado. Selene creyó poder oír sus latidos. ¿O eran los suyos propios?

—¡Entrégate y te garantizo un juicio! —clamó Juba de nuevo—. Serás escuchado. Nadie desea una ejecución.

—¿No? —clamó él con el tono de un animal rabioso—. ¿Por qué no? ¡Yo sí la deseo! ¡Ven a buscarme!

—¡Helios, no!

El grito de Selene traspasó las defensas de Juba como una cuchillada de información. Detuvo un segundo su avance para mirar a su oponente a unos escalones de distancia de él. El guerrero rebelde había arrancado a Ptolomeo de los brazos de Calíope y sostenía un cuchillo sobre el cuello del niño. La criatura empezó a llorar. Juba hizo un gesto para detener a los soldados. Selene se abalanzó sobre Helios para arrebatarle a su hijo, pero el joven se deshizo de ella, sin contemplaciones, de un solo un empujón. El cuerpo de Selene cayó por la escalinata de mármol rodando sobre los escalones, hasta quedar inmóvil en el primer descansillo.

—¡Princesa!

Calíope corrió, escaleras abajo en su busca. Se movía, aturdida, gracias a los dioses. La esclava trató de incorporarla, de protegerla, de acunarla contra sí, como cuando era pequeña y tenía que ahuyentar sus pesadillas. Sobre ellas, el pequeño Ptolomeo lloraba en brazos de su captor.

—¿Helios?

Las puertas abiertas sumaban luz a la claridad de las velas. Era fácil reconocer ahora aquel rostro familiar y desconocido a un tiempo. El tono de Juba sonó tan sorprendido como si hubiera visto con sus propios ojos un fantasma materializarse en aquel espacio. Un grupo de cuatro sacerdotes enfundados en amplias vestiduras blancas habían surgido de la sala interior y parecían esperar inmóviles y asustados el desenlace.

—Adelante, Juba. Acércate. Soy yo. ¿Vienes a prenderme en tu propio nombre o en el de tu amo? He muerto tantas veces que no me importa hacerlo una más. Eso sí, esta vez no lo haré solo.

El niño lloró en sus brazos, sintiendo la presión. Sus ojos asustados buscaron a su madre, pero al no encontrarla, tendió los brazos al hombre que se acercaba lentamente hacia él.

—Papá… Papá…

—Esta vez no titubearé, Juba. Manda a tus hombres contra mí y enviaré a tu hijo al infierno…

Juba observó el rostro desencajado de Helios y al pequeño balbuceante en sus manos y entonces lo entendió. Todo cobró sentido. Sintió un suspiro desgarrarse en su pecho. Movió negativamente la cabeza.

—No es mi hijo, Helios —confesó con voz queda—. Es el tuyo…

Helios pareció desconcertado un instante. Observó al pequeño, al que sostenía con su brazo izquierdo, pero enseguida apretó de nuevo el cuchillo contra su cuello.

—Es tu hijo —insistió Juba. Alzó las manos—. No le hagas nada. Me tienes a mí.

—¡Dile a tus soldados que abandonen el templo!

—Pueden hacerlo. Y tú puedes acabar con mi vida, pero te matarán en cuanto intentes salir…

—Habré acabado al menos con uno de los lebreles de Augusto… —musitó con rencor—. ¡Ordénalo! ¡Y tira tu espada!

Desde el descansillo, parcialmente recuperada del impacto, en brazos de Calíope, Selene no daba crédito a la escena que se sucedía ante sus ojos. A un gesto de Juba, su guarnición salió del recinto de mala gana. Él tomó la espada de su vaina, la empuño unos instantes como si sopesara el siguiente paso, y la arrojó a sus pies.

—Ahora, arrodíllate. De espaldas a mí, rey Juba. Y reza a todos tus malditos dioses.

—Helios —murmuró Selene—. Por favor, no.

El sollozo de Selene espoleó aún más su odio. Era aquello lo que ella temía perder. Un esposo y un hijo. ¿Por ese pobre premio le había olvidado? ¿A él, a los sueños conjuntos de venganza y a su sagrada misión?

—Suelta al niño y me entregaré a ti, Helios —prometió Juba—. Dáselo a Calíope.

—¡No! No quiero que nadie más se acerque.

—¡Pues déjale en el suelo! —gritó.

—¡Arrodíllate! —gritó más alto Helios, enajenado—. ¡Arrodíllate y pon las manos en la nuca o lo estrello contra el puto altar!

Calíope gritó asustada. Selene sollozó. Juba alzó las manos sobre su cabeza y se arrodilló lentamente a sus pies, frente a él.

—¡Date la vuelta!

—No.

—¡He dicho que te des la vuelta! —gritó Helios, con la desesperación en la voz.

—¡No! —exclamó Juba—. ¡Mírame! ¡Soy yo! Mantuve el temple de mis hombres para que no arrasaran vuestro puto palacio cuando Augusto entró en Egipto. Te instruí en el Campo de Marte, te libré de la ira de Livia y te salvé el culo más de una vez en Hispania.

Nunca quise herirte. Incluso te traje conmigo para que tu hermana pudiera despedirte con vuestros rituales. ¡Ten la puta vergüenza de matarme mirándome a la cara!

Juba calculó sus posibilidades, pero eran ínfimas. A su guardia, en la puerta, no le daría tiempo a salvar la escalinata. Tenía el *pugio* en su muñeca. El arma preferida de Tiberio. Solo podía usarla en una distancia corta, pero Helios no necesitaba acercarse tanto. Llevaba una espada. Soltó un instante al niño que mantenía contra su pecho para alzar su arma con las dos manos sobre el pecho de Juba y ese fue el momento en el que una sombra alada atravesó las puertas abiertas del recinto y se proyectó, oscura y gigantesca, sobre las paredes del templo. Helios la vio pasar ante sus ojos, nerviosamente, desdoblada por la luz de múltiples candelas, sin poder calcular su trayectoria. Horus llegó desde detrás, clavó sus garras en sus hombros, desestabilizándolo y arrojándolo al suelo.

—¡Salve, gran Antonio! —graznó.

—¡Vamos!

Selene oyó la orden. Uno de los sacerdotes se había despojado de la capucha. Su pelo oscuro y largo, inusual en un sacerdote de la diosa, caía sobre sus hombros en trenzas aceitadas.

Bogud.

Los cuatro falsos sacerdotes comenzaron a subir la escalinata a la carrera con las vestiduras recogidas y las armas desenfundadas. Helios, con un gesto de dolor, trató de incorporarse y recuperar su espada. Juba se abalanzó, pero no sobre él. Encogió su cuerpo sobre el de Ptolomeo, para proteger al niño y escapar con él. Su loriga le protegió del primer golpe, pero no del segundo, que entró bajo su brazo, buscando el corazón.

Juba se encogió sobre sí mismo. Helios le arrancó al niño de los brazos. El gesto del rey le había decidido. Por un breve instante había pensado que podría ser efectivamente su hijo, el resurgir de su dinastía, y como en la noche de la boda, cuando amenazaba a Julia, dudó.

Pero aquel gesto instintivo de protección le convenció. Nadie protegería con su propio cuerpo al hijo de otro.

Bogud se abalanzó sobre él para detenerle, pero ya era tarde. No hacía falta demasiada fortaleza para arrojar a un bebé desde lo alto de las escalinatas del altar de Isis.

Hacía falta mucha más para escuchar el grito de su madre repetido sin fin, en el eco del templo.

XXV

—¿Cleopatra Selene?

—Augusto…

Selene bajó la mirada con una sumisión que el *imperator* no esperaba. La reina de Mauretania había solicitado una audiencia y se había trasladado desde Lixus a Roma, atravesando las Columnas de Hércules, arriesgándose a navegar fuera de temporada. Augusto conocía los detalles de la conjura abortada en Volubilis, e incluso la identidad del líder rebelde. Había jurado contra todos los dioses cuando se enteró. Solo Agripa pudo calmar la ira desatada en su casa. Solo Marcela y Julia pudieron convencerle de que la recibiera. Julo, recién asentado en el círculo de influencia de Augusto, optó por quedarse en un discreto segundo plano. No podía compartir la indignación de Augusto. En secreto, admiraba el arrojo de su hermano menor.

Juba la acompañó. Euphorbo había conseguido recomponer sus heridas. Su presencia era un claro mensaje de que la misión tenía un objetivo oficial y la casa real mauritana estaba más unida que nunca. Era un éxito político, pero a nivel personal la constatación de ese vínculo le provocó un pinchazo chiquitito, como un arañazo cerca del corazón.

Al *imperator* le impactó su presencia. Más madura, más plena e infinitamente más triste. Llevaba el luto por su hijo muerto con la dignidad de una princesa, pero sobre las negras vestiduras, lucía un hermoso manto teñido con la púrpura gaetúlica, la que provenía de sus recién nacidas factorías, la que él planeaba restringir próximamente, en su lucha contra la ostentación, al círculo privado del *imperator*. La elección de esas ropas en una reina cliente podían ser interpretadas como una provocación.

—Te empeñas en despertar mis pasiones más bajas con la elección de tu vestuario —le advirtió con gesto grave—. Hay quien podría malinterpretar tus intenciones.

—No soy menos que tú, Augusto —le recalcó, cansada—. Podría darte muchas razones por las que soy incluso más. Pero hoy me

conformo con venir ante ti como una igual.

—¿Y si tienes tanto poder, qué es lo que vienes a pedirme? —inquirió él con dignidad.

Selene agachó humildemente la cabeza.

—Lo mismo que yo te concedí ya, Augusto. El perdón.

—¡No, no y no! —Augusto golpeó la mesa de su *tablinum* con fuerza—. ¡No puedo concederle lo que pide! ¡Ha dañado vidas e intereses romanos y le juzgará Roma!

—Augusto —intercedió Juba—. Es un príncipe egipcio…

—Incluso los príncipes son ejecutados si ha habido una evidencia de traición… No le perdonaré la vida una vez más…

—¿Y piensas derramar sangre real en la arena? —le preguntó Juba con incredulidad—. ¿Sacrificarle en un espectáculo de circo…?

—¿Por qué no? Es un mensaje que puede entender cualquiera…

—Porque no te servirá de nada, Augusto —le rebatió Juba—. Solo es un rebelde venido de tierras africanas. Un líder mauritano que se ha levantado contra Roma. ¿A quién puede importarle? Nadie sabe que fingió su entierro para engañarnos a todos. Nadie sabe que fue él quien asaltó tu propia casa el día de la boda de su hermana. Nadie sabe que es el hijo de Marco Antonio, Augusto. Todos le creen muerto. Nadie sabe que ordenaste su muerte en Hispania porque eso significaría contarles al pueblo y al Senado que tu pretendida campaña de romanización falló, que la compasión de Octavia falló, que los hijos de tu enemigo demostraron no ser tan sumisos como hubieras deseado…

—Me valdrá a mí —se revolvió Augusto, incómodo—. Yo le veré morir.

—Julo es tu sobrino ahora. Como las Antonias. Selene es mi esposa… ¿De verdad quieres hacerles presenciar la muerte de su hermano en la arena? ¿Para que alguno de ellos decida, en un futuro, abrazar la venganza? ¿De verdad quieres seguir envuelto en esta espiral de odio, Augusto? ¿Hasta cuándo?

—¡Selene también debería ser juzgada! —gritó Augusto, perdiendo el exquisito control sobre sus actos—. ¡Nos mintió! ¡A todos!

—Cuando eres gobernante tienes que tomar decisiones

impopulares… —recitó Juba con una sonrisa triste—. ¿Te acuerdas? Me lo dijiste tú. Tú también me mentiste a la cara diciéndome que Helios había muerto en Hispania. Selene está harta de muertes, Augusto. Tan harta que ya ni siquiera desea la tuya…

Augusto pareció calmarse ante el pensamiento de su propia muerte. Ese terror supersticioso que le había acompañado siempre… Inspiró aire y recompuso su gesto.

—¿Y qué es lo que propones?

—Juzgarle en el lugar donde ha cometido las infracciones. En Mauretania. Es mi derecho. Lo contrario —advirtió con un tono que sonaba a amenaza— sería demostrarle a mi pueblo que es Roma quien rige nuestra política.

—¿Y no lo es? —preguntó Augusto con una sonrisa irónica.

—No puede serlo —respondió Juba con seguridad.

—Yo te puse al frente de ese reino —exclamó Augusto, dolido por su falta de consideración—. Y yo puedo quitarte cuando quiera.

—Ya no, Augusto —le rebatió Juba—. No sin una guerra.

Augusto miró sorprendido a aquel muchacho que se había criado en su casa; a aquel antiguo rehén de su tío que se complacía en el arte de las letras tanto como en el uso de las armas. Había crecido. Mucho. Tanto como las crías de cocodrilo que Cleopatra había regalado un día a César. Tanto que, como ellas, podría arrancarle un brazo de un solo bocado.

—¿Ya no puedo confiar en tu lealtad? —preguntó, herido.

—Puedes confiar en mi amistad, Augusto —le corrigió Juba—; la lealtad es de vasallos.

Augusto asintió brevemente.

—Pues ordena su muerte —le pidió—. En nombre de nuestra amistad…

—Ordenaré la pena que el tribunal decida —advirtió Juba imperturbable.

—Cada día que siga vivo —se lamentó el *imperator*— es un día más en el que soñaré con su cuchillo en mi garganta…

—Antonio, César, Pompeyo, Craso… —Juba se encogió de hombros—. Quizá solo Sila muriera enfermo y viejo en su cama. Si querías dormir bien por las noches, quizá no deberías haber anudado tu destino al de Roma…

XXVI

Allí estaba, la primera de aquel conjunto nuevo de islas del que Juba le había hablado. El archipiélago que había soñado navegar junto a ella, del que Euphorbo trajo aquellas sorprendentes plantas y al que esperaban trasladar, en condiciones menos penosas, la fabricación de la púrpura. Canariae, las habían llamado. Un trozo de tierra despoblado y vacío, salvado del océano, con cantiles agrestes y playas generosas de arenas negras. Las gaviotas se mecían en aquel viento húmedo y suave que removía su pelo. En los mapas el mundo se acababa a esa altura, pero aún no se había acabado y ya estaban a más de cien millas de la costa.

Quizá hubiera más mundos.

Habían pasado apenas unos meses. El tiempo que había necesitado para volver a Iol Caesarea, al mausoleo vacío, encabezando el mínimo cortejo fúnebre por su hijo muerto. El hijo de dos dioses prometidos por los astros, pensó con una amarga tristeza. Quizá, después de todo, el destino al que se había aferrado no era el que le esperaba…

Quizá no éramos los niños dorados de los cantos de Virgilio, se lamentó para sí. Ni los reyes de reyes que anunciaban los profetas judíos. Quizá los mellizos sagrados no eran el futuro de la dinastía lágida.

Las mujeres cantaron nanas de amor y muerte y arrullaron a Selene en su abrazo y sus mantos con una simpatía y una aceptación recién estrenadas. La reina era ya una de ellas, porque había sufrido como ellas. Su hijo se quedaba en Numidia. Y todo el mundo sabe que uno pertenece al lugar donde los suyos descansan.

Hicieron hogueras al atardecer para alejar la noche y a las fieras y contaron historias eternas de desgracias y dolor, narradas de madre a madre, tan viejas como su mundo que era ya viejo antes de que Alba Longa, el germen de Roma, despertara. Y por la noche se quedaron a dormir todas juntas en aquellos pasillos blancos y solemnes, erguidos de columnas entre las que silbaba el viento. Se dieron calor y se tomaron de las manos. Hermanadas. Y trataron de recordar sus sueños con la primera luz del día porque las mujeres

amazigues saben perfectamente que se cumplen los sueños que se sueñan sobre las tumbas de los santos.

—No llores, señora. Eres aún muy joven —la había consolado Crinágoras, su poeta, acariciando sus largos cabellos—. Las hechiceras amazigues me han contado que te han visto en los sueños sobre la tumba de tu hijo. Y que la próxima luna llena estarás en Tingis, celebrando alborozada tu nuevo embarazo.

—Nunca he estado en Tingis —le había respondido tristemente —. Y no creo en profecías ya, Crinágoras. Pero cuando muera, quiero que me entierren aquí. Así nunca estaré sola. Y que las mujeres se tumben a soñar sobre mi tumba lo que no se atreven a soñar estando despiertas…

—¿Ya no sueñas con morir en Egipto, princesa?

—Mi padre quiso morir en Alejandría —sonrió—. Llega un momento en que cada uno sabe dónde está su casa.

Contempló las barcazas en las que se desembarcaba a los prisioneros. Hombres y mujeres. Algunos muchachos incluso implicados en las acciones rebeldes de sus padres. Gente humilde y guerrera, con ojos dignos y mirada pétrea. Campesinos y cabreros que se habían erigido en guerreros y habían osado desafiar a Roma. No estaban todos; solo los que no habían podido pagar su libertad ni huir a la otra punta de aquel mundo de montañas y desiertos para evitar su destino. Allí estaban. Los perdedores. Los que habían intentado enfrentarse a Roma una vez más. Los que, una vez más, habían perdido.

No había lugar en el reino para ellos. Juba no deseaba jugarse su relación con el naciente imperio, pero tampoco deseaba asesinar a sangre fría a quienes habían luchado por conservar su mundo como le conocían, a salvo de influencias externas. No más sangre. Habría perdón, sí, pero no habría olvido…

Cuando eres gobernante tienes que tomar decisiones impopulares.

—¿Quieres despedirte de él? —le preguntó Juba en un susurro, rozando un mechón de pelo sobre su cuello.

—No —decidió ella.

Habría podido quedarse en Volubilis, pero necesitaba hacerlo. Romper con aquel último vínculo de su pasado. Con aquel lazo físico que les había unido desde siempre. Recordarle

desembarcando descalzo, con las manos atadas y los ojos centelleantes de ira en aquella playa de arena negra. Sus caminos se separaban una vez más y ahora ya para siempre. Ella no compartía ya su odio. El odio por sí mismo no puede ser nunca una misión.

Los soldados de la guarnición romana les ayudaron a descender de las barcas. Augusto quería estar seguro de que el castigo se ejecutaba. Bajaron odres de agua, dos docenas de cabras, cántaras llenas con miel y aceite, cuatro o cinco cochinos y un grupo de ruidosas gallinas que corretearon alborotadas, hastiadas quizá de la insegura travesía en barco. Bajaron sacas de cereal y barricas de vino. Algunos habían empaquetado sus precarias mercancías, que los soldados revisaron meticulosamente. Les dejaron la ropa. Les requisaron modestas joyas, monedas de varios gobernantes y tamaños que ninguna falta iban a hacerles y, por supuesto, armas.

Selene se quedó a bordo, en la nave capitana. Juba bajó a la arena. Si quería ser un rey de verdad, tenía que tomar decisiones como esas conociendo sus consecuencias. Tenía que abandonarles a su suerte, mirándolos a la cara. Las barcazas se fueron reuniendo con la pequeña flota que esperaba en la ensenada. Selene las vio volver una a una, vacías, como troncos muertos tras una tormenta, flotando en el agua.

—Pudiste ser grande, Helios —murmuró con auténtica tristeza —. Pero has equivocado tus pasos.

—Soy más grande que tú, Juba —le escupió—. Más íntegro. Tú te has vendido a Roma, como mi hermana.

—¿Y te vas a comer tu integridad, abandonado en esta maldita playa?

—A ti también te abandonarán como a un perro cuando ya no les valgas. Como tú estás haciendo con nosotros. Confiscarán tu reino como el que compra una puta o una esclava. Tardarán cinco o veinte años, pero lo harán. Roma ya no es el gobierno del pueblo que pretendía ser, pero aún no lo sabe. Roma es ya un poder absoluto como el que ellos mismos condenaban en mi tierra o en Partia. Roma es un monstruo que está creciendo, Juba. Y tiene hambre. Y nos engullirá a todos, si nadie le para…

—Hay otras soluciones además de la guerra…

—Puede, pero no valen. A los que tenéis algo que perder os preocupa la posibilidad de morir. A mí no me preocupa ya nada.

Para cuando tu cuerpo de soberano terrenal sea un puñado de cenizas en una pira romana, en las crónicas de mi pueblo, yo seguiré siendo un dios…

—¿Qué dios eres ahora, Helios? ¿En qué pueblo? —repuso Juba con tono amargo—. ¿El dios del Sol en unos islotes dejados del resto de los dioses…?

—Construiremos barcas —escupió él con ira—. Recordaremos el rumbo que nos trajo hasta aquí. Nos echaremos a la mar. Encontraremos tierra o nos encontrarán. Algunos moriremos, sí, pero nuestros hijos o nuestros nietos volverán. Volverán a tierra firme. Porque mientras nos quede un hálito de aliento, contaremos nuestra historia a los que nos sucedan. Y mientras nos quede un hilo de voz seguiremos maldiciendo a Roma…

—¿Ah, sí? —preguntó Juba con frialdad. Se dirigió a Bogud sin un titubeo—. ¡Pues cortadle la lengua! Si la quiere para glosar sus hazañas contra Roma, es mejor que nunca vuelva usarla…

Bogud parpadeó unos instantes hasta darse cuenta de que la orden era verdadera. Luego asió a Helios del pelo, le obligó a arrodillarse, y le instó a encomendarse a sus dioses tratando de no pensar en que un día había soñado con luchar a su lado, ni en que un día le había visto morir. Con un único gesto ordenó a dos de sus soldados que le sujetaran y le obligaran a abrir la boca. Helios se revolvió, pero no dejó escapar ni un solo grito. A Bogud le sorprendió su entereza, sostuvo su mirada un instante y lamentó que su causa, pese a ser la misma, estuviera tan alejada. Su juventud y su pasión le jugaban malas pasadas, se lamentó. ¡Qué gran guerrero hubiera sido a sus órdenes! Juba siguió mirando hipnotizado, mientras Bogud le segaba la lengua de un solo tajo, tiñendo sus labios y su barba de un rojo escarlata. El apéndice quedó tirado en la arena, inútil, sanguinolento, hasta que uno de los cerdos lo engulló, sin masticar apenas.

—¡A todos! —ordenó.

No fue difícil. Eran unas docenas tan solo. Algunos intentaron gritar. Alguna de las hemorragias tomó un cariz más severo. El rey de Mauretania los observó a todos con dureza. Quizá alguno muriera, pero, en general, las heridas cicatrizarían. Sobrevivirían. Si es que esa era la voluntad de los dioses.

—¡Volvamos a bordo!

Se reunió con Selene en su barco, meciéndose lejos de aquel espanto. Aún le temblaba el pulso y tenía la mirada de Helios clavada hasta el fondo de su alma. La miró sin palabras y con sus propios dedos enjugó un rastro de lágrimas deslizándose por su piel dorada.

—¿Volvemos a Volubilis? —preguntó ella con tristeza.

—Todavía no. —Cansado de ordenar, su acento casi era un ruego ahora—. Estamos juntos. En paz. Huyamos de las cortes y las sombras. Déjame que comparta contigo esta travesía, como siempre soñé. Descifremos juntos los rumbos de los antiguos marinos fenicios que llevan a otras islas cada vez más a Occidente; déjame que te muestre las plantas que nadie ha visto aún, y las montañas grandiosas que iluminan la noche porque escupen lenguas de fuego… —Rozó su mejilla contra la de ella y la notó aún húmeda—. Necesito saber que regresarás del dolor. Necesito saber que te quedarás conmigo. Leeremos juntos los periplos de los cartagineses y comenzaremos a escribir juntos la historia de nuestra casa… Y cuando volvamos a tierra recorreremos los caminos de Arabia. Y nos adentraremos por las sendas del interior. Y buscaremos juntos las fuentes del río Nilo. No puedo prometértelo, pero quizá sea la manera más corta de volver a tu casa…

Indiferente a las miradas de los esclavos, los soldados o los marineros, como sus padres habían hecho cuando vivieron aquel amor sin culpa en una Alejandría que no volvería nunca, Selene estrechó el rostro de él contra su pecho, como si pudiera embeberse en él. Y sintió que, pese a no haber nacido juntos, era posible compartir un mismo pulso, un mismo destino y un mismo aliento. Y le tomó de la mano para abandonar la cubierta y llevarle a su cabina. Necesitaba calor porque la despedida le había helado las entrañas.

Y aunque ya no creía en las profecías, pediría que al volver de nuevo a tierra firme atracaran en la vieja ciudad fenicia de Tingis. Quizá para cuando arribaran, con la próxima luna llena, como habían soñado las mujeres, estuviera de nuevo embarazada.

FIN

Baiae (Italia) — Madrid — Barcelona — Tenerife — Marruecos

Nota de la autora

Tenía unos ocho años cuando se emitió la serie *Yo, Claudio* en RTVE. Jamás podré agradecer lo suficiente a mis padres que, pese a mi escasa edad, me permitieran verla. En ella, Claudio, inesperado emperador, hace un repaso incendiario por la historia de su familia. Esa imagen de la corte del recién nacido Imperio Romano, con sus luces, sus sombras, sus intrigas familiares, sus juegos de tronos y sus incestos me cautivó para siempre. Como me cautivaron sus protagonistas, seres que se creían divinos sin privarse de ninguna de las flaquezas humanas.

Apenas ocho años después, en la trastienda de la librería que mis tíos tenían en Sevilla, me leí el recién concedido premio Planeta a Terenci Moix. *No digas que fue un sueño* me trasladó a los últimos momentos de la dinastía ptolemaica; a una Alejandría lujuriosa y decadente que aún no sabe que sus días están contados; a un relato de amor y muerte, que me dejó el regusto amargo de las despedidas. La historia de Cleopatra y Marco Antonio me sedujo hasta erizarme la piel. ¿Cómo podría haber sido de otra forma si autores como Shakespeare habían caído rendidos a su magia?

Con el tiempo, cuando yo misma me planteé escribir, quise atrapar ese paréntesis en el tiempo. El momento en que Egipto cae y Roma comienza a brillar con una luz nueva, el instante histórico en que el inesperado vencedor de una batalla se convierte en el fundador de un imperio. La acuarela desvaída de un período casi de transición contado desde dentro, pero no desde las batallas navales ni desde las decisiones del Senado, sino desde los corredores donde juegan los niños y desde los salones en que hilan las damas. Es ahí, en las estancias domésticas, donde surgen las alianzas y los odios. Y donde se entretejen los destinos.

Los protagonistas que enlazaran ambos momentos ya existían.

Ya aparecían, criaturas de apenas un año, en las páginas de Terenci Moix. Cleopatra Selene y Alejandro Helios, los mellizos de Cleopatra y Marco Antonio. Ellos vivieron la caída de Alejandría. Ellos jugaron con Druso, el que sería el abuelo de Claudio. Ellos, como Claudio, muchos años después, se sintieron intimidados por Livia, la esposa de Augusto, la matriarca de la corte imperial. Ellos, que fueron considerados dioses por su pueblo y que, ante la caída del mismo, quedaron a merced de una Roma aparentemente carente de escrúpulos.

Esta novela culmina en un momento determinado y sus personajes quedan congelados, de algún modo, en el tiempo. Pero los protagonistas reales continuaron sus vidas. A muchos de ellos los hemos visto reflejados en otros libros, en otras películas, en otras series en distintos momentos. Para quienes deseen recordar los caminos que transitan me he permitido incluir unas breves pinceladas sobre sus vidas.

Octavio, el vencedor de Actium, rigió los destinos de Roma convertido en Augusto durante 41 años hasta su muerte en Nola, en el año 14 d. C., a los 73 años de edad. Su *imperium*, que dio comienzo en el año 27 a. C. fue la simiente de lo que posteriormente se conocería como Imperio Romano de Occidente. El pueblo que reprobaba a los reyes terminó regido por emperadores los siguientes quinientos años. Su heredero en Oriente, aún seguiría durante diez siglos más.

Livia Drusila, su esposa, le sobrevivió. Falleció el 29 d. C. con 90 años de edad. Jamás pudo darle hijos; algo inexplicable pues ambos habían sido padres en relaciones anteriores. Su deseo de perpetuar la obra de Augusto a través de su propia estirpe la ha llevado a lo largo de los siglos a ser acusada de manejar los hilos conforme a sus intereses. No tiene por qué haber sido necesariamente así, pero *Yo, Claudio*, de Robert Graves, contribuyó a forjar la imagen que muchos tenemos en la mente; la misma que he elegido transmitir de ella.

Es cierto que las muertes de posibles herederos se fueron sucediendo en el entorno de Augusto. La inexplicable y llorada muerte de Marcelo, el hijo de su hermana Octavia, fue solo la primera de ellas. El posterior matrimonio de su hija Julia con el general Agripa dio tres varones a la recién nacida dinastía. Cayo y

Lucio, los dos primeros, fueron adoptados por su abuelo para garantizar su sucesión, pero ambos murieron inexplicablemente antes de cumplir los veinte años.

Agripa, el fiel general, murió en el año 12 a. C. Julia, doblemente viuda, fue obligada a casarse con su hermanastro Tiberio, una unión que ninguno de los dos deseaba. Tiberio, gran soldado pero con escasa ambición política, terminó siendo adoptado por Augusto en el último momento cuando ya no quedaban herederos posibles de su sangre. Así fue como se convirtió en el segundo emperador de la dinastía Julio Claudia.

Druso, el hermano de Tiberio, y Antonia la menor, hija de Octavia y Marco Antonio, terminaron casándose. Su hijo mayor, Germánico, sería padre del futuro emperador Calígula y abuelo del emperador Nerón. Su hijo Claudio terminaría siendo emperador por sí mismo. Livia vivió para ver a su hijo, a sus nietos y a su bisnieto regir los destinos de Roma. Por uno de esos guiños de la Historia, ninguno de ellos fue descendiente de Augusto. Salvo Tiberio, todos descendían de Marco Antonio.

No hay mucha información sobre Cleopatra Selene y Juba II, más allá de que fueron reyes en una corte ecléctica de tintes macedónicos y de que construyeron el mausoleo donde descansan para siempre, en Tipisa, en la actual Argelia, con cierta semejanza con el de Augusto en Roma. Una de las principales ciudades de su corte fue Volubilis, cuyas ruinas aún excitan nuestra imaginación en las cercanías de Meknes, el actual Marruecos. Ambos se convirtieron en grandes mecenas de las expediciones y las artes. Juba, «el rey literato» como era llamado, escribiría diversos tratados sobre sus expediciones por África y Arabia. De ellas, lamentablemente solo han trascendido las menciones de autores posteriores, como Plinio el Viejo. *De Libia*, una de sus obras perdidas, es el primer escrito conocido que recoge, con sus nombres y sus peculiaridades, una primigenia descripción de las islas Canarias.

En el año 2 a. C. se destapó un escándalo; la infidelidad de Julia, casada con Tiberio, incumplía claramente la *Lex Julia* sobre la moral que su propio padre había promulgado. Fue condenada al exilio en la isla Pandataria. Cuando Augusto murió, sin perdonarla, Tiberio no solo no se apiadó de ella, sino que fue recortando sus gastos hasta que en el año 14 d. C. murió de inanición en la isla de

Capri.

La *Lex Julia* decretaba la misma pena, el exilio, para el amante de la mujer adúltera. El amante de Julia reconoció su delito pero, además, fue encontrado culpable de urdir una conjura para acabar con la vida de Augusto. Acorralado, decidió quitarse la vida como 32 años antes había hecho su propio padre. Era Julo Antonio.

Las fuentes romanas, que nos hablan parcamente del destino de Selene, son absolutamente opacas con respecto al fin de sus hermanos varones. Navegando en esas lagunas que nos regala la Historia me he permitido urdir la muerte de Ptolomeo en el momento en que se cree que sucedió y fantasear con la vida de Helios, de quien tampoco hay registros de desempeño de cargos oficiales ni de matrimonios. Yo propongo una historia, pero pudo ser cualquier otra. Lo que está claro es que dos herederos varones al trono de Egipto era bastante más de lo que Roma estaba dispuesta a permitirse.

Muti, Rhea, Práxedes, Calíope, Arween, Kallyas, Bogud o Aderbal son personajes ficticios que representan esa pléyade de esclavos, siervos, lugartenientes y personal de confianza sobre el que se sustentan los imperios. Los verdaderos protagonistas son reales. Sus personalidades y su historia son tan fascinantes de por sí, que solo hace falta rellenar los huecos que nos deja la Historia. El trabajo de documentación para que la trama engrane, está basado en distintas obras bibliográficas de Javier Negrete, Alicia García, Antonio Tejera Gaspar, Adam Goldsworthy, Ronald Syme, Allan Massie, Stefano Medas o Jane Dreycott. Los aciertos son atribuibles a su meticuloso trabajo de investigación. Los errores cometidos durante el proceso de escritura son solo achacables a esa necesidad acuciante del novelista de que todo quede redondo.

Esta historia, como casi todas mis historias, tiene un guiño a Canarias. Si llegas hasta aquí y no sabes cuál es, me temo que tendrás que volver a releer el final. Tampoco esto es una mera invención. No es ningún secreto que la población aborigen de las islas Canarias tiene un origen norteafricano. Aunque hay varias hipótesis con respecto al cómo y en qué momento esta población llega a las islas, yo me quedo aquí con el llamado relato de «los lenguas cortadas», una leyenda inscrita en la crónica francesa *Le canarien*, escrita por Gadifier Lasalle en el siglo XV tras la conquista

del archipiélago canario. En ella, al referirse a los habitantes de La Gomera, el autor dice así: «*... el país está habitado por mucho pueblo, que habla el lenguaje más extraño de todos los países de estas partes, y hablan con los bezos, como si no tuviesen lengua. Y aquí cuentan que un gran príncipe, por algún crimen, los hizo poner allí y les mandó cortar la lengua; y según la manera de hablar parece creíble*».

No quiero terminar sin unas palabras de agradecimiento para todos aquellos que de una u otra manera han colaborado para que esta obra vea la luz. Desde mi editora, Miryam Galaz, que creyó en la magia de Selene desde el principio, hasta el catedrático de Prehistoria canaria, Antonio Tejera Gaspar, por su inspirador ensayo *Bereberes contra Roma*. Gracias a Chema por su apoyo incondicional cuando la inspiración llega en los lugares más insospechados y a Ninex por todos los momentos en que he necesitado ver pasar las cuadrigas. Gracias a José Zoilo Hernández, por su aliento antiimperialista y al reto nacido en el Festival de Novela Histórica de la Orotava, y junto a él, a Rodrigo Costoya y a Alberto Caliani. Sin la escena de la barrica, validada por Marta Junqueras, quizá este libro sería otro. Y quizá la relación de Selene y Helios también.

Gracias a Juan Tranche, por estar ahí para mis preguntas. A Yoli, capaz de enredarse en retos literarios sin perdonar ni una cerveza ni una *shisha*.

Y por supuesto, gracias a Isabel Zúñiga y Ana Isabel García Caballero, siempre dispuestas a diseccionar la historia para volver a armarla y hacérmela mirar con ojos nuevos. Sé que no siempre sigo vuestras sugerencias, pero sabéis perfectamente lo que valen.

Espero que esta novela os haya hecho disfrutar al menos una parte de lo que he disfrutado yo escribiéndola. Solo espero que, al cerrar las páginas, corráis a los tortuosos caminos de Internet o a los más certeros de las enciclopedias para comprobar datos, personajes, hechos y lugares. Eso significará que, como yo, una vez más, habéis sido seducidos por la Historia.



EMMA ISABEL LIRA (Madrid, 1971) es una periodista, escritora y viajera española licenciada en periodismo por la Universidad Complutense de Madrid.

Comenzó trabajando en *Diario16* y ejerció como redactora jefe en diferentes publicaciones. Apasionada de la arqueología, y gran conocedora de la cultura árabe, la historia de las religiones y, en especial, el islam. Ha viajado por el Magreb, Oriente Medio y el África Subsahariana en coche.

En 2011 fue finalista del XVI Premio Fernando Lara con su novela *Tras el Agua Grande*, y dio el salto al relato largo publicando dos novelas: *Búscame donde nacen los Dragos*, (2013), *Lo que esconden las olas*, (2015). *Espejismo, viaje al Oriente desaparecido* (2018), *Ponte en mi piel* (2019) y *El último árbol del paraíso* (2020).

En la actualidad, redacta guías de viaje para *Lonely Planet*, colabora con *National Geographic*, es miembro de la Sociedad Geográfica Española y ejerce como guía en destinos africanos como Etiopía, Marruecos o Madagascar.